OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES

XXII

MARGINALIA

PRIMERA, SEGUNDA Y TERCERA SERIES

LAS BURLAS VERAS

PRIMERA, SEGUNDA Y TERCERA SERIES



letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

letras mexicanas

OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES

XXII

OBRAS COMPLETAS DE

ALFONSO REYES

XXII

ALFONSO REYES

Marginalia

PRIMERA, SEGUNDA Y TERCERA SERIES

Las burlas veras

PRIMERA, SEGUNDA Y TERCERA SERIES



letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 1989

Av. de la Universidad, 975; 03100 México, D. F.

ISBN 968-16-0346-X (obra completa)
ISBN 968-16-3101-3 (tomo XXII)

Impreso en México

INTRODUCCIÓN

Antecedentes y propósitos

ALFONSO REYES pudo cuidar los primeros doce tomos de sus *Obras completas,* publicados entre 1955 y 1960; después de la muerte de nuestro escritor, Ernesto Mejía Sánchez, con devoción y acuciosidad, proyectó y cuidó la edición de nueve tomos más, a partir del XIII. La aparición de los volúmenes, que mantenía un ritmo regular hasta el tomo XIX, publicado en 1968, se interrumpió por largos años. Cuando estuve al frente del Fondo de Cultura Económica, me empeñé en que Ernesto prosiguiera la tarea, y en 1979, al cumplirse veinte años de la desaparición de don Alfonso, se publicó el tomo XX, y dos años más tarde el XXI, último proyectado y prologado por el amigo desaparecido. Felizmente, cuando le pedía ir más de prisa para concluir estas *Obras completas,* alguna vez hicimos un proyecto para la distribución de los libros y textos sueltos por incluir en los tomos faltantes. Dicho proyecto, con algunos ajustes, es el que se seguirá para organizar los últimos tomos de estas *Obras,* y su contenido tentativo será el siguiente:

XXII. *Marginalia. Las burlas veras* y páginas adicionales.
XXIII. *Ficciones.*
XXIV. *Memorias.*
XXV. Goethe, Mallarmé, *Memorias de cocina y bodega, Polifemo sin lágrimas* y otros textos.

Estos tomos no agotarán todo lo escrito por Alfonso Reyes. Quedan fuera, en principio, sus nutridos e importantes epistolarios, que ya se van publicando por separado. Los informes político-diplomáticos, recogidos en parte por Reyes en su *Archivo,* y otros textos inéditos de la misma índole, proyecta publicarlos el Fondo de Cultura Económica, al cuidado de otro editor. Y por supuesto, una vez aparecidos estos volúmenes, se irán descubriendo fatales olvidos y omisiones. El propósito principal es el de concluir las *Obras completas* básicas de Alfonso Reyes para honrar el centenario de su nacimiento.

Los textos se ofrecerán libres en lo posible de las erratas que, a pesar del empeño de su autor, perseguían los libros de don Alfonso; se agregarán las notas indispensables y estas introducciones se limitarán a exponer contenidos, circunstancias de elaboración y correspondencias, dentro de una obra oceánica y fascinante.

De acuerdo con el uso seguido por don Alfonso, en algunas ocasio-

nes se entresacarán de las colecciones publicadas, textos que, por sus características, ya pasaron o deben pasar a otros grupos o tomos, o bien se añaden páginas no coleccionadas o inéditas junto a otras afines, para integrar unidades temáticas.

En las colecciones que forman el presente volumen, en *Marginalia,* Tercera serie, se añaden la "Carta a una sombra", junto a los "Encuentros con Pedro Henríquez Ureña", y "Tributo en memoria de Menéndez y Pelayo" —gracias a la cortesía de Alfonso Rangel Guerra—, inéditos. De *Las burlas veras,* Primer ciento, se suprimen "Delfos", que ya apareció en el tomo XX; "De turismo en la tierra", que pasará al tomo XXIV de *Memorias*; y "El hombrecito del plato", que pasará al tomo XXIII de *Ficciones.* Y de *Las burlas veras,* Segundo ciento, se suprimen "Los médicos en la *Ilíada*", que ya se incluyó en el tomo XIX; "Sócrates", "¿Jinetes junto al mar?", "Los enemigos de Creta", "De Lucrecio" y "Más sobre Lucrecio", que ya pasaron al tomo XX; y se suprimen también "Las disyuntivas de Goethe", páginas que irán al tomo XXV junto a otros estudios goetheanos, y "Encuentro con un diablo", que pasará a las *Ficciones* del tomo XXIII.

La economía del trabajo intelectual

En un escritor de casi todas las horas, como llegó a ser Alfonso Reyes, iban avanzando al mismo tiempo sus grandes obras sistemáticas, sus trabajos monográficos, los artículos de divulgación, los resúmenes de lecturas, los prólogos, los ensayos breves, los versos, las cartas y, en los flecos y cabos, los apuntes sobre cosas y observaciones menudas.

Tal abundancia no era sólo facundia sino también disciplina y necesidad. Don Alfonso se completaba sus recursos para vivir, en estos años, publicando regularmente colaboraciones en revistas comerciales y en cadenas periodísticas menores, que no les concedían mayor importancia y le pagaban poca cosa. Al final, prefirió publicar sus artículos breves en revistas culturales, como *Diálogos* y *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica.* Y daba anticipos de sus obras mayores a publicaciones especializadas. Entre 1940 y el año de su muerte, era costumbre que las revistas juveniles iniciaran su vida con un texto de Reyes, que él daba generosamente. Y cuando era necesario, escribía prólogos.

Desde la década madrileña, 1914-1924, Reyes escribió regularmente ensayos, artículos y apuntes breves, destinados inicialmente a periódicos y revistas, que luego recogió en libros: *Cartones de Madrid* (1917), *Retratos reales e imaginarios* (1920), las cinco series de *Simpatías y diferencias* (1921-1926), *El cazador* (1921) y *Calendario* (1924). Y en sus últimas dos décadas mexicanas, de 1938 a su muerte en 1959, publicó numerosas recopilaciones de esta

índole: *Tentativas y orientaciones* (1944), *Norte y sur* (1945), *Los trabajos y los días* (1946), *A lápiz* (1948), *Grata compañía* (1948), *Entre libros* (1948), *Sirtes* (1949), *De viva voz* (1949) y *Ancorajes* (1951), todos ellos ya recogidos en estas *Obras completas.*

Continúan estas recopilaciones los cinco libros que forman el presente tomo: las tres series de *Marginalia* (1952, 1954 y 1959), los dos cientos de *Las burlas veras* publicados (1957 y 1959), más treinta artículos de sus últimos años, no coleccionados e inéditos algunos, con los que iniciaba el tercer ciento de *Las burlas veras,* más otros textos sueltos e inéditos. Con excepción de algunos escritos que Reyes recoge de años anteriores, los que forman este tomo fueron escritos entre 1946 y 1959.

Todos estos libros de textos breves, desde *Cartones de Madrid* hasta las últimas *Burlas veras,* son algo más que simples misceláneas. Los madrileños y algunos de los años cuarentas tienen cierta unidad temática y otros están formados en atención a su tono y propósitos, y su unidad interna está señalada por los títulos felices que su autor sabía darles.

Las *Marginalia* y *Las burlas veras* son como la respiración intelectual o simplemente humana de Reyes, y su interés surge de la amplitud y la variedad de esa respiración, y del arte y encanto con que está registrada. Cuando un amigo me preguntaba en qué trabajaba y dije que en la preparación de los libros de Reyes para sus *Obras completas,* comentó: "Qué suerte, porque su lectura es siempre una delicia y, además, es instructiva." Así es, en efecto. La soltura, la densidad sin pesadez, la gracia, la finura de las observaciones, la constante sorpresa en la variedad de los temas, los recuerdos y asociaciones oportunas fueron, desde el principio de su obra, don de su pluma. Ya en 1914 Pedro Henríquez Ureña le decía:

> Tú eres de las pocas personas que escriben el castellano con soltura inglesa o francesa; eres de los pocos que saben hacer ensayo y fantasía.
>
> Carta 80, en *Correspondencia de Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña,* FCE, México, 1986, t. I, p. 344.

Los caminos del ensayista

Los caminos, los recursos, las imaginaciones, asociaciones e invenciones que sigue y de que echa mano Alfonso Reyes en estos ensayos mayores y menores reunidos en el presente volumen son la variedad misma. Como si cada vez inventara una fórmula, que nunca repite sin innovaciones. Su inteligencia, sus sentidos y su memoria diríase que estuviesen siempre en fiesta e incandescentes, no sólo para concentrarse en la exposición sistemática de sus obras mayores sino para registrar también, y escribir, los estímulos de sus lecturas, sus reflexiones ocasionales, sus experiencias menudas y las asociacio-

nes que estos estímulos le provocaban. Y aunque estas *Marginalia* y *Burla veras* sean los cabos de su actividad mental y sensorial, nunca deja apuntes provisionales, que en ello suelen quedarse, sino que las escribe y de un tirón les da forma y unidad, aun en su pequeñez.

Los ensayos de Reyes son ciertamente periodismo, aunque los aparte de este género el hecho de que no se ocupan, salvo excepciones, de las cosas del día ni pretenden influir en su curso. No son, pues, comentarios de lo inmediato sino de lo que pasa por su mente, lee, recuerda y observa en sí mismo y en su mundo inmediato.

Resúmenes de lecturas, homenajes, anécdotas y cuentos

Hay en estas colecciones ensayos de divulgación o resúmenes de lecturas —ejercicio de ordenación mental al que Reyes fue tan aficionado—, como "El 'petit lever' del biólogo", que cuenta lo que un científico ilustrado pudiera ver en cosas y actos habituales de cada día. Estos resúmenes acaban por ser a menudo recreaciones que, apoyándose en el estímulo de páginas sugestivas, componen una nueva obra y la enriquecen con asociaciones y superior claridad, como ocurre con el ensayo sobre "El nomadismo", que parte de una lectura de Toynbee, o el que dedica a "Alberto Magno", renovador del pensamiento filosófico y científico.

Otras veces escribe monografías condensadas, como "Respeto a la materia", acerca de la belleza de los objetos y materiales que nos rodean; como "Ritmo y memoria", sobre los recursos de la expresión poética; o como "El justo medio y la cuerda floja", a propósito de la incertidumbre de buscar leyes y esquemas al acontecer histórico.

A veces saluda la obra o el recuerdo de escritores y artistas: José Moreno Villa, Toño Salazar, José López Portillo y Rojas, Jacques Lipchitz, Max Henríquez Ureña, Gabriela Mistral, Fernando Ortiz, Eugenio Ímaz, Silvio Zavala, Joaquín García Monge, Pío Baroja, Diego Rivera, José Vasconcelos y Genaro Fernández Mac Gregor. O refiere anécdotas, con relieves de humor y curiosas correspondencias históricas, o cuenta de nuevo un cuento olvidado, como en "San Jerónimo, el león y el asno".

Divagaciones, precisiones y reflexiones

Las divagaciones como "Cosas del tiempo", "Divagación sobre la rueda" y "La pólvora en infiernitos", están trenzadas de recuerdos humanos y librescos, imágenes felices y sabiduría aligerada.

A propósito de la publicación de *Monterrey*, el correo literario de Alfonso Reyes (1930-1937) —ya reimpresa en la colección de Revistas Literarias Mexicanas Modernas, del Fondo de Cultura Eco-

nómica—, precisa la distinción entre las revistas y los periódicos literarios, da noticia de otras gacetas individuales, francesas y españolas, y se refiere a la necesidad de diálogo, de conversación "sobre cosas de la inteligencia", que siente el escritor y de la que nació su revista.

Las "Reflexiones elementales sobre la lengua" son un resumen claro y bien informado. Reyes, cuya mente parecía siempre en ebullición, fue un suscitador de ideas y posibilidades literarias, como las que propone en "Sófocles y 'La posada del mundo' ", así como la idea de una geografía de la literatura mexicana, que sugiere a los jóvenes, en "Un proyecto", y sigue siendo válida.

Las ciencias

La afición de Reyes por la ciencia fue constante y lo llevó a mantenerse informado de algunas nuevas teorías en matemáticas, física, biología, astronomía, economía y cibernética, y a ofrecer a sus lectores resúmenes sugestivos de esas ideas. En "El hombre y sus inventos" expone las teorías cibernéticas de Norbert Wiener, acerca de ciertas hipótesis sobre el origen de la vida y a propósito de los cerebros artificiales, cuyas supuestas reacciones humanas discute.

Cuando se iniciaba la exploración espacial, escribe en 1957 sobre "Satélites hechizos", con precisas anticipaciones de los hechos futuros, el viaje a la Luna en primer lugar, que sólo ocurrirá en 1969, diez años después de la muerte de don Alfonso. De temas cercanos a los científicos son su elogio de la madera y su utilización racional, que complacerá a los ecologistas de hoy, en "Se anuncia un nuevo reinado"; y la divagación sobre "El fuego", en la que propone la idea de que, en las sociedades primitivas, el aprovechamiento del fuego para cocinar pudo ser invención femenina o de una sociedad matriarcal.

La observación de sí mismo

Uno de los encantos de los escritos de Alfonso Reyes es la capacidad de su autor para pasar del cielo a la tierra, de los rigores de la ciencia al campo llano de las cuestiones humanas y personales, y tratar a unos y otros con la misma destreza y sabiduría, con esa ligereza y donaire que le celebraba Henríquez Ureña. En *Marginalia* II, después de temas de economía y ciencia, escribe la divertida "Digresión sobre la compañera", en la que discurre sobre la mujer ideal para el creador literario. Entre anécdotas y recuerdos históricos, enumera "los cuatro enemigos del alma", es decir, los tipos de mujeres más peligrosos para el poeta —los tres primeros son la poetisa, la marisabidilla y la *snob*—, de los cuales, el último merece repetirse:

la mujer vulgar o ignorante —escribe—, que puede exasperar hasta el crimen. No hay que exagerar, por supuesto, no hace falta una Enciclopedia con faldas, y una que otra falta de ortografía es disculpable y nos comunica el confortante sentimiento de nuestra grandeza. Hemos escrito en alguna parte que la ortografía es la única superioridad mágica que el hombre posee sobre la mujer.

Y acerca de la vejez bromea y se analiza en el texto más inesperado: la "Carta a los amigos de Las Palmas", jóvenes escritores canarios que le pidieron un mensaje. Pues a ellos les cuenta que ha dicho a su hijo médico —de don Alfonso— que cuando comience a escribir sonetos "capicúas" o le guste más "ensartar agujas con los pies" que "escuchar el canto pitagórico de las esferas", le aplique una inyeccioncita oportuna y lo eche fuera de este mundo. Observa que en el viejo la sensibilidad va en aumento y "el cuerpo comienza a irse por un lado y el alma por otro, tal vez aspirando ya a su verdadera patria definitiva". Todo esto con llaneza y humor, sin ningún patetismo, en hombre como él que tenía la salud ya quebrantada.

Como Montaigne, uno de sus maestros, Reyes se observa, se describe y se comenta. En sus años finales se dejó crecer una barbita "de candado", "porque a cierta edad —comenta—, es bueno echarse un candado en la boca". En "La barba" analiza sus intenciones y dice que tiene el vago sentimiento "de que me propaso y caigo en la *hybris*"; menciona los parecidos nobles o pintorescos que le encuentran y enumera las explicaciones que suele dar. El hecho es que la barba aliñada le iba muy bien, y con ella murió. Como le dijo con agudeza el doctor Ignacio Chávez: "Es antes cuando andaba usted disfrazado y como aniñado artificialmente. Ésta de ahora es su verdadera cara."

Temas y curiosidades literarios

Los temas propiamente literarios, noticias, elogios, reflexiones, revelaciones o divagaciones, que hay en estas *Marginalia* y *Burlas veras*, son un muestrario de su curiosidad y versatilidad. La noticia del descubrimiento de "Un 'Fausto' de Heine" le da pretexto para pintar la doliente vida del poeta alemán, sus relaciones con Nerval y la profecía de éste sobre la terrible reaparición del militarismo germano. En "Chesterton y los títeres" informa acerca de *La sorpresa*, drama póstumo del ensayista y cuentista, cuyos personajes son títeres. Una conversación imaginaria, en "El judío errante y las ciudades", le da pie para repasar la evolución y la poesía de las ciudades, algo de México, Buenos Aires y Madrid, y más de París, con un recuento de lo mucho que se ha escrito sobre esta última.

En "El amor de los libertadores" cuenta lindas anécdotas sobre el tema, y se detiene sobre todo en la vida de José Martí para darnos un agudo apunte sobre la calidad de su prosa:

rasgando con la espada la página de la historia, se adelanta José Martí, que escribe como a estocadas y a tajos; el maestro de la prosa fulminante y eléctrica, toda ella en botones de fuego.

Años más tarde, en uno de sus últimos ensayos, "Martí a la luz de la nueva física", Reyes afina estas observaciones:

> Martí —escribe— era un ser en estado radiante. Aun cuando no hubiera muerto en Dos Ríos, tenía que desaparecer pronto, por una como disgregación atómica. Por eso su vida es apresurada: todos los estímulos del mundo se dieron cita en su corazón, atropellándose por entrar... El suyo no es un movimiento ordinario, sino una vibración cósmica que escapa a los ojos normales: es la danza browniana, la zarabanda atómica.

En *Marginalia* III se encuentra el discurso de bienvenida que dijo Alfonso Reyes, como director de la Academia Mexicana, para recibir en ella a José Gorostiza, quien entonces leyó una notable disertación sobre sus ideas poéticas.

La última afición de Reyes fueron las novelas policiales y detectivescas, que eran para él un descanso. Pero como todo lo convertía en materia literaria, escribió en sus últimos meses de vida un par de ensayos sobre el tema: "Algo más sobre la novela detectivesca" y "Un gran policía de antaño". En el primero, apunta las características distintivas de estas novelas, en relación con las tradicionales, y propone a *Edipo rey*, de Sófocles, como el posible origen del género. Y en el segundo, cuenta la historia del famoso detective Eugène François Vidocq, ex presidiario que llegó a convertirse en Jefe de Seguridad de la policía francesa, en el descubridor de crímenes famosos y el modelo de muchos de los detectives de los grandes novelistas del género.

"Encuentros con Pedro Henríquez Ureña", de 1954, es otro de sus ensayos dedicados al maestro y amigo, en este caso el Pedro juvenil. Antes había escrito la "Evocación de Pedro Henríquez Ureña", de 1946 (recogida en *Grata compañía*, OC, XII), y ahora se agrega al presente volumen la "Carta a una sombra", de 1953, al parecer inédita, dirigida en días infaustos a la memoria del dominicano.

La curiosidad literaria de Reyes y su buen ojo para percibir los valores nacientes o recién descubiertos lo llevan a interesarse por Constantin Cavafis y por Marguerite Yourcenar en 1954 ("La poesía total"), referencias que deben ser de las primeras que se leyeron en México. Desde 1944, Reyes había traducido y anotado el ensayo de Yourcenar sobre *Mitología* (OC, XVII, pp. 211-216). La hermosa traducción de Julio Cortázar de las *Memorias de Adriano* es de 1955.

En nuestros propios dominios, Reyes señaló, desde 1954, cuando publicaban sus primeros libros, la significación de "los dos nuevos valores con que cuenta nuestra novelística: Juan José Arreola y Juan Rulfo" (en "Nuevos rumbos de nuestra novela"). Y el autor del

presente estudio le debe también un generoso comentario ("La emancipación literaria").

Cuando aún ignorábamos en México el pensamiento sociológico de Ibn Jaldún, Reyes escribe, en 1958, una llamada de atención sobre su importancia. Años más tarde, entre divertidas supercherías, Max Aub, otro avisado, tradujo un pasaje de Aben Jaldún, como él lo llama, acerca de "El arte de componer (con elegancia) en verso y en prosa no depende de las ideas sino de las palabras", con una animada presentación (en *Versiones y subversiones*, Alberto Dallal, editor, México, 1971, pp. 47-49). La *Introducción a la historia universal*, de Jaldún, la publicó el Fondo en 1977.

Interesante es la rememoración que hace Reyes, en "Los libros animados", del "Diálogo de los libros", de Julio Torri, que se publicó inicialmente en *El Mundo Ilustrado*, en 1910, dedicado a Reyes. Este ensayo de Torri ahora da título a la recopilación de sus prosas dispersas, publicada por Serge I. Zaïtzeff (Fondo de Cultura Económica, México, 1980). Reyes recuerda con precisión, casi medio siglo después, aquella página de Torri, y aun la errata que se deslizó en la publicación original, y continúa en la reciente: *cocodrilo* por *colodrillo*.

Otra curiosidad es la noticia, en "Un precursor olvidado", de la novela *El nigromántico mejicano* (Barcelona, 1832, 2 vols.), del español Ignacio Manuel Pusalgas, "una de las primeras novelas peninsulares —dice Reyes— sobre la América hispana", y uno de cuyos temas es la conquista de México.

En "Los rostros aleccionadores", Reyes escribe una hermosa página de reconocimiento para los amigos ausentes y de humildad para reconocer sus propios desfallecimientos:

> Cuando temo haberme documentado imperfectamente y con demasiada ligereza, se me aparece como un reproche la cara de Ramón Menéndez Pidal, mi inolvidable maestro. Cuando no logro expresarme con diafanidad y precisión, creo ver el rostro de Pedro Henríquez Ureña, que me reconviene. Cuando me pongo algo pedante, se me aparece como en protesta ese gran maestro de sencillez que fue Enrique Díez-Canedo. Cuando deseo más sensibilidad y gracia, ¿a quién invocar sino a "Azorín"? Cuando me pongo algo "cursi", aparece Jorge Luis Borges y me lo reprocha en silencio. ¡Cuánto les debo a todos!

Curiosidades menudas

Sólo a Alfonso Reyes se le ocurriría ocuparse, y escribir de ello una linda página, de las palabras y ruidos onomatopéyicos que varios pueblos emplean para llamar o comunicarse con los animales ("Adán y la fauna"). O referirnos la vida y la obra de Jacques Delamain, "El filósofo de las aves", y su amor inteligente por los pájaros, cuyas costumbres describió en la serie de "Libros sobre la naturaleza".

O contarnos las confusiones y enredos que le han causado sus homónimos y casi-homónimos, y proponer chuscas soluciones para evitar esos problemas, en "Al diablo con la homonimia". O el curioso apunte acerca de "la sirvienta con caricias" en las letras francesas ("El delantal").

Reyes y López Velarde

En *Marginalia* I recogió Alfonso Reyes un agudo ensayo, "Croquis en papel de fumar", acerca de la personalidad y la obra de Ramón López Velarde, al cumplirse treinta años de la muerte de este último. Reyes concentra su análisis en tres fases: "agua corriente", el poeta de la provincia; "el cristal del agua congelada", el de los grandes logros verbales, y "el rumor del agua subterránea", la voz del patetismo, la sensualidad y el miedo. Y para terminar, Reyes señala, en la imagen del rapto femenino que aparece en "La suave Patria", el recuerdo de la costumbre pueblerina del matrimonio con rapto. Las observaciones son justas pero reticentes; celebran los aciertos expresivos, pero Reyes no parece conmoverse por la poesía del jerezano.

López Velarde, por su lado, comentó en 1920 *El plano oblicuo*, de Reyes, recién publicado en Madrid, en una reseña aparecida en *México Moderno*. El comentario parece insinuar que Reyes es mejor prosista que poeta y que tiene "demasiada experiencia en libros", lo que no debe haberle gustado a éste.

A este intercambio tardío de reticencias, José Emilio Pacheco (en "Una enemistad literaria: Reyes y López Velarde", *Texto Crítico*, Xalapa, 1975, núm. 3; reproducido en *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, abril de 1988, núm. 208) ha agregado un texto de Reyes, "Venganza literaria", fechado en 1926 (*Árbol de pólvora*, México, 1953), en el que hay "algunos rasgos caricaturescamente lopezvelardeanos": "poeta de campanario", "faldas de percal", "virtudes aldeanas", "incienso de la parroquia", "interpretables —señala Pacheco— como el vaso en que se contiene la 'venganza' del título".

Probablemente, Reyes y López Velarde nunca se conocieron. Y es posible que Reyes, que sobrevivió varias décadas a López Velarde, haya mantenido cierta reserva, cierta frialdad ante la fama que veía tan celebrada del poeta de *Zozobra*.

"Mi idea de la historia"

En el Primer Congreso de Historiadores de México y los Estados Unidos, celebrado en Monterrey, 1949, Reyes leyó una conferencia que es un importante ensayo doctrinario. Expone en ella su idea de las tareas fundamentales del historiador: acopiar informaciones, in-

terpretarlas con talento y exponerlas con buena forma artística; discute la tendencia a imaginar lo que pudo haber acontecido; refiere la disputa entre la historia de los monarcas y la de los pueblos y revisa muchas otras teorías y tendencias de la historia moderna.

De temas relacionados con la historia son "El rescate de la persona", de sus últimos años, artículo en el que, a propósito de las reconsideraciones de Aldous Huxley a las profecías que había hecho en *Brave New World,* discurre sobre el peligro de la pérdida de la integridad del individuo y el problema conexo de las democracias y las dictaduras; y "La historia sin resplandor", curioso inventario de escenas y pasajes históricos que suelen repetirse y en verdad nunca acontecieron.

Los "Epílogos", 1952 y 1953

Desde sus primeros años de escritor, Alfonso Reyes tuvo predilección por el ensayista y novelista Remy de Gourmont, prestigiado entonces y ahora un poco olvidado. Entre los libros de Gourmont que deben de haberle gustado especialmente debió contarse la serie de *Épilogues,* publicada en cinco volúmenes, que comprenden notas desde 1895 hasta 1910. A la manera del modelo francés, don Alfonso sólo llegó a escribir dos series de "Epílogos", correspondientes a 1952 y 1953. Tanto en los de Gourmont como en los de Reyes, no se trata de "notas del tiempo", aunque las haya ocasionalmente, sino de apuntes y observaciones de lecturas, hechos varios, meditaciones y ocurrencias, todos ellos de extensión más bien breve. Son, pues, una manera de cuaderno de notas.

Los "Epílogos" de Reyes tienen el atractivo de la variedad de tonos, en los que el humor no está ausente, y del encanto del estilo. La nota final, número 37, a los "Epílogos" de 1953, es interesante. Recoge fragmentos de una carta —desconocida al menos para el presente editor— que Georges Clemenceau escribió a una señora amiga, y que Reyes encontró en un periódico, *Le Cri de Paris,* en 1919. En estos pasajes, el legendario Tigre de la primera guerra hace una feroz crítica de Maximiliano y Carlota y una defensa de la actitud de Juárez y los mexicanos.

Recreo sobre los animales vistos por Alfonso Reyes

Al encontrar en estos tomos de *Marginalia* y *Burlas veras* numerosos apuntes sobre animales, recuerdo la sugerencia que me hizo un buen lector de Reyes, quien me habló de lo encantadora que sería una compilación de "Los animales vistos por Alfonso Reyes", que pudiera ilustrar un dibujante que aún supiera pintar animales. Señalo la primera característica que me ocurre: las de Reyes no sue-

len ser descripciones de la figura y características de los animales, como en los bestiarios, sino más bien de su conducta y su relación con el hombre, de sus maneras de comunicación y de peculiaridades de su comportamiento.

He aquí una primera lista, desordenada, sólo para abrir boca y provocar a un curioso. En *El plano oblicuo* (OC, III), las palomas; en *Los siete sobre Deva* (OC, XXI), "El 'gachupín' y el gallo", "El pollo Gómez", "De corrupción gallinácea"; en la *Historia natural das Laranjeiras* (OC, IX), apuntes sobre animales brasileños: cobras, avispas, perros, gallinas y patos, la garza Greta Garbo y la multitud de animales registrados en las "Notas varias"; en *Los trabajos y los días* (OC, IX), "El arenque y la era moderna"; en *A lápiz* (OC, VIII), "La pobre zorra" y "Tiko"; en *Norte y sur* (OC, IX), "Maximiliano descubre el colibrí"; en *Ancorajes* (OC, XXI), "La casta del can"; en *Tren de ondas* (OC, VIII), "Lucía y los caballos"; en *A campo traviesa* (OC, XXI), "Hablemos de caballos"; en *Constancia poética* (OC, X), "Cazadores", "Los caballos", "Complejo", "Gaviotas", "Los pelícanos", "Pescado", "Epitafio al perro Bobby" y "Los pavos de mi infancia"; en las *Marginalia* y *Las burlas veras* del presente volumen, "San Jerónimo, el león y el asno", "Adán y la fauna", "La asamblea de los animales", "El filósofo de las aves", "Érase un perro", "La cotorrita", "Hay caballos y caballos", "Lope y Pavlov", "La cigarra", "Motivos del sueño", "Los pavos", "Teoría de la persuasión natural", "La domadora", "La serpiente" y "Mis gatos"; y en *Anecdotario* y *Árbol de pólvora* (OC, XXIII, futuro), hay anécdotas sobre Victor Hugo y los animales, sobre una elefanta, sobre un burro y un apunte sobre "Los gorriones". ¡Qué hermoso y divertido será el libro que reúna el bestiario de Reyes!

Dos páginas memorables

De los ensayos y fantasías reunidos en el presente volumen, entre tantas páginas hermosas, prefiero dos que me parecen memorables. La primera es "La domadora", de 1956, que me gusta por su brío. Es un himno al amor animal, al amor que mueve y da sentido a la vida. En el circo, una domadora descansa un momento, fuma un cigarrillo y monologa:

> La única moral de la vida es crear la vida; mantener la vida universal, a veces en detrimento de las vidas particulares. ¿La vida? Una serie de muertes. ¿La vida? Amor en línea desplegada. Amor y muerte andan enlazados como las serpientes del Caduceo.

La otra página de Alfonso Reyes que destaco se llama "La basura", del 14 de agosto de 1959, y su autor la destinó al tercer ciento

de *Las burlas veras,* que no llegó a completar. Junto a la casa de Reyes en la ciudad de México llega el carro de la basura, anunciado por una campanita. El sonido de ésta lo hace asociarla con el Viático en España —y, en años pasados, en los pueblos de México, como lo recordará López Velarde—. Hay un alboroto de "la muchedumbre famularia —mujeres con aire de códice azteca—", y un ambiente de alegría, "tal vez por la hora matinal, fresca y prometedora; tal vez por el afán de aseo, que comunica a los ánimos el contento de la virtud". Un barrendero abre la boca, reinventa a Lucrecio y diserta mudo sobre la naturaleza de las cosas, "de las cosas hechas con la basura".

> Allá va, calle arriba, el carro alegórico de la mañana, juntando las reliquias del mundo para comenzar otro día. Allá, escoba en ristre, van los Caballeros de la Basura. Suena la campanita del Viático. Debiéramos arrodillarnos todos.

Una escena cotidiana, que aún se repite en la ciudad, una asociación feliz, el recuerdo de un clásico, y la penetración y trasfiguración de esas realidades —dominio propio de la literatura—, le han bastado a Reyes, en menos de una página y sin una falla en la limpieza de su factura, para lograr esta culminación de su oficio. Los talleres de redacción podrían analizar "La basura" para enseñar uno de los caminos del arte literario.

Las últimas páginas

Alfonso Reyes murió el 27 de diciembre de 1959, cumplidos sus setenta años, agobiado desde tiempo atrás por su mal cardiaco. A pesar de sus dolencias, escribió hasta sus últimos días, y sorprende que no dejara páginas inconclusas sino que, como lo había hecho siempre, completara y cerrara sus escritos. El día 13 de ese último diciembre escribió un ensayo sobre "La malicia del mueble", denunciando las venganzas y travesuras de los muebles que nos rodean. El 22, cinco días antes de su propio fin, recibió la noticia de la muerte de su colega de los días ateneístas, Genaro Fernández Mac Gregor, y el mismo día escribió una página en memoria suya, quizá la última de sus manos. De sus amigos de juventud sólo le sobrevivirían Julio Torri, quien se había distanciado de él por un malentendido; y Martín Luis Guzmán, con quien mantenía un trato distante.

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ

Mayo-junio de 1988.

I

MARGINALIA

PRIMERA SERIE

[1946-1951]

NUEVO LEÓN *

La fundación del Nuevo Reino de León, origen del actual Estado de Nuevo León, es uno de esos episodios destacados de la Conquista en que vemos a osados capitanes, Carvajales, Leones, Montemayores, internarse por regiones que el mismo Imperio de Moctezuma no había logrado abarcar en sus dominios, y que reproducen en menor escala y con modalidades distintas la empresa de Cortés. También aquellas avanzadas de colonización militar obraban un poco por cuenta propia e iban atenidas a sus solas fuerzas.

La ciudad de Monterrey tuvo que ser fundada dos o tres veces, porque las tribus salvajes de la región, que ni siquiera eran sedentarias, caían sobre ella de tiempo en tiempo. Y todavía ha tenido que ser reedificada varias veces más, a lo largo de su historia, porque el río de Santa Catarina, que habitualmente es un arroyo, de repente crece por sorpresa, empujado por los huracanes que entran desde el Golfo, al nordeste, y entonces el río se lleva los puentes y arrasa barriadas enteras.

Nuevo León no parecía señalado por la naturaleza para ser un lugar próspero. El hombre ha tenido allá que crearlo todo. Nuevo León es hijo de la voluntad humana, hijo del civismo y la capacidad de sus hombres. Ha contado con algunos gobernantes de condición excepcional y nunca ha olvidado su ejemplo. Sus naturales han acudido siempre, con un buen juicio y un sentimiento de la responsabilidad que bien pudiera enorgullecerlos, al mejor servicio de su región.

Hoy la capital de Nuevo León es la capital industrial de la República. Sus productos se derraman por el país, fomentando la riqueza local y ayudando a la gradual emancipación económica de la nación, y además, logran pasar las fronteras y competir sin desdoro en tierras extrañas.

* Se repiten y destacan conceptos adelantados en "Los regiomontanos" (1943), artículo recogido en *De viva voz*, México, 1949, pp. 177 y *ss*.

En la frontera, ese límite sensible en que se juntan dos pueblos, la capital regiomontana es centinela, a la vez, del decoro y de la concordia, y cumple su destino de sostener la respiración internacional, sin la cual se ahogan los pueblos.

Por su formación misma, por la salubre regularidad de su vida, aquella sociedad es la más naturalmente democrática del país, y allá no hay más alto honor que el trabajo. Y así, desde tiempos de Porfirio Díaz, pudo adelantarse, sin violencia ni estrago, a muchas evoluciones que después tuvieron que realizarse con dolor y esfuerzo en el resto del país. Allá se dictaron las primeras leyes sociales. Allá los ciudadanos saben lo que deben al Estado, y el Estado espera y acoge la iniciativa de los ciudadanos, como si todos ellos formaran parte del gobierno: verdadero ideal de las democracias. Allá las industrias que todos conocen y admiran dan muestra del vigor de los hombres, y éstos demuestran ser, sin hipérbole, la gente más adulta de la República, la más evolucionada y mejor dispuesta a afrontar los empeños públicos.

Nuevo León es el laboratorio del civismo nacional. Sus valores espirituales tampoco están a discusión. Desde Fray Servando Teresa de Mier —bravo y algo fantástico luchador de la Independencia— hasta nuestros días, se suceden los trabajadores de las letras y la inteligencia. Algunos de ellos han alcanzado renombre dondequiera que se habla nuestra lengua, y aun más allá. Saludemos a Nuevo León, vivero de buenos mexicanos. Saludemos a Monterrey, alarde de la humana virtud abrigado en su estupendo valle, donde se alzan como centinelas el Cerro de la Silla y el Cerro de la Mitra, con sus caprichosas siluetas, y aquel bastión de la Sierra Madre que el poeta Manuel José Othón ha cantado bajo el nombre de *Las montañas épicas*.

22-IX-1946.

ARCHE

El pintor cubano Jorge Arche es, por lo pronto, autor de cierto retrato de Martí, desnudo de prendas convencionales, superior a las contingencias, que bien podrá llegar a ser el Martí de la posteridad.

Arche, de entonces acá, ha venido adquiriendo la ciudadanía mexicana por derecho de interpretación visual.

Pero lo mejor del caso es que su retina insobornable (véanse ese bosque de Chapultepec y, sobre todo, ese Janitzio japonés) pone un tinte propio o un acento propio en lo que interpreta, tanto por el enfoque mismo como por el dibujo despojado y por el amor a la luz y a los colores claros.

Tengo a la vista los retratos de una rubia y de una morena que me hacen volver sobre todas las discusiones añejas respecto al conocimiento sensorial y el conocimiento psicológico, y sobre la representación de lo objetivo como cifra y jeroglifo de lo invisible.

Al pintor pueden sorprenderle estas divagaciones, como a Renoir las teorías estéticas sobre ciertos animalitos de Dios que pintó una vez, de paseo por el campo, donde lo que menos se propuso fue "resolver problemas". Pero no hay artista verdadero que escape a esta fatalidad; y Arche tendrá que resignarse a que la gente vea en sus cuadros, como en las nubes de Hamlet, ora un ángel, ora un dragón. Y, sobre todo, a que lo vean y lo descubran a él por transparencia, o lo pretendan al menos.

Quienes no ejercemos profesionalmente la crítica de la pintura quisiéramos que nos dejaran decir, sencillamente: —Este pintor me gusta; hallo en sus cuadros gracia, entendimiento y deleite; reposo y contemplación apacibles; don de trasladarme ante las figuras humanas que retrata, y de

hacerme entrar en la situación y el ambiente de sus paisajes; gustosa compañía de los ojos, gratas evocaciones, y ese no sé qué de ciertos pinceles que —una vez ejecutado su oficio— se van del cuadro.

1947.

LA UNESCO

LA FILOSOFÍA de la UNESCO se reduce a procurar la paz por la inteligencia. La idea es tan vieja como el hombre; al menos, como el hombre de buena voluntad. Pero ahora por primera vez se la presenta incorporada, tangible y visible, en una institución de plena autoridad internacional, sostenida e inspirada por la unión de naciones democráticas que gobiernan al mundo. Se ha dado, pues, un paso más en la senda ya iniciada por el antiguo Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, amparado años atrás bajo la égida de la Sociedad de las Naciones, precioso antecedente que sería injusto olvidar.

De paso, al proponerse así a los pueblos el ideal de la paz por la inteligencia, se robustece a las clases intelectuales, a los trabajadores de la cultura en todos los órdenes, concediéndoles una autoridad moral que hasta ahora se les concedía sólo de dientes afuera y como al soslayo. Aquel acto excepcional, de que apenas acabamos de tener noticia por la publicación de documentos inéditos, en virtud del cual el Gobierno de Francia acudió a la suma autoridad de la inteligencia, y envió a los Estados Unidos al filósofo Henri Bergson, para que éste moviera —como lo hizo— la voluntad del presidente Wilson en favor de las democracias durante la Guerra nº 1 —es decir: en favor de la paz definitiva—, no aparecerá ya como la "golondrina que no hace verano", sino como la golondrina que lo anuncia.

¿Se logrará tan bello ideal, la paz por la inteligencia? Callen los escépticos. Ningún ideal se logra plenamente, cuando alcanza proporciones tan excelsas y absolutas, y por eso es un ideal. Basta que se luche por él; basta que se lo defina claramente ante la conciencia humana. Algo se ha adelantado con eso, y ya el tiempo dará de sí. Piénsese que, no hace mucho, se hubiera considerado como cobarde y

traidor a un soldado que expusiera públicamente ideales pacifistas. Pero ahora, por lo menos, aunque no se haya alcanzado ya la paz, se ha alcanzado trasladar el honor al otro bando; algo es. Más será cuando la noción de la UNESCO penetre plenamente en el espíritu de todos los hombres.

X-1947.

CUATRO PREGUNTAS

1. ¿Un buen recuerdo de su profesión o de su vida? 2. ¿Un mal recuerdo? 3. ¿En qué época le hubiera gustado vivir? 4. ¿Qué personaje célebre, real o imaginario, hubiera querido ser?

1

Uno de los recuerdos mejores y más emocionantes de mi vida es el momento en que, después de once años de ausencia pasados en Europa (parte en París, pero sobre todo en España), volví a ver, en mi Monterrey natal, mi Cerro de la Silla.

2

Siendo niño, se me ocurrió una vez, llevado de mi naciente pasión por el teatro, fabricar yo mismo unos títeres.

Pero cuando después de hacer los muñecos y el escenario, y de escribir las comedias, presenté triunfalmente mi obra a mis hermanos y a mis amiguitos, ellos . . . ¡no quisieron jugar!

Aquel fracaso me produjo una desilusión tan cruel, que en él suelo ver el origen de mi melancolía, y a él suelo achacar la responsabilidad de cuantas cosas tristes me suceden en la vida.

Sí, cada vez que me ocurre algo desagradable resurge en mí la amargura de aquel recuerdo infantil, y me repito, casi inconscientemente, una frase que a través de los años me persigue como una obsesión: "¡Me quedé a solas con mi teatrito!"

3

Dada mi afición a la historia, veo cosas buenas y malas en todas las épocas. No padezco el ilusionismo de la distancia,

ni veo gran ventaja en cambiar. Sin embargo, mis gustos me inclinan hacia la Edad Clásica, el Renacimiento y un momento del siglo diecinueve.

Es aquel momento en que se conquistó el respeto a la persona humana, lo único quizá que merece y debe perdurar por encima de todas las teorías políticas, y después de todas las esperanzas y todas las desilusiones.

4

Admiro, naturalmente, a todos los grandes cerebros que ha producido la Humanidad, pero no "me veo" metido en ninguno.

Si tuviera que elegir necesariamente alguno para cambiarme por él, y vivir su vida, tendría que hacer como aquel griego, cuando trazó su Afrodita, tomando la nariz de una y la boca de otra, de ésta la frente, de aquélla las manos o los ojos.

21-XI-1947.

LOS ABUELOS GIGANTES

La religión es orden aparte, intocable y suficiente en sí mismo. La ciencia no puede fijar sitio y hora para la aparición del hombre en la tierra. Además de que tal hecho no pudo ser un hecho súbito, sino el resultado de un largo proceso. Si, según quieren algunos, se da como criterio determinante del "hombre humano" el producir en vista del futuro, difícil será trazar la frontera entre el animal que ocasionalmente aguza un palo o afila una piedra, y el hombre que practica lo uno y lo otro de modo ya habitual.

Desde luego, se está todavía muy lejos de haber agotado las buscas de todos los restos humanos que pueden aparecer en Europa, Asia y África, siquiera en la proporción en que se han investigado los suelos de Francia y la Gran Bretaña. Hasta ahora, sin embargo, se tiene por *provisionalmente averiguado* que el hombre asoma por primera vez en el extremo sudoriental del Asia o en las islas malayas, antes de la época de los hielos.

Hace unos cincuenta años se encontró en Java cierto Pitecántropo al que se reconocen caracteres humanos, y más recientemente, en Pekín, cierto Sinántropo con rasgos semejantes, que, además, usaba el fuego ya de un modo metódico; es decir, que francamente producía en vista del porvenir.

En mayo de 1945, el doctor Franz Weidenreich informó a la Sociedad Americana de Etnología sobre los descubrimientos llevados a cabo, en Java, de 1939 a 1941, por el doctor Von Koenigswald, del Servicio Geológico de las Indias Orientales Holandesas, desaparecido desde que sobrevino la conquista de Java por el Japón. Ya en *Science* se había publicado previamente una relación sumaria.

Entre las cenizas volcánicas de Trinil, Java central, el sabio desaparecido, o mejor sus ayudantes javaneses, encontraron un montón de cráneos y mandíbulas inferiores que son definidamente restos humanos, algunos de los cuales resul-

tan muchísimo mayores que cuantos fósiles humanos se conocen hasta hoy. El cráneo más completo, por ejemplo, supera con mucho al cerebro de cualquier mono, aunque no sería enorme para las conmensuraciones del hombre moderno. Se supone que la cabeza era de magnitud humana, dado el espesor de los huesos; se advierte la presencia de un reborde en lo alto del cráneo, donde probablemente se insertaban grandes músculos maxilares como los del gorila. La mandíbula superior era tan grande que dejaba un espacio entre los caninos y los incisivos, pero ya los caninos eran humanos y no colmillos animales. Este tipo ha sido llamado *Pithecanthropus robustus*.

Hay un fragmento de mandíbula inferior de orden todavía mayor, como de un gran gorila macho, pero también de contorno humano. Este tipo ha recibido el nombre de *Meganthropus palaeojavanicus*.

Por último, en algunas boticas de Hong Kong, Von Koenigswald logró comprar hasta tres molares de tipo humano primitivo y de talla algo desmedida: seis veces el volumen de la corona del hombre moderno, y dos veces el del gorila macho. Si el resto del cuerpo estaba en igual proporción, la criatura pudo haber pesado una media tonelada. Se supone que estos molares provienen de las cuevas de Szechuan, Yunnan o Kwangsi. Si así fuere, las excavaciones científicas podrán descubrir los esqueletos gigantescos, o al menos los fémures como en el caso del *Pithecanthropus*, que permitan establecer la postura erecta y dar una idea aproximada de la estatura.

No hay que apresurarse, con todo, a usar estos documentos como posible explicación de las leyendas de gigantes que aparecen en tantos libros vetustos —la Biblia, el Mabinogion, las Eddas—, pues éstos datan, a lo sumo, de dos o tres mil años (y ya es mucho conceder), en tanto que los gigantes fósiles datan acaso de unos 500 000 años.

Lo más notable en estos fósiles es que los mayores son los más antiguos, es decir, los que presentan caracteres más acentuadamente simiescos. El doctor Weidenreich acaba de publicar, en su obra *Apes, Giants, and Man*, Universidad de Chicago, 1946, el último estado de la cuestión. Piensa

él que aquellas extrañas criaturas se encuentran sin disputa en la línea de la evolución humana. Si así fuere, las muelas que compró Von Koenigswald en las boticas de Hong Kong pueden pertenecer a un abuelo del lector de estas líneas, a 20 mil generaciones de distancia. Y entonces resulta que se trata de un abuelo, o abuela, de toda la humanidad viviente. Pero otros paleontólogos se inclinan a pensar más bien que los gigantes forman una familia lateral, la familia de los tíos-abuelos.

Se diría, pues que, de entonces acá, como acontece con las lagartijas antediluvianas, la talla se ha ido empequeñeciendo. Lo cual, según ciertos especialistas, facilita considerablemente el entendimiento de la evolución humana. Pues no era de fácil explicación el que el tipo humano hubiera perdido buena proporción del pelo y los colmillos zoológicos cuando empezó a fabricar armas y a usar del fuego. En la nueva hipótesis, el enigma se aclara un tanto. Un ser gigantesco en un país cálido difícilmente consigue refrescarse, y en general comienza a perder el pelaje, como el hipopótamo, el elefante y el rinoceronte. Un ser capaz de desgarrar a un tigre con las manos no necesita grandes colmillos. Al empequeñecerse, en cambio, el ser va necesitando de armas, fuego, y tal vez mayor sociabilidad para combinar las empresas de cacería y defensa contra las fieras. Desde luego, estamos en el pleno desierto de las especulaciones hipotéticas. El gran desarrollo de los estudios biológicos en China, bajo hombres tales como el profesor Lim (hoy, general Lim) prometen algunas esperanzas.

Toda esta historia es característica del proceso científico. Un hecho completamente inesperado, tanto como lo fue la actividad del radio o la diferencia entre los cromosomos de uno y otro sexo, lo cambia todo de repente. Altera las teorías en boga, más bien por confirmación que no por rectificación de perspectivas. Y, al cabo, encuentra su sitio propio, dando luz, a su vez, sobre etapas anteriores y antes no comprensibles.

I-1948.

EL "PETIT LEVER" DEL BIÓLOGO

CADA hombre ve el universo con sus ojos. Aun se asegura que cada uno ve los colores a su manera, y que no hay criterio posible para establecer la unidad en la visión colorida.

—¿Cómo ve usted el mundo? —dije a mi amigo el biólogo—. No le pido a usted una opinión filosófica, que sería mucho exigir. Sino una sencilla descripción de lo que, con sus ojos de biólogo, va usted viendo en las cosas y actos familiares que llenan, digamos, un día de su existencia.

—¿A qué tal interés en persona tan insignificante como lo es un biólogo? —me dijo él modestamente.

—Porque —repuse— lo que hoy parece insignificante puede ser muy importante mañana. Me han asegurado que los biólogos no tardarán mucho en gobernar las sociedades humanas, reduciendo al segundo plano a los ya fracasados políticos. Estudio al parecer tan ocioso como el de los órganos reproductivos del saltamontes o "chapulín" vulgar ha conducido ya al descubrimiento de la determinación de los sexos, y aún no sabemos adónde pueden llegar las consecuencias de este nuevo instrumento para gobernar la vida.

—Pues verá usted —me dijo mi amigo el biólogo—. No acabaría de contarle lo que veo en un día entero; pero le contaré mi *petit lever*. Cuando mi criada abre las cortinas, por la mañana, lo primero que se me ocurre pensar es que este animal está haciendo algo, está trabajando en servicio de este otro animal que soy yo.

—Y en el verdadero reino animal ¿puede suceder algo semejante?

—¡Y cómo! La esclavitud es un hecho natural. Sólo la corrige el "humanismo". Hay en Suiza cierta clase de hormigas (*Polyergus rufescens* por más señas), cuyos feroces obreros ni siquiera saben cuidarse de la progenitura ni procurarse el alimento. Y, para poder vivir, necesitan esclavizar a otra clase de hormigas que trabaje para ellas, generalmen-

te la *Formica fusca.* Y unas y otras clases "sociales" no se juntan en igual proporción en cada hormiguero, a un esclavo por amo, sino que cada amo tiene cuando menos seis esclavos.

"Los esclavos —continuó— no engendran, y hay que sustituir a estos ilotas conforme mueren, a riesgo de que perezcan por inanición los espartanos que de ellos viven: lo que a mí me pasaría si de pronto me quedara sin cocinera y sin criada. Así es que los *Polyergus,* por verano, suelen enviar un destacamento en busca de nuevos ejemplares de *Formica* a las tierras circunvecinas. Verdaderas excursiones de esclavistas como las que entraban en Abisinia, las columnas conquistadoras escogen el hormiguero más propicio, destrozan a sus defensores con sus fuertes mandíbulas, y se llevan a las larvas consigo. Al desarrollarse las larvas, los nuevos animales adultos, que nacieron ya esclavos, aceptan su condición con perfecta sencillez, sin experimentar las angustias del encadenado Segismundo. El mismo hormiguero será obra de estos servidores, pues los amos son incapaces hasta de construir y conservar la morada. ¿A qué se dedican, pues, los amos? ¿Acaso a la filosofía, como los griegos esclavistas de antaño?"

—Pero no ha hecho usted más que abrir los ojos —le advertí—. Siga usted el cuento.

—En cuanto abro los ojos —dijo— veo a mi perro que suele dormir en un rincón. Este perro no me sirve de nada. Es una mera posesión de lujo, es un juego, es una afición: un *cocker spaniel,* por cierto, y estos perros son útiles para los cazadores; pero yo no soy cazador desde que leí en un diario de Nueva York cierto relato de cazadores acosados por el jabalí salvaje, relato muy felizmente imitado después por Vasconcelos. Si entrara un ladrón en casa, de seguro que mi perro iría a lamerle las manos, pues tampoco es perro de guarda. Lo acaricio, hablo con él, y no puedo pedirle más: no sirve para nada.

—¿Y va usted a decirme que también los animales tienen animales domésticos de lujo?

—Exactamente. El pequeño escarabajo *Hetaerius* vive en condición de animal de lujo en ciertos hormigueros de Euro-

pa y de Norteamérica. De nada aprovecha a la economía de la comunidad. Pero las hormigas, que son tan previsoras y cautas como nos lo enseña La Fontaine, se dan el gusto de nutrirlo a su propia cuenta, simplemente porque les agrada. De tiempo en tiempo, la hormiga que pasa junto a él le lame la cara; es decir: juega con él como yo juego con mi perro. Pero el escarabajo coquetea y esconde la cabeza en el tórax como una tortuguita. Entonces la hormiga arroja de su estómago alguna sustancia que le agrada al *Hetaerius*, y éste nuevamente saca la cabecita y consiente los mimos y las caricias de la hormiga. Finalmente, el amo se divierte en hacer rodar por el suelo a su bestia domesticada.

—Me parece que su día vale por las *Mil y una noches*. Lo escucho . . .

—Me calo las gafas. Sin ellas no puedo ver, porque soy miope. Mis lentes naturales son defectuosos: me dan imágenes exactas de los objetos, pero las sitúan en un sitio equivocado; no en el fondo del globo ocular, donde se hallan las células sensoriales que pudieran transmitir tales imágenes al cerebro, sino algo más adelante, donde no hay células que se impresionen. Si me acomodo, pues, unos lentes cóncavos, hago que las imágenes retrocedan hasta el sitio debido.

"La armazón de mis gafas es de carey y viene de la tortuga que tiene remos o paletas, y no de la que tiene dedos separables. Es decir: no de la misma tortuga con que se hace la afamada sopa. Esta tortuga de 'concha' que ha dado el armazón de mis gafas se nutre con peces, y como muchos carnívoros, no tiene buen sabor. La tortuga que comemos es la que se alimenta de algas marinas.

"Procedo a mi aseo diario. He aquí, desde luego, mi esponja, esqueleto de animal marino. Las plantas son organismos vivos que se nutren de sales inorgánicas o que están emparentados de cerca con los que tal hacen. Los animales son organismos que requieren materia orgánica ya preparada para ellos. O comen plantas, o comen animales que comen plantas, o animales que comen animales vegetarianos; o que, en suma, de algún modo obtienen materia ya orgánica elaborada con las sales orgánicas que las plantas comenzaron por absorber. Y la esponja, en nuestro caso, se nutre con

plantas y animales microscópicos que flotan en el agua marina. Es como un cedazo sutilísimo. Y su esqueleto es nuestro utensilio de tocador. Hay centenares de esponjas, pero sólo unas cuantas especies sirven al uso humano. Pues muchas están erizadas de púas y lastimarían la piel.

"Y ahora entramos en esta operación maravillosa que llamamos el afeitarse o rasurarse. ¡Cuántos problemas para el biólogo! ¿Por qué me crece el pelo en la cara? Ya se sabe: en los órganos reproductivos del hombre hay ciertas células glandulares que producen y lanzan al torrente sanguíneo ciertas sustancias, haciéndolas circular por todo el cuerpo y determinando la conformación masculina en todas sus partes. Estas sustancias son las hormonas, verdaderos mensajeros químicos. Lo cual explica en parte el misterio. Pero ¿por qué los bigotes y la barba? Estos órganos suelen llamarse caracteres sexuales secundarios, para distinguirlos de los esenciales. Tales son las crestas del gallo. Se supone que son rasgos atractivos para la hembra, y Darwin pensaba que, en el curso de la evolución, se habían ido desarrollando gradualmente, porque las gallinas tendían a escoger como padres de la progenitura a los gallos mejor dotados de semejantes adornajos. Pero ¿y las barbas? ¿Vamos a negar que las hembras escogen de buen grado a hombres sin barba? ¡Misterios de la biología! Acaso las hembras primitivas o prehumanas gustaban especialmente de las barbas de sus galanes. Ha habido épocas en que la moda las favorece, acaso a manera de reminiscencia biológica. Es el caso de la falda corta y la falda larga, que hoy por hoy quiere resucitar. La muchacha abandonada en el desierto desde sus más tiernos años ¿escogería, al ser trasportada a nuestras ciudades, a los afeitados o a los barbudos? Da en qué pensar. El Cid y los caballeros de su tiempo envolvían la barba en redes de seda, como precioso atributo de su varonía. Juliano el Apóstata se vio en trance de defender, contra un pueblo de rasurados burlones —y acaso el rasurarse es hábito masoquista nacido en la Mesopotamia— las nobles y luengas barbas de los filósofos.

"Muchos hombres se figuran que la barba crece más mientras más frecuentemente se la afeita. Experiencias realizadas

recientemente en los Estados Unidos parecen mostrar que la velocidad de crecimiento es constante para cada sujeto.

"Pero no divaguemos. Al afeitarme, tengo que usar una espuma adecuada que mantenga cada pelo de la barba en la postura conveniente para que lo siegue la navaja; y tengo que usar algún fluido untuoso para facilitar el deslizamiento de la hoja. El jabón cumple ambos fines. Y para que el jabón haga espuma y se aplique bien a la piel, se emplea generalmente una brocha de pelo de tejón... ¿Ha visto usted alguna vez un tejón? No es frecuente, porque es animal nocturno y escondido. Vive en agujeros. Su largo pelo lo protege contra los ataques y contra el frío. Al tocar un tejón, siente uno como si lo mordiera con el pelo por cualquier parte del cuerpo que se lo toque. Efecto del largo pelo y, también, de la piel floja. Se diría que el animal puede revolverse libremente dentro de su propio pellejo."

—¿No está el tejón emparentado zoológicamente con el oso?

—Es una falsa idea vulgar. Más bien se emparienta con el armiño, la comadreja, la nutria, el zorrillo. Tiene escasos molares. Los osos tienen, de cada lado, dos arriba y tres abajo. Los armiños y los tejones nunca poseen más de un molar en cada mandíbula superior, y uno o dos en las inferiores, verdadera singularidad.

"Y a propósito, ha llegado el instante de limpiarse los dientes. ¿No es extraño que tengamos que proceder a este aseo para conservar la dentadura en buen estado? En todo el reino animal, el hombre posee los peores dientes, y los fósiles del hombre primitivo muestran que ya lo afligían las enfermedades dentales. Se diría que los dientes se amontonan con demasiada apretura en la boca humana. Si estuvieran más espaciados, como en la mayoría de los animales, las partículas del alimento no se quedarían entre las junturas y acaso los dientes se conservarían mejor. ¿Por qué, pues, este amontonamiento? ¿Será que, al disminuir la mandíbula humana desde el hocico animal hasta la forma fetal que hoy asume, los dientes no se hicieron más pequeños en proporción? Nuestros remotos antecesores, en todo caso, tenían quijadas mayores que las nuestras, y se parecían al chimpancé

o al gorila. Los aborígenes de Australia son todavía 'hocicones', aunque no tanto como los cráneos humanos fósiles o los animales."

—¿No es tiempo ya de que usted se vista?

—A eso voy. Conforme me visto, me pregunto: ¿Se visten también los animales? Por vestirse entiendo el proteger el propio cuerpo cubriéndolo con algunos elementos del ambiente. Y esto no cabe duda que lo hacen también los animales; ejemplo, el gusano de paja que vive en la superficie de los charcos y es larva de esa mosquilla llamada la *Figana estriada*. La *Figana estriada* es de color oscuro y apenas vuela; más bien prefiere ocultarse. Su larva fabrica una funda de materia vegetal y arenosa, y allí se esconde. Cualquier capullo de oruga es un vestido.

"Mis ropas están cosidas. No así las del gusano de paja; pero hay una hormiga tropical llamada *Oecophylla* de la que puede decirse que sabe coser. Se trata de uno de los animalitos más maravillosos. No cose precisamente sus vestidos, sino su nido; fabrica un lecho de hojas prendidas por los bordes con seda. Ahora bien, con una excepción (la mosca *Hilara*), los insectos adultos no producen seda o lo que se lo parezca, aunque sí la producen las larvas o los gusanos. Así la larva de la *Oecophylla,* valiéndose de dos glándulas abdominales y expulsando cierta sustancia viscosa por un poro de su labio superior. Pero la larva de la hormiga no puede moverse ni sería capaz de tejer o coser por sí misma. Entonces ¿qué sucede? Algo inverosímil: una fila de hormigas mantiene dos hojas o vegetales unidas por los bordes. Por el otro lado se coloca otra fila de hormigas. Y entre unas y otras, cosen la juntura de las hojas pasando las larvas de un lado a otro, de modo que usan de las larvas como si fueran aspaderas de seda, y la seda que las larvas expulsan se va quedando en la juntura de tales hojas."

—¿Y qué hay del peinado?

—Tengo el cabello muy corto, porque me hago el pelo de tiempo en tiempo. Es decir, me hago cortar pedazos de mí mismo. ¿Lo hace también algún animal? El *Momotus,* especie de martín pescador, de la América Central, tiene una costumbre muy singular. Muerde y arranca las barbillas

en las dos plumas de su cola, hasta la extremidad, de modo de darle una forma de raqueta en la punta, y deja pelado el resto como un par de cañutos.

"Ahora bien. Yo no sólo me corto el pelo. También me lo peino. Y no faltan animales con peine, que tal viene a ser el dedo medio del chotacabras, con que se alisa y arregla el plumaje. Y algo semejante acontece con las bubias y las garzas. Hay un curioso mamífero malayo llamado *Galeopithecuos*, acaso pariente de los insectívoros (topo, musaraña, etcétera), aunque algo más talludo, y dotado de una membrana entre brazos y piernas que le permite un casi-vuelo de árbol en árbol. Este mamífero posee asimismo un peine: sus dientes inferiores, de apariencia verdaderamente extraordinaria.

"A veces los peines son de 'concha' de tortuga, carey, etcétera; a veces, de sustancias sintéticas; y muy a menudo, de barbas de ballena. Trátase de una sustancia córnea que aparece en filas en la parte superior de la boca. La ballena se llena la boca de agua, 'hace un buche' y levanta la lengua, lengua que llega a pesar hasta una tonelada en los ejemplares mayores. La presión de la lengua expulsa el agua por el cedazo de las barbas, las cuales detienen a los animalitos pequeños que flotaban en el 'buche de agua', animalitos condenados a desaparecer en el trago. Parece increíble que el animal más enorme se alimente de animalitos diminutos, y tampoco deja de ser raro que ese filtro haya venido a dar el material del instrumento para evitar que se nos enmarañe el pelo."

—Basta por hoy —dije—. Si lo sigo a usted al desayuno ya veo que no acabaremos nunca. Gracias por esta entrevista de indiscutible "actualidad".

—¡Dice usted bien! ¡Como que trata de animales!

I-1948.

JOSÉ MORENO VILLA EN MÉXICO

A VECES evoco aquellos libérrimos días de Madrid —mis primeros cinco años de España— en que la independencia más cabal era el contrapeso feliz de mi penuria. Al instante me acuden las imágenes de aquellos buenos hermanos que compartieron conmigo el humilde pan del escritor. Desde luego, nuestro llorado Enrique Díez-Canedo, ya tan mexicano como español, y con quien la vida había de juntarme de tiempo en tiempo en varias ciudades de Europa y América, para finalmente traerlo aquí a mi lado. Por cierto que todavía ahora me sorprendo más de una vez a punto de hablarle por teléfono para consultarle cualquier extremo de erudición literaria o comunicarle algún hallazgo que acaba de saltarme a los ojos, en este mi constante viaje por las páginas de los libros nuevos y viejos.

Y junto a mi fraternal Enrique, este José Moreno Villa, poeta, pintor, crítico de arte, archivero y anticuario y creo que hasta químico un día, con quien me veía yo a cada rato; mi compañero del Ventanillo de Toledo, mi camarada de trabajos y lecturas (en alguna ocasión estudiamos juntos cierta monografía sobre Velázquez), tan familiar de mi casa, siempre a la mano para paseos y charlas y comunes emprendimientos literarios.

Aun de lejos y de algún modo sonambúlico nuestra armonía seguía operando maravillas. Es un asombro la atingencia con que me ilustró *La saeta,* él en Madrid y yo en Sudamérica, con sólo una levísima descripción de ese poema en prosa que yo le hice en una carta. Estos magníficos trazos y chafarrinazos valientes no sólo parecen hechos a la vez que mi poema, sino que hasta parecen ser anteriores y haberlo de veras inspirado.

Moreno Villa, desde hace algunos lustros, se ha incorporado por suerte a la vida mexicana; y a nuestra vida y a nuestra cultura viene consagrando aquí una serie de libros

agudos, sinceros, de sobria gracia andaluza y de esa auténtica originalidad que no se busca sino se encuentra, por ser reflejo de la propia riqueza, con la que se nace o no se nace.

Ya, cuando publicó la *Cornucopia,* casi me sobresaltó de alegría al ver confirmados, en sus sutilísimas observaciones respecto al habla de México, ciertos atisbos míos sobre lo que yo llamé "Psicología Dialectal" en mi libro *Calendario,* a propósito de las sustancias secretas y claves para el entendimiento de la mentalidad mexicana escondidas en ciertas expresiones de nuestro pueblo ("¡Hora que me acuerdo!", etcétera, a que he añadido después la einsteiniana fórmula: "Por lo que el tiempo encoja").

José Moreno Villa acaba de publicar otro libro, *Lo mexicano,* en que examina ciertos aspectos de nuestras artes: la precipitación anacrónica con que España vuelca sobre la colonia todas sus formas plásticas y culturales en el primer instante de la hispanización de América; el curioso hecho de que las artes mexicanas, en "monoculturas sucesivas", alcancen un apogeo de dos en dos siglos: la escultura en el XVI, aún no discernible de las formas españolas que la "amadrinan"; la arquitectura, de mexicanismo espontáneo e inconsciente, en el siglo XVIII; la pintura, de acento nacional marcado, insistente y consciente, en nuestra época actual. A este ensayo se añaden otros sobre la Muerte, la Trinidad y el Angelismo, y finalmente, la transmisión de nociones y maneras plásticas.

El deleite visual es la característica de éstas y todas las anteriores investigaciones de Moreno Villa. Sus páginas dan envidia. Envidia dan esa nitidez de percepciones, esa sencillez con que la erudición más laboriosa parece ponerse en fila y marchar en su servicio y a su llamado. Pero, sobre todo, da envidia cierta impresión difusa por todas sus páginas: la impresión de que el autor, al escribirlas, goza y se divierte soberanamente. Disimular así el esfuerzo, de tal modo quitar los andamios a la obra antes de inaugurarla en público ¿no es una suprema excelencia literaria? Otros ahuecan la voz, muestran el bíceps, sudan y se enjugan la frente, necesitan hacer ver que han luchado, que padecen, que se fatigan, que su mercancía es costosa; no este señorial More-

no Villa, ciertamente, cuya mayor prenda es la plenitud vital, la naturalidad de maduración. ¡Si parece que los libros se le caen solos del árbol!

Y, sin embargo, allá en aquellos trasfondos de la obra, que la ingrata posteridad no siempre conoce ni quiere conocer, ¡cuántas veladas angustiosas, junto a la "lámpara solitaria" de Erasmo! ¡Cuánto revolver de documentos y rasgar de cuartillas! ¡Cuánto viaje por regiones acaso incómodas! ¡Cuánta biblioteca consultada! ¡Cuántas visitas a éste y el otro especialista! ¡Cuántas fotografías echadas a perder! ¡Qué buscar en las colecciones gráficas y hasta en las vulgares "postales"! ¡Qué afinar la sensibilidad hasta no dar caza a esas formas etéreas y larvas de pensamientos que rondan las sienes del escritor! ¡Qué tanteos para lograr las expresiones más simples y más directas, y —en el caso de Moreno Villa— para huir de las palabras demasiado eruditas, demasiado profesionales, para sortear las pesadeces técnicas, para traer al aire plenamente respirable de la vida los tesoros de su investigación y de su recóndita experiencia!

Verdaderamente, junto a los demás que han ganado por derecho propio la ciudadanía en la historia mental de México —y hay varios entre los que últimamente la borrasca española hizo acudir "a nuestro mexicano domicilio"— José Moreno Villa ocupa un lugar eminente. No es posible ojear sus libros sin sentirse tentado de darle las gracias al instante. Hasta de los niños se ha ganado la gratitud. Su álbum infantil de dibujos y ocurrencias para los niños —*Lo que sabía mi loro*— es una obra maestra del género. Poesía, folklore y sensibilidad paternal en rara concentración. Lo guardo, como una joya, junto a los versos infantiles de Stevenson.

IV-1948.

LA RADIO NACIENTE

HACE poco más de una generación, esta tremenda energía de la comunicación a larga distancia apareció en el mundo bajo la forma de tres leves chasquidos, lanzados como por catapulta sobre millares de millas marítimas. Pocos, al leer la noticia en los diarios, vieron en ella más que un curioso y sugestivo experimento científico. Según nos contaba en la Preparatoria el maestro Andrés Almaraz, antes del descubrimiento de la fotografía, cierto sabio mexicano (que no lo fue mucho esta vez, porque dormitó un instante como Homero), encontró sencillamente retratada la ventana de su laboratorio en la etiqueta de un viejo frasco de flúor y se limitó a exclamar: "¡Cosas del flúor!" Así como no soñaba él lo que podía resultar de esa mera curiosidad o jueguecillo espontáneo de la química, así nadie imaginaba siquiera que, en unas cuantas décadas, aquellos tres chasquidos insignificantes se transformarían en un verdadero huracán que bañaría todo el planeta, levantando y arrastrando consigo la voz de todas las esperanzas, pasiones y afanes de la familia humana.

Tratemos de reconstruir esta historia conmovedora y sencilla, según documentos de la época.

Era un frío amanecer de diciembre, el año de 1901. Tres hombres se habían juntado en una colina que sirve para lanzar señales sobre la bahía de San Juan, Nueva Finlandia. Se los veía nerviosos y contraídos, como si asistieran a un desafío matinal. Se habían pasado varias semanas trabajando, juntando y probando una extraña colección de aparatos eléctricos. Uno de ellos, un joven que andaba por la veintena, parecía singularmente pálido y en tal estado de excitación que se estremecía cuando le hablaban. Examinaba una y otra vez todos los detalles de los aparatos, y aquí apretaba un tornillo y allá verificaba una conexión. De tiempo en tiempo se cerraba las solapas al cuello, porque la estancia era muy fría y expuesta a las ráfagas heladas que se

venían encima desde las cercanas zonas árticas. Nadie hablaba casi. Sólo se oía el tic-tac de un reloj y, de cuando en cuando, los aullidos del viento.

Seguro ya de que todo estaba a punto y en su sitio, el joven, Guglielmo Marconi, invitó a sentarse a sus compañeros. Eran ya las once y media de la mañana. Sobre la mesa de Marconi había un teléfono. Estaba enganchado con el aparato eléctrico en que habían venido trabajando los tres, pero carecía de toda conexión con el resto del mundo, con cuanto había fuera de aquellas cuatro paredes, salvo un delgado nervio de alambre suspendido de una cometa que revoloteaba en el aire, a unos cien metros del suelo.

Marconi se acercó al audífono, y hundido en su sillón, con los ojos entrecerrados, parecía olvidado en un éxtasis. Sus compañeros lo miraban sin chistar, tan inmóviles como él.

Así pasó una hora. Nadie había pronunciado siquiera un monosílabo o una exclamación. De tiempo en tiempo, el frágil jovencito se estremecía, penetrado de frío. A veces inclinaba un poco la cabeza y fruncía las facciones, como si quisiera esforzarse por captar el más leve rumor venido por sobre el tumulto del océano.

Unos cuantos segundos después de las doce y media, su trigueña tez de italiano palideció aún más. Apretó los labios. Su cuerpo saltó como al choque de una corriente eléctrica y luego se quedó inmóvil.

Tres leves chasquidos, tres chilliditos —¡clic!, ¡clic!, ¡clic!— sonaron en el audífono. El misterioso grillito calló unos segundos, y luego volvió a cantar, mientras el afortunado inventor aflojaba el gesto y sonreía.

—Oye esto, Kemp —dijo con voz suave a uno de sus asistentes, alargándole el audífono. Kemp, aunque hombre sólido y poco soñador, temblaba al acercarse. Ya no cabía duda: aquélla era la señal, la ya histórica "S" radiada en el código de Morse, los tres puntos lanzados por sobre el Atlántico desde Poldhu, en Cornualles, a más de dos mil millas.

En Poldhu, un pueblecito próspero a pesar de su aire desamparado, situado hacia el extremo sudoccidental de la isla

británica, se desarrollaba entretanto otra escena semejante. Un grupo de técnicos trabajaba febrilmente, para acumular una inmensa carga eléctrica capaz de lanzar de una vez triples relámpagos. Las descargas eran tan poderosas que la llave estaba provista de un largo mango de palo para proteger al operador. El cuarto en que estaba instalada la tremenda máquina parecía un verdadero infierno cada vez que los relámpagos artificiales saltaban en las perillas de los electrodos.

Uno de los operadores se mantenía, reloj en mano, a respetable distancia de los destellos azulosos y lívidos. Cuando alzaba la mano, todo se suspendía. Ya estaba todo preparado. Fuera del que manejaba el conmutador, los demás se alejaron un poco, con los ojos fijos en la mano del que marcaba el tiempo. Sólo se dejaba oír el pulso profundo del aparato. "¡Ya!", gritó de pronto el del reloj, y bajó la mano, a la vez que el del conmutador abrió la descarga. Tres rugidos, un relámpago cegador . . . Y la operación se siguió repitiendo así, a intervalos regulares, durante media hora.

Aquellas tres descargas, en una diminuta fracción de segundo, cabalgaron sobre el Atlántico y fueron a golpear el receptor de Marconi como tres piquetes de avispa. Y en el curso de unas cuantas semanas, a los tres puntos se añadieron rayas o ruidos deslizados, y puntos y rayas fueron palabras que saltaban por el éter como balas de ametralladora.

Aquel experimento vino a coronar las labores de unos seis años, años consagrados por Marconi a lanzar mensajes inalámbricos. Ya en 1894, en efecto, cuando estudiaba bajo la dirección del profesor Rhizi, que a la sazón hacía experimentos inalámbricos sin resultado ninguno, Marconi instaló en Bolonia, en la propiedad de su padre, ciertos aparatos que él había construido por su lado. Estos aparatos, aunque toscos y primitivos, eran capaces de transmitir puntos y rayas a unos veinticinco o treinta metros. Las señales llegaban todavía muy débiles, pero los experimentos bastaban para comprobar que el éter —reacio a las solicitaciones reiteradas de físicos tan eminentes como Preece, Lodge, Branly y el propio Rhizi— comenzaba ya a dejarse seducir.

Marconi era un adolescente, de no mucha resistencia física; pero luchó con ardor para robustecer su máquina. Se volvió un verdadero recluso, y solía trabajar en su laboratorio veinticuatro horas seguidas. En un par de años, logró que sus señales alcanzaran una distancia de dos millas. Poco después, se comunicaba con un barco que iba diez millas mar adentro. Y no pasó mucho sin que conquistara un trecho de veinticuatro millas.

En 1899, los marconigramas prestaron su primer servicio de socorro. El vapor *R. F. Mathews* chocó contra un barco en los traidores bancos de Goodwin. Por suerte el navío era uno de los doce, más o menos, dotados ya de telegrafía inalámbrica. Y por suerte también, otro navío igualmente equipado oyó las señales del *Mathews* a unas doce millas, y acudió en auxilio del barco que se hundía, logrando salvar a toda la tripulación.

Por esos mismos días, el director del *Express,* de Dublín, hombre emprendedor, tuvo noticia, por su propio periódico, del descubrimiento de Marconi y el estado de perfección a que lo había llevado. Estaban a punto de celebrarse las regatas de Kingstown, que apasionan a los deportistas británicos. La carrera clásica de veinticinco millas mar adentro venía de años atrás dando lugar a competencias entre los periodistas, quienes se disputaban el dar las primeras informaciones, valiéndose de cualquier barquita que pudiera traerlos cuanto antes a la playa y que solía emplear varias horas en el trayecto, lo que propiamente constituía algo como otras regatas no reglamentadas. El director del *Express* resolvió ponerse a la altura de la ciencia; trató con Marconi, contrató la exclusiva del marconigrama para las regatas de Kingstown, y alquiló el barco *Flying Huntress* —la Cazadora Volante—, dotándolo secretamente de estación emisora. La antena se tendió de un mástil a otro. Durante la mañana de la primer regata, el barco se llenó de reporteros y técnicos, y zarpó misteriosamente de Liffey hacia las aguas irlandesas. Las embarcaciones que ambulaban por la región se asombraban de no ver espectadores a bordo. Pero cuando los demás informadores llegaron a tierra, al anochecer, se en-

contraron con que el *Express* había lanzado ya una "extra" con un minucioso relato de la regata. Y así fue como la radio, apenas en la infancia, irrumpió en el agitado mundo de las noticias.

IV-1948.

RESPETO A LA MATERIA

SIN caer en las caricaturas del "estetismo" a lo Ruskin, ni pretender que se escriba con pluma de oro y en vitela finísima, no me den a mí esos genios hechizos que creen conquistar y hasta demostrar la inspiración haciendo ostentación y gala del desaseo que rodea su trabajo y de la poca o ninguna estimación que conceden a las materialidades de la obra. Yo entiendo muy bien el desconcierto que se apoderaba de mi inolvidable amigo Jesús Acevedo —hombre de mi generación que, siendo arquitecto, dio un día en pasear por el territorio de la literatura— al sentir, por comparación con los útiles de su profesión oficial, el escasísimo apoyo de instrumentos en que se sostiene la tarea del escritor: papel y pluma, tintero a lo sumo, y nada más. ¡Se sentía como despojado y vacío, como el cirquero que anda en la cuerda y le quitan el balancín!

Por otra parte, tampoco niego esas horas de arrebato en que la efervescencia mental parece anular el tiempo y el espacio. Don Francisco A. de Icaza me contaba que, allá por los días en que don Marcelino Menéndez y Pelayo dirigía la Biblioteca Nacional de Madrid, lo sorprendió un día en plena labor. Es todo un retrato de época. Las cuartillas se habían ido al suelo. Los libros hacían amenazadoras torres de Pisa encima de la mesa. El tintero se había volcado y la tinta chorreaba generosamente hasta el piso. Don Marcelino se había cortado un dedo con la pluma: las plumas de entonces eran verdaderos cuchillos. Y, angustiado por dar término a alguno de aquellos majestuosos párrafos —que, en carga cerrada, le salían del alma cabalgando en el número ciceroniano y armados en facundia latina—, por no interrumpir el hilo del discurso mojaba la tinta en su propia sangre y seguía escribiendo con esa apretada letrita que ha de perdurar de siglo en siglo. Esta escena tiene al menos la autenticidad de las emergencias. No es prevista ni preme-

ditada para impresionar al espectador. Y no puedo decir lo mismo de Victor Hugo, desde su isla inglesa, encerrado todas las mañanas en su mirador (las tardes eran de Julieta), y tirando al suelo las cuartillas conforme las iba escribiendo, sin paginarlas siquiera, para que luego la familia las recogiera piadosamente y las ordenara una a una, arrodillándose efectivamente a sus pies.

Sea como fuere, estas excepciones geniales no autorizan la negligencia, el olvido de la belleza en las cosas que nos rodean, y menos cuando se trata de las cosas que más amamos. Y creer que tal negligencia sea prenda de altas virtudes intelectuales me parece ya francamente abominable. Un filósofo contemporáneo ha descubierto inconscientemente su equívoca condición moral, de que luego daría pruebas públicas y ostensibles, confesando, en un ensayo juvenil, que no podía soportar la belleza en los objetos de uso diario. Y me resulta incalificable André Gide cuando declara que no puede leer en los libros en ediciones pulcras, que éstas las guarda en sus anaqueles (acaso con la idea de venderlas luego, como hemos visto ya que lo hizo), y que prefiere leer a sus autores favoritos en libros de cordel, comprados en las estaciones y en los kioskos. ¡Puerta estrecha, todo eso! ¡Ganas de afear la vida por gusto, creyendo que así se merece el cielo! El encanto material lo hizo Dios, y el exigirlo e imponerlo es la mejor garantía de conservación para civilizaciones y culturas. El hábito hace al monje, como ya lo saben hasta los párvulos.

IV-1948.

RITMO Y MEMORIA

El ritmo, el metro, la rima, la estrofa, la combinación de estrofas, no sólo tienen el valor estético que todos saben. También responden a los vaivenes respiratorios, a las oscuras ondas vitales, en manera de pulsación, de latido; alternancia con que la naturaleza —como el año sus estaciones— pone en movimiento sus virtudes. La conciencia de este sube-y-baja, de este ir y venir, de esta condición pendular en cuanto está vivo o parece o promete estarlo, ha inspirado ya las religiones agrarias y la concepción de las divinidades que atraviesan la muerte, que perecen y resucitan. El símbolo de la figulinas cretenses y aqueas —la muñequita al columpio, que va y viene como las estaciones del año, al modo de la Perséfone que huye y regresa— lo mismo puede representar este misterio de la fertilidad recurrente que el arte de contar y "escandir" los pies y los acentos del verso.*

Pero hay más: la tectónica de la poesía cumplía una función de la memoria, de la Mnemósine, madre de las Musas. Sustituía con ventaja a la varita con muescas o a la cuerda con nudos. Las declinaciones latinas, la lista de los antiguos reyes, las genealogías sacras que se cantan en letanía, se aprenden mejor, se retienen más fácilmente en verso que en prosa. Y más cuando se usan consonantes o semejanzas cualesquiera del sonido: entonces, en el juego de repeticiones fonéticas, la ninfa Eco muere y resucita al punto, trayéndose de la mano a sí misma.

Todo esto pensaba yo ante las líneas de la breve *Poética* recién publicada por André Gide:

* Donde se ve un sátiro que empuja en el columpio a una muchacha, no se trata de una escena galante a lo Fragonard, sino de un rito agrícola y dionisíaco para provocar buenas cosechas, en los festivales de las Ayora; y como el columpio fácilmente se vuelve horca, de aquí las heroínas trágicas que se suicidan o siquiera lo intentan, como Ariadna, Fedra, Clitemnestra y hasta Medea en ciertas versiones: cuerpos ardientes que bien sirven para abonar la tierra.

Hay algo —dice el "Nobeliasta"— que nos distingue, a los que ya estamos de ida, de los que ahora llegan, y es que ya hoy por hoy la *duración* no interesa. La falta de confianza en el porvenir ha desarrollado entre los recién llegados un gusto desmedido, exclusivo, del presente, de lo inmediato; y todo, en la literatura y en las artes, lo deja ahora sentir así.—El sistema poético de antaño *(y de aquí partía mi meditación anterior)*, ese sistema tan sabiamente establecido ... para permitir a la memoria la retención de los rasgos en que se inscribían la emoción y la belleza, aquellos números regulares, aquella recurrencia o alternancia de las rimas, los tiempos fuertes de la cesura, y en fin todas esas reglas tan hondamente inculcadas en nuestro espíritu que ya nos aparecían fatales, naturales e indispensables; todo eso ya no tiene razón de ser, puesto que sólo cuenta el instante presente y ya no hay porvenir ... Y así, sólo se disfruta ya de las emociones del choque y la sorpresa ... En tan inevitable desastre ¿qué podrá subsistir? Nada sino la emoción personal. Pero ¿cómo propagarla o transmitirla? ... Porque quien dice arte dice comunión.

¿Quieres, lector, seguir meditando por tu cuenta? *Ejercicio primero:* Injusticia de Paul Claudel que, para defender sus versículos, se cree obligado a burlarse de los metros y las estrofas regulares, llamándoles *bibelots* y "artículos de París", como se dice en el comercio, ¡y olvida que también lo son sus versículos, como, sin remedio, toda expresión poética, acertijo fonético, léxico y sintáctico para captar alguna vibración del espíritu!—*Ejercicio segundo:* la estética, que dice Gide, de la sorpresa, frente a la estética del arrastre, de lo necesitado y previsto, como en la prosa caudal de Bossuet.—*Ejercicio tercero:* Lo efímero como calidad artística esencial; el principio que —según he leído en Covarrubias— domina todas las industrias populares de la isla de Bali: donde no se aprecia tanto la persistencia o perduración, cuanto la fragilidad y la consecuente necesidad del cambio y la mudanza constantes: el principio, podemos decir, de la evaporación ...

VI-1948.

ACERTIJOS

PERO ¿por qué el juego de las adivinanzas no había de ser el origen de la filosofía? ¿Qué otra cosa son, a veces, los diálogos de Sócrates? ¿No nos habla Huizinga, en su *Homo Ludens*, de los agones de enigmas como forma del antiguo saber? ¿Qué otra cosa eran las "cocodrilitas" de los sofistas griegos? Tisias, a su maestro Corax: "Si de veras me has enseñado a persuadir, te convenceré de que nada te debo, y entonces nada te pagaré por tus enseñanzas; y si no logro convencerte, tampoco te pagaré, porque eso quiere decir que me habrás enseñado mal." ¿Que fue aquel coqueteo, aquel primer encuentro de Salomón y la reina de Saba, sino un galante pase de armas en figura de enigmas? ¿Y las preguntas de Tolomeo a los sabios de Jerusalén, en la *Carta de Aristeas*? ¿Y las cuestiones discutidas en el *Banquete de los Siete Sabios*, de Plutarco? ¿Y las respuestas del oráculo de Delfos, más oscuras que el humo inspirado que ponía a la Pitonisa en furor? ¿Y la "payada de contrapunto" que conoce el campo argentino y que encuentra su parangón, más o menos, en todos los "pagos" de Hispanoamérica? ¿Y el torneo entre el Negro y Martín Fierro? En ocasiones, sólo va en el trato el honor del triunfo. En ocasiones, va la vida, como entre el aventurero Edipo y la Esfinge.

Abraham Rosenvasser acaba de publicar en Buenos Aires la primera versión española de tres cuentos orientales fundados en parecidas disputas. Son tres vetustos relatos del antiguo Egipto, ¡folklore tan añejo como el mundo! He aquí *La contienda de Apofis y Seknenra*, leyenda del tiempo de los hicsos. En una justa de acertijos, Amón confunde a los enemigos, humillando a su dios Sutekh. En *Las aventuras de Horus y Seth*, la pugna entre el principio bueno y el malo, tema permanente de la epopeya egipcia, se desenvuelve a flechazos de acertijos. Y en *Verdad y Mentira*, los dos hermanos, meras hipóstasis de aquellos dos eternos principios,

resuelven liquidar sus viejas diferencias mediante un debate o disputación de acertijos. ("Debate", "disputación": ¿no vemos prefigurarse la forma medieval? Las excelencias o errores de la mujer, los denuestos del agua y del vino... O de don Vino y doña Cerveza, en la parodia que fraguamos un día mi llorado Enrique Díez-Canedo y yo.) Los contendientes se juegan en el torneo de acertijos sus reinos, sus mujeres, su libertad, su fortuna o su vida.

No puedo menos de recordar una anécdota de mi juventud estudiantil: El lavandero chino que venía cada ocho días por la ropa de Julio Torri nunca era el mismo (aunque era difícil darse cuenta). Julio averiguó lo que pasaba: en su pequeño círculo, los chinos, los "chales", solían jugarse la lavandería por las noches, con esas sus barajas que parecen fichas alargadas del dominó, y cada mañana el propietario y el mandadero resultaban distintos.

VI-1948.

TEORÍA Y PRÁCTICA

De tiempo en tiempo nos lo aseguran: la gran enfermedad de esta cultura de Occidente que nos ha criado a los pechos, la enfermedad congénita de que ella habrá de morir, es el haber dividido el mundo fatalmente en dos: a un lado la teoría, a otro la práctica. Y los maestros de teoría afirmamos de tiempo en tiempo que ambos órdenes se confunden. En el fondo, lo que quisiéramos es adueñarnos maliciosamente de la práctica, que casi siempre se nos va de las manos. Por eso le negamos entidad propia, autonomía. Y sin embargo, todos los días la práctica nos da con la puerta en las narices, nos deja fuera y sigue viviendo tan contenta, sin necesidad de nosotros. Desde mitad de la calle, oímos sus risotadas y envidiamos sus fiestas.

¿Pues sabían ustedes que el pueblo conquistador por excelencia en la antigüedad; el que ocupó mayores extensiones y territorios, y todos los ligó a la metrópoli con un sistema de carreteras y correos que todavía nos asombra; en suma, el que más practicó la geografía —el pueblo romano— fue el que menos contribuyó al desarrollo de la teoría geográfica? Fuera del derecho, se conformó con la ciencia que heredó de Grecia. *La Historia Natural* de Plinio el Viejo, obra voluminosa y absurda, indigestión de noticias ciertas y falsas, datos reales y patrañas amontonados sin criterio; pero fuente inestimable en su confusión, que servirá de base al saber medieval; contribución la más importante que Roma dio a la geografía teórica, nos permite formarnos una idea de los extremos que pudo alcanzar la ignorancia de las cosas terrestres entre aquellos hombres que dominaron prácticamente la tierra entonces conocida.

Figúrense ustedes que un marino griego, un tal Hipalo, allá por el siglo I —es decir, estricto contemporáneo de Plinio—, había aprendido de los árabes el secreto de los monzones que soplan periódicamente sobre el Océano Índico. El

precioso descubrimiento permitió a los navegantes atreverse por aquel mar "con conocimiento de causa", y cruzarlo tranquilamente en vez de pegarse a las costas árabes y persas en su tránsito para la India; con lo cual el tráfico comercial de Roma ganó en un ciento por ciento. Era de creer que Roma supiera lo que pasaba, y sobre todo el sabio de Roma, Plinio el Viejo. Pero he aquí que Plinio lo ignoraba todo a tal punto que, "habiendo oído campanas" como dice el vulgo, se creía que ¡"hipalo" era nada menos que un viento marítimo! ... ¡Para que luego le cuenten a uno!

VI-1948.

AFÁN DE LUCRO

¿HAY cosa más tenaz que el comercio? Una verdadera colonia de traficantes holandeses ha vivido en cierta isla nipona, resistiendo por un par de siglos una existencia de campo de concentración y soportando los mayores denuestos, peores que los infligidos a los griegos por el turco o a los judíos por el gentil, y sólo comparables a las infamias, ridiculizaciones y "embriagueces ejemplares" que los espartanos imponían a los ilotas, para educar a sus propios vástagos e inculcarles la noción de su superioridad étnica.

Y esto ¿con qué fin? Con el de llenar laboriosamente la hucha, centavo a centavo. Grano a grano hincha la gallina el papo —se decía Sancho van der Panza, y bajaba la cabeza, y seguía contando sus dineros.

La historia de estas afrentas va de 1641 a 1858. Los holandeses eran reducidos a vivir en Deshima, angosta islita japonesa frente al puerto de Nagasaki. A cambio de ejercer el comercio en este ghetto insular, de que los holandeses tenían privilegio exclusivo entre todos los europeos, debían sufrir ciertos ultrajes periódicos. Cada año, debían pisotear la cruz a presencia de un oficial japonés (J. Murdoch, *A Hist. of Japan,* III, 616-617). Debían, además, hacer una visita a la capital en Yedo (Tokio) y aceptar allí el convertirse en objeto de ludibrio e irrisión pública, divirtiendo con bufonadas a la corte. Ni siquiera se sublevaron, ni se apresuraron a secundar las negociaciones norteamericanas para establecer los contactos internacionales a base de igualdad.

Lo propio aconteció en Egipto, cuando el rey Amasis (allá entre 569 a 525 a.c.), permitió a los residentes griegos concentrarse en el campamento ribereño de Naucratis. Y los griegos vivieron en condición humillante, a cambio de los monopolios comerciales, hasta la conquista de Alejandro, es decir, por otros dos siglos. Cuenta Herodoto: "Síguese la ceremonia del sacrificio. Conducen (los egipcios) la bestia ya

marcada al altar destinado al holocausto; pegan fuego a la pira al pie mismo del ara, e invocan su dios al tiempo de degollarla, cortándole luego la cabeza y desollándole el cuerpo. Cargan de maldiciones a la cabeza ya dividida, y la sacan a la plaza, vendiéndola a los negociantes griegos, si los hay allí domiciliados y si hay mercado en la ciudad; de otro modo, la echan al río como maldita. La fórmula de aquellas maldiciones expresa sólo que, si algún mal amenaza al Egipto en común, o a los sacrificadores en particular, descargue todo sobre aquella cabeza" (traducción del P. B. Pou). Luego, por el afán del lucro, el griego instalado en Egipto no reparaba en adquirir aquella cabeza maldita y apestada, aquel objeto "tabú": —Como el marinero de Stevenson, en *El duende de la botella,* dice un comentario moderno.

VI-1948.

PICHEGRU

CUANDO era yo ministro en París solía calificar de "comisionados para estudiar la caballería marítima en el Sena" a esos dioses de la guerra que los azares de nuestra política enviaban de tiempo en tiempo por aquellos mundos en guisa de destierro honorable. Lo que menos me figuraba era que encontraría un día en mis estudios históricos el extraño caso de una flota atacada y vencida por una carga de dragones. Pero así fue. Vivir para ver. Y sobre todo, asomarse a esa selva de varia invención, frenesí de la fantasía, que es la historia.

Es el caso que, por octubre de 1794, y cuando Francia había partido en guerra contra Europa, el general Pichegru logró apoderarse con un escuadrón de húsares de los navíos holandeses aprisionados por el hielo en las cercanías de Texel.

¡Singular destino de este honesto catedrático de Brienne, que dio allí a Napoleón sus primeras lecciones de matemáticas, ganó como Dios quiso su grado de general, fue insigne guerrillero, se dejó arrebatar la gloria de muchos triunfos por el mediocre Hoche, y se condujo tan rectamente en Holanda que todavía mereció el agradecimiento de los vencidos!

Estas caprichosas hazañas el destino sólo suele reservarlas paradójicamente a los que están bien plantados con ambos pies en las realidades de este mundo. Pichegru es también aquel monarquista que quería el regreso de un rey, pero no se conformaba con hacer las cosas a medias: "Cuando el soldado francés grite *Viva el Rey*, que antes se le haya dado un trago de vino y tenga un escudo en la mano. Que nada le falte en este primer momento decisivo."

Fue a dar a las Guayanas, y acabó misteriosamente en una

celda de París, donde se pretendió hacerlo pasar por suicida. Napoleón, en Santa Elena, decía al doctor O'Meara que Pichegru había sido el general más grande de la República.

VI-1948.

CONTAGIOS HUMANOS

Los "aislacionistas" la llevan perdida; no de ahora, sino desde hace ya mucho tiempo. Porque no es de ahora el que los vasos comunicantes hagan de las suyas de pueblo a pueblo, y hasta a través de increíbles lejanías, lejanías no sólo de espacio, sino también de civilización. Allá por fines de 1912, algunos cronistas de París se burlaban de quienes creían que la guerra entre franceses y alemanes pudiera estallar con motivo de la salida al mar reclamada insistentemente por Serbia. Porque ¿dónde queda Serbia? ¿Qué se nos ha perdido en Serbia? Y, con todo, peores se han visto.

Macaulay, entre elocuente e irónico, recuerda que, en el siglo XVIII, los pieles rojas tuvieron que matarse entre sí sobre las riberas del Oregón, porque el rey Federico y la emperatriz María Teresa no se ponían de acuerdo. Y Silesia no cae ciertamente junto a los iroqueses. Pero así lo mandan esas máquinas de contagio llamadas alianzas y *ententes*, y acaso así es justo que suceda. Cuando estalla un conflicto, no es fácil localizarlo; y por la lógica del sistema y no por mero puntillo de honra, los propios sioux tuvieron que venir a las manos, dejando para mejor ocasión la cachimba de la paz.

VI-1948.

UNA PARADOJA NOVELÍSTICA

ALGUNOS novelistas dejan la figura medio pegada todavía en la roca, como Rodin y otros escultores, y se complacen en violentar la famosa objetividad de Flaubert; ilusión ésta tan candorosa, después de todo, como la doctrina histórica de Ranke sobre el contar las cosas *tal como de veras han sucedido:* ¡simple manera de escamotear el problema! Y conste, que, en punto a ideas generales, según puede apreciarse por su *Correspondencia,* este prenietzscheano de Flaubert era menos fácil de contentar que Ranke.

Tengo dos ejemplos a la mano sobre este modo de novelar, en que el novelista prefiere él mismo perturbar y empañar un poco la mentira poética que nos propone. Y lo asombroso es que este bizquear estético posee en sí mismo un innegable encanto.

Pierre Lièvre, en su novelita *Jeunesse se fane,* comienza con un parágrafo "cero" en que nos descubre la trastienda de su creación. —Yo —viene a decirnos— soy crítico. Me cuesta trabajo conceder valor en sí mismas a las ficciones que se me ocurren. Suelen seducirme un instante estos y los otros movimientos pasajeros, pero no tengo paciencia, ni tengo fe: no creo en mis inventos. Los abandono. El oficio de objetar a los otros me ha pervertido el paladar. Hasta el trabajo del estilo artístico me cansa. Acaso sea cuestión de hábito. ¿Lograré engañarme un poco, cerrar los ojos y lanzarme en cuerpo y alma a escribir una novelita? Vamos a ver. Nadie espere de mí algo muy bien tramado. (Y yo añado: los historiadores y críticos de las religiones ¿podrán tener la admirable fe del simple del convento, del pobrecito de Dios?)

Y así, saltando sobre los tropiezos de las dudas, intimidado y atrevido a la vez, encuentra una fórmula para seguir adelante:

—Bueno —dice más o menos—, no haré una novela; pero

contaré la novela que nunca me resolveré a escribir. Pues bien, escogeré un escenario muy sencillo y melancólico, tal como a mí me gustan. (Ojalá también a los demás.) Mis personajes pueden ser tres, con eso me basta. En torno, habrá otros secundarios. No sé si lograré darles apellidos, si podré individualizarlos tanto. Por ahora me conformaré con sus nombres de pila: Jean, en privado Jeannot; Yvonne, nombre de elegancia vulgar, burguesa; y por fin, Luis, común pero plenamente varonil, de pasado real pero ya muy popular hoy en día, para que sus enamoradas le llamen Loulou, y la gente grosera, P'tit-Louis . . .

¡Y cuando acordamos, ya empezó el cuento, ya vamos en el parágrafo segundo, y ya estamos entregados al engaño estético de la novela, viendo a los personajes y palpitando con sus pasiones!

Mi otro caso es *La leçon d'amour dans un parc,* de René Boylesve. Si Pierre Lièvre comienza su novela desde afuera de la novela, Boylesve ataca su mundo ficticio *in medias res;* pero luego, de tiempo en tiempo, habla por sí mismo, introduce el yo para juzgar su ficción, como creo que lo hace Unamuno en alguna de sus historias, y como ya lo hizo, en el siglo XVI, Francisco Delgado en *La lozana andaluza,*

Libro en mi opinión divi-
si encubriera más lo huma-

como decía Cervantes de *La Celestina,* grande abuela del género.

Así, hay en Boylesve una tal señora de Matefelon realmente antipática, convencional y sermoneadora, que pertenece a la peor especie de prójimos: esos que todo lo enredan y estropean a fuerza de buenas intenciones. Llega un instante en que nos damos cuenta de que este personaje está estorbando la dinámica del cuento y, por decirlo así, está retardando la catástrofe. Nosotros nos damos cuenta, y Boylesve también; y entonces resuelve alejarla del castillo, escenario de su novela, y busca el modo de que la castellana le haga comprender que ya ha comenzado a ser persona *non grata.* ¡Qué alivio!

Pero el caso es que, si se va Mme. de Matefelon, tiene

que irse con ella su sobrino, el lindo caballerito Dieutegard, que nos interesaba ya mucho, y a quien quisiéramos ver más metido en la acción. Con su insobornable sentido artístico, dice entonces Boylesve:

—Lo confieso. Tengo mucho empeño en que Mme. de Matefelon se vaya; porque la buena señora ha conseguido aburrirme. Y aprovecho, para alejarla, una ocasión que me parece excelente. Pero ¡ya está! Ella se nos va con el caballerito su sobrino, no hay remedio. Ya ustedes comprenden que no puede menos de llevárselo. ¡Dios mío! ¡Cuánto va a sufrir el pobre joven!

Y algo más adelante, como las cosas galantes se complican en el castillo, añade:

—Después de todo, acuérdense ustedes de que ya se fue la estorbosa Mme. de Matefelon . . .

Y así, aquí y allá, este paradójico ir y venir entre la escena y las bambalinas, entre la verdad —si no práctica— crítica, y la verdad poética. Seguramente que no cualquier novelista sabe danzar sobre esta cuerda de cirquero, con un abismo a cada lado.

VII-1948.

DEL BUEN SENTIDO Y SU SENTIDO

NO HABLAN exactamente de la misma cosa Descartes y Bergson cuando se refieren al buen sentido. Aquél comienza su *Discurso del Método* con la célebre palabra, levemente irónica: "El buen sentido es la cosa mejor compartida que haya en el mundo." Todos piensan poseerlo, y nadie cree necesitar más del que ya posee. Acaso no se engañen. Lo que pasa es que unos lo aplican bien, y otros mal.

Pronto nos percatamos de que Descartes está hablando de la "luz natural". Aquella que, rectamente dirigida, permite al esclavo Menón, muchacho sin cultura, sometido por Sócrates a un interrogatorio metódico, entender las propiedades geométricas de las figuras. Más aún: sacarlas de sí mismo, como si las conociera de toda eternidad, aun sin darse cuenta. En lo cual no deja de haber una sutilísima petición de principio, pues la ciencia matemática pudiera hasta definirse, y no sólo caracterizarse, como aquel sistema de generalizaciones que opera sobre ese campo especial en que nosotros mismos creamos los supuestos; por lo cual ella nos revela claramente, en una temperatura límite, las condiciones ideales de la deducción rigurosa y de la generalización legítima.

Bergson, en su no muy conocido *Discurso sobre el buen sentido y los estudios clásicos*, pronunciado en 1895 para la distribución de premios del Concurso General, cuando se encontraba a medio camino de su vida y de su construcción filosófica, un año antes de publicar *Materia y memoria* —discurso que es ya como un ejemplo o muestra diminuta de su doctrina, aplicada y puesta en acción—, nos habla también del buen sentido.

Los sentidos —viene a decir— nos sirven para orientarnos individualmente en el espacio. No están dirigidos hacia la ciencia, sino hacia la vida. Pero no sólo vivimos en un

medio físico, sino también en un medio social. Aquí del buen sentido, sentido también, aunque no montado para relacionarnos con las cosas, sino con las personas. El buen sentido es a la vida práctica lo que el genio al arte o a la ciencia. Consiste en una disposición activa de la inteligencia, pero también en una desconfianza particular de la inteligencia con respecto a sí misma. Se refiere menos a una ciencia superficialmente enciclopédica que a una ignorancia consciente de sí misma y acompañada del decidido empeño de aprender. Del instinto tiene la rapidez y la espontaneidad en las decisiones, pero lo supera en la variedad de sus medios y la elasticidad de sus recursos, pues está hecho precisamente para preservarnos contra todo automatismo intelectual. De la ciencia tiene el anhelo y la obstinación por conocer los hechos, pero no mira a la verdad universal, sino a la verdad presente e inmediata, y no pretende tener razón de una vez por todas, sino comenzar siempre de nueva cuenta a tener razón: en vez del fruto ya conquistado, desprendido del árbol, residuo del trabajo mental, es este trabajo mismo. Además, la ciencia debe contar con todo, en tanto que el buen sentido escoge; deja caer lo indiferente y, al desarrollar sus principios, se detiene allí donde una lógica demasiado brutal lastimaría la delicadeza de las realidades, su movilidad, su vida misma. Es más que el instinto y menos que la ciencia: pliegue del espíritu, declive de la atención, y acaso la atención misma apuntada sobre la vida. Brota allí donde la acción y el pensamiento hallan su fuente común, anterior a la gradual diferenciación entre la inteligencia y la voluntad. Hace razonable la acción y hace práctico el pensamiento. En materia especulativa, procede por un estímulo a la voluntad; en materia práctica, por un recurso a la razón. Facultad primitiva de orientación, siendo por excelencia un instrumento del progreso social, sólo halla su virtud, su fuerza, en el principio mismo de la vida social, o sea en el espíritu de justicia. No se trata de la justicia abstracta, sino de la justicia encarnada en el hombre justo, que sólo teme comprar el bien al precio de un mal mayor, y que es algo como un tacto de la verdad práctica. (Aquí acomodaría aquel ma-

tiz de falsedad que hace años descubríamos en la verdad misma, y que hemos llamado la *verdad inoportuna.*)

Pero ¿por dónde entra aquí el estudio de los clásicos? Sin duda es la parte más débil de esta nueva homilía de San Basilio sobre las ventajas de leer a los poetas antiguos. Es la aplicación de encargo al tema de la distribución de premios. Aun así, Bergson tiene algo importante que decirnos. Se adelanta a los estudios semánticos de nuestros días, nos pone en guardia contra las coagulaciones de espíritu que son las palabras, y como las lenguas clásicas recortan la continuidad vital de las cosas de un modo distinto al modo como hoy metemos la tijera, halla saludable su ejercicio para ayudarnos a la liberación de la idea, a ver la cosa más allá de la opacidad de la palabra. Y luego ¿hubo jamás un esfuerzo comparable al de los griegos por dar a la palabra toda la fluidez del pensamiento? (¡Por eso nos atrevemos, aunque sea en la conversación, a decir que la lengua de los griegos es una lengua de humo!) Si el buen sentido es la dirección natural del alma, no quiere esto decir que las vicisitudes de la acción y la cultura no perturben incesantemente tal dirección. Por eso la educación hace falta, y más aquella que se inspira en el entusiasmo de las grandes ideas y los grandes actos. Ciertas ciencias tienen la ventaja de rozarse muy de cerca con la vida. El estudio profundo del pasado ayuda así a comprender el presente, siempre que nos guardemos de analogías engañosas y, como dice un contemporáneo, no busquemos en la historia leyes, sino causas.

"Jóvenes alumnos, creedlo: la claridad en las ideas, la firmeza de la atención, la libertad y la moderación del juicio, todo esto forma la envoltura material del buen sentido; pero su alma es la pasión de la justicia." Sin tal estrecho parentesco, sin esta íntima armonía entre el sentimiento de lo real y la facultad de conmoverse profundamente por y para el bien, no se comprendería siquiera que Francia, tierra por antonomasia del buen sentido, se hubiese visto levantada a lo largo de su historia por el empuje interno de los grandes entusiasmos y las pasiones generosas.

La tolerancia que ella ha inscrito en sus leyes y que ha enseñado a las naciones le ha sido revelada por una fe ardiente y juvenil; las fórmulas más prudentes, mesuradas y razonables del derecho y de la igualdad, le han subido del corazón a los labios en los momentos de mayor entusiasmo.

VII-1948.

LA MUÑECA

SIN darme cuenta de que no hacía más que repetir algo que acababa de leer no sé dónde, yo me decía, acariciando el paquete traído de la juguetería:

—Ha sido una buena idea el comprarle esta muñeca a mi nietecita. Le será más útil que una aya. Lo que la niña necesita no es tanto un preceptor como una amiga. En último extremo, una criada propia. Alguien en quien poder confiar sin reservas. La mujer necesita desahogar sus pequeños conflictos, y sólo se decide a hacerlo sin mentir cuando reconoce que su confidente le es inferior o siquiera igual. Después de todo, si nos da por hablar nos basta que parezcan escucharnos, aunque ni siquiera nos hagan caso. Y eso es lo que hará la muñeca. Por desgracia, a partir de cierta edad llegamos ya a la certidumbre de que las muñecas no oyen, y por eso las abandonamos. Pero mi nietecita todavía no lo sabe, y formulará ante esta figura complaciente su pensamiento y sus impresiones. Así averiguará que tiene impresiones y pensamiento; es decir, así adquirirá conciencia de sí misma, lo cual nos ha sido facilitado por la magia de las palabras. Pues, contra lo que opinan muchos espíritus distinguidos, me inclino a creer que nada existe, ni siquiera el "meollo del corazón", mientras no le hemos ajustado un término conveniente que venga a vestirlo como un guante. Pero estas reflexiones me llevarían demasiado lejos . . . Por ahora, se trata simplemente de un abuelito que le ha comprado un juguete a su nieta, y nada más.

Pero cada alma busca su economía a su modo, y yo no esperaba la sorpresa. La nietecita se aquerenció con la muñeca, y ciertamente que hablaba a solas con ella: la dotaba de vida sin necesidad de darle un alma, como el piadoso aristócrata arruinado de Anatole France lo hacía con sus títeres; desquitaba sobre ella la autoridad de que la rodeaban las personas mayores; en ella ejercitaba su instinto mater-

nal y sus tentaciones de educadora, y por rechazo, se engrandecía a sí misma. Hasta aquí, nada inesperado.

Pero hubo más. La niña resultó dotada de una sensibilidad vivísima. Las agencias exteriores, que caen y resbalan sobre una epidermis normal, a ella la lastimaban casi. El mantenerse en cambio y relación ecológica con el ambiente era demasiado para ella. Si nada sucediera, pase. Pero esto de vivir se reduce a darse cuenta de que están sucediendo sin cesar cosas y cosas. ¡Insoportable! Había que buscar un biombo protector contra la brutalidad del suceder, como ese guardafuego que nos defiende del excesivo calor del fogón o de la chimenea. O había que buscar, como lo hacen la superstición y la magia, algunos simulacros en quienes descargara toda la fuerza de los destinos y donde perdiera su virulencia el acontecimiento nefasto (y lo es todo acontecimiento para el que lo siente o percibe con demasiada agudeza), de suerte que éste llegue a nosotros como fulminante ya quemado, como flecha ya despuntada o como cuchillo embotado.

Y pronto la nietecita descubrió que la muñeca —no en vano se usan muñecos en las brujerías— podía servirle como la capa ante el toro o como el pararrayo bajo la nube tempestuosa. En su trato con los demás, se escondía detrás de la muñeca. Cuando alguien se le acercaba, no huía; había inventado algo mejor. Corría al encuentro del importuno, del intruso que irrumpía en su independencia y en su soledad, y exhibiendo ostentosamente la muñeca, como el esgrimista que ofrece "la tentación del vientre", exclamaba: "¡Mira mi muñeca!" Nos tapaba los ojos con el juguete. Era lo que se proponía. Y si se hubiera atrevido a tanto y sus recursos hubieran sido mayores, de seguro nos hubiera dicho:

—No te me acerques, no me hables, trata lo que quieras con mi muñeca. Ella me lo transmitirá después y te llevará la respuesta. A mí no me perturbes. No entres en mí, rompiendo la bóveda de mi cielo. No me despedaces, no me hagas daño, no me disminuyas ni desmedres con tu presencia, con tu acción sobre mí. Habla con mi muñeca, mira mi muñeca. Es mi escudo y mi defensa. Déjame a mí vivir a mi modo.

¿Y no será éste el origen de la abogacía y cuantas profe-

siones se le parecen? El especialista en hacer y padecer a cuenta de nosotros (oficio de la muñeca) lo toma a su vez con cierto despego y serenidad, por lo mismo que es afán ajeno. De suerte que la electricidad se descarga un poco en el vacío. De aquí que la caridad instituida, profesional, sea siempre algo fría. De aquí muchas otras consecuencias que se me ocurren . . . ¡Pero basta ya!

VII-1948.

PINTURA DE VIVA VOZ

En *Le Soulier de Satin,* de Paul Claudel, que bien pudiéramos traducir *El chapín de raso,* inmensa obra teatral y universo de fantasía y poesía relampagueante, el capitán español don Rodrigo de Manacor, venido a menos tras de haber perseguido a la muerte, gobernado en América y pecado en toda la tierra, mutilado ya y muy maltrecho, se gana la vida como puede.

En la jornada IV, escena 2ª, lo encontramos viejo y algo encanecido, con su pata de palo, en el camarote de un barco, ante una mesa cargada de papeles, pinceles, colores, junto al japonés Daibutsu que dibuja para él. Entendámonos: el artista japonés está trazando las estampas de santos que don Rodrigo le dicta. Don Rodrigo no sabe pintar, pero piensa la pintura:

—Arriba —dice—, dos gruesas columnas jaspeadas, con capiteles muy macizos, color yema de huevo, historiados a la románica.

"La Virgen, sentada, se apoya en la columna derecha, vestida de azul oscuro. Sobre su pecho, donde no haya color, sólo se vea una manita de niño, bien dibujada a pluma.

"A sus pies, una escalera hasta abajo de la imagen. En lo alto, los tres Reyes-Magos: Hazme un señorón cualquiera de tu país en traje de ceremonia con el desmesurado *kammori* en la cabeza, el cuerpo y los miembros envueltos en doce capas de seda, y junto a él, a sus espaldas, formando con él una sola pieza.

"Plántame un europeo como un gran descolgador de embuchados, negro y rígido como la justicia, puntiagudo el sombrero, enorme nariz y pantorrillas de palo, y el Toisón de Oro al cuello.

"Algo más abajo y a la izquierda, el Rey Negro, de espaldas, diadema de pelos de león abisinio y collar de uñas,

apoyado sobre alguna cosa en un brazo, y en el otro, bien tendido, una 'sagaia'.

"El trazo de abajo sea el perfil de un camello cortado a medio cuerpo, en una línea jorobada. Silla, arneses, un penacho rojo en la cabeza, una campana en el mentón.

"Y arriba, tras los pilares, montañas como las que se ven acá de Pekín, con sus torres y murallas almenadas dispersas por las colinas a modo de collares. Adivínese, detrás, la Mongolia."

Estupendo como creación imaginativa. Pero no menos lo son los hechos reales en que el poeta pudo inspirarse.

Pues sabréis que el pintor Renoir (de cuyos desnudos, mujeres sonrosadas y apetitosas, declaraba un día don Francisco A. de Icaza que le parecían cerdos pelados, mientras Diego Rivera se desternillaba de risa) contrajo un terrible mal, un grave reumatismo. Las manos se le endurecieron en términos que se hacía atar los pinceles.

—Y cuando no me quede otro remedio —decía a los periodistas que lo visitaban— me clavaré el pincel dondequiera y seguiré pintando. ¡Porque, hijos míos, no se pinta con las manos, sino con el cerebro!

Cuando ya no le era dable trazar sus figuras, las dictaba como el Don Rodrigo de Claudel. Las dictaba con la seguridad del que sabe bien lo que quiere. Un práctico iba ejecutándolas, bajo sus indicaciones precisas: estos y los otros planos, en la luz; aquellos repliegues y semiplanos, que hagan girar los volúmenes y les den su vuelo; que las líneas de la derecha undulen; que se desvanezca más el fondo . . .

Trágica historia, y edificante sobre las posibilidades del espíritu, que no se da a partido con las derrotas de la materia.

(¿Y Gauguin, leproso, en las islas del Pacífico? ¿Y el Aleijadinho, paralítico y leproso también, a lomos de su esclavo, por Ouro Preto y Diamantina? . . . ¡Un recuerdo para nuestro escultor manco, Chucho Contreras, que labró con una mano su *Malgré Tout*!)

VII-1948.

SAN JERÓNIMO, EL LEÓN Y EL ASNO

ÉSTA es la estación de los cuentos, al amor de la lumbre, mientras las criaturas rodean al abuelo. También yo quiero contar mi fábula sencilla. Trasladada de uno a otro ambiente, es una versión religiosa de "Androcles y el león". De boca en boca se transforman los cuentos, conservando siempre su sentido. (Tal es "la emigración de las fábulas", estudiada por Max Müller a propósito del tema de la lechera que rompió el cántaro.) Oscar Wilde contaba a su manera la historia pagana de Androcles. Según él, Androcles era un experto dentista que un día, en el monte, había curado la dentadura a un león afligido de dolor de muelas; y poco después, encarados en el circo, el león se había dado el gusto de devorar a su dentista, con las mismas poderosas fauces que él le había aliviado. Pero la tradición popular no suele ser tan cruel, y en general, conserva el sesgo piadoso de las leyendas.

Mi historia procede de la colección Migne, *Vita Divi Hieronymi*. Qué sea la Colección Migne es cosa que los eruditos están ya hartos de saber. Y al lector general le basta quedar informado de que, desde fines del siglo IV a fines del siglo XII de nuestra era, abundan estos relatos de mutuas caridades entre las bestias y los santos.

Comienza, pues, nuestro viejo y empolvado texto asegurando que es imposible repetir lo mucho que se refiere sobre la austera vida de Jerónimo. Pero quedaba, sobre todo, un milagro en la memoria de las gentes muy digno de recordación, un milagro que los hombres piadosos de Belén se contaban unos a otros.

Cierta vez, cuando ya anochecía, Jerónimo, rodeado de sus hermanos, les leía la lección como es el uso en los monasterios. De tiempo en tiempo, lo interrumpían oportunos comentarios. De repente, entró por el desnudo claustro nada menos que un león. Venía cojeando en tres patas y traía una

mano en alto. Como es natural, casi todos huyeron. Pero Jerónimo se adelantó a recibir a la fiera y le dio la bienvenida.

Conforme el santo y la bestia se acercaban, era manifiesto que ésta le mostraba al santo su mano herida. El santo ordenó a los hermanos que lavaran aquella garra inofensiva y averiguaran lo que pasaba. Era una espina, ya se sabe. Fue fácil extraerla, aplicar fomentos, y curar al león en un santiamén.

Y el león, depuesto su natural feroz, paseaba de un lado a otro, agradecido, como lo haría cualquier animal doméstico. Al verlo, Jerónimo dijo a sus hermanos:

—¿Qué haremos con este animal? ¿Podríamos darle algún quehacer que, sin ser excesivo o inadecuado, resulte en provecho de nuestra comunidad? Pues yo entiendo que Dios pudo haberlo curado a su manera y como Él suele, y que si lo ha enviado a nosotros es con alguna oculta intención y con idea de proveer a nuestras necesidades.

Concertáronse entre sí los hermanos, y contestaron con humildad:

—Padre, ya sabes que el asno encargado de traernos la leña necesita de algún guardián, mientras anda por ahí pastando en el campo, para no caer presa de alguna fiera silvestre. Si a ti te parece, podemos encargar al león que cuide del asno, que lo saque a pastar y lo traiga de nuevo a casa.

Y así se hizo. El león ascendió a la categoría de pastor del asno. Juntos salían por los bosques, y si el asno se detenía a pacer, ya había quien lo guardara. Y cuando era hora de volver, el león traía otra vez al paciente animal con una puntualidad maravillosa.

Pasó algún tiempo. Un buen día, mientras el asno andaba pastando, un sueño invencible se apoderó del león, que se quedó dormido.

Entretanto, he aquí que adelantan por la carretera, camino de Egipto, unos mercaderes que traficaban en aceite. Vieron al descuidado burro, no vieron a su dormido y silencioso guardián, y sencillamente se robaron al burro.

Despertó el león, no encontró por ningún lado a aquél de quien tenía encargo. Desesperado, lo anduvo buscando in-

útilmente de aquí para allá. Daba rugidos, que ningún rebuzno contestaba (pues ya ambos se habían habituado a conversar de esta suerte). El día iba cayendo, y el león, derrotado, volvió solo y contrito a la puerta del monasterio.

Consciente de su falta, no osaba entrar. Violo Jerónimo, viéronlo con desazón los hermanos. ¿Qué habría sido del asno? ¿Y por qué el león volvía tan tarde? Sin duda se le había despertado de pronto la congénita ferocidad, y acosado por el hambre, había devorado al pobre burro. Indignados, en vez de llevarle su ración habitual, lo despidieron con airadas voces:

—¡Vete cuanto antes! ¡Acaba tu festín y consume los últimos despojos del asno hasta saciar tu horrible y sanguinario apetito!

Con todo, allá en su interior, no se sentían muy seguros de sus imputaciones. Una secreta voz sembraba la duda en su ánimo.

Salieron al campo, recorrieron los sitios donde el asno solía pastar. No encontraron huellas de violencia. Y regresaron, perplejos, al monasterio, para contárselo al bendito Jerónimo.

—No culpéis al león —les dijo éste—. Penetraos de que es inocente de la desaparición del asno. Tratadlo como de costumbre, y que no le falten sus alimentos. Fabricadle un arnés como el que cargaba antes el asno, y que el león mismo se encargue de traernos las ramas que encuentre caídas en el bosque.

Y así sucedió. El león cumplía regularmente su tarea. Y llegó la época en que los mercaderes volvían a pasar por aquellos alrededores.

Un día, cuando ya había regresado el león con su montón de leña, se apoderó de él una rara impaciencia, que se entiende —aunque se tratara de un bruto— como una inspiración. Y otra vez se echó al campo y anduvo recorriendo un espacio cada vez más extenso, "así como se ensancha una rueda". Algo le decía que iba a ver de nuevo a su camarada.

Por último, cansado pero todavía ansioso, trepó a una altura que se divisaba al lado del camino, para dominar mejor el horizonte. De lejos columbró una caravana que ve-

nía acercándose: hombres, camellos cargados, y a la cabeza, un asno que no pudo reconocer al pronto. Con todo, el león se acercó arrastrándose cautelosamente, por entre los matojos.

En aquel país, los mercaderes acostumbraban, para las jornadas de consideración, usar de guía a un asno, a cuyo cuello ataban la cuerda de los camellos que venían detrás. Conforme se aproximaba la caravana, el león ya no dudó: aquél era su asno "en persona".

Lanzó entonces un espantoso rugido para amedrentar a los hombres, sin hacerles daño. Ellos se dieron a la fuga, abandonando a sus animales, mientras el león saltaba, barría el suelo con la cola y hacía toda suerte de simulacros feroces. Como vio despejado el campo, bonitamente se adueñó de la larga reata de camellos, arreando al asno rumbo al convento.

Cuando los hermanos vieron venir aquel prodigioso desfile, con el león a la retaguardia hecho un caporal de ganados, y el asno trotando ufano a la cabeza, no cabían en sí de asombro.

El bendito Jerónimo les mandó que abrieran las puertas, bañaran y alimentaran al asno, y pusieran a buen seguro los camellos y fardos, en tanto se manifestaba la voluntad divina. Y el león, entretanto, como en los buenos tiempos, paseaba orgullosamente, meneando la cola, seguro de haber merecido el perdón de su descuido y contento de verse libre de la criminal imputación.

—Preparaos, hermanos —dijo el sabio Jerónimo—. Que pronto vamos a tener huéspedes y hay que recibirlos con decoro.

Y mientras todos se hacían lenguas, comentando el caso inaudito, se presentó un mensajero para anunciar que unos caminantes recién llegados pedían permiso de hablar con el padre. Abriéronse las puertas, entraron los caminantes, que apenas se atrevían a hacerlo, corridos y confusos. Postráronse a los pies de Jerónimo y, confesando su falta, imploraron su perdón.

Él los perdonó, los confortó y los amonestó para que no volvieran a incurrir en una tentación tan funesta, recordándoles que vivían a la presencia del Señor. Luego les ofreció

algunos refrigerios y les dijo que, en cuanto descansaran un poco, podían seguir su jornada, llevando consigo sus camellos.

Y los mercaderes, a una voz:

—Al menos, padre, permítenos que te dejemos la mitad de la carga de aceite para las lámparas del convento y el servicio de la capilla. Pues estamos ciertos de que para tu bien nos condujo aquí Quien nos guía, más que para hacer negocios en Egipto.

—No —contestó Jerónimo—. Nosotros estamos aquí para apiadarnos de los demás y socorrerlos, y no para sacar ventaja del prójimo.

Y ellos:

—Pues no probaremos bocado ni cargaremos con nuestros bienes, a menos que aceptes lo que te ofrecemos. Recibe por ahora la mitad del aceite, y ya encargaremos a nuestros herederos de que os traigan todos los años siquiera un *hin* (medida hebrea de unos cinco litros).

Tuvo que acceder el bendito padre, y entonces ellos comieron tranquilos, recogieron sus camellos y el resto de su cargamento, y se fueron tan campantes.

Así lo contaban unos a otros los hombres piadosos de Belén. Yo, lector amigo, a ti te he dedicado el proemio, y a tus hijos, la narración.

XII-1948.

ANÉCDOTA DE ANTOLOGÍA

JOHN B. TREND, profesor de Cambridge, es un consumado hispanista, crítico, poeta, grande amigo y conocedor de nuestras Américas. Acaba de pasar por México en rapidísimo viaje. Todo en él es raudo, ligero, a imitación de las aves. Parece un hombre eléctrico, vibrante, acelerado. Sus frases son como estocadas. Sólo se descubre en él una cosa estable y permanente: su bondadosa inteligencia, su buena voluntad asistida por una comprensión cultivada y honda.

—Inglaterra —me dijo un día— es obra de sus extravagantes, sus locos, sus románticos, sus aventureros. Pero de tiempo en tiempo, la gente cuerda se encarga de destruir parte del edificio.

Entre mis recuerdos de Madrid tengo una anécdota que merece pasar a las antologías:

Hará unos 30 años, nos encontrábamos en no sé qué tertulia, en torno a José Ortega y Gasset. Trend se hallaba presente, con esa presencia a veces invisible y a veces sobresaltante de los duendes. De repente la mirada de Ortega cayó sobre él, y le dijo con aquella autoridad que solía:

—¿Y qué hace Inglaterra, Trend?

Trend saltó de la silla, corrió hacia el rincón de la sala, como si fuera a consultar la respuesta con algún fantasma, o a buscar sus inspiraciones en un décimo de segundo de concentración solitaria. Volvió hacia Ortega, se le acercó, y casi poniéndole un dedo en la cara, le contestó:

—¡Existe!

I-1949.

EL JUSTO MEDIO Y LA CUERDA FLOJA

En su afán por buscar uniformidades y leyes a este océano indeciso que es la historia humana, los sociólogos suelen ir más allá del justo medio aristotélico, esa zona de oro equidistante del error en más y el error en menos. Y entonces trazan esquemas que son verdaderas caricaturas de la realidad, útiles como toda caricatura cuando el objeto es percibir al primer vistazo ciertos rasgos sobresalientes, pero útiles a condición de no olvidar que se trata de exageraciones, simplificaciones, mutilaciones, aproximaciones, hipótesis de trabajo, "preconceptos", primeros tanteos de orientación.

Quien toma al pie de la letra tales esquemas acaba, como en la paradoja de Frobenius, por figurarse que las culturas viven por sí mismas, independientes de los pueblos que las ejecutan, ráfaga etérea que soplara sobre las cabezas de los hombres. Américo Castro (*España en su historia,* 1948) se indigna por eso contra los que imaginan al pueblo español como un ente abstracto, puesto ahí de toda eternidad, y al que le van sucediendo cosas, peripecias externas y ajenas a su auténtico ser, en vez de considerarlo como una criatura que se va creando y desenvolviendo en su mismo acontecer histórico, y cuya forma, a su sentir, ni siquiera es discernible antes del año 711 de nuestra era. O sea, que España, para él, no debe ser concebida como una abstracción "ya dada *intemporalmente* sobre la tierra ibérica" y donde "cayó el accidente de la presencia indeseada de musulmanes (y de judíos)" y "al marcharse éstos, regresó a su eterno ser, después de un enojoso *intermezzo* de 800 años".

No de otra suerte nuestro delicioso Agustín Rivera escribía la historia según "principios críticos", y partía del supuesto de que la nacionalidad mexicana se interrumpe en Cuauhtémoc y se reanuda en Hidalgo.

La tentación de trazar ritmos y curvas de necesidad en las evoluciones históricas se justifica, claro está, por la uni-

formidad esencial de la especie humana, y es legítima dentro de límites prudentes. Pero ¡ay del antropólogo que se deja arrebatar por estas ilusiones ópticas! Ése concluirá que pueblos enteramente alejados en el espacio y en el tiempo, y entre los cuales jamás hubo el menor contacto, pertenecen a la misma familia o al mismo orbe cultural sólo porque acostumbran, digamos, labrar a tijera ciertos dibujos en el pelaje de las reses. Salvo en la leyenda, la fábula o la monstruosidad, los hombres siempre tuvieron dos ojos y dos manos, de lo que poco puede inferirse para nuestro argumento. Y, como en el cuento filosófico de France que todos recuerdan, por aquí se llegaría a esa síntesis de la historia tan evidente como inútil: "Nacieron, sufrieron y murieron."

También el maniático de la sociología que visitó cierto humilde villorrio, en cuya cárcel pública había dos presos, ambos albañiles de oficio, uno ladrón y otro asesino, escribía después dogmáticamente: "En la aldea de tal y cual, todos los delincuentes son albañiles, el 50% por delitos contra la propiedad, y el otro 50% por delitos de sangre." Perfecta fórmula matemática, pero válida para un instante tan sólo, y garrafal disparate si el fenómeno particular se aísla del fluir constante de las cosas, y se deja como coagulado en manera de realidad necesaria e inmóvil.

—Acontece —observa Burckhardt con mirada de águila— que ciertas épocas muestran unas como armonías aparentes o reales: así el movimiento religioso del siglo VI a.C., que se extiende de China a Jonia, o el despertar místico de la época de Lutero, que se da a la vez en Alemania y en la India.

¿Qué concluir de aquí? Nada, absolutamente nada. ¡Juego de la casualidad, *lusus naturae*!

Acaba de llegar a mi mesa ese simpático boletín de la BBC, *La Voz de Londres* (30 de enero de 1949), por el que averiguo la reciente celebración de un Congreso Mundial de Magos —unos quinientos— en la ciudad de Lausanne. En el mismo instante, el correo me trae tres libros ingleses dedicados a la magia y que han aparecido por estos días. Uno es la historia de la magia de Éliphas Lévi (Alphonse Louis Constant), obra de 1859, en traducción de A. E. Waite, 4ª edición (la primera es de 1913). Otro es *The Mirror of*

Magic ("El espejo de la magia"), del pintor suprarrealista Kurt Seligman, en espléndida edición de los Pantheon Books, profusamente ilustrada. El tercero, *The Myth of the Magus,* por E. M. Butler, ensayo sustancioso que fue brotando al margen de ciertas investigaciones sobre la figura del Doctor Fausto. Pues bien, ¿voy a concluir de aquí que la cultura occidental vuelve al camino de la magia? ¿Que vivimos la Era de los Magos? No, de aquí no concluyo nada. ¡Juego de la casualidad, *lusus naturae*!

Diremos otro tanto respecto a la cruel ironía que trajo por México las primeras exhibiciones del *Grand Guignol* parisiense exactamente unos días antes de la Decena Trágica.

El tercer centenario de Leibniz coincide, por singular manera, con el descubrimiento de la bomba atómica, y la desintegración del átomo no deja de sugerir provechosas reflexiones sobre el aniquilamiento de la mónada leibniziana. ¿Conclusiones de esta coincidencia? Ninguna, en buena ley.

¿Quiere esto decir que nos acogemos, en nuestro horrible desamparo, a esa espantosa doctrina de Theodor Lessing, *La historia como atribución de sentido a lo que no lo tiene* (1919)? Tampoco: en todo hay su más y su menos. Sálvenos el justo medio de Aristóteles. ¡Muy peligroso el justo medio, contra lo que algunos se figuran! El justo medio es la cuerda floja del cirquero: no es reposo, no es comodidad, no es abandono, y para decirlo en lengua de hoy, no es "aburguesamiento filosófico". Antes heroicidad suma, suspendida sobre el abismo. La mente camina, en sus construcciones, con ese delicado equilibrio que por estos días admiramos en Robledillo, el volatinero del Circo Atayde.

I-1949.

CRIATURAS DE AMOR

En tanto que me decido a presentar una conferencia con modelos vivos y vestidos de época en algún salón de "alta costura" —digamos en la Casa Châtillon—, y para que no se me pierdan las notas que vengo tomando al margen de los libros y de la experiencia "ajena" *(Honni soit . . .)*, quiero adelantar aquí algunas observaciones sobre esas criaturas de amor que ponen a las épocas y a las costumbres "un subrayado color de rosa", como se ha dicho en inimitable lengua ridícula. Son —según las llaman en Atemajac de Brizuela, sierras de Jalisco— las "mujeres del gusto".

Los hombres de hoy saben de la Chulapona y la Maja, por ejemplo. ¿Quién olvidaría a Goya? Y menos cuando acaban de inquietar las cenizas de la Duquesa de Alba, aunque con muy piadosos fines. No hay contemporáneo que ignore a la pobre Bataclana, a la leve Flapper, a la feroz Gold-digger. . .

Ya la Suripanta de ayer comienza a caer en el olvido. Por cierto que el origen de su nombre es curioso, según investigaciones de Federico Ruiz Morcuende que en algún libro he referido. Los autores líricos, mientras componían la letra definitiva, solían acomodar a la música unos disparates rítmicos que, en la jerga teatral, se llamaban *monstruos*. En el Teatro de Variedades de Madrid, los Bufos Madrileños que dirigía Francisco Arderíus estrenaron, por 1866, una zarzuela de Eusebio Blanco, con música del maestro Rogel, *El joven Telémaco.* Allí aparece un coro de ninfas que pretende cantar en griego, y comienza así:

Suripanta-la-suripanta,
maca-trunqui-de-somatén.

¡No es más que un *monstruo* que ha usurpado el sitio de la letra definitiva! Y de aquí, a las "bataclanas" de entonces, se dio en llamarlas "suripantas".

Pero por hoy quiero limitarme a Francia, asiento y cuna

de la galantería moderna. Mis estudiosos desvelos me han permitido clasificar así, más o menos, los tipos y sus distintas épocas:

1830: la Lionne.
1840: la Lorette.
1850: la Cocodette.
1860: la Biche.
1880: l'Horizontale.
1900: la Cocotte.
1925: la Poule.

Después vino la Guerra Universal. Las especies vuelven al crisol. Todo se confunde y refunde.

En verdad el nombre del Lion —paredro y rodrigón de la Lionne— es de origen inglés. Designa a los reyes del bulevar y héroes del deporte. Antes de la Revolución francesa, para estar a la moda, era indispensable ser bien nacido, de buen aire, "tener pierna" como se dice en las novelas de Meredith, ardiente mirada, haberse batido por Clairon o por la independencia de América, haber juntado flores —naturales o poéticas— para la dulce Cloris, cenar con frecuencia en compañía de los filósofos. Tales eran las prendas del gentilhombre. Pocos años después, el gentilhombre aparece transformado en el Incroyable; y a éste sucede el Muscadin. A la elegancia civil de antaño sigue la impertinente familiaridad de la época guerrera. Al triunfo de la revolución burguesa, las palmas corresponden al Lion: es el tipo moderno, vanidoso, cargado de escudos, educado ya de cualquier modo.

¡Adiós a la pechera y a las mangas de encaje, al polvo de tocador que en otro tiempo usaban los elegantes! Ni fino acero, ni alto bastón, ni manguito. Ni almizcle embriagador, ni aromático cigarro puro, que ahora incomodan a las damas de los nuevos barcos. El lente, el bien llamado "impertinente", ponen olvido a las tabaqueras en que se ofrecía el rapé; la barba, a la peluca. Las gracias de la conversación dejan sitio a los términos crudos, que huelen a establo. Y en todo y por todo, más oro y mucho menos honor. La mujer, arrebatada por las nuevas ideas de emancipación y libertad —propia sacerdotisa de los nuevos cultos entusiastas, que ya

introdujo y propagó en Grecia los ritos orgiásticos de Dyonisos—, renuncia al "Vizconde rubio de los desafíos" y al "Abate joven de los madrigales": no se ocupa más de los "bordados en tambor". Es la Lionne. Su nuevo sentir de la elegancia le aconseja desdeñar las tradicionales delicadezas del sexo. Georges Sand se viste de hombre. La Condesa de Agoult (Daniel Stern) escribe como hombre. Alfred de Musset la evoca así, trasladándola a España y a la "Andalucía Catalana", según la inclinación del Romanticismo francés:

> ¿Habéis visto, allá en Barcelona,
> una andaluza de atezado busto,
> pálida como una bella noche de otoño?
> ¡Ésa es mi amante, mi leona! . . .

Como en la fábula de La Fontaine, el Rata suele andar también detrás de la Leona; pero casi nunca la libra de las mallas en que la ha enredado la trampa de Clichy. Se conforma con roerle la bolsa.

¿Cómo y por qué vino este vocablo de Londres? Dicen que es una alusión a los leones de la célebre Torre. En Francia también se llamó al León el Refinado, el Pisaverde (Muguet), el de las Buenas Fortunas, etcétera. Es, en suma, un Dandy, un Fashionable. Y Bernard, en *La peau du lion*, define por la contraria a su camarada femenina: "No soy una Leona; soy una mujer, ¿me entiende usted? Lo más mujer del mundo."

La Lorette existía ya antes de su nombre. El nombre fue tardíamente acuñado por un redactor del *Figaro* de París, Nestor Roqueplan, más tarde director de la Ópera, para designar a cierta población risueña y flotante. Los cuarteles generales de las Loretas estaban en el Faubourg Montmartre y en Bréda, mientras iban a llorar a San Lázaro. Acababa de abrirse en el extremo de la calle Laffitte una nueva iglesia bajo la advocación de Nuestra Señora de Loreto. En esta iglesia se notaba un verdadero exceso de pinturas y dorados, no de buen gusto, pero que atraían a los curiosos. Entre ellos Roqueplan creyó advertir la presencia de muchas Magdalenas que solían frecuentar también lugares profanos. De allí el apodo, que corrió con suerte.

La literatura las poetizó y dignificó a su manera. Gavar-

ni, con lápiz gallardo, descubrió el primer velo de sus intimidades. Las Loretas imperaban en los bailes de máscaras de la Ópera, durante el invierno; y por estío, en Mabille, el Ranelagh y Asnières. Los técnicos las definen como seres intermedios, equidistantes de la Griseta y la Entretenida.

Barbier, en la *Revue des Deux Mondes,* mayo de 1865, exclama en verso:

> Friné, enriquecida por más de veinte amantes,
> y el cuello recamado de oro y de diamantes,
> se ofende con el lujo que lucen las Lorettes
> y exige que la ley restrinja sus *toilettes.*

Poco puedo aún contar de la Cocodette. La tengo en estudio desde el 1925, en que oí a un *diseur* de París cantar una vieja tonada cuyo retornelo decía:

> *Car tu m'aimais vraiment ma cocodette,*
> *tandis que moi, je t'ai chanté fleurette.*

> [Porque tú, mi Cocodette, me querías de veras,
> mientras que yo nada más te requebraba.]

¿Y las demás? No todo se ha de decir de una vez. Como en *La Cena* de Baltasar de Alcázar.

> Las once dan, yo me duermo;
> quédese para mañana.

I-1949.

CARTA AL PROFESOR MARCHAND

México, 3 de marzo de 1949.

Sr. Prof. René Marchand.

Muy estimado amigo: Le agradezco mucho el haberme dejado estudiar y aprovechar su obra sobre *Paralelos literarios franco-rusos* antes de darla a las prensas. Este libro ensancha los horizontes, ayudando a romper esa rutina que divide a la humanidad en compartimientos estancos.

Ya no es posible estudiar las culturas dentro de las limitaciones espaciales de los estados políticos, ni en el desarrollo lineal y sucesivo de la cronología, ni aun dentro de los contornos literales de un habla nacional.

El hombre, gran nivelador, va y viene por la tierra, desborda las fronteras, se adelanta y retrocede en el tiempo, trasciende las lenguas, imponiendo a los procesos otras normas y otros movimientos que obedecen a principios inherentes a su propia naturaleza. Como diría Chateaubriand, toma su bien donde lo encuentra.

Toynbee nos ha hablado recientemente de los campos históricos que abarcan a los pueblos particulares, orbes de sensibilidad y pensamiento sin los cuales la existencia de los pueblos mismos resulta incomprensible. Pero el nombre de "literatura comparada" —concepto parejo al anterior y que, en suma, tiende también a explicar las partes por el todo— circula desde hace más de un siglo por los ámbitos de la crítica. La expresión fue acuñada, o al menos lanzada por Villemain, allá por 1827, en célebre curso de la Sorbona.

Desde entonces, este método de estudios comparativos, inspirado en el espectáculo mismo del mundo humano, ha corrido con diversa suerte. En Europa a nadie sobresalta. Hace poco, entre los universitarios de los Estados Unidos, se entabló una controversia al respecto. Algunas casas de estudios abren generosamente sus puertas, otras se resisten.

Pero en la práctica del estudio y de la enseñanza ¿quién puede prescindir de tal método? ¿Acaso es posible, hoy por hoy, levantar vallas a la comunicación de influencias entre las naciones, como si la humanidad viviera aún en el aislamiento de las hordas prehistóricas?

El bastardeo, decía Burckhardt, es la ley de la historia. El mestizaje no sólo es hecho general e innegable a lo largo de la memoria humana, sino que ha sido y será siempre estímulo de las civilizaciones. Sólo el reconocimiento de esta fraternidad fundamental permitirá —para repetir la feliz expresión de usted— establecer "la verdadera historia moral e intelectual de la humanidad".

A este propósito, nada más expresivo que la conformación que usted nos propone: Francia y Rusia, cada una con sus caracteres netos e inconfundibles, y sin embargo, capaces de fecundizarse mutuamente a través de los vasos comunicantes del espíritu. ¿Llegará el día en que Norte y Sur, Este y Oeste, se reconcilien finalmente en el punto de intersección? ¿No será este punto el "justo medio" que ya predicaba Aristóteles?

El panorama que presenta el libro de usted destaca con excelente economía los puntos sensibles y resulta de una extraordinaria lucidez.

Podría alargarme indefinidamente sobre un tema que se presta a tantas provechosas reflexiones. Pero la obra de usted se explica sola, y añadirle una palabra más sería redundancia. Sólo he querido agradecerle y felicitarlo por la noble y hermosa tarea que ha sabido usted conducir a tan buen término.

Su amigo.

A. R.

SALUDO PARA EL ATENEO ESPAÑOL DE MÉXICO

OFREZCO mis mejores votos y augurios a esta casa que abre hoy sus puertas. Que viva y prospere, y que ella venga a ser el centro activo en que se aten las tradiciones y cobren impulso los intentos hacia el porvenir. No señalarán estos muros una frontera de separación, sino una zona de amalgama, en que se confundan y busquen su nuevo equilibrio los climas de la España Americana y de la América Española.

Brote feliz y lejano del Ateneo de Madrid, este Ateneo Español de México ha adquirido, por el solo nombre que adopta, un compromiso de incalculables consecuencias. Pues ¿qué ha sido el Ateneo de Madrid? Quienquiera recorrer rápidamente su historia y recordar sus vinculaciones con el desarrollo social de España relea aquellas páginas nerviosas y ágiles que le consagró nuestro llorado amigo Manuel Azaña, su discurso en 20 de noviembre de 1930. El recuerdo de Azaña está íntimamente tramado en las últimas etapas del Ateneo, del que vino a ser el oficiante, el mantenedor de la hoguera.

La España nueva se modelaba, en lo espiritual, por dos extremos. A un lado, la tarea orgánica, institucional, que echó a andar don Francisco Giner de los Ríos y que cristalizó en la Junta para Ampliación de Estudios y todos los centros de ella derivados; alta empresa de educación nacional, cuyo alcance todos los días exploramos sin lograr agotarlo nunca. A otro lado, los francotiradores del Ateneo de Madrid, guerrillas de la inteligencia —según la mejor y más noble enseñanza de la España combativa— que sacudían sin cesar el ambiente, inquietándolo como aquel tábano de Sócrates, para evitar que la ciudad "alegre y confiada" se entregara al fácil marasmo y al contentamiento irresponsable.

En el Ateneo de Madrid vinieron a concentrarse las más altas conquistas que para entonces parecían logradas: el

amor y el cuidado de la cultura, el respeto de la persona, la gran libertad del pensamiento. Con un aire de camaradería sencilla y un tanto orgullosa, aquella familia de atenienses —nunca se usó mejor la palabra— trabajaba y convivía en un hogar que daba reposo al estudio, facilidades al cambio y conversación entre pares (¡y todos lo eran en cuanto cruzaban los umbrales de aquel recinto!), sin por eso vedar las turbulencias y los saludables desahogos que renuevan y hacen respirable la atmósfera como las descargas eléctricas de la tempestad. Porque la vida del espíritu fue, es y será siempre vida de arisca independencia.

El Ateneo proporcionaba un fácil contacto a los hombres que se entendían o querían entenderse. El modesto estudiante y el sabio consagrado se encontraban por sus corredores sin enojosas antesalas ni cartas de recomendación; se hablaban de tú a tú como en los mercados y plazas de Atenas, con democrática simplicidad; iban al grano sin rodeos, trataban pronto y bien lo que tenían que tratar. El tono general era una fraternidad viril, que ya había dejado caer todas esas ritualidades estorbosas, heredadas del hombre arbóreo. Nada de "señor licenciado", o "señor doctor". ¡Qué ridiculez! Allí todo era: "¡Hola, Fulano!" El nombre a secas, la mano franca, el avenimiento en las cosas fundamentales, que ahorra perífrasis y anula tardanzas enojosas. Los señores engolados y solemnes no eran gente del Ateneo, olían a provincia manida, traían el tufo de esas vejeces que parecían ya abolidas por siempre. ¡Ay, estas flores de la civilización son efímeras! Pero quedan, cierto, como ideales inconmovibles por los que hemos de seguir combatiendo.

La sala de conferencias se encargaba, unas veces, de mantenernos al día sobre las investigaciones en marcha, sobre la última palabra de los laboratorios en el más amplio sentido del concepto; o bien sobre las inquietudes y las agresivas exigencias del equipaje juvenil recién desembarcado. Pero otras veces también, y esto sólo en las sesiones íntimas, de puertas adentro, aquel calor, aquella fantasía, aquella extravagancia irrestañable que late en el fondo de la raza, como laten las fuerzas volcánicas en las regiones terrestres que todavía no han muerto —y que ya determinó las revolucio-

nes estéticas con que se liquidó el Siglo de Oro—, estallaban en verdaderos fuegos de artificio, de un humorismo inconmensurable. A tal punto que, cuando después de mis venturosos años en Madrid, me trasladé a París y me asomé a las sesiones públicas de los tremebundos suprarrealistas, todos esos remilgados del escándalo con programa se me figuraban unos niños, a quienes papá daba permiso de travesear un poco.

La famosa Cacharrería del Ateneo —el lugar adonde se iba a decir "burradas", a soltar cuanto traía uno adentro, aun ejerciendo el derecho humano, todavía no reconocido, de contradecirse uno a sí propio cuando le da la gana, preciosa *catharsis* y limpieza del ánimo—, la famosa Cacharrería ha sido por varios lustros la fragua de las anécdotas literarias que amenizan la historia y, en la exageración caricaturesca, descubren de un golpe sus perfiles.

La Biblioteca del Ateneo no tenía igual, por sus riquísimos acervos; por la facilidad con que se obtenían o hasta se mandaban comprar los libros que cada uno pedía; por su plácido ambiente, tan propicio al recogimiento aun en medio de una numerosa compañía; por la eficacia de sus servicios: fruto —mucho más que del sistema y el índice y la papeleta— del conocimiento personal, de la nítida memoria, de la calidad humana de los ayudantes, verdaderas y características virtudes hispánicas. ¡Cuántos buenos libros se escribieron allí a la vista de todos! Mañana, alguien podrá levantar el inventario, y resultará realmente asombroso. Me aseguran que el León de Graus * solía guarecerse tras una muralla de libros. Y cuando los vecinos daban en cuchichear demasiado, la terrible cabeza de don Joaquín asomaba sobre las almenas y bastaba, como una Gorgona, para imponer silencio.

Cuando nuestro Icaza aparecía por el Ateneo, se corría la voz. Don Francisco era siempre el centro de las conversaciones, de las tertulias. No se borrará su imagen en aquella casa hospitalaria. Tenía el don de la réplica, su floretazo era implacable. Había leído y había vivido mucho a lo largo de varios "Madriles". Como Néstor en el palacio de Peleo, desplegaba ante los jóvenes la genealogía personal y litera-

* Joaquín Costa. [E.]

ria de los escritores, de las distintas pléyades. A su aguda mirada no escapaba un solo movimiento en las marejadas de las letras.

Hoy, por obra y gracia del ilustre Werner Jaeger, se habla mucho de la *Paideia,* esa educación que completa al ciudadano fuera de la escuela, en el ágora y en los baños, en la frecuentación de la gente, en la charla que suele sustituir al libro, y a veces con mucha ventaja. Pues bien: los ateneístas de mi tiempo hemos conocido la *Paideia* en acción.

Que se me dispensen estas soledosas recordaciones. Alguna vez tenía que vaciarlas, aunque acaso abuse de vuestra paciencia. Alguna vez tenía que decir lo mucho que significó para mí aquel hogar del espíritu, donde encontré a mis primeros amigos españoles, y sin duda el bálsamo en mis amarguras del destierro.

Es un privilegio para mí, señores del Ateneo Español de México, el que me hayáis dado la ocasión de saludaros al inaugurar este instituto. Que os sea tan propicio nuestro ambiente como lo fue el vuestro para mí, en horas inolvidables: ellas han marcado definitivamente algunos rumbos de mi conducta. Junto mi voluntad con la de mis compatriotas mejores para desearos todos los éxitos y venturas, amigos y hermanos míos de ayer, de hoy y de siempre.

México, 16-III-1949.

TOÑO SALAZAR

LA NATURALEZA es redundante. Siempre en *trial and error*, acumula obstáculos y estorbos. En su urgencia creadora, no tiene tiempo de escoger, decía Goethe. Y Miguel Ángel afirma que la belleza es la eliminación de lo superfluo. Casi estoy por añadir: también la verdad. Un escultor antiguo presentaba un tosco bloque de mármol y pretendía haber hecho un busto de Platón: —No hay más que quitarle lo que sobre —explicaba. Ese bloque inexpresivo y mudo es la naturaleza. Como ignoramos su propósito, y como cuenta con la eternidad para rectificarse sin fin, solemos decir que no se equivoca. Tarda siglos en establecer uno de esos hábitos medios que, en nuestro candor, llamamos leyes. Pero el mago, el hombre, no se deja engañar ni siquiera por los sentidos: descifra, interpreta, reconstruye, descubre el secreto y acelera el destino.

¡Qué metafísica —si tuviéramos tiempo—, qué nuevo arte de leer el mundo en las caricaturas trascendentales de Toño Salazar! Él se va derecho al corazón de las cosas y las atraviesa con ese su rayo de luz oscura. Calcina las apariencias, reduciéndolas a las solas líneas que explican y acarician. Como en el chascarrillo popular de Colón, cuando Toño Salazar nos pasa su espejo por delante, inútil disimular, señores, porque hemos sido descubiertos.

La belleza está en cada trazo; la inteligencia, en el jeroglifo resuelto. De aquí su gracia y de aquí su melancolía. Porque ya no hay nada, sino esperar, cuando se ha entendido el mensaje. Y no siempre sabemos —verdaderamente— lo que esperamos.

Quien ha recorrido esa espléndida galería de retratos coloridos que andaba mostrando por América Gisèle Freund, ya habrá advertido que ninguno, entre los grandes contemporáneos, aparece más penetrado de espíritu. En la cara de Toño Salazar se lee un desengaño. Hay una fatiga secular

de haber concentrado en dos o tres rasgos la experiencia de incontables generaciones. Pero hay también una dulzura de coleccionista de almas. La misma que su lápiz descubre cuando desenvuelve sus garabatos. ¿Cómo acierta, sin perder jamás su lucidez —su crueldad— a darnos esa sugestión musical de ritmo y de columpio? Hay que ser muy bueno, fundamentalmente bueno, para dotar a los muñecos de alma.

Abre Toño Salazar su caja de sorpresas; empieza a bailar el calidoscopio; cada estrella de figuras nos arranca una máscara y nos devuelve una cara: despojo y conquista.

Pocas veces he sentido más la quemadura del hombre sobre el hombre, y lo que puede alcanzar la capacidad del ensueño en quien crea con rayas, y rayos. ¿Cómo hablar de "ensueño", en un definidor tan crudo y preciso? Allá se van poesía y geometría, consorcio íntimo de que Pascal dudó en hora mala. Y medir ¿no es en cierto modo inventar? Otros lo expliquen: a unos cuantos nos basta con entenderlo.

México, 20-VII-1949.

CONTRA EL "GENOCIDIO"

EL CRIMEN es de todos los tiempos. Pero hay épocas en que las tendencias criminales se agudizan de suerte que importa definirlas, aislarlas por decirlo así en la jaula conceptual de un término que las señale con una marca infamante, y acudir a la represión mediante nuevos recursos penales. Los recursos penales son, en general, incumbencia de las leyes interiores de cada Estado. Pero hay crímenes que por su naturaleza desbordan este cuadro. Son los crímenes internacionales para cuya evitación y castigo se requiere el consorcio de todos los pueblos, representados en el compromiso de sus respectivos gobiernos. El mundo civilizado reconoce hasta hoy cinco tipos de delitos y crímenes internacionales a los que haya resuelto aplicar remedios que suponen la cooperación entre las diversas naciones. Tales son la trata de blancas, el tráfico de opio, la piratería, la circulación de literatura pornográfica y la falsificación de moneda. Está a punto de reconocer plenamente un sexto tipo: el "genocidio".

La palabra, compuesta de elementos griegos, ha sido acuñada por el doctor Raphael Lemkin, profesor de la Universidad de Yale y ex consejero de Derecho Penal e Internacional en la Secretaría de las Naciones Unidas. No es tarea ociosa el dar caza a los fenómenos mediante una denominación especial. El sutil Talleyrand vivía atento a la aparición de todo nuevo vocablo o todo nuevo sentido que la vida colectiva va imprimiendo a los vocablos ya en uso, como el mejor índice para descubrir los rumbos que toman los movimientos sociales. Toda palabra causa impacto en quien la profiere y en quien la escucha. El denominar un crimen ayuda a descubrirlo, y propaga la intención de acudir a su represión o castigo. El sabio chino Lao-tse afirmaba que la primera ley debiera ser una ley que definiese el sentido de las palabras. ¿No vemos, hoy por hoy, los cubileteos que se

hacen, jugando con las vaguedades de palabras como "democracia" o "libertad"?

El "genocidio" abarca la destrucción premeditada de un grupo humano, en su entidad de nación, raza o religión, y cuantas tentativas se encaminen a llevar a cabo semejante aniquilamiento, sea abierta o clandestinamente, sea por autoría, complicidad o incitación efectiva, sea por los gobernantes o las personas privadas que compartan la responsabilidad de este crimen; ya se trate del aniquilamiento físico y actual, que consiste en mutilar o matar seres humanos, o en someterlos a condiciones irresistibles como las de campos de concentración, trabajos forzados, hambre o contaminación voluntaria de enfermedades; ya del aniquilamiento futuro o interrupción de la continuidad biológica como las medidas de esterilización, el aborto, el secuestro de niños y otros actos de parecido intento.

Los ejemplos de tales crímenes pesan en la conciencia de los contemporáneos, sin que sea menester remontarnos a los ejemplos de la historia: destrucción de Cartago, persecuciones de cristianos en Roma, matanzas armenias y otros casos de fácil e infausta recordación.

Como resultado de gestiones iniciadas en 1946 por el embajador de Cuba Guillermo Belt, el ministro de Panamá Ricardo Alfaro y la representante de la India señora de Pandit Nehru —gestiones promovidas por distintos organismos internacionales, escritores y estadistas como Gabriela Mistral, Baldomero Sanín Cano, Pearl Buck, Sigried Undset, Aldous Huxley, Lin Yu-tang, Bernadotte, y que contaron con el eficaz apoyo de nueve o diez cámaras legislativas en nuestras repúblicas hermanas (la de México, desde luego); y gracias singularmente a la eficaz acción diplomática latinoamericana en la Asamblea General de 1947, donde, entre otras, se recordaron las condenaciones contra toda persecución racial ya formuladas en la Conferencia Interamericana de Lima el año de 1938—, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó por unanimidad la Convención contra el Genocidio (París, 9 de diciembre de 1948).

La Convención ha sido firmada por veintiséis naciones, entre ellas la nuestra. La han ratificado ya Australia, Etio-

pía y Noruega. Se espera la pronta ratificación de México, los Estados Unidos y las Filipinas. En la noble campaña que condujo a este resultado, corresponde la más honrosa intervención a los diplomáticos mexicanos Primo Villa Michel, Luis Padilla Nervo, Pablo Campos Ortiz y Raúl Noriega.

Ojalá no se hagan esperar las ratificaciones de los Estados latinoamericanos, que por suerte acudieron a este llamamiento moral en condiciones de perfecto desinterés, pues tan ominosos crímenes son enteramente ajenos a nuestra índole, a nuestra formación ética y cultural, a las tradiciones mismas de nuestra historia.

El genocidio merma y rebaja el valor espiritual de la especie, su patrimonio biológico, cultural y económico, y siembra vientos de rencor para futuras tempestades y guerras. Es el crimen por excelencia contra el Hombre, y viene a anular el privilegio único de la familia humana entre todos los seres vivos, que consiste en ser capaz de promesa, de esperanza, de confianza en el porvenir.

México, 15-VIII-1949.

CARTA A MOISÉS OCHOA CAMPOS

México, 20 de enero de 1950.

MI BUEN amigo don Moisés: Le agradezco mucho la comunicación del hermoso *Canto a Cuauhtémoc* de don José López Bermúdez, y la copia del excelente grabado de Carlos Alvarado Lang.

Como le adelanté por teléfono, la imposibilidad de cumplir a conciencia con las cada vez más numerosas solicitaciones de prólogos me obligó, de años atrás, a tomar la decisión de no escribir ya ninguno, y ahora me encuentro en el trance de no poder escribir un prólogo sin el riesgo de ofender a un centenar de amigos.

Pero esto no podría privarme del gusto de decirle con cuánto deleite he leído este poema, tan bien situado en el corazón de México, tan rico de evocaciones, nobles ideas y expresiones felices, y lo muy honrado que me siento con que algunas palabras mías hayan recibido el premio de figurar entre los epígrafes escogidos por López Bermúdez.

Soy de los que creen firmemente en el deber de recoger y enaltecer nuestras estupendas tradiciones heroicas; y la figura de Cuauhtémoc tiene un destello tal que asume caracteres de universalidad y símbolo mitológico.

Hace muchos años, cuando nadie hablaba de estas cosas, ensayé una reconstrucción de la vieja ciudad azteca; y poco después, cuando el segundo milenario de Virgilio —al recoger en volumen el breve ensayo que escribí para esa ocasión—, añadí un apéndice en que advertía yo cómo el tema de Cuauhtémoc asumía rasgos de gran epopeya y parecía encontrar su propio sitio en el libro VII de la *Eneida.* Pues, en verdad, el contraste patético entre Cuauhtémoc y Moctezuma corresponde al contraste entre Turno y el rey Latino. (¡Si aun el símbolo del águila y de la serpiente encontré en la *Eneida,* XI, 751-81!)

A este propósito, Valery Larbaud me escribía, de París a Río de Janeiro, por noviembre de 1931:

Tiene usted razón, sí, la *Eneida* es el poema de la Conquista. Aquí podrían acomodar las ilustraciones del XVI y el XVII, los siglos que nos cuentan los viajes y las empresas de los conquistadores, las entrevistas con los caciques, los combates con los indios, la penetración en las comarcas desconocidas a través de las vías fluviales... Todo ello podría transportarse del Mediterráneo y del Lacio al Atlántico, a las Antillas y Tierra Firme. Por ejemplo, he aquí un epígrafe para una descripción de México (o del Perú), antes del arribo de Cortés (o de Pizarro):

Nunc age, qui reges, Erato, quae tempora rerum,
quis Latio antiquo fuerit status, advena classem
cum primum Ausoniis excercitus appulit oris,
*expediam...**

Y la verdad es que los hechos relatados en la *Eneida* resultan de poco alcance comparados con la Conquista de América, si bien el tono épico los magnifica, y la ecuación poética es cabal entre Colón, el Adelantado, Ojeda, Balboa, Cortés... y Eneas; como entre los caudillos del Lacio y los de la Hispaniola o los emperadores de México y del Perú. Las *Geórgicas* son ya otra cosa: son el poema que pone en valor los territorios conquistados, una vez aplacada la fiebre del oro, y este poema puede aplicarse a cualquier país donde haya llanuras y valles fértiles. Acaso Virgilio y la parte lírica de la Biblia (los Salmos, el Cantar de los Cantares de que hay ecos en Sor Juana), y hasta cierto punto Ovidio, se hallan en la base de la poesía del Nuevo Mundo.

Es así como yo anhelaría que las imágenes de nuestro México provocaran en todas las mentes un rebullir de motivos universales y acabaran por incorporarse en el patrimonio general de la cultura y de la imaginación humanas. Pues ni su grandeza ni su trascendencia justifican el que vivan recluidas como meros recuerdos de familia.

Y en este empeño de elevarlas y lanzarlas a la vida supe-

* *Eneida*, VII, 37-40. Cuando Reyes reprodujo por primera vez esta carta de Larbaud, en el "Apéndice sobre Virgilio y América", a su "Discurso por Virgilio" (OC, XI, p. 178), le añadió una traducción de este pasaje virgiliano:

Préstame ahora tu auxilio, ¡oh Erato!, para que diga cuáles fueron los reyes, cuáles los remotos sucesos, cuál el estado del antiguo Lacio, cuando un ejército extranjero arribó por primera vez en sus naves a las playas ausonias. [E.]

rior del espíritu, el poema de López Bermúdez consagrado al "joven abuelo" ocupa un lugar eminente:

> Oh mancebo de la altivez, hoy creces;
> crecen tu frente y tu sonrisa,
> hasta tocar el muro azul de los luceros.

Muchas gracias, amigo mío.

A. R.

EN TORNO A LA NOTACIÓN MATEMÁTICA

De tales percances nadie está a salvo. Pero cuando le acontecen al genio cobran un sentido especial y parecen fábula o ejemplo con un consejo de modestia. Ello le sucedió a Leibniz, nada menos.

Veamos. La notación matemática —el sistema de signos—, a la vez que facilita la escritura de los problemas, facilita singularmente las soluciones. Cuando se adoptó la numeración arábiga, fue posible plantear, atacar y vencer algunos enigmas de la matemática que los antiguos —a pesar de toda su agudeza, pero embarazados por su enojoso sistema de combinaciones de letras en vez de cifras especiales—, ni acertaron a resolver ni, en ocasiones, a concebir siquiera.

Y peor cuando se veían en el trance de expresar mediante circunloquios lingüísticos lo que hoy representamos y expresamos cómodamente con números y símbolos. Pues la matemática, como lo presentía Descartes, es una función del lenguaje.

Hay, por ejemplo, pasajes de Platón —singularmente en el *Timeo*— que se consideran de muy ardua interpretación técnica. Acaso procedan de aquella "Biblia pitagórica" de Filolao que circulaba entre unos cuantos privilegiados.

> Todo lo que ha sido creado —dice Platón— es por necesidad corpóreo y también visible y tangible. Y nada es visible donde no hay fuego, ni es tangible si no está solidificado en tierra. Así pues, la deidad, en el origen de la creación, hizo que el cuerpo del universo consistiera de fuego y tierra. Pero dos cosas no pueden juntarse sin una tercera que las junte, requieren un elemento de unión. Ahora bien, el más hermoso elemento de unión es aquel que más completamente se funde con las cosas a que presta unidad. Para el efecto de fusión semejante, nada es más adecuado que la proporción. Pues cuando, entre tres números, representen o no sólidos, hay un término medio, y tal que este medio valga respecto al último término lo que vale el primer término

para el término medio; y cuando, en consecuencia, el medio es al primero como el último es al medio, entonces, convertido el medio a la vez en el primero y el último, y asimismo convertidos el primero y el último en el medio, todas las cosas por necesidad vienen a ser lo mismo, y siendo lo mismo, son una.

Difícil, cierto. Pero no tanto, si lo reducimos a los actuales símbolos matemáticos de lo que se llama proporción en nuestra aritmética elemental. Platón está simplemente describiendo en lenguaje ordinario lo que hoy decimos así: $a:b::c:d$.

Sea otro caso. Un principio de la lógica tradicional nos hace saber que con la causa se da el efecto y el efecto anula la causa. (La pólvora contiene la posibilidad de la explosión, y la explosión descarga semejante posibilidad.) Pues bien, la logística moderna sustituye este circunloquio con una sencilla ecuación cuyos símbolos son A y B, ecuación que no transcribo aquí para no amargar la vida a esos preciosos y olvidados colaboradores del escritor que son los tipógrafos.

Y si queremos un ejemplo más familiar, sin remontarnos a los cielos platónicos ni a las cumbres de la abstracción, recordemos los problemas de ajedrez que todos los días aparecen en los periódicos. En vez de decir, descriptivamente, que el peón que queda frente a la reina avanza una casilla, se estampa una breve fórmula de letras y números, y todos lo entendemos mejor y más pronto.

Pero volvamos a nuestra historia. Hoy por hoy empleamos ordinariamente el sistema de notación decimal, que está ya al alcance de todas las fortunas y ha significado sin duda un enorme progreso. Pero en ciertas operaciones de física y de matemáticas suele preferirse otro sistema, el binario o "diádico", cuya base ya no es el 10, sino el 2.

En este sistema, el 1 es 1, pero el 2 se representa por el signo 10; el 3 por el 11; el 4, por el 100, etcétera. Pues el sistema binario sólo usa dos símbolos, a saber: el 1 y el 0.

Aunque nos parezca muy revolucionario, este sistema posee una vetusta tradición. Ya se encuentran en cierta obra china que data de unos 3 000 años antes de Cristo, de suerte

que los chinos puede decirse que lo conocen mejor que nosotros.

Y he aquí que, cuarenta y seis siglos más tarde, Leibniz descubrió por su cuenta la maravilla del sistema binario, y aun pretendió aleccionar con él a los chinos.

Espíritu de intensa orientación teológica a la vez que matemática, y aun tocado de la fantasía numerológica que —al modo pitagórico— atribuye singulares virtudes a las combinaciones numéricas, Leibniz, sobreexcitado por su propio descubrimiento, se dio a meditar.

El sistema binario, se dijo, esconde algún secreto de la creación. El 1 puede representar legítimamente a Dios, y el 0, desde luego, representa la nada. (El 0 vino a ser también un gran descubrimiento, y no lo ignoraron nuestros antiguos mayas, pero esa es otra historia aparte, en que por ahora no vamos a distraernos.) Puesto que Dios ha sacado de la nada todas las formas, el 0 y el 1 conjugados pueden expresar todo el universo.

En su anhelo de transmitir su sabiduría a los pueblos gentiles ¿qué hizo Leibniz? Escribió una extensa carta al jesuita Francisco María Grimaldi, presidente a la sazón del Tribunal de Matemáticas en China, instándolo a que explicara su descubrimiento al emperador de los chinos, y lo convenciera así de su error, para ver si se resolvía a abandonar las quimeras del budismo y a adoptar la recta religión, según la cual Dios (1) ha creado todo el universo sacándolo de la Nada (0). ¡Pues sí que era novedad para los chinos!

México, III-1950.

SOBRE EL DISIMULO DEL YO

ABORDADO por un admirador desconocido, en la librería de Mlle. Monnier —París, calle del Odéon—, se cuenta que Valery Larbaud contestó:

—¿Valery Larbaud? ¡No lo conozco!

Y casi lo mismo se cuenta de "Azorín", que andaba curioseando las publicaciones recientes en cierta librería de Madrid, la cual, si mal no recuerdo, se encontraba en las Cuatro Calles.

T. S. Eliot escapó de un tranvía y se escondió en un subterráneo al verse identificado por una señora que vino a sentarse junto a él.

¿Y qué? —se dirá—. ¡Defensa natural contra el importuno, contra el que quiere "hablarnos de literatura", contra el que trae, como en bandeja, una admiración candorosa que más bien asusta a las naturalezas tímidas o modestas!

Pero, si ahondamos, es más, mucho más que eso. Hay en estos tres casos algo como una recurrencia inconsciente de los antiguos pavores mágicos. Entregar el nombre es comenzar a entregar la propia persona. Con el nombre se operan extraños sortilegios, como con la imagen y el retrato. Por las dudas, es mejor contestar como Odiseo al cíclope: "Me llamo *Nadie.*"

No sé si los existencialistas llegarán al extremo de asegurar que en el sentimiento del yo hay algo de vergüenza, un vago horror de ser uno mismo y de no salir de uno mismo, y hasta de sentirse juzgado y ya medio ajusticiado cuando nos echa los ojos encima un yo ajeno. Si es una inconsciente sed de solipsismo que se defiende a su manera, si es un inconsciente desconsuelo de no poder escapar a la propia personalidad, tampoco lo sé ni quiero averiguarlo. Algo de vergüenza, algo de culpa —aunque sea por saberse hijo de Adán— parece revolverse allá muy en el fondo de estas confusas reacciones automáticas. Algunos antiguos filósofos pre-

tendían que el nombre de la cosa es la cosa misma; pero entonces Aristocles no hubiera podido llamarse Platón sin cambiar de ser, ni —para aplicarlo más de cerca al cuento—, José Martínez Ruiz, "Azorín".

Es verdad que, en ocasiones, la disimulación del nombre de pila tiene una explicación más fácil, como cuando cierto escritor llamado Napoleón se quitó el Napo y se quedó con el León, para no cargar por la vida con un fardo tan comprometedor y ostentoso.

También hay aquellos a quienes la vergüenza del yo se les ha vuelto de revés, por caso de perversión o de superación psicológica (lo ignoro). Esos andan por todas partes exhibiendo la persona con desenvoltura, y como si fueran diciendo: "Yo soy Fulano, Mengano, Zutano, Perencejo."

Y luego, al evolucionar las culturas aristocráticas, aparece el gusto de las genealogías que, naturalmente, comienzan por querer emparentar a los señores con los semidioses locales o aun con los dioses olímpicos. La sola enumeración de familias y ascendencias tenía, en siglos remotos, un encanto poético que hoy sólo perciben los lectores de gusto erudito y castigado. Y el afán de figurar en las constelaciones ilustres se propaga a la gente sin abolengo, y hay quien ensarta nombres para alcanzar el nivel de los privilegiados aunque sea por último grado colateral, o siquiera para aturdir con la sonoridad de una larga lista de patronímicos. Ya se quejaba nuestro Ruiz de Alarcón:

> ... Es muy cansado
> un hombre en humilde estado
> hecho un mapa de apellidos.

Pero mucho peor nos parece el abuso de las iniciales, salvo para fines de economía en la escritura y a condición de que la abreviatura se disuelva al recitarla. La primera vez que oí decir, a cierto orador: "El admirable *Jota* Enrique Rodó", padecí un calambre.

Sí, ya lo sabemos, hoy se abusa de las iniciales, y so capa de simplificar, se llama a las instituciones con una serie de letras, jeroglifo de la pereza. Pase por las instituciones. Pero ¿las personas? Presentimos con horror el día en que se considere como página escrita una fórmula algebraica en que

se nos diga que el P.R.I. y la U.N.A. han celebrado un C. G. (convenio general) para que los A. U. (alumnos universitarios) reciban una I. E. (instrucción especial) de C. M. (civismo mexicano), mediante C. R. (cursos regulares) que darán O. (opción) a un C. A. E. (certificado de aptitud electoral). De la U.N.E.S.C.O. se ha dicho con gracia que tiene nombre de princesa rumana, y de la O.N.U. se suele decir algo peor. Pues ¿qué si nos da por escribir novelas en que los personajes se llamen P. L. y J. C.? ¿No es ya repelente que los narradores nos digan: "En el pueblo de X vivía el señor N"? El catecismo infantil exigía las cosas claras: "Pedro, Juan o Francisco (contestará su nombre)."

(¡La manía de las abreviaturas! Ya, en pasados siglos, transformó en las Once Mil Vírgenes a las Once Mártires Vírgenes, y acaso a la mártir única, que se llamaba Undecimilia. Otro ejemplo menos venerable: En una pieza del género chico, los malhechores, reunidos en una venta, se espantan ante el grito "¡La Poli!" Pero no es la policía, no: quien llega es la Policarpa, la mujer del ventero. Y el que dio la voz se disculpa, ante la protesta general: —¡Es que sintetizo!)

La verdad es que en torno a estos extremos se puede divagar sin medida. Cualquier pequeñez se vuelve universo puesta a la platina del microscopio. Pero ¿hay pequeñeces indiferentes? ¿No tiene trascendencia el átomo? ¡Que nos lo cuenten ahora! No hay como detenerse un instante para asombrarse ante las cosas más comunes y corrientes. El que un tren corra por sus carriles y toque siempre los mismos sitios le parecía a Chesterton un ejemplo de lo milagroso cotidiano. Y si nos pusiéramos a investigar el caudal de historia oculto o encerrado en cada uno de nuestros actos habituales habría razón para vivir en perpetuo asombro. Este pasmo ante lo obvio suele llamarse bobería. Y lo cierto es que muchos metafísicos, sabios y descubridores han empezado por bobos. Pascal, de niño, se pasaba las horas largas oyendo las sonoridades de una copa de cristal herida de un capirotazo. Los físicos presocráticos se interrogaban sobre los misterios de la espiración: ¿Por qué —se decían— el aliento es tibio y el soplo frío?

Pero volvamos a nuestro asunto. El disimulo del nombre es frecuente cuando la hija de familia, por ejemplo, se decide a consagrarse a "las tablas". El seudónimo artístico es tan usual que acaba por usurpar el lugar del nombre. Alguna vez dejé esbozada una filosofía del seudónimo, tratando precisamente de la "timidez" de "Azorín".

> Es posible —escribía yo hace muchos años— que el señor Martínez Ruiz sea tímido; pero ese pequeño filósofo que él ha inventado, ese "Azorín" que de hijo suyo ha pasado, poco a poco y por un eclipse psicológico, a confundirse con él y a servirle de vestidura externa, ése ha dicho sobre la vida y el arte españoles, si no las cosas más audaces, sí las más personales. Y realizado ya el prodigio, abierta la vena por donde el tímido ha de desahogarse sin rubores, entonces todo puede hacerse...

Maurois, en una deliciosa silueta, ha contado de una dama inglesa, puritana, estricta, rigurosa, que aprovecha la ocasión de un baile de disfraces para conversar largamente, con estupendo conocimiento teórico y práctico, sobre los misterios freudianos del erotismo, las aberraciones, los complejos y las travesuras simbólicas del subconsciente. Aquí el disfraz ha hecho las veces del seudónimo. Por aparente paradoja, el disimulo del yo ha permitido expresar el yo. *Larvatus prodeo* —decía Descartes—: Avanzo enmascarado. Que es, al fin y a la postre, lo mismo que avanzar armado, entrar en la liza del mundo bien defendido por la coraza y el escudo. Disimulo y audacia, timidez y arrojo: allá se va todo entremezclado en una sola acción del alma.

III-1950.

AMÉRICA VISTA DESDE EUROPA

Posee Silvio Zavala las dos manos del historiador. Con una descubre y organiza los materiales; con la otra dibuja la arquitectura de las ideas que de ellos resultan. A estas cualidades he de añadir la sencillez y la claridad del estilo, aun a riesgo de que se me diga que le atribuyo tres manos, como en aquel himno al glorioso San Fernando:

¡Viva, viva el invicto Fernando,
Santo rey que a Sevilla ganó,
con la espada en la mano derecha,
el mundo en la izquierda y en la otra el pendón!

Así pertrechado, el historiador Zavala, aprovechando una corta estancia en París, revuelve cartapacios de la Biblioteca Nacional, anota y agota un buen golpe de libros viejos, y regresa a su país para derramar luz meridiana sobre la selva oscura. ¿Pero qué selva oscura es ésta? Nada menos que la representación o imagen de América en el pensamiento europeo.

Sobre la efervescencia de fantasías utópicas y sobre los ensanches de la filosofía social provocados por la aparición de América en la mente de Europa, muchos dijeron mucho, todos algo, nadie lo bastante. En este orden, son clásicas las obras de Gilbert Chinard. Silvio Zavala no quiere repetirlo, ni pretende abarcarlo todo. Sus cursos en el Instituto Francés de la América Latina y en El Colegio Nacional se limitan a esclarecer un solo punto, un solo país, una sola época, y acaban de ser recogidos en el volumen *América en el espíritu francés del siglo XVIII*.

Los autores de primera fila —declara Zavala— han sido ya extensamente estudiados y van a seguirlo siendo. Pablo González Casanova, becario de El Colegio de México, ha preparado sobre ellos una tesis que pronto hemos de conocer. Pero los autores de segunda fila, a cuyo examen se aplica

la obra de Zavala, se hacen precisamente eco de las ideas dominantes en su tiempo, y nos permiten, así, completar la apreciación del conjunto, como el dibujo de valles y mesetas medias completa —para la apreciación del paisaje— el trazo de las meras cumbres.

El tema es trascendente. La visión europea se trasluce en la actitud con que el mismo americano ha de contemplar su América. Entre los hombres cultos del Nuevo Mundo, por todas partes aparece el reflejo de las ideas que, sobre la historia americana, prevalecen entre los europeos del siglo XVIII. A la justificación tradicional de la Conquista española sucede entonces la nueva doctrina traída por los hombres de la Ilustración, y esta interpretación, tan activa entre los "filósofos" franceses del Setecientos, se encuentra en las bases ideales, en los principios que movieron las independencias americanas.

El solo índice de la obra es de tal modo apetitoso e incitante que me cuesta trabajo no transcribirlo aquí íntegramente. Los resultados filosóficos del descubrimiento de América, las descripciones de los viajeros, las consideraciones de los etnógrafos, los traductores de los viejos cronistas, los historiógrafos, desfilan por el libro como testigos, declaran su verdad breve y concisamente —gracias a la concisión que Silvio Zavala sabe prestarles— y desaparecen por la puerta del fondo.

Hay el anodino, hay el paradójico, hay el sagaz, hay el viajero real y el fingido, hay el que se vuelve colono, el simpático y el hostil, el que tiene ojos para la ciencia, el que sólo busca al "buen salvaje", el enemigo temperamental de España que propaga la leyenda negra, el profeta que adivina los ensanches reservados por el porvenir al pueblo de los Estados Unidos, el investigador de los orígenes del hombre americano, el indigenista y el europeísta, el aristócrata y el demócrata, el que estudia a América por América misma, y el que se le acerca en busca de argumentos contra la vieja civilización europea, el providencialista, el laico, el entusiasta y el escéptico.

El camino queda abierto para establecer, comparativamente, el proceso del pensamiento europeo con respecto a Amé-

rica desde el siglo XVI hasta las independencias, y en rigor, hasta nuestros días; desde la hora en que Montaigne interrogaba a su criado sobre los caníbales del Brasil, hasta la hora en que Pío Baroja *(pace tua)* llama al Nuevo Mundo "el Continente estúpido". (Salvador Novo ha dicho después: "el Continente vacío".)

En el libro de Silvio Zavala quiero destacar dos nombres de viajeros sobresalientes: Frezier y Leblond. El primero viaja por Sudamérica; el segundo, por las Antillas. El primero aporta útiles observaciones científicas y vive atento a las cosas comerciales, sin por eso descuidar la descripción de las costumbres. Es serio, frío, poco o nada imaginativo. Cruza por la Patagonia, Chile, el Perú, la Bahía brasileña o San Salvador, entonces capital del Brasil. El segundo, fino y animado observador, juvenil y alegre, está lleno de proyectos e iniciativas. Permaneció en América más de treinta años: no es propiamente un viajero, es un residente. Aquí se hizo médico. En todo revela cierta facilidad natural y una índole feliz. Conoció, entre otros lugares, la Martinica, la Trinidad española; entró por el Continente hasta Guayaquil, bajó más allá de Lima, siempre ejerciendo su medicina de practicón y venciendo con buen humor los obstáculos de los viajes. Presenció la revolución de Túpac Amaru en 1780 y supo de la guerra negroandina en el Nuevo Reino de Granada.

Zavala estudia en Lafitau al "etnógrafo cristiano de formación clásica". Este jesuita francés del Canadá tiene singular importancia —Zavala se abstiene de decirlo por no salirse de su asunto—, debido a la influencia que ejerció en la América medio imaginada y medio adivinada por Chateaubriand. Es extraordinario —hoy que los humanistas clásicos comienzan apenas a abrir los ojos sobre las relaciones etnológicas con los salvajes primitivos para entender los cimientos de la religión griega, método de estudio que algunos de ellos, en su empeño por ver a Grecia como un prodigio único y llovido del cielo, llegaron a considerar "indecente"— encontrar en Lafitau estos certeros atisbos: "Todo el fondo de la religión antigua de estos salvajes de América es el mismo que el de los bárbaros que ocuparon primeramente el suelo

de Grecia y que se esparcieron por el Asia; el mismo que el de aquellos pueblos que siguieron a Baco en sus expediciones militares; el mismo, en fin, que sirvió después de fundamento a toda la mitología pagana y a las fábulas de los griegos." Es más, mucho más que una mera exageración poética —aun cuando no deba tomarse al pie de la letra, sino como un mero símbolo— aquella palabra de Rubén Darío, gran mitólogo por temperamento y por estudio: "... la América nuestra... que ha guardado las huellas de los pies del gran Baco..."

Mil motivos atrayentes cruzan las páginas de esta obra. Así el breve relampagueo del motivo de las Amazonas, en que lo mismo puede verse un reflejo de la honda guerra entre el matriarcado y el patriarcado, entre el hombre y la mujer en suma, que un caso más de la mutilación sagrada, destinada a asegurar el sustento de la tribu y la fertilidad del suelo, y que por aquí emparienta a estas peregrinas guerreras con la familia general de los hieródulos y los castrados religiosos.

Otro lugar agudo está en las "bribonadas filosóficas" del etnógrafo Poivre, que aunque él toma casi a picardías sexuales, responden sin duda a los principios de la organización familiar entre las hordas y tribus primitivas, tan diferentes de las virtudes hoy aceptadas: informes titubeos y encaminamientos de que todavía quedan incontables supervivencias en la excelsa civilización de los griegos, y que la antropología contemporánea examina hoy con espíritu de seriedad y de comprensión. Pero aquí no hay tiempo para alargarnos en tales indagaciones.

De estas y otras páginas resulta —explica Silvio Zavala— que, aunque comúnmente se tiene el gran viaje de Humboldt y Bonpland (París, 1807-1834, 10 vols. en folio y 18 vols. en gran folio) por la revelación de América para los europeos, tal viaje "en realidad sólo era la culminación de una nutrida literatura que, con mejor o peor fortuna, había tratado de arrancar al Nuevo Mundo sus secretos, para solaz e instrucción de los lectores europeos".

Y para terminar, esta tosca paráfrasis a vuela pluma del fragmento poético en que el Caballero de Langeac (*Colón en*

los hierros, 1782) expresa su "pasión colombista". Habla Colón:

Nada os pido a vosotros, ni reproches ni premios,
nada os pido, Fernando, nada os pido, Isabel.
De entrambos Universos Colón lo espera todo.
¡Oh Génova, mi cuna! ¿Por qué te rehusaste
a cosechar tú misma la mies de mis afanes?
¿Qué mal hado me encierra en este oscuro asilo,
sanguinario recinto y lúgubres Estados
donde imperan los jueces doblados de asesinos? . . .

Y comparando ahora el siniestro escenario europeo con el risueño mundo americano, dice el poeta:

Gente humana y pacífica poblaba esas riberas;
no son allá salvajes, pero lo sois vosotros.
Pues sólo de oro y sangre saciáis los corazones,
justo es que mis cadenas sean mi galardón.

III-1950.

RESPUESTAS A LA REVISTA "ARQUITECTURA"

1 ¿Considera usted, como nosotros, que la arquitectura es la expresión de las necesidades materiales del hombre y de sus anhelos espirituales y que, por lo tanto, en sus diversas formas a través del tiempo ha sido imagen fiel de las diversas culturas del hombre?
2 ¿Cree usted que México, dentro de la cultura occidental de hoy, tiene suficientes características propias, independientemente de sus características geográficas, para poderlas expresar en una arquitectura propia? ¿Cuáles serían en su opinión estas características culturales?
3 ¿No cree usted que para favorecer el desarrollo de la arquitectura mexicana actual —expresión de su época, de su medio geofísico y de su cultura— habría que hacer resaltar esas características culturales? En su opinión, ¿cómo debería hacerse esto?
4 ¿Cree usted que la realización de los pintores mexicanos de los últimos tiempos —José Clemente Orozco, Diego Rivera, etcétera— es expresión cultural de gran trascendencia? En tal caso, ¿no cree usted conveniente procurar que sus obras plásticas se integren a la arquitectura actual mexicana?
5 ¿No cree usted que es característica de la pintura mexicana el que en sus máximos desarrollos sea ante todo pintura mural? Hasta ahora el mayor número de sus realizaciones se ha hecho en edificios de otras épocas, de la Colonia principalmente. ¿No cree usted que tales realizaciones ganarían si se ejecutaran dentro de una arquitectura mexicana actual?

1. PODRÍA yo contestar la primera pregunta con un sí lacónico y rotundo *a)* si, en vez de decir que la arquitectura es "la expresión de las necesidades materiales del hombre y de sus anhelos espirituales", se hubiera dicho "una de las más cabales expresiones"; y *b)* si, en vez de decir que "a través del tiempo ha sido la imagen fiel de las diversas culturas", se hubiera dicho que "ha resultado ser, en sus éxitos o en sus fracasos, una de las imágenes más fieles".

Lo primero, porque la arquitectura no es la única expresión excelsa en que se armonizan la necesidad material y el anhelo espiritual; lo segundo, porque la arquitectura no es

la única imagen fiel de una cultura, y porque no sé si siempre ha sido expresiva por acierto, aunque haya procurado acertar; y porque, aun en su desacierto, resulta necesariamente expresiva. Es una cuestión de matiz. Pero no extrañe que tome yo tantas precauciones tratando de un asunto en que soy profano.

Cuanto a lo primero, se me objetará que en ninguna creación humana se da un consorcio de lo material y lo espiritual como el que ofrece la arquitectura. Pero yo siempre he creído que el *Homo Faber,* en todas sus obras, quiera o no, junta el dato de la materia con el impulso del espíritu. Parece que todas las artes y las letras tienen un remoto origen mágico. Por muy desinteresado que parezca, el artista rupestre que dibuja el venado en las paredes de su cueva no lo hace para mero deleite de sus ojos, sino con la idea, sobre todo, de ejercer una previa y mística captación de la presa que ha de alimentar a la tribu; y la prueba es que el dibujo a veces se encuentra en los lugares más inaccesibles y recónditos de la cueva, a donde sólo se llega a cuatro pies y donde sólo se lo puede apreciar tendido boca arriba, condiciones nada propicias a la mera contemplación estética. Que es, más o menos, lo que acontece con el artesano gótico, el cual labra una figura en algún sitio alto y vertiginoso de la torre, donde es difícil llegar a verlo, pero que lo hace con la misma devoción con que se recita una plegaria. El símbolo y cifra está en el soneto de Heredia sobre fray Juan de Segovia, que, como dice la pulcra tradición de nuestro Francisco Elguero, vino a morir un buen día, "puliendo un cáliz y rezando un credo". Cierto, al artesano gótico no lo empuja ya la grosera magia, sino un sentimiento religioso mucho más depurado. Pero, fuera de los extremos ascéticos que dan francamente la espalda al mundo, la religión ha sido para los hombres un estímulo en que se juntan lo terrestre y lo extraterrestre, el anhelo de la felicidad actual y pasajera y el de la futura y eterna. Podríamos alargarnos. Dígase lo mismo del poema, la estatua, el utensilio, el carro de guerra, la armadura. Dondequiera, el espíritu prende alas a la materia. Lamento tener que ser algo oscuro, pero el explicarme

cabalmente sobre este punto me llevaría a llenar todo un cuaderno de la revista.

Cuanto a lo segundo, queda parcialmente comprendido en el anterior comentario. Y sólo quiero hacerme entender respecto a la reserva que propongo sobre los éxitos y los fracasos de una expresión arquitectónica que, sin remedio, tiene que resultar a la postre la expresión de un estado de cultura. Carezco de la erudición necesaria en este punto. Pero estoy cierto de que el historiador de la arquitectura conoce algún caso en que un pueblo, digamos, da en imitar el estilo de otro pueblo o de otra época que admira y que, de hecho, no le es apropiado: fracaso artístico y hasta material probablemente, pero tipo de idolización que revela las vicisitudes de una cultura. Y lo mismo hay tipos fósiles que se siguen repitiendo contra la necesidad material presente, contra las exigencias de una época, y cuya tenaz perduración revela una polarización de los ideales y una penuria de soluciones estéticas. Temo salirme del asunto. Lo que quiero, más que nada, es dar idea del inmenso contenido explosivo que hay en las cápsulas de las preguntas propuestas.

2. Sí, creo firmemente que México, aparte de sus características geográficas, posee otras características varias que bien pudieran expresarse —y sin duda se han expresado durante ciertos periodos de su arte— en la arquitectura. Renuncio a levantar inventario de tales características, porque ello supondría una larga y detenida investigación previa. Contesto midiendo el problema "a ojo de buen cubero". La idiosincrasia mexicana es tan acentuada que salta a los ojos de cualquiera que se asome por nuestro país, o hasta de cualquiera que, de lejos, conozca su historia. Pero no quiero improvisar el inventario que digo, por tres temores:

Primero, para no caer en el muy habitual error de dar por específico y nacional lo que es general y humano. Yo conozco a un pueblo muy inclinado a creer que todo nace y acaba en los contornos de su territorio. Lo expresa en sus libros y en sus conversaciones. Yo solía decir a uno de mis amigos, natural de ese país: "Ustedes son capaces de soltarle a uno: *Sabrá usted que en este país existe una cosa que se llama la gravitación universal.*" Y no quisiera merecer igual burla.

Clarín le preguntó un día a uno de sus discípulos, allá en su cátedra de Oviedo:

—¿Qué es la metafísica?

—Pues verá usted, maestro —contestó éste—. Yo estudié metafísica en Valencia . . .

Y Clarín, con una sonrisa:

—Muy bien; pues dígame usted qué es metafísica en Valencia.

El segundo temor que me cohíbe —y, por de contado, no es más que otro aspecto del anterior y del tercero a que luego me referiré— se reduce a reconocer que la civilización humana viene, a través de los tiempos, encaminándose, aunque entre torsiones y desvíos, hacia la uniformidad. Cada vez se borran más las diferencias características, y muchas van dejando de ser útiles o importantes. Y el escrúpulo y el temor está en que hace falta un tacto muy fino para discernirlas y valuarlas. Si yo me viera en el trance de definir al hombre, diría que es, en lo material y en lo espiritual, un nivelador de la tierra. Temo que, a veces, el querer poner fronteras a las corrientes humanas sea como querer partir el agua en pedazos.

El tercer temor, brevemente dicho, está en que el inventario de características conduce insensiblemente a la definición de un programa estético. Y yo desconfío del arte programado. Claro que el programa a veces resulta indispensable, y muchas veces resultó útil como chispa que enciende la hoguera, como causa ocasional, más que como causa eficiente. (Perdón por este recurso a la filosofía de las escuelas; pero tengo que explicarme de prisa.) Ahora bien: si el efecto resulta bueno, benditas sean las causas y las concausas. Pero el arte no es la política. En el arte es preferible no proponerse más plan previo que la probidad del trabajo. Hay en el arte un divino coeficiente de inconsciencia de que no conviene prescindir. Los planes de campaña con que saltan a la vida las pléyades literarias y artísticas son buenos hasta donde fueron acicates y enardecieron la acción de la cultura. Pero, a la hora de los saldos históricos, más de una vez nos encontramos con que las obras excelentes lo han sido, no por haberse ajustado al plan previo (que suele ser

la parte más perecedera y efímera), sino porque fueron hechas en serio, con toda la mente y con todo el corazón. Siento que me falte campo para los ejemplos.

3. Creo que la respuesta a la tercera pregunta va involucrada en lo anterior. Pero, en el caso, considero perfectamente legítimo que los entendidos en estas cuestiones procuren destilar y depurar lo nacional y busquen para ello algunos procedimientos adecuados. A veces me pregunto a solas sobre todas las consecuencias artísticas que encierra el tezontle —cosa tan nuestra—, las ya alcanzadas y las posibles; y ¿para qué decir lo que siento e imagino, en Guanajuato, ante la conjugación de la piedra verde y de esa misteriosa sangre cuajada? El dórico, por ejemplo, nació de la arquitectura de madera, anterior al aprovechamiento del mármol, que luego la imitó.

4. Sin duda alguna, la labor realizada por nuestros pintores mexicanos es una expresión cultural de vasta trascendencia, y cada vez ello se verá con más claridad. También me entusiasma la idea de que la obra de tales pintores se incorpore, más ampliamente que hasta ahora, en nuestra arquitectura.

5. La pintura mexicana tiene soberbias manifestaciones en cuadros y en muros. Creo que las estupendas obras murales no deben limitarse a los edificios de épocas pasadas. Deben enriquecer también los edificios actuales, y no me extrañaría que, entonces, revelen más plenamente sus virtudes.

Antes de acabar, ya con la mano en el pestillo, pido el derecho a una pregunta: Todos saben que el gótico parece expresar la suma aspiración mística en sus esbelteces y sus audacias de altura, en ese como anhelo de subir en forma de grito y de suspiro hacia el cielo. Pero he oído decir que tal estructura obedece también al deseo de obtener una iluminación máxima, condicionada al nuevo equilibrio del conjunto. ¿Es verdad? Sería un elocuentísimo ejemplo de armonía entre la necesidad material y el anhelo espiritual de que me habla la primera pregunta. Ruego a mis amigos de *Arquitectura* que me ilustren sobre ello, cuando disfrute de su siempre grata compañía.

III-1950.

EL NOMADISMO

Nadie puede poner en duda que el compendio de Toynbee por Somervell (*Estudio de la Historia,* un volumen que resume los gruesos volúmenes I a VI, pues la obra de Toynbee todavía está en proceso de publicación) representa un eminente servicio a la cultura contemporánea y sustituye, para los fines generales, la lectura, lenta y difícil del texto original. Pero, como siempre sucede, al resumirse las tesis fundamentales ha habido que dejar fuera muchos excursos y divagaciones —ejercicio a que la mentalidad de Toynbee es singularmente aficionada—, los cuales tienen por sí mismos un singular encanto y un alto valor literario.

Acostumbrado a navegar por ese océano de deleitosas meditaciones, desde mucho antes que Toynbee recibiera en Nueva York el marchamo de la moda, ando a veces sumergido en las páginas apretadas del *Study of History.* Lo discutí detenidamente a lo largo de mi *Deslinde,* a propósito del discrimen entre el ente histórico, el científico y el poético o literario; y en *Sirtes,* le consagré una rápida crónica a modo de aviso a los amigos.

Toynbee es autor estimulante y fecundo. No quiere recortar sus alas. Sabe organizar con toda justeza el armazón de sus argumentos; pero de tiempo en tiempo, respira hondo y echa a volar. Y entonces nos da, en un rápido ensayo, algo como la última consecuencia de sus construcciones históricas, metódicas y pacientes: eso que me he complacido en llamar los saldos humanos, la forma definitiva de la cultura, que acomoda en la inteligencia cuando se han dejado caer ya las noticias particulares y las discusiones del documento.

Así, permite recoger al lector, aquí y allá, y como en labor de "espicilego", alguna espiga que se desprendió del haz y hasta corre el riesgo de quedar olvidada en mitad del campo a la hora en que se levante la cosecha. Véase, como simple muestra, esta interpretación del nomadismo, que apa-

rece por ahí cuando el autor examina el caso de las civilizaciones atajadas por el choque con elementos humanos, tras de examinar el caso de las atajadas por el obstáculo del ambiente físico.

Y, como Arato de Soles en sus *Fenómenos,* comenzamos por Zeus. Quiero decir, que comenzamos por la Biblia. Los hermanos Caín y Abel se habían repartido los oficios. Caín era agricultor; Abel, pastor de ovejas. Cierto día, ambos ofrecieron al Señor sus presentes: Caín, los frutos de la tierra; Abel, los corderos primogénitos y su grosura. El Señor recibió con agrado la ofrenda de Abel; no así la de Caín (Génesis, IV, 1-5). Entendamos que la desestimó, por tener en más la domesticación de los animales que la domesticación de las plantas.

Penetrémonos, ante todo, de que Caín representa aquí el "sedentarismo" de la agricultura, y Abel, el nomadismo del pastoreo. ¿Pero cómo fue esto más estimable que aquello a ojos del Señor? A los ojos de un contemporáneo, civilización es sedentarismo, y la vida del nómada es la condición del salvaje. Pero ¿fue así en los orígenes de los oficios? En modo alguno.

En primer lugar, la domesticación del animal significa un triunfo más excelso de la voluntad humana que la domesticación de la planta. El objeto de dominio es, por decirlo así, menos dócil, menos tratable en el reino animal que en el vegetal. La diferencia entre Fauna y Flora, reside, sobre todo, en que aquélla reina sobre entes dotados de locomoción y de voluntad o algo que así puede llamarse. O sea, que oponen al imperialismo del hombre una resistencia más acentuada. De suerte que el pastor es un artista más consumado que el agricultor. Pues recordemos que Abel no heredó hatos ya educados, sino que fue el primero en educarlos y en vencerlos.

Y aquí se me ocurre señalar, por mi cuenta, la patética situación de la primera familia humana al ser expulsada del Paraíso. Adán y Eva salen a luchar entre dos alas enemigas: a su espalda, la espada de fuego del Arcángel, la guardia angélica que no los deja retroceder; a su frente, la naturaleza salvaje, las fieras, que no los dejan avanzar. Las

primeras victorias consistirán en convertir al lobo sanguinario en el perro fiel, y al fiero querub de astas de toro en el consejero y conductor de Tobías.

La conquista del ángel es tarea lenta del espíritu. El triunfo sobre el animal es Abel. Por lo pronto, el suelo próvido da los alimentos, etapa de la recolección o preagricultura que aparece en cuanto se retiran las glaciaciones, o acaso las lluvias torrenciales que les corresponden en la región llamada del Oriente clásico. Y el cazador primitivo va abandonando la estepa y se refugia en los oasis, relegando la cacería a función subsidiaria, y consagrándose de preferencia al cultivo del suelo, como Caín.

El proceso rítmico de la desecación, en su recurrencia pendular, hace más difícil la vida del oasis, y peor aún la de la estepa. Entonces los patriarcas de la civilización "nomádica" vuelven valientemente a la estepa, en pos de los animales, para exigirle las bases principales de su sustento, y esto bajo condiciones climáticas que el recolector y el cazador no hubieran sido ya capaces de resistir.

Nace así la vida pastoral de los nómadas. El nómada no anda la tierra al capricho. Recorre zonas limitadas, ajustándose a las estaciones propicias para el sustento de los ganados, y desarrolla en consecuencia una técnica cuidadosa, de iniciativa y estudio. En tanto, el agricultor incipiente se sienta a esperar los dones periódicos de la tierra.

Esa iniciativa, esa técnica cuidadosa medida a la mayor magnitud de los obstáculos naturales, provoca en el nómada, por reacción, el ejercicio de virtudes morales e intelectuales mucho más agudas que las del sedentario. El arte de Abel, el segundón, no sólo es posterior en tiempo a las invenciones agrícolas de Caín el primogénito, sino que supone mayor excelencia de mente y de carácter. Además, como empresa económica, el nomadismo cala más hondo que la agricultura de los orígenes, y aun admite ya la comparación con la industria. Pues el industrialismo será, igualmente, un desprendimiento de la economía agrícola rudimental, causado por el transcurso del tiempo y por nuevas mudanzas de las circunstancias generales.

Al paso que el agricultor produce materias primas de con-

sumo directo, el nómada, como el industrial, vive de materias primas no directamente utilizables para el hombre y deliberadamente transformadas por éste. La planta artificial del agricultor, el agricultor puede comerla. Los pastos esteparios del nómada no podrían alimentar a éste. Fuerza es que la ruda yerba silvestre alimente antes al animal, se transforme en sustancia animal, para que luego el pastor nómada se nutra con la leche y la carne de sus nuevos esclavos, y se abrigue, contra las inclemencias de las regiones que habita, con la lana y el cuero.

Semejante aprovechamiento de mediación animal supone un alto nivel del ingenio humano. El pastor estepario no cuenta con praderas que le den forraje para el invierno; no puede fomentar artificialmente sus crías; no tiene a mano la industria que transforme la "soya" en transportable torta de aceite. En la estación propicia o en la adversa, ha de buscar el alimento de sus ganados entre la raquítica vegetación espontánea de las estepas. Y deberá adaptar sus migraciones y vaivenes, con estricta regularidad, al medio físico algo incierto siempre y siempre algo hostil. Acarrea sus hatos y sus familias de los pastales de invierno a los del verano y viceversa, siguiendo el ciclo anual. El patriarca nómada ha de ser previsor en extremo y ha de poner en acción inmensas energías de disciplina y resistencia, semejantes a las del jefe en las campañas guerreras. De aquí el afinamiento de sus condiciones morales. De aquí que la Iglesia Cristiana haya simbolizado sus ideales de valor y prudencia en la imagen del Buen Pastor.

Tan enorme esfuerzo tenía que pagarse con el cansancio, y se pagó. A cambio del vencimiento de la estepa, el nómada perdió, a la larga, el triunfo sobre el mundo.

Cierto, el nómada suele irrumpir en los jardines del sedentario. Ni lo hace por mucho tiempo —sino que pronto vuelve a su existencia acostumbrada—, ni es ello el efecto de un impulso demoníaco, sino un recurso de emergencia, una dura obligación impuesta por las energías naturales que encuadran y gobiernan su vida. La estepa, de pronto, se vuelve intolerable, hasta para su aguerrido morador. Y, otras veces también, sucede que éste se ve expulsado de su estepa por

el empuje de alguna cercana sociedad sedentaria que crece o que se desintegra. Es decir, que invade o es invadido por fuerzas ajenas a su misma condición nomádica. Pero mientras el nomadismo se desarrolla dentro de su orbe normal, por lo mismo que no asoma entre los sedentarios, no tiene historia. Semejante evolución circular, tan parecida al curso del año y determinada por éste, se desenvolvería por los siglos de los siglos, a no ser porque la ataja un día la presión de las civilizaciones sedentarias establecidas por los contornos. El Señor ha preferido las ofrendas de Abel, pero Caín matará a Abel en venganza.

Toynbee, aduciendo ejemplos y documentos, compara esta ojeriza latente entre el nómada y el sedentario con la que suele existir entre la gente de tierra y la de mar. Labriego y pastor nomádico se adaptan científicamente a su respectivo medio físico, aunque el del nómada es más vasto. El pastor ve al labriego como una estaca clavada en lodo, y el labriego considera al nómada como un mero vagabundo.

Pero el sedentario es quien edifica la historia y la registra, y pinta al nómada con colores sangrientos y le atribuye, como estado natural y específico, el carácter violento que revela en sus correrías e incursiones excepcionales. Si, en cambio, el nómada escribiera la historia ¿qué diría de las agonías lentas, de las asfixias a largo plazo a que lo va sometiendo el sedentario, hasta no arrebatarle el último palmo de tierra? (De la Inglaterra de sus días, dijo Tomás Moro que "los corderos se comían a los hombres". El nómada, en su patético fracaso, pudo decir que los hombres sedentarios se comían al hombre auténtico.)

Hay, sin embargo, algunos escasos testimonios procedentes de las sociedades sedentarias que pintan con mejores matices la existencia de los nómadas en su morada habitual, y no cuando entran excepcionalmente en conflicto con el sedentario. Homero, Hipócrates, Herodoto, Rubruquis, Marco Polo, El Abate Huc, entre otros, pueden citarse como testigos de descargo, así como el Libro del Génesis: el matador no es Abel, sino Caín, el agricultor, el futuro edificador de ciudades. Pero ya la épica irania, en la lucha de Irán y Turán, puede decirse que se pasa al lado de los Caínes.

De los Abeles dice la *Ilíada* (XIII): "Los hipomolgos, que se alimentan con leche, y los abios, que son los más justos de los hombres."

La carga de caballería del nómada, como más súbita, pintoresca y violenta, es más visible y da más que hablar. La lentísima estrangulación, que es la técnica del sedentario, pasa inadvertida, al modo como escapa a nuestros ojos el crecimiento del árbol en un día. El lamento de muerte de las sociedades nomádicas no se deja oír, que sería oír morir la yerba. Pronto aparece el industrialismo, como acarreado por el sedentarismo agrícola, y cuyo brote, con la extinción del nomadismo, es el acontecimiento histórico de más bulto en el último siglo y medio.

Y Toynbee pone término con estas palabras a sus extrañas reflexiones:

> En este año de 1935, cuando el nuevo orden del mundo económico se ve amenazado de bancarrota y disolución, no parece imposible que al fin sobrevenga el desquite de Abel contra su hermano fratricida, y que el *Homo Nomas, in articulo mortis,* todavía perdure lo bastante para ver a su matador, el *Homo Faber,* precipitado en los infiernos.

III-1950.

DE CIERTAS FILOSOFÍAS

El escritor argentino Enrique Anderson Imbert —actualmente en la Universidad de Michigan— ha coleccionado en una edición tucumana algunos de sus breves y excelentes ensayos. Aparte de su felicidad de expresión, se admira en él la atingencia para encontrar el pulso exacto, el sitio en que late la vena.

A propósito de Unamuno, destaca Anderson Imbert la rebeldía del pensador español ante la muerte.

—No quiero morir —viene a decir Unamuno—, no me da la gana de morir, y pues ello es inevitable, hagamos de modo que la muerte sea una injusticia, que nuestra vida se quede con la razón y que el error recaiga en la muerte.

Nada más opuesto al estoicismo. La dignidad del estoico reside en aceptar el orden universal y en acatar lo que no nos incumbe. "Mi voluntad es una con la divina ley", decía nuestro Amado Nervo en un verso de oro. Y nuestra muerte no nos incumbe, es cosa de la naturaleza. Sólo nos toca, como lo han repetido en mil formas los filósofos, aprender a morir, estudiarlo toda la vida para acertarlo una sola vez. Verdad es que —como afirma el poeta Jules Supervielle— todos sabemos volvernos cadáveres sin haberlo estudiado antes.

Nos acuden las meditaciones del Segismundo calderoniano, acaso más profundo que Hamlet: ¿La vida es sueño? Pues soñemos, alma, soñemos. Pero soñémoslo bien. A todo evento, apostemos, con Pascal, por la mejor postura. Que la ilusión sea limpia y hermosa. Y aquí es donde Unamuno tiene razón: que la culpa sea de la muerte.

Corre por las letras españolas una plétora de filosofía que seguramente escapa a los textos oficiales, pero que no por eso es menos filosofía. Creo que cada vez se lo entiende mejor, según la doctrina de las escuelas se va echando a la media calle y se enfrenta con los enigmas y las angustias de

la existencia humana. Hace muchos años, ante cierta página mía titulada "la filosofía de Gracián" —que en verdad sólo se refería al problema de la educación en Gracián— José Vasconcelos me escribió: "¿Y a eso llaman filosofía los españoles?" Yo estoy seguro de que hoy no repetiría esas palabras.

Menéndez y Pelayo escribía proféticamente, en su prólogo a la traducción del *Filósofo autodidacto* de Ibn Tofayl (1900): "Llega uno a sospechar que leyes no descubiertas aún, pero que han de serlo algún día, rigen la trama histórica de nuestra filosofía." Lo dice pensando en Avempace, Tofayl, Fox Morcillo y Gracián. Pero creo que, en toda la tradición filosófica y semifilosófica de España, nuestros existencialistas encontrarían una rica mina. Un joven escritor y poeta mexicano ha dado ya con una veta, releyendo a cierto varón universal del Siglo de Oro; pero no seré yo quien le agüe la fiesta propalando aquí noticias prematuras sobre el trabajo que ahora le ocupa.

Después de todo, los problemas del existencialismo son tan viejos como el hombre, aunque de poco tiempo a esta parte se los aísle y metodice; y yo creo que esta preocupación del pensamiento contemporáneo ha comenzado a tender puentes entre la filosofía, el ensayo literario y la poesía. La poesía ha vivido siempre de estas inquietudes. Y respecto al ensayo, no dudaría yo en colocar, para una antología de la materia, las páginas sobre *El polvo* de Robert Louis Stevenson —sí, señores, el autor de *La isla del tesoro*—, junto al ensayo de Aurel Kolnai sobre *El asco,* siendo desde luego Stevenson mucho más legible y elegante. Y que, con relación al sentimiento de la angustia, bautizado por Kierkegaard, haya que leer a Unamuno es ya un lugar común entre los aficionados a tales investigaciones.

Al estudiar el tema del monólogo calderoniano —comparación entre el hombre y la naturaleza, estudio en que por cierto me faltó examinar el fértil campo de los tratadistas del derecho, donde habría mucho que cosechar—, pasé por algunas manifestaciones insignes de la repugnancia que el hombre suele sentir ante su propia naturaleza. En la *Providencia de Dios,* de Quevedo, el tema culmina con una sober-

bia orquestación, muestra de lo que puede dar de sí la prosa española. Es aquel fragmento que comienza: "Fuiste engendrado del deleite del sueño y del sudor espumoso de la sangre. . ." Lo he reproducido en la segunda serie de mis *Capítulos de literatura española* y no quiero repetirlo aquí. Con estos y otros pasajes ascéticos puede construirse un comentario *ad perpetuam* al margen de *La náusea* de Sartre. Y, de modo general, cuanto de cerca o de lejos afecta a los motivos que revuelve Calderón en *La vida es sueño* —larga y henchida tradición en las letras de nuestra lengua— afecta asimismo a las preocupaciones filosóficas de que venimos tratando.

Aunque no resistí a la tentación de añadir unas notas complementarias sobre "El enigma de Segismundo" en mi libro *Sirtes,* lo cierto es que me he quedado corto, pues hay para llenar bibliotecas; y aunque tengo por ahí más de un centenar de lugares anotados, no soy hombre para pasarme la vida como el ratón "de un solo horado" que decía la Celestina. A los jóvenes toca ya completar lo que yo haya dejado incompleto, si es que todavía les interesa y vale la pena, lo que mucho dudo con los vuelcos que ha dado el mundo.

Pero el objeto de las presentes líneas es, sobre todo, el incitar a los donceles del existencialismo, en México, para que conviertan su mirada hacia las letras españolas, en que hallarán un rico acervo. De años acá, las inquietudes filosóficas han cundido entre la juventud mexicana; y no hay que asombrarse si nuestros nuevos filósofos se sienten singularmente atraídos por las cuestiones que escarbó Heidegger y que Sartre ha popularizado (caso comparable, hasta cierto punto solamente, al de Leibniz y Christian Wolff). Pero que se acuerden del pensamiento hispánico. Apena el comprobar hasta qué punto la literatura europea propiamente tal —pues España ha sido siempre una Europa *sui generis,* y a mucha honra— se deja fuera, en sus síntesis, todo lo que es y ha sido pensamiento hispánico. Apresúrense a recogerlo e incorporarlo en los estudios las Españas americanas. Acaso sea uno de sus deberes más evidentes y seductores.

III-1950.

COSAS DEL TIEMPO

San Pascual Bailón, hijo de campesinos, pastor, mandadero y lego de conventos, fraile franciscano, mensajero de su orden por tierra de hugonotes —que sufrió, a la ida y a la vuelta entre España y Francia, males y persecuciones sin cuento—, gran ayunador, alma y cuerpo de roble para sufrir mortificaciones y penitencias, nació el 17 de mayo de 1592 (le he dedicado por ahí, como a mi patrono, una "estampa popular" en romance), y fue canonizado 70 años más tarde. No sé dónde se le pegó un motivo folklórico que lo emparienta en la tradición de Rip van Winkle y de los milagros contados por don Alfonso el Sabio, motivo que, desde luego, no consta en las hagiografías oficiales.

La leyenda lo hace cocinero en un convento de religiosas. Yo lo he oído invocar por viejas guisanderas a la hora de encender el brasero:

San Pascual Bailón,
baila en mi fogón.

Y dice, además, la leyenda —no se agravie la historia— que salió un día al jardín del convento para tirar el agua en que había lavado los trastos, oyó cantar un pajarito, se detuvo —extasiado— a oírlo, y cuando volvió al convento lo encontró mudado en cuartel; preguntó, asombrado: "¿Y el convento? ¿Y las monjas?" —"Sí —le contestaron—. Hace un siglo hubo aquí un convento de monjas." ¡El santo se había pasado cien años, en unos minutos, oyendo cantar al Pajarito de la Gloria!

La interpretación físico-matemática del caso no es hoy difícil, hoy que conocemos las travesuras del tiempo. Uno de los Breviarios recién publicados por el Fondo de Cultura Económica (*La física del siglo xx*, por Pascual Jordan, excelente obra de vulgarización) expone así, con nitidez, un ejemplo de Einstein sobre la "relatividad de lo simultáneo":

Supongamos un navío aéreo que marcha a una velocidad enorme, casi equivalente a la de la luz (300 000 kilómetros por segundo). Supongamos también que su tripulación vuelve a la Tierra después de un año de viajar a tal velocidad algo menor que la luz (exactamente, 0.05% menos). Los relojes de los tripulantes han marcado, dentro del navío aéreo, justamente un año de tiempo, las provisiones para el año se han agotado; los cabellos han encanecido según las penalidades de un viaje de un año por los espacios estelares. Pero he aquí que, llegados a la Tierra, los tripulantes se encuentran con que, en ese tiempo, la especie humana ha envejecido ¡en cien años!

¿Será que, de modo parecido, y con una velocidad todavía mayor, San Pascual, en su éxtasis, fue transportado por los ángeles? Y que la velocidad angélica sea mucho mayor que la velocidad de la luz lo damos por admitido.

Resulta que, cuando hablamos del tiempo, hablamos de muchas cosas distintas, y hay que entenderse previamente. Hay el tiempo que define Bergson y que en castellano correcto, aunque anticuado, pudiéramos decir "la durada real": sentimiento del fluir, conciencia del constante tránsito en cuyo fondo Heidegger ve agitarse la nada, música sin melodía o melodía sin música. Hay el tiempo físico de los relojes, que ahora se entiende implícito en el espacio inseparable de él, de donde la "relatividad" y las varias soluciones propuestas para explicar cómo es que Aquiles da alcance a la tortuga, aunque ésta, en la proyección estática del suelo, le llevaba de ventaja diez metros, un metro, un centímetro, un milímetro, un diezmilímetro, etcétera. Hay el tiempo psicológico de que dice Jorge Manrique "¡cuán presto se va el placer!" y que a la inversa hace sentir a Oscar Wilde el sufrimiento como "un momento muy largo", o que hace encanecer de dolor a María Antonieta en una noche, y del que cantaba Baudelaire: "¡Tengo más recuerdos que si tuviera mil años!" Todo ello, concepto métrico de las cargas emocionales. Hay ese tiempo biológico de laboratorio, que permite sospechar el compás de una vida y su duración por lo que tarda en cicatrizar un rasguño, etc., etc. ¿Y por qué no el sentimiento romántico del tiempo?

A la luz de un relámpago nacimos
y aún dura su fulgor cuando expiramos.

Donde cae la queja de Teofrasto moribundo, y de tantos otros: ¿Por qué dio la naturaleza tan larga vida a ciertos brutos, que no saben cómo emplearla, y a nosotros nos interrumpe en lo mejor del trabajo y el estudio? Lo que el adagio antiguo compendia en aquella moneda hipocrática tan bien acuñada: *Ars longa, vita brevis.*

Y todavía J. W. Dunne —un ingeniero militar que entretiene con filosofía matemática los ocios de la guarnición— viene a inquietarnos con la ocurrencia de que el porvenir no está por venir, que ahí está esperándonos de toda eternidad, y que somos nosotros quienes caminamos hacia él como por una carretera. En su libro *Un experimento con el Tiempo,* que ignoro si se ha traducido del inglés, se gasta confianzas con el tiempo, pretende pulverizar a Bergson, y deshacer con dos o tres fórmulas algebraicas la teoría de la evolución creadora, del tiempo henchido de novedades, y viene a decir —casi textualmente— que los sueños premonitorios (o proféticos) no son otra cosa que "recuerdos del porvenir", adulterados y refractados en el durmiente, como se adulteran y refractan las imágenes de los hechos pasados.

Aún falta quien nos venga a decir que el tiempo vital es reversible, como las cintas cinematográficas en que el nadador sale de pies por el agua y sube fantásticamente hasta el trampolín; o como en *El recién nacido* de Becerro de Bengoa, donde un sabio de ochenta y cinco años, más afortunado que el doctor Alexis Carrel, acierta con el método para prolongar la vida; pero le hicieron la operación al revés, y comenzó a decrecer en años y murió de niño de teta. Por cierto que, al final del cuento, el propio cuentista se encuentra a bordo de un tren que desanda el camino. Y horrorizado por la historia que nos acaba de narrar, entabla este diálogo con un pasajero:

—¡Pues, señor, volvemos atrás!

—¡Volverá usted!... ¡Yo no vuelvo atrás nunca! El tren vuelve, nuestros cuerpos parece que vuelven también; pero, señor mío, nuestras vidas siguen marchando hacia adelante, siempre hacia adelante, y no retroceden nunca. ¿Está usted?

Pero tomemos en serio al tiempo, y sea por la fase que mejor se deja aprehender: no la naturaleza filosófica ni el

concepto del tiempo, sino el tiempo práctico, el que mide la ciencia, el que sirve para medir la historia, el de los relojes y los calendarios.

No siempre se lo entendió como un flujo continuo. La idea de la continuidad del tiempo es una idea muy elaborada, tras varios siglos de titubeos en la mente del primitivo. Y de ello quedan residuos. Porque ¿habrá cosa más natural para el labriego que medir el tiempo por cosechas? Me aseguran que el campesino sueco suele aún medir el tiempo por las cosechas de centeno o de patata. De la joven se dice que cuenta veinte primaveras; del viejo, que suma ochenta inviernos. La sucesión de los días y las noches, el periodo de las fases lunares, todos los ritmos naturales y biológicos parece que inclinan a la concepción del "tiempo discontinuo", como dicen hoy los investigadores; y el tic-tac del segundero traslada el latido del corazón. Las noches parecen ser las pausas, y los días el tiempo verdadero. Los griegos midieron lo que hoy llamamos las veinticuatro horas comenzando por la noche, y todavía la palabra inglesa *fortnight* es abreviatura de *forteen nights,* catorce noches o quince días.

Luego vino el año luni-solar, conflicto del principio tenido por femenino y del principio tenido por masculino, con que lucharon los babilonios, y que resolvieron insertando meses irregulares. Y los griegos, con ser tan audaces, nunca lograron desterrar del todo a la caprichosa luna de su calendario de Olimpíadas, ni ajustar del todo su calendario a las necesidades sociales. Los romanos, en el trato corriente, preferían contar por cónsules. Los egipcios lograron superar la imagen de los hitos creados por las inundaciones periódicas del Nilo, y dieron con el año estelar —primero de 360 y al fin de 365 días—, base de los sistemas futuros. Todavía Hesíodo, hacia el siglo VIII a.C., comienza su año agrícola con la reaparición de las pléyades en mayo. Paulatinamente se llegó al calendario gregoriano, y el Venerable Beda —un anglosajón que escribía en latín por los siglos VII y VIII de nuestra era— impuso la partición de la historia en "antes de Cristo" y "después de Cristo" (si es que no se hizo en España). El mes nació de la luna, pero se perfeccionó con las prácticas religiosas y sociales, que engendraron paulati-

namente la semana. El día de los relojes solares, estelares y acuáticos se encerró en el reloj mecánico. Las divisiones del día se redujeron a las horas, las horas a los minutos, los minutos a los segundos, y así en una partición infinita.

Y hoy —según la repetida frase de un filósofo que, por llevado y traído, no me da la gana de citar— la humanidad se nos representa como un hombre inmenso que adelanta sin pausa por las continuas avenidas del tiempo. Y cada uno se ve a sí mismo como si arrastrara una inmensa cauda de tiempo (los "gusanos de cuatro dimensiones" que decía Proust: tres del espacio y una del tiempo), o mejor aún, devorado lentamente por el monstruo invisible, como en el soneto de Góngora, puesto que nacer es empezar a morir:

Mal te perdonarán a ti las horas,
las horas que limando están los días,
los días que royendo están los años.

Clara imagen del tiempo, entendido como la corriente de un río, aquel viejo romance anónimo:

Yo soy Duero,
que todas las aguas bebo...
Los niños dijeron taita
y los llaman taita a ellos;
las niñas mamaron leche,
y ya crían hijos tiernos;
los gallos fueron pollitos,
y los pollos fueron huevos.

Yo soy Duero,
que todas las aguas bebo.

Pero la discontinuidad se ha deslizado en la evolución biológica con las "mutaciones súbitas", y en la estructura de la materia con los misteriosos "cuantos", ojos del cedazo de la nada en que está bordada toda sustancia. ¿Y si la discontinuidad se entromete un día con el tiempo, ya no en el candoroso sentido de los primitivos, sino en la estructura misma de la cadena? ¿Y qué, si el tiempo se ataja sin decir: "agua va"? ¡Ay, señor, en estos días de la desintegración atómica —casi la aniquilación de la mónada leibniziana—, todo, todo puede suceder!

IV-1950.

ANTE LOS ALTOS HORNOS

Sí HABLARÉ, aunque poco. No he querido fiarme a la improvisación para poder ser más lacónico, y también —¿a qué negarlo?— porque desconfiaba de mis emociones. Decía Gracián: "Lo bueno, si breve, dos veces bueno." Yo me atrevo a añadir: Lo malo, si breve, es perdonable. A esto me atengo y pido perdón de antemano.

Siento, en efecto, la necesidad de asociarme a este festejo. El cincuentenario que hoy celebramos me enorgullece como nativo de Monterrey, como mexicano y como hombre. La Compañía Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey ha levantado en el mundo el nombre de la patria chica y la grande patria, y ha derramado profusamente el trabajo y el bienestar, bendición de los pueblos. Mi aplauso para los hombres que tan acertadamente la dirigen, y mi saludo reverente para la memoria de don Adolfo Prieto, gran creador social a quien cupo la suerte de realizar plenamente sus sueños en esta tierra de ciudadanos cabales que me honro en llamar mis coterráneos.

Don Carlos Prieto me ha nombrado junto a algunas personalidades ilustres. Lo dejo a cuenta de su buena amistad. Yo no he sido aquí más que un pretexto para invocar un nombre que representa para mí el timbre más claro de mi vida y el compromiso más sagrado de mi conducta: El de aquel varón cuya alma ardiente y creadora me parecía, ayer, que resollaba en el fuego de la fundición. Con profundo agradecimiento recojo esa mención generosa y quisiera desentrañar su sentido. Cuando la industria humana —en el más amplio concepto— fraterniza con las buenas artes del gobierno, nada más se puede desear. Y tal fue la historia de esta empresa.

Protágoras —en el siglo v a.c.— propuso una fábula mitológica que me permito recordar para ir de prisa. Los seres de la naturaleza acababan de ser creados. El hombre, entre todos, parecía el menos armado, como en el inmortal monó-

logo de Segismundo. Criatura desnuda, expuesta a la intemperie, mereció la compasión de los dioses, quienes le asignaron dos tutores: Epimeteo, el que mira hacia atrás, el que conserva y guarda, el que defiende; y su hermano Prometeo, el que mira hacia adelante, el que descubre, el que ataca, el que progresa.

Epimeteo equilibró con tanta cautela las condiciones del hombre, que lo redujo prácticamente a una relación estática con el ambiente. El hombre, en manos de Epimeteo, nunca hubiera superado la etapa de la animalidad feliz. Prometeo no se resignó: quiso hacer del hombre un inventor, un innovador constante, aunque fuera a costa de incontables dolores. Robó una chispa del fuego celeste, la entregó al hombre, y así nacieron las industrias: son los primeros "altos hornos" de que queda noticia. Y el hombre empezó su ruta de progresos fabriles; en adelante es el *Homo Faber*.

Pero no bastaban los inventos y descubrimientos para asegurar la grandeza del hombre. Faltaba la razón moral, que, a ojos de los griegos, se confundía con el bien de la Polis, con la sabiduría política. Entregados los grupos humanos a sus solos expedientes inventivos, hubieran sido capaces de aniquilarse entre sí. ¿No lo hemos visto mil veces en la historia? ¿No acabamos de verlo en nuestros días? ¿No vivimos atemorizados ante la amenaza de que los inventos se apliquen a la destrucción de la especie?

Y los dioses, de nuevo compadecidos, aunque por una parte impusieron a Prometeo terribles castigos, como a transgresor del primitivo plan de la naturaleza, por otra parte enviaron a la tierra a su mensajero Hermes, con encargo de que adiestrara a los hombres en el arte de la política, es decir, en el arte de la recta convivencia social.

La obra de Prometeo guiada por la obra de Hermes: tal es la fábula que propongo al caso, para que la entiendan los buenos entendedores.

Don Carlos Prieto ha traído a colación cierta anécdota que algún día le conté y que acomoda con precisa oportunidad a los orígenes de esta empresa.* Todas las condiciones del

* Diálogo entre Pimentel y Faguagua y el ministro Limantour, que he referido en "La epopeya del Canal" (*Norte y Sur*, México, 1944, p. 189); en

medio y de la geografía eran adversas. Pero se impusieron la inspiración política y la voluntad de los hombres para imprimir su ley al mundo. Ésta es la historia de nuestra tierra, que no parecía mayormente dotada para la riqueza, y donde la humana voluntad lo ha hecho todo, con gallardo esfuerzo y con éxito merecido.

¡Buena lección para los que pongan en duda que la historia —como en la palabra de Croce— es la historia de la libertad! La libertad del espíritu rectifica las determinaciones de la geografía y la economía, y acaba por reducirlas a su servicio.

Si dijo Herodoto que "el Egipto es un don del Nilo", sellando con esta frase la teoría paradisíaca de la historia —es decir, aquella teoría según la cual las civilizaciones nacen con espontaneidad vegetal del suelo que las produce— hoy sabemos más que Herodoto. Hoy sabemos que, en los tiempos prehistóricos, la inmensa cuna del Nilo era una selva tupida y húmeda, donde los mismos efluvios vitales, en su exuberancia, devoraban la vida. Hoy sabemos que los remotos egipcios, antes de edificar su Estado —el primero en los anales humanos— tuvieron que rectificar la geografía, tuvieron que domesticarla, tuvieron que someter los datos materiales a la libertad de su querer. Hoy sabemos que el Egipto se hizo contra el Nilo, y que en la osada respuesta al desafío de la naturaleza vino a cimentarse la ulterior grandeza de Egipto.

¿Pues de qué otro modo se edificó la grandeza del Imperio azteca? Dudamos que, en las plácidas costas de Mazatlán u otras regiones más apacibles, hubiera adquirido aquella raza esa musculosa estructura que asombró a los mismos conquistadores. De emigración en emigración, aquellas tribus errantes acabaron por conformarse con la áspera y elevada meseta de los lagos, donde, en su lucha contra la inestabilidad del suelo, las charcas y los pantanos, adquirieron el bautizo definitivo para sus ulteriores destinos.

Una impaciencia del espíritu ante los obstáculos natura-

"Debate de la cordura y la locura" (*Los trabajos y los días,* México, 1945, página 107), y también en "Los dos augures" (*Verdad y mentira,* Madrid, 1950, pp. 264-265).

les: tal es el fermento de la historia. Parece que divago, pero no hago más qus buscar el hondo sentido de la fábula que he propuesto y de la anécdota que aquí hemos escuchado. Permítaseme recordar, por último, algunos renglones que ya se han escrito por ahí y que se refieren al patético caso de la primera familia, al ser expulsada del Paraíso, donde nunca hubiera habido historia:

"Adán y Eva salen a luchar entre dos alas enemigas: a su espalda, la espada de fuego del Arcángel, la guardia angélica que no los deja retroceder; a su frente, la naturaleza salvaje y bravía, las fieras que no los dejan avanzar. Las primeras victorias consistirán en convertir al lobo sanguinario en el perro fiel, y al fiero querub de astas de toro en el consejero y conductor de Tobías." *

Para eso se nos dio la iniciativa, para eso se nos dio la invención y, como dicen los teólogos, el albedrío. Señores de la Compañía Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey: vuestras fraguas están cantando el himno de las libertades humanas.

Monterrey, V-1950.

* Ver, en este volumen, *El nomadismo*, p. 116.

CARTA SOBRE LÓPEZ PORTILLO

México, 15 de mayo de 1950.

Sr. don Arturo Arnáiz y Freg.

Mi querido amigo: Le agradezco mucho que me haya anunciado el acto en honor de don José López Portillo y Rojas, proyectado para el día 26 del mes en curso. Nunca me hubiera yo perdonado el no participar de algún modo en esta recordación pública, aunque sólo sea para dar testimonio de mi veneración a aquel gran mexicano.

Jurisconsulto eminente, eximio varón de nuestras letras a quien no se ha asignado aún el lugar que merece, alto ejemplo de virtud, maestro de conducta a la vez cuanto a la firmeza y la prudencia, su imagen se me aparece como otra figura más en la alegría de mis retratos familiares.

Los López Portillo y los Reyes están, en efecto, unidos por vínculos de muchos años. Y más de una vez, al evocar las hazañas del coronel Domingo Reyes, mi abuelo, veo a éste tumbado en el camino de Tlaquepaque, acribillado a heridas, cuando tuvo que batirse él solo, haciendo muralla de su cuerpo, contra una fuerza sublevada y en defensa de don Jesús López Portillo, entonces gobernador de Jalisco, el padre de don José, a quien Justo Sierra calificó de "íntegro progresista" y "honor del foro jaliciense".

Don Jesús había llevado a la pila bautismal a varios hijos de mi abuelo Domingo, que era por aquellos días jefe de la Guardia Nacional de Jalisco; y esta amistad, transmitida de una en otra generación, es un tesoro de mis recuerdos.

Muerto ya mi abuelo, la intervención de don Jesús evitó que mi padre, niño aún, fuera encarcelado, por haber cubierto de escupitajos el bando de 3 de octubre de 1865, en que Maximiliano ponía fuera de la ley a Juárez y a los caudillos liberales.

Por su parte, don José fue un verdadero hermano de mi

padre, lo acompañó en fortunas y adversidades, y pagó su admirable lealtad con calumnias y persecuciones de que salió más limpio que antes.

Yo debo a don José el tributo de mi gratitud y el de mi admiración literaria. Todavía tuvo él tiempo de acompañarme con sus consejos y su experiencia en los primeros pasos de mi carrera, y de él recibí los más preciosos estímulos. Al lado del poeta Manuel José Othón, don José López Portillo y Rojas comparte el sitio de honor entre los amigos predilectos de mi padre, que él me enseñó a venerar y a querer.

Sin tiempo para otra cosa —pues el homenaje está ya encima—, me asocio al festejo tan merecido con estas sencillas y cordiales palabras.

Muy suyo.

A. R.

LA VIRGEN DE LIPCHITZ

CONOCÍ a Lipchitz en París, antes de la primera guerra; y cuando ésta nos hizo trasladarnos a España, nuestro trato era tan frecuente que, durante su permanencia en Madrid, casi nos veíamos a diario. Las vicisitudes del tiempo nos alejaron. Al fin volvimos a encontrarnos en Nueva York, hace pocos años. Lipchitz era ya uno de los más famosos escultores.

Esta vez, durante mi reciente viaje a Nueva York, he sido singularmente afortunado, porque el grande artista pudo consagrarme una mañana entera, en su taller mismo, en el ambiente de su trabajo.

Yo iba y venía, deslumbrado, embriagado entre aquellas moles impetuosas de las esculturas, entre aquellos esfuerzos atléticos de la materia terrestre que sueña y puja por transformarse en espíritu. Lipchitz me guiaba como de la mano, y con dos o tres frases sencillas me ayudaba a penetrar la intención de cada obra: esas explicaciones directas, obvias, que los verdaderos artistas prefieren siempre a las pedanterías abstractas y a los retorcidos tecnicismos con que nos agobia la crítica.

Al cabo de una hora me sentía yo transportado a una nueva naturaleza, la naturaleza creada por el toque mágico de Lipchitz.

Entonces, entre las figuras gigantescas, mis ojos cayeron sobre una pequeña maqueta que me llenó de asombro.

—Pero, Lipchitz —pregunté—. ¿Esto es una Virgen suspendida sobre una pila bautismal?

Lipchitz sonrió y comprendió mi sorpresa.

—Sí —me dijo—. He aquí la historia. Llevé recientemente una exposición a París. Se me presentó un señor desconocido, y me preguntó si estaría yo dispuesto a hacer una Virgen para un templo católico. Le contesté que tenía yo dos objeciones: la primera, que yo soy judío; la segunda, que

mi escultura no es realista o imitativa, y podía resultar detonante en el interior de una iglesia. Él me aseguró que los interesados en el caso lo habían pensado bien antes de invitarme, y que, para ellos, ninguna de mis objeciones era un obstáculo, salvo que lo fueran para mí. Me seducía el someterme a esta nueva prueba, y sólo le pedí que me dejara pensarlo unos días para ver si daba con una concepción adecuada que, sin traicionar mi estética, satisficiera también los fines propuestos.

Después me explicó que la obra se destinaba a la iglesia de un sanatorio de tuberculosos, fundado por los Dominicos en Assy, pueblo de los Alpes Franceses. El alma animadora es el Padre Couturier, lionés de nacimiento, combatiente herido en la primera guerra, después artista conocido entre los *montparnós* de París, en el mundo de la bohemia intelectual, quien ha ingresado al fin en la Orden de Santo Domingo, y cumplidos ya los 52 años, se consagra a la religión y a la piedad, aportando a ello el contingente de su anterior experiencia artística.

Acaso los lectores de *Life* han leído ya la noticia, y han visto las reproducciones de planos, proyectos, esculturas, tapices. El lugar está llamado a convertirse en centro de peregrinaciones, y marcará un hito en la historia del arte religioso, pues los fundadores han acudido a los artistas más "avanzados" de nuestra época, sin reparar en escuelas, credos ni doctrinas, de modo que entre ellos hasta se encuentra algún comunista: Bonnard, Rouault, Léger, Lurçat, Bony, Berçot, Bazaine, Matisse, Chagall, Le Corbusier, etcétera.

La maqueta de Lipchitz parece un inmenso fruto suspendido sobre la gran copa bautismal. En lo alto, la paloma simbólica detiene tres gajos de cielo estrellado —uno al fondo y dos a los flancos— los cuales se juntan por debajo y erigen, en el frente abierto de esta como fruta celeste, una figura temblorosa, hecha con los repliegues del manto que sube desde los pies hasta la cabeza de la imagen; y esta imagen es la Virgen, cuyo rostro se desvanece en el conjunto, de modo que toda ella parece creada por el torbellino del manto.

Lipchitz ha hecho ya una reproducción en pequeño para su

hijita, y ha tenido ya que luchar con la voracidad de los aficionados. Una señora millonaria se empeñaba en que le prestara la obra para exhibirla algunos días sobre un montículo de su parque privado. Lipchitz acabó por enviarle una fotografía, porque la señora le habló por teléfono, y tenía una voz muy dulce y persuasiva. Al recibir la fotografía, le escribió: "La imagen acaba de hacer su primer milagro: me ha nacido una hija con toda felicidad."

Cuando, en París, el padre Couturier visitó en persona a Lipchitz para conocer su decisión, Lipchitz le dijo:

—Haré la Virgen, si me permite poner al dorso esta inscripción: "Jacques Lipchitz, judío, fiel a la creencia de sus mayores, ha labrado esta Virgen para que la buena voluntad reine entre los hombres."

Como respuesta, el padre Couturier le estrechó afectuosamente entre sus brazos.

México, VII-1950.

CARTA A MAX HENRÍQUEZ UREÑA *

MAX muy querido: Los gratísimos recuerdos de nuestro reciente encuentro en Nueva York, tu preciosa casita, ya acariciada por el jardín naciente, la dulce fraternidad de tu Guarina: todo ello ha seguido vivo en nuestros corazones, y mi mujer y yo difícilmente olvidaríamos tan felices instantes. Aún creo ver aquella graciosa miniatura doméstica a que has reducido tu retiro de varón prudente, escondida entre los orgullosos rascacielos de Forest Hill, y me figuro que vuestro huerto pronto comenzará a brindar sus frutos, cumpliendo así las promesas de la húmeda primavera.

He acabado una lectura atenta de tu bello libro antológico sobre Pedro. Tu prólogo tiene un valor único, no sólo por la curiosidad y riqueza de noticias, sino por el arte con que has acertado a pintar un cuadro de época y el interior de un hogar tan de nuestra tierra, tan ejemplar y decoroso. ¡Ya lo quisieran para un domingo nuestros mejores novelistas!

Tu magistral sobriedad contiene una inmensa carga de emoción. Esas páginas valen tanto por lo que dices como por lo que callas. Y el trazo es tan firme, tan directo, que lo engaña a uno, y se queda uno creyendo que todo lo escribiste de un rasgo, sin percatarte de la maravilla que has hecho. Aparte de tus muchos libros excelentes, ya podías quedarte satisfecho si sólo esto hubieras escrito. ¡Qué lección para los que nos echan en cara los defectos del tropicalismo! ¡Y qué modelo de sencillez clásica en esta era de paladares estragados! No sé cómo te las arreglaste para dar esa visión tan nítida del ambiente sin un solo alarde extremoso, y para dibujar el retrato de Pedro a la vez que el tuyo, con esos toques indirectos del diálogo cuyo secreto has descubierto por tu propia cuenta.

La evocación de las nobles figuras familiares se queda en

* Max Henríquez Ureña, *Pedro Henríquez Ureña, Antología*, C. Trujillo, Colección "Pensamiento Americano", 1950.

la conciencia del lector: tu padre don Francisco, hombre sabio e ilustre repúblico; tu madre doña Salomé, nobilísima mujer y poetisa a quien Pedro y tú me enseñasteis a venerar; tu tío, el encantador maestro "Don Fede", en quien Vasconcelos, que tuvo la suerte de tratarlo, me decía que se habían concentrado las últimas esencias de la cortesía y el señorío americanos; y tantos otros literatos y educadores de tu país entre los cuales ha discurrido tu infancia estudiosa. ¡Y esa portentosa infancia de Pedro comparable a la del niño Goethe, inclinado a vigilar las lecturas y los ejercicios escolares de sus hermanos menores! Y así tus páginas valen tanto por sí solas como por las personas que en ellas haces desfilar.

Yo, que sin duda padezco el mal hereditario del barroquismo mexicano, te he leído con envidia. ¡Qué pluma adulta, qué estilo despejado, qué tono seguro y elegante! Así escribían los griegos, Max, sin echar tierra a la cara de los lectores, y tan atentos a su objeto, que no parecían pensar nunca en que estaban escribiendo, sino viviendo otra vez lo que contaban, de cierta manera espectral.

Cuando en nuestra América se decante el vino revuelto, se apreciará mejor lo que has hecho: breve obra perfecta donde se compenetran las calidades éticas y estéticas. En suma, has sabido, como sin esfuerzo, ponerte a la altura de tu asunto. Aquí de la "difícil facilidad" y todo aquello de que se nos habla tanto y tan pocas veces se nos muestra. Yo, que estoy en el secreto, que te leo —digamos— con malicia, adivino el sacrificio disimulado para alcanzar esa tersura, esa asepsia, esa saludable serenidad.

Por lo mismo que tu prólogo está llamado a perdurar, me atrevo a sugerirte un breve retoque. Dices, por ahí que, hacia 1920 y tantos, en la etapa de Vasconcelos, Pedro fundó la Escuela de Altos Estudios. No: la fundó Justo Sierra en 1910, al crear el nuevo régimen universitario. Lo que hay es que Pedro y Antonio Caso, nuestro Antonio también inolvidable, llamados por el doctor Alfonso Pruneda y acogidos luego por don Ezequiel Chávez —segundo y tercer directores de tal instituto respectivamente, pues el primero lo fue don Porfirio Parra, que murió solitario y desoído entre "la

gritería de trescientas ocas"— organizaron allí el programa original de estudios, secundariamente auxiliados por quien se honraba y se honra en haber sido el Benjamín de la tribu.

Y por cierto que la primer planta de profesores —a excepción de algún extranjero— desempeñaba sus funciones gratuitamente. Queríamos que la escuela —germen de la futura Facultad de Filosofía y Letras entre otras cosas— viviera sin costarle al Estado; pues, por artificiales razones de presupuesto, la atacaba entonces la demagogia desenfrenada de algunos ignaros, verdaderos criminales públicos, para quienes el pueblo mexicano no tenía derecho a la cultura superior porque andaba descalzo. ¡También solían andar descalzos Sócrates y sus discípulos, por los verdes platanares de Iliso, inventando la filosofía moral! Me remito a las páginas de mi libro *Pasado inmediato y otros ensayos*, donde he referido estas historias.

Pero si algo especialmente me contenta y llena de orgullo es que me hayas asociado tan íntimamente contigo y con Pedro al resucitar tus memorias. Mañana, cuando la juventud busque vuestros libros y os invoque como ejemplos de las vocaciones orientadoras, habrá de tropezar, de paso, con mi nombre, y esa será mi fama póstuma. Tú y yo, para entonces, amigo mío de todas las horas, habremos emigrado ya —como decían las inscripciones antiguas— "hacia el reino donde yacen los muchos". *Vale et me ama.*

México, VII-1950.

HIMNO A GABRIELA

APLAUDO a quienes concibieron este homenaje a Gabriela Mistral y me asocio a él desde mi retiro. Gabriela es un índice sumo del pensamiento y del sentimiento americanos.

En ella se da la ira profética contra los errores amontonados por la historia; se dan la fe, la esperanza y la caridad; la promesa de una tierra mejor para el logro de la raza humana; la mano que traza en el aire los pases mágicos, a cuyo prestigio relampaguea ya la visión de un mundo más justo.

Montañosa y profunda como los barrancos y las arrugas graníticas de los Andes; severa y solitaria en sus alturas de nieve, mansa y juguetona en los deshielos que bañan con su caricia las risueñas laderas; y por encima de las miserias naturales, depositaria y emisaria de la salud y el alimento —Ceres transmutada al orden del espíritu—, yo le ofrecería el sacrificio de la *pankarpia,* amasada con todas las pulpas frutales, que el griego silvestre brindaba, en las primeras cosechas y vendimias, a sus divinidades agrarias y benéficas.

Ya he dicho en todos los tonos y en varias ocasiones lo mucho que admiro las letras de Gabriela Mistral: su verso que, sin dejar nunca las excelencias técnicas y aun las agilidades ingeniosas, descubre una nueva dimensión en las honduras de la conciencia; su prosa, brotada de fuentes nativas, que parece continuar a la naturaleza, y que por ese y otros motivos, a un tiempo artística y sencilla, hace pensar en Santa Teresa. Hasta el coloquio sale aquí consagrado; y como surge de una íntima necesidad, el modismo americano entra por su propio derecho en el torrente de la lengua, y la enriquece al modo que la enriquecieron los clásicos.

La serenidad de Gabriela está hecha de terremotos interiores, y de aquí que sea más madura. Su bondad rebasa los límites de la filantropía personal —presa que se desborda—, y se vuelve cosa telúrica. Ya no es Gabriela quien nos

aquieta, nos consuela o bendice: es un vasto soplo tonificante que anda entre los suelos y los cielos de América, cargado de esencias boscosas, rumores de pájaros y abejas, de talleres y campanarios.

Un día me explicó este misterio: —Eso de haberse rozado en la infancia con las rocas —me dijo— es algo muy trascendental—. Y en verdad lo es para remontarse hasta las cumbres del alma sin soltar el lastre de las realidades más inmediatas; para, como los robustos eucaliptos, sorber entre la savia del tronco las piedras y los terrones del campo. ¿Qué sufrimiento, qué alegría la encontraron nunca indiferente? ¿Qué latido de nuestra América no ha pasado por su corazón? Su inmensa poesía está tejida con todos los estambres que hilan el trabajo y la virtud de los hombres. Así creían los antiguos que Héracles había construido el ara de Dídima con la sangre, los huesos, la sustancia misma de las víctimas ofrecidas.

Yo no suelo hablar con tanto arrebato. Yo reservo mis entusiasmos para quienes creo que los merecen.

México, VIII-1950.

PRÓLOGO A DON FERNANDO ORTIZ *

HACE años que don Fernando Ortiz enriquece la cultura de nuestra América con sus profundas investigaciones, sus descubrimientos por cuanto al método y el contenido de las ciencias sociales a que se ha consagrado, y su constante y bien inspirada labor en la *Revista Bimestre Cubana*. Pertenece a la mejor tradición: es sabio en el concepto humanístico y también en el concepto humano. El estudio no lo aísla del mundo, antes robustece en él los saludables intereses por la vida que lo rodea. Su sencillez está hecha de señorío natural, su firmeza ignora la adustez, si bien, puesto a la obra, no se perdona esfuerzo alguno ni se consiente la menor negligencia. Y llega así, en la feliz madurez y cargado de miel de años, a la culminación que representa este libro, llamado sin duda a sobrevivir entre los clásicos del pensamiento americano.

El transporte de los negros al Nuevo Continente comenzó por despertar la curiosidad de aquellos que tienen ojos para lo pintoresco y lo exótico, y que conceden cabal realidad al mundo exterior, como un día se dijo de Gautier. Pero había que descifrar la apariencia, ahondar en su sentido, apreciar el efecto de los impactos étnicos, aquilatar el valor de este testimonio vivo que estaba ahí, a las puertas del laboratorio, o mejor, era un vasto laboratorio a media calle. Otros pasaban de largo, conformándose con sonreír, como ante un divertido juego de las circunstancias sociales, sin más consecuencia que un pasatiempo. Don Fernando Ortiz se adelantó como nadie en estas exploraciones, y una vez más vino a confirmar la semejanza con que los primitivos de distintas zonas responden a los mismos desafíos de la naturaleza. Así vemos que tiende líneas comparativas, por ejemplo, entre los ritos africanos trasladados a Cuba y ciertas formas arcaicas que

* *Los bailes y el teatro de los negros en el folklore de Cuba*, La Habana, 1951.

aún perduraban en los días de la Grecia histórica. Los griegos muchas veces no entendían ya el significado original de tales celebraciones, o bien las interpretaban *a posteriori* mediante mitos etiológicos que representan uno de los más ingeniosos ensayos de racionalización legados por la Antigüedad.

Felizmente, nuestro autor no quebranta las aduanas científicas, ni incurre en las fáciles y peligrosas hipótesis del "difusionismo", ni pretende nunca sacar conclusiones arbitrarias sobre quiméricos contactos entre las culturas, sino que se limita cautamente a aplicar las reglas del contraste para mejor desentrañar el valor y la intención de cada fenómeno. Pero lo que verdaderamente sorprenderá al antropólogo es el apreciar, guiados por la mano del sabio don Fernando Ortiz, la persistencia de ciertas formas vetustas a tantos siglos de distancia y a través de dos continentes tan lejanos, y el apreciar asimismo las posibles transformaciones determinadas en las prácticas africanas por efecto del nuevo ambiente humano y geográfico.

En nuestros días, los poetas de Cuba, que también son investigadores a su manera, han acertado a incorporar en su acervo el motivo africano, concediéndole la ciudadanía estética y sentimental que le corresponde, lo mismo que se concede ya al motivo indígena, al hispano, al hebreo, y a cuantos van elaborándose y mezclándose en el crisol de nuestras repúblicas occidentales.

Hoy, la música y los bailes negros están a la moda, y al alcance de los apetitos más superficiales. Pero no hay que confundir las adulteraciones que las sociedades urbanas hacen del folklore con el folklore legítimo y con los misterios agrarios de la gente pegada al suelo. La cual aún conserva el instinto de comunidad y responsabilidad con los retornos periódicos de la primavera y con el fomento general de la vida delegado en manos de las deidades.

Cuando el *jazz* no soñaba en aparecer, aquel espíritu observador y clarividente que fue don Juan Valera —y ofrezco esta cita como una modesta contribución al archivo documental de mi amigo Ortiz— escribía esta singularísima página, en su novela *Genio y figura,* cuya acción sucede en el Brasil y donde, por cierto, también encontramos, en boca

de Pedro Lobo, inesperados antecedentes sobre la teoría vasconceliana de la "raza cósmica":

> Figurémonos que hay en una pipa una solera de vino generoso, muy exquisito y rancio; que se reparte la solera entre tres vinicultores, y que cada uno de ellos aliña su vino y le da valor con el vino exquisito que en su parte de la solera le ha tocado. Los tres vinos tendrán distintas cualidades, pero habrá en los tres algo de común y de idéntico, precisamente en lo de más valer y en lo más substancioso. Así encuentro yo que, en las guajiras y en otros cantares y música de la isla de Cuba, en los *minstrels* de los Estados Unidos y en los cantos y bailes populares del Brasil hay un fondo idéntico que les da singular carácter y que proviene de la inspiración musical de la raza camítica.

¿Quiere el lector paladear el sabor del poso africano aclimatado en tierra de Cuba? Pues no lo detengo más, y abra este libro. Ha sido para mí una honra muy señalada el acompañar del brazo a su autor hasta el punto de la partida.

UNA ENTREVISTA

HACE más de un siglo, el sacerdote inglés Arthur H. Smith escribió un libro sobre las *Costumbres curiosas de los chinos*. Entre otras diferencias de la ideación europea y la asiática, le asombraba al doctor Smith, en los chinos, algo como un desconocimiento general de las relaciones de causación:

—¿Por qué se habrá caído esa teja? —preguntaba.

—Porque se ha caído —le contestaban, seguros de haberle dado una explicación suficiente.

Usted me pregunta ahora: —¿Por qué la pintura mexicana ha alcanzado un desarrollo mayor que la literatura mexicana?

Y me temo que sólo puedo contestarle, como los chinos del doctor Smith: —Porque lo ha alcanzado.

En la historia de la cultura, hay fenómenos que se explican por la aparición de los genios individuales, representados, en nuestro caso, por la constelación de nuestros pintores máximos, a quienes ni siquiera hace falta nombrar. Hay fenómenos que se explican por antecedentes limitados e inmediatos, fáciles de enumerar y accesibles al análisis, que no creo sea nuestro caso. Y hay, finalmente, fenómenos que derivan de un cúmulo de causas y concausas, largos procesos sociales, circunstancias favorables, complejas determinaciones étnicas, influencias de ambiente humano y de ambiente físico, etcétera. El desenredar esta madeja necesitaría la obra de una vida; el expresarlo adecuadamente requeriría un volumen.

Yo estimo que, para la pintura mexicana, la completa explicación debe tomar en cuenta tanto la aparición de los genios individuales como toda la historia de nuestra nación, en el sentido más amplio. No espere usted de mí que lo intente en esta breve charla.

Hay casos en que la sorpresa individual lo explica todo. ¿Por qué fue a nacer en Nicaragua, y en tal momento, un

gran poeta como Rubén Darío, llamado a imprimir en la lírica de nuestra lengua un rastro semejante al que, en su siglo, le imprimió Garcilaso? Pues . . . ¡por qué fue a nacer en Nicaragua! ¿Lo explican acaso el ambiente, los antecedentes literarios, la misma formación del muchacho? No: lo explican todas las causas del universo, obrando de consuno.

De todas suertes, es lícito arriesgar algunas reflexiones de orden secundario:

Primera, que la pintura es un lenguaje más universal que las letras y ofrece un interés y una sustentación más amplios; salvo que nuestra lengua fuera hoy una lengua imperial, no digamos en el sentido político (que también cuenta), sino en el sentido de lengua guiadora de la cultura contemporánea. Y de que no lo sea, no tenemos la culpa en México, o la tiene toda la historia del mundo.

Y *segunda,* que la pintura ofrece un mercado mucho más rico que cuanto pudieran soñar y desear para sí la literatura en general, y en particular la española, la hispanoamericana y la mexicana.

A bordo de un barco que me traía de Sudamérica a Nueva York, unos viajeros del vecino país se enteraron de que venía con ellos un escritor mexicano, y quisieron conocer esta curiosidad:

—Para darnos cuenta de una vez —me preguntaron—, ¿a qué número de ejemplares asciende su *best seller?*

Y yo los dejé con un palmo de boca abierta:

—En nuestras tierras —les contesté—, el escritor de la humilde clase a que pertenezco publica sus libros por su cuenta, en ediciones muy cortas, y luego se conforma con obsequiarlos a sus amigos escritores, quienes, las más veces, no tienen tiempo ni ganas de leerlos.

Pues no cabe duda que el contar con un mercado propicio, el hallarse bien pagado y el poder consagrarse del todo a la vocación, fuera de heroicas excepciones, redunda en la calidad del producto y, desde luego, en la continuidad y robustez de lo que pudiéramos llamar la acción literaria.

La literatura, por su mal, ni siquiera puede movilizar en su provecho las fuerzas del "esnobismo" con tanta facilidad como la pintura, porque supone de parte del público mucho

más trabajo y mucha mayor iniciativa. Y el "esnobismo" no es siempre ni necesariamente cosa desdeñable: sus efectos se han dejado sentir de modo notorio en varias fases de las culturas y en varios giros de las políticas.

Hágame usted nombrar tirano de México; obligue yo a que se conceda a los literatos la libertad, la categoría y la compensación que merecen, y verá usted lo que sucede.

Pero ni esto sería una garantía absoluta, "¡oh Shakespeare pobre y oh Cervantes manco!" ¡A ver, ayúdeme usted a que brote el genio, y dejémonos de vaguedades!

1951.

ÍMAZ

¡Qué fácil, qué odiosamente cómodo hacer donaire del destierro quien nunca probó sus amarguras! ¡Y qué ingratitud incalificable no reconocer cuánto debemos a nuestros hermanos españoles! Arrojados por el naufragio hasta las playas mexicanas, ellos trajeron consigo sus penates y nos han prestado sus fuerzas para las inacabables luchas del espíritu. A golpes de penas y trabajos —era fatal— uno que otro ha ido cayendo. Sus losas marcan los hitos de esta ardua jornada. Nuestro suelo abriga sus restos. No seamos menos que la tierra: apropiémonos su memoria.

En este escuadrón de buena voluntad, ¿quién no recuerda al vasco salubre y sencillo, seguro como la mano abierta, compañero para todas las horas, que nada pedía y se daba íntegro, y cuya principal virtud fue sin duda el parecerse tanto al aire y al agua, a las cosas de la naturaleza?

La autenticidad era su excelencia, era su gracia. Respiraba generosidad y verdad. Alma entera y apasionada, hombre de una pieza, henchido de vitalidad y alegría, pese a la guadaña que lo segó. Limpio, puro y genuino, poseía el sentido innato de lo fundamental, y era impaciente con las rutinas y los pensamientos hechos a máquina. Los artificios, los disimulos, los afeites, la pedantería, resultaban inútiles a su presencia: "¡Te conozco, mascarita!", parecía decirles, y pasaba de largo.

Filósofo en anchura, filósofo del espacio abierto y no del aula, hasta se atrevía a contradecirse, en el afán de llegar al fondo de los enigmas; y no por coquetería paradójica, sino para aceptar mejor, con pánico acatamiento, los avisos de la realidad, no siempre reducibles al breve compás del raciocinio.

Vivía como en alerta constante y era un despertador de conciencias: no el famoso tábano, insecto impertinente a la postre. Ni perdonaba ni se perdonaba las fallas de la infor-

mación y seguía los vaivenes de la mente contemporánea con una sed casi inextinguible. Su enorme atención para la poesía era una forma del entusiasmo.

Más que revivir la obra de los grandes pensadores, quería vivirlos, padecerlos y disfrutarlos por cuenta propia. No hay filosofías muertas —pensaba—, ni hay lenguas muertas, salvo cuando se las ignora. Y solía emplear este feliz retruécano: —Una "lengua muerta" es una contradicción *in abjecto*.

No aceptaba la historia abstracta de los sistemas filosóficos. Detrás de toda filosofía, adivinaba una religión. En este argumento, agregaba, la historia de la filosofía debiera tener siempre por lema: *Cherchez la religion.*

Durante varios años, encerrado en su celdita monástica, consagró sus impagables desvelos al Fondo de Cultura Económica, a cuya labor queda indisolublemente vinculado. El Colegio de México tuvo la suerte de contar con su cooperación decidida.

Pero yo me lo represento más bien, no sé si por economía del recuerdo, como un encuentro feliz a vuelta de una esquina, con cierto aire de hombre que va callejeando sin prisa, llevado por el monólogo interior, embriagado en sidras del alma, acaso escuchando el resuello de los acordeones nativos, más alto de lo que realmente era, escueto y justo, las piernas de *aurrescu,* la boina tumbada por la frente, los ojos de perfecta confianza, y mal disfrazada de brusquedad aquella su irremediable dulzura.

Tal era Eugenio Ímaz. Su muerte ha sido una equivocación del destino. Su obra, trunca, sigue, sin embargo, dotada de la fertilidad y la eficacia de su charla y de su persona. Su imagen perdura en el corazón de sus amigos.

1951.

CROQUIS EN PAPEL DE FUMAR

La persona física y moral de López Velarde ha dejado una impresión de blancura. En su persona poética hay mucho que explorar. Desentendámonos de influencias: el inevitable *Lunario sentimental* y, creo yo, la *Antología francesa moderna* de Díez-Canedo y Fortún. Desentendámonos de minucias técnicas: conceptismo y gongorismo espontáneos y también cultivados, barroco de la Nueva España o como se llame, etcétera. Si nos atenemos al saldo, resaltan tres notas principales, concertadas por el solo hecho de coexistir; que aquí nunca fueron felices los intentos de sistematización racional. El ser es mucho más que razón, y no hay confesión más amplia del ser que la poesía.

Tales notas o aspectos son, brevemente enumerados, el agua corriente, el cristal del agua congelada y el rumor del agua subterránea.

El agua corriente. Nitidez, candor, religión de devocionario, música popular, feria, provincia, sentimientos elementales, rubores y armonías coloristas, costumbrismo en azul y en rosa. Pienso en un Aduanero Rousseau (chaqué y ramo de flores), en un Francis Jammes muy mexicano:

> Mi madrina invitaba a mi prima Águeda
> a que pasara el día con nosotros...

En la referencia familiar, todo el terruño; en la referencia al hábito de "pasar el día", toda la aldeana lentitud, tiempo remansado en lago, presente durable.

El agua en cristal. Estabilidad, equilibrio, escultura y esmalte, casi parnasianos; un decir justo, que se inmoviliza en la meta:

> Patria, tu superficie es el maíz;
> tus minas, el palacio del Rey de Oros,

y tu cielo, las garzas en desliz
y el relámpago verde de los loros.

O bien la exactitud, el laconismo clásico ya intocable:

Joven abuelo: escúchame loarte,
único héroe a la altura del arte.

El agua profunda. Algo del "nuevo calofrío" que Hugo halló en Baudelaire. Voz patética, sensualidad y miedo, simbolismo más o menos consciente, sonambulismo "suprarrealista", *avant la lettre.* Se oye un hondo ruido de *catavotro*:

... Voy bebiendo una copa de espanto ...

... Hermana:
dame todas las lágrimas del mar ...

... Lágrima mía, en ti me encerraría,
debajo de un deleite sepulcral,
como un vigía
en su salobre y mórbido fanal.

... Un encono de hormigas en mis venas voraces ...
... Tu boca, en que la lengua vibra asomada al mundo
como réproba llama saliéndose de un horno ...

... Tardes en que, oxidada
la voluntad, me siento
acólito del alcanfor,
un poco pez espada
y un poco San Isidro Labrador ...

La complejidad, la trama de estos motivos se establece, desde luego, merced a recursos de cultura; pero, sobre todo, de sensibilidad. El fruto de nuestra América hereda, sin quererlo saberlo ni detenerse a analizarlo, la savia de muchas tradiciones.

Véase cómo puede brotar la imagen, cómo la cabal expresión, de un vago recuerdo infantil: En Jerez perduró de algún modo el prehistórico matrimonio de rapto. El padre nunca daba a la hija, que tanto fuera confesar su ineptitud para mantenerla, grave desdoro. El novio comenzaba por arrebatarla, a reserva de sellar las paces ante los hechos consumados. Hasta hace poco, las novias se salían de su casa y se refugiaban junto a alguna familia amiga antes de las nupcias. Los parientes no asistían a la iglesia, y ellas se ca-

saban llorando. (¿No ha recordado el poeta, por ahí, el pañuelo de lágrimas, indispensable en las bodas?) La reconciliación, a los pocos días, lo arreglaba todo. En la mente de López Velarde se agitan estas visiones, mezcladas con las mitologías del valiente y del bandido enamorado, tema de los "corridos". La patria se le vuelve mujer. La quiere con apetito, con dolor y con sangre. Y ¿qué le dice?

> ... Quiero raptarte en la cuaresma opaca,
> sobre un garañón, y con matraca,
> y entre los tiros de la policía.

Vida corta. ¿Malograda? Hay también una Providencia poética. Tal vez haya destinos a los que conviene la indecisión, el acre sabor de la juventud. Tal vez . . .

1951.

FRAGMENTO SOBRE LA INTERPRETACIÓN SOCIAL DE LAS LETRAS IBEROAMERICANAS *

La llamada crítica pura —estética y estilística— sólo considera el valor específicamente literario de una obra, en forma y en fondo. Pero no podría conducir a un juicio y a una comprensión cabales. Si no tomamos en cuenta algunos factores sociales, históricos, biográficos y psicológicos, no llegaremos a una valuación justa. El *Elogio de la locura* equivoca algunas citas antiguas. ¿Era deficiente la erudición de Erasmo? Seguramente que no: improvisó su ensayito entre las incomodidades de un viaje. Citaba de memoria, eso es todo. *Le temps ne fait rien à l'affaire* de una manera general, superior. Lo mejor es no equivocarse, aunque nos tome mucho tiempo apurar los datos. Pero sólo las circunstancias accidentales nos permiten explicar el desliz. No siempre se cuenta con la paz absoluta exigida por la concentración mental.

Sea otro ejemplo. ¿Quién no admira y no venera el *Quijote,* suma voz del sentir hispano? Pues entonces ¿por qué los contemporáneos de Cervantes tardaban en darle su lugar? ¿Por qué Lope de Vega auguraba que el *Quijote* pararía en los muladares, bien que en un estallido de rabia y no en un sobrio dictamen crítico? ¿Por qué esa reacción contra Cervantes representada en el *Quijote* apócrifo que pasa con nombre de Avellaneda? Si ignoramos las condiciones de la época, nunca lo entenderemos. O negaremos el sentido literario a los escritores del Siglo de Oro español, o confesaremos que nuestra admiración se engaña. Ni lo uno ni lo otro. La apre-

* Publicado en el volumen: *Ensayos sobre la historia del Nuevo Mundo,* México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1951, con esta nota explicativa: "Don Alfonso Reyes se proponía ofrecer para este volumen un breve ensayo sobre la interpretación social de las letras iberoamericanas. Achaques de salud le impidieron realizar su trabajo, del que sólo alcanzó a redactar el siguiente proemio."

ciación histórica, y no la crítica pura, acude a resolver el dilema.

Cuando especialmente se trata de examinar un panorama literario como el que ofrecen nuestras Américas, sólo la historia, en su sentido más lato, puede encaminar nuestro criterio. Fuimos cultura colonial. Dentro de ese cuadro de fuerzas, sobresalen personalidades eminentes que pueden hombrearse con las figuras metropolitanas. (Pensamos en los dos Juanes de México.) Pero, cuando nuestros países surgen a vida propia, tras la elaboración lenta y entrañable de capitanías y virreinatos, entran en una serie de vicisitudes sociales que necesariamente han de reflejarse en la expresión literaria.

Pues ¿qué sitio ocupa ahora el literato? Ya no es el ganapán, el vagabundo inspirado a lo Villon. Ya no es el privado de un príncipe, a quien se ofrecen las obras a cambio de la protección o el sustento. Las nuevas luces, la nueva estructura jurídica y social de nuestras repúblicas, el nuevo honor concedido a las artes de la cultura, todo contribuye a situar al escritor en el primer plano. Nobleza obliga. No puede haber torre de marfil. El literato se desborda o compromete, más o menos, en los afanes del servicio público que lo atraen y lo solicitan. ¿Cómo evitar que el reposo de las Musas se perturbe, más de una vez, entre los rumores y vaivenes de la política? El cuidado estricto de la forma se dará en las treguas de mansedumbre. (Pensamos en los modernistas.) No entre las preocupaciones cívicas, legislativas, pedagógicas. Salvo, claro está, para ciertos temperamentos de excepción y en ciertos instantes afortunados. Por supuesto, no hay que tomar al pie de la letra las generalizaciones que aquí hago: son meras aproximaciones, meras líneas de orientación.

Según esto, la verdadera historia literaria de nuestros pueblos queda un poco más vinculada con su historia política y social de lo que ha podido acontecer en pueblos más viejos (aunque tampoco allá se desata nunca este cordón umbilical), donde las artes de la cultura se han construido ya casa propia y ejercen una función más respetada en sí misma,

sin que se les exija el deber público inmediato, imperioso. Allá, vinculación conceptual; acá, humana.

Sí, ya se sabe: acá somos también pueblos viejos, vetustos en alguna parte de la mezcla; pero el choque entre las arcaicas cosas indígenas y las cosas europeas que nos llegaron en la versión hispánica ha sido una mezcla inestable, que aún no acaba de encontrar su equilibrio, y tal choque equivale a un segundo nacimiento, a una segunda juventud. Mucho más jóvenes son, en sustancia, el pueblo de los Estados Unidos, el pueblo europeo de Australia, alguna región sudamericana donde el pasado pesaba menos, donde todo se redujo a un transporte de los elementos europeos. Y por eso mismo, en esas zonas, la segunda juventud puede parecer menos manifiesta. Y sin embargo, el carácter hispano lleva en sí cierta rebeldía que nos pone en trance de recomenzar las estructuras después de cada crisis. Procedemos por revoluciones constantes. La Argentina no se vio enfrentada, al extremo en que se vio México, con el problema de fundir dos culturas; pero la historia del pensamiento argentino no es tan diferente de la nuestra que sea imposible advertir el parentesco. Y bien podemos considerar a México y a la Argentina como los polos del fenómeno, dentro de los cuales caben todos los matices y acomodaciones, toda la escala intermedia.

En suma, que nuestra historia literaria no podrá ser, si ha de ser justa, una pura historia literaria. Nuestros escritores son caudillos y apóstoles. Aun nuestra lírica —el género más individual e individualista— aparece, una y otra vez, sollamada por el incendio. No es esto negar sus fueros a la que venimos llamando crítica pura, sino que es completarla, a fin de alcanzar el juicio ecuánime. Mucho menos negamos que se hayan dado entre nosotros obras de sumo y estricto valor literario o poético. Pero la topografía, aunque las tome en cuenta, no puede trazarse solamente por las excepciones y las cumbres. Desde Darío, desde Rodó, bajan empinadas laderas hasta los barrancos más intrincados. Y allá, en el fondo de una cañada, encontramos tal poeta o tal libro que, con ser humilde y hasta efímero, respondió a una necesidad vital innegable, tuvo su razón de ser y seguramente su utilidad. El exceso de este criterio sería abominable: nos arras-

traría a enaltecer más de una estulticia. Todo ha de entenderse con moderación y con tacto. Por desgracia esto no se enseña.

Sé que mi consejo es peligroso, y supone de parte del crítico una verdadera abnegación y hasta un sacrificio de sus íntimas preferencias. Confiésenlo, si no, los que se hayan visto en este trance. Pero no es menos peligroso el seguirse empeñando en someter nuestros productos literarios de ayer a las destiladeras del abate Bremond. Seamos sinceros: ¿cómo negar al *Pensador Mexicano*? Pero ¿cómo medirlo, por cuanto a su función novelística, con el mismo compás que aplicamos a Balzac o a Galdós? Nuestras esculturas están, muchas veces, trabadas todavía en la cantera, en la roca. Estudiémoslas sin desvirtuarlas, sin aislarlas artificialmente de la "circunstancia" que las hizo posibles. Aun en los Estados Unidos, donde el caso es más diáfano, ¿podría entenderse la historia literaria sin tener al lado, para consulta, un libro como *El desarrollo de las ideas,* de Parrington? Parece también perfectamente legítimo que Van Wyck Brooks, para mejor dar la atmósfera de una época literaria, describa el mueble y el aspecto de los salones contemporáneos. Todo un ensayo sobre la representación del mundo en los ambientes domésticos mexicanos de 1890 a 1905, más o menos, puede escribirse en torno a ese abominable mueble de lujo que se llamaba "la consola". ¿Y el *vis à vis,* y otros primores? Y a los candorosos que aún hablan de oídas, y sueñan con el "París mexicano" del porfiriato, no les estaría mal recorrer las fotografías y las revistas de aquel tiempo. En *El Mundo Ilustrado* (México, 1º de abril de 1900), encontrarían una ridícula escalera de caballete adornada con telas y tiestos, que pretende ser "escalera de artista para salón". No puede imaginarse peor adefesio, ni es fácil apreciar la deformación estética que estas abominaciones causaban en la mente de nuestros mayores.

La aplicación de estas reflexiones se esclarece si consideramos los orígenes del teatro en México. El teatro español trasplantado a la Nueva España no corresponde a nuestras letras, sino a la historia externa del teatro. La tradición propia, en cambio, deja ver, al instante, una refracción con res-

pecto al desarrollo de la escena peninsular, una refracción que es un retroceso, no sólo en calidad, sino también en principio, por cuanto el teatro catequista de los misioneros vuelve a las formas medievales, ya superadas, o si se prefiere, ya abandonadas en España. Es verdad que carecemos de documentos y sólo por referencias conocemos estas obras, cuyo mayor interés sin duda radica en el esfuerzo de los misioneros, autores y actores improvisados, por absorber en sus representaciones cuantos elementos dramáticos encontraron en las anteriores prácticas de los indios, con sólo que no fueran tales elementos irremisiblemente contrarios al espíritu del cristianismo. Pero podemos afirmar sin miedo a equivocarnos que, aun si poseyéramos las obras mismas, su verdadero valor no podría revelársenos a la luz de la crítica pura y sin considerar, junto a las calidades estéticas, las condiciones históricas. Sólo esta luz infrarroja nos permitiría captar los rasgos esenciales del cuadro. Y de propósito hemos escogido un ejemplo extremo, donde el problema se presenta en su agudeza máxima. Pues es obvio que tal carácter de nuestro teatro se atenúa según avanzamos desde la etapa del catequismo hacia la poesía independiente.

El trazar aquí el cuadro social, con sus diferencias y semejanzas, de uno en otro país, nos llevaría muy lejos y supera nuestras capacidades actuales. El relacionar la producción literaria con las líneas de este trazo es una tarea del porvenir y nunca se la habrá agotado, puesto que el pasado sigue acumulándose por instantes.

Las reflexiones anteriores deben ser sometidas a un examen detenido, y el caso merece considerarse con ánimo sincero y con la mayor objetividad posible. Tal vez lleguemos así a algunas conclusiones más halagüeñas de lo que podíamos esperar, no obstante las reservas con que hemos comenzado esta exploración . . .

II

MARGINALIA

SEGUNDA SERIE

[1909-1954]

I. *DE AYER*

LO QUE HACÍA LA GENTE DE MÉXICO LOS DOMINGOS POR LA TARDE

Los domingos, cuando ya los vidrios de las ventanas altas parecen, con la roja luz que reflejan, bocas de hornos encendidos; a poco que el sol se hace más soportable y arrastra sobre la ciudad sus rayos horizontales, la gente de México aparece en las azoteas y se da a mirar las calles, a mirar el cielo, a espiar las casas vecinas, a no hacer nada.

Casi están desiertas las calles, y muchos han ido a llenar los teatros o a discurrir por los obligados paseos, en cumplimiento del rito dominical; y cuando dijerais que nadie se ha quedado en casa, he aquí que surge por las azoteas la gente aburrida, hombres que se están largo tiempo reclinados sobre el antepecho, mirando alguna diminuta figura que se mueve por otra azotea, en el horizonte, a lo más lejano que alcanzan los ojos.

Otras veces, son grupos de muchachos que improvisan estrados sobre la irregular superficie de la azotea, y charlan y ríen con sonoros gritos sintiéndose acaso, en esta altura, un poco libertados del enojoso ambiente humano, y a cuyo porte da más aire de familiaridad el andar en mangas de camisa —pues en una azotea nadie tiene vergüenza de exhibirse así—. Y como sobrevenga la lluvia que, tarde a tarde, cual una bendición, la diosa municipal nos derrama, allá los veréis correr llevando sobre la cabeza las sillas que trajeron, y desaparecer, agachándose, por una baja y angosta puerta que, según la tardanza con que por ella se escurren, ha de dar paso a una tortuosa escalerilla de esas muy astilladas y tan faltas de escalones como de dientes las bocas de los viejos.

La gente de las azoteas es gente sencilla. Es la que aún guarda algo de aquel fácil espíritu burgués propio de los

tiempos en que se vivía más de las conversaciones y los saludos de la plaza que de la encerrada vida en los salones; cuando era de rigor salir a saber las horas en el reloj de la torre pública.

Esta filosófica tendencia a mirar la vida desde alturas es también de solitarios; pero de solitarios afables, de los que cultivan su soledad como una religión, no por esquivos, no por enemigos de los hombres, sino por ese candor divino de la contemplación, ya plácida, ya melancólicamente nutrido en el alma.

Como era el caso para Hugues Viane, el viudo de *Brujas-La-Muerta;* quien miraba desde su ventana, durante largas horas quietas, la inmovilidad de los canales, las calles por donde pasaba alguna piadosa "beguina" con su toca inmaculada sobre la cabeza, la oración de piedra de la catedral, y oía gemir en el aire, plañendo viudez, las venerables campanas de Flandes.

Hay muchos contemplativos que quisieran vivir en torres. Pero si a menudo sugieren las alturas pensamientos de pudorosa soledad (no penséis en las alturas de las montañas, con sus águilas, con sus vientos y con sus rayos; pensad en las discretas alturas de la ciudad), a muchos también comunican una inocente alegría, tan suave como la luz rojiza del sol, por las tardes, en las azoteas.

Mirad, ¿qué se han de cuidar aquellos sencillos de la azotea vecina, qué se han de cuidar del religioso consejo de las campanas ni de la belleza de las cúpulas, tan divertidos como están en espiar las calles y en reír, en señalar las nubes y en reír? ¿Qué sabrán ellos, oh pensativo Amiel, de buscar en el diapasón de su sentimiento la armonía perfecta entre el paisaje de la ciudad y su estado de ánimo? Tras de aquella vidriera lucen dos ojos indecisos. ¡Oh, llamémoslo, quienquiera que sea! Que venga a ver ponerse el sol y a distraer en nuestra compañía silenciosa el aburrimiento del domingo.

México, VI-1909.

PROPÓSITO

con que se anunció Monterrey, *Correo Literario de Alfonso Reyes, en su primer número, Río de Janeiro, junio de 1930.*

La nebulosa primitiva se fue condensando en planetas y en sistemas solares. Pero, en el orden de la publicación literaria, parece que los planetas —los libros— fueran la primera fase del fenómeno. Luego, sin dejar de ser lo fundamental, los libros van irradiando su nebulosa, su atmósfera atómica, cada vez más cargada y fina. Primero surgen las revistas, para llenar los intersticios entre los libros; después, para llenar los intersticios entre las revistas, aparecen los periódicos literarios, hoy tan en boga, que suelen ser quincenales o semanales, y que acaso tienen por abuelo común, aunque olvidado, a aquel gentilísimo huésped de los domingos de Florencia, *Il Marzocco,* viejo ya de treinta y cinco años.

Hoy este género de pliegos se ha popularizado como un verdadero síntoma del siglo. No todos saben que uno de los primeros en esta senda ha sido Joaquín García Monge, benemérito de las letras americanas, quien desde San José de Costa Rica hace mucho tiempo que sirve de centro de reunión a los jóvenes escritores de nuestra lengua, primero en sus colecciones *Ariel* y *Convivio,* y más tarde con su *Repertorio Americano,* donde viene recogiendo cuanto artículo o noticia interesan a los destinos espirituales del Nuevo Mundo.

En el campo exclusivamente literario, *Les Nouvelles Littéraires,* de París, han servido de fecundo ejemplo. Periódicos de este tipo han prendido en las más diversas tierras, planta propicia a todos los climas, tal vez por ser más ágiles y libres que los antiguos Suplementos u hojas especiales de los diarios: las abundantes y autorizadas reseñas del veterano *Times,* de Londres; los *Lunes de El Imparcial,* de Ma-

drid, que hasta hace unos cuantos años lanzaban firmas y establecían reputaciones; los *Domingos de La Nación*, de Buenos Aires, hoy convertidos en un magazine de interés más general. En España, sin hablar de la *Gaceta Literaria* que todos conocen, podría citarse cerca de una docena: sólo en una provincia, en Murcia, recordamos la hoja que Juan Guerrero aderezaba para *La Verdad* hace unos siete años y que estaba ya como deseando arrancarse del diario, y luego la casi revista *Verso y Prosa* de poética y cristalina nitidez. En cuanto al *Papel de Aleluyas*, de Huelva, me figuro que no aparece más, porque nunca más lo he recibido. En Buenos Aires, el *Martín Fierro* de aguerrida memoria, y ahora la *Vida Literaria* que Samuel Glusberg publica con cierta irregularidad, pero que por fortuna parece ya bien cimentada, pertenecen a este mismo tipo. Últimamente han aparecido dos valientes hojas juveniles: *Número* y *Letras*; pero éstas son más bien pequeñas revistas que tienden naturalmente a ser grandes revistas. En Guadalajara la de México, con *Bandera de Provincias*, excelente publicación, la flauta provinciana da primera vez una nota de igual afinación y altura que el órgano de la capital.

La revista literaria y el periódico literario son ya dos estratos inconfundibles, dos niveles intencionalmente distintos. Sin torcer mucho las perspectivas, puede decirse —conjugando escalas entre París, Madrid y México— que *La Nouvelle Revue Française* es a *Les Nouvelles Littéraires* como la *Revista de Occidente* es a la *Gaceta Literaria* y como *Contemporáneos* es a *Bandera de Provincias*.

Los periódicos de campanario o de pequeña ciudad, y aun lo que Hilaire Belloc llama la *Free Press* (diarios más de doctrina que de información, sin respaldos de empresa anónima ni pactos con agencias internacionales de noticias, y redactados por un grupo homogéneo, con ideales definidos), siempre han recurrido a la literatura, por afición unas veces y otras para llenar los huecos. Pero ya también los grandes diarios de empresa comercial y nutridos por los servicios telegráficos reservan regularmente un rinconcillo a la rúbrica literaria, al deleite poético. Esta rúbrica, cuando cae en manos de jóvenes, suele tener una gran eficacia comba-

tiva. Entre las más finas y artísticas, recuerdo aquella *Rosa de los Vientos* que redactaban Sánchez Reulet y Moreno, dos muchachos platenses.

El PEN Club de México, en sus días de apogeo bajo Genaro Estrada, todavía sutilizó un poco más con aquellas "pajaritas de papel", diminutos pliegos que daban cuenta de un libro, de un hecho, de una reunión, de la llegada de un huésped ilustre. Acaso esta atomización del producto literario sustituye a lo que en otros tiempos era el salón, o a lo que era también el trato epistolar, a lo que más tarde ha sido el Café. La tertulia, la conversación literaria, van pasando de la viva voz a la palabra estampada, como el trato social y las visitas se van esquematizando en la tarjeta. Ese tono medio de voz que correspondía a la carta literaria pocos se atreven a derramarlo en sus libros, y no siempre los que lo hacemos somos bien entendidos.

A este propósito, encuentro en Jean Prévost estas justas observaciones:

> En otro tiempo, todos los buenos escritores se comunicaban entre sí directamente y de viva voz con el círculo entero de la gente cultivada, o bien escribían todos los días cartas inacabables. En nuestros días el mundo culto se ha extendido mucho, ya no hay necesidad de enviar por carta más noticias que las puramente privadas, y así diariamente se consume mucho papel en cosas perecederas. Creo que, en nuestros días, hay que imprimir las cartas y las conversaciones. —Pero en ellas no daríamos lo mejor de nosotros mismos—. ¿Qué sabe usted? Petrarca creía que iba a sobrevivir por los versos latinos de la *África,* y sobrevive por sus sonetos galantes; Voltaire, que por sus tragedias y su *Henriade,* cuando realmente sobrevive por lo que él llama sus bribonadas del *Candide.* (*Conseils aux jeunes littérateurs, par Charles Baudelaire, suivis d'un Traité du débutant* por Jean Prévost.)

El periódico literario no sólo se distingue de la revista literaria por su aspecto material, que en aquél tiende al pliego *in extenso* de los diarios, y en ésta tiende a la forma del folleto. El periódico literario no sólo es más breve que la revista literaria. Por pequeñas que sean las revistas de Juan Ramón Jiménez (*Sí, Ley* y nuestro *Índice* de grata recordación), revistas eran. También la *Carmen,* de Gerardo Diego, o el *Día Estético,* de Santo Domingo, o hasta las hojas que

aparecieron en Buenos Aires y luego en Montevideo bajo el título de *Revista Oral.** No: la revista literaria y el periódico literario se distinguen, además, por la diferencia de intención: la revista procura ser una breve antología de obras literarias en verso y en prosa, en tanto que el periódico literario ofrece su principal interés (aunque todavía deje el sitio de honor a la parte antológica) en las noticias sobre escritores o libros, en el rumor de abejero artístico, en el aroma de vida literaria que trae en sus páginas. Es un tono menos poético y un tono más práctico que la revista. Va dejando de ser la diminuta biblioteca de páginas escogidas y es, cada vez más, estuche de instrumentos y gaceta de avisos para el trabajador literario. Aunque no olvida al público en general, tiene más presente al especialista de las letras. Si aún acepta fragmentos de libros o verdaderos artículos, han de ser cortos, por la escasez de espacio. Si aborda la crítica, prefiere las conclusiones rápidas y las fórmulas epigramáticas. Todavía admite folletones y series de artículos. Todavía se resiente de la forma y el espíritu de la revista, que al cabo ha sido su matriz y no deja de ser su modelo. Pero ya entre la revista y el periódico hay la diferencia que media entre el dibujo sombreado con relieves de claroscuro y el de simple línea o contorno. Mucho más sentimental, la revista; mucho más intelectual —en tendencia al menos— el periódico. Más pintura, en aquélla; pero en éste, más geometría. Allá, todo un cuadro; acá, un esquema.

Según esto, son más propias del periódico que de la revista, aunque hasta hoy se hayan publicado en revistas, las recopilaciones de apuntes, de notas y flecos de la obra, sean anteriores, sean posteriores a la obra: esas orillas de los libros que suele darnos, por ejemplo, André Gide: el *Diario de "Los monederos falsos"*, montón de materia prima de

* Me complazco en recordar aquí una pequeña revista de Jaén, consagrada a cosas de Jaén, a la historia y la literatura locales, a los intereses espirituales del terruño de Jaén, cuyo mayor atractivo para mí está en el nombre, que recuerda la gustosa *Cena* de Baltasar de Alcázar. La revista se llama *Don Lope de Sosa,* y su sección de noticias, "En Jaén donde resido":

En Jaén donde resido
vive don Lope de Sosa,
y diréte Inés, la cosa
más brava dél que has oído...

donde surgió, organizado, el sistema o novela propiamente dicha. Y debieran ser exclusiva y característicamente propias del periódico las investigaciones previas a la obra, que hasta hoy no parecen tener más vehículo que la información personal y directa, la consulta epistolar o verbal. Esas cartas que el mismo Gide vierte en *La Nouvelle Revue Française* y en que discute con sus críticos la interpretación del *Coridón* o *El inmoralista* serán un día atraídas al periódico literario. Nótese, en cambio, que los anticipos o muestrarios de la "Obra en marcha" —según Juan Ramón Jiménez o James Joyce— son de pleno derecho, y aunque procedan de un solo autor, revistas literarias.

Supongamos ahora, no ya una revista literaria, sino un periódico literario de un solo autor. Nunca se dará autor tan solo que no quiera andar en la compañía de sus amigos o entre los camaradas de su pléyade. Como fuere, se encuentra más a sus anchas que en el seno de una redacción colectiva. Es fácil que derive entonces, por la línea de la pesantez, hacia la mayor utilización práctica de su instrumento. Quiero decir que se atreverá a bajar el tono poético un poco más que si se encontrara dentro de un periódico hecho entre varios, pues los colegas son ya un comienzo de público que obliga a cierta postura más compuesta: singular parangón de lo social en lo literario. Lo cual no significa que se prive de la libertad de publicar fragmentos de la obra pura, propia o ajena, cada vez que le plazca. Y siempre habrá de placerle, a menos que se produjera el absurdo de un literato sin bellas letras, de un poeta sin poesía. Usará, pues, de su periódico, ante todo, como de una herramienta para su taller artístico. También podrá ser que lo use a modo de museo privado, para coleccionar esas notas o curiosidades que a todos nos gusta mostrar, aun cuando dudemos que sirvan de algo. Hará de su periódico un órgano de relación, de relación social, con el mundo de los escritores; un boletín de noticias del trabajo; casi una carta circular; en suma, un correo literario.

Sin necesidad de manifiestos de estética ni de programas —fea costumbre ésta, en mala hora importada de la política a la literatura—; consintiéndose toda la flexible variedad

de la vida, y esperando que la experiencia vaya acabándolo de formar e imprimiéndole su conducta definitiva (tanto es como solicitar a la naturaleza, o conducirla sin violentarla); poco amigo de "encuestas" sobre esas vaguedades de "la inquietud contemporánea" o "el porvenir de nuestros pueblos", de que ya se ha abusado tanto; pero modestamente dispuesto a ser un terreno de investigaciones literarias precisas; prestándose al diálogo de los amigos que quieran aclarar consultas o cambiar erudiciones por este medio; siempre hospitalario, pero siempre casa privada y no edificio público; siempre habitación de una sola persona que no ha de explicar sus preferencias ni disculparse de ellas; de aparición periódica en lo posible, y frecuente según convenga al redactor único, puesto que es un papel de obsequio, una carta impresa; útil como tarjeta para agradecer los muchos libros que nos enviamos unos a otros y de que apenas podemos ya acusar recibo, a riesgo de abandonar toda otra tarea, el correo literario (este Correo Literario que pongo bajo la advocación de mi ciudad natal por motivos puramente cordiales), sale hoy a desandar la trayectoria de todos mis viajes, en busca del tiempo y del espacio perdidos, para limpiar las veredas de la amistad y atarme otra vez al recuerdo de mis ausentes: a toda rienda, a todo anhelo, todo él galope tendido, ijar latiente, y redoble de pesuñas y espuelas.

NOTAS AL "PROPÓSITO"

I

LAS GACETAS INDIVIDUALES

1. Francis de Miomandre (*Les Nouvelles Littéraires,* París, 9-VIII-1930) recuerda, a propósito de mi Correo Literario, *Les Marges,* de Eugène de Monfort, y *Heures Perdues,* de Jean-Desthieux. Ambas publicaciones me parecen corresponder más bien al tipo de la pequeña revista literaria que no al periódico literario tal como lo he definido. No pretendo hacer de este Correo un órgano cabal de mis preferencias, cuanto de mis deberes literarios y hasta literario-sociales. Es algo anterior a la obra; es el teatro entre bambalinas, el teatro en las tardes grises de la lectura previa, del ensayo: ese teatro sin público que me hace recordar un libro de R. Gómez de la Serna. También a nuestro pobre Jesús Acevedo que, siendo tan aficionado a los toros, había rebasado los límites de la afición vulgar y se iba a buscar la poesía de la plaza de toros de Madrid ("embudo de silencio") las tardes que no había corrida... *(1953. Hoy añado: esta inclinación de Acevedo y hasta cierto articulito que consagró al asunto inspiraron un cuadro de Diego Rivera que poseo, sobre la plaza en la soledad, época cubista, 1914 o 1915.)*

2. "Observo, leo, que algunos andan buscando precedentes olvidados por usted, a *Monterrey.* ¿Puedo agregarle un par más? El de Ramón (Gómez de la Serna) con sus tres o cuatro hojas de *Pombo* (hacia 1919), que era también una especie de revista íntima, privada. Por otra parte, si aquella hoja-manifiesto llamada *Vertical,* que publiqué yo en Madrid en 1920, no hubiese sido tan extremada de estilo, suscitando algunas réplicas que me contuvieron sin intimidarme, era mi propósito haber sacado más números con cierta

periodicidad... Pero algún día quizá llegue yo a rescatar aquel proyecto." (Carta de Guillermo de Torre a A. R., de Buenos Aires a Río.)

3. "En España hubo, en los últimos años del siglo XIX, el antecedente de doña Emilia Pardo Bazán, que publicaba una pequeña revista del formato de un volumen in-8º. Pero principalmente pudo recordarse el caso de Chesterton, que tiene un boletín personal análogo al que ha comenzado a publicar Reyes." (Boletín del PEN Club de Buenos Aires, agosto de 1930.)

4. *Monterrey* comenzado en Río de Janeiro, junio de 1930, alcanzó hasta el núm. 14, aparecido ya en Buenos Aires, julio de 1937.

Monterrey, *núm. 3, octubre de 1930.*

II

Quedó allí constancia de que comenzaba a aparecer en París, Librarie de l'Arc, el *Courrier Philosophique d'Eugenio d'Ors publié par ses amis,* del que a la fecha habían salido ya los dos números correspondientes al estío y al otoño de 1934. En el segundo número, Eugenio d'Ors declara haber señalado a sus amigos, como uno de los modelos aproximados para su Correo Filosófico, mi Correo Literario. Después insiste en una de sus ideas más caras: la cantidad de conversación oculta en los libros, el "yo" inserto siempre en una asamblea, el puesto de radio clandestino que se descubre hasta en las más impenetrables torres de marfil. La identificación del Pensamiento con el Diálogo ha sido —dice— una de sus preocupaciones más constantes. Pues bien, yo a mi vez declaro en la nota a que aquí me refiero:

"Esta necesidad de diálogo fue también la que me animó a publicar el *Monterrey*... Todo libro —decía Stevenson— es en cierto sentido íntimo una carta circular para los amigos. Pero toda carta, añado a mi vez, es un pedazo de diálogo... La pregunta con que salimos al mundo hace cinco años... puede reducirse así: —¿Habrá por ahí quien se

interese en conversar con nosotros sobre cosas de la inteligencia?"

Y las respuestas nos iban llegando desde la constelación de Goethe.

Monterrey, *núm. 12, agosto de 1935, p. 3.*

LA DOCTRINA DE COMMONS

I. *La concepción racionalista "burguesa"*.—Simplifica, aislando los tres conceptos.

a) Simplificación del orden jurídico en el siglo XIX. Revolución francesa: todos los hombres son libres e iguales ante el derecho. Los organismos sociales se sacrifican ante el arquetipo Individuo.

(Escolio.—Moral: conducta, actos con relación a fines. Buenos y malos, según correspondan o no a los fines. Los cuales son:

i. Buenos o malos en sí mismos. Santo Tomás.
ii. Buenos o malos según su adaptación a una doctrina universal del valor ético. Kant.
iii. Según su efecto de mayor o menor satisfacción en el individuo. Utilitarismo.)

b) Aislamiento entre la Moral y el Derecho. Concepción dualista del universo. Descartes: espíritu y materia independientes. El orden exterior (Derecho) sólo puede mantenerse mediante agentes exteriores (la coacción, de Kant). La coacción como fundamento independiente y exterior del Derecho, el cual queda sin base psicológica. La Moral es fuero interno de los individuos, que no compete al Estado.

(Escolio.—Comienzos del XX: Derecho es aquel mínimo de Moral indispensable a la subsistencia social.)

c) Aislamiento entre el Derecho y los órganos que, como la Economía, le son inferiores. La Economía clásica se funda en el determinismo. *Laissez faire, laissez passer.* Imposible obrar sobre las leyes económicas, entendidas como ciegas fuerzas naturales que se equilibran por sí mismas. El Derecho se cruza de brazos ante el suceder económico.

d) Dos reacciones:

1. Tarde subordina la Economía a otros conceptos superiores, considerándola sumidero de efectos cuyas causas están todas en otra parte:

i. Producción de la riqueza: Política.
ii. Distribución de la riqueza: Derecho.
iii. Consumo de la riqueza: Moral.

2. Marx, con mayor sinceridad que en la concepción burguesa, exhibe el vacío Derecho clásico como un cadáver, invierte los términos y, como sigue aceptando el determinismo económico, subordina el Derecho a la Economía.

II. *Contenido del orden jurídico.*

a) En la doctrina racionalista, individuos libres e iguales. Sentido contractual de la vida social. El Estado-Contrato: Rousseau, Kant. Pero, y las jerarquías que rigen el Estado y la sociedad ¿dónde quedan entre esta maraña de individuos libres e iguales que han debido comenzar por contratar su desigualdad y su no-libertad para poder subsistir? (Contradicción en los términos.)

(Escolio.—Los corporatistas ven un crecimiento biológico lineal: Individuo-Familia-Estado, célula que crecería diferenciándose. Grosero error naturalista que otros fulminan diciendo: el Estado no viene de la naturaleza, sino del espíritu, de la justicia, a contrapelo de la vida; basta ver lo que gritan el individuo y la familia cuando se trata de cumplir el servicio militar o de concurrir al jurado popular abandonando los propios negocios.)

b) Aristóteles lo resuelve con un concepto triple de la justicia:

1. Justicia conmutativa: igualdad de las partes, de individuos entre quienes no hay razón para establecer diferencia.
2. Justicia distributiva: del Estado a los individuos, a quienes aquél tratará diferentemente, según sus capacidades y méritos. Se considera desigualmente a individuos desiguales.
3. Justicia legal: de los individuos para el Estado; lo que los individuos deben al bien común. Concepto también fundado en la desigualdad: cada uno da en la medida de sus fuerzas.

c) Santo Tomás define: "Justicia es la virtud que regula nuestros actos con relación a los demás", y considera como sus principios los del Decálogo: los tres primeros, para con

Dios; los otros siete se reducen a cumplir deudas de razón especial, primero, y luego, de razón general. Este "orden general" es la única dimensión del Derecho clásico en el siglo XIX, que prescinde del "orden particular"; es el sentido contractual entre libres e iguales, base del derecho "burgués".

d) Por el resquicio del "orden particular", de Santo Tomás, se cuela la moderna doctrina de la Institución: al lado de lo contractual entre iguales (orden general), gravitan otras relaciones anticontractuales, diferenciales (orden particular). Aquí la libertad cede el paso a la jerarquía; la libre elección, a la finalidad, que se confunde con la vieja doctrina del Bien Común. Este Bien Común no puede ser objeto de libertad contractual, donde se trata de bienes exclusivos e intereses antagónicos entre las partes. Encima del Contrato, la Institución, que lo domina y subordina. El "orden particular" de Santo Tomás es el orden institucional. El Estado se impone como fin en sí. El contenido del contrato es libre elección de las partes (orden general). En el contrato hay igualdad; y en la institución, jerarquía. No todos los órdenes particulares están sujetos a Código, porque el Derecho no es una mera secreción del Estado. El Orden Jurídico se integra por los elementos: 1. Contrato, 2. Institución. A veces, la frontera entre ambos es confusa. Para deslindar, hay que distinguir forma y contenido. Una figura jurídica puede tener forma contractual y contenido institucional. La institución misma puede establecer relaciones con las personas físicas. Las relaciones creadas dentro de las instituciones son "relaciones constitutivas" (ante todo, las Constituciones). Las demás, son "relaciones contractuales". Las instituciones pueden establecer entre sí relaciones contractuales y relaciones constitutivas (igualdad o subordinación).

III. *El orden jurídico y el orden moral.*—Quien mira materia y espíritu como unidad, no separa la vida interior de la exterior (Descartes), no separa Moral y Derecho (Kant), sino sólo los distingue teórica y provisionalmente, como procedimiento para estudiarlos y conocerlos, así, mejor que en su imbricación tan compleja. Los clásicos, Cristo y Santo

Tomás vieron esta unidad. El orden moral: unidad cuerpo-espíritu; el orden jurídico: unidad de derechos de la persona y exigencias de la vida social. Ecuación. Pero la Moral subordina al Derecho. Entre ambos, la eterna frontera indecisa. Los antiguos ponen aquí una zona intermedia: el orden de la equidad, la libertad, la honestidad, la caridad. Envuelven la justicia en un coro de virtudes anexas que, para la Iglesia, llegan a lo sobrenatural. A través de ellas, la justicia se adelgaza y va penetrando en el orden moral.

IV. *Orden jurídico y orden económico.*—La Moral subordina el Derecho, y éste, el orden económico, que es el más próximo al jurídico, y luego (en el terreno de lo humanístico), el orden biológico y el físico. Para la economía clásica hay leyes de determinismo natural tan fatales como las físicas, e incontrastables por medio del Derecho. Determinismo que debería conducir automáticamente al progreso y a la paz, al revés de lo que ha sucedido.

a) Buscando los puntos de sutura para ambos órdenes, hay, entre otras, dos doctrinas:

1. Socialismo: empírico. El Derecho debe intervenir en la Economía, puesto que de otro modo se llega a la injusticia social.

2. La Economía Institucional, que penetra la realidad del fenómeno más que la Naturalista y la Psicológica.

b) La Economía Institucional parte de observación y experiencia. Su creador, el norteamericano Commons. Uno de sus rasgos esenciales es la valuación del factor tiempo. La teoría clásica considera la riqueza como suma sólo de cosas materiales. Con Commons entra el "futuro", abstracción, cosa inmaterial. El siglo XIX piensa que no hay relación económica sino entre las cosas materiales, y las esperanzas no son bien material. Commons fue en cierto modo precedido por Mac Leod, que no en vano fue a la vez jurista y economista, y comprendió que las "cantidades económicas" no se agotan en el concepto de las "relaciones materiales". Deudas y créditos son bienes económicos. El incorpóreo derecho de crédito es objeto de trueque económico: la noción de tiempo en Economía tiene, ante todo, un cuadro legal; la rige una

ley para obligaciones y deudas, sin la cual no existiría la confianza. (Para mí, la base del derecho es la necesidad de establecer la confianza, mediante un sistema de sanciones exteriores que es lo que se llama Derecho: tal fue mi tesis para el grado jurídico. El que espera lo que se le debe, se funda en una garantía jurídica.)

(Escolio.—Hay caminos trazados, desde antes de aparecer la Economía Institucional, hacia estos conceptos de armonía entre Economía y Derecho. Tales caminos son convergentes. Del Derecho, viene la teoría de "esperanza de derechos"; de la Economía, la teoría del crédito.)

c) La Economía Clásica buscaba las causas del fenómeno económico en el pasado: el valor se apreciaba por el trabajo empleado en crearlo (Ricardo, y aun Marx). La Psicológica sólo ve el presente: el valor se aprecia por el placer o dolor del trueque. La Institucional pone el énfasis en el futuro. (Lo que existe, digo yo, se rige por lo que no existe; el sentido utópico.) No es la de Commons una doctrina materialista de las mercancías o psicológica de las sensaciones, sino volicionista, humanística. Las realidades entran en el panorama de las instituciones, y lo esencial resulta ser la voluntad de acción hacia el futuro. El interés consciente en el futuro es la base de la psicología humana. El animal no promete, decía Nietzsche.

d) Desaparece aquí la simple causación mecánica. Sobreviene una relación más elástica, dominada por la finalidad, lo cual humaniza la Economía. La celeridad de absorción hacia el futuro, o velocidad de utopismo, debe regirse por el orden jurídico, en forma de no producir perturbaciones. (Conceptos de la evolución o la revolución social.)

e) La Economía Clásica pretende que los intereses se armonicen por sí mismos, lo que nunca sucede. La Naturalista pretende no necesitar organismo que los concilie. Pero los intereses viven en lucha, y los bienes son raros en proporción a los anhelos. De aquí la organización de Commons, la subordinación al Orden Jurídico.

f) En vez de "trueques", Commons habla de "transacciones":

1. Transacción de trueque entre vendedor y comprador,

las dos personas únicas que vio la Economía Clásica. Commons ve cinco: i. Comprador efectivo; ii. Comprador posible; iii. Vendedor efectivo; iv. Vendedor posible; v. Juez que, en su caso, resuelve el conflicto. El ii y el iv traen consigo el futuro, la esperanza, la abstracción; el v, la subordinación a lo jurídico.

2. Transacción de dirección y administración: producción de la riqueza: superior e inferior, patrón y empleado, maestro y obrero (Tarde: invención e imitación). Para saber lo que a cada uno corresponde, opera la justicia distributiva de Aristóteles. Para evitar los abusos en ella, hay que integrar la Economía en el Derecho.

3. Transacciones de repartición: división de beneficios y encargos entre miembros de una comunidad: ejemplo, Sociedad Anónima y accionistas (justicia distributiva de Arist.); distribución de impuestos entre ciudadanos (justicia legal, de Arist.).

La dislocación hecha por el siglo XIX entre Moral, Derecho y Economía sólo trajo errores. El naturalismo pone el cono de punta, insistiendo en lo animal del hombre (derecha filosófica); el humanismo lo pone por la base, e insiste en lo humano del humano (izquierda filosófica).

Río, 14-X-1938.

ALBERTO MAGNO

El doctor universal, fraile dominico, obispo de Ratisbona, maestro de Santo Tomás, inicia ya la reconciliación del Estagirita con la Iglesia, y su obra es una Suma de los conocimientos hasta el siglo XIII. Recoge las enseñanzas de los árabes (Alkendi, Alfarabi, Algazel, Alembar, Avicena, Averroes) y de los judíos (Isaac Israel, Moisés Maimónides). Le llamaron mono de imitación de Aristóteles, porque lo sigue muy de cerca. Tuvo entre la gente fama de mago. En París se vio obligado a dar lecciones en plazas públicas, por la excesiva afluencia de oyentes.

Clasifica las ciencias en contemplativas y prácticas. Establece la serie de lo concreto a lo abstracto (Física, Matemática), con sentido pedagógico ya "comtiano". Naturalista, estudia los pájaros y los metales en sus viajes por Alemania. Considera la tradición, el famoso "argumento de autoridad", como la más flaca de las pruebas, ¡en plena Edad Media! Busca las causas de lo natural dentro de la naturaleza, positivista precursor. Afina el instrumento de la ciencia, la Lógica. Al comentar y exponer a Aristóteles, insiste, al lado del Silogismo deductivo, en la Inducción, antes que Bacon y su *Novum Organum*. No sólo recomienda el método experimental, sino que lo practica con los toscos instrumentos de su época. Por el camino experimental, rectifica a Aristóteles, a Plinio, a Avicena. Su cosmología asombrará a Alejandro de Humboldt, en cuanto reconoce la influencia, no sólo de la latitud, mas también de las superficies de irradiación, sobre los climas. En él se encuentra el origen de la explicación de las aguas termales por el calor central de la Tierra, teoría que definirá Kircher, siglo XVII.

Los historiadores de la Biología le dan sitio junto a Arnaldo de Vilanova, Tadeo Alderotti, Henry de Mandeville. Linneo, Buffon, Cuvier y Tournefort reciben más o menos su influencia. En Botánica, desde Teofrasto hasta el siglo

XVI, nadie lo iguala. Descubrió el "aceite de vitriolo" (ácido sulfúrico). Clasificó los seres, colocando el vegetal entre el bruto y la piedra. (Santo Tomás lo repite.) Consideró, el primero, los hongos como vegetales inferiores, vecinos al animal incipiente, y puso los árboles floreales en la cima de la serie.

Su Psicología ofrece atisbos que lo acercan a la Caracterología del moderno Klages. El alma, en cuanto independiente, merece ciencia aparte; pero, en cuanto se expresa a través del cuerpo en la unidad "hombre", hay que estudiarla en relación con el cuerpo. Por eso sitúa la Psicología en la Física, que para los antiguos correspondía al conjunto de las llamadas Ciencias Naturales, de observación y experiencia. De aquí su rica Antropología, que completa a Aristóteles y a Galeno. En vez de caer en la tentación de comenzar el sistema óseo por el cráneo —como tantos otros después—, se adelantó a comenzar por la columna vertebral, precursor en esto de Blainville, G. Saint-Hilaire y Goethe, en cuanto consideró el cráneo como conjunto de vértebras con sus apéndices. Ensaya una tosca teoría de localizaciones nerviosas cerebrales: el entendimiento en la parte anterior, y la memoria, en la posterior de la cabeza (Frenología, Broca, etcétera). En su Psicofisiología hay anuncios de Gall y de Spurzheim. Su Fisonómica es curiosa: insiste en los ojos, ventanas del alma, y en la expresión de los estados anímicos por el gesto facial. Funda así una Biotipología medieval, "conjunto de *individuantes* que caracterizan la forma exterior del organismo". El alma no está individualizada en sí misma, sino cuando es recibida en determinado cuerpo, de que se torna la forma o entelequia, pues el principio de individuación reside en la materia y no en la forma. (Ellos entendían por "forma" una virtud "in-forme".) Aun llega a relacionar temperamento y carácter con factores que hoy llamaríamos endocrinos. Puede establecerse un paralelo entre su descripción de caracteres y la del moderno Pende:

1. Colérico: hipertiroideo;
2. Melancólico: hiposuprarrenálico;

3. Flemático: hipotiroideo;
4. Sanguíneo: hipersuprarrenálico.

Claro que se funda en Aristóteles y en Avicena. Santo Tomás lo continuará. Con todo esto, entramos desde el siglo XIII en pleno campo de la doctrina psicológica dinámico-humoral. Así como los cuatro elementos daban todos los compuestos minerales, así los cuatro humores, mezclándose, daban todos los órganos del ser vivo, mediante diversas mixturas, complexiones o temperamentos. Muchos medievales alcanzaron la moderna concepción sobre la composición química particular de cada organismo en la misma especie, y aun de cada órgano en cada organismo.

II. *LA AMISTAD*

EN TORNO A LA DIPLOMACIA

TIEMPO hubo en que la diplomacia poseyó ciertos fueros, y se transmitía de padres a hijos, como entre los heraldos y mensajeros de la antigüedad, a quienes Aquiles saluda, en la *Ilíada,* llamándoles "gente de Zeus". El privilegio diplomático todavía subsiste, pero cada vez se ve más reducido: y aun se considera de mal gusto acogerse a tal privilegio cuando no es absolutamente necesario. ¿Cómo aprobar a un embajador que hace entrar su auto por las calles a contraflecha, sólo para hacer sentir su "prepotencia", como dirían los argentinos?

La suerte y el prestigio de la carrera han venido evolucionando al paso de las transformaciones sociales. Lo que ayer parecía virtud de la persona se entiende hoy como virtud de la institución. No de otro modo se ha convertido en facultad objetiva, concedida desde afuera por mandato y delegación de los pueblos, el antiguo derecho divino de los monarcas, que antes parecía una gracia otorgada a un individuo y a su descendencia de alguna manera íntima y mística.

El ideal, según el espíritu moderno, sería crear algo como un molde hueco de preceptos y reglamentaciones, dentro del cual pudieran caber, indistintamente, Pedro, Juan o Francisco. Pero esta suerte de escafandra nunca podrá resultar del todo a la medida de cualquiera: habrá que someter al candidato a los previos aprendizajes del buzo; o, en el peor caso, siquiera habrá que proveerlo de alguna información elemental e indispensable sobre los usos del oficio.

Este último caso se ofrece cada vez más en esta nuestra edad dichosa, era de la barbarie técnica. Las audacias del especialista irrumpen, hasta inhumanos extremos, en el seno de cuestiones que son, por naturaleza, de orden universal y "humanístico". Lo que debiera ser conversación entre aptos

se ha vuelto histérica discusión al aire libre, y ella mantiene a los pueblos en estado de exaltación y guerra fría, cuyas consecuencias sobre el equilibrio nervioso de las nuevas generaciones tienen que ser funestas. Y en cuanto a nuestras repúblicas hermanas, ya se sabe que son singularmente afectas a emplear los cargos diplomáticos como un recurso para deshacerse de políticos indeseables.

Pero, sin necesidad de descender al resbaladizo terreno de las anomalías, y sin hablar ya de los diplomáticos de arribada forzosa, todo estudiante regular que se dispone a ingresar en el Servicio Exterior necesita un estudio especial de las prácticas diplomáticas, las cuales distan mucho de venir transportadas automáticamente en los tratados de derecho internacional. El diplomático incipiente se encuentra, al ocupar su primer puesto de trinchera, al salir de su país y desembocar en la profesión, como el químico que sólo conociera la teoría y las combinaciones de símbolos y fórmulas, el lenguaje de su ciencia, pero no su materia concreta, ni hubiera frecuentado nunca el laboratorio. Pues en el Servicio Exterior no hay más laboratorio que la práctica misma de la carrera, y ésta comienza después de la preparación escolar que, por eso mismo, es siempre deficiente. Cierto: para aprender a nadar hay que tirarse al agua, y echando a perder se aprende. Pero estas frases hechas no bastan para tranquilizarnos en el caso. Es mucha la responsabilidad del ejercicio diplomático para que lo entreguemos al candoroso proceso natural del *trial and error*.

Un representante podrá, por ejemplo, hasta ser un sabio en historia de los tratados y las teorías internacionales, y sin embargo, hará mala figura si ignora algunas minucias de la *tournée*, el cambio de tarjetas y otras cosas que parecen de poco momento. La humana malicia está alerta para recibir con recelo al recién llegado, y para cargar a cuenta del país que lo envía el más leve de sus deslices. Yo sé de un excelente literato a quien —para decirlo en correctísimo galicismo— su gobierno "bombardeó embajador" de la noche a la mañana. Era hombre de primera en muchos órdenes; pero —desconcertado por su absoluto desconocimiento de las costumbres diplomáticas—, cometió el primer disparate ofre-

ciendo un banquete y una entrevista abierta a los directores de periódicos antes de presentar credenciales; y mal aconsejado por alguna persona aviesa, se creyó obligado a enviar un ramo de flores al Ministro de Negocios Extranjeros, el cual no salía de su asombro. ¡Todavía se oyen las carcajadas!

México, IV-1952.

UN LIBRO JUVENIL DE VALLE-INCLÁN

AL RECOGER, con acierto y paciencia, las obras primeras de Valle-Inclán (aunque bajo el feo título *Publicaciones periodísticas,* impuesto por la familia), no ha querido el señor W. L. Fichter aprovechar la ocasión traviesamente para descargarse de todo un ensayo sobre este verdadero Jano literario, uno de cuyos rostros mira a la *Sonata* mientras el otro contempla el *Esperpento.* Ciñéndose con gran probidad a las normas clásicas de su asunto, el editor nos ha dado lo que había que darnos: un prólogo para su edición.

Pero, como domina a fondo la materia, ha acertado también a proporcionarnos de paso una interpretación crítica de innegable valor. Con muy loable sobriedad y con singular limpieza, recoge aquellos primeros latidos de la larva. Vemos ya prefigurarse aquí el "fraseo", el estilo, la forma, las intenciones estéticas que más tarde han de desplegarse en el "don Ramón" conocido y admirado por todos.

El señor Fichter presta un eminente servicio a las letras hispánicas, y a la vez concede a nuestro Colegio de México la honra de pagar algún tributo a la memoria de aquel gran escritor, tan amigo, tan rabiosamente enamorado de nuestro país.

Es curioso investigar el origen de este "amor mexicano". He aquí cómo lo contaba él mismo, en aquella infatigable fabulación sobre la propia vida, que fue —con la inmediata profundidad estética— uno de los encantos mayores de su charla:

Era Valle-Inclán un muchacho que aún no entendía su destino. Perdía el tiempo en los pueblos de su nativa Galicia, y buscaba, para de alguna manera saciar tantas fuerzas como le sobraban, alguna aventura, algún remedo de hazaña, mientras llegaba el día de la quijotesca salida. La provincia

es angustiosa. El muchacho no encontró mejor campo de expresión a su plétora y su ociosidad emocionales que las casas de juego. Los vecinos se divertían en las timbas. "Y yo —contaba don Ramón—, yo también iba *a verlas venir.*" —Pero —le preguntó un viejo— ¿cómo juegas tú a los albures? ¿Qué método sigues? —Juego —contestó él— al juego de la *O*. —¿Cómo es eso? Nunca he oído hablar de tal cosa. —Juego a las cartas cuyo nombre tiene una *O*: sota, caballo, cuatro, etcétera. —Mira —le replicó el viejo—, a ti te conviene buscar otros ambientes más amplios. Sal al mundo, no te pudras en este rincón—. "Y —concluía don Ramón siguiendo la cábala de las letras— resolví irme a México, porque México se escribe con *x*."

Así lo escuchamos de sus labios, y no sé que él lo haya escrito en parte alguna. Pero tenemos derecho a buscar el sentido a esta mera explicación humorística. Tras la *x* de México, el joven Valle-Inclán sin duda sentía el atractivo del arcaísmo, el de la proeza hispana en América, que dio nacimiento a la Nueva España, y quién sabe si también la fascinación de ese símbolo de los destinos cruzados que a algunos tanto nos impresiona. Por eso hemos preferido conservar la *x* ya desvalorizada, en que Unamuno sólo quería ver una prueba de pedantería.

Como el señor Fichter lo muestra y como el mismo Valle-Inclán lo reconocía, este primer viaje a México tuvo la virtud de encender para siempre la lámpara de la vocación. El segundo viaje no hizo más que confirmar su afición a las cosas mexicanas y su entendimiento de nuestros ideales, nuestras victorias y nuestras desventuras. El fino poeta, cuya prosa magistral se revuelve en aquella dorada zona donde comienza la poesía, ocupa ya ese lugar único que corresponde a quienes consagraron todo su esfuerzo a la voluntad de belleza. "Yo —nos dice un día con inspiración— no soy escritor. Yo soy militar. Es decir que, por una parte, contemplo las cosas panorámicamente, *a ojo de águila,* como contempla el guerrero su campo de combate; y por otra parte, acometo siempre las obras por rapto de audacia, a lo militar. Lo primero explica los asuntos; lo segundo, los procedimientos"

(A. Reyes, *Simpatías y diferencias,* 2ª ed., 1945, I, pp. 120-121). En efecto, aquella pluma leal y valiente algo tenía de espada. Aquella espada fue nuestra. Le debemos la gratitud y el lauro.

México, 1952.

México, D. F., 12 de junio de 1952.

Excmo. Sr. don Benito Coquet,
Embajador de México,
La Habana, Cuba.

AMIGO mío: Yo sé bien el sacrificio que significa este honorable destierro de la diplomacia. Yo sé con cuánto fervor, los que en ello andamos o hemos andado, nos esforzamos por evocar, de lejos, el espectáculo total de la patria y procuramos fijarlo con palabras, como mediante un conjuro mágico; desde luego para ofrecerlo a los amigos de otros países, pero también para mejor apoderarnos del tesoro que la distancia y el tiempo nos quieren arrebatar minuto a minuto.

De esta angustia pueden nacer algunos saludables efectos, cuando, como en el caso de usted, se da la feliz conjunción de una mente clara y una voluntad limpia al servicio de la república. Entonces el afán por abarcarlo todo de una vez y en un solo abrazo produce estas preciosas síntesis de que es buen ejemplo su *Semblanza de México*, útiles para quien las lee y no menos útiles para quien acertó a escribirlas. Aquí las perspectivas se organizan inesperadamente, la historia cobra sentido; y acaso por primera vez se ensayan ciertas conclusiones, orientadoras para el sentir común, aun cuando todavía parezcan audaces para la lentitud profesional de la investigación y la ciencia.

Recorro sus páginas con deleite: dibujo preciso, asepsia, don de encadenar y construir, equilibrio clásico, garbo y economía . . . y de todo ello resulta al cabo ese efecto de simultaneidad, de cuadro visto con los ojos, efecto que parece burlar la esclavitud connatural de las letras, siempre sujetas al castigo de la sucesión y el proceso. Su breve ensayo, amén de la obvia excelencia literaria, posee un valor trascendente: el valor de una buena acción, de una buena acción de mexicano y de hombre. Ya verá usted cuánto van a agradecerlo nuestros hermanos de Cuba. Yo, por mi parte, lo felicito cordialmente.

A. R.

LOS CARTONES DE SALVATIERRA

Yo NO conozco las leyendas y tradiciones populares venezolanas en que se inspiran los cuadros de Salvatierra, ni me hace falta conocerlas para apreciarlos. Pero esta singular pintura despide un aroma de evocaciones folklóricas que me hace trasladarme al reino de los ritos y los misterios de todas las razas primitivas; es decir —para despojar del todo el concepto—, al primer lecho terrestre en que dormía y sigue durmiendo muchas veces nuestra conciencia, antes de abrir los ojos a las limitadas avenidas de la razón.

Volvemos así al mundo mítico, donde las formas son evanescentes y fácilmente pueden mudarse unas en otras: donde las nociones ceden aún a la tentación de contaminarse y convertirse entre sí: profunda pesadilla del alma que aún no acertamos a saber si será la verdadera vigilia.

Pues lo mejor es que, emancipados de las coerciones imitativas y de las aplicaciones pragmáticas, cada uno de nosotros puede ver en estos cartones, como en la belleza de Helena, la belleza que le conviene. Salvatierra me habla de danzas negras y fábulas venezolanas, y yo veo de pronto diosas cretenses de la llama y de la serpiente, y la rauda imagen de Nuestra Señora de los Leones; o veo también coros epilépticos, héroes voladores, mantas religiosas dobladas de esfinges, insectos que son monumentos y viceversa.

Allí, donde los objetos visuales dejan caer su carga de materia inútil y se reducen al único nervio expresivo, al punto que las líneas están bailando y los colores tornasolan y se evaporan como en una ebullición genitiva; allí, donde se halla el punto de arranque para una competencia de evoluciones entre las piedras, las plantas, los animales y los seres humanos: allí ha hincado la pupila el pintor, resuelto a sorprender, por las tramas del revés, el arte secreto con que se ha bordado el tapiz del mundo.

Pero lo que más importa es el regreso a las evidencias, al

placer de los ojos. Olvidada la preceptiva de los colores, devueltos a la libertad, entregados a lo que reclaman los sentidos, nos plantamos, con toda la sed alborotada, ante este manantial deleitable: estrellas e insectos, miembros convertidos en signos, elementos para edificar, cada uno a su talante, otras naturalezas posibles: ¡el arsenal de Empédocles, con voces sin boca y con miradas sin ojos!

Las adiposidades de la apariencia se disuelven o se resecan, entran de nuevo en la masa anterior al molde, buscan su gravitación esencial, se abrazan a ella y en ella otra vez se reabsorben como en una línea de necesidad matemática, se vuelven números y cifras. Y mientras tanto, se apodera de nosotros —sin metáfora— una embriaguez de colores cuya virginidad consiste en que nunca, o muy pocas veces, se les ha permitido encontrarse y amarse.

Esta pintura no sirve absolutamente para nada, salvo para ser pintura. Y después de hundirnos unos instantes en el magma profundo, volvemos a la superficie de la vida práctica, cotidiana, escondida en el corazón aquella secreta ironía del desengañado, del iniciado.

México, 5-VIII-1952.

México, 6 de noviembre de 1952.

Sr. don Jesús Silva Herzog.

Mi querido amigo: Su invitación no podía ser más grata. No quiero jactarme, pero creo ser el más antiguo amigo de don Joaquín García Monge en México. Este hombre ha acertado a levantar un verdadero faro de señales en su Atenas costarricense, y desde todos los rincones de nuestra América vemos girar sus luces. A lo largo de muchos años —admirable obra de paciencia y constancia, de fe y de sacrificio—, parece que hubiera tomado a su cargo, en el *Repertorio Americano* y en las anteriores colecciones "Ariel" y "El Convivio", el mantener y vigilar la estructura nerviosa que relacione entre sí a nuestras repúblicas hermanas. El solo nombre de don Joaquín nos une más y mejor que todos los tratados interamericanos y las asambleas continentales. Intachable su solicitud para los compañeros de letras; admirable la señorial discreción con que disimula su voz para que mejor se oigan las demás; excelente su pluma sobria y justa, que sólo se mueve cuando hace falta y nunca dice más ni menos de lo que quiere y debe; dignos de admiración sus talentos y sus virtudes personales —nadie merece más que él una manifestación de respeto y simpatía por parte de todos los hombres que viven para la cultura iberoamericana. Y como es tan ajeno a las teatralidades y las exhibiciones, tan poco afecto a "robar cámara" —según se dice en el lenguaje brutal de nuestros días—, tan auténtica, tan natural y sencillamente modesto, casi da reparo llegar hasta él con estas declaraciones de homenaje y rendimiento públicos. Teme uno perturbar su silencio. Que él me perdone si, en la paz de la madrugada, atrueno de repente su calle con mis "mañanitas mexicanas".

Lo saluda cordialmente

A. R.

DIBUJOS DE MONTENEGRO

DESDE los días en que Henri de Régnier saludaba la aparición de Roberto Montenegro *(peintre-poète)*, viene éste cultivando amorosamente, junto a la obra del color, que —según yo me figuro y para decirlo de prisa— es la sensualidad del arte pictórico, la obra de la línea, acaso el empeño más intelectual del pintor.

La evolución de Montenegro en ambos aspectos está por estudiar aún, y seguramente significa una conquista paulatina en sinceridad y en profundidad. Su naturaleza, tan sensible, no ha podido disimular la crisis a que alguna vez lo sometió la acelerada transformación del mundo humano. Las dos colecciones de Montenegro, la de ayer y la de hoy, permiten apreciar el giro, el vuelco vertiginoso de la rueda entre dos etapas sociales. La crisis ha sido gallardamente superada y vencida —sin engañarse con ninguna tentación ajena al arte— por la lealtad al oficio, por la paciencia erudita —¡esta erudición casi inconsciente de Montenegro, siempre alerta, siempre vigilante!—, por la autenticidad de las emociones visuales.

Laborioso y predestinado al equilibrio, Roberto cruzó sus sirtes sin necesidad de exagerar recursos, con una sola vela y solo un remo; y hoy ha alcanzado la dichosa orilla donde ya el artista puede reposar, seguro de que se da a sí mismo, como sin esfuerzo aparente, en cada uno de sus rasgos. Y en todos, a manera de señal o sello, dos características: la limpieza y la organización, atributos de la decencia estética.

De aquí que no se haya perdido en sus dibujos cierto tono de madrigalista, ya sensible en aquellos sus primeros cartones, que aún hacían pensar en *The Yellow Book* y en la Salomé de Wilde-Beardsley. Ahora bien, en sus actuales creaciones, esa magia se ha condensado y robustecido: supera la

voluptuosidad de superficie, irrumpe por la conciencia, muerde y empuña, obliga a meditar tanto como a sentir.

Pero ¿qué es todo ello, en el fondo, sino un progreso de la fácil amenidad hacia el dolor? Quien sólo conozca de trato a este suave caballero, con su aire de hidalgo tapatío, ¿espera acaso la quemadura que le reservan estos dibujos, espinosos y ásperos a pesar de la armonía de los trazos y la perfecta combinación de las líneas, masas, luces y sombras?

Esta intensidad, acentuada en el sentimiento, no podía menos de llevar a la zona trágica, ora sea la contemplación de las realidades nacionales, ora sea el sueño solitario y poético. De modo que, no obstante la caricia con que estos dibujos quieren engañarnos —efecto de la acabada técnica—, hay en ellos una secreta amargura, un llanto irrestañable... Hay mucho más y mejor: los dibujos de Montenegro merecen interpretaciones más atinadas y cabales. A mí, por ahora, sólo me importaba decir lo que dejo escrito.

México, 16-XI-1952.

ENTREVISTA EN TORNO A LO MEXICANO

—¿ . . . . . ?

—¿Qué es lo mexicano? ¿Cómo es el mexicano? La interrogación no es de ahora. Le ha dado actualidad una escuadra de jóvenes filósofos que ha encarado recientemente la cuestión con un nuevo espíritu, desde un punto de vista superior y aséptico, y purgándola de todas las ruindades del "nacionalismo".

—¿ . . . . . ?

—Sí, me refiero a los jóvenes que han iniciado la colección *México y lo mexicano* dirigida por Leopoldo Zea. La colección contiene preciosas contribuciones al tema y señala una etapa en el desarrollo de nuestra cultura.

—¿ . . . . . ?

—En efecto, se me hizo el honor de invitarme para que yo inaugurara esta colección, no con un nuevo ensayo especial, sino con las páginas relativas al asunto que andaban dispersas en mis libros y que, por eso mismo, no se distinguían bien en el conjunto.

—¿ . . . . . ?

—Cuando nadie se preocupaba de este asunto, yo, viajando por tierras extranjeras en mi servicio diplomático, muchas veces me interrogué sobre tales cuestiones. La distancia clarificaba las perspectivas. La ausencia estimulaba a pensar en la patria lejana. Los jóvenes filósofos de que hablo no lo olvidaron, como lo olvidaron en cambio algunos ingratos amigos de mi propia generación que a toda costa se empeñaban en acusarme de no prestar atención a las cosas de nuestro país. Pero los jóvenes han sido justicieros, y me han reconocido el discreto y modesto valor de un precursor de buena fe, destinado, claro está, a ser pronto superado por las generaciones que lo siguen. Me alegro de no haber muerto sin ver que, en este orden, se me haya hecho justicia.

—¿ . . . . . ?

—Mi punto de vista al respecto ha sido siempre el mismo en sustancia. No creo que el mexicano o lo mexicano sean unas entelequias ni que existan de toda eternidad y posean rasgos necesarios e inmutables. El mexicano es creación terrestre, histórica, se realiza en el tiempo y en el espacio, y no es más necesario o estable que los hombres o caracteres de ningún pueblo y ninguna civilización conocidos. Por eso me resisto a entrar aquí en descripciones y detalles que resultarían inacabables. Además de que en esto (lo que un tiempo se llamó la "psicología de los pueblos") es muy fácil equivocarse y, en cuanto se apoya demasiado, se pierde el equilibrio, y empieza uno a descubrir rasgos mexicanos exclusivos donde sólo hay rasgos humanos y universales. Pero, si no se es ambicioso, en cada lugar y en cada momento del proceso hay derecho a preguntarse y a tratar de definir el estado de la criatura. Ello tiene la utilidad de un examen de conciencia.

—¿.....?

—Lo cierto es que, dándose o no cuenta cabal de ello, todo mexicano que cumple su deber a fondo y se desempeña bien en la misión o trabajo que tiene entre manos, por humilde que sea, hace por México y por lo mexicano. Y eso importa más que trazarse *a priori* planes artificiales.

14-I-1953.

PALABRAS FUNESTAS

EL 23 DE FEBRERO DE 1942, por la noche, una estación radioemisora dio la noticia de que Stefan Zweig y su joven esposa se habían suicidado y habían aparecido muertos en su casa de Petrópolis, Brasil. Zweig llevaba poco tiempo en aquella tierra, aunque había podido estudiarla ya con amor y diligencia, y había consagrado un bello volumen a éste que llamó "el país del futuro" (*Brasil,* trad. del alemán por A. Cahan, 1942).*

Vivía por entonces en México el escritor francés Jules Romains, íntimo amigo de Zweig, con quien alguna vez llegó a colaborar en cierta obra dramática, el *Volpone.* Romains y su esposa habían cenado en mi casa pocos días antes, y juntos habíamos recordado a Zweig. Me apresuré a darle la noticia, y vino a verme al instante, lleno de dolor.

—Vea usted —me dijo—, vea usted estas cartas recibidas hace una semana. Zweig me habla de lo muy a gusto y feliz que vive en la tierra brasileña, y aun nos convida a mi esposa Lise y a mí para que pasemos una temporada a su lado. ¿Cómo han podido suicidarse unos días después? ¿Qué pudo haber acontecido?

—En efecto —le contesté—. Nada lo hace sospechar. Su obra misma venía desarrollándose con una continuidad apacible, y su atención parecía atraída ahora por las cosas americanas: el libro sobre el Brasil, el libro sobre Américo Vespucio . . . ¿Y quién sabe lo que dejaría inédito? El ambiente mismo del sitio en que ha sucedido la desgracia parece incompatible con ella: Petrópolis es una linda ciudad veraniega a poca distancia de Río, monte arriba, donde la vida oficial y la mundana se trasladan durante los meses calurosos, ciudad hermoseada por sus huertas y sus palacetes, sus calles con canales al modo de Brujas, bordeados de hortensias ro-

* Me he referido al caso en *Los trabajos y los días,* "Espacio, tiempo y alma", p. 70.

sadas y azules, acariciada toda por un clima mucho más soportable y grato que el de la capital carioca (seis o siete grados más bajo). No es lugar para morir, ni menos aún para matarse. Pero hay especialmente, en el caso, algo que me conmueve y que a usted, querido Jules Romains, le va a causar una hondísima emoción.

—¿Y es ello?

—Y ello es que usted, hace varios años, lanzó unas palabras que ahora asumen un inesperado sentido patético y profético.

—No sé a qué puede usted referirse.

—Vea usted —le dije—, vea usted este pasaje de su conferencia sobre Stefan Zweig, pronunciada en París y en Niza el año de 1939.

Jules Romains leyó en voz alta estas líneas, y palideció visiblemente:

> Así pues, Zweig había tomado ya su decisión con aquella asombrosa sabiduría que siempre he admirado tanto en él. En vez de esperar, como otros, al enloquecimiento del último instante, cuando el hombre, obligado a huir de pronto de su patria, es comparable al pasajero del barco en llamas, y se echa al mar abandonando todo lo que posee, separándose de los suyos —cuyo destino mismo le será imposible averiguar, si es que llega a salvarse—; en vez, pues, de esperar pasivamente la llegada de esas horas innombrables, en que el desastre moral rivaliza con el desastre físico, en que la dignidad humana no sabe ya de dónde asirse, y en que hasta el hombre más ilustre, el más honrado la víspera, cae de pronto al nivel de la peor canalla, Zweig había adoptado las medidas necesarias y las había ejecutado una a una.

—Es verdad —comentó—. Yo he querido decir aquí que Zweig tomaba siempre la delantera y escogía con cierta anticipación la senda que luego escogerían los otros.

—¿Querrá esto decir, admirado amigo mío, que Zweig se nos adelantó en el camino del suicidio, y que, ante las actuales circunstancias del mundo, ése es el camino que nos queda a los escritores? . . .

—¡No, no! —me interrumpió Jules Romains.

—¡Ciertamente que no! —añadí—. Esta es una travesura del azar. No le demos mayor sentido del que merece. Las palabras de usted, que la casualidad nos devuelve ahora re-

vestidas como de una extraña significación augural, sólo quieren decir, aplicadas al caso, que Zweig ha entrado en la muerte (adonde todos llegaremos mañana) unos días antes que nosotros.

Nos servimos sendos vasos de buen borgoña, y bebimos un sorbo en memoria del varón desaparecido. *Migravit ad plure:* Se fue con los muchos.

México, IV-1953.

MIS RELACIONES CON UNAMUNO

TENGO que agradecer al señor R. S. O. la generosidad con que califica, de paso, mi obra de ensayista, y quisiera corresponderle con algunos esclarecimientos respecto a don Miguel de Unamuno. Ha dicho el señor R. S. O., en sustancia, que, cuando él se entrevistó con Unamuno, éste no manifestó por mí ninguna simpatía en lo personal, ni especial estimación en lo literatrio (*Excélsior*, 2 de enero de 1954).

Ni por un instante se me ocurre poner en duda la veracidad de este testimonio: lo que deseo es interpretarlo. Unamuno era, por mucho, un viejo gruñón, lleno de altibajos en el temperamento. Aún me parece ver la indignación con que Valle-Inclán solía referirse a las diferencias entre Rubén Darío y Unamuno, donde aquél se mostró siempre tan superior y ecuánime, y me parece aún que oigo repetir a Valle-Inclán: —No podían entenderse. Rubén tenía todos los pecados del Hombre, que son veniales; y Unamuno tiene todos los pecados del Ángel, que son mortales.

Pero, en general, ya en Madrid no hacíamos caso de estos pasajeros deslices de don Miguel, y más bien nos ateníamos al saldo de su persona y de su conducta. Él mismo se definió diciendo que en su alma había una perpetua guerra civil. Ignoro en qué ocasión habrá conversado con Unamuno el señor R. S. O. Es posible que, entonces, y por cualquier circunstancia del momento, Unamuno haya encontrado mi imagen un poco empañada en su memoria. Ello no tiene importancia ni trasciende al tono dominante de nuestras buenas y muy cordiales relaciones. La desgracia es, a veces, mala consejera, y don Miguel sufrió mucho durante sus últimos años, como todos sabemos. De aquí que sus antiguos amigos, comprendiendo la desazón de su ánimo ante las vicisitudes de su país, hayan tendido un manto piadoso sobre sus veleidades finales. El grande hombre, arrebatado a uno y a otro lado por la angustia y por el anhelo de detener el alud

con sus propias manos, se quedó solo, sin correligionarios y sin España. Paz a sus restos.

En lo literario. No nos detengamos mucho en este punto. Cada uno tiene su alma en su almario. Es verdad que don Miguel no era muy pródigo en elogios, y menos cuando se entregaba a las libertades de la conversación, a la que nunca debiera exigirse una responsabilidad estricta. Pero, sobre todo, en este orden subjetivo de la apreciación literaria, repito, cada uno tiene su alma en su almario. Lo obvio es que Unamuno nunca hubiera conservado mi amistad tan afectuosamente como lo hizo, sin un mínimo suficiente de estimación intelectual y moral, pues no era hombre para la mentira mundana. Varias veces he escrito sobre él (por ejemplo, a propósito de su *Fedra*), y siempre recibió mis juicios con aprobación y complacencia. Cuando, desde México, le envié mi primer libro (*Cuestiones estéticas,* 1911), agobiado sin duda por los muchos libros de principiantes que llegaban hasta su mesa, ni lo leyó ni me contestó. Cuando, ya en Madrid y en 1917, le envié a Salamanca mi libro *El suicida,* me dirigió una carta sumamente expresiva, que dista mucho de ser una mera cortesía y que fue el origen de nuestra amistad. Esta y varias otras cartas que me escribió aparecerán pronto en la colección que prepara el doctor M. García Blanco, catedrático en la Universidad de Salamanca.

En lo personal. Si el doctor García Blanco se dirigió a mí, entre otros, al formar esta colección epistolar de Unamuno, es precisamente porque conocía la tradición de nuestra amistad. Visité a Unamuno en Salamanca, acompañado de don Artemio de Valle-Arizpe. Por cierto, al regreso, dije en casa:

—Estuve muy contento en Salamanca. Vi a Unamuno.

Mi hijo, de pocos años, me preguntó:

—¿Viste un "amuno"? ¿Y cómo son los "amunos"?

—No, hijo, nada de "amunos" —le contesté—. En este mundo no hay más que Un-amuno.

Nos retratamos juntos y pasamos juntos el día. Nos llevó a pasear por las afueras. Me contó una anécdota familiar que repito en uno de mis libros. Después, siempre me encontraba con él en uno u otro sitio, cada vez que aparecía por Madrid. Concurrió varias veces a mis reuniones dominica-

les. Me obsequió algunas de sus pajaritas de papel y de sus dibujos. (Ya lo digo en *Grata compañía.*) Entre ellos, el retrato de Amado Nervo —de quien a su vez fue buen amigo—, sin duda el primer Nervo sin barba que se registra en la iconografía de nuestro poeta. Me proponía monogramas con las iniciales de mi nombre —así consta en una de sus tarjetas postales— y me comunicaba opiniones sobre la grafía y pronunciación originales del nombre patronímico de Sor Juana. Estuve constantemente a su lado en París, cuando yo era allá ministro de México y él andaba desterrado y prófugo. Ya he dicho cómo me recitaba entonces sus sonetos contra el general Primo de Rivera, sin prestar atención a los vehículos en las bocacalles, y cómo echaba, a manera de telón, el recuerdo de su sierra de Gredos sobre cualquiera perspectiva parisiense que yo proponía a su admiración. Los agentes de la policía española encargados de vigilarlo se hicieron sus amigos y, a invitación suya, concurrían a los cafés de Montparnasse para disfrutar de su charla.

Un día fuimos juntos a la casa de Jean Cassou. Yo me retiré temprano, para pasear por la orilla del Sena, aprovechando la tibia noche, en compañía del poeta Rilke. Entonces Guillermo Jiménez, quien lo ha escrito por ahí, recogió de labios de Unamuno el mayor encomio y el más conmovedor que yo puedo haber recibido y deseado. "La inteligencia de Reyes —dijo Unamuno— es una función de su bondad." Perdóneseme el entrar en estas "personalidades positivas" (que no sólo son "negativas", como pretende el diccionario), pero ahora o nunca era la sazón de referirlo. Las palabras del maestro no me envanecen, ni por desgracia tengo derecho a considerarlas justas; pero ellas expresan nítidamente su juicio sobre mi persona, y sobre todo la benévola refracción que el afecto producía en ese juicio. Si esto no es simpatía . . .

Pero hay, además, algo que hasta ahora no quise publicar, y que tampoco esta vez voy a descubrir completamente. Unamuno fue una vez arrastrado hasta la presencia de Alfonso XIII por el sutil Conde de Romanones. La opinión literaria de Madrid en aquellos tiempos —siempre bravía—, consideró esto como una claudicación de Unamuno. Él quiso dar

una conferencia en aquella admirable y libérrima casa que era el Ateneo de Madrid, y el público de jóvenes escritores, entre gritos, pateos y silbidos, no lo dejó hablar. Así las gastaban entonces.

Pues bien, Unamuno se presentó al día siguiente en mi Legación de Madrid (calle del Marqués de Villamagna) y, de una manera confidencial, me reveló el objeto de su encuentro con el monarca, que no era en modo alguno deshonroso para ninguno de los dos. Recuérdese que yo había sido durante cinco años periodista y escritor en Madrid, y luego, por otros cinco años prácticamente, fui Encargado de Negocios de México. Unamuno, tras lo acontecido —aunque muy hecho a la pelea y aunque, como él decía, frecuentemente le había tocado "torear a media plaza"— necesitaba explicarse y desahogarse con alguien, y escogió al único de la camada literaria que, si bien muy cercano, podía, por no ser español, considerar los hechos con más moderación que los otros. Pero ¿hubiera dado este paso si no se sintiera mi amigo, si no me supiera su amigo, si no me estimara en el orden intelectual y en el orden moral? Si esto no es simpatía . . . No: nadie me quite la amistad de Unamuno.

México, II-1954.

III. *A LARGA VISTA*

MI IDEA DE LA HISTORIA *

SEÑORES y maestros de la Historia: Soy un convidado inoportuno. Poco avezado a las disciplinas en que os habéis enaltecido, traigo hasta los claustros el aire de la calle, y sólo me anima a comparecer ante vosotros el deseo de saludar a nuestros ilustres huéspedes en mi tierra natal. Nos honra y complace singularmente —no sólo a los hijos de esta ciudad, sino a todos los mexicanos— la presencia de los sabios amigos, mensajeros de la inteligencia y de la justicia histórica, cuya visita viene a sellar con autoridad superior el desarrollo de los sentimientos amistosos que cada vez nos enlazan con mejor armonía, mitigando el ardor de viejas cicatrices, felizmente ensalmadas así al término de cien años cumplidos. Las sombras que ayer vagaban iracundas por la vieja Tenería, genios tutelares de nuestra *Polis*, hoy sonríen a vuestra llegada. Y el Cerro del Obispado —testigo insobornable— puede hoy contemplar serenamente la fiesta de la concordia y del saber. Aquí, junto al vino de la paz con que soñaban los capitanes homéricos, se conciertan hoy pactos de trabajo y colaboración, como corresponde al verdadero espíritu del Continente Americano y a las definitivas esperanzas del mundo.

Un eminente amigo, el doctor Lewis Hanke —a quien resulta muy difícil negarle nada—, me ha comprometido a exponer "mi idea de la Historia". ¿Mi idea de la Historia? ¡Qué presunción, qué disparate, si ya el autor del *Fausto*, tan recordado por estos días con motivo de su segundo centenario, nos dijo que nada es nuestro en propiedad exclusiva, que vivimos sobre el patrimonio común, y que cada hombre

* Para el Primer Congreso de Historiadores de México y los Estados Unidos. Monterrey, septiembre de 1949. Se aprovecharon algunas páginas ya publicadas en *Los trabajos y los días.*

es una confluencia provisional entre las corrientes humanas, una intersección pasajera, a la cual, por economía del discurso, se asigna un nombre propio! Voy a defraudar al doctor Hanke, voy a defraudaros, señores: mi idea de la Historia no es mía; me la prestó el buen sentido, que aunque no tan profusamente derramado como lo pretendía el *Discurso del Método,* ni lo he inventado yo, ni tampoco es privilegio de unos cuantos afortunados.

Estuve, pues, a punto de contestar al doctor Hanke: —Por lo menos, hay algo mío en mi idea de la Historia, en la Historia de que yo tengo idea, aunque ésa es otra historia, ya con minúscula y no mayúscula. Y ello es que la Historia, para mí, nació precisamente aquí, en Monterrey, hará cosa de sesenta años —cuando mi yo etéreo "aterrizó" frente a la Plazuela de Bolívar. Verdad es que mi mente tardó algún tiempo en advertir que hubiera un pasado y una continuidad más o menos perceptible en las vicisitudes de este ser multánime y desplegado en tiempo y espacio que llamamos la humanidad; verdad es que mi espejo tardó algunos días, meses, años, en limpiarse para reflejar la existencia, o en empañarse y enturbiarse tal vez con los vahos de la realidad, que eso es todavía otro punto muy discutible en alta doctrina platónica. Luego, antes del clásico chillido con que contesté al cachete de Lucina ¿no existía la Historia? Me aseguraron que sí existía, y yo lo creí, por argumento de autoridad primero, y después, por argumento de analogía. Y en irlo descubriendo paulatinamente se encierra mi historia personal. Y pues los "hombres viejos" —los padres de la Historia de que habla Don Alfonso el Sabio— solían repetirme que las buenas cosas del tiempo ido se habían acabado para siempre, quise convencerme por mí mismo; y pues a veces el pasado me parecía mejor y otras peor que el presente, pero siempre me deleitaba, acabé por reducirme a la justa fórmula del poeta Jorge Manrique, quien —a la muerte del Comendador su padre— suspiraba y decía:

> ...cómo, *a nuestro parecer*
> cualquiera tiempo pasado
> fue mejor.

"A nuestro parecer": estas tres preciosas palabras me iniciaron en la noción del inevitable y necesario subjetivismo que empapa, como humedad vital, todas las interpretaciones históricas. Y el hecho de que el pasado, aunque fuera a veces malo en sí mismo, nos pareciera en algún modo mejor que el presente, por sólo ser pasado —es decir, cosa desligada de las inmediatas urgencias con que la vida, doliéndonos, se deja sentir en nosotros— me llevó a comprender de paso el valor estético de la Historia: ciencia, por su apego a la verdad posible; poesía, por el aura de belleza que acompaña a toda evocación de lo ya acontecido. Y creí entender —lo remito a vuestra sentencia— que la Historia, como obra escrita, procede, al igual que la arquitectura, conforme a principios de necesidad, pero también es menester que proceda conforme a principios artísticos, y que el escribir mal y el mentir son dos monstruos gemelos.

En este punto de mis meditaciones, el provechoso parangón con la arquitectura me permitió adelantar otro paso. Entonces —me dije— una es la construcción y otros los materiales de construcción. Si la obra ha de ser excelente, ambos deben ser excelentes, desde luego, y ambos adecuados entre sí. El tono de la obra histórica ha de corresponder al carácter de los hechos narrados. Para la inadecuación de estilo y asunto —que el grotesco de los modernos se complace en mezclar a veces por perversión del paladar estragado— los antiguos tenían un nombre difícil, que prefiero olvidar ahora. Pero la censura contra este vicio se reduce a imaginar el absurdo de un bailarín que quisiera danzar un vals vienés con pasos de tango argentino, o el absurdo de un "jarabe tapatío" entre caballeros de pechera y frac, y señoras de larga cola, diadema de piedras y abanico de plumas.

Pero todavía se nos ofrece un peligro peor en este argumento, y es el confundir la obra histórica con el mero hacinamiento de materiales para la Historia; lo que ya censuraba mucho mi venerado maestro de primeras letras, un tal Perogrullo. Porque, si aceptamos tan deshumana confusión, entonces también daremos por buena la paradoja de cierto escultor greco-asiático el cual mostraba muy ufano a sus contemporáneos un informe bloque de mármol, apenas acarrea-

do de la cantera, y les decía: "—He aquí un busto de Platón. —¿Cómo así? —le replicaban—. ¿Busto de Platón donde ni siquiera hay fisonomía? —¡Ah —se defendía él—. El retrato está dentro del mármol: basta con quitarle lo que sobra."

Pero es inútil: las piedras y los documentos nunca hablan por sí mismos, y el figurarse otra cosa delata una grave deficiencia de sentido común y una irrisoria escasez de sentido metafísico. Si en nuestros días no se han escrito los mejores libros de historia, es porque padecemos lo que Toynbee ha llamado "la falacia apatética de la Historia". El clima industrial ha inficionado la mente de los escritores. Han dado éstos en creer que el solo descubrimiento de la materia prima y la producción de nuevos datos lo es todo, aunque se trate de meras insignificancias o redundancias: tarea de canteros y picapedreros, no de arquitectos. El tema, en el orden de la historia de la cultura, ha sido objeto de una célebre controversia suscitada por el profesor Spingarn a propósito de cierta obra de Magendie (*Romanic Review*, 1926). Y aunque sin materia prima no hay historia, tampoco y mucho menos la habría sin la interpretación y la narración. De cada mil datos nuevos, queda uno que verdaderamente importe, y los demás o repiten lo ya entendido o son amenidades biográficas en el mejor de los casos, y en el peor de los casos, murmuraciones de escaleras abajo. Pongamos que un diplomático español, después de realizada nuestra independencia, haya acertado a reanudar la amistad internacional entre España y México. Pongamos ahora que los archivos nos revelan un día su correspondencia secreta con la Corte de Madrid, llena de vacilaciones, de quejas y hasta denuestos contra éste o el otro negociador mexicano, con quien el pobre señor tenía que habérselas. En nada se ha alterado el perfil histórico de los sucesos. Esas curiosidades recién descubiertas importan, primero, a la biografía particular del sujeto, y después, a la murmuración, a la gula de maledicencia que hay siempre en el fondo cenagoso de los corazones. Porque nadie, nadie que tenga el alma en su almario, podía haberse figurado que todo fue vida y dulzura en la misión de aquel diplomático. Y los lectores mutilados y ayu-

nos de imaginación que hubieran podido figurárselo, más valía que se dedicaran a otra cosa, y no a leer historia.

No: la realidad es una representación de la mente y, como decía Santayana, hasta el aire es arquitectura. Ni piedras ni documentos hablan por sí: el historiador es el ventrílocuo —o, si os parece más noble— el mago que los hace hablar. La sangre reseca de San Jenaro, el mártir de Nápoles, sólo vuelve a licuarse por la oculta virtud del santo, y ésta revivificación es la Historia: propio milagro de Isaías ante Ezequías, cuando —en el segundo libro de Los Reyes— hace retroceder la sombra diez grados en el reloj de Acaz. Por eso, esclareciendo la palabra de Croce, podemos decir que toda obra histórica es una agencia contemporánea, si bien edificada con materiales del pasado, y que aun en caso de que los materiales fueran siempre los mismos, el relato cambiaría siempre, y siempre podría escribirse otra vez la historia de Egipto o de Roma. Y añadiremos que la obra histórica es siempre una operación de orden artístico, la cual toma a la ciencia, exclusivamente, los métodos de comprobación. Y la metódica ¿a qué se reduce? ¿A qué se reduce la famosa técnica? La famosa técnica se reduce a no mentir a sabiendas, y eso es todo. Ni más ni menos. Y de esto nadie nos sacará, así venga Sócrates en persona a torturarnos con el gancho de sus interrogatorios, que le valió beber la cicuta.

De tal suerte se fue apoderando de mí esta conciencia de que la interpretación es esencial en la obra histórica y de que no puede sustituirla el museo de ejemplares históricos. Historia como colección de hechos sucedidos siempre la habrá, aunque nadie la exprese; pero si no ha pasado por el tamiz de la mente, carece de realidad humana. Historia como entendimiento de tales hechos, sus mutuas relaciones de antecedencia, concomitancia y consecuencia, y de su determinación o su efecto en el sentir de las sociedades humanas, no es ya posible sin la intervención y aportación de una mente, de un sujeto de discernimiento. Historia como manifestación literaria, hablada o escrita con palabras, no puede haberla sin atención especial para la forma artística, la equilibrada composición en el conjunto y la cuidadosa dicción en el "fraseo". Dato comprobado, interpretación comprensiva y buena

forma artística son los tres puntos que cierran el "triángulo de las fuerzas", y ninguno debe faltar. Quienes contemplan el dato sin entenderlo son como aquel habitante de la Luna que al ver, con su poderoso telescopio, el ir y venir de los coches por las ciudades de la Tierra, toma al cochero por un príncipe vencedor que arrastra, en su carro de victoria, a alguna familia de príncipes cautivos. Quienes se preocupan más del encanto literario que de la posible comprobación documental, merecen la acusación de Tucídides contra los que escriben la Historia para deleite del oído. Quienes se conforman con acumular noticias "a la pata la llana" —meros artesanos, muy dignos de nuestra gratitud— no están trabajando para ellos ni son aún historiadores *(Sic vos non vobis)*, sino que juntan motivos para el verdadero historiador que habrá de explotarlos. Quienes sumen las tres condiciones enumeradas, y sólo ellos, escribirán esos libros de asunto histórico, de los que podremos decir, como decía Fray Jerónimo de San José en su *Genio de la Historia,* que entre la pluma y el papel parecen "bullir y menearse" las cosas de que tratan.

> Por tales virtudes... viven y vivirán eternamente a los ojos de la memoria la peste de Atenas, la oración fúnebre de Pericles y la expedición de Sicilia, en Tucídides; la batalla de Ciro el Joven y su hermano, en Jenofonte; la consagración de Publio Decio a los dioses infernales y la ignominia de las Horcas Caudinas, en Tito Livio; el tumulto de las legiones del Rin y la llegada de Agripina a Brindis con las cenizas de Germánico *(infausti populi romani amores)*, en Tácito; la conjuración de los Pazzi y la muerte de Julián de Médicis, en Maquiavelo; la acusación parlamentaria de Warren Hastings, el terrible procónsul de la India, en Lord Macaulay.

Con los pasajes aquí señalados, junto con la descripción del campamento romano en Polibio, algunas páginas del sólido Montesquieu, del transparente Voltaire, del musculoso Gibbon; algunas más, escogidas entre las autoridades del siglo XIX —Niebuhr, Savigny, Grote, Ranke, Michelet, Gervinus, Herculano, Rawlinson, Curtius, Mommsen, Renan, Oppert, Fustel de Coulanges, Maspero— y otros escritores que, sin ser profesionales de la Historia en el sentido co-

rriente, han tenido el genio de la Historia, como Sainte-Beuve, Réclus, Gaston Paris, Menéndez y Pelayo, Bédier, Menéndez Pidal—, a lo que sumaríamos de grado un buen caudal de novelistas históricos, no ajenos por cierto al nuevo sesgo que tomó la imaginación de la Historia en la pasada centuria, y que, de Walter Scott hasta Feuchtwanger, y sin olvidar siquiera al divertidísimo Dumas o al gigantesco Pérez Galdós, unas veces impulsan el gusto por los estudios históricos y otras de veras los complementan, pudiera ciertamente orientarse una educación encaminada a fundar planteles de historiadores, tan bien o mejor que con los ejercicios meramente eruditos sobre la ficha y la papeleta, la transcripción de viejos cartapacios, las reglas sobre la numeración de líneas de cinco en cinco o la declaración de fuentes, etcétera; ejercicios muchas veces orillados a devolver una vida ociosa y ficticia a algún anodino documento, cuyo único mérito estriba en no haber tentado el apetito del "comején": ¡aquel famoso comején contra el cual, según nuestro Fray Servando, el rey de España mandó dictar orden de prisión por haber destruido los autos de un proceso!

Entiéndase bien: yo no desdeño las técnicas eruditas en la labor previa de la Historia. Son como los principios asépticos antes de las operaciones quirúrgicas. Ni el futuro cirujano puede prescindir de estos principios, ni el futuro historiador debe ignorar aquellas técnicas. Son como los ápices y puntillos gramaticales, que importa conocer, pero que por sí solos no transforman en escritor a ningún Pedancio. También yo, en mi particular oficio de las letras, me sometí largos años a las disciplinas del documento, desde el buscarlo hasta el publicarlo con todo su aparato crítico. Pero no confundiría yo, sin embargo, esas disciplinas preparatorias con la exégesis y la valoración de la cultura a la que aspiraba.

Lo que acontece es que las artimañas eruditas son reducibles a reglas automáticas fáciles de enseñar y que, una vez adquiridas, se aplican con impersonal monotonía. No pasa lo mismo para las artes de la interpretación y la narración, cuya técnica se resuelve en tener talento. Y como la inteligencia humana es de suyo perezosa, se arroja con voracidad sobre las recetas de pensar que prometen algún ahorro de

esfuerzo. De aquí que ni educadores ni educandos se ocupen todo lo que debieran en el estímulo de la imaginación histórica, que supone una capacidad natural —una "inspiración", acentuaría un romántico—, sin la cual jamás podrá establecerse la comunicación eléctrica entre el pasado y el "profeta del pasado" o "posfeta" que pretende resucitarlo.

¡Si hasta la Historia imaginada que, partiendo, como a juego, de un supuesto arbitrario, investiga sus consecuencias posibles —me decía yo en las meditaciones que fueron dibujando mi noción de la Historia—; si hasta la Historia imaginada puede ser útil en este proceso educativo, no sólo como contraprueba o reducción al absurdo, sino para fertilizar el pensamiento histórico, así como se ejercita al orador defendiendo causas irreales o intrincados "cocodrilitas"! De modo que el "Ifismo" —del condicional inglés *if*— o declaración de lo que se haría si hubiera acontecido tal o cual cosa no acontecida; el "Ifismo", del que huía sistemáticamente Franklin Roosevelt en sus entrevistas con la prensa, también es ejercicio recomendable para la mente histórica, y no sólo una tarea de entretenimiento. Así cuando Maurois imagina que hay en el cielo unas avenidas donde se cruzan y alargan todas las perspectivas históricas de lo que pudo ser y no llegó ni llegará a ser: verdadera Ciudad Histórica Potencial, donde el pequeño barrio de la Historia Real es tan diminuto que se distingue apenas. ¿Qué hubiera pasado —decía Pascal— si la nariz de Cleopatra llega a ser imperfecta y no se enamora de ella Marco Antonio? ¿Cuáles las consecuencias para Roma y el mundo? ¿Qué, si Marco Antonio vence en Accio y funda la capital del Imperio en Alejandría —directa heredera de Grecia— arrastrando a Roma en el séquito de sus vasallos? ¿Qué, si, en las eternas disyuntivas del suceder —se pregunta Guedalla—, los moros conquistan definitivamente a España? ¿Qué —interroga Chesterton—, si Don Juan de Austria se casa con María de Escocia? ¿Qué —propone Van Loon—, si los holandeses se asientan en la Nueva Amsterdam, o Nueva York? ¿Qué —dice otra vez Maurois—, si en la índole de Luis XVI llega a haber un poco de firmeza? ¿Qué —piensa Hilaire Belloc—, si el carro en que Drouet dio alcance a Luis XVI en Varennes llega a

volcarse por el camino? ¿Qué —sueña Fisher—, si Napoleón I logra refugiarse en América? ¿Qué —plantea Nicolson—, si Byron se hubiera coronado rey de Grecia? Y Winston Churchill: —¿Qué, si el general Lee no llega a perder la batalla de Gettysburg?— Y Milton Waldman: —¿Qué, si Booth falla el tiro que disparó contra Lincoln?— Y Emil Ludwig: —¿Qué, si el emperador Federico III no muere de cáncer, dejando a Guillermo el trono apenas heredado? ¿Y qué —pudiéramos soñar nosotros—, si los hijos de Hernán Cortés realizan la independencia de la Nueva España? No alarguemos la lista. Bastan estos cuantos ejemplos para apreciar la utilidad didáctica de estas "diversiones históricas", en algún modo comparables a las "diversiones matemáticas". Y después de todo ¿qué es la Geometría de Euclides, sino una diversión semejante para apurar las consecuencias lógicas de unas proposiciones asertivas, o supuestos, o postulados, que ya no se entienden como evidencias?

Pero ya, cuando alcancé este grado en mi idea de la Historia, me había yo lanzado como nauta sin brújula al océano de la Teoría. No creo que el mío haya sido un viaje, sino más bien algo como un naufragio. Pero tuve la suerte de que los vaivenes y resacas me arrojaran —maltrecho y todo— hasta la orilla. Sortear el paso era peligroso, y a uno y otro extremo me acechaban —Escila y Caribdis— las tesis del finalismo absoluto y las tesis del pragmatismo absoluto. Allá San Agustín encaminaba la carrera del hombre a la meta de la Ciudad de Dios; o bien Paulo Orosio, en su *Moesta Mundi,* veía en el tránsito terrestre de los pueblos un castigo divino enderezado a la futura redención; o Bossuet inspiraba su sinfonía histórica en el "ley-motivo" providencial. Acá Theodor Lessing —para citar a un autor representativo que alcanzó considerable éxito a comienzos del siglo— escribía una obra sobre *La Historia como atribución de sentido a lo que carece de sentido* (1919). Y entre uno y otro polo, todos los matices del iris. Ya la Historia como progreso de las Luces y corregimiento gradual de la Razón, al modo de Voltaire; o la reacción prerromántica de Herder, quien vino a decir a Voltaire que también el corazón tiene sus razones; o la tipología sociológica de Vico que parece, de cierta

manera, anunciar la ley de las tres etapas de Auguste Comte; o el naturalismo sentimental de Rousseau, sofrenado con el supuesto pacto que hace posible la convivencia y que Kant adoptará, si no como hecho, al menos como alegoría y criterio de la justicia; o el imperialismo metafísico de un Fichte, de un Hegel, para quienes la Historia es la historia de la Idea en curso de realización secular, doctrina de que el materialismo histórico viene a ser como una parodia, donde la Idea deja el sitio al proceso de la necesidad económica. Y por todo ello —largo resabio de la epopeya homérica en que se cunaron las nociones occidentales—, la disyuntiva entre el Héroe y el Coro, como en las dos hipótesis que aún luchan para explicar el origen de la Tragedia clásica; entre el protagonista individual que engendra la Historia, o la nación misma que la determina; entre la historia de Francia hecha por los monarcas, a lo Charles Maurras, y la historia de Francia que, para Julien Benda, es obra del pueblo. De los historiadores de la antigüedad, y mediante la elaboración de algunos renacentistas, deriva, a la larga, la escultura del Héroe en Carlyle, el Representativo en Emerson, el Gran-de Hombre en Burckhardt, el Superhombre en Nietzsche. Pero los partidarios del Coro retroceden todavía y buscan la base del hecho histórico —podemos decir— en el paisaje. Y es la teoría paradisíaca, de Herodoto, en que el Nilo viene a ser el padre de Egipto; teoría cuyas consecuencias apuran Buckle, Taine y hasta los geopolíticos de última hora, casi escamoteando al individuo, y disimulando la libertad, la iniciativa humana, supremo impulso de la Historia en Benedetto Croce. Y Toynbee opone a la teoría pasiva y paradisíaca la teoría rebelde, cargada de vigor, del desafío y la respuesta, en que ya el Egipto no es un fértil acarreo del Nilo, sino que se hace contra el Nilo y se edifica por la acción de la mano. Y los materialistas insisten en reducir el ambiente genitor de la Historia a la sola base del sustento biológico. Y Napoleón, héroe si los hay, personalidad a primera vista irreducible y en cuyo puño parecen juntarse sin remedio los resortes del acontecer social, resulta un simple átomo atraído en la cauda, en la pugna por el dominio de

los grandes mercados. Este instante puede ejemplificarse claramente con la simbólica pareja de los Strachey: mientras uno "biografiza" la Historia, el otro la "desbiografiza". (Valgan los barbarismos, en gracia a la rapidez de expresión.) Una revolución semejante a la copernicana, pretende así expulsar al Hombre del centro del universo humano. Y la verdad es que estamos ante dos lenguajes —según la intención del historiador y la moda interpretativa de la época— para expresar la misma cosa. Pero también es verdad que las cuestiones de palabras nunca se quedan en palabras; pues, como lo recuerda Aristóteles, la retórica trasciende a la ética, y no es lo mismo llamar a Orestes "el matador de su madre", que llamarlo "el vengador de su padre".

Entre las teorías deterministas y las heroicas, hay naturalmente mil compromisos, y las fronteras no siempre son fáciles de trazar: desde las inepcias de Wood, su tesis "gamético-monárquica" y sus ridículas estadísticas, pasando por varios pretendidos materialistas que incurren en mil contradicciones y se envuelven en una mística involuntaria, o sólo explican la caída de los zares creyendo explicar el advenimiento del bolchevismo —lo particular, y no lo general—, hasta los que sueñan con hechiceros que de cuando en cuando aparecen, echan sus yerbajos en el perol y dictaminan: "Continúe la Historia."

Entretanto, la historia como ensoñación novelesca ha lanzado sus inspiraciones hasta el campo mismo de la Historia, e influye en Thierry, en Michelet. Y la tradicional prueba oratoria de los sofistas todavía palpita en los párrafos de Chateaubriand, así como la preocupación estética es evidente en las armoniosas páginas de Renan. En guardia contra el desvío estético, Ranke se aplica a depurar las técnicas de la investigación y presta, en su orden, eminentes servicios. Pero en mala hora se le ocurre declarar en su prólogo la doctrina simplista sobre el "contar las cosas como ellas acontecieron", y entonces cargan sobre él los metafísicos, olvidando que él sólo se propuso, al hacer semejante declaración, objetar el punto de vista didáctico, la Historia como aleccionamiento político, de que nos hablaba Tucídides. Y mientras,

a una parte, los evolucionistas insisten en el desarrollo de un germen sin finalidad preconcebida, la Humanidad confiesa que, en el orden puramente humano, el ideal, lo que aún no existe, ejerce una fuerza aspiradora y una innegable orientación sobre lo que existe actualmente, así como altera a nuestros ojos la imagen de lo que ha existido. Los "perspectivistas biológicos" de las civilizaciones, tocados o no por la preocupación de la raza, influidos o no por el concepto de las unidades culturales o los campos históricos —ya con Gobineau o con Petrie, ya con Spengler o con Toynbee— se aplican a decirnos cómo las civilizaciones nacen o mueren, o persisten anquilosadas, o se renuevan con accesos de savia joven. No faltan locos, al estilo de aquel personaje de Pérez Galdós que escribía "la historia lógico-natural de España", no como ella fue efectivamente, sino como debió haber sido. Y, en suma, los existencialistas acaban por decirnos que el Hombre no tiene naturaleza, sino historia.

Y sobre todo ello, la sonrisa amarga de los escépticos. Pues, al crecer el historicismo, por confusión entre los entes inmóviles de la Ciencia y los entes fluidos de la Historia, acaba por cebarse en el concepto mismo de ésta. El escepticismo ni siquiera se detiene en lo movible de la interpretación, en lo que se llama "falacia genética" o relatividad del punto de vista, sino que el idealismo metafísico de Croce se arriesga a negar la posibilidad de establecer objetivamente la verdad de los mismos hechos históricos. De aquella "falacia genética" puede dar ejemplo Solís, el historiador de la conquista de México; pero mientras Solís se declara honestamente, y comienza por afirmar su concepto providencialista, católico, apostólico y romano, otros se meten en su callejón sin saberlo ellos mismos. Mannheim, un relativista, afirma con toda probidad que la "falacia genética" no es tal falacia; que es, filosóficamente, intachable, como el postulado en la matemática, y que es, además, indispensable en condición de proceso metódico. Del escepticismo ya estéril nos da la caricatura Anatole France. Sin ser idealista metafísico, hace mangas y capirotes con el cuento de algo que acaba de acontecer en la esquina, y que cada testigo

relata de modo diferente. Pero concluir la imposibilidad de la Historia por la relatividad de las cosas humanas es tener mal carácter o estar enfermo del hígado: no es ser sabio; pues no hay por qué exigir de la Historia más que de las otras actividades de la mente. Y argüir, en vista del escándalo de la esquina, que no podemos averiguar si César murió o no apuñalado es, cuando menos, ridículo.

¡Pues, a ver, señores del Congreso de Historia, si me concertáis estas medidas! Yo, tras esta peligrosa excursión, vuelvo a mi punto de partida, que era, si mal no recuerdo, el buen sentido. Yo no pretendo que todas estas doctrinas se concilien en la teoría, o siquiera puedan zurcirse juntas en la tela de Arlequín del ecléctico. Pero sí creo que en cada una hay un estambre de este complejo cañamazo que llamamos la realidad histórica. Hay una retórica en cada asunto, decía el discreto Quintiliano. ¿Me atreveré a declarar que, igualmente, cada punto histórico se alumbra con su particular filosofía? ¿Que debemos tener a la mano todas las hipótesis y todas las confesiones de las sectas, y usarlas según acomoden al tema? No se trata de reconciliarlas en principio, quede bien claro. Ya la realidad se encarga de avenirlas a su manera: una manera que excede, con mucho, los poderes de la inteligencia. Pero todas y cada una nos dan instrumentos para tajar y morder en la carne viva de la Historia. Sólo que este procedimiento, en apariencia cómodo, es peligroso; supone instinto y cautela, tacto y gusto. E instinto, cautela, tacto y gusto, acaban de aconsejarme al oído que dé término a mis peroratas. Lo malo, si breve, es perdonable. Yo os pido perdón, y os doy las gracias. Sólo me he dejado en el tintero la mejor de todas las doctrinas: la doctrina de la fraternidad entre los historiadores. La estáis elaborando vosotros. Ella, como el movimiento, se demuestra andando.

Os incumbe, desde ahora, una misión de larga trascendencia social, y es el establecer a tiempo las defensas para la libertad de los estudios históricos. No hay certeza alguna de que ella pueda mantenerse por siempre, entre la bancarrota de tantas filosofías y de tantas políticas. Renan —como si previera lo que ya hemos comenzado a ver en nuestros días—

advierte que el gusto de la historia es el gusto más exquisito y, por consecuencia, el más amenazado. No sabemos lo que puede acontecer mañana. Aprovechad y amurallad el instante. Gritadle con las palabras del poeta: "¡Detente! ¡Eres tan bello!"

Tecolutla, 6-VIII-1949.

REFLEXIONES ELEMENTALES SOBRE LA LENGUA

Es el habla un privilegio humano. Los ruidos y rumores de la naturaleza inerte no tienen significado en sí mismos, sino sólo el que les atribuye nuestra imaginación o nuestra inteligencia. Nuestra imaginación nos lleva, por ejemplo, a interpretar como un mensaje de alegría el murmullo del arroyo o el tumbo de las olas. Nuestra inteligencia, a entender el trueno como un anuncio de la lluvia. En cuanto a los gritos, cantos o zumbidos de los animales, no pasan de ser un rudimento de lenguaje todavía muy deficiente, un esfuerzo todavía lejano hacia el lenguaje. Sólo el hombre habla verdaderamente. Mediante el habla, hace transmisible y manejable todo ese mundo interior de los sentimientos y los pensamientos. El habla permite al hombre ensanchar y enriquecer su existencia. El hombre ha hecho el habla; pero el habla, a su vez, perfecciona al hombre. El habla es la manifestación humana por excelencia. La escritura es un recurso auxiliar de la palabra. La guarda en depósito y, a voluntad, vuelve a promoverla, como el disco del gramófono lo hace para una canción, o mejor aún, como la partitura en cifra musical lo hace para una melodía. Merced, pues, al habla y a la escritura, el hombre se educa, se adueña de la cultura adquirida por el hombre de ayer y la transmite al de mañana. Y así toda la humanidad logra, en fin, tomarse de la mano a través de los siglos y las distancias.

El habla o lenguaje no se manifiesta mediante un sistema único para toda la humanidad. Los distintos pueblos emplean sistemas distintos o lenguas que les son peculiares. Para entender bien lo que es una lengua, hay que darse cuenta de su variabilidad en el tiempo y en el espacio y penetrarse de sus accidentes históricos.

Respecto a la variabilidad en el tiempo, tenemos al alcance el caso del español, la lengua que hablamos. Y lo que se

dice de ésta puede aplicarse a las demás. El español no ha sido siempre igual al que hoy empleamos. A lo largo de los siglos, se ha modificado al modo de los demás productos humanos: casas, muebles, vestido, leyes y costumbres. Estas modificaciones son fácilmente apreciables, si comparamos una página de cualquier periódico con una página escrita en la Edad Media. Las modificaciones han afectado a la forma, al orden y a la significación de las palabras: al cuerpo y al alma de nuestra lengua. En el primer caso, la variación acontecida se estudia en la historia de la lengua; en el segundo, es objeto de la semántica histórica.

He aquí algunos ejemplos de los cambios que estudia la historia de la lengua: 1º Cambios en la escritura: A) Por evolución espontánea; en el siglo XVI, solía ponerse *u* por *b* en *cauallo,* o *v* por *u* en *vna,* o *q* por *c* en *qual.* Fray Luis de León escribía *effectos.* B) Por dictamen académico: en nuestros días, la Academia de la Lengua aconsejó no acentuar más las preposiciones *a, e, o.*—2º Cambios en la pronunciación: el siglo XVI conoció una *x* con sonido de *ch* francesa o de *sh* inglesa, como en *dexar (dejar).* Para imitar ese sonido en el nombre indígena de nuestro país, los conquistadores escribieron *México.* Al evolucionar el sonido, se dijo *Méjico,* aunque algunos seguimos escribiendo la palabra con *x* por mera veneración histórica, como muchos firman *Xavier.*—3º Cambios en la estructura: A) Fonético: la Edad Media dijo *omne* por *hombre,* y *non* por *no.* B) Morfológico: *traerlo he, lo traeré.*—4º Cambios en la sintaxis: la Edad Media dijo: *A mí han hablado.*—5º Ejemplo de conjunto: el Arcipreste de Hita (siglo XIV) escribía: *Non me seades tardinero* por *No os tardéis mucho.*

He aquí, ahora, algunos ejemplos de los cambios que estudia la semántica histórica: Calderón de la Barca (*La vida es sueño,* siglo XVII) dice que el polluelo del ave, en cuanto puede, escapa volando,

> negándose a la piedad
> del nido que deja en calma.

Hoy entendemos que deja el nido quieto, tranquilo. Los contemporáneos de Calderón entendían lo contrario: sobresalta-

do, inquieto, temeroso por la suerte del polluelo que se lanzó al aire, o más bien espantado y suspenso como la nave que no puede avanzar por falta de viento, "en calma".

Cristóbal Suárez de Figueroa (siglo XVII) escribe por ahí: "Ser honrado es tener cuidados." Hoy entenderíamos que quiso decir algo como esto: "Ser persona honrada significa tanto como ser persona que padece preocupaciones"; notorio dislate. Los contemporáneos del escritor entendieron: "Ser personaje eminente es ser persona que vive entre preocupaciones constantes."

Cuando la *Epístola moral* (siglo XVII), aconseja:

> Iguala con la vida el pensamiento,

nuestro José Vasconcelos, a la moderna, creyó entender (aunque atribuyó la frase a Gracián): "Rebaja tu pensamiento hasta el nivel de la vida." Los contemporáneos entendieron: "Sube la vida hasta la altura de tu ideal."

En el español también, percibimos cómo una lengua cambia en el espacio, y muda un tanto según las distintas regiones en que se la habla. No se habla exactamente lo mismo en Castilla o en Andalucía, en la Argentina o en México. Pero al escribir se procura, en general —salvo los casos del retratismo costumbrista, o ciertos efectos estéticos de propósito rebuscados— usar una lengua media, uniforme, según el modelo común de la gente culta, que no difiere tanto como el coloquio popular de unas a otras zonas. Las peculiaridades locales pueden ser: 1) todas igualmente *legítimas* y mera cuestión de hábito y preferencia, como lo es el decir en México *angosto* donde en España dicen *estrecho*. 2) O pueden ser *admisibles*, como regionalismos imposibles de evitar, y así llamar, en México, *metate* al *metate*, o en la Argentina y el Paraguay, *mate* al *mate*. 3) O pueden ser francamente *defectuosas*, que suelen llamarse "provincialismos", como ésta que acabamos de leer en un historiador mexicano: "Más se hundirá *entre* más lo defiendan", equivalencia del barbarismo peninsular: "*contra* más lo defiendan", donde se debió decir: "*mientras* o *cuanto* más lo defiendan". La confusión vino, en parte al menos, del elemento *ntr*.

A esta evolución o cambio en el espacio y en el tiempo se

reduce, pues, la vida de las lenguas. Cuando los cambios de una u otra época se acentúan y adquieren importancia, sucede como si la lengua de la etapa anterior hubiera tenido una hija, que es la lengua en su nuevo estado. Esto aconteció con la antigua lengua latina, una de las más importantes del importantísimo grupo indoeuropeo. La lengua latina, conforme se deshacía la unidad del antiguo Imperio romano, fue dando origen, en los distintos territorios de su dominio, al italiano, al francés, al provenzal, al catalán, al español, al portugués, al reto-románico (hablado sin mucha uniformidad y por poca gente en los valles alpinos por el nordeste de Italia y por el sudeste de Suiza), y finalmente al rumano, en la antigua Dacia romana, que se ha modificado sensiblemente por la mezcla del vocabulario eslávico y algunos otros elementos. Estas nuevas lenguas se llaman "lenguas romances o románicas", en recuerdo de su ascendencia romana.

Se las puede clasificar así, en lenguas y dialectos: 1) Rumano (daco-rumano, macedo-rumano, istro-rumano, meglenítico); 2) Dalmático (ragusano, vegliota); 3) Rético (tirolés, friulano, tergestino, grisón, que a su vez se subdivide en sobreselvano, engadino y dialecto del valle del Münster); 4) Italiano (siciliano, napolitano, tarentino, abruzano, umbro-romano, toscano, véneto —subdividido en veronés, paduano y veneciano—, galo-itálico, el cual se reparte en genovés, corso, emiliano —subdividido en ferrarés, bolonés, romanés y parmesano—, lombardo —subdividido en milanés y bergamés—, y piamontés —subdividido en turinés y monferratés—); 5) Sardo (campidanés, logudorés, sasarés, galurés); 6) Provenzal (gascón, languedociano, provenzal, valdense, auvernés, lemosín); 7) Francés (del Norte —subdividido en puatevino, normando, picardo, valón, lorenés, borgoñón, champanés y dialecto de la Isla de Francia— y sudoriental —subdividido en lionés, delfinés, friburgués, dialecto de Neuchâtel, vandés, valaisiano y saboyano—); 8) Catalán (propio catalán, mallorquín y valenciano); 9) Español (castellano, asturiano-leonés, mirandés, aragonés, andaluz); 10) Portugués (gallego, portugués del Norte, portugués del Sur, azorés, maderés). Generalmente, se dice "español" por "castellano", en razón de ser el

castellano la lengua predominante en España. No vale la pena detenerse a discutir este punto. El español (castellano) se habla en la Península Española, en las Islas Canarias y en las Baleares, en el noroeste africano, en la América Hispana, en las regiones sudoccidentales de los Estados Unidos que un tiempo fueron mexicanas e hispánicas, en Puerto Rico y en las Filipinas, entre los judíos herederos de los expulsados de España en 1492 que ocupan sobre todo varias regiones balcánicas y levantinas, aunque también aparecen en otras partes del mundo por el mismo efecto de su dispersión. En total, unos 80 millones de hombres por lo bajo, contra 62 millones para el francés y 41 millones para el italiano, según estadísticas de hace unos diez años.

Entiéndase bien (pues recientemente se expresó un error al respecto en cierto discurso académico) que el pueblo, los soldados y colonos romanos no hablaban el latín literario, clásico, en que escribieron Horacio y Cicerón. Ésta era una suerte de lengua artificial para objetos "intelectuales". El latín de la conversación y el uso diario, el latín vulgar, se siguió hablando en los lugares conquistados por Roma aun después del año 476, caída del Imperio romano, y, cada vez más transformado, dio origen a las nuevas lenguas que acabamos de enumerar.

Pero hemos hablado de "lenguas" y "dialectos". Efectivamente, cuando el tipo peculiar del habla no llega a constituir ese cuerpo robusto, sólido y más o menos bien estructurado, dominado idealmente por una norma de fundamento literario y que merece llamarse una nueva lengua, pero sin embargo las peculiaridades son ya bastante acentuadas, entonces este tipo de habla se llama "dialecto", y se sobreentiende, al llamarlo así, una referencia tácita a la lengua principal de que es derivación o refracción: asunto de matices. El bable de los asturianos es dialecto *del* español. Todas las hablas hispanoamericanas, algo distintas y algo semejantes entre sí cuando se las confronta con el español peninsular, aunque difieren de éste, no llegan a la diferenciación de dialectos. Lo propio puede decirse del brasileño con relación al portugués metropolitano.

En estas hablas hispanoamericanas se han establecido con

más o menos precisión, ciertas zonas aproximadas que delimitan tipos afines: 1) la zona hispano-parlante de Estados Unidos, la meseta mexicana y parte de Centro América; 2) costa mexicana del Golfo, parte de Centro América, las Antillas, Venezuela y parte del litoral colombiano; 3) el resto de Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia; 4) zona rioplatense, con el Paraguay; 5) el resto de la Argentina y Chile.

Se comprende, pues, que en ninguna parte se habla "toda la lengua"; que en ninguna parte se emplea el total de los elementos por la lengua poseídos y acumulados a lo largo del tiempo o derramados en todo el espacio que ella ocupa. Ni siquiera es lícito decir que en cierta región determinada se habla siempre y necesariamente de la manera más correcta (ni en Toledo, ni en Valladolid, y mucho menos en Madrid), pues en todas partes los disparates y los vicios individuales tienen cabida, amén de la mezcla de poblaciones que singularmente afecta a las capitales. Éstas también dejan sentir muy de manifiesto el resultado de las innovaciones sociales y culturales que necesariamente modifican el habla. La lengua es un río que va disolviendo otras sales en cada nuevo cauce, dejando caer unos acarreos y tomando otros. La lengua es una abstracción, y sólo corresponde a lo que realmente se habla en cada época y en cada lugar como corresponde el dibujo de un círculo matemático a los objetos redondos, una moneda, un aro, una rueda de carro, etcétera. Todos estos objetos tienen forma circular, pero ninguno de estos objetos es El Círculo.

Estas diversificaciones en el tiempo y en el espacio, si se compara a unas regiones con otras, hacen pensar en un pelotón de caballos que corren y se van poniendo unos a la cola y otros a la cabeza. A veces hay innovación o "neologismo"; otras, apego a una forma vieja o "arcaísmo". El campesino de México todavía dice *truje* en vez de *traje,* como se decía en el siglo XVI: la primer forma que llegó a nuestro país. El hombre medio de México dice *novedoso* por *nuevo* (derivado de *novedad,* y análogo a *perdidoso*), palabra no académica aún, neologismo naciente. Una misma región puede ser avanzada en un sentido y atrasada en otro; correcta en esto,

e incorrecta en aquello. España misma no escapa a esta censura. El habla vulgar de Madrid padece por el vicio plebeyo (fomentado en el Género Chico, como el tango, en la Argentina, propaga un "orillero" artifical que allá nadie habla) de decir, por ejemplo, y según lo observaba Manuel G. Revilla, *Vatsadoliz* en lugar de *Valladolid*. Es frecuente, entre los peninsulares, la confusión del dativo y el acusativo para las formas pronominales en *le* y en *lo*, y también, en general, su incapacidad para pronunciar la *tl* de *Atlántico*. Los escritores españoles muchas veces caen en el disparate de usar como demostrativo el posesivo *cuyo*. El habla de la gente culta, en España, padece por su tendencia a estereotiparse en muletillas o frases hechas. A su vez, el habla de la gente culta en Hispanoamérica padece por cierto rebuscamiento y artificialidad chocante. Para el americano, es exasperante la frecuencia con que algunos españoles, en la conversación, dicen: *¿verdad?*, *¿está usted?*, *¿entiende usted?* o *cosa*. En cambio, el español sonríe cuando, en la conversación corriente, oye decir al americano: "no *identifiqué* a mi visitante", o "no pude *ubicar* a Fulano" (no *reconocí*, no pude *encontrar*).

Respecto a los accidentes propiamente históricos de la lengua, se ofrecen las cuestiones de origen, de mezcla, y varias otras circunstancias influyentes o determinantes. Por cuanto al origen, decir "lengua autóctona" es una manera provisional y práctica para decir que, de memoria de hombre, es la primera lengua asignable a determinada región. Los progresos de la prehistoria reducen cada vez más este concepto. Nunca averiguaremos cuál fue el pueblo autóctono en ningún sitio, cuándo comenzaron las cosas. El concepto de "autóctono" se resuelve en el de "primer ocupante de que haya noticia". En México, por ejemplo, aunque sabemos que los pobladores prehistóricos llegaron de alguna otra parte, solemos llamar a sus lenguas "lenguas autóctonas", por llamarles "las primeras que se conocen". Pero no olvidemos que esos presuntos autóctonos y dueños naturales del suelo fueron ya, a su turno, los Corteses de otros Cuatemocines. En cambio, reconocemos el español como una lengua "im-

portada", traída de Europa por los conquistadores, misioneros y colones * hispanos.

Este ejemplo basta para comprender que, así como la nación es independiente de la raza, puesto que hay naciones de razas mezcladas desde los orígenes de la historia, así también la lengua puede ser independiente de la raza y de la nación. Es decir: que ni hay necesariamente una sola raza para cada diferente nación, ni necesariamente una sola lengua posible para cada distinta nación o cada probable raza.

No es eso todo: aunque parezca increíble (y hablamos *de lo que es*, criterio científico, y no *de lo que según algunos debiera ser*, criterio más policíaco que filológico), no hay, en rigor, una sola lengua para cada lengua. Sobre el fondo o suelo común que la caracteriza cuantitativa y cualitativamente, una lengua contiene siempre en su seno muchos elementos venidos de otras lenguas. Ello es efecto de los diversos contactos históricos —bélicos o pacíficos, comerciales o culturales, de conquista o colonización, etcétera— que cada pueblo haya tenido con los demás. Podemos decir que, a simple vista, una lengua es una sola masa; pero, vista ya al microscopio, la masa resulta formada por agregaciones de partículas, muchas veces heterogéneas. En el modo de agregación está el ser de la lengua: lo que se ha llamado, vagamente, el genio de una lengua o las leyes de una lengua. De aquí la modelación especial y diversa que cada lengua da al mismo material absorbido.

En la formación de la lengua española, y como elementos en suspensión que flotan sobre la masa del latín vulgar, hay elementos de las otras lenguas peninsulares ya enumeradas en el cuadro anterior, e incluso de las prerrománicas: ligures, turdetanos, vascos, fenicios, cartagineses, griegos . . . ; hay aportaciones diversas de lenguas no peninsulares, como los términos guerreros y otros tomados a las hablas germánicas, las palabras árabes, etcétera. Finalmente, la cultura trae neologismos de gabinete (telégrafo, psicoterapia), y términos exóticos como los vocablos oceánicos *tabú* y *mana*, gratos a la antropología; y la intensa comunicación de la imprenta, el periódico, el cine, la radiodifusión, los transpor-

* Creo que debería leerse *colonos*. E.

tes rápidos y aéreos, etcétera, fomentan las contaminaciones, en términos que todos conocen, con todas las lenguas de la Tierra. En cada época ha habido alguna lengua imperial que fácilmente derrama sus contagios por las demás lenguas: español, francés, inglés.

20-XI-1952.

IV. *AL CORRER DE LA PLUMA*

SÓFOCLES Y "LA POSADA DEL MUNDO"

SOLÍA yo decir a Jorge Luis Borges, allá en mis días de Buenos Aires:

—¿Qué efecto podría causar una obra escénica cuyos personajes, en vez de dialogar como suelen, simplemente monologaran uno junto a otro? Cada Juan Pirulero atiende a su juego, cada uno habla de lo que le interesa o fascina, cada uno sigue su sueño y no da oídos al interlocutor, por mucho que lo tenga delante. En el fondo, y si pudiéramos arrancar el disfraz a muchas conversaciones, esto es lo que realmente sucede.

Y por aquí llegué a concebir una pieza teatral que podría llamarse, simbólicamente, y según el estilo de aquellos autos del Seiscientos, *La posada del mundo.*

Sea, en efecto, una posada. En torno a la mesa común, a la hora de las comidas, se juntan los personajes dos o tres veces al día y conversan. ¿Conversan? Hacen que conversan. Habla cada uno para sí delante de los demás, y acaso ellos creen que cambian ideas y se engañan solos.

Pero sobreviene, de pronto, algún peligro de muerte, tal vez comienzan a caer bombas sobre la ciudad. Tiembla el escenario. Y entonces un hombre y una mujer, que ocupan los extremos de la mesa, acuden uno hacia otro y, sin hablar, se abrazan para esperar juntos el desastre. Estos personajes son los únicos que de veras están o han estado en comunicación, trato y comercio humanos, aunque no a la vista del público.

¿Sería el efecto demasiado paradójico o demasiado duro? Como siempre que se trata de arte, dejémonos de discutir sobre el tema abstracto. El valor está en la ejecución. Todo dependería de la mayor o menor felicidad en el desarrollo de la obra. ("No está todo en la guitarra, / sino en cómo se la

tañe.") La empresa no nos parece imposible, y tal vez un día la intentemos. Pero ¿seríamos los primeros acaso? Racine ¿no ha tratado ya de mostrarnos que el mismo diálogo amoroso se resuelve en dos monólogos separados?

A ver, recordemos el teatro griego; pensemos en Sófocles, sobre el cual, tras lo mucho que ya se ha dicho, se nos ocurre que queda todavía algo por decir. Y desde luego, atrevámonos a declarar —con todas las reservas y atenuaciones inspiradas en el buen sentido— que la interpretación de Sófocles ha padecido por la manía estudiosa de buscar documentos históricos donde hay mera invención poética, o por la deformación erudita que resulta de convetirlo en lectura de gabinete cuando él era, sobre todo, un autor teatral. Apenas hay por ahí una estrofa suelta en que el dramaturgo parece haber dormitado un instante, entregándose al arrastre lírico y sin dársele un ardite de la acción que presenta y que hasta está en palmaria contradicción con la dicha estrofa. El olvidar que Sófocles es, ante todo, un poeta escénico, ha creado más de una dificultad ociosa entre los intérpretes, sin exceptuar a los más sabios. Un esfuerzo por leerlo proyectándolo imaginariamente hacia nuestro teatro interior ayudaría a resolver más de un pretendido problema. Una visita al tablado próximo, aunque fuera el Music-Hall, aprovecharía a los eruditos.

Y bien: este hombre de teatro, hombre de teatro si los hay, se atrevió con la paradoja de la acción escénica en monólogos y en parlamentos solitarios, que quedan, claro está, atados como a pesar de los personajes por la fatalidad trágica que baña y gobierna la obra.

Podemos distinguir, en las tragedias de Sófocles, tres etapas: la arcaica, a que corresponden el *Áyax* y las *Traquinias;* la media, en que situaremos la *Antígona* y el *Edipo rey;* y la avanzada: *Electra, Filoctetes, Edipo en Colona.* Si releemos cuidadosamente estas tragedias procurando desentrañar algunos principios, sin exagerar ni llegar al extremo de pretender que Sófocles compusiera sus obras conforme a doctrina, la primer característica que nos impresiona, el rasgo más evidente, es el aislamiento de los héroes: Áyax,

Antígona, Edipo, Electra, Filoctetes, están solos, son unos desarraigados (*entwurzelt,* dice Reinhardt).

Algunos se conforman con advertir que el héroe de Sófocles es un sublevado. La explicación es más profunda. Los seres de Esquilo alientan en una atmósfera divina que parece penetrarlos del todo. Los de Eurípides se abren a la confidencia de sus amigos, y corre entre ellos una onda simpática que lo mismo transporta el amor y el rencor. No en Sófocles: aquí el héroe —y de ahí su grandeza— queda trágicamente reducido a su condición de solitario. Aun cuando se acercan uno a otro, sus héroes no llegan a penetrarse. Áyax y su nodriza Tecmesa, Antígona y su hermana Ismene, Héracles y Deyanira, parecen hablar lenguas extranjeras, las cuales se sobreponen, pero nunca coinciden. En aquella forma arcaica que nos han dejado entrever el *Áyax* y las *Traquinias,* el drama sofocleano, aun en la interlocución y el diálogo, es una serie de monólogos, y cada figura queda cautiva de sí misma, cada uno se expresa a sí propio sin acercarse a la comprensión del prójimo. Fácil es que este procedimiento, ya perceptible en el *Agamemnón* de Esquilo, sea el más antiguo por lo mismo que es el más directo.

El estilo propiamente dialogado tal sólo se anuncia con la *Antígona,* donde por fin el yo y el tú se confrontan; los personajes ya no se consideran sólo como sujetos, en un solipsismo que hoy llamaríamos "fichtiano", sino asimismo como objetos. Y de aquí una evolución en el curso de cada escena, de uno a otro instante y del comienzo al fin del drama. A una concepción estacionaria de la tragedia, como en mi *Posada del mundo,* sucede ahora una "técnica progresiva", donde los distintos pasos se articulan mediante inflexiones apropiadas. Pero, en general, la intriga o enredo avanza menos desde el exterior, o sea mediante la aparición de nuevos personajes, que por las "declinaciones" —para usar el término de los antiguos atomistas— en la estructura interior de cada uno. No sin razón advertía Webster que Sófocles, comparado con Eurípides, recurre poco a la aparición de nuevas personas dramáticas. En el mismo *Edipo rey* puede observarse cómo la acción se desenvuelve en suerte de "reacomodos" internos. El diálogo de tres personajes, que en

el *Edipo rey* se presenta por vez primera, debe entenderse menos como una simple innovación escénica que como la expresión de una nueva necesidad poética; pues, como es de rigor, a la forma externa precede y preside siempre una forma íntima que la refracta y la dirige.

Tal vez —como en el *Áyax,* las *Traquinias* o aun la *Antígona*— el poeta enfrenta dos destinos, pero no estudia las variaciones de uno junto a otro, sino el giro de ambos en torno a aquel polo común que viene a ser la acción de los dioses. De aquí que la obra asuma a veces la apariencia de un díptico, como también lo dijo Webster o algún otro precursor olvidado. Áyax, Antígona, Agamemnón, desaparecen antes de acabar la tragedia, cuya segunda parte ha de moverse en torno a un nuevo personaje. Pero del *Edipo rey* en adelante, Sófocles empieza a preferir la acción única, que sin duda se presta mejor al análisis del protagonista.

La *Electra* anuncia una fórmula algo diferente. El destino del héroe no resalta ya en su choque contra las fuerzas divinas, sino en sus reacciones ante el ambiente humano, que le es ajeno u hostil. A la acción apuntada sobre un desenlace, se sustituye, así, un drama del sufrimiento, a la catástrofe o vuelco externo, la desintegración en la intimidad —lo cual nos encamina al teatro de Eurípides.

Este solipsismo sofocleano, que en modo alguno proponemos como explicación cabal y única, es perceptible, no sólo en los personajes, sino en las atmósferas que los envuelven, atmósferas que, en ocasiones, parecen evolucionar independientemente la una de la otra, como orbes herméticos *(Antigona):* A un lado, los lazos de la sangre, el amor fraterno, el orden divino, la juventud, el sacrificio de sí mismo; tal el mundo de Antígona. Al otro, la autoridad del jefe, la inexorabilidad del Estado, la moral de la ciudad, y la pequeñez y ceguera mezcladas funestamente con el engreimiento, que tal es el mundo de Creonte. Las dos órbitas giran y chocan en torno a la constante divina.

El conflicto de una existencia personal y de la envoltura, siempre extraña, en que ella se ahoga, es una oposición entre el ser y el parecer. Edipo se cree y parece ser el héroe redentor de Tebas, rey poderoso, guía intachable. En verdad, es

una criatura desdichada. Electra tiene toda su esperanza puesta en su distante hermano Orestes, y éste, sin que ella lo sepa, está a su lado. El poeta explota esta suspensión patética, la atiza con expresiones ambivalentes: el héroe de la apariencia emplea palabras que asumen otro sentido al volcarse sobre el mundo real. Entre Edipo y Tiresias van y vienen los términos "claridad", "noche", y ellos asumen significado diferente según nos coloquemos en el mundo del tirano o en el mundo del adivino. Sófocles juega de mano maestra con este equívoco, esta nueva manera de incomunicación o diálogo imposible, el cual brota del desajuste entre el pensamiento y la palabra, y de que inevitablemente la expresión desborda los límites del instante presente: propio trazo de la marcha subrepticia con que adelantan los destinos. Creemos hablar de lo que tenemos ante los ojos, y, de algún modo oscuro, el ser profundo ha sido involuntariamente aludido.

Acaso hemos ido muy lejos en busca de una justificación para *La posada del mundo*. Acaso baste recordar que, con las palabras, sólo nos entendemos imperfectamente y a medias, sobre todo en las cosas que de veras interesan a nuestras almas.

18-III-1952.

DEL JUEGO A LA ECONOMÍA

I

La matemática, la física, la química —las que provisionalmente suelen llamarse "ciencias exactas"— nos han cegado durante los dos últimos siglos con una serie de relámpagos. Las pobres ciencias humanas, las ciencias sociales o como se las quiera llamar, pudieron decirse, a su turno,

que el que a buen árbol se arri·
buena sombra le cobi·.

Y quisieron adoptar los métodos de las disciplinas experimentales, sin ver que no les convenían. El resultado es que se han quedado atrás o marcan el paso sin adelantar un palmo siquiera. Calculamos al centésimo de segundo el eclipse de un satélite de Júpiter, pero no sabemos evitar una guerra, una revolución, una huelga, un alza de los precios, mucho menos un desconcierto moral como el que causa hoy el acelerado progreso técnico, cuyo efecto más inmediato es el derrumbar tradiciones, sin tener prontos otros nuevos pilares para sostener el techo amenazado.

Y, como en la ocurrencia de Heine, el Golem, el Hombre Artificial de los cuentos, corre desesperadamente detrás de su ingeniero y creador, pidiéndole a gritos: "¡Dame un alma!" La máquina se va de las manos y, en su inconsciencia, empieza a matar a los hombres que la inventaron. La máquina padece ya delicadezas, fatigas y exacerbaciones nerviosas, según la *Cibernética* del doctor Wiener nos lo acaba de revelar. El Robot, fantasma inhumano, quiere alardear de prójimo nuestro, mientras nos asesta un golpe fatal. La bomba atómica y la bomba de hidrógeno calientan sus malas intenciones, preparándose a obrar por su cuenta y riesgo, sin contar con la ética ni otras antiguallas, que fueron antaño el orgullo de nuestra especie.

De tiempo en tiempo, la intromisión impertinente del método ajeno alcanza extremos irritables, como en la "sociología matemática" de Volterra, odiosa reducción de las evoluciones humanas al automatismo de la materia; como en los ingeniosos esquemas de Wilfredo Pareto, a quien ya tachó Benedetto Croce de entregarse a la metafísica inconsciente, para que ésta metamorfosee la teleología en mecánica. De tiempo en tiempo también, los verdaderos hombres de ciencia aciertan a rectificar la postura y —ya que no resuelvan con reactivos científicos el nunca reducible misterio humano—, al menos, consiguen aislar y limitar tal misterio, acotar su terreno auténtico para evitar nuevas invasiones.

Entonces, tras de proceder al apeo y deslinde, plantan en la zona peligrosa unos letreros que dicen: "Propiedad privada del hombre. El método experimental abandone aquí toda esperanza. Las mismas nociones de causa y continuidad procedan con extrema cautela, porque la complejidad y velocidad de los fenómenos las dejan aquí en trance de casi completa esterilidad para toda aplicación práctica."

Es posible que estos hombres de ciencia —Vendryès en su *Vida y probabilidad,* 1943, o Von Neumann y Morgenstern en su *Teoría de los juegos y la conducta económica,* 1944— se figuren haber hecho algo más, cuando apenas han emprendido una retirada estratégica. Pues ¿qué hemos ganado como fruto de sus arduas investigaciones? Hemos ganado el trazar, con precisión científica, una frontera, un cerco, en torno a los fenómenos que la ciencia no podrá nunca asimilar. Hemos accedido a un abandono científico de las pretensiones de la ciencia. Es una rendición honorable, nada más, pero es ya un progreso, y muy preferible, en todo caso, a la mentida ilusión de la victoria.

Pero ¿cuántos años, cuántos lustros tardarán todavía estas nociones en obtener el pasaporte que les dé ingreso a las aulas y a las enseñanzas oficiales?

II

La matemática clásica —Egipto, Grecia y los árabes— es el lenguaje de lo determinado. El cálculo de probabilidades —apenas nacido con Pascal— es el lenguaje de lo aleatorio. Pero he aquí que entre lo determinado y lo aleatorio se extiende un "terreno de nadie". Von Neumann y Morgenstern —los austrohúngaros de Princeton, matemático uno y economista el otro— proponen llamarlo el terreno de "lo condicionado".

Lo condicionado no es analizable ni explicable conforme a matemáticas clásicas ni conforme al cálculo pascaliano. Los dos profesores de Princeton tienen que inventar para el caso una nueva simbología, un nuevo aparato lógico. Tal es el objeto de su libro, llamado a consecuencias trascendentales y comparable en este orden a los *Principia Mathematica* de Russell y Whitehead, la más revolucionaria obra de nuestro tiempo.

Para dar un ligero gusto nos asomaremos al enigma por su fase más accesible. Sea un juego infantil de cartas, el juego de "las batallas", según el modo más elemental de jugarlo. Se reparte toda la baraja entre los jugadores. Cada jugador tira su carta. Va ganando las puestas, a cada turno, el que tiró la carta mayor, y al final se cuentan los paquetes. Gana el que ha juntado más cartas. Éste es el juego de "las batallas". La matemática clásica y el cálculo de probabilidades lo captan, lo interpretan, se lo llevan a su reinado. Todo se movió entre linderos bien conocidos: lo aleatorio, antes de la distribución de las cartas; lo determinado, una vez hecha la distribución.

Pero ¿y si es el juego del *bridge*, si es el juego del *poker*? Aquí de lo imprevisible, aquí de la iniciativa personal, del impulso y el discernimiento propios. Ríndanse compases y tablas. Hemos invadido el terreno de lo condicionado, ni determinado ni aleatorio.

Para este juego reservan los profesores de Princeton el nombre de "juego estratégico". Y, según ellos, los principios del juego estratégico son exactamente —y no por mera analogía— los mismos principios que rigen la conducta econó-

mica. En rigor, los mismos que rigen la conducta del militar, del gobernante, del jefe de empresas industriales y comerciales.

La simbología matemática de lo condicionado nos permite, pues, siquiera "asomar las narices" desde la ventana de las ciencias exactas hacia los campos de las ciencias sociales. No nos empeñemos en resolver, en prever: la autenticidad de nuestra actitud está ya, sin rebozo alguno, en la aceptación de lo imponderable, de lo desconocido.

Pues ¿cuál ha sido el error de la economía política, heredado de generación en generación, sino el querer jugar el *poker* como si fuera el juego de "las batallas"? ¿El querer aplicar determinaciones y probabilidades, calculables según el modo tradicional, a lo que sólo es estrategia condicionada, mera iniciativa, si bien dentro de ciertas circunstancias que la enmarcan y la hacen posible?

La economía rutinaria quería ser una ciencia exacta, absoluta; quería prescindir de épocas y lugares; llegaba así a una delgada abstracción que ya no capta nada en sus redes, o se equivoca pescando sombras y no bultos. Pretendía —por metáfora de la mecánica— empezar por la estadística universal, como la mecánica parte de la estática antes de llegar a la dinámica. Ignoraba así la evolución. ¡Cuando lo propio sería operar al revés, atendiendo a la progresión de las mudanzas evolutivas, para interpretar y entender adecuadamente los cortes transversales de la estadística! Pues sin referencia al proceso de un crecimiento ¿cómo medir sus escalones?

Todavía más: los economistas, al prescindir del tiempo, ignoraban el paso veloz, la rapidez humana de todo fenómeno social y su singular naturaleza que lo hace modificable al tiempo de la observación y a efectos de la observación. ¿Qué valen, en verdad, nuestras observaciones sobre el fenómeno social, sin el correctivo que les impone la relatividad del tiempo? Fontenelle, en 1686, escribió unas hermosas páginas, hoy olvidadas, sobre la "ciencia del jardinero" y la "ciencia de la rosa". No son una y la misma ciencia. Para la efímera que vive un instante, el Sol y la Tierra son cuerpos fijos. Nuestra astronomía, que data de 4 mil años, se

las arregla trazando elipses y usando de aproximaciones. El solo movimiento lunar, por más cercano y rápido, requiere unas quince páginas de enmiendas. Y aun así ¿qué valdrán nuestras minuciosas tablas lunares dentro de unos 10 mil años?

También olvidaban los tratadistas de ayer que la economía crea por sí sus reglas y sus jugadores, y que las relaciones entre éstos no consienten el simplificarse con engaños verbales, no son predeterminadas. Un asociado, por ejemplo, puede muy bien no desear el bien o el máximo provecho para la asociación, sino sólo el suyo, cumpliéndose aquí aquella paradoja terrible de Jules Renard: "No basta ser feliz, fuerza es que los demás no lo sean."

¿A qué alargarnos? Bajo estas investigaciones late un ansia insaciable: el ansia de acechar por cualquiera hendedura, de atisbar de alguna manera el *sanctasanctorum* donde se custodia el misterio de la libertad humana. ¿No es éste un trance patético de la historia? ¿No hay quien sienta, como yo, que el pulso se le agita, ante los jeroglifos y signos —tan fríos en apariencia— de los profesores de Princeton? La ciencia, centinela curiosa, se asoma por la ventana, queriendo averiguar lo que hace el hombre, encerrado en su inviolable guarida.

México, VI-1952.

SE ANUNCIA UN NUEVO REINADO

¿QUIÉN es la Bella Durmiente del Bosque? La Bella Durmiente del Bosque es la madera. El hombre la desencanta y hace con ella maravillas, incluso desdeñarla después, como todo buen seductor que se respeta. La madera nos acompaña fielmente desde los albores de la prehistoria. La "entrada en la madera", que decía Neruda, puede haber sido la entrada en la civilización. El hombre aparece a las puertas de su sendero humano armado de una estaca. Pero los humildes instrumentos de madera no han dejado vestigios, por ser incapaces de resistir a las disgregaciones y al polvo, como lo resisten los instrumentos de piedra, hueso, cuero y metal de que nos dan cuenta los arqueólogos. La madera, compañera invisible de las sociedades humanas, ni siquiera nos cobra las parias del recuerdo: ella sirve y desaparece.

Las cosas más habituales, es decir, las más indispensables, apenas ocupan nuestra atención. No nos acordamos de este aire que se respira, a pesar de que, según la máxima del jonio, "está lleno de dioses". Nada hacemos —se queja el personaje de Huxley— por la conservación del fósforo, que es indispensable a la vida, que se agota sin recuperarse, que habrá desaparecido a vueltas de unos millones de años. Poco nos importa la madera, esta Cenicienta entre todos los materiales de las industrias humanas.

Los economistas la olvidan en sus inventarios y en sus cálculos. Vivimos de mitos económicos: el petróleo es el rey del mundo; el acero mide la potencia de las Potencias; la dulce madera parece patrimonio de la familia pobre. Las estadísticas mensuales de las Naciones Unidas ni siquiera por cortesía la nombran. Y no a causa de la dificultad para organizar los datos sobre un producto de tan variadas aplicaciones, sino en razón de nuestra deficiente curiosidad para una materia tenida por cosa de ayer. ¿No consiste el progreso —se nos dice y se nos repite— en sustituirla, siempre que

sea posible, por materias más resistentes, ligeras, durables y elegantes? ¿Quién suspira, hoy en día, por la carreta de palo y la ponderosa diligencia? ¿Quién no se ríe de las casitas de palo? El predicar, entonces, un brillante porvenir para la madera, como acaba de hacerlo Glesinger ¿no es tan ridículo como hablar del porvenir del caballo en plena época de transportes aéreos?

Menos mal si nos limitáramos a desdeñar y olvidar la madera. Pero, además, hemos querido envilecerla, haciendo de ella un abominable sustituto, detestable *ersatz,* último recurso de los asfixiantes regímenes autárquicos creados artificialmente por la guerra y por la amenaza de guerra. Pues la madera, dócil a nuestros caprichos, también se deja prostituir por su seductor.

Y todavía hay algo más grave. Como parece que la naturaleza nos proporciona la madera gratuitamente, la desperdiciamos sin medida, la explotamos sin agradecerle sus servicios, desoímos el consejo que nos dan las últimas crisis, cerramos los ojos ante el peligro de la escasez de papel, que pronto nos obligaría a escribir en cuero de res o en ladrillos, como los pergamenses o los babilonios de antaño. No nos damos por entendidos, aunque, durante los últimos tiempos, el alza de precios ha sido singularmente marcada en este artículo que parece infinitamente renovable.

Nuestra incuria nos lleva a desatender lo que es todavía más evidente. Pues ¿no comprobamos a todas horas que los árboles, laboratorios de la vida, protegen la estabilidad de los suelos y mantienen su fertilidad? Los suelos feraces de la antigua Ática, aquellos de que habla Platón en tiempo pasado, arrastrados por las corrientes y las lluvias, fueron a formar bajos por las costas y dejaron toda la comarca hecha un esqueleto de piedra; lo que sin duda se hubiera evitado con la replantación oportuna.

Donde huye el árbol, viene la muerte. El aniquilamiento de bosques compromete a veces toda una región, desequilibra los climas, perturba el régimen de aguas y vientos, nos deja desamparados ante la metralla de la erosión, esta sorda guerra de desgaste. Y un día enturbia nuestro límpido y radioso valle mexicano en términos tan lamentables que ya, como

Jeremías, alguna vez lloramos su decadencia, entonando la *Palinodia del polvo.*

Porque la venganza telúrica no se hace esperar y nos obliga a respirar polvo. La destrucción de los bosques costó al Asia su empobrecimiento secular: ora sea el Oriente Medio, convertido en fúnebre desierto; ora el Líbano, donde nadie creería que antaño se proveían los navegantes mesopotamios y persas para sus osados "periplos"; ora la China, calva y desnuda, cuyos racimos de árboles en torno a los templos apenas recuerdan la gloria vegetal de otros días; ora la India, no menos devastadora y devastada, que, a falta de otra cosa, usa la majada a manera de combustible, sin poder ya usarla como abono.

La conducta para con los bosques —dicen los profetas del árbol— mide la calidad de los pueblos. La vieja Europa fue sabia mientras supo venerar y amparar sus bosques. El tipo ideal del pueblo civilizado —aventura Glesinger (y hace tiempo que yo vengo incomodando a mis amigos, asegurándoles que se acerca "la hora de Suecia")— es el pueblo sueco, que ha acertado a preservar sus florestas, rodeándolas con una potente red de industrias madereras racionalmente integradas. Pues si el pastel de la fábula no puede comerse y guardarse a un tiempo, en cambio los bosques se conservan bien y prosperan cuando se los explota con método.

Echemos una mirada en redor, dice Glesinger. Prescindamos de los odiosos sustitutos de madera inventados por la locura, aunque concediendo que ellos han determinado notables progresos en las técnicas. Nuestras casas son, en buena parte, de madera; de ella proceden el papel de nuestros periódicos y nuestros libros, y acaso el pegamento del lomo; también la montura de las gafas, la "estilográfica" que usamos, buena parte de los aparatos telefónicos, las películas fotográficas, en ocasiones la misma cámara, el tablero del auto, los neumáticos y otros artículos de caucho sintético, ciertos carburadores, el barniz y la trementina con que se lo borra, las prendas de seda artificial, los falsos cinturones de cuero, algunos perfumes alimenticios, algunas refacciones animales que no resultaron desacertadas, las sulfamidas, no sé qué hormonas, entiendo que la vitamina D, el principio

básico del DDT, un pobre jabón aún no suficientemente dignificado, la misteriosa *lignina* que aún no sirve para nada... ¡Desde las muñecas hasta los abonos —exclama Glesinger con su arrebato característico—, pasando por el celofán, el celuloide, la vajilla, las imitaciones que, en apariencia y calidad, rivalizan ya con la piedra, la arcilla, el metal, las fibras textiles! De suerte, concluye, que aunque se olvidó ya la mera función de combustible —función ayer predominante—, y cuenta habida de las crisis causadas por la escasez, excelente índice sobre la importancia del artículo, podemos desde ahora anunciar para pronto una "civilización de la madera". Y en vista de la futura reorganización económica sobre el "patrón madera", propone leyes restrictivas respecto al consumo por cabeza. La recaudación anual, asegura, alcanzaría en los Estados Unidos no menos de 3 mil libras, contra un mínimo de 50 en China.

En fin, que hable contra la madera quien nunca se tendió a la sombra de un árbol, quien nunca se detuvo ante un banco de carpintería para ver caer los rizos dorados y aspirar ese buen aroma, aura de las infancias terrestres.*

México, VII-1952.

* Sobre este artículo se me han hecho objeciones que vienen a decir: —Sí, los especialistas sí hacemos caso de la madera, menos Cenicienta de lo que usted quiere suponerla. Su estudio y su fomento es objeto de instituciones que trabajan activamente y publican boletines periódicos, informaciones frecuentes y hasta esquelas matrimoniales cuando los injertos lo requieren. —Sea en buena hora.

EL HOMBRE Y SUS INVENTOS

CUANDO Marinetti, en sus manifiestos del Futurismo, hacía el elogio de la máquina, proponiéndola como asunto eminente de inspiración para la poesía * —entusiasmo del juguetito nuevo que embriagó a algunos adocenados—, no se figuraba ciertamente que los "cientistas" recogerían el guante, e impulsados y deslumbrados por sus éxitos, acabarían por postrarse ante sus artefactos, les ofrecerían una adoración supersticiosa y casi reclamarían para ellos el derecho de ciudadanía en el reino de las almas.

Cuando el humorista, durante la Guerra nº I, fantaseaba sobre la posibilidad de que apareciera una nueva fauna marítima, híbrida de submarino y ballena, estaba en su derecho. Pero no diríamos lo mismo del físico ni del biólogo que hubieran pretendido deslizarnos por el gaznate semejantes ruedas de molino.

Cuando el folklore y la poesía han imaginado el muñeco que se emancipa de su creador —el Hombre de Palo de Juanelo en Toledo, el Golem de Detlev von Liliencron en Praga, los temas de Hoffmann y de Heine, el Frankenstein de Mary Shelley en cierto modo, y hasta el homúnculo que, en naciendo, da la espalda al doctor Wagner y tiende los brazos a Mefistófeles—, sospechan ya algo como un malicioso designio, oculto en el seno de la materia, pronta a sublevarse contra el manipulador que la somete. En lo cual, poéticamente, andaban acertados.

Pero ya da mucho en que pensar la actitud de los sabios que, tras de poner el fantasma, se asustan ellos mismos; que inventan el *robot* o la calculadora y luego se echan a temblar, convenciéndose poco a poco de que sus criaturas elec-

* Insospechados antecedentes en *El tren expreso* de Campoamor, canto I, fragmentos II y IX: "fiera encadenada", "león con melena de centellas", "feroz locomotora", "torrente de notas aflautadas", "reptil que entra en su agujero", etcétera.

tromagnéticas abrigan intenciones oscuras, han adquirido vicios humanos —pasiones, fatigas nerviosas, irritabilidad y caprichos—, y están conspirando contra el hombre. Tranquilicémonos: ni siquiera el homeóstato de Ashby ha merecido el libre albedrío.

Toda ciencia incipiente es orillada a estos sarampiones. Así la cibernética: arte de timonear según la etimología griega y el uso de Platón en el *Gorgias* y otros textos clásicos, o más generalmente, arte de gobernar ("timón" vale "gobernalle"), según el sentido de Ampère, *Ensayo sobre la filosofía de las ciencias*. Antecedentes cercanos en Lafitte, *Ensayo sobre la filosofía de las máquinas* (1934).

El término "cibernética" alcanza al fin su valor actual en la obra de Norbert Wiener, *Cybernetics or control and communications in the animal and the machine* (1948), obra que nació de los trabajos bélicos sobre los "sistemas de señales".

El doctor Wiener es casi vecino de México. Pasa entre nosotros buena parte del año, trabaja al lado de nuestros sabios, como Manuel Sandoval Vallarta, y ha dedicado su obra a Arturo Rosenblueth, su compañero de jornadas científicas. Es posible que lo hayáis visto, si os habéis asomado al Instituto de Cardiología, por los alrededores del laboratorio fisiológico. Se ha dicho de él que es "un petrel de las tempestades matemáticas", que "sabe hablar inteligentemente sobre cualquier asunto, caso raro entre los hombres de ciencia", y que "su vasta curiosidad (excesiva según sus detractores) le lleva a ver en los mecanismos ciertas cualidades y posibilidades inadvertidas para las mentes más prácticas" (*Time,* 23 de enero, 1950).

La cibernética abarca varios dominios. Es una abstracción que se proyecta sobre múltiples campos particulares, una síntesis lógica lanzada a descubrir la coherencia entre muy distintas aplicaciones, unas realizadas y otras soñadas. ¡Física, guárdate de la metafísica! Y, en el caso, guárdate de la metáfora, que es, oh cibernética, tu pecado de nacimiento.

Pues, en su afán de relacionar dominios tan remotos como los esquemas electrodinámicos, los biológicos y los sociales *(cave canem)*, la cibernética corre el riesgo de enredarse entre figuras retóricas y entregarse a la prosopopeya incons-

ciente. Concede atributos antropomórficos a la célula fotoeléctrica y habla de la memoria, el cerebro, los ojos, las neuronas y los dedos de un aparato. O, al revés, cae en la fácil comparación entre un sistema para mantener la temperatura constante de las habitaciones y el sistema de descargas adrenalínicas que regulan nuestra tensión arterial. O bien divaga sobre las "señales" y los "registros" (distribución de los datos respectivamente en el tiempo y en el espacio), y sobre las "cadenas directas" y las "cadenas de reacciones" que funcionan en los grupos sociales.

Esta metáfora de la regulación automática lo mismo pudiera aplicarse —y se me ocurre a guisa de ejemplo— a la teoría sobre los orígenes de la vida recién propuesta por Dauvillier y Desguin. Según estos autores, la vida se produjo en la Tierra por efecto de los rayos ultravioletas, que un día podían atravesar sin la menor pérdida la atmósfera transparente de entonces, y que vinieron a sobreexcitar (valga el término) los átomos de los mares. El gradual desprendimiento de oxígeno producido por la misma vida dio origen, bajo la acción solar, a la capa de ozono que, en la estratósfera, ataja y filtra los rayos ultravioletas, impidiendo a la vez que ellos destruyan la vida ya sembrada —a fuerza de multiplicadas combinaciones— y que se sigan produciendo otras aportaciones de vida. Si la vida llegase a desaparecer de la Tierra, entraría en juego la regulación automática: la abundancia de oxígeno libre desaparecería igualmente, la atmósfera volvería a hacerse penetrable para los rayos ultravioletas en todo su vigor y eficacia, y el fenómeno de la siembra vital simplemente se repetiría . . . Hermosa novela científica, que no es más hasta hoy.

Bien se comprende que el paso de la física a la biología es difícil y muy expuesto a deslices. Bien se ve que el paso hasta el terreno social es ya un verdadero salto en el vacío. Como esta ciencia novísima se desprende apenas de la cantera, donde andaba mezclada con muchas otras disciplinas que pasan ahora a ser sus accesorios (la observación física, el estudio de las telecomunicaciones, de los aparatos reguladores, las máquinas aritméticas, los autómatas, la neurología, las estructuras sociales), es natural que parezca todavía va-

cilante, o bien osada y aventurera, dada a las exploraciones atrevidas —uno de sus mayores encantos. Hay que concederle un crédito moral, hay que darle tiempo. Fuerza es que limite sus intentos y rectifique sus ambiciones extremosas.

Entretanto, no nos echen tierra a los ojos contándonos que la máquina supera al cerebro humano por el solo hecho de resolver en unas horas ciertos cálculos que ocuparían a varias generaciones por más de un siglo. Porque la máquina carece de imaginación e iniciativa: posee el reflejo, pero no el retardo en que la reflexión se acomoda; posee el don cerebral del tálamo, no el del córtex. Desde luego, opera mediante la aritmética binaria y no la decimal: propia correspondencia del sí y del no, únicas contestaciones donde faltan la intención, la incitación, la admiración, la duda o la pregunta.

McCulloch se pasma ante el hecho de que este cerebro artificial sea mucho mayor que el nuestro, el cual parece que viene decreciendo gradualmente desde los lejanos días de Cromagnon. Y en vez de entenderlo como un caso más de economía, principio que debiera serle muy familiar, nos sale con este solemne disparate: —¡Acaso ello se deba a que la complejidad de las estructuras sociales hace menos indispensable el empleo individual del cerebro!— Reflexione McCulloch que no hay escala posible entre la dimensión de la máquina y la del cerebro humano. Wiener dice que, para sustituir a éste, aquélla debería tener cuando menos, el tamaño de la Torre Eiffel.

No nos aturdan tampoco asegurándonos que la "Bessie" de Cambridge (alusión a las "funciones Bessel", suerte de logaritmos), u otra de las célebres calculadoras, suele amanecer de mal humor o da en despertar más tarde que de costumbre; porque esto sólo significa que se le han soltado los tornillos o le falta aceite. Ni menos quieran contarnos que la calculadora le tiene inquina a éste o aquél de los laboratoristas, porque todo se reduce sin duda a la impericia del buen señor.

No quieran persuadirnos de que los defectos o desgastes del aparato y la inestabilidad consiguiente son otras tantas fa-

tigas y enfermedades nerviosas, como las que hacen temblar la mano o la boca del perlático.

No nos asusten con la pretendida memoria de los aparatos y sus órganos de retención porque, puestos a usar figuradamente las palabras, más memoria ha demostrado poseer cualquier ladrillo babilónico, la Piedra Roseta o el Mármol Pario. El ábaco, remoto abuelo, estaba más cerca de los dioses y nunca mostró tamaña presunción. La calculadora mecánica de Pascal, ilustre precursora, o las modestas máquinas de sumar que todos usamos (¡inolvidable la "Mariquita Contreras" de mi Legación de Madrid, así bautizada en honor de nuestro matemático ilustre!) jamás gastaron tantos humos.

Reconozcamos, en cambio, que el esquema del autómata ofrece una estructura abreviada donde pueden apreciarse nítidamente los procesos reflejos. Reconozcamos que estos sistemas mecánicos, aunque ajenos a la vida, pueden guiar la mano del biólogo: ventaja de los "mecanismos comunes a los fenómenos dispares", minuciosamente estudiados a principios de siglo por Petrovitch, el profesor de Belgrado. Reconozcamos que la velocidad de la calculadora permite derribar esas murallas de cifras tras de las cuales se escondía más de un enigma científico y que excedían la paciencia y la resistencia humanas. La astrofísica, la meteorología, la química, la economía han resultado singularmente favorecidas a efectos de semejante *Blitzkrieg*. Hasta parece que pronto disfrutaremos de un ajedrecista artificial superior al que conoció Edgar Allan Poe.

El temor legítimo y justificado está en que la máquina exija servicios excesivos. Por lo pronto —típica exacerbación industrial— reclama alimento constante. Parar una máquina es grave desperdicio. Y como este horrible Moloch devora y consume en un instante cuanto problema se le brinda, habrá que inventar problemas incesantemente, y aun más allá de las necesidades científicas. Y si el desarrollo de la letra de molde puede mañana dejar inútil el aprendizaje de la escritura ¿quién sabe si la calculadora nos hará olvidar la aritmética, y un día sustituyamos su estudio por el de ciertas teclas, ciertas manijas y palancas? Y, en suma, para de una vez emplear el habla antropomórfica grata al ciberneta, ¿la

máquina nos salvará o nos convertirá en sus esclavos? ¿Llegará la hora funesta en que las máquinas rijan a la sociedad, como gobierna al hormiguero "el espíritu de la colonia", nueva versión de la "conciencia de la especie", cantada por Giddings?

En el mito heroico de ayer, las hormigas se convertían en hombres: así los mirmidones de Éaco, el abuelo de Aquiles. Hoy, inversamente, los hombres aspiran a metamorfosearse en hormigas. Se extasían ante la espléndida administración del hormiguero y sus castas especializadas. Por extraño caso de *ressentiment,* aplauden el que estos animalitos de Dios nunca levanten monumentos ni túmulos a ninguna hormiga de genio.

México, 11-VII-1952.

DIGRESIÓN SOBRE LA COMPAÑERA

[Cuando publiqué, en *Ancorajes,* ciertos "Fragmentos del Arte Poética", me olvidé de recoger esta página que corresponde al mismo espíritu.]

La creación literaria es cosa de laboratorio secreto. Quienes más de cerca rondan el misterio de tal creación, aun sin sospechar necesariamente toda su hondura, son las mujeres, las pobres mujeres de los poetas. Ellas, en cierto modo, han de acompañar el acto solitario, pero tienen que quedarse siempre a la puerta. Difícil es convencer a la Musa de carne y hueso de que también está cooperando, por inspiración y función vicaria, en este raro engendramiento. La compañera del poeta ha de ser una mujer de singularísimo temple, y casi toda ella sacrificio. La elección de la compañera adecuada no es indiferente en ningún estado de la vida. Si se profesa el estado poético *(per me si va tra la perduta gente),* la elección es más peligrosa todavía. Tanto porque el poeta suele ser, profesionalmente, una suerte de Licenciado Vidriera, como por la desgracia que sería echar a perder la más excelente de las ambiciones en aras de una vulgar Jantipa. Reflexiónese en la situación de Tolstoi, que murió sin quejarse, y en las quejas que ha dejado oír su viuda. Reflexiónese en el cuitado Strindberg, cuya manía de perseguido él mismo nos describe en su *Inferno,* y de quien la viuda nos cuenta en su obra *Esposa del Genio.*

Anatole de Monzie escribió una vez un libro acerbo —*Las viudas abusantes*— donde acusa a algunas mujeres de escritores que han explotado la fama póstuma, haciéndose pasar por dulces madrinas del que ya no puede rectificarles: la Teresa de Rousseau, la María Luisa de Napoleón, la Carolina de Comte, Mme. Claude Bernard, la Atenaida de Michelet, Cosima Wagner, la Condesa Tolstoi, la Sofía de Lassalle, etcétera. A su galería podemos añadir el caso de las viudas

Gómez Carrillo: dos de ellas, cuando menos, han pretendido ridículamente presentarse como amparadoras y consejeras de aquella criatura indefensa. ¡Indefenso Gómez Carrillo!

Desde luego que, para el poeta, cualquier mujer, incluso la propia, puede ser una inspiración. Aunque Lope, que lo dijo y no siempre lo practicó, nos amonesta cuerdamente:

Que el que es hidalgo, don Juan,
con ninguna es más galán
que con la propia mujer.

Pero la verdadera misión de la esposa —y hasta donde la cumpla merecerá el agradecimiento de la posteridad— es más difícil y abnegada. Su misión es anular en torno al poeta las preocupaciones extrañas, acallar los ruidos parásitos, evitarle las materialidades enojosas, respetar y hacer respetar su sueño de ojos abiertos, y —oh dioses— llevarle el genio sin que se note demasiado. "El papel de la esposa (durante la gestación de la obra) dista mucho de ser una canonjía", confiesa Mme. Georgette Jean-Jacques Bernard, en una delicada página sobre los deberes de la mujer del dramaturgo.

Gran responsabilidad incumbe a la compañera del poeta. En Lope de Vega, hombre representativo de la vocación literaria, es fácil apreciar la huella que dejan las mujeres. Por lo cual he dicho: "Sería ya hora de llamar a cuentas a todas aquellas sombras graciosas" ("Silueta de Lope de Vega", en *Capítulos de Literatura española,* 1ª serie, p. 75). Por lo cual gritaba Rubén Darío: "Cultiva tu artista, mujer." No todos convencen y amansan a la vida, como Goethe el universal, el pánico, cuyo secreto en estos trances fue el aprovechar para las jornadas de su viaje —siempre que humanamente se pudo— los rumbos mismos del huracán, maestro sin par de sus agujas. Aunque, cierto, nadie sabe los muchos caminos posibles de la salvación, y a lo mejor la casquivana Lady Divine puso en los nervios de Nelson aquel estremecimiento que había de llevarlo hasta la victoria de Trafalgar. "Si el pobre Churruca, en vez de tener por esposa a una triste vascongada casera, insignificante, santa, cocinera, fregona, zurcidora y barrendera, que nada decía a su imaginación, hubiera tenido amores con una cortesana como Lady Hamilton . . ."

("La pérdida del reino que estaba para mí", en *Simpatías y diferencias,* 2ª ed., II, p. 221).

No penséis que estamos divagando sobre meras frivolidades. Ya Fray Luis de León amonesta a su "perfecta casada" con las enseñanzas del Espíritu Santo. La asociada del trabajador del espíritu debe ser terreno propicio para las siembras y cosechas de este poético labrador. El temperamento del creador debe solazarse en el ambiente que ella le procura. Hemos escuchado, hace años, en Buenos Aires, las públicas y apenas disimuladas confesiones de un matemático esterilizado por un matrimonio infeliz. El matemático (o digamos, el poeta, que tanto monta), casi se disculpaba con sus oyentes, considerándose, como los héroes antiguos, víctima de una *Ate* funesta, de una intromisión dañina y extraña a las fuentes de su ser: un agua turbia, bajada de ajenas vertientes, había venido a empañar el "lago de su corazón", que decía Dante. Los recelosos, como Julien Benda (y *La Croix de roses* nos dio el análisis novelesco de un aniquilamiento causado por vanas solicitaciones amorosas, en la peligrosa edad de *la beauté du diable,* edad y belleza que todos hemos conocido un instante), los recelosos como Julien Benda prefieren que el intelectual no se case, tipo de solución por la fuga. Baudelaire, que no tenía hogar (y aun pretenden que era inhibido), considera la elección de amante, en sus consejos al joven poeta, y acaba por recomendar "la" *pot-au-feu* o bien el animalillo gracioso. Eso no basta: "la" *pot-au-feu* es cocinera y no compañera; y el animalillo gracioso puede ser un lujo ocasional, un jueguecillo, pero no un estado permanente: nadie se nutre de bombones. "Mi esposa es de mi tierra; mi querida de París", declaraba Rubén Darío, y yo quise comentarlo así: "En la primera etapa (la del 'estetismo' de antaño), el acento patético es despectivo para la palabra *esposa,* a la que se considera como elemento prosaico, vulgar, burgués; y es sagrado para la palabra *querida,* a la que se considera como símbolo de la poesía y la libertad ideales. En la segunda etapa (la ético-estética), el acento patético es sagrado para la palabra *esposa,* elemento básico de la familia, fondo sólido de la vida: lo propio, lo del hogar, lo de mi tierra; y es, si no despectivo, al menos risueño sobre la

palabra *querida:* jugueteo, pasatiempo, placer y agrado pasajeros" (*Simpatías y diferencias,* II, pp. 123-124). Goethe se arregló una combinación de *pot-au-feu* y animalillo gracioso y —aunque en las *elegías romanas* se nos disculpa asegurando que es dable contar los hexámetros, con dedo musical, en el dorso de una muchacha— la verdad es que siguió tan solitario como antes. No: hay que dar con la verdadera pareja moral, la que contempla el sabio Ramón y Cajal en sus consejos para la carrera científica. (Ver: "Estado de ánimo", en mi libro *Vísperas de España,* p. 34.)

Por mi parte, declaro como el marinero del "Conde Arnaldos":

> Yo no digo esta canción
> sino a quien conmigo va.

Pero escúchenme los que piensan tomar mi barco: En esta materia melindrosa, los cuatro enemigos del alma, para el poeta, son:

1º la poetisa, que exige para sí, por propio e indiscutible derecho, lo que difícilmente podría darle al compañero;

2º la marisabidilla, la falsa intelectual, que desvía las cosas espirituales por todas las veredas equivocadas;

3º la *snob* o diablesa mundana, que, como un collar más, se cuelga al poeta en la garganta, y lo deshace despiadadamente, arrastrándolo por los salones;

4º la mujer vulgar o ignorante, que puede exasperar hasta el crimen. No hay que exagerar, por supuesto; no hace falta una Enciclopedia con faldas, y una que otra falta de ortografía es disculpable y nos comunica el confortante sentimiento de nuestra grandeza. Hemos escrito en alguna parte que la ortografía es la única superioridad mágica que el hombre posee sobre la mujer.

Y la mujer de letras ¿no tiene también sus derechos? Menguado sea quien lo niegue. Pero la mujer de letras no era nuestro asunto. Ella, para los fines de esta somera descripción, se equipara en un todo al hombre de letras. Es un compañero más. Vea ella cómo se las arregla para buscarse la pareja que le conviene. Yo no puedo aconsejarle nada: no soy Tiresias, que viajaba de uno en otro sexo. Yo ignoro su punto de vista.

Y en cuanto a la asociación entre literata y literato, claro que muy bien puede darse, pero no creo que fácilmente en nuestros climas: ¡demasiado hermoso para ser cierto! Más parece un caso de confusión de fronteras (o de sentimientos) que no un verdadero equilibrio de conductas.

México, VII-1952.

SISTEMA MÉTRICO UNIVERSAL

—¿QUÉ fantasía es esa de un Sistema Métrico Universal? —pregunté a Teodoro Malio—.* Me habló usted vagamente de ella, como de una de tantas extralimitaciones científicas...

—Sí —me interrumpió—. Una de esas ideas de ingenieros metidos de pronto a metafísicos, que quieren medir hasta el peso y el tamaño de las ideas generales.

—¡Ah, ya! Los que alguna vez hemos llamado "teólogos experimentales".

—Por ahí va la cosa. Se trata de un coronel de Estado Mayor, con quien viví bajo la misma tienda en las últimas campañas de Europa. Era un británico; pero no, no era Bramble. Cuando colaba su whisky, divagaba en voz alta. Y así, en las últimas trincheras de la ciencia y del sueño, me proponía esta conmensuración del mundo:

Geometría.

1. La distancia entre dos puntos es una línea.
2. La distancia entre dos líneas es una superficie.
3. La distancia entre dos superficies es un volumen (un espacio físico).

Metageometría.

4. La distancia entre dos espacios es un tiempo.

Psicofísica.

5. La distancia entre dos tiempos es un recuerdo.

Psicología.

6. La distancia entre dos recuerdos es una vida.

Sociología.

7. La distancia entre dos vidas es una historia.

* Sobre este personaje, ver *Ancorajes*, pp. 91 y sigs., *El plano oblicuo*, 1920, p. 108.

Ciencias Naturales.

8. La distancia entre dos historias es una geografía. (Hay que explicarlo: el que dos historias se sucedan en el mismo escenario terrestre no es objeción, pues en toda pureza científica el escenario está en cambio incesante y nunca vuelve a ser el mismo.)

9. La distancia entre dos geografías es una geología.

Astronomía.

10. La distancia entre dos geologías es un planeta.

11. La distancia entre dos planetas es un sistema solar.

Cosmogonía.

12. La distancia entre dos sistemas solares es un universo.

13. La distancia entre dos universos es Aquello que no debemos nombrar.

—Es ingenioso, y nada más.

—Lo reconozco. De estas trece proposiciones ninguna es obvia. Algunas nos lo parecen por arrastre adquirido. Otras todavía sobresaltan a los espíritus desatentos. Revocarlas a duda, y fundarlas otra vez sobre la misma tabla rasa de un pensamiento candoroso, es una suerte de provechosa higiene mental, de ética científica. Además, esto nos permitiría, de paso, en esta nueva clasificación de las ciencias que, sin querer, va resultando, visitar de cerca otras provincias del ser o del conocer que ya no tienen por fin la conmensuración.

—Aquí es donde yo comienzo a dudar —le dije.

—Por supuesto —repuso—. Pero ¡qué pobre inteligencia la que sólo quiere conocer y examinar lo que acepta! Déjeme usted ahora acabar con algunos escolios: Aquí el Coronel explicaba menudamente sus proposiciones: y no sé cómo, se las arreglaba para sacar de ahí toda una teoría de las artes. Después, se extendía sobre las vidas que no percibimos por exceso de magnitud.

—Creo que es una idea bastante aristotélica.

—Tal vez, apurando un poquillo. Ejemplos: el Gheón, el Ion, etcétera; todo nuestro planeta entendido como un posible ser en marcha . . .

—Y nuestro universo todo —le interrumpí— como el glóbulo de sangre de un gigantesco insecto, según Anatole France en el *Jardin d'Épicure.* Pero ¿y la Ética?

—¿La Ética? ¡Ah sí! Se le ocurrió que la regla moral consistía en hacer rendir plenamente su contenido al tiempo humano, y prescindía de todo principio de valoración de los actos.

—¡Qué atrocidad!

—Sí, y que el trabajo era la única regla moral, pero el trabajo entendido como cosa en sí . . .

—¡Qué maldición!

—De suerte que pretendía reducir la Ética a una especie de Geometría aplicada, y decía que la suya sí que era una Ética demostrable al modo geométrico, y no la de Spinoza.

—Sospecho que no tendrá noticia de Montalvo, ni de su obra metafóricamente llamada *Geometría Moral.*

—Por de contado. ¿Quién lee a los hispanoamericanos? Además, distinguía entre la Ética, disciplina descriptiva o teórica, y la Moral, código preceptual, práctico. Y todavía decía hallar no sé qué errores de medida al pasar de la una a la otra, como con una regla de transportar que estuviese mal ajustada. Y, en fin llegaba a los "gusanos de cuatro dimensiones" de Proust, a los hombres injertos en el Espacio-Tiempo, roedores cosmogónicos. Cada intersección de estas cuatro dimensiones —las tres del espacio más la del tiempo— es un punto. Y el punto, insistía, no es más que un suceso, de donde "sucesión".

—¡Con Einstein te veo!

—Eso le dije. Pero no sé qué argüía contra Einstein. Por lo cual preferí mudarme de tienda. Siguió hablando solo varios días, y cayó muerto.

—¿Bomba?

—No: arteria. Lo más interesante de sus doctrinas era la Teoría Semántica del Espacio. Según él, los lugares del espacio tienen por sí mismos una significación. El espacio es jeroglífico, y desde luego todos los sistemas objetivos de comunicación inteligente, desde los más rudos y primitivos, desde los más toscos cipos hasta la escritura actual, no son más que indicaciones sobre el espacio. Yo, al escribir, señalo

los espacios de la página blanca que me interesan, eso es todo.

—Pero me figuro que su filósofo extravagante querría referirse también al valor estético y estimulante de las simetrías espaciales, que fueron ya un estímulo para Copérnico.

—Así es, en efecto —me dijo Teodoro—. Y también el orden, la noción de "cada cosa en su sitio y un sitio para cada cosa", la del "arriba y el abajo", el "antes y después", el "delante y detrás", el "de éste y de aquel lado", el "ayer y mañana" (el "hoy" no existe), los interpretaba como otros tantos desciframientos del sentido o significación del espacio. Todos, si no desciframos (que es donde él exageraba), adjudicamos un sentido al espacio a cada paso de nuestra vida: los papeles que pongo aquí, para el despacho de hoy; los que pongo acá, para el de mañana; allá los libros leídos, y más acá los por leer; en este ángulo de la mesa los que pueden ya guardarse en los estantes, y en el otro los que todavía debemos agradecer a los autores; la primera fila de asientos, para la gente más importante; el lado derecho, para la señora; la acera, para la persona de respeto, etcétera. Y aquí entramos ya en el sentido ceremonial del espacio, simple capítulo de la magia.

—Cuando yo escribo de prisa —observé— dejo, como en una nota no escrita, una alusión mental hacia cierto lugar de mi biblioteca, donde está el libro que de he consultar para verificar una cita en la que de pronto no puedo detenerme. Desarrollo mi idea y, sólo cuando acabo, saco de mi depósito interior esa especie de anotación tácita, consulto mi brújula subjetiva, sigo la manecilla, y busco y compulso el pasaje en cuestión.

—Todo eso es semántica del espacio. Pitágoras, que adjudica significado a la dimensión, es un precursor. Para Pitágoras el hombre es 3, la mujer es 2, el matrimonio es 5, la Justicia 4 —producto de los factores iguales 2 por 2—, la amistad es 8: armonía o escala musical. Cronos es un triángulo, Zeus un dodecágono.

"Este don tectónico o constructivo que aplicamos aun a los espacios vacíos, también crea las avenidas del tiempo. Guyau decía que es nuestra intención quien ordena verdaderamente

el porvenir, como una perspectiva cuyo centro de proyección somos nosotros. El complejo espacio-tiempo-conciencia es la mónada trifásica, como la Hécate antigua, en que vivimos alojados, y acaso aislados."

—¡Cuidado con el solipsismo! ¿Y qué hacía el filósofo anónimo con la idea de la continuidad?

—A veces lo escuché decir algo como esto: —Aceptemos para facilidad de la explicación que el tiempo se parte en instantes, el espacio en puntos. Los instantes-puntos son las junturas o ataduras en los hilos de la existencia. Para que la "durada real" de Bergson sea también "evolución creadora", no puede ser mera durada o continuidad de la nada, como quiere otro metafísico, sino existencia y vida. Luego, suceso. Luego, instante creador. Y si instante creador, novedad, discontinuidad. "Salto cuántico" en la física, y "mutación súbita" en la biología.

"Y como el hombre era un realista del tipo inmediato o candoroso, la realidad se le volvía objeto, cosa. Pues el realismo de los objetos busca su primer apoyo en un verdadero realismo de la extensión. La base de su conocimiento es el cuadro espacial, y la localización es la única raíz verdadera de la *sustancialización.*"

—Me marea tanta vuelta de noria.

—Pues dejemos al rumiante metafísico charlando a solas, en la noche, bajo su tienda, y vamos a otra cosa.

—Después de todo, nos ha convencido de que nosotros adjudicamos un sentido al espacio —dije—, pero no de que el espacio sea en sí mismo semántico. Me ha convencido del idealismo, y no del realismo.

México, VIII-1952.

LA "BERNARDINA" Y EL TRUEQUE MUDO

ÉPOCA la nuestra de charlatanería y alharaca, en que se pretende hacer pasar por ciencia o doctrina *(epistéme)* las cosas de mero sentido común o de opinión *(doxografía)*, o peor aún, las de mera vanidad o engreimiento *(doxosofía)*. Ya hay maestría en artes de anuncio comercial, y creo que pronto habrá doctorado. Las universidades no se avergüenzan de acoger en su seno las misteriosas técnicas del reclamo, que hasta hoy, pobres de nosotros, confundíamos con la pericia del chalán que vende en la feria la mula tuerta, previa la consabida "cantinflada", o sea "bernardina" o "berlandina", destinada a aturdir al cliente. Porque, allá, en nuestra ignorancia propia de otros tiempos que ya nunca más volverán, nosotros seguíamos ateniéndonos al refrán de los antiguos hidalgos: "El buen paño en el arca se vende." Y creíamos, por ejemplo, que los buenos libros como que sufren menoscabo si se los pregona mediante anuncios luminosos. Al inventar tretas y mañas para mejor colocar el artículo en plaza le llamaba un satírico portugués del siglo XVII "hacer dieguiños", curiosa expresión de que no hemos encontrado exégesis.

Pero —me diréis— ¿no tiene siempre que hacer sus guiños o dieguiños todo el que ofrece algo a la venta, al cambio, siquiera a la mera aceptación del prójimo? ¿No ha de avisarlo de algún modo, a riesgo de que nadie se percate de que trae su buen paño en su arca? Seguramente que sí, pero en todo hay su proporción y medida. Y no deja de haber nobleza, si se lo compara con los regateos o los excesos de la solicitud y la oferta, en ese sistema vetusto, conservado aquí y allá como muestra de la dignidad arcaica, que los alemanes llaman *stummer Handel*, y los franceses, *commerce par dépôts*.

Sean algunas muestras de estas dignas y señoriales prácticas con que nos aleccionan los bárbaros:

He aquí lo que cuenta Herodoto, sin duda refiriéndose a alguno de aquellos litorales del África Occidental que el explorador Hanno había visitado medio siglo antes, con miras de abrirlos al tráfico de Cartago:

> Nos refieren los carquedonios (los cartagineses) que, en Libia, más allá de las Columnas de Hércules, hay cierto paraje poblado, donde suelen ellos aportar y sacar a tierra sus géneros y mercaderías y, tras de dejarlos en el borde mismo del mar, embarcan de nuevo y, desde su barcos, alzan humaredas para dar señal de su arribo. Apenas lo ve la gente del país, acude a la playa, donde a su vez deposita cierta cantidad de oro, valor del trueque, y luego se aparta a su turno tierra adentro. Los carquedonios bajan entonces, y si les parece que el oro ofrecido corresponde al precio de sus artículos, se lo llevan consigo y se hacen a la mar; pero si no les parece bastante, vuelven a las naves y allí esperan a que los naturales traigan nuevas aportaciones de oro, hasta que no se dan por pagados. Y se asegura que nunca hubo fraude, pues ni los unos tocan el oro mientras no alcanzan el justo precio de sus cargas, ni los otros tocan las cargas mientras no ven que su oro ha sido aceptado (IV, 196).

Tal es la práctica del "trueque mudo", donde no hay lugar a reclamos ni a bernardinas indecentes, donde cada uno guarda señorialmente su distancia, y que parece lo más respetuoso para la confianza del trato, las conveniencias sociales y hasta los respetos religiosos y bélicos. Pues los respectivos dioses no se ven afrentados al encararse unos con otros, y aun los pueblos hostiles o en estado de guerra pueden trocar lo que les conviene, sin traiciones ni componendas subrepticias.

Plinio menciona también el "trueque mudo" como práctica establecida para el comercio de la seda entre los seres (los chinos) y los mercaderes de Ceilán.

Mucho tiempo estos relatos se tuvieron por fabulosos, pues antes del despertar de la moderna "conciencia antropológica", cuanto era diferente de lo nuestro parecía falso. Pero numerosos viajeros de la Costa de Oro y aun de tierra adentro han comprobado la veracidad de los testimonios. El caso está hoy documentado en abundantes relatos y descripciones, no sólo referentes a África, sino también a la Rusia septentrional, Laponia, la India, Ceilán, las islas de Sumatra,

Timor y la Nueva Guinea. Miss Kingley cree rastrear esta costumbre —antecedente del tráfico de esclavos— hasta los días del mercader veneciano Cadamosto, que exploró por tierras de Gambia en 1455 y 1456, al servicio de don Enrique el Navegante.

Al comenzar el siglo III, Filóstrato cuenta que Apolonio de Tiana, un supuesto pitagórico del siglo I, se encontró en Sicamino —linde de Egipto y Etiopía— con gran cantidad de oro en lingotes, telas, un elefante y varios atos de raíz de mirra y algunas especias, todo ello amontonado en el cruce de unos caminos sin que nadie, al parecer, lo cuidara. El sitio era un mercado de etíopes, donde éstos ofrecían sus productos, silenciosa e invisiblemente, en trueque de los productos egipcios equivalentes, "cambiando así lo que poseían por lo que no poseían". Y Apolonio observó:

> ¡Qué contraste con nuestros buenos compatriotas, los helenos! Ellos pretenden que no pueden vivir si cada moneda no sirve para conseguir otra, y si no fuerzan los precios de sus artículos regateando o escondiéndolos; y he aquí que uno anda pregonando que tiene una hija casadera y que es tiempo de desposarla; y el otro, que su hijo acaba de entrar en la edad adulta; y el de más allá, que necesita pagar su cuota al club; y el cuarto, que está edificando una casa; y el quinto, que le avergonzaría ser menos ducho que su padre en el trato de los negocios. Pero ¡qué espléndido sería si la riqueza fuera menos preciada y hubiese algo más de igualdad, y si —como suele decirse— *se dejara que el hierro se enmohezca en el suelo!* Pues entonces todos los hombres se pondrían de acuerdo fácilmente y toda la tierra sería una hermandad (VI, 2).

Muy bello, sí; y nosotros por nuestra parte, admiramos el trueque mudo. ¡Ay, pero ya el trueque por sí solo ofrece tantas dificultades!

> Los hombres de la era del trueque —escribimos hace muchos años— han de haber sido muy perspicaces, profundamente analíticos, muy sensibles al peso, dimensión, sustancia y calidad de las cosas; unos artistas consumados. ¿Cómo había yo de adivinar, por ejemplo *(sin la moneda),* que cuatro tarjetones para unos retratos de familia me iban a costar lo mismo que un paraguas, que ocho tomos de la Home University Library con sobreprecio de guerra, que cuatro "archivadores" de cartón, que un par de

zapatos no muy finos, que ciento sesenta pasteles, que ocho kilos de azúcar, que ciento sesenta postales y que dos sacos de herraj para el brasero? (*Calendario,* Madrid, 1924, pp. 122-123.)

¡Y luego viene el problema de las fluctuaciones! Pues los datos aquí copiados, que más o menos corresponden a los años de 1915, ya parecen hoy imposibles. Y el intermediario es tan abominable como se quiera, sea humano o sea metálico, o sea simbólico: sea "coyote" o corredor, o sea moneda o billete. Pero ¿cómo convencer al carnicero de que me dé un buen trozo de solomillo a cambio de un soneto petrarquizante?

Curiosa modalidad del trueque mudo, las llamas que, en las mesetas bolivianas, venden su propio guano, llevando encima una bolsa con el abono y otra bolsa para recibir las monedas. Curiosa supervivencia del trueque mudo, el caso de cierta Ana Dickinson, de Roxbury (Connecticut), referido recientemente por la revista *Guideposts:* al lado de una carretera, una tienda solitaria con un letrero que dice: "Abierto, despáchese usted mismo." Hortalizas, huevos, frutas, flores, todo con sus respectivos precios, y un jarro que hace de caja registradora. La dueña, invisible para sus clientes, abastece su comercio muy de mañana, y recoge las ganancias a la caída de la tarde. Lleva más de dos años en este negocio y hasta hoy no ha sido defraudada, pues, como ella suele explicar, no hay como demostrar confianza a la gente para que ella corresponda. Aun se ha establecido un cambio de recados, cartas y presentes entre la vendedora y los compradores.

México, VIII-1952.

SUPERVIVIENTES

HAN dado en frecuentarme estos días las imágenes de algunos supervivientes: nuestro Enrique González Martínez, Sir Max Beerbohm, George Santayana... Llamo a los tres supervivientes, porque el primero sigue junto a mí y no acaba de irse, el segundo cumplió hace días sus ochenta años y pertenece a un mundo ya extinto, y el tercero, fallecido recientemente a los ochenta y ocho, sin duda vivió más de la cuenta.

Enrique está aquí. Me refiere uno de aquellos casos chuscos a que era tan aficionado; suelta una de aquellas carcajadas íntegras, ilesas, cuyos filos nunca se embotaron a lo largo de dieciséis lustros. A veces, creo que seguimos conversando en versos improvisados, como solíamos en los ratos de ocio; versos rellenos con fórmulas hechas para los momentos de apuro, a la manera de los payadores y los "verseros" rústicos. Otras veces, casi va a dictarme algunos poemas que no tuvo tiempo de escribir. La verdad es que —a mis ojos al menos y acaso por efecto de la cercanía—, Enrique es, de los tres, el único que no se ha agotado del todo. Todavía se llevó un crédito contra la vida. Dejó alguna labor inédita, amén del *Narciso*. ¿Y no seguirán sus versos organizándose en cierto rincón del infinito?

Sir Max Beerbohm: He aquí su último retrato, sentado en su terraza de Rapallo —Ferney de este Voltaire—, a la veraniega, medio derrumbado en la butaca, delgado y huesoso, tumbado el sombrero de paja en ese gesto de presunción juvenil que sólo les sienta a los abuelos, algo fatigada la expresión y con un dejo de actor nato, tan afinado de casta (comenta conmigo Moreno Villa) como los ancianos andaluces de buena cepa. Cuando se dice "Max", se habla del dibujante, del caricaturista; cuando "Max Beerbohm", se habla del escritor, del autor del *Seven Men*, del *Happy Hypocrite*, del *Enoch Soames* o la *Defensa de la Cosmética*. Ello nos

traslada a los tiempos del Café Royal y sus mesas de dominó, a los tiempos de Aubrey Beardsley y *The Yellow Book;* a la juventud de Chesterton. Nos lleva a la prehistoria de Shaw, de Gordon Craig, de Will Rothenstein, aquel muchacho tan paternal que hasta lo era con Whistler, Wilde, y Edmond de Goncourt, el cual le llevaba veinte años. Sir Max, a comienzos del siglo, escribía crónicas teatrales para *The Saturday Review*, y era tal su ecuanimidad, su mesura (salvo al enfrentarse con Clement Scott, crítico de *The Daily Telegraph*), que Edmund Gosse lo tenía por el hombre más sabio de su época. También poseía el don de la parodia, al punto que Arnold Bennet o John Galsworthy dudaban si ellos habrían escrito realmente las imitaciones de Sir Max Beerbohm. A los veintitrés años tuvo la humorada de decir adiós a la literatura, aunque no la abandonó, naturalmente, sino que siguió con sus *pseudo-apocrypha.* "Me siento ya algo atrasado —escribía—. Pertenezco a la era de Beardsley . . . No me alejo con tristeza, no. Estar más allá de la moda es ser un clásico, siempre que se haya escrito bien." Con razón le dice ahora Robert Graves: "Max, aunque llegues como el patriarca José a los 110 años, nunca serás un aburrido."

Y en fin, George Santayana, viejo del gran estilo y de los ojos saltones, que completa la trinidad de los veteranos, al lado de Croce y de Russell. Cierto que todos andamos de visita en la Tierra, y nada más. Pero ¿por qué Santayana me parece el huésped por antonomasia? Español, mas desarraigado, y desarraigado por la cabeza como diría Gide. Bostoniano, mas irremediablemente extranjero. Gran prosista inglés, mas intruso en la lengua inglesa. Recluido hace años en la casa religiosa de Roma donde fue a morir, lejos de este mundo. Ya sólo quedaba entre nosotros de cierta manera espectral. Aun su filosofía, esa filosofía de intenciones estéticas, era cosa de otra edad geológica. Si se ha dicho de Henry James, el norteamericano anglizado, que, a pesar de todo, era en Londres un solitario, con mayor razón puede afirmarse de Santayana, este "ermitaño melodioso", que —habitante de otro planeta— pasó de viaje por las letras y los países, como hombre que venía de otra parte e iba a otra parte. Era un desterrado, un trashumante, no en vano

heredero de los filósofos presocráticos. Niño sin juegos, hombre sin hogar, escéptico y un tanto epicúreo, objetivo y sereno hasta la insolencia, se diría que contempló desde Sirio las últimas vicisitudes históricas. Dejemos sus doctrinas: hizo cuanto cabe hacer con la inteligencia, y mucho menos con la intuición. Recuerda —para el buen entendedor— la paradoja de Mendelssohn, a quien le negaron la inspiración musical porque era hombre rico. Sólo pudo sobrenadar en la balsa de la prosa perfecta. Para mayor perfección, murió en sueños. ¿Vivió en sueños, oh Calderón?

México, X-1952.

ADÁN Y LA FAUNA

SÓLO el hombre es capaz de hablar, si prescindimos de ciertos esbozos zoológicos que apenas anunciaban el lenguaje. De aquí los antiguos retóricos inferían la dignidad de sus enseñanzas y su oficio. Sólo el hombre, en la naturaleza, es ente parlante. Hay pájaros músicos, pero no hay pájaros oradores. Lo que, al fin y a la postre, es una suerte. Cuando trina la alondra, Julieta sabe que va a amanecer, y Romeo comprende que es hora de separarse de su amada. Pero ¿qué hubiera sido del inmortal pasaje de Shakespeare si, en vez de la alondra, algún orador alado se hubiera puesto a sermonear desde un árbol? "¡A casita, Romeo! ¡Mira que los padres de Julieta van a despertarse, y estos Capuletos son de muy mal genio, y la tienen especialmente con la gente de tu familia!" Etcétera.

Si sólo el hombre es capaz de hablar, en el sentido cabal de la palabra y dejando aparte los rudimentos del lenguaje zoológico, en cambio algunos animales, los animales domésticos superiores, dan muestras de entender suficientemente ciertos elementos del habla humana; los indispensables, al menos, para la convivencia con el hombre. Así los caballos, los perros y los gatos. Si nosotros solemos decir que "quien con lobos anda a aullar se enseña", estos animalitos bien podrían decir para su coleto que quien con hombres trata se enseña a entender algunas palabras. Pero sólo algunas palabras, mediante la asociación estable que llega a fijarse, en la mente animal, entre tales palabras y algunos de nuestros actos repetidos. El perro acaba por entender que a la expresión "¡A comer!" sigue siempre una distribución de los bienes de este mundo; y el gato, que a cierto tono irritado de voz sigue siempre un manazo.

Esta relación invariable entre determinada expresión bucal y determinadas acciones que la siguen crea en el animal un hábito fisiológico, que es una forma de lo que llaman los

especialistas "el reflejo condicionado". Los lectores de Pavlov, quien se consagró al estudio de estos mecanismos vitales, saben que la "condición" de tales "reflejos" no es necesariamente la voz humana, sino una seña cualquiera ya establecida por el hábito. La salivación especial que se produce con la esperanza del alimento —ese "hacerse agua la boca" que todos conocemos— aparece regularmente en el perro cuando oye el silbato con que se lo ha acostumbrado a acudir a la comida.*

Como quiera, el perro es capaz de aprender muchas palabras. No así los demás animales domésticos. Y en general, el hombre prefiere por eso, para comunicarse con ellos, una especie de lenguaje rudimentario especial, adecuado a la simplicidad de nuestros hermanos inferiores.

Al perro, para llamarlo, o para ofrecerle amistad e inspirarle confianza, se le dice: "bs-bs-bs", acompañando la expresión con cierto frotamiento de los dedos semejante al espolvorear de la sal; o para lanzarlo contra el adversario, se le dice: "¡júchila!" en México, "¡chúmbale!" en la Argentina y "kse! kse!" en Francia.

Al gato, según los países, se lo llama con el "bicho-bicho" de vocales cerradas, "mimi, minet", "müs, müs", "puss, puss", etcétera; y en Francia he oído alejarlo con un "feuth!"

Para el pollo tenemos la pretendida armonía imitativa "pío-pío", que —según el testimonio de Rostand en el *Chantecler*— en francés será "petit-petit".

En Francia también, se aleja al cerdo con un "Prrreuh", y se llama a los patitos con un "toui-toui, touri, touri", que nosotros más bien diríamos "cuac-cuac"; y se espanta a las aves con un "J't choh, choh!" En Alemania, se las llama con el grito: "Putt! Putt!"

El animal de montura, carga o tiro —caballo, burro, buey, etcétera, entiende en Francia de "Hi, hûo"; en Alemania, de "Ghii"; en Inglaterra, de "Gee, geeho", y en los países hispánicos, de "Arre, jo, hucho-jo, ceja, huesque, chau, hóchiquis, eye": verdaderas señales de tránsito para el alto, avance, retroceso, izquierda, derecha, etcétera. En la Argentina se

* En adelante aprovecho algunos pasajes de mis libros *La experiencia literaria* y *El cazador*.

usa, para excitar al caballo, "Hico, ico", acaso común con otros países latinoamericanos. Unos dicen que viene de "caballico"; otros, que del latín "i!" (¡anda!). Y para calmar al caballo, el gaucho grita "¡ingo!" por "¡pingo!" (o "penco", entre nosotros). Para doblar a la derecha, en Francia dicen "Hüe, huehaut!"; en Alemania, "Hott!"; y a la izquierda, en Francia, "Dia!"; en Alemania, "Wist! Schwude! Har!"; en Inglaterra, "Hoi!"; en España, "¡Re-re!" Para parar, en Francia, "Euh-heuh!" (todavía el "Eheu" latino, que da nombre a un poema de Rubén Darío); y en Alemania, "Bourr!" En Francia también, suelen acariciar o llamar al caballo diciéndole "Toto!"

Hace muchos años, cuando todavía corría entre San Sebastián y Fuenterrabía el tranvía de mulitas, yo oí a un conductor estimular así a su mula Peligros, en vez de usar el látigo: "¡Peligros, que saco la navaja!" Y la mula echaba a correr.

El arriero italiano grita "Arri!" a su burro. Y dice la anécdota que, cierto día, Dante se encontró a un campesino que recitaba a voz en cuello, para poblar la soledad de su jornada los versos de la *Divina Comedia,* interrumpiéndose de tiempo en tiempo para gritar "Arri!" a su burro. El poeta, furioso, se arrojó sobre él y, desmontándolo a golpes, le dijo: "¡Asno! ¿Dónde has visto que yo haya puesto *Arri!* en mis versos?"

Algunas de las expresiones anteriores pretenden imitar el grito o ruido animal mismo; pues esta imitación es uno de los juegos que el hombre puede permitirse, gracias a su instrumento de articulación oral, mil veces más apto que el del elefante del circo Orrin (¡oh, recuerdos de la infancia!) el cual aprendió a decir: "Fafá", o superior al de las muñecas que dicen, con rechinido gangoso, "Papá" y "Mamá".

Pero lo más singular, cuando el hombre se propone estas armonías imitativas, que suelen llamarse onomatopeyas si de ellas procede el nombre que se da al objeto (así los griegos llamaron "bárbaros" a los pueblos de lengua extranjera por el "barabarabara" que ellos no entendían), es que la tal imitación resulta muy diferente de uno a otro pueblo. Nosotros

creemos imitar el trueno diciendo "¡Pun!", y el chino cree imitarlo diciendo "¡Tel!"

Pues de igual modo podemos decir que los animales cambian de canto en cada idioma humano. En español, oímos cantar al gallo "Quiquiriquí"; en francés, lo oyen "Cocoricó", o dos veces "Cocteau", según asegura el poeta francés Jean Cocteau; en alemán, "kickeriki"; en inglés, según consta en *La Tempestad*, de Shakespeare, "Cock-a-doodle-doo"; en turco, "cucurucú". Otros hacen, en fin, fuga de vocales: "¡k-k-k-k!", y otros, fuga de consonantes: "¡I-i-i-o!"

De onomatopeyas nacen los nombres infantiles del perro ("gua-guá") y de la vaca ("mú"); y aun los verbos que indican ciertos cantos o "hablas animales": aullar, balar, bufar, cacarear, crascitar, croar, crotorar, graznar, gruñir, maullar, parpar. Del crascitar del cuervo los escritores de nuestro siglo de oro hacían un chiste a lo latino, por referencial al "cras" o "mañana" (de donde la "procrastinatio" o afición a dejarlo todo para mañana), y hablaban de los hombres-cuervos que nunca emprenden lo que proyectan y a todo suelen decir: "Cras, cras: mañana."

Lucilo oyó decir "Rrr" al perro bravo, donde nosotros más bien oímos "Grr". No todos están de acuerdo en que el rebuzno del asno diga "Hi-han". Pero nadie disputa el "cri-cri" del grillo.

La canción infantil sobre la rana anda en varias versiones: "Cro, cro-cro, cantaba la rana", y "zun, zun-zun, cantaba la rana", equivalentes de la brasileña: "O sapo Curú-Na beira do rio." El poeta gallego Curros Enríquez decía:

E o sapo choroso
cantaba cro-cro.

Pero sin duda los más célebres cantos de batracios y de aves que conoce la literatura se encuentran en las comedias del griego Aristófanes, llamadas respectivamente *Las Ranas* y *Las Aves.* Las ranas cantan "Brekekex, coax, coax", que un poeta francés del siglo XVII, Jean-Baptiste Rousseau (no confundirlo con el filósofo ginebrino Jean-Jacques Rousseau, del siglo siguiente), imitó graciosamente en su fábula del ruiseñor y la rana, tan agradable como poco conocida: "Un

rossignol contait sa peine." En cierta canción báquica de Charles-François Panard, poeta francés también del siglo XVII, el coro de bebedores imita a las pobres ranas, que sólo se abrevan de agua, cantando a coro: "Pourquoi, quoi, quoi . . ."

En cuanto a las aves de Aristófanes, dice la abubilla: "Epopoi, epopoi. Epopo, popo, popo, popo, popo, ío, ío. Tío, tío, tío, tío, tío, tío, tío, tío. Troito, troito, toto brix. Toro-toro-toro-toro-tix. Kiccabau, kiccabau. Toro-toro-toro-toro-li-li-lix." El fenicóptero: "Toro-tix, toro-tix." Y el coro: "Po-po-po-po-po-po. Ti-ti-ti-ti-ti-ti."

¿Qué mucho? Nash oyó cantar al ruiseñor: "Cuckoo, jug-jug, pu-we, tuwitta-woo"; y el poeta John Lyly: "Jug-jug-tereu." El contemporáneo André Salmon lo oye inspirándose en Aristófanes, pero alargando fatigosamente la onomatopeya en veinticinco versos impronunciables. Walter Garstang, un naturalista, ha dedicado todo un libro *(Song of the birds)* a la interpretación de la música alada, en que propone una onomatopeya complicada de la curruca.

Yo, de niño, quise aprender el lenguaje de los pavos reales, y alguna vez imité en unos versos su grito: "¡Coeo, Coeo!" Lo cierto es que, antes de ese grito, el pavo recoge el buche y se apoya en un "ña" a la sordina. Otras veces, pronuncia a media voz, en una nota alta y otra grave, un bisilábico "Ébrm". Pero siempre que imité este ruido, cuyo significado ignoro, los pavos abrían el pico, jadeaban con furia como cuando ven un gavilán, y manifestaban tan claras intenciones de acometerme, que yo me apresuraba a pedirles disculpas gritándoles: "¡Coeo, coeo!"

Entre estos juegos, ninguno más seductor que el que traduce el canto animal con una frase humana. Un autor que oculta su nombre oía repetir incesantemente a una pareja de pinzones: "Bossuet-Bourdaloue", dos nombres inmortales en la historia de la cátedra sacra. El escritor argentino Etchart me confiesa por carta que el canto del pavo común o "guajolote" le hace pensar siempre en el saludo inglés: "How do you dou?" Paul Claudel, gran poeta contemporáneo de Francia, oye decir a la tórtola: "Je ne ponds pas, je couve. Je ne ponds pas, je couve." ("Yo no pongo, incubo"; o mejor: "No estoy poniendo, sino incubando.")

Las imitaciones populares son frescas y hermosas. La paloma dice: "Acurrúcate aquí, acurrúcate aquí." La tunera de mis tierras del norte canta tristemente: "Comer tunas, comer tunas." Y el ruiseñor colombiano, según me enseñó el llorado Porfirio Barba Jacob: "Cotorrito perdido por la catapira, catapira, catapiís, piís."

¿Y qué mejor que esta "égloga de Navidad", que todos los niños mexicanos conocen?:

El gallo.—¡Cristo nació!
El borrego.—¡En Belén!
El "guajolote".—¡Gordo, gordo, gordo, gordo!

México, IX-1952.

NOTAS: José Moreno Villa me cuenta de una chica andaluza, llamada Paz Pajares, a quien *naturalmente* llamaban la Tórtola ("Paz-payás"). El "bichofeo" argentino (nombre imitativo del canto de ese pájaro) se llama en el Brasil "bem-te-vi". No es justo olvidar el canto imitativo en el dúo de los patos, de la zarzuela *La Marcha de Cádiz*, que tanto regocijó a los públicos de otros días: "Carracacúa-cuá-cuá". Yo he usado el "cri-cri" del grillo en mi cuento *La casa del grillo*, y todos en México conocen "el grillo cantor" de Francisco Gabilondo Soler, artista de la radiodifusión que imita con acierto todos los sonidos animales y naturales.

EL MEDIO ÁUREO

HAY lenguas: —y entre ellas, una muy ilustre, cercana a la *Ursprache* según el filósofo—, tan pegadas todavía al humus del suelo, que sus términos parecen aglutinados a la fuerza y casi recién machihembrados. Admiten los compuestos nominales en mayor grado que las lenguas romances, ¡como que aún no se les cuecen los bollos! Así ciertos árboles que sorben por sus venas los terrones y hasta las piedras crudas. Allí sólo puede caminarse entre las abstracciones, a punta de tecnicismos acabados de tallar por artífices individuales. Ellos, al enfrentarse con su pensamiento, se encuentran con que no les basta la lengua que han heredado. Lo cual, cierto, nos sucede a todos, aunque no en igual proporción.

Pero la lengua castellana procede de larga tradición grecolatina, la más respetable del mundo, y está empapada en baños más que seculares de cultura, surtidos de la misma fuente. ¿Por qué no intentar, hasta donde sea prudente y lícito, una incorporación más completa, en nuestra habla, del conocimiento universal? La lengua trasciende a ese sistema nervioso que llamamos una sociedad, y al que llamamos un individuo. No es indiferente lujo el cuidarla. Hace y deshace a los pueblos. Hasta donde lo consienta el asunto, sin ser falseadas las especies ni caer en chabacanerías, tratemos un poco más a fondo la lengua que se habla en el mercado —no necesitó de otra Platón— y sazonemos un tanto el "román paladino, en el que suele el pueblo fablar a su vecino". A lo mejor, sólo hace falta un poco de mayor licencia para los derivados, en que la Academia es tan tímida. No se nos obligue a tantos circunloquios cuando basta una imperceptible desinencia. No sigamos diciendo que la lengua sólo la hace el pueblo (eso que se llama el pueblo y, en el caso, es el vulgo). Ya no vivimos en la época oral. Hoy la lengua la hacen, sobre todo, la pluma y la imprenta, que también tie-

nen sus derechos. Las hablas de cultura no pueden ni deben ser de mera tradición consuetudinaria.

En todo, sin embargo, hay que proceder con mesura y cautela. Las naturalezas que se sienten —sin serlo— heroicas, desdeñan la opción del término medio, por considerarlo una solución de *tout repos* y para las mentes cansadas. Pero ya nos hemos hartado de decir que el término medio es el más audaz equilibrio entre dos abismos opuestos, y el mismo centro dinámico donde se da la batalla patética de los ánodos y los cátodos. El término medio, en el caso, está por la transformación, pero con marcha bien medida. Y aquí el criterio no puede definirse; de modo que entramos en la zona de los peligros sumos, lo que contentará a los valientes. Aquí, como en los trances sucesivos del puente de Tchinewad, hay unos letreros que dicen, primero, *sé audaz,* después *sé audaz,* y por último, *no seas demasiado audaz.*

Sin duda el extremo más molesto de las renovaciones lingüísticas está en los neologismos, y sobre todo, los de carácter técnico.

Los acarreos de la más alta cultura extranjera han ido cayendo sobre nosotros durante estos últimos lustros. Y con tan loable asiduidad, que no han dado tiempo a que los digiera nuestra habla castellana. Yo bien sé que todo conocimiento exquisito necesita crearse un exquisito dialecto defensivo, pena de derramarse y perderse, o de enmadejarse en trabajosas perífrasis y en inacabables rodeos. Temo, sin embargo, que hayamos perdido un poco la moderación —yo el primero— y que caigamos en el neologismo técnico y abstruso mucho más de lo indispensable. Veo escribir y oigo hablar a los jóvenes en un "paraloquio" exacerbado.

No tengo nada de purista. Detesto las ventanas cerradas que hacen irrespirable el ambiente e impiden las ráfagas saludables. Por otra parte, recojo las voces del pueblo con curiosidad de coleccionista. Reconozco en ellas la vitalidad del lenguaje. Ni siquiera me estorban, como a muchos de mis compañeros, el refrán y la frase hecha —esta Cenicienta del estilo— cuando expresan, mejor y más pronto que yo, lo que me propongo decir. También me consiento, sin repulgos, mis

extravagancias personales, aunque con cierta intención y no por capricho.

Pero otra cosa muy distinta son la fealdad, la extravagancia o la incuria. Ni aquello ni esto. Entre la flojedad y el rebuscamiento, entre la revoltura y el purismo, entre la revenida vetustez y la novelería chillona, hay la zona ática.

Antes, la pedantería miraba hacia el pasado: se vestía con galas habidas en la guardarropía de la siempre docta antigüedad. Y cuando el ama le preguntaba al sabio dónde venía a quedar su pueblo en aquella misteriosa carta geográfica que él desplegaba ante sus ojos, el sabio —según dice Lucas Gracián Dantisco en su *Galateo español* (1599)— le contestaba: "Aquí le verás *inclusive*, y si no, cátale aquí *intensive*, que *extensive* no puede ser; y en fin, le has de ver *virtualiter*, ya que no le veas *formaliter*."

Pero ¿a qué buscar más, si nuestro mexicanísimo *Periquillo Sarniento* nos trae este diálogo ejemplar entre el héroe y el Doctor Purgante?

—. . . No había venido de vergüenza, y me ha pesado, porque en estos días he vendido, para comer, mi capote, chupa y pañuelo.

—¡Qué estulticia! —exclamó el Doctor—. La verecundia es *optimo bona* cuando la origina el crimen de *cogitato;* mas no cuando se comete *involuntarie;* pues si en aquel *hic et nunc* supiera el individuo que hacía mal, *absque dubio* se abstendría de cometerlo. En fin, hijo carísimo ¿tú quieres quedarte en mi servicio y ser mi consodal *in perpetuum?*

—Sí, señor —le respondí.

—Pues bien: en esta *domo* tendrás, *in primis*, el *panem nostrum quotidianum, aliude,* lo potable necesario; *tertio,* la cama *sic vel sic,* según se proporcione; *quarto,* los tegumentos exteriores heterogéneos de tu materia física; *quinto,* asegurada la parte de la higiene que apetecer puedes, pues aquí se tiene mucho cuidado con la dieta, y con la observancia de las seis cosas naturales, y de las seis no naturales prescritas por los hombres más luminosos de la facultad médica; *sexto,* beberás la ciencia de Apolo *ex ore meo, ex visu tuo* y *ex bibliotheca nostra; postremo* contarás cada mes para tus *surrupios* o para *quodqumque vellis,* quinientos cuarenta maravedises limpios de polvo y paja, siendo tu obligación solamente hacer los mandamientos de la señora mi hermana, observar *modo naturalistarum* cuando estén las aves gallináceas para oviparar, y recoger los albos huevos, o mejor dicho, los pollos *in fieri,* etcétera. (Tomo III, capítulo III.)

Pero ¿no es igualmente detestable el prurito del neologismo inútil que hoy padecemos? ¡Que ya no podemos estudiar a las sociedades humanas y sus necesidades materiales sin espinarnos todos entre "carismas", "hilodromías" y "políticas lítricas"! ¡Que no hay poeta sobre cuyo anhelo o melancolía o esperanza no tenga que dictarnos el juicio la charlatanería freudiana! ¡Que hasta para los "changuitos de alambre", juguetes callejeros de nuestra infancia y precursores de las hoy tan cantadas "esculturas de movimiento" (último arrobo de la bobería parisiense y "descubrimiento" de ese tal Calder) tenemos que aconsejarnos del "existencialismo" a lo Sartre —sastre latino de Heidegger! ¡Que aun la más linda muchacha, para declarar que cumple con un elementalísimo aseo, diga muy oronda, y convencida de que habla como persona cuerda: "Yo tengo el *complejo* de lavarme los dientes"! . . . Y otros, al contrario, disculpan con los tales *complejos* las malas crianzas que los padres de familia curaban antaño con unas nalgadas oportunas.

México, XII-1952.

PASOS DE PASSY

En París, año de 1926, yo vivía en la calle Cortambert, a espaldas del cementerio donde reposan los restos de María Bashkirtseff —oh, memorias de José Asunción Silva—; es decir, en pleno Passy. A un lado, la entonces avenida de Henri Martin y sus lujos, camino del Bosque. Al otro, la callecita se hunde en el color sencillo del barrio. Al frente, una capilla católica de donde los fieles salían muy bulliciosos. Al lado, un templo reformista de donde los fieles salían muy serios y como vestidos de luto. (La observación es de mi hijo, que entonces andaba en los catorce.) Todos los domingos hay cantos en el templo de al lado, y enfrente, después de la misa, señoritos que vocean y venden números de *L'Action Française:* los *camelots du Roi.*

El jardincillo interior daba sobre una pensión escolar. A veces caía una pelota en mis parterres, que yo devolvía con paciencia. Se oían, mezcladas, palabras en francés y en español de varios acentos americanos. Bien pudieron acontecer allí los juegos y charlas de tu *Fermina Márquez,* amigo Valery Larbaud, el precoz imperio de nuestros muchachos sobre los muchachos franceses y las hazañas del regiomontano Santos Iturria.

Cuando me sobraba una hora, recorría yo las callecitas cercanas, cuyos nombres perpetúan el recuerdo de los pintores: Scheffer, La Tour, David. Casi todos los modestos hoteles dejan escurrir por los muros una espuma de ligera verdura. La casa-museo de Balzac no está distante. Algo más abajo, vive Mme. Clermont-Tonnerre, amiga de las buenas cosas de Francia. Acaba de morir aquí cerca el viejo poeta Jean Richepin, que hasta el último instante, y como ejercicio, practicó el rito de hacerse la cama y voltear el colchón —a los setenta y siete años, no es poco decir— y que, en cierto banquete de bienvenida, el año anterior, me dio el abrazo "en nombre de la poesía francesa". Tristan Derème —el can-

tor del "tío Decalandre"— reside cerca de aquí y, cuando publica un nuevo libro, suele dejármelo firmado en la minúscula librería de mi calle, la que queda junto al comercio de la *petite cremière*. Me aseguran que el Tigre Clemenceau habitó o habita por esta zona.

También resulta ser mi vecino uno de los más cabales conocedores del viejo París. Yo me documento en sus páginas, establezco sitios y recuerdos; y luego salgo a verificar por mí mismo los datos que en él he encontrado, un poco sin rumbo, según la inspiración del momento: pretexto a callejeos que, en mi fuero interno, yo suelo llamar "mis pasos de Passy".

Andando, pues, en estos pasos, y al regresar una tarde a casa, descubro —aquí, a pocas puertas— una pensión de familia sin duda gobernada por la última "mujer sensible" que nos ha legado el siglo XVIII. La pensión, valerosamente, luce en la reja esta enseña más que evocadora: *Les Charmettes*.

Vuelvo a casa con la pesca maravillosa, poblada la fantasía con el recuerdo de Juan Jacobo. La imagen de Luisa de Warens, que inició al adolescente Rousseau, allá en el retiro filosófico de *Les Charmettes*, brota de mis libros, viene hasta mí con una presencia inefable. Me parece que oigo latir un corazón.

Unos fueron a desenterrar a Musset para levantar el proceso de sus amores en Venecia y, con ellos, el de todo el romanticismo; otros fueron a desenterrarlo para proponer nuevamente a nuestra adoración el espectáculo de sus noches apasionadas. Yo, a solas, dudo un instante si valdrá la pena de resucitar el caso patético de *Les Charmettes*, y hasta llego a trazar un plan.

Algo me detiene sin embargo. Hay, en aquel idilio sin pasión, yo no sé qué sabor ridículo, qué hipocresía pedagógica . . . La iniciadora de Dafnis, en la novela del griego decadente, muestra, al menos, sonrisa, malicia sabrosa, no disimulado placer, encanto de fruta madura que se refocila en el paladeo de sus propias mieles. Pero el dios que a todos nos habita nos engaña, a veces, y nos va empujando con unos pasos sonambúlicos. Mme. de Warens, antes del trance, ha de-

bido convencerse a sí misma de que va a emprender una obra filantrópica. Se alecciona, y alecciona al pobre muchacho, no menos que al complaciente labriego a quien toca cerrar el triángulo. Triste historia. El melancólico Juan Jacobo —ardiente y frío por rara virtud y condición paradójica— pudo pensar seguramente que le habían servido el primer amor en una receta de farmacia.

México, XII-1952.

BOMBAS DE IDEAS

EL 9 de agosto de 1918, el comandante Gabriele D'Annunzio volaba sobre el cielo de Viena, al frente de su escuadrilla *La Serenísima* y, en vez de lanzar bombas, poeta al fin, lanzaba sobre la ciudad enemiga unas hojas de papel con un mensaje facsimilar que acababa así:

> *Sul vento di vittoria che si leva dai fiumi della libertà, non siamo venuti se non per la gioia dell'arditezza, non siamo venuti se non per la prova di quel che potremo osare e fare quando vorremo, nell' ora che sceglieremo.*
>
> *Il rombo della giovine ala italiana non somiglia a quello del bronzo funebre, nel cielo mattutino. Tuttavia la lieta audacia sospende fra Santo Stefano e il Graben una sentenza non revocabile, o Viennesi:*
>
> *Viva l'Italia!*
>
> *Nel cielo di Vienna: 9 agosto 1918.*
>
> GABRIELE D'ANNUNZIO.

Bombardear con ideas al pueblo, propio pensamiento de poeta, fue una vez sueño de Victor Hugo, y sin duda en un sentido más profundo y universal, puesto que su ánimo no era, como en D'Annunzio, un mero alarde, una alegre hazaña. Por 1850, el bonetero Pétin creyó descubrir la aeronavegación dirigida, con un aparato de cuatro globos que transportaban un ligero esquife dotado de camarotes. El presidente Luis-Napoleón Bonaparte se ofrece a iniciar la suscripción para que se emprendan los trabajos en los talleres de la calle Marbeuf, y Théophile Gautier canta las glorias del nuevo carro volador. Un tal Barillot publica un folleto que lleva por título: *Ícaro vengado por Pétin.*

Desgraciadamente, el experimento fracasó, y la aeronave no pudo alzar el vuelo (Ch. Bayet, *Le Figaro Littéraire*, París, 1º de marzo de 1951). —¿Qué importa? —exclama Victor Hugo—. Lo que no se logra hoy, se logrará el día de mañana. *Napoleón el Pequeño* insiste sobre las esperanzas

de Hugo en la ciencia del porvenir, y, en *Plein Ciel,* Hugo suspira por un verdadero "Louvre errante".

El hombre, dice Hugo, comenzó por montar la bestia de carga, luego el carro, luego la embarcación, y mañana cruzará los espacios, en la aeronave "construida por el sueño y la cifra", victoria de las "potentes álgebras", ante "el asombro de los cielos abiertos". Pero Hugo señala a la futura aviación un fin que ella no ha querido satisfacer, lo que ya alegó Santos-Dumont como justificación de su suicidio. (Ver, sobre algunos antecedentes, mi ensayo sobre *Un precursor teórico de la aviación en el siglo xvii,* segunda serie de *Capítulos de literatura española,* México, 1945, pp. 199 y *ss.*)

Hugo, en efecto, cree que la aviación matará a la guerra. Se borrarán las fronteras —exclama—; cuanto hace de muralla china en torno al pensamiento, al comercio, a la industria, a las nacionalidades, se vendrá abajo. Desde lo alto, se harán llover libros sobre los pueblos. [¿No dirá un día Mallarmé que la mejor bomba es un libro?] Voltaire, Diderot, Rousseau, caerán como saludable granizo sobre Roma, Nápoles, Viena, San Petersburgo. El verbo humano hará su provechosa siembra. Y será la civilización. Textualmente: "Apuntad en vano, caducos cañones del despotismo. ¿Sois las balas? ¡Mas la civilización es el relámpago!"

Meditemos, riamos, lloremos.

México, XII-1952.

LA ASAMBLEA DE LOS ANIMALES

Tenía que suceder al fin. Varias veces nos lo habían advertido y nunca quisimos hacer caso. Ello es que las fieras y animales silvestres, espantados por los desmanes del hombre, se reunieron secretamente en alguna ignorada región del África para tomar providencias ante una posible catástrofe del planeta.

Por supuesto, no se ha permitido la presencia a cualquiera. Se expulsó a los astutos insectos y otras alimañas menores, tan creídos de que son los futuros amos del mundo por su capacidad de "proliferar" entre las mayores abyecciones, sin perdonar siquiera a los hormigueros y a los panales, que —pese a la literatura— son los causantes de todo el daño, por haberse propuesto al hombre como tipo de la perfecta república: nacional socialista, claro está.

Algunas bestias mentadas en el Libro de Job, jeroglifos vivientes, fueron asimismo víctimas de la previa censura. Así la cabra montés y la corza, remisas e inasimilables, dotadas de posteridad pero no de continuidad, y que, como los malos teóricos, paren con esfuerzo, replegándose sobre sí mismas, lo que no existe, lo que se va y no vuelve.

También fue excluido el onagro, asno irregular, habitante de los salados desiertos, que sobra en todas las agrupaciones sociales como el solterón sin deberes.

Lo propio se hizo con otro horrendo solitario, el rinoceronte, catapulta de un solo bloque, el cual nunca pudo ver más allá de sus narices porque se lo estorba, entre los biliosos ojillos de marrano, el cuerno plantado como enseña, alza en la pieza de artillería.

No se toleró a la avestruz, gallina abultada que entierra sin amor sus huevos, "maniquí de alta costura", con sus plumeros de embajador o cortesana, su indecente tallo de carne cruda que remata en una piña aplastada, sus desvergonzados muslos desnudos, su zig-zag de fugitiva constante —burla

del caballo y del jinete—, su aletas en cañones que ignoran el vuelo y aplauden la carrera; su estúpida pretensión de ocultarse cuando hunde la cabeza en el polvo, figurándose así —sofisma de "voluntad y representación"— que ella misma se esconde al mundo porque esconde el mundo a sus ojos.

Ni se dio cabida al gavilán ni al buitre, cuyos polluelos tragan sangre, que sólo se remontan a las alturas para mejor ver las carroñas abandonadas en el suelo y que giran incesantemente en círculos esclavos, dibujo de sus hediondos apetitos.

Quedaron, pues, los animales auténticos. Tigres, leones, panteras, osos y otras pieles de lujo, grandes y pequeñas, casi no hicieron más que escuchar: no habían tenido tiempo de reflexionar sobre el caso. El propio Maese Zorro, desmintiendo su tradición fabulosa, se encontraba desprevenido. Y, al revés de lo que pasa en los congresos humanos, el loro, por fortuna, calló. Unos cuantos animales obvios llevaron el peso del debate.

El asno, que presidía la sesión, tomó la palabra. El asno ha visto de cerca al hombre y, como todos saben, lo ha acompañado en algunas de sus más ilustres jornadas: excursiones militares de Dióniso, viaje redondo del Salvador. Pero no se hacía ilusiones. A su juicio, el destino de la criatura humana había agotado sus últimas promesas. ¿Qué hacen hoy por hoy los hombres? Destruirse entre sí. Cuando toda una especie se entrega frenéticamente a su propio aniquilamiento, es de creer que su locura responde a los altos designios de su Creador.

—Porque yo, hermanos míos —concluyó el asno en su prudencia—, *sí* creo en Dios.

Tras el silencio temeroso que sucedió a estas palabras, se oyó un relincho. Es aquel que, "entre las bocinas, dice: ¡Ea!, y de lejos huele las batallas, el estruendo de los príncipes y el clamor" (Job, XXXIX, 25). El caballo, nuestro bravo camarada de armas, ráfaga crinada, no quiso disimular su despecho. El combate, heroico antes y que levantaba las energías cordiales, hoy es cosa de administración y de máquinas.

—Además —continuó—, ¡si el hombre sólo combatiera

contra el hombre! Mucho se podría alegar en defensa de la guerra, la verdadera guerra en que era yo aliado del hombre. Pero hoy los humanos combaten ya contra la naturaleza y quieren desintegrarla y hacerla desaparecer, en su afán de adueñársela. La Tierra misma está en peligro.

Algunos ladridos de protesta fueron tumultuosamente acallados. Había consigna de no dejar hablar a los perros, sospechosos de complicidad con el hombre.

Pero habló el mono. Según él, no quedaba otro recurso que precaverse a tiempo y elegir un nuevo monarca. Nadie más indicado que el mono —la rama de los pretendientes destronados— para suceder al hombre en el gobierno.

—¡Oh, no! —reclamó el elefante—. Hace falta un animal de mayor gravedad y aplomo, de reconocida responsabilidad y de memoria probada, capaz de llevar a término sus empresas. El mono es un ente ridículo y cómico, una bufonesca imitación del hombre, y una criatura expuesta siempre a estériles inquietudes y nerviosidades; casi diríamos que es una ardilla, el candor en menos, cuyas vueltas y revueltas carecen de utilidad y sentido. ¿Sustituir al hombre por su caricatura? ¡Jamás!

Aquí un elefante enjaezado, vestido de telas verdes y rojas, alzó la trompa y lanzó un tañido; es decir, pidió la palabra. Era un elefante de circo, escapado de alguna pista del Far West. Traía todos los prejuicios que pueden adquirirse en el trato con los domadores y en la frecuentación de los espectáculos humanos, y estaba lleno de sofismas y ardides. Casi era un político profesional. En vano intentó que lo escucharan. No bien empezó a sonreír maliciosamente, meneando la trompa y diciendo chistes de mal gusto sobre la conveniencia de usar calzones, cuando los elefantes ortodoxos, los selváticos, lo hicieron callar, declarándolo representante de Wall Street.

La discusión comenzaba a tomar un sesgo amenazante; pero, a fuerza de prolongados silbos, un Ave Rara que lucía los penachos más atrayentes y centellaba de luz roja y plateada, pudo imponer orden y empezó a decir con voz armoniosa:

—Voto por la abolición del hombre. Sea anulado el hom-

bre y no tenga sucesor ninguno. ¿Qué falta le hace a la Tierra? Alternen los días y las noches, las auroras y los crepúsculos, las calmas y las tempestades, las lluvias y los soles. Nadie estorbe el roncar de las frondas, el voluble besuqueo de los arroyos y el contundente discurso de las cataratas. Bailen a su gusto las olas verdes. Pósense o vuelen a su talante los nubarrones plomizos. Los vientos de larga cola concierten los corros y los minués de hojas amarillas. Crezca y cunda la vegetación a su antojo. El campo ahogue y borre a las ciudades. Olvídese para siempre al hombre. Desaparezca de una vez este funesto accidente de la Creación.

Las ovaciones hicieron temblar las montañas. Entre el entusiasmo general, los perros, a todo correr, llegaron a la próxima estación telegráfica y denunciaron el caso a los "grandes rotativos".

México, 17-I-1953.

GEORG BRANDES

El escritor danés Georg Brandes, muerto el 19 de febrero de 1927 a la edad de ochenta y cinco años, no ha tenido hasta hoy en Francia la suerte que realmente merece. De las dos grandes lenguas internacionales modernas, el inglés ha recogido sus páginas con mayor diligencia, y los editores de Nueva York singularmente. Sin embargo, en 1926, el traductor de la *Hélade* (viajes e impresiones de Grecia) se quejaba así: "Los recientes estudios de Brandes sobre Julio César, Miguel Ángel, Voltaire, Goethe y otros grandes personajes históricos han encontrado inmediatamente editores en las lenguas más civilizadas; pero no por cierto en inglés."

En cuanto a Francia, apenas en nuestros días Étiemble acaba de recordar a Brandes como precursor de las "vocales coloridas", el tema poético popularizado por Rimbaud; y sólo se han traducido al francés el quinto volumen —sobre la escuela romántica francesa— de su estupenda obra en seis tomos *Las grandes corrientes literarias del siglo xix* (obra en la tradición real de Sainte-Beuve); cierta conferencia sobre *El Grande Hombre, origen y fin de la civilización,* y el libro de ensayos selectos sobre Renan, Taine, Nietzsche, Heine, etcétera. De su libro *Hélade* (que, por lo demás, ha envejecido) nadie parece acordarse en Francia. Brandes, aunque confesaba no entender bien a Claudel, fue el primero en juzgarlo, a propósito del *Árbol,* año de 1903, así como fue el primero en interesarse por Nietzsche.

Su correspondencia empieza a publicarse ahora en Copenhague. El único tomo hasta hoy aparecido se dedica a sus relaciones con Francia: el mayor de los Goncourt, Anatole France y Mme. de Caillavet, Jacques Copeau, Paul Claudel, André Rouveyre, Romain Rolland, Émile Meyerson, Pierre Mille, Marie Bonaparte, Francis de Miomandre y Panaït Istrati . . . Brandes fue poco afortunado con sus amis-

tades francesas, al menos con Clemenceau y con Anatole France.

Sucede que, por 1915, sobrevino una acalorada polémica entre Brandes y su caro Georges Clemenceau, polémica que los separó para siempre. Clemenceau había escrito algunas palabras desdeñosas contra el pueblo de Dinamarca, y Brandes salió a pelear por los suyos. Él era, de tiempo atrás, enemigo del gobierno zarista, con el cual Francia había procurado un pacto para robustecer su actitud ante Alemania. Se estaba en plena guerra —"o conmigo o contra mí"—; Clemenceau era un combatiente y no quiso entender de matices ni partir cabellos en dos: acabó denunciando a Brandes como un germanófilo, notoria injusticia, si aun la contextura mental del danés parece fabricada en Francia y tan claras acusaciones lanzó contra la Alemania post-bismarckiana. Pero el *Adiós a Brandes* de Clemenceau falseó definitivamente a ojos de la opinión francesa la figura de Brandes.

¿Y qué sucedió con Anatole France? Si nadie se ofende, lo diré en un verso de Julio Flórez: "Y sucedió . . . lo mismo que sin cesar sucede": la vieja, la eterna historia, más triste aún por tratarse aquí de dos ancianos. Es, pues, el caso que, el año de 1912, Brandes paseaba por París en compañía de una compatriota suya. Brandes tenía ya setenta años; Anatole France, sesenta y ocho, y un renombre incomparablemente superior. La dama también había cruzado ya los umbrales de la edad canónica, pero el corazón no envejece. El pobre Brandes, el hombre emancipado de los sentimentalismos ociosos, el casi pagano, el enamorado del sol y los climas tibios del Sur, estuvo a punto de morirse de pena.

En 1922, declaraba que Rouveyre era el único amigo fiel que le quedaba en Francia. Desahogándose con él, escribía:

> No, no me gusta M. Bergeret, y no porque sea un escéptico, sino porque no lo es y finge serlo. Se ha puesto una máscara, y ello le permite adoptar una actitud que sería legítima si fuese sincera. Pero es una mera comodidad, una economía de esfuerzo, utilitaria y sin grandeza, para deslizar sin tropiezos su existencia cotidiana. Aunque M. Bergeret nos interese en algunos aspectos, ciertamente que no se lo puede comparar con Voltaire. Hay en él una malicia, una baja astucia, un epicureísmo pedantesco y

"profesoral" de tono muy gastado, sin la finura de buen timbre ni el genial sarcasmo de M. Arouet de Voltaire.

Tal era, a su sentir, el contraste entre el patriarca de la Béchellerie y el patriarca de Ferney. Y la verdad es que, para la calidad del agravio, se muestra Brandes harto objetivo.

México, IV-1953.

LA CARIDAD DE VOLTAIRE

EN EL acceso del siglo XIX se alzan dos estatuas colosales: la de Voltaire, que será transitoriamente olvidado tras una disputa en torno a sus restos tan acalorada como la riña en torno al cadáver de Patroclo, y la de Rousseau, quien desde luego inspirará a los pre-románticos y a los románticos y al instante ejercerá, junto con el *Werther*, una singular fascinación sobre esa doliente literatura de los desterrados franceses: Chauteaubriand, Sénancour, Nodier, Constant, Mme. de Staël y, en general, las cohortes de desequilibrados sentimentales.

Los héroes y heroínas de la emigración acabarán por consagrar a Rousseau como su santo patrono: el santo del egoísmo cordial y del disparate lacrimoso.

Voltaire, en cambio, como no era nada nebuloso, sino que era la precisión misma, y como la precisión de la inteligencia se parece mucho a la crueldad (la flecha en el blanco), será prudentemente alejado de estas orgías del corazón (que ya molestaban tanto a Sainte-Beuve en las *Memorias de Ultratumba*), a modo de huésped indeseable, de testigo molesto. Pero el insaciable satanismo católico de Chateaubriand ¿puede acaso compararse con la ternura señorial, contenida, de que hizo gala Voltaire —el "pretendido Lucifer" del XVIII— para con su Emilia, aun después de que se supo engañado?

Rousseau, que invierte los términos de la ecuación, muestra al mundo sus errores: "¡Compadecedme, amadme! ¡Soy un pecador: pobre de mí!" Y, cuando no tiene pecados, se los inventa él mismo y se declara lleno de vicios y padre desnaturalizado de criaturas que no engendró. Por lo demás, "no se tienta el corazón" —como decimos en vulgar— para acusar a una pobre criada del hurto que cometió él mismo. Tal es el supuesto maestro de la caridad.

¿Y Voltaire, el feroz Voltaire? Voltaire poseía el don del epigrama y de la velocidad mental: por eso pasa por ser un

ente diabólico. Pero no olvidemos que Ferney, su posesión en las marcas franco-suizas, fue en su tiempo el asilo verdadero de la caridad humana. Allí se defendió por tres años la buena memoria del inocente Jean Calas, injustamente castigado; allí se hospedó la perseguida familia Sirven hasta que Voltaire logró su absolución; allí encontró refugio Étalonde, acusado de no quitarse el sombrero al paso de una procesión y aun sometido a la tortura; en Ferney también se ocultó la viuda Montbailli, falsamente inculpada de asesinato en compañía de su marido, y al menos ella logró salvarse. Todavía Voltaire hizo más, y defendió desde su lecho de muerte el nombre del general Lolly, cuya sentencia fue anulada, aunque tarde.

De la miserable aldea que era Ferney, Voltaire hizo un lugar próspero. Luchó por la abolición de la servidumbre en Francia, y no olvidó su cortesía y sus deberes para con la vida social. Fundó un teatro que pagaba él mismo. Su casa era centro de reunión para los espíritus más selectos de su época . . . Decididamente, nos gusta más su mal llamado diabolismo que la supuesta caridad de Rousseau. Barante, en los albores del siglo, al convocar como en un tribunal a los escritores de la centuria precedente, y aunque no disimulaba sus simpatías por Rousseau, fue lo bastante ecuánime para descubrir sus defectos y acaba por definirlo así: "Moral sin actos y religión sin cultos."

México, IV-1953.

UN "FAUSTO" DE HEINE

HEINRICH HEINE (1799-1856), el judío inspirado, tuvo al menos el desahogo de poder escribir lo mismo en alemán que en francés. Alemania no lo quiso por ser hebreo, y en vano el admirable poeta se hizo protestante para congraciarse con el ambiente hostil. Al fin lo expulsaron por liberal y, naturalmente, fue a refugiarse a la orilla del Sena, a París, donde la dulce Francia lo acogió con generosidad. Pues hoy sabemos que, durante sus últimos años, el Quai d'Orsay (Ministerio de Negocios Extranjeros) le estuvo pasando una pensión para ayudarlo a vivir.

Mucha ayuda necesitaba, en efecto: durante largo tiempo lo mantuvo postrado la parálisis de que murió. Se iba consumiendo en su lecho, apagado un ojo y obligado a abrir con la mano el párpado del otro, que tendía a cerrarse como un resorte gastado. Parece que sus rasgos cada vez iban adquiriendo mayor semejanza con los rasgos que se prestan a la imagen de Cristo.

Vivía en un departamento interior con vistas a un patio. Lo asistía una mulata. Los amigos se alejaban poco a poco de aquel triste espectáculo. Ya casi sólo lo visitaba Gérard de Nerval, el fantástico traductor de Goethe, que pronto acabaría colgándose; y Nerval andaba ya medio loco.

A veces, Nerval recitaba sus versos y caía de pronto en un estupor. El piadoso conserje que de cuando en cuando asomaba las narices en la alcoba de Heine, por si algo se ofrecía, conocía ya el remedio, y en cuanto veía a Nerval en aquel estado, exclamaba:

—Señor Nerval, lo llama urgentemente su amigo Alejandro Dumas, que está muy enfermo.

Nerval se recuperaba al instante y escapaba a toda prisa.

Entre tanto dolor, Heine conservaba su lucidez perfecta, y su espíritu no se dejaba ensombrecer. Cuando, para rectificar la obra clásica de Madame de Staël, decidió publicar a

su vez un libro llamado *De la Alemania,* con la idea de mejor explicar a los franceses el espíritu de su ingrata nación (año de 1835), deslizó, entre sus páginas, una tremenda profecía en que anunciaba que, el día menos pensado, Thor se levantaría de entre las antiguas ruinas bárbaras para aplastar las catedrales con su martillo, y aconsejaba no abandonar la guardia armada.

—Pues cuando tal suceda —añadía— vuestra Revolución Francesa parecerá, en comparación, un juego de niños.

Heine dictaba entonces su prosa fácilmente, y sólo para los versos se esforzaba por escribir él mismo, en letras grandes y temblorosas. Quedaba por ahí una vaga noticia de que Heine había escrito por entonces (o dictado) un *Doctor Fausto.* Los especialistas dudaban de que existiese tal obra, suponiendo que se trataba acaso de una mera confusión ocasionada por aquella irreverente salida juvenil de Heine ante Goethe. En efecto, muchos años atrás y cuando visitó por primera vez al Júpiter de Weimar, Heine tuvo la desfachatez de decirle que él también estaba escribiendo un *Fausto.* Pero la obra de cuya existencia se dudaba acaba de aparecer, y ahora resulta que se trata de la letra para un *ballet,* enviada por Heine, junto con una larga y preciosa carta en que, como suele, mezcla graciosamente la erudición, la crítica y la fantasía, a Richard Lumley, director del Teatro de su Majestad en Londres.

El *ballet* nunca llegó a escenificarse, y aunque parece que Heine lo consideraba como mucho más que un *ballet* y le concedía singular estimación, y aunque él especialmente se precia de haber sido mucho más respetuoso que Goethe con la tradición del tema, lo cierto es que no podemos disfrutarlo en la letra muerta de sus acotaciones. Nos faltan la escena, las figuras, los disfraces, la música, la alucinación que produce el acto teatral. Una de las más curiosas circunstancias es la transformación de Mefistófeles en la bailarina Mefistófela. En el prólogo o carta a Lumley, vale la pena de señalar estas palabras:

> Ahora bien, como la mayoría de los libros faustianos se basa en cierta edición de Widman, que suprime la figura de Helena, la hermosa Helena raras veces aparece en aquellos libros, por lo

cual su importancia en la leyenda no ha sido suficientemente apreciada. Él mismo Goethe la ignoró completamente en un principio, si es que llegó a conocer los libros faustianos y no se valió únicamente de la comedia de títeres. Sólo cuando compuso su *Segundo Fausto*, o sea cuatro décadas después, reparó tan lamentable omisión. Admitamos, al menos, que, al decidirse finalmente a trazar el retrato de aquella deliciosa criatura, lo hizo realmente *con amore*. En verdad, ésta es la única buena escena en toda aquella inmensa y aburrida alegoría que Goethe llama el *Segundo Fausto*. De repente, en medio de aquel atroz laberinto, vemos alzarse sobre su pedestal una estatua maravillosamente ejecutada, que nos contempla con los amorosos ojos de Grecia. Acaso sea la obra más bella salida del taller del maestro, y aun cuesta trabajo creer que tal estatua haya sido esculpida por la mano de un viejo. Pero, desde luego, es obra del intelecto, pensada en la quietud y fabricada con el recuerdo. Ella no acusa el menor rastro de emoción o fantasía personales. El sentimiento romántico nunca fue una de las mayores excelencias de Goethe... Él poseyó siempre más sentido para la forma armónica que para el cabal frenesí de la creación, más talento para el estilo que para la imaginación, y (pronunciaré de una vez la odiosa herejía), menos poesía que arte.

México, IV-1953.

CHESTERTON Y LOS TÍTERES

Así como Maurras, en sus días de gloria, arrebató el monarquismo francés a los aristócratas "saudosos", que simplemente arrastraban su melancolía por los salones, y lo lanzó en guerra a la media calle, así —confiesa Dorothy L. Sayers— Chesterton produjo en el mortecino ambiente de los feligreses católicos (comienzos del siglo XX) el efecto de una "bomba benéfica". Chesterton, el regocijado creyente que sustituyó por los golpes de pecho las carcajadas, el que viajó por todas las herejías sin hallar ninguna a su gusto y, cuando al fin dio con la que le acomodaba, se percató de que había descubierto por su cuenta el catolicismo romano, no acaba de irse de este mundo. Todavía hace de las suyas. Parece que, a última hora, le hubieran prorrogado la tarjeta de turismo en la tierra.

Ello es que acaba de descubrirse un drama suyo, *La Sorpresa.* El drama, claro está, padece del mal que padecen todas las obras olvidadas por sus autores: le falta la última mano, el pulimento que lucen, por ejemplo, los otros dos dramas conocidos de Chesterton, a saber: *Magia* y *El juicio del doctor Johnson.* Pero hasta por ese gracioso defectillo, aun por ese dejar ver todavía, a pedazos, la trama de la tela, este drama póstumo muerde más en la curiosidad del aficionado.

Chesterton dejó una inmensa masa de material inédito o no recogido. Hubiera necesitado una casa editorial para él solo. Así acontece con las naturalezas verdaderamente literarias, que encaminan todas sus reacciones ante la vida, por automáticas e inconscientes que sean, hacia la obra de las palabras. Ha poco, una casa inglesa publicó un montón de ensayos olvidados de Chesterton —*The Common Man*—, ensayos olvidados, pero que no merecían serlo, y un libro encantador de Mary Ward —*Return to Chesterton*— hecho con cartas, fragmentos desconocidos, recuerdos de quienes lo

trataron, incluso una veintena de ministros, su barbero y su conductor de taxi, y toda esa aura de "literatura oral" que envuelve la vida de los escritores.

La sorpresa fue escrita unos seis años antes de la muerte de Chesterton. Y aunque él nos tiene habituados a lo imprevisto, si es que vale decirlo así, este drama en dos actos acentúa más, como su nombre lo ofrece, este carácter de cosa extraordinaria. Como en Pirandello, como en la famosa trampa que Hamlet pone a los asesinos de su padre, se trata de un drama dentro de un drama. Pero la mayor singularidad es que los personajes son títeres y ejecutan la acción dos veces: primero, movidos por los hilos, como los títeres comunes: después, dotados provisionalmente de libre albedrío, como los títeres humanos.

Sin entrar en consideraciones sobre la analogía entre la creación divina y la humana, digamos que, así como la farsa del *Hamlet* da el veneno en broma, así esta comedia de Chesterton trae su secreto escondido y dista mucho de ser un mero pasatiempo. De nuevo encontramos aquí esa filosofía del milagro —"dominante" mental de Chesterton— y su convicción de que el enigma del universo está en el problema del bien, no del mal.

¿Cómo definir esa filosofía chestertoniana del milagro? Él mismo lo dice, y lo dijo antes de que la ciencia rectificara el sentido beato de la ley natural, sustituyéndolo por el de una mera probabilidad estadística. "No es argumento para la inalterabilidad de una ley —escribió— el que demos por aceptado el curso ordinario de las cosas. La verdad es que no contamos con la ley, sino que apostamos por ella." La verdad es una perpetua sorpresa, y la sorpresa es placentera, estimulante y provechosa. "Bienaventurado el que nada espera, pues recibirá una gloriosa sorpresa." En el drama de Chesterton, el Poeta dice a la Princesa: "La gente no desea tanto exceso de seguridad." La filosofía de la sorpresa puede expresarse en estas palabras de Darwin el nieto *(The Next Million Years):* "La felicidad no es un estado, sino un cambio de estado."

Lo cierto es que semejante filosofía, tan oportuna en aquella hora soñolienta del mundo, cuando Chesterton saltó a la

liza (cuando Chesterton soltó la risa), puede hoy no parecer oportuna. La depresión del ánimo contemporáneo es precisamente consecuencia de los muchos sobresaltos que hemos sufrido, de los muchos casos inauditos que hemos presenciado.

Pero Chesterton comprendió con razón que el sentido de inseguridad es lo que devuelve su pleno y virginal valor a cuanto el mundo nos ofrece. Bien mirado, en la doctrina de la sorpresa nada hay contrario a la licitud de la seguridad social en sí misma. Lo que se objeta aquí es aquella odiosa actitud mental que toma la seguridad, la dicha, la vida en conjunto, como otros tantos dones gratuitos y que no necesitamos merecer ni ganar.

El asunto de *La sorpresa* trae no sé qué vagas reminiscencias de aquella obra de Andersen, el *Compañero de viaje,* en que los muñecos reclaman vida. El personaje del Fraile Francisco hace veces de Espíritu Santo, y el enigmático Autor parece asumir las funciones del Padre y del Hijo. En cuanto a la idea misma de dar responsabilidad y conciencia a los títeres, recordemos que el aristócrata de Anatole France *(Los dioses tienen sed)* se ganaba la vida fabricando muñecos para el guiñol y solía repetir: "Yo soy un dios piadoso, yo no concedo alma a mis criaturas."

CANTO A HIDALGO

NOMBRAR a Hidalgo es lo mismo que nombrar a México. De tal suerte se confunde y se compenetra con su imagen la imagen de la patria cuyos primeros latidos fueron también los latidos de su corazón. Mucho se ha dicho y se dirá sobre Hidalgo, y difícilmente agotaremos todas las evocaciones que su solo nombre despierta en nuestro ánimo. Cada uno haga cuentas con su alma y trace a solas, a modo de ejercicio espiritual, las avenidas de luz y esperanza que parecen irse desplegando al recuerdo de aquel blanco anciano juvenil, cuya aureola de canas nos resulta un halo de santidad, a pesar de sus miserias mortales.

Hasta la impericia política y estratégica, hasta la inconsciencia y la audacia lo adornan y engrandecen; pues pertenece a esa noble galería de héroes perdedores, de héroes de la derrota: los sacrificados, los inmolados, cuya victoria duerme en el porvenir, está hecha de puro espíritu y no pueden contemplarla jamás sus ojos mortales.

Por mi parte, yo no acierto a nombrar a Hidalgo sin detenerme a explicar cierto encanto de héroe virgiliano que encuentro en su figura. Verdad es que era un hombre de letras, un traductor de Racine, un erudito, un teólogo polemista, un reformador de los estudios, y hasta él llegaban los soplos del valiente espíritu liberal que entonces paseaba por el mundo. Sus amigos lo llamaban "el afrancesado", lo que en aquel tiempo equivalía más o menos a lo que hoy sería llamarlo el avanzado, el hombre de nueva sensibilidad. Estaba al tanto de las conmociones de Europa, y Abad Queipo, escandalizado, encontró un día sobre su mesa de escritor unos cuantos libros que entonces parecían peligrosos, de esos que nos traían las "corruptoras novedades" del Viejo Continente. Tanta y tan refinada cultura, ¿puede corresponder, en efecto, a una persona virgiliana? Seguramente que sí. ¿Acaso los pastores de las *Bucólicas* no eran también gente de letras

y, entre sus sencillas alusiones a las cosas del campo, Dametas y Menalcas no mezclan el nombre del letrado Polión, amigo de las novedades, y la mención satírica de los malos poetas rutinarios y retardados Bavio y Moevio?

En lo demás, y visto de cerca, un párroco afable, no muy severo con el prójimo ni muy exigente con la humana naturaleza, buen cristiano en suma. Era Hidalgo un hombre de amenas tertulias, un filósofo aldeano, un conversador, un estudioso, lleno de curiosidades intelectuales y hasta de espíritu de empresa, y —dulce instructor de oficios humildes y graciosos— entiendo que también de habilidades manuales, de esas que parecen la prenda de un alma sana en un cuerpo sano.

Los errores del sistema económico y jurídico de la Colonia atajaron su libertad para llevar a cabo sus bellos proyectos de agricultor. En vano —profeta del Dióniso griego y de las deidades asiáticas— quiso implantar en México el cultivo de las vides, la industria vinícola y la cría del gusano de seda. Acaso la oposición que encontró por parte de la Metrópoli española le fue abriendo los ojos sobre el sentido de un malestar público que, en el fondo, era ya el impulso de la autonomía política.

Así sucede que al Padre de la Patria lo mismo podemos imaginarlo con el arado que con la espada, igual que a los héroes de Virgilio. No nos engañe su dulzura: un fuego interior lo va consumiendo, que pronto habrá de incendiar la comarca entera. La historia, en un arrobo, ha querido poner, en lo más sagrado de nuestro culto nacional, la imagen del hombre más simpático, más ágil de acción y de pensamiento, amigo de los buenos libros y de los buenos veduños, valiente y galante, agricultor y poeta —poeta entre las abejas de sus panales, poeta en los muros de su prisión—, sencillo vecino para todos los días y varón sufrido y esforzado a la hora de la contienda.

A través de los amplios párrafos de Ignacio Ramírez, donde nuestra admiración infantil aprendió a concerlo, lo vemos pasear entre las "vides que le sonreían desde los collados" y las moreras en que "los gusanos de seda le donaban sus regias vestiduras", o ya se nos presenta, en el episodio de

oro de nuestra *Eneida* mexicana, congregando a la medianoche y a toque de campana a sus feligreses, que acuden armados con hachas y con picos, con las armas de la desesperación y el azar, y precipitando —ante el aviso providencial de una ilustre dama prisionera— la proeza que había de llevarlo a la muerte y a la gloria.

Los datos de su existencia real fácilmente se transfiguran en perfiles de su leyenda, y su leyenda ayuda mejor a explicarlo. Parece que intencionadamente se concentran en él los rasgos más vivos de la mitología: libro y espada, arado y telar, sonrisa y sangre. En la estatuilla del compadre Terrazas, se diría que aquel silfo en redingote y "cubita" va a lanzarse a una danza o va a alzar el vuelo. Es la criatura delicada de un sacrificio propiciatorio que asegurará el triunfo futuro. Su hazaña, incubada sordamente durante medio siglo, se precipita de pronto en la catástrofe de unos cuantos meses, con cierta vertiginosidad de meteoro sagrado. Propio Querubín de nuestra zona, su cabeza, emancipada del cuerpo, llega hasta nosotros clamando sus voces de libertad, como aquella cabeza de Orfeo que, cercenada en Tracia y mecida sobre las olas del mar griego, arribó cantando hasta las riberas de la Isla de Apolo.

En cuanto al sentido de la Independencia, representado en Hidalgo, baste por ahora decir que la independencia consiste tanto en arrancarse de un Imperio, como en arrancarse de un pasado caduco. Por lo cual la República Española quiso aparecérsenos un instante como la última hermana de la familia que había realizado su emancipación.

México, V-1953.

EL FILÓSOFO DE LAS AVES

POR febrero de 1953 se extinguía en Francia la suave existencia de Jacques Delamain, el filósofo de las aves. Desde muy temprano, cambió la trampa y la escopeta por los gemelos para conocer el secreto de los nidos. Dirigió durante varios años, en la Librería Stock de París, una preciosa y no igualada colección de "Libros sobre la Naturaleza", donde, entre otras cosas, publicó sus obras: *Por qué cantan los pájaros, Los días y las noches de los pájaros, Los pájaros se instalan y emigran* y *Retratos de pájaros*. Residía en una morada rústica, cuya sola dirección parece un poema: *La Branderaie de Garde Épée, par Jarnac, Charente,* no lejos de Cognac: suerte de bosquecillo sagrado sobre el recodo del camino, que baja suavemente hacia las laderas de pastos y viñas y hacia las ruinas de la Abadía de Châtres, estación —antaño— de los peregrinos de Compostela.

Yo tuve el gusto de corresponder con Delamain. Le envié algunos libros sobre animales mexicanos que le interesaban vivamente; y, desde Buenos Aires, le envié también un recorte de periódico con la fotografía de un curioso nido de hornero. El hornero es muy amigo del hombre. No hay quien no lo conozca por toda la zona del Plata y no haya admirado los hornos o chocitas de barro que construye sobre los postes del telégrafo. El nido en cuestión era un nido de varios pisos, verdadero rascacielos, acaso para el disfrute de un harem.

Algo había en Delamain, este amigo de las alas y de los pétalos, que inspiraba confianza a los ejércitos aristofánicos del aire. El bosque de Gardépée era posada reglamentaria de los pájaros que, habiendo traspuesto la Gironda, se detenían un instante en su emigración hacia el norte. En cuanto aparecían las vanguardias de las picazas, Delamain telegrafiaba a ciertos diarios de Londres, los cuales se apresuraban a dar la noticia, en verdad tan interesante al menos como

la lista de matrimonios mundanos, de viajeros o de veraneantes.

Nada escapaba al amor inteligente de este infatigable observador: verderones, estorninos, pardillos, gaviotas, golondrinas, gavilanes, mochuelos, paros, pinzones, gorriones, alondras, malvises, tordos, reyezuelos, currucas, petirrojos, autillos, mirlos, cornejas, urracas, alfaneques, petreles, pingüinos, chorlitos, becadas, zarcetas, cisnes, ocas, aguzanieves, ortegas, hortelanos, jilgueros, abubillas, calandrias, oropéndolas, chotacabras: así se llamaban sus amigos. Y parece que ellos mismos hubieran accedido a contarle las particularidades de su vida y costumbres.

Él había descubierto que, en la larga serie ascendente de las criaturas, con el pájaro aparece la afección que une a dos seres para toda la vida, más allá del duro ciclo del celo. A veces, la pareja hasta tolera un testigo, algún macho ya desengañado, que se conforma con presenciar, desinteresadamente, la felicidad de sus amigos, en una suerte de poética fascinación. Pero si me entrego a evocar los cuadros idílicos y estupendos trazados por la pulquérrima pluma de Delamain no acabaré nunca.

Según lo he contado en mi correo *Monterrey* (Río de Janeiro, III, Nº 8, 1932, nota recogida después en mi libro *A lápiz*, pp. 170-172), el 22 de mayo de 1931, encontrándome en el Brasil, escribí a Jacques Delamain:

> Acabo de leer con deleite los dos primeros volúmenes de la colección *Livres de Nature* que usted dirige y, como poseo hasta el volumen Nº 14, me propongo continuar este *beau voyage* a través de campos y florestas.
>
> Permítame usted que le ofrezca una modesta observación, en honor de la civilización mexicana. En nota a la página 16 del volumen de S. E. White, *El Bosque*, dice usted: —*Capote* aparece en francés en el texto original—. No: la palabra *capote* no es aquí francesa, sino española. Este término, como otros que vienen a continuación —*jáquima* (de origen árabe), *coyote* (del mexicano, que también aparece en el tomito de Seton, *Las bestias perseguidas*), y no sé si también *arapajo*, por "arroyo", aunque esto me suena a nombre de tribus algonquinas—, son términos hispanos o hispanizados, que acaso llegaron al país septentrional, a través de México o proceden de las antiguas poblaciones hispano-mexicanas de los Estados Unidos; en suma, vestigios mexicanos que

aún perduran en regiones ayer mexicanas, y de ahí se han extendido a otras zonas rústicas de los Estados Unidos. ¿No ha reparado usted, al traducir a Seton, en la frecuencia de las alusiones mexicanas? Se diría que estos dos pueblos —que siempre han tenido "cuestiones" y a quienes divide, en las ciudades, el lamentable conflicto de intereses y otras razones políticas dichosamente encaminadas a soluciones y conciliaciones honorables— conviven, en cambio, fácilmente en el seno de la naturaleza. En el Reino de las Soledades, donde nadie los ve, el más rico, y que conoce mejor los secretos de la industria, acepta de buen grado la lección y el lenguaje del más pobre, que posee más a fondo los secretos de la tierra que pisa. Por de contado, esto es una explicación simbólica.

A lo cual me contestó Delamain:

Su amable carta viene a precisar una impresión que yo no había profundizado. Constantemente, al leer y al traducir a estos naturalistas americanos de lengua inglesa (White, Seton, Roberts), he debido esforzarme para dar su sitio a las escenas que ellos describen, pues, en efecto, aquí y allá el vocabulario parecía sugerir un país y una cultura ajenos a los autores. La explicación de usted me permite comprender cómo la lengua española y la cultura mexicana se han impuesto, en el Reino de las Soledades, al ocupante anglosajón, tanto más cuanto que eran la lengua y la cultura de un pueblo adaptado al medio desde la fecha lejana y que, en la conquista de la naturaleza, debió, mucho antes que el venido del Norte, dar nombre a los seres, a los vegetales, a los objetos que lo rodeaban. Los ejemplos que usted señala son muy expresivos, y creo que es fácil encontrar muchos otros en el dominio de la ornitología, el cual como usted sabe me interesa singularmente. Me figuro que esos pájaros del Nuevo Mundo llamados *vireos* por los americanos del Norte han debido ser bautizados por los mexicanos, que dos veces por año los veían pasar de sur a norte y viceversa en sus emigraciones periódicas.

Los víreos son las oropéndolas.

Descanse en paz el prudente naturalista, a quien conviene, como al blando Céfiro, aquella palabra de Villegas: "Dulce vecino de la verde selva."

México, VI-1953.

ENTRE EL AMAR Y EL ESCOGER

PERO ¿no os habéis percatado de que los destinos del hombre giran en torno al amar y al escoger?

Uno como torbellino amoroso anima los inmensos festejos de la naturaleza, en que también participa el hombre. Pero, a excepción del hombre, ningún otro ser parece realmente discernir. Y no confundamos el discernimiento con el instinto que guía, por ejemplo, las emigraciones de los pájaros o las mariposas. Esos moscardones, esas libélulas que vuelan de una en otra flor, llevando y trayendo el polen en sus frágiles patas; esos granos que viajan al gusto de las brisas; esos vilanos que vemos flotar en el espacio —semillas con paracaídas—; esos retoños que revientan al capricho del sol, del aire, de la lluvia, todo ello se agita en torno a nosotros con una existencia cuya única ley es la confusión, la confusión ciega.

Más inocente que todo el resto del jardín, nuestra hermana la viña virgen quiere abrazar con cien tentáculos el balcón del poeta, tentáculos que representan noventa y nueve esfuerzos fallidos. La graciosa estupidez de la viña virgen (nos lo confirma el que la conoce, y como ella hay muchas pobres plantas) supera la imaginación y desconcierta el entendimiento. Por un tallo que casualmente encuentra un soporte en la balaustrada y logra prenderse a ella con las uñas, el tronco materno lanza a la ventura otros innumerables tallos que van a agotarse en el vacío.

Tal es la imagen de la prodigalidad con que la naturaleza suple su ausencia de espíritu: ¡millones de simientes perdidas para que se aproveche una sola, una sola, predilecta de la casualidad y condenada a una pronta muerte! Y todavía, cuando la vida natural alcanza esta efímera victoria, tiene que conquistarla en medio de un verdadero caos. Los matojos, los yerbajos, las criaturas vegetales en cuya degeneración la vitalidad se exacerba a expensas de la calidad, éstas son

sus obras acostumbradas. Si salen por ahí una flor rara y hermosa, un arbusto enhiesto y corregido, un ameno parterre, será que el hombre alargó la mano para la tarea de la poda y la selección. El hombre trae el criterio a las marejadas del desorden, y encamina los amores inconscientes en que la naturaleza suele gastarse. De aquí que la crítica —por dondequiera que se la examine— esté en el comienzo de la obra de arte.

Pero cuando el hombre se ha percatado del privilegio que lo convierte en Gran Elector, todavía su misma condición de ser natural lo obliga a ser humilde. El hombre, sí, es el único ser capaz de escoger, y aun así pudiera definírselo. Pero, en la aplicación real, ¡cuán escasamente usamos nuestro don prestigioso! El hombre, en verdad, sólo escoge lo que menos le importa: los platos del almuerzo, el color de la corbata, el sitio para el veraneo, el tipo y marca del automóvil. ¿Escoge su oficio? Ya no estamos muy seguros de ello. Si el hombre hiciese siempre lo que le place, otra sería la condición humana en conjunto. Alguna vez hemos confesado que la tragedia puede definirse como el cantar de barítono cuando se ha nacido para tenor, o viceversa.

Así como llamamos sofisma antropomórfico al que consiste en atribuir a cosas y animales intenciones humanas —figura de prosopopeya filosófica—, así al jactarnos de nuestras victorias casuales, como si ellas fueran efecto de nuestro tino y nuestro método, parece un sofisma antropomórfico de segundo grado. Nos hacemos más "hombres" de lo que somos, más a nuestra imagen y semejanza de lo que hemos logrado ser.

Y ¿qué decir de nuestros amores, lo que más interesa a nuestro corazón? ¿No sería más exacto decir que los escogemos *a posteriori*? Nadie escoge a sus padres, nadie puede escoger su patria. Nadie ha escogido nunca a sus hijos, estos extraños brotados de nuestro cuerpo irresponsable. Aun a la mujer amada ¿puede asegurarse que se la escoja siempre? Un encuentro fortuito, el impulso de una pasión momentánea o el peso de las conveniencias imponen las más veces a un hombre la compañera que él llama presuntuosamente su elegida. Mucho más propio sería llamarla un presente del

cielo. Pues si realmente ella fuese el objeto de una elección entre todas las mujeres que pueblan la Tierra, entonces nos encontraríamos más bien, no ante un caso de amor, sino ante un acto de monstruoso egoísmo. La palabra que dice "elección" no expresa la realidad del caso sino en el mercado de esclavas o en el tráfico de los apetitos infames. Pero el verdadero avenimiento resulta de un azar feliz, aunque impulsado —no lo neguemos— por un portentoso acto de fe. Y ese concierto que pretendemos haber ajustado lúcidamente es mucho menos un concierto premeditado que un sometimiento voluntario. De su mayor o menor felicidad decide únicamente la Tyche, la Fortuna.

15-VIII-1953.

TALLA DIRECTA

ORIUNDO de Béjar, familia de picapedreros, un muchacho escapó del pueblo y se lanzó a la aventura de París, donde al principio tuvo que comer la consabida "vaca rabiosa" y donde, por cierto, Ceferino Palencia le hizo de San Martín y le daba la mitad de la capa. Porque el muchacho, como no sabía francés y era un hombrón muy rudo, se moría de hambre como corresponde a la gente honrada.

Pero pronto, a cincel y a martillo, y esculpiendo en talla directa (como usted, querido Carlos Bracho), se abrió las puertas de la gloria. Decidió volver como el hijo pródigo y reconciliarse con los suyos, antes de seguir su carrera. Todo el vecindario acudió en masa a la entrada del pueblo, para presenciar la paliza que el padre ofrecía propinar a aquel desalmado. Cuando se vio venir al muchacho, el viejo, dirigiéndose a los curiosos, exclamó: "Quien tenga hijos, apalee a los suyos, que yo al mío no le pego."

Y, dejando caer el garrote, abrió los brazos para recibir sobre su corazón a Mateo Hernández.

Al otro día, Mateo pidió a sus hermanos que le trajeran una piedra de buen tamaño, labró pacientemente una Virgen para la iglesia y, esta vez con la bendición del padre, regresó a París.

Allá lo conocí años después: patilludo, carirredondo, hercúleo, bueno como un santo, con esa solemnidad candorosa de los rústicos cuando se toman en serio. Todo el tiempo hablaba de los "egicios" como de sus naturales abuelos, e iba dejando de su paso por el mundo, como otros tantos monolitos conmemoratorios, esos animales de basalto y granito, inolvidables, de que todos pueden juzgar por los ejemplares del Museo de París (Avenue Wilson) y por la estupenda pantera que conserva el Metropolitan de Nueva York.

Estaba haciendo un busto de Ventura García Calderón y

se proponía seguir con el mío, lo que por desgracia no se cumplió.

—Me interesan estas caras gordas de ojos vivaces —me explicaba—. Hay en ustedes dos algo de oriental que me seduce.

Visitaba el Jardín de Aclimatación y se deleitaba en el Zoológico, donde puede decirse que le guardaban en jaulas los modelos. Los animales lo conocían y querían más que a sus guardianes. Las fieras mismas lo consideraban como a un huésped grato.

—Hay novedades —me dijo un día—. Venga usted conmigo para que le enseñe el nuevo crío que acaba de parir la hipopótama. Es una madre muy celosa. En cuanto alguien se acerca, lanza gruñidos, y el hipopotamito, obediente, se esconde y desaparece a la vista. Pero cuando voy yo a verlo, deja que el hijo siga paseando: me tiene confianza. El animalito consulta a la madre con los ojos, y yo creo que ella le dice: "No te escondas, no importa. Puedes seguir jugando. Éste es nuestro amigo Mateo Hernández."

23-VIII-1953.

EL JUDÍO ERRANTE Y LAS CIUDADES

EL JUDÍO ERRANTE me dijo:

—Es como esa epilepsia de los niños que de cuando en cuando huyen de su casa sin objeto determinado. Sólo que este huir del espacio tiene compostura, y por eso se reduce todo a un "irás y ya volverás". (Caso del Hijo Pródigo.)

"Pero yo me escapé del tiempo, lo que es mucho más grave, y ahora me veo obligado a recorrerlo palmo a palmo para remendar la tela desgarrada. Parece que no podré volver nunca; es decir, que no daré nunca con la muerte, la cual es un regresar al punto de partida o un cerrar el ciclo que se abrió con el nacimiento.

"Pero, en fin, no hablemos de mis desgracias personales, que harto tienes tú con las tuyas y no es eso lo que me preguntabas. Hablemos, objetiva o impersonalmente, de lo que me ha permitido ver esta condición de longevidad peregrinante. Sí, en efecto: las ciudades se alzan y se derrumban; se abren y se cierran las calles; se yerguen y caen hechos polvo los monumentos y edificios; los charcos se convierten en parques y viceversa... Como se dice en *Las ruinas de Itálica*,

las torres, que desprecio al aire fueron,
a su gran pesadumbre se rindieron.

"Lamento no haber conocido a tiempo los progresos de la moderna cinematografía. Abreviada visualmente en unos instantes, la vida de una gran ciudad a lo largo de varios siglos daría exactamente el espectáculo de un mar tempestuoso. Góngora tuvo una clara sensación sobre esta fluidez de las ciudades cuando exclamó:

Nilo no sufre márgenes, ni muros
Madrid, oh caminante, tú que pasas,
que a su menor inundación de casas
ni aun los campos de Lepe están seguros.

"Por ejemplo, un estudio comparativo de París en una y otra época con las sucesivas transformaciones que ha sufrido (o gozado) y los traslados sucesivos de su centro de gravitación (la Cité, los Marais, Saint-Antoine, los grandes Bulevares, etcétera) sería a este respecto muy expresivo. Un gran cerro de olas va caminando de una en otra región. A los 'barones de Haussmann' de unas y otras generaciones, unas veces les da por amontonar construcciones y otras por abrir claros. Los urbanistas de hoy, sin citar nombres, quieren que las mareas anónimas obedezcan al mandato de una persona. Ya ves que, en México, para abrir la Avenida 20 de Noviembre, doblaron la iglesia de San Bernardo. La teoría de las Grandes Vías, propagada a Madrid —y que fue el primer impulso hacia la Avenida Conde de Peñalver, lentísima operación de saja— de tal modo excitó los resortes humorísticos de los madrileños, en épocas más felices y cuando la risa era más fácil, que se produjo, como por generación espontánea y respuesta a la expectación general, la vieja revista de 'género chico' que todos habéis conocido; digo, que todos vuestros abuelos conocieron. Los nuevos métodos de derrumbe, que corresponden ya a la era de la 'guerra relámpago', no dieron tiempo siquiera a que pasara otro tanto en Buenos Aires, donde la Avenida Sáenz Peña se abrió en un santiamén, empujando y tumbando filas de casas con los codos. Por un instante, los vecinos admiraron algunas habitaciones de un piso alto donde aún quedaban residuos de la presencia humana y que —derruida la fachada— parecían un escenario teatral a telón alzado. Los 'camarógrafos' debieran haber aprovechado esta singularidad y haberse hartado de fotografías que, en el sentido vertical, hubieran correspondido al sentido horizontal de aquella ciudad sin techo, aquella ciudad 'sin tapa' en la inolvidable noche del volátil Diablo Cojuelo.

"Por supuesto que la poesía de las ciudades no está sólo en esta fluidez de que vengo hablando. También tiene su poesía, y muy auténtica, la aparente fijeza de la morada humana, apariencia que está medida al tamaño de una existencia normal. En el trecho de una generación, una ciudad, un barrio, una casa, ofrecen una engañosa fijeza, una como amenaza de perpetuidad, que es también fuente de emocio-

nes. Así, en tal tragedia de Esquilo, se levanta como un torvo puño de gigante el palacio de Agamemnón, preñado de siniestros destinos; así la Catedral de Notre Dame en la novela de Victor Hugo. Y, para bajar de lo trágico a lo costumbrista y lo cotidiano ¿hay mayor poeta del 'inmueble' que el novelista Dickens? Una casa abandonada que se empeña en seguir viviendo, una zona del mercado, los alrededores de la justicia o del gobierno, la región de los anticuarios... (Esas 'tenerías' de la *Celestina* que no sabemos dónde están...) No me niegues que el ver así la ciudad, en sus centros y puntos de energía o de reposo, tiene un encanto único. Pienso en *Las potencias de París,* de Jules Romains, intento de 'unanimismo' callejero.

"Volvamos a París que, si no lo recuerdo mal (con tanto andar todo se me olvida), fue, ayer, el punto de arranque de nuestras conversaciones. Abundan las historias de la ciudad, que nos van contando, calle por calle, lo que ha pasado en cada sitio. Unas son amenas; las más, enojosas a la simple lectura, como lo sería la lectura de un catálogo de exposición sin tener los cuadros a la vista. Esas guías sólo cobran su pleno valor para el que se decide a recorrer la ciudad libro en mano, y entonces hay riesgo de que la confrontación del dato erudito estropee el placer de la sola contemplación estética. Mucho más se siente el alma de las calles en la libre literatura: en el *Père Goriot,* en Huysmans. Ahora recuerdo un breve ensayo de Valery Larbaud, amable Montaigne contemporáneo, sobre *París de Francia,* en que se proponen curiosos enigmas (¿dónde queda una calle con tal nombre grotesco? ¿Dónde otra en forma de circunferencia cerrada?, etcétera), para el candidato a Doctor en Callejeo Parisiense. El "Bibliophile Jacob" nos cuenta primores sobre calles de París allá por 1834, la fisiología del Pont-Neuf, los sitios nefandos de la Edad Media. Para una temporada en barrios humildes, yo recomendaría dos libros contemporáneos; gemelos enemigos, uno de sal y otro de azúcar: *Down and out in Paris and London,* de George Orwell (el fatídico profeta del *1984*) y *La última vez que vi París,* por Elliot Paul, traducción de José Carner. ¿Y dónde dejamos a Apollinaire, con sus divertidas *Anecdotiques* y su *Flâneur des deux rives,* en que apare-

ce aquel inolvidable 'Hôtel des Haricots', museo de lámparas callejeras e instrumentos de iluminación urbana, boscaje metálico de inusitada fantasía? Y déjame citar los libros en desorden, porque las series cronológicas son imposibles para quien vive, como yo, en la inmensidad de los tiempos: si quieres darte un hartazgo sobre el condimentado y variadísimo sabor de París, asómate —es lo primero que se me ocurre en montón— a los *Secrets parisiens,* de Kessel; al *Fichier parisien,* de Montherlant; al *Paris sur Seine,* de Arnoux; al *Piéton de París* de León-Paul Fargue; a Aragon, *Le Paysan de París* y a estos dos libros recientes: la novela de Georges Villa, *Infirmerie Spéciale,* aspectos de la medicina policíaca; y Jean-Paul Clibert, *Paris insolite.* No quedarás defraudado, te lo prometo . . .

"Pero creo que ya hablé por los codos. Se me hace tarde y ya está sonando la campanita."

—¿La campanita?

—Cuando me detengo demasiado en un sitio, oigo sonar una campanita, equivalente del Ojo de la Providencia que perseguía a Caín. La campanita me avisa que tengo que seguir de frente.

—¿Por qué no se hace usted operar del cerebro? Esos ruidos inmotivados suelen ser efecto de lesiones craneanas. Se dice de un célebre músico que oía siempre una nota fija, no sé si un la bemol o un fa sostenido . . .

—¡Imbécil! Conmigo no cuentan esas cosas. Siento haber perdido el tiempo en tu compañía. Adiós, que no volverás a encontrarme.

Y el Judío Errante emprendió el trote.

28-II-1954.

LA PAREJA SUSTANTIVAL

—¿Y PARA eso hicimos la revolución... simbolista? ¿A qué tanta pregunta, Sócrates? ¿A qué pedir cuentas tan estrechas a los poetas? ¿Ignoras, a pesar de tu habitual lucidez, que ellos esperan más bien ser absorbidos y no analizados? ¿Que cierta indecisión de contornos —como la que reina en la conciencia antes de que la razón práctica le imponga el sistema métrico decimal— conviene a la eficacia mágica de su arte?

Pero, en fin, por una vez, traigamos a la platina del microscopio un ejemplo, siquiera un ejemplo, sobre este arduo combate entre el lenguaje y la poesía. Tomemos el caso de un alto poeta nuestro, Carlos Pellicer, y que su largueza nos perdone. No vamos a incomodarlo mucho tiempo: somos sus amigos. En él pudiéramos estudiar otros aspectos y aventuras del habla y del pensamiento heroicos: tal la metáfora intempestiva, que revienta como energía sobrante. Pero hoy nos limitaremos a la "pareja sustantival": lo que un purista —gente asustadiza de suyo— no dudaría en llamar la "pareja delincuente". Y todavía, para dar más prisa al mal rato, escogeremos una sola manifestación, un solo instante: aquel en que se nos habla de "las palomas pensamientos".

Pero, a pesar de la resistencia de las lenguas romances a este tipo de acoplamientos —resistencia singularmente acentuada en el castellano— ¿no anda ya en el coloquio corriente la tentación de usar fórmulas parecidas, abriendo a codazos el canal estricto del idioma? ¿No nos habla el aficionado de un "torero verdad", o el comerciante de una "liquidación verdad"? Se diría que, en estas frases, el enlace tradicional del sustantivo y del adjetivo ("torero verdadero, liquidación verdadera") como que no ofrece plena garantía al hablante, como que no lo deja seguro de haber dicho todo lo que quiere, como que se lleva de un solo lado la fuerza de la expresión, y por eso opta por poner los dos sustantivos de peso igual en los dos platillos de la balanza. (De acuerdo, no

son de peso igual, y la prueba es que uno de ellos se adjetiva, porque "torero" y "liquidación" son más sustantivos que "verdad", contienen mayor sustancia concreta; pero, como fuere, se ha buscado la mayor aproximación a la igualdad.)

Ya la melindrería gramatical de Cavia se sublevaba contra estas violencias, y esta vez no le faltaba razón, porque el efecto es feo. Pérez de Ayala, en su libro *Troteras y danzaderas,* hace que su filósofo (y no es otro que Ortega y Gasset en la juventud) hable con afectación del "problema España", porque decir "problema *de* España" quita profundidad al concepto. Y Cavia clamaba: —¿Por qué "Teatro Reina Victoria" y no "Teatro *de la* Reina Victoria"? ¿Pues acaso llamamos "Posada Peine" a la "Posada *del* Peine", castizo albergue madrileño?—. ¡Oh manes de Cavia! El resultado es muy diferente, y en un caso parece burlesco y no en el otro; porque "peine" no es una entidad excelsa, universal, como lo es toda una "Reina Victoria", y resulta una incrustación automática, tema de lo provocante a risa según Bergson.

En estas frases sorprenden los estilistas el paso de la lengua individual a la lengua común. Spitzer lo ha señalado en el francés (más valiente para estas exploraciones, acaso por ser la lengua romance menos hondamente latinizada): *Affaire Dreyfus, style Louis XV, côté cour, côté jardin;* y en la novela *Climats,* de Maurois, expresiones como éstas: "convenciones Marcenat, motivo Marcenat, zona Felipe" o, para los libros que pasaban de unos a otros, "herencia Francisco".

El inglés, las lenguas germánicas, son más dúctiles en este sentido; y la lengua homérica (con sus puntos y ribetes de artificial) "telescopia" palabras que a veces dejan como residuo un suspiro: exasperación de traductores, y más si quieren reducirse al tamaño del original. En los *Kenningar* —recuerda Borges— quien está habituado a pensar en una lengua reacia a los compuestos se halla un tanto perdido. "*Espina de la batalla* (la espada) o aun *espina de batalla* o *espina bélica* son desairadas perífrasis. *Kampfdorn* o *battlethorn* lo son menos. Así también, hasta que las exhortaciones gramaticales de nuestro Xul-Solar no encuentren obediencia, versos como el de Rudyard Kipling: *In the desert where the dung-fed camp-smoke curled,* o aquel otro: *To our five-metal,*

meat-fed men serán inimitables en español." (*Sur*, Nº 6, Buenos Aires, 1932.) (Lector no porteño: el querido amigo Xul-Sol o Xul-Solar estaba inventando un lenguaje criollo de nuevo cuño, pero este lenguaje, entre otros, tenía el defecto de evolucionar y sufrir cambios de la noche a la mañana.)

Marinetti, el de estrepitosa memoria, en su *Manifiesto técnico de la literatura futurista* (Milán, 12 de mayo de 1912), sostenía que todo sustantivo debe tener su doble: "hombre-torpedero", "mujer-rada". Pero ¿para qué acudir a novedades chillonas? ¿No decía ya Victor Hugo, maestro de maestros, *le pâtre promontoire* y otras cosas por el estilo?

En todo caso, la metáfora de Pellicer no proviene de sistemas ni de antecedentes ningunos, sino que es un hallazgo poético personal, obtenido de repente o a fuerza de pelear con el habla —no lo sé—, y sus "palomas pensamientos" (tan equilibradas que ninguna de sus dos alas se adjetiva) no son "palomas *de* pensamientos", ni "palomas *como* pensamientos" y ni siquiera "palomas y pensamientos a un tiempo", sino una expresión autárquica para explayar estados de ánimo que no encuentran su nombre hecho; porque la lengua fue fabricada por la utilidad y la práctica (a base de una representación del mundo que ya es angosta aun para el solo fin científico o racional), y no por la poesía. ¡Que el poeta eche en buena hora a volar sus "palomas pensamientos"! No habrá experto en el tiro de pichón que cobre la pieza.

5-V-1954.

EL AMOR DE LOS LIBERTADORES

FILÓSOFO aldeano y cura galante, Hidalgo tuvo amores y dejó descendencia. El austero San Martín afronta los celos de doña Remedios cruzando su banda sobre el pecho de Rosita Campuzano. Bolívar arrastra en su carro de victoria a algunas mujeres: la esposa perdida cuando él contaba diecinueve, la dominicana Luisa Krober, cierta mulatilla de quince años, la inolvidable Manuelita Sáenz. Y creo que fue Guillermo Valencia quien, allá en los días del Copacabana, me hizo notar que en Miranda hay la sustancia de un Casanova americano.

¡Cuidado! Mejor sería hablar de Don Juan. Si lo consideramos detenidamente, muchas veces "Casa-nova" quiere convertírsenos en "Choza-vieja". No despide su figura aquel destello romántico que le atribuyen quienes lo conocen sólo de oídas. En torno a él, ninguna mujer ha ejecutado aquella danza trágica que comienza por odiarlo sin haberlo visto —guardia preventiva de la hembra— y acaba en el grito fatal de la enamorada de Byron: "Esta cara pálida será mi destino." Don Juan, en cambio, ataca por camino derecho, a caballo y con la espada en alto y, confundiendo a cada encrucijada el amor y el combate, llega así hasta el claustro de sus beldades. Casanova no, que se anda por vericuetos, que se vale de lloriqueos y pequeños ardides, que se insinúa pidiendo limosna, que no es valiente, que no está dispuesto siempre a lanzarse en peso a sí mismo. Casanova no pertenece tanto al Donjuanismo como a la Picaresca. Más que enamorado es buscón. Cuando vislumbra una mujer que cede a sus gracias, "ve en lontananza un cocido", como el personaje de *La marcha de Cádiz.*

Y aquí, rasgando con la espada la página de la historia, se adelanta José Martí, que escribe como a estocadas y a tajos; el maestro de la prosa fulminante y eléctrica, toda ella en botones de fuego. Hijo de un español con quien nunca

pudo aquerenciarse, va criando en el alma un ancho vivero de violencia y ternura, que después se irá volcando dolorosamente en los pasos de su vida azarosa: nuevo capítulo sobre el amor en América para cierto libro de Max Daireaux.

Pero, héroe sin charreteras a pesar de aquella pluma que le hace de lanza, Martí prefería arrullarse en amores recatados, íntimos y nada teatrales. Yo agradezco a Antonio Iraizoz el haber levantado para mí el velo, con una mano respetuosa, sobre los secretos de aquel corazón espléndido y profundo.

Primero, a los dieciocho años, desterrado en Madrid, vio "unos labios muy rojos en la sombra", y de ese choque se rehízo y curó con el drama *La adúltera*. Luego, la rubia de Zaragoza, que no sabemos si realmente se llamaba Rosalía, ni si fue una hija del hospedero Félix Sanz o si fue Blanca de Montalvo, la vecina de las Platerías. (¡Las Platerías! Nombre evocador y tradicional en el capítulo galante de las letras hispánicas, cuya memoria conservaba aún nuestra antigua calle de Plateros. En las Platerías de Madrid encontró a su dama el personaje de *La verdad sospechosa*.)

Fue en Aragón "donde rompió su corola / la poca flor de su vida, / que allí tuve un buen amigo, / que allí quise (a) una mujer". Un año después, la recuerda: "Tengo siempre algún beso preparado / que dar no puedo y que te mando al cielo." La evocará también en París, ante la tumba de Abelardo y Eloísa. A los veintidós años aparece en México. ¿Hubo algo con la Padilla? No lo cree Núñez y Domínguez. ¿Hubo algo con Rosario? Lo duda Urbina. Y al fin se casó con Carmen en México, aunque se había prendado entretanto de María, "la niña de Guatemala, / la que se murió de amor"... ¿Y la piadosa Carmen Mantilla, en Nueva York?

Pero, en todo caso, es innegable: las verdaderas novias de Martí eran Cuba y la Muerte, la Gloria y la Muerte, la Humanidad y la Muerte. Iraizoz dice con razón, recordando la palabra de Nervo: "Junto a los lineamientos vigorosos de su fuerte personalidad, hay pequeños huecos que Martí llenó de amor, de amor a la mujer, de amor sensual, de amor que vibra en un beso, de amor que se enreda en unos brazos." Pero es que todo cubano arranca de una base mínima que es

el ser, en primer término, criatura de los sentidos. Sobre esta base se edifica el hombre poco a poco. "Amar —ha escrito Martí— no es más que el modo de crecer."

Al lado del lecho donde se adivina un bulto dormido, en la alcoba que todavía no se recobra del sobresalto nocturno, tal vez la frente de algún héroe se inclina sobre una carta de batalla. De aquí nace América, de aquí nace toda la historia.

V-1954.

UN EXTRAÑO DRAMA

El 15 de marzo de 1952 ("Teatro del Ateneo Louis Jouvet", París) se estrenó un drama en cinco cuadros de Fritz Hochwalder, adaptado al francés por R. Thieberger y Jean Mercure, y llamado ... *Así en la tierra como en el cielo.* François Mauriac (el novelista "nobeliasta") se declaraba "colmado por este extraño drama". Drama y no tesis, entiéndase bien.

El primer papel, el Padre Provincial, fue confiado a Victor Francen, tan conocido y tan popular, gracias al cine norteamericano, mientras no lo obligaron a raparse las barbas y a hacer papeles insignificantes (pobre Sansón cautivo), sin duda para que su apostura varonil no compitiese con los atractivos de los astros californianos.

La obra, por su asunto y por la admirable sencillez de su desarrollo —sencillez realmente ejemplar— debería ser conocida entre nosotros y ocupar nuestros escenarios. Se desarrolla entre hombres solos —como en el precepto que dictó a Stevenson su entenado cuando aquél escribió, para darle gusto, la *Isla del tesoro.* Además, acontece en un solo día, en la misma sala, y está trazada de un solo rasgo, "sin cruzar la pluma". De suerte que hasta puede satisfacer a los últimos y remilgosos partidarios de aquella frágil teoría que se llamó de las Tres Unidades (tiempo, espacio y acción: anticipo a las categorías kantianas).

Tal teoría fue violentamente atribuida a Aristóteles por los preceptistas del Renacimiento; pero al menos tiene la ventaja, cuando ella opera espontáneamente como en el caso, y no como una imposición externa y ajena al drama mismo, de facilitar enormemente la representación y el "montaje" teatral.

El drama acontece el 16 de julio de 1767 y tiene por asunto la expulsión de los jesuitas del Paraguay; donde éstos, como se sabe, habían creado un pequeño y floreciente imperio utópico que rivalizaba, en prosperidad y en todos los ór-

denes institucionales, con las informes posesiones de los colonos laicos, verdaderos esclavistas a quienes sólo importaba su provecho. Los indios son grandes músicos, y la música ha sido uno de los principales recursos jesuíticos para domeñar aquellas almas rudas, lo mismo que en los mitos antiguos.

Por cierto que, si el drama llegase a trasladarse a nuestra lengua, habría que sustituir por otra palabra (tal vez "esclavistas" como lo hemos dicho) la palabra "negreros" que allí se usa constantemente y que resulta sumamente inadecuada para calificar a los amos de indios. Los indios no son negros, y el uso metafórico del término es, aquí, un anacronismo que mal encubre la eterna confusión del vulgo europeo sobre las poblaciones indígenas de América.

Los jesuitas han sido víctimas de rivalidades, intrigas y falsas delaciones por parte de las autoridades, los encomenderos y aun los obispos. Se los acusa de conspirar contra la unidad del reino español. Y aunque el visitador de Su Majestad, don Pedro de Miura, se convence de que los cargos son calumniosos, cumple con la orden que de antemano ha recibido, la cual manda expulsar de la provincia a todos los jesuitas, dando por ciertas todas las acusaciones presentadas contra ellos.

El Padre Provincial, Alfonso Fernández, no entiende la actitud contradictoria de Miura, y éste pasa a explicarse:

—No —viene a decirle—, no estoy loco. ¿Qué habéis hecho de este país? ¿Qué de estos bosques y "pampas" *(otra palabra que será menester cambiar)*, donde jamás hubiéramos penetrado, si no hubiera sido por obra vuestra? ¡Habéis hecho un reino de amor y de justicia, sencillamente! Sembráis y levantáis pingües cosechas, sin caer jamás en la tentación de sacar provechos indebidos; los indios os colman de elogios y abandonan a los colonos. Vuestros productos se esparcen por el mundo, y los comerciantes españoles, incapaces de competir, se precipitan en la quiebra. Habéis instituido el reino de la paz y del bienestar, en tanto que la madre patria padece miseria y descontento. Este país, conquistado al precio de nuestra sangre, lo habéis hecho grande, sí, pero contra nosotros. Sois apenas una porción diminuta dentro de nuestros estados, y nosotros, los poderosos, nos ve-

mos obligados a temblar ante vuestro ejemplo. Nosotros nos extendemos por el mundo gracias a la guerra, y vosotros, gracias a la paz. Nosotros nos despedazamos, vosotros os fortalecéis. Mañana contaréis con treinta y cinco reservaciones; dentro de pocos años, con setenta . . . ¿Y os figuráis que podemos permanecer impasibles ante esto, que nada haremos para atajaros? Sería insensato que no os expulsemos antes de que sea demasiado tarde. Debéis desaparecer sin remedio, en nombre del imperio mismo que ha permitido vuestro experimento civilizador. Debéis desaparecer para poner término a tan peligroso experimento.

Y como los jesuitas cuentan con la lealtad de los caciques y las poblaciones indígenas, a quienes administran, y poseen todo un ejército dotado de excelentes armas, se produce una tensión que amenaza con parar en un levantamiento. Hay un patético vaivén en la acción, de donde resulta que ya el Padre Provincial es prisionero de Miura, o ya viceversa.

Y cuando se oyen los primeros disparos, un desconocido que anda de viaje por el país, un tal Lorenzo Querini, revela secretamente al Padre Provincial su verdadera misión: Querini es legado del Muy Reverendo Padre General de la Compañía en Roma, y en nombre de él ordena al Padre Provincial rendirse y aceptar la expulsión decretada por el rey de España. A Querini no le importa que los enemigos de los jesuitas sean aventureros innobles y crueles esclavistas, no le importa que el rey haya sido víctima de intrigas, no aprueba siquiera la conducta del visitador Miura, pero, añade:

—¿Queréis saber cuál ha sido vuestra falta? En un mundo irremediablemente dominado por la codicia y por la infamia, se ha pretendido aquí realizar la palabra del Cristo. Deslumbrado por el éxito de nuestra Misión, el pueblo indio espera ahora de nosotros la libertad nacional. Espera una protección infalible contra los poderosos. ¡Espera nada menos que la instauración del Reino de Dios en la Tierra! . . .

Los caciques y sus súbditos no se convierten por razones religiosas, sino para obtener ventajas materiales, para comer bien y no ser azotados. La Misión se ha dejado deslumbrar por una fácil victoria. Su encargo es poner a las almas en el camino de una felicidad que está más allá de la muerte,

y no hacer felices a los cuerpos en este valle de lágrimas. ¡Obedeced!

Obra el poderoso resorte de la obediencia jesuítica. El Padre Provincial se rinde, sin poder evitar ya que, en la escaramuza, lo alcance una bala que lo hace morir poco a poco. Junto a su lecho de muerte, Miura exclama:

—Yo también, Alfonso Fernández, tengo una inextinta llama que me ilumina: la que alimenta mi amor por España y por mi Rey...

Y tras una pausa, y mientras se oyen los tambores que anuncian la ejecución del Padre Oros, jefe de las armas jesuíticas, Miura añade, contrito:

—"Pero ¿de qué sirve al hombre ganar el universo cuando acaba de perder su alma?" *Confiteor, confiteor.*

V-1954.

V. *EPÍLOGOS*

1 9 5 2

1

NO VAMOS a creer que el espíritu es sólo un viento y que pasa de largo moviendo apenas las crestas de la realidad y sin penetrarla con su íntima sangre. Pero ¿en qué proporción se habrá distribuido el espíritu entre los seres y las cosas? Y, en consecuencia, ¿cuál será la parte de salvación, de emancipación que se nos reserva? ¿Nos salvaremos todos? ¿O será posible que, todavía en el absoluto final —entropía o descomposición en este mundo, triunfo en el otro—, existan categorías y niveles? ¿Y para eso habremos sufrido? ¿No aconteció un día, entre los egipcios, un levantamiento del pueblo para conquistar el derecho a la inmortalidad, hasta entonces exclusividad de los próceres?

2

Si, según todos los Platones que en el mundo han sido, verdad es abstracción, de seguro que la más abstracta de las mentiras ha echado ya alas de verdad. Aquí se confunden las balanzas. Todo crepúsculo pone a prueba las comodidades de los sistemas. Pocos hay que sepan andar en esta zona, con el *Polifemo* de Góngora, "pisando la dudosa luz del día". Los más se conforman con ser huéspedes del meridiano o la medianoche. Su bajo contentamiento metafísico desespera a las mentes más refinadas: aquellas que ven la sombra de la luz, la luz de la sombra, y dudan, por eso, si no será el Universo tan sólo un caso estupendo de imaginación reflexiva.

3

Ha habido, hasta en nuestros tiempos, tan ayunos de pensamiento heroico, ciertas profecías, bien que los profetas no sean siempre desinteresados y puros. He aquí, entre otras adivinaciones, las primeras que hemos recordado, la otra tarde, charlando entre amigos predilectos:

El desperezo de Thor, que Heine anuncia en su *Alemania;*
las visiones históricas, amargas y pesimistas, de Burckhardt, que anuncia el Estado totalitario;
el Individuo contra el Estado, de Spencer;
el Porvenir de la Inteligencia, de Maurras;
el Estado Servil, de Belloc;
la Era del Chauffeur, de Keyserling;
la Rebelión de las Masas, de Ortega y Gasset;
la Raza Cósmica, de Vasconcelos. (Antecedentes inesperados, en el "Pedro Lobo" de Valera, *Genio y figura . . .*)

4

Hay argumentos circulares, o mejor diríamos que se muerden la cola; pero es culpa de las palabras. Así el sofisma —trampa verbal— de todos los llamados reaccionarios cuando, en nombre de la libertad, reclaman el derecho de atentar contra la libertad o siquiera de predicar contra ella. ¿Libertad contra la libertad? Hasta un niño —no los criminales políticos— confiesa que esto no es libertad.

5

A la señora que se acusaba de su completo descreimiento, le dijo el confesor:

—¿De veras no crees en nada?

—Creo, padre, que dos y dos son cuatro.

—Pues atente a eso y te salvarás.

Porque, para el tomasiano, dudar de la razón es muy du-

dosa teología. Pero he aquí que Tertuliano contesta: *Credo quia absurdum.* Pocos escapan a los cuernos de este dilema: o la razón o la fe, salvo cuando la dulce combinación de ambas, que es la felicidad verdadera.

En todo caso, el progreso de la razón fue siempre funesto a los falsos dioses. Quienes sienten que el mundo fue hecho por la Inteligencia, viven relativamente satisfechos, por aquello del viejo refrán: "Dios me dé contienda con quien me entienda", aun cuando no crean que el Hombre, y en particular su personita, son el objeto de la Creación. Y, en cambio, nada más patético en la historia que el fracaso de los sistemas racionales.

Como aconteció en el ocaso de la edad clásica, mientras se depuraba la nueva fe. De aquí que, como una manera de olvidarse o perderse, de ser otro (Santa Teresa y su hermano jugaban al martirio y a la aventura), se inventara entonces la novela, género por excelencia de la evasión: la evasión, aunque sea para realizar o dar a luz, en el reino de las sombras, otro yo latente.

6

Para atreverse a la síntesis que logró o que intentó Goethe, había que estar, como él y como su Alemania, muy cerca de los misticismos medievales, ortodoxos y heterodoxos, muy cerca de la magia y la alquimia. Un francés de entonces ya no hubiera podido atreverse a tanto. La asepsia científica había hecho ya su labor en otros climas. Pero el semidiós de Weimar, en su frontera, en su claroscuro, con las brumas septentrionales todavía en la cabeza y los ojos puestos en la claridad mediterránea, aún pudo soñar con emanciparse del momento histórico y volar sobre la contingencia, haciendo uno de lo antiguo, lo medieval, lo moderno, lo futuro.

7

Decir la filosofía en latín, traducirla al latín, fue el angustioso problema de los escritores romanos, al enfrentarse con

los griegos, sus maestros-esclavos. El latín, que aún sigue viviendo a su modo, aborda hoy otros enigmas. Si las encíclicas papales han de abrazar las realidades contemporáneas, tienen que domesticar y adoptar algunas expresiones científicas. El lingüista italiano Antonio Bacci ha ofrecido al Papa estos circunloquios latinos:

Para la "bomba atómica": *atomicus pyrobolus;*
para la "bomba H": *terrificus ab hydrogeneo pyrobolus;*
para "radar": *radiolectrum instrumentum exploratorium.*

Pero no hace falta ser lingüista para percatarse de que, como de costumbre, el latín, en cuanto se acerca a las nociones sutiles, acude a las andaderas del griego. A los ojos del griego, el mundo exterior y el mundo interior realmente existen, y el griego no para mientras no logra verlos y asirlos. De ahí la civilización occidental. Los estilistas saben bien que si, en Grecia, hasta el arco de Pándaro, a la hora de dispararlo, cuenta su historia "con todos sus pelos y señales", en cambio, para el hebreo, en la Biblia, se oye *in abstracto* la voz de Dios, sin que sepa Abraham de dónde viene.

8

Fiel a la consigna unanimista, Jules Romains, en *Puissances de Paris,* nos describe cómo un barrio, una calle, cobran conciencia de sí mismos y alcanzan cierta fisonomía propia. No he leído *L'Esthétique des rues,* de Gustave Kahn. Dados el título y la época, sospecho que va por otro lado. Pero, en una venta del Hôtel Drouot, encontré hace años esta noticia bibliográfica que ya me parece anunciar más de cerca la postura de Jules Romains, aunque todavía en tono zumbón y sin tomarse por lo serio:

Badauderies parisiennes. Les rassemblements: Physiologies de la rue, observées et notées par Paul Adam, Tr. Bernard, Léon Blum, Romain Coolus, Jules Renard, Pierre Veber, Eugène Véch, etcétera. *Gravures hors texte de* Félix Valloton; *vignettes dans le texte de* François Courboin. Paris, Floury, 1896, in-8º (Carayon), 200 exempl.

Desde luego, no deja de ser curioso encontrar a León Blum en estos ejercicios de pluma. En cuanto a Paul Adam, no es extraño que consagre algunas observaciones a *les rassemblements* el hombre que escribió *Le Mystère des Foules*. Y confieso que, al decirlo, me guío solamente por el título de esta obra, que he preferido ignorar gloriosamente, sin más justificación que aquel epigrama, no sé si de Daudet o de Maurras:

Nous lirons "Le Mystère des Foules"
de notre ami Paul Adam
quand les poules, poules, poules,
quand les poules auront des dents.

Pero lo que más nos importa, al señalar este antecedente aventurero y casual de las *Puissances de Paris*, es hacer notar cómo la nota humorística de ayer se vuelve hoy cosa de grave investigación. Y, en verdad, gran parte de la estética contemporánea, para las artes como para las letras, consiste en tomar por lo serio cuanto hasta ayer se consideró como humorada.

9

¡Cuántos lenguajes no habrá inventado el hombre! Alguna vez he divagado sobre el tema ("Hermes o de la comunicación humana", *La experiencia literaria*). Pude insistir más sobre el lenguaje de los signos corpóreos: el lenguaje de los ojos, por ejemplo, se me quedó en el tintero. Sobre los lenguajes del abanico, las flores, etcétera, aún faltaba mucho por decir. Tardíamente tuve noticia del lenguaje del mate, mencionado por Mantegazza, quien asegura que tal lenguaje estuvo en boga hará más o menos un siglo:

"El mate amargo es indiferencia; el dulce, amistad; con toronjil significa disgusto; con canela: *tú ocupas mi pensamiento;* con azúcar quemada, simpatía; con cáscara de naranja: *Ven a buscarme;* con melisa: *Tu tristeza me aflige;* con leche, estimación; con café, ofensa perdonada." (Mantegazza, *Viaje por el Río de la Plata.*)

Añádase a lo que digo en *Los trabajos y los días* sobre "pasigrafías" y lenguajes universales.

10

. . . Esa especie rara y fabulosa, esa entelequia sobre la cual reposan y viven los escritores europeos, y que acá, nosotros, en nuestra América, cortejamos sin lograr atraparla: ¡el lector! . . .

11

¿Habrá quien se atreva a negarlo? Las plantas pesan hacia arriba. Algunos ramos, algunas flores, suelen arrepentirse después: doblan el cuello y piden perdón.

12

No sé si he entendido bien al teólogo Fulton J. Sheen. Parece que algunos adeptos de la filosofía perenne se defienden contra los ataques "anti-intelectualistas" de estos últimos tiempos de una manera singular. Aceptan casi todas las conclusiones de los adversarios, a condición de que no hagan blanco en Santo Tomás, a condición de que no pretendan presentar a Dios como criatura fabricada por las manos del hombre. —Respuesta a los excesos del racionalismo que inmediatamente lo precedió —alegan estos teólogos—, el "anti-intelectualismo" mata al señor Comte, pero deja ilesa la Inteligencia.

13

Una vieja nota:

Río, 19 de agosto de 1931.

Estos días, oyendo las conferencias de Baldensperger en la Academia Brasileña, Balzac, de repente, se me ha presentado como un Auguste Comte de la novela: gran sistematizador de ideas vulgares, con un alma demasiado trabada al cuerpo (es decir: cuyas ideas quieren siempre comprobaciones experimentales), el cual cree subir hasta el misterio y espera arrancarle una pluma, sobre una escalera babilónica de gradas o nociones rigurosamente clasificadas y fundadas todas en la observación más grosera y en la psicología más convencional. Es, pues, otro caso de genio tonto.

Releyéndome, no puedo menos de preguntarme si habré sido justo. Peor aún: ¿se puede ser justo en estas apreciaciones tan generales, tan a rajatabla? Las aseveraciones de este tipo casi siempre resultan falsedades críticas. Y sin embargo, nos resultan indispensables, si es que hemos de asir el objeto. La realidad es cambiante y múltiple para las cosas, los hombres, las ideas; es infinita en sus aspectos y notas. ¿Qué hacen, ante semejante espectáculo, los sentidos y la inteligencia? Escogen, abrevian, alteran y paralizan. Conocer es falsear.

14

¡Y ese sandio de Jacques Rivière!

—No, no puedo ser católico, porque entonces estaría en paz.

—Pues ¿qué queremos sino estar en paz, hombre de Dios? Y además ¿está en paz el católico? ¿Y la ira irrestañable de un Bloy, para no hablar de otros profetas? ¿Y el tan traído y llevado sentido agónico, de Unamuno? ¿Y la angustia, de Kierkegaard? Y no se diga que aquí confundimos ortodoxos y heterodoxos, cristiano y católico, género y especie, que para el caso da lo mismo. Y tampoco se nos diga que si vamos a las grandes autoridades en ellas hallaremos la paz: nada más inquietante y combativo que la historia de la teología. "¡Papas contra papas, Concilios contra Concilios", clamaba Newman.

15

En *El deslinde* hablé largamente de las energías afectivas del lenguaje. En ese desborde que rompe los cuadros de la lógica y de la moral sólo por seguir el arrastre de la canción —como en el romance de Delgadina, en ciertas coplas populares o en las explosiones que he llamado "jitanjáforas" (ver *La experiencia literaria*)— reconocí una de las maneras del Impulso Lírico latente en el fondo de la vida.

Esta noción del Impulso Lírico se me apareció en los días de la adolescencia. José Vasconcelos me instaba a desarro-

llarla, independientemente de lo literario o poético, a modo de interpretación de la existencia. (Éramos muy inteligentes.) Por otra parte, en 1916, Vasconcelos elaboraba sobre temas afines (según me lo explicaban sus cartas) su ensayo sobre *La sinfonía como forma literaria.* La verdad es que el Impulso Lírico, en efecto, por todas partes se manifiesta y nos sale al paso.

Una reciente lectura de Schiller *(La educación estética)* me ha llevado a nuevas reflexiones. Mayor voluntad, mayor energía hay en la emoción emancipada de todas las necesidades que no en el sometimiento a la realidad inmediata. Aquí la naturaleza acude al encuentro del hombre y remeda la libertad. La pujanza desborda y brinca y parece una liberación. El rugido del león, cuando el hambre no lo atenaza y ningún reto lo provoca, es un mero gasto que se deleita en su exuberancia.

Lo propio puede afirmarse de todos los cantos y los juegos de los animales. Aun los encuentros eróticos del hombre o de sus hermanos inferiores parece, en ocasiones, que se equivocan de propósito como en un alarde o una ironía. La misma naturaleza vegetal se revuelve y se desperdicia como por bravata. El árbol se expande en una multitud de ramas y flores que no todas llegan a fructificar; despliega, en verdad, más raíces y hojas que las necesarias a su sustento. En esta prodigalidad, que puede haber olvidado las exigencias económicas de la vida, la vida se ríe de sí misma a fuerza de gozarse sola. La imaginación humana, la facultad de engañarse ante las imágenes, independientemente de las normas aconsejadas por la experiencia; el gusto por un ornamento que enriquece la vistosidad del objeto y no su eficacia; la aptitud para los sentimientos delicados que embellecen el trato humano mucho más allá de las prescripciones del instinto (Tú me pides Diez, Yo te doy Mil) —todo ello es testimonio de una capacidad superior que puede llamarse Impulso Lírico.

Nietzsche, gran lector de Schiller también, siente que hay treguas en este universal conflicto de las tensiones que nos circundan. Entonces nuestro dolor se deja embriagar y despide luces y aromas. Cuanto en la naturaleza nos da idea de la profusión, de las profusión que ahuyenta la muerte omni-

presente —cuyo sentimiento va implícito en el sentimiento mismo de la vida—, nos levanta con aquel entusiasmo que proyecta haces de belleza sobre todas las miserias del mundo.

16

He dicho que las pretendidas leyes económicas, según cierto recordado maestro, sufren una como refracción cuando se trata de las poblaciones indígenas, y perturban visiblemente las previsiones de la ciencia ("Paradojas económicas", *Norte y Sur*). Me he visto en trance de explicar al filósofo Northrop, de Yale, que si en aquellas septentrionales latitudes se entiende por libertad el apego a la legislación, acá, en nuestros pueblos, entendemos por libertad el que el Estado, el Gendarme, no se mezcle en nuestra vida ni tenga que ver con nosotros; y aun las violaciones de los preceptos, por parte de los gobernantes, nos afectan poco si no trascienden a nuestros caminos privados. He oído decir a un chusco que, en ciertos países, la ley de causalidad no opera, y la sustituye la "ley de la pura tarugada" (la ciega sucesión de azares; no confundirlo con "la Lotería de Babilonia" imaginada por Borges); y a otro le he oído decir que, en ciertos países, las cosas no han de procurarse mediante los recursos institucionales, sino mediante el trato directo con la gente, la palmadita en el hombro, el guiño de ojos; que es un error de técnica el proceder según la organización y el método en los pueblos desorganizados; que aquí no se puede hacer nada por la vía prescrita, y por eso mismo, echándose a campo traviesa, se puede hacer todo, inesperadamente, mejor y más pronto que en cualquier parte. Algunos afirman que el margen de anarquía preserva, en estos singulares pueblos, las libertades individuales más preciosas, y esto en una proporción que, hoy por hoy, pudiera envidiar cualquier nación, al punto que convierte a estos pueblos en reductos de la última felicidad personal. No falta el que explique: "Cuando se ha hecho todo lo posible por acabar con un país y arruinarlo, y a pesar de eso sobrevive y prospera, es sin duda porque hay una Providencia que lo ampara y protege. Luego aun cier-

tos Elefantes Blancos, construcciones exorbitantes, empresas mal planeadas, locuras que dan la espalda a la prudencia, delirios de la exhibición política, estallidos tal vez de parálisis general progresiva, acabarán por ser un éxito. No hay que desesperar todavía."

17

Desterrado en París por la Dieta Germánica, a causa de sus ideas liberales, el poeta Heine publicó, entre otras cosas, su libro *De la Alemania,* escrito directamente en francés y cuyo prólogo aparece firmado el 8 de abril de 1835. Al final de la Tercera Parte de dicha obra ("De Kant a Hegel") aparece esta admirable profecía que no necesita comentario y a la que da nueva actualidad el renacimiento del nazismo en Alemania:

> Estas doctrinas filosóficas [el criticismo de Kant, el idealismo trascendental de Fichte y la filosofía de la naturaleza] han desarrollado fuerzas revolucionarias que sólo esperan su momento para hacer explosión y llenar al mundo de admiración y espanto. Entonces aparecerán los kantianos, quienes no querrán ya oír hablar de piedad ni en el mundo de los hechos ni en el de las ideas, y que arruinarán sin misericordia, con hachas y puñales, el suelo de nuestra vida europea, para extirpar las últimas raíces del pasado. También aparecerán en escena los fichteanos armados, cuyo fanatismo no podrá ser frenado por el temor ni por el interés, pues ellos viven en el espíritu y desprecian la materia, como aquellos primeros cristianos a quienes fue imposible domar mediante los suplicios corporales ni los goces terrenos. Sí, estos idealistas trascendentales tal vez sean más inflexibles que los primeros cristianos a la hora del trastorno social, pues los cristianos soportaban el martirio para alcanzar la piedad celeste, en tanto que el idealista trascendental considera el martirio como una mera apariencia y se mantiene inaccesible, encerrado en la fortaleza de su pensamiento. Pero los más espantosos de todos serán los filósofos de la naturaleza, que intervendrán mediante la acción en la revolución alemana, y se identificarán del todo con su obra destructiva; pues si la mano del kantiano pega duro y seguro, porque su corazón no se conmueve ante ningún respeto tradicional; si el fichteano desprecia altivamente todos los peligros, por cuanto a sus ojos carecen de realidad; el filósofo de la naturaleza será terrible, por lo mismo que se pondrá en comunicación con los poderes originales de la Tierra, conjurando las fuerzas inertes de la tradición, evo-

cando las energías de todo el panteísmo germánico y despertando en sí mismo aquel ardor combativo que encontramos en los antiguos alemanes, y que se empeña en combatir, no para destruir, ni siquiera para vencer, sino sólo para combatir. El cristianismo ha suavizado hasta cierto punto este brutal ardor bélico de los germanos, pero no ha logrado aplacarlo; y cuando la cruz, este talismán que lo encadena, acabe de romperse, entonces se despertará de nuevo la ferocidad de los antiguos combatientes, la exaltación frenética de los Berserkers que todavía cantan los poetas del Norte. Entonces —¡ay, y este día tendrá que venir!— las viejas divinidades guerreras se alzarán de sus sepulcros fabulosos, limpiarán de sus ojos el polvo secular, y Thor se levantará con su martillo gigantesco y demolerá las catedrales góticas... Cuando oigáis el estrépito y el tumulto, manteneos en guardia, queridos vecinos de Francia, y no os mezcléis en lo que hagamos por allá en Alemania: pudiera resultaros mal. Guardaos de no atizar el fuego, y guardaos hasta de querer extinguirlo, pues os quemaríais los dedos. No os riais de estos consejos, aunque vengan de un soñador que os invita a desconfiar de los kantianos, de los fichteanos y de los filósofos de la naturaleza; no os riais del poeta fantástico que espera ver realizada en el mundo de los hechos la misma revolución ya operada en el dominio del espíritu. El pensamiento precede a la acción como el relámpago al trueno. El trueno en Alemania tiene que ser también muy a la alemana: no va muy de prisa, viene rodando con cierta lentitud; pero llegará, y cuando oigáis un estruendo como jamás se ha oído en la historia del mundo, sabed que el trueno alemán estalló por fin. A su eco, las águilas caerán muertas desde las alturas del aire, y los leones, en los más apartados desiertos del África, esconderán la cola y se refugiarán en sus antros reales. Se ejecutará en Alemania un drama junto al cual la Revolución francesa no será más que un idilio inocente. Verdad es que hoy todo está tranquilo, y si veis acá y allá algunos hombres que gesticulan con cierta vivacidad, no creáis que son ya los actores encargados de la futura representación. Son meros gozquecillos que corren por la arena vacía, ladrando y cambiando una que otra dentellada, mientras llega la hora en que aparezca la tropa de gladiadores que han de combatir hasta la muerte.

Y esta hora sonará. Los pueblos se agruparán como en las gradas de un anfiteatro en torno a Alemania, para presenciar los grandes y tremebundos juegos. Os lo aconsejo, franceses, manteneos entonces muy tranquilos y, sobre todo, no vayáis a aplaudir. Fácilmente interpretaríamos mal vuestras intenciones, y aun os rechazaríamos con esa brutalidad propia de nuestras maneras descorteses. Pues, si antaño y en nuestra era de indolencia y de servidumbre, fuimos capaces de medirnos con vosotros, ahora lo seríamos mucho más en la embriaguez arrogante de nuestra li-

bertad recién conquistada. Sabéis por vosotros mismos los extremos a que puede llegarse cuando se está en este estado, que vosotros superasteis ya... Así pues ¡mucho cuidado! Os hablo con la mejor intención, aun cuando os anuncio amargas verdades. Tenéis más que temer de una Alemania libertada que de toda la Santa Alianza con sus croatas y cosacos. Ante todo, en Alemania no se os quiere, lo que casi es incomprensible, pues sois verdaderamente muy amables, y durante vuestra permanencia en Alemania os habéis impuesto los mayores esfuerzos para gustar, al menos, a la mejor y más hermosa mitad del pueblo alemán; pero aun cuando esta mitad os amase, resulta que es la que no lleva armas, y su amistad os serviría de muy poco. Nunca he entendido bien lo que se os reprocha. Un día, en una cervecería de Gotinga, un joven "Vieja Alemania" se puso a decir que había que vengar en la sangre de los franceses el suplicio de Conradino de Hohenstaufen, a quien decapitasteis en Nápoles. Sin duda vosotros habéis olvidado esto desde hace mucho tiempo; pero nosotros no olvidamos. Ya veis que, cuando nos entre el capricho, nunca nos faltaron buenas razones a la alemana para pelear con vosotros. En todo caso, os aconsejo que os mantengáis alerta. Pase lo que pase en Alemania, y aun cuando el príncipe real de Prusia o el doctor Wirth se adueñen de la dictadura, conservaos firmes en vuestro puesto, siempre armados y prestos. Os repito que sólo me inspiran buenas intenciones, y he visto con verdadero espanto que últimamente vuestros ministros han hablado del proyecto de desarmar a Francia...

Como, a pesar de vuestro actual romanticismo, habéis nacido clásicos, conocéis bien vuestro Olimpo. Entre las gozosas divinidades que se regalan allí de néctar y ambrosía, sabéis que, en medio de estos dulces esparcimientos, se encuentra una diosa que nunca se quita la coraza y conserva el casco en la cabeza y la lanza en la mano. Es la diosa de la sabiduría.

1953

1

El afán de continuar sistemáticamente prendido a las consecuencias de una hipótesis perjudicó a Platón en su *República* y perjudicó a Nietzsche en su teoría del Superhombre. La hipótesis que, en sí misma, puede ser benéfica como un golpe de viento fresco, si dura más de cinco minutos se convierte a veces en un ventarrón calamitoso. La verdad admite una secreta sazón de tiempo y de espacio, una cualidad de extensión: la verdad de una hora puede ser el error de un año; la verdad de aquí, el error de allá.

2

¿Conocéis el caso de Tamazunchale? Tamazunchale, sobre la carretera que une a México y a Nuevo Laredo, ve pasar los autos en una y en otra dirección: ya hacia el sur, ya hacia el norte. Éstos corren rumbo a la derecha, y aquéllos corren rumbo a la izquierda. Pero, si cruzamos la vía, aquéllos corren rumbo a la izquierda, y éstos, rumbo a la derecha. Ante la dificultad de acomodar en el cerebro estas dos relatividades simultáneas, se han preguntado algunas personas sinceras de la región: ¿cuál es la derecha y cuál es la izquierda? Y de aquí la crisis que atraviesa la juventud intelectual de Tamazunchale. Esta crisis es el símbolo y el compendio de muchas angustias juveniles.

3

Joven del escrúpulo: usted no me ha entendido. Denunciar la confusión mental (en Tamazunchale o donde sea) no es fomentarla ni desearla. Todo lo contrario: es invitar a los

apóstoles como usted a que se esfuercen por disiparla. Usted lo sabe de sobra —no lo niegue, que sería falta de probidad—: uno de los padecimientos de nuestra época es precisamente la tremenda revoltura del bien y el mal. De modo que hace falta una espada que los divida, como la que Cristo esgrimió en sus días, según él dijo. Estamos hartos de ver que los creyentes nieguen sus credos y acepten combinaciones espurias, colaboraciones incalificables, en vista de intereses a corto alcance. Lo cual produce un lamentable mareo, como aquel juego de los derviches giratorios que llamábamos en mi infancia "la malacachoncha". No se ponga en guardia cautelosa, no se sienta personalmente aludido cada vez que se habla de la derecha o de la izquierda, ni menos suponga que yo quiero "hacer el juego" a los bribones. Tampoco crea usted ser el dueño de la verdad absoluta. Estas cosas nos superan a usted y a mí: no hay que "fulanizarlas". No se sienta incómodo: nadie ha pretendido atacarlo (usted es hombre de buena fe), sino, a lo mejor, ayudarlo. Y sobre todo, nada de olvidar el humorismo; deje esa solemnidad de puritano que tiene muchos nombres feos. Así es que ya se me está usted quitando del zapato esa chinita que los diccionarios llaman "escrúpulo".

4

Consciente o inconsciente, delito de culpa o de intención, el plagio es inevitable. Keyserling me robó de la conversación la idea de la gama melancólica en Hispanoamérica, que va desde la montañosa cólera y el patetismo mexicanos hasta el tedio de la pampa argentina. A José Ortega y Gasset le conté, y él se lo apropió por obvias razones de derecho espiritual, el chiste sobre la hora kantiana de Buenos Aires: aquella caída de la tarde en que oíamos pregonar por las calles *La Crítica* y *La Razón*, los diarios vespertinos. Ramón Gómez de la Serna tomó de mis páginas tres citas: el *Metzengerstein* de Poe, cierto pasaje de Mateo Alemán aplicado por mí a esclarecer la pintura cubista: los caballeros que pasan vibrando astas, de modo que cada asta parece cuatro, y una frase equivocada de Santa Teresa ("Entre los pucheros anda

Dios, hijas"), cuya verdadera lección es ésta: "Entre los pucheros anda el Señor." Por mi parte, yo me apropié dos o tres frases felices de Xenius en que ni él mismo ha reparado y que lamento no recordar, porque me agradaría devolvérselas. Y otra vez, plagié *avant la lettre* a Chesterton; pues, burlándome de la pedagogía, afirmé: "Esto se dice muy bien en inglés: *There is no such thing as education.*" Y, a la semana siguiente, me llegó *The Illustrated London News* con un artículo en que Chesterton declaraba textualmente lo mismo, y con idénticas palabras. Pero el caso más singular es el del Doctor Bachiller, de apacible recordación, prefecto de la Preparatoria durante mi época de estudiante:

—Fui poeta —me confesó un día—. Pero ¡figúrese usted! ... Leí a Horacio, y me encontré con que éste se me había anticipado y decía todo lo que yo había puesto en mis versos. ¡Y los quemé!

5

El proselitismo es sin duda una de las condiciones humanas más repelentes y antipáticas. Desde luego, provoca en la víctima una irritación y una desconfianza semejantes a las que suscita en la hembra el comienzo del cortejo. Hay muchos hombres capaces de dejarse persuadir, pero a quienes asquean positivamente la dulzonería, la untuosidad o la astucia del proselitismo, que es ya en sí algo como una falta de respeto al prójimo. Y es preferible dejar que el prójimo se pierda, a cambio de tenerle respeto: así, al menos, lo sienten muchos, aunque sin llegar a confesárselo o sin decírselo claramente a sí mismos. Las iglesias y los partidos padecen en distinto modo de la enfermedad aquí descrita. Allá, untuosidad; acá, astucia. Ni unas ni otras vencerán en la pugna (salvo la obra de la exasperación o la fuerza) mientras no aprendan otros métodos más asépticos y sinceros.

6

Si, mientras más creador es el creador, más inconsciente, pudiera pensarse que el Sumo Creador ha tenido que inventar

al Hombre para que le explique su Creación. Pero el intento, en último resultado, salió fallido, porque el Hombre está atónito.

7

Dicen la superstición y la poesía:

—¿Quién ha encontrado en el campo un pájaro muerto? Sucede rarísimas veces. Y es que hay un animal enterrador. Y, para mayor misterio, como nadie lo ha visto, es de suponer que sea invisible, transparente.

8

—¡Qué gran monarca! No parece monarca.
—¡Qué gran general! No parece militar.
—¡Qué gran sacerdote! No parece eclesiástico.
Mal síntoma, cuando los oficios comienzan a elogiarse por la negativa.

9

Para que un sistema esté en equilibrio, es menester que se cierre el polígono de las fuerzas y la resultante sea cero. A esto se reduce el arte de la composición literaria. ¡Si quisiéramos entenderlo!

10

Hoy dije a un amigo: —Lugones valía más de lo que él se figuraba, y por eso no siempre supo respetarse a sí mismo. El último agravio que se hizo fue suicidarse.

11

Decía el otro loco:

—Los últimos caballeros que quedan son los caballeros de industria, porque aún conservan un código de honor en cuan-

to a la complicidad y el secreto. Por lo que ya afirmaba Sancho, cuando se halló entre la gente de Roque Guinart: "Según lo que aquí he visto, es tan buena la justicia que es necesario que se use aun entre los mesmos ladrones."

12

Toda obra histórica es una antología de hechos históricos. Todos los historiadores toman y arreglan los fragmentos de la realidad que convienen a su doctrina. Los más peligrosos vienen a ser los que no se percatan de ello. (Claro que hay otros, los "documentistas"; pero esos aún no llegan a la arquitectura histórica: son los picapedreros y los albañiles de la historia, cuando no simplemente los del "camión materialista", denominación aquí muy adecuada.)

13

La política, como el periodismo, va de prisa, montada en los apremios de la hora, y no deja tiempo a vacilar. En política sólo hay dos respuestas: sí o no, por o contra, *uti rogas* o *antiquo*. La excelencia del parlamentarismo verdadero está en que sólo admite dos caras: el gobierno y la oposición. ¿Quién dijo "dos caras" para decir falsía? Lo malo es disponer de más de dos caras.

14

Aunque se pretenda otra cosa, no puede haber textos de filosofía en el sentido corriente de la palabra, porque la filosofía consiste en el filosofar mismo y no en lo que han dicho los filósofos. Cuanta solución definitiva se ofrece es siempre rechazada, más tarde o más temprano.

15

El habla castellana es un habla pulcra y salubre: deja sentir la limpieza de la boca, de la nariz, los órganos de la pronun-

ciación y el resuello, los dientes. Porque hay otras hablas de gangueo y muermo, de asma, mal aliento y dolor de muelas, hasta de punzada y de cólico. Por eso es una lástima que quede por ahí algún horror como el uso popular de "ababol" por "amapola", sin que sirva de disculpa la etimología árabe. ¡"Ababol"! ¡Qué desaseo! Eso recuerda al "bobre durgo", eso recuerda el cuento de "bi herbano bayor el que se cobía los bocos".

16

Aunque es indudable que Chesterton juguetea un poco o un mucho, no siempre es así, no tanto como se lo figura la gente, por "espíritu de pesadez" que decía Nietzsche, por odio al buen humor y al ingenio. Chesterton se ha percatado de que las palabras opuestas no siempre corresponden a cosas opuestas. En suma, no le estorban las palabras para pensar. Lo contrario de esos falsos pensadores tan a la moda, que creen descubrir nuevos reinos con meros equívocos verbales.

17

Dios rencoroso Posidón, el dios de los terremotos y maremotos. Siempre anduvo disputando los cultos a los demás dioses, y aun quiso arrebatar a Atenea el padrinazgo de Atenas, que es el colmo. A diferencia de Apolo, nunca perdonó a Troya la mala jugada que hizo a ambos el bellaco rey Laomedonte, cuando ambos, tras de ayudarlo a edificar las defensas de la ciudad, se encontraron con que él no quería pagar sus servicios. Por lo pronto, Posidón envió contra la población de Troya un monstruo marino, monstruo que sólo se aplacaría si Laomedonte le entregaba a su hija Hesíone. (Héracles "al quite".)

Más tarde, en la guerra de la *Ilíada,* se puso contra los troyanos y de parte de los aqueos, aunque sin hacer juego muy claro, por miedo a disgustar a Zeus, que entonces se portó con una astucia y una doblez infinitas. Pero todavía Posidón consideró con malos ojos las insignificantes estaca-

das y zanjas de los pobres aqueos, temiendo que oscureciesen la fama de los muros troyanos antes edificados por él y Apolo. Sólo se aquietó cuando Zeus le dijo que, en cuanto acabara la guerra, podría barrer a su gusto las llanuras de la Tróada, para que no quedara ni el recuerdo de tales fortificaciones.

Después, indispuesto contra Odiseo, lo persigue por diez años durante el viaje de regreso del héroe desde Troya a Ítaca, y todavía convierte en roca la nave de los feacios que condujo finalmente al héroe hasta sus playas nativas, y ésta es la historia de la *Odisea.*

Homero pensó que allí acabaría el rencor de Posidón, pero no es así. Estos últimos días, los diarios traen noticias tremendas y fotografías desoladoras de las catástrofes sísmicas en Ítaca y las demás islas del Mar Jónico; es decir, el reino de Odiseo. Hay que propiciar al dios iracundo, o bien echando un caballo al mar, o siquiera quemando un barquito de papel en su honor.

18

En la remota antigüedad, un ejército no era más que una banda de salteadores; en suma, de gente que no quería trabajar y se daba mucho trabajo para no hacerlo, para vivir del trabajo ajeno. Estos bandidos, una vez reconocida su autoridad en cierto territorio, se convertían en protectores de los que trabajaban para ellos, cuidaban su ganado doméstico. El orden fue, así, creado en el mundo por el bandido transformado en gendarme. A veces, se da el salto atrás.

19

Cervantes era un experto en fronteras de la locura. Don Quijote, un cuerdo que a veces se finge loco. Así cuando dice a Sancho: "El toque está en desatinar sin ocasión." Y cuando Sancho quiere hacerle tragar sus patrañas, cuando quiere darle la alucinación ya forjada, él la rechaza, o bien le dice más o menos: —Si quieres que acepte tus invenciones, acepta

tú las mías en la Cueva de Montesinos, y calla. —Don Quijote, se ha dicho sin exageración, es el Burlador de la Mancha.

El "Neptuno" es el cuento del loco que se finge cuerdo para salir del manicomio. *El curioso impertinente* se adelanta a Freud y, en cierto modo, anuncia al Crommelynck de *Le Cocu Magnifique;* el cual, por lo demás, recuerda a su vez la historia del rey Candaulo en Herodoto, tan enamorado de su mujer y tan dispuesto a hacerla admirar, que acaban por quitarle la mujer y, de paso, el reino.

Cervantes ha descubierto que hay un coqueteo incesante entre la cordura y la locura, tal vez en busca de la felicidad inasible. Pues se cuenta de Charles Lamb que, al salir de la casa de orates, escribía a un amigo, algún poeta de la época: "Si nunca has estado loco, renuncia a saber lo que es la verdadera felicidad." Por desgracia la mayoría de las locuras son torturantes y pavorosas.

Como fuere, hay, entre la lucidez y la insensatez un plano de deslizamiento y, allá abajo, algo como una terrible tentación. He leído hace años el caso de un novio, hasta entonces cuerdo, que, en el banquete de bodas, comienza a cavilar así: "¡Qué susto para toda esta pobre gente, y cuánto me divertiría yo si, de pronto, saltara sobre la mesa y empezara a volcar el vino sobre la cabeza de los comensales!" (Y nótese que la locura siempre va acompañada de un manifiesto desdén para los modestos hombres cuerdos.) Y, en efecto, el novio de pronto oye gritos de espanto, y se percata de que ya está haciendo exactamente todas esas extravagancias . . . Al reconocerse loco, lo invade una onda de plenitud en que el gozo y el miedo parecen mezclarse, para producir una nueva emoción compacta y densa.

No sé qué decirme, pero a veces creo que esta tentación de la locura no es más que la tentación suprema del egoísmo. La locura, forma del egoísmo integral: el universo esclavizado a las arbitrariedades del yo.

20

El que quiera caracterizar con una sola frase la historia de las ciencias y la historia de la filosofía diga simplemente

que una y otra manifiestan el mismo esfuerzo para disimular una pérdida. La casi rítmica alternancia entre los actos de fe y los actos de negación sólo se explica por el anhelo desesperado de recobrar la antigua certeza perdida, y la ley única e indiscutible que sostiene las vetustas cosmogonías, anteriores a toda tentativa de explicación consciente. El incesante vaivén entre la tentación de remontarse hasta la ley única partiendo de los detalles, y la tentación de captar los detalles partiendo de la ley única y admitida *a priori*, acaso obedezcan también a una ley, a cierta ley de los eternos retornos que nos proponían ya los sabios de antaño, que rondó la mente de Platón, que Nietzsche quiso resucitar, y a la cual vuelven los economistas contemporáneos.

21

Suele citarse la llamada *ley fatal*, de que hablan en una comedia los inolvidables Dióscuros Andaluces, Álvarez Quintero: "A padres tontos, hijos tontos; a padres inteligentes, hijos también tontos." Ojeando la correspondencia entre Harold J. Laski y el juez Oliver Wendell Holmes Jr., hijo del famoso *Autocrat of the Breakfast Table*, del mismo nombre, me digo que, en el caso de los Holmes al menos, no se cumplió la ley fatal. Hay una que otra excepción, por descuido de la naturaleza.

22

No creo que en Inglaterra se hayan dado muchos sistemas filosóficos estricta y rigurosamente cerrados. Acaso los últimos daten de unos treinta años: Alexander, *Space, Time and Deity;* Whitehead, *Process and Reality;* Taggart, *The Nature of Existence.* Acaso el pensamiento inglés tiene preferencia por esa utilidad inmediata que suele llamarse práctica, lo que más conduce al tratamiento problemático que no al sistemático.

23

En Inglaterra principalmente, la filosofía movediza y problemática de nuestro tiempo ofrece cuatro rasgos principales bien perceptibles:

1) El método fragmentario de ataque; ventaja, por cuanto no sujeta la investigación al consabido lecho de Procusto; desventaja, por cuanto descuida las líneas de relación entre esto y aquello.

2) Desconfianza por los antiguos sistemas, que se consideran sostenidos en seudo-problemas, vaguedades y ambigüedades verbales. Aceptable muchas veces en cuanto a la formulación o planteo de los problemas; no aceptable en igual grado en cuanto a la autenticidad de los problemas mismos.

3) Y muy importante: la preocupación o urgencia por crear un nuevo lenguaje lógico-matemático, sin circunloquios de charla común ni metáforas literarias. Continúa, así, con la semántica, la exigencia de Sócrates por la "homología", por poner a los conceptos una trampa fija y sin salida. Inquietud legítima. Pero el llevarla hasta sus extremos ¿será provechoso? ¿No se perderá, de paso, una buena dosis de alma humana?

4) Y no tan general: La actitud mucho más profesional ante la vida, y el mayor desprendimiento ante las cuestiones humanas y sociales: sean las nuevas organizaciones políticas a lo Platón; sean los derechos de los reyes y de los pueblos a que descendió la más abstracta filosofía medieval; sean las teorías gubernamentales de Locke o las teorías éticas de Bentham o de los Mill.

24

La música de Bach nos ofrece uno de los mayores deleites platónicos: la sensación de la necesidad matemática, mucho más hondamente apreciada, más vital desde luego, que a la mera contemplación de los conceptos. ¡Qué no hubiera hecho Platón si llega a oír el clavicordio de Bach!

25

Que los niños repitan todas las mañanas, al verse al espejo para peinarse y a modo de oración matinal:

—Pero ¡qué idiota eres, muchacho!

Precaución contra la vanidad y el engreimiento, ejercicio para no tomar muy por lo trágico nuestros inevitables errores, disciplina para mantener alerta el humorismo, única actitud respetable ante la vida.

26

Hará unos cien años escribí cierta Fábula del Microbio y del Elefante. Estamos en lo dicho. La naturaleza —por vil o por sutil, yo lo ignoro— otorga el triunfo a lo ínfimo sobre lo enorme. Sí: un microbio mata a un elefante. Pero ¿ha sabido alguien de un elefante que mate a un microbio, así se le plante encima con todo su peso? Se dirá, en defensa de la Creación, que una cosa es la calidad y otra la cantidad, que la magnitud no es espíritu. Pero yo contesto que la calidad, el espíritu, está más bien en las magnitudes medias, como el hombre. (¡Siempre la áurea ley del justo medio!) Porque, si el microbio tiene mejor calidad y más espíritu que el elefante, entonces el mundo está al revés.

Esto da mucho en que pensar... ¡Vaya con el microbio! ¡Ojo con los miserables, señores, y penicilina con ellos! Después de todo —es verdad— el hombre, el del término medio, acierta a matar uno que otro microbio. ¡Por ahí, por ahí!

27

Algunos tediosos quieren decir que la humanidad siempre es igual y siempre ha sentido de igual modo. No exageremos. La historia nos dice que cambia, y no miente: hay evoluciones, hay mudanzas en la sensibilidad, en la apreciación de la vida, en los remedios que se aplican contra este desastre de la existencia. Basta recorrer los pocos años que hemos vi-

vido. Cuando, por 1892, Maurice Barrès escribió *L'Ennemi des Lois* (libro descosido, frío, mediocre, aunque de excelente dicción), a nadie le parecía absurdo que un profesor algo anárquico, a quien precautoriamente se condenó a tres meses de cárcel porque cierto artículo suyo pudo provocar el lanzamiento de una bomba en el Círculo de Oficiales, volviera tranquilamente a su casa después de oír la sentencia, mientras llegaba la hora en que se le invitara a cumplirla; y, ya en su celda, empleara su ocio en dar lecciones de reforma social a dos jóvenes discípulas atraídas por su aventura, una intelectual francesa y una princesa rusa, quienes, naturalmente, pronto se alternarían en su amor. ¿Qué hubiera pasado en nuestros días, amén de la inevitable destitución? El sometimiento a una vigilancia constante, la constante censura de su trabajo y sus papeles, la cesantía incurable, acaso el campo de concentración o sus mil y una equivalencias . . .

28

En el final será el Verbo. Cuando todo se haya hecho explícito a través del Logos (ecuación de Espíritu y Palabra), el mundo, llegado al remate, desaparecerá automáticamente. Los poetas son los más intensos agentes calóricos en este proceso de combustión metafísica.

29

Los grupos pequeños son el secreto del éxito en la educación. También lo son en las cosas fundamentales del sostenimiento material: la mesa y la cama. Allá, dice la frase hecha, más que las Gracias y menos que las Musas; acá —¡por favor!— las Gracias menos una.

30

Sustancia de una charla política:

He aquí a milord Boodle, que goza de considerable reputación en su partido, que sabe lo que es un cargo público y que declara a Sir Leicester Dedlock con la mayor gravedad, a la hora de la sobremesa, que realmente no puede entender a dónde vamos: Ya un debate no es lo que solía ser un debate, la Cámara no es lo que solía ser la Cámara, y aun el Gabinete no es ya lo que era. Se percata con sobresalto de que, en el supuesto de que fuese derribado el actual Gobierno, las limitadas posibilidades de la Corona, para la integración de un nuevo Ministerio, tendrían que oscilar entre Lord Coodle y Sir Thomas Doodle, dando por admitido que fuese imposible para el Duque de Foodle el asociarse a Goodle, lo que es de creer a consecuencia de la ruptura acontecida con motivo del caso de Hoodle. Y entonces, dejando el Departamento del Interior y la Presidencia de la Casa de los Comunes a Joodle, el Exchequer a Koodle, las Colonias a Loodle, y el Foreign Office a Moodle, ¿qué hacemos con Noodle? No podemos ofrecerle la Presidencia del Consejo, que estaría reservada a Poodle. Tampoco podemos darle Reforestación y Bosques, que apenas es bueno para Quoodle. ¿Y qué sucede? ¡Que el país naufraga, se arruina, se despedaza (según claramente lo comprenderá sin duda el patriotismo de Sir Leicester Dedlock), sólo porque no sabemos qué hacer con Noodle!

Al otro extremo de la mesa, el Honorable William Buffy. Miembro del Parlamento, arguye con otro comensal y le declara que el naufragio del país —sobre lo cual no hay duda, pues sólo se discute ahora el modo como va a acontecer— es atribuible a Cuffy. Si hubiéramos hecho con Cuffy lo que debimos haber hecho cuando vino por primera vez al Parlamento, y hubiéramos evitado que se pasara a Duffy, ahora lo tendríamos aliado a Fuffy, contaríamos con un polemista de peso como lo es Guffy, habríamos dispuesto para las elecciones de los recursos de Huffy, al menos respecto a los tres condados de Juffy, Kuffy y Luffy; y habríamos reforzado la administración con ese conocimiento de los negocios que es la característica de Muffy. Todo esto hubiéramos ganado, ¡en vez de encontrarnos, como lo estamos, a merced de los caprichos de Puffy!

DICKENS, *Bleak House*, cap. xii.

31

A medida que nos acercamos, las intenciones manuales dominan sobre las visuales: lo que era paisaje se vuelve depósito de materia prima para la industria, en el mejor de los casos; la estatua, objeto sensual; el héroe, estorbo.

32

Cuando el poeta, cuando el artista declaran que al fin se han descubierto a sí mismos, a veces sólo logran desagradar a los demás. Y es que confunden la originalidad con la indisciplina, y creen haber encontrado su ruta por entregarse a sus impulsos temperamentales, a sus manías, a sus tics nerviosos. El descubrirse a sí mismo es, más bien, descubrir al hombre abstracto que hay en nosotros, al universal, al arquetipo, y abrazarse a él con fervoroso entendimiento platónico.

Esto no pueden aceptarlo, claro es, los "existencialismos", de cualquier época o denominación que sean: sistemas o doctrinas que ven al hombre, no como un ser, sino como un hacer, o como un movimiento sin móvil. Y ya se sabe que la explicación del movimiento ha sido el derrumbadero de todas las filosofías.

33

Entre la sutileza medieval, cuyas marañas amenazaban ahogar el alma, el ventarrón del islamismo trajo un alivio simplificador, y por eso se apoderó rápidamente de medio mundo: iba al galope. No sé si se habrá estudiado cuidadosamente la repercusión de este agente aséptico en el pensamiento occidental. Lo que después aconteció en la España árabe es ya cosa distinta.

Hoy, a la sutileza teológica sucede la sutileza política. Y entre la complicación infinita de la burocracia, la tecnocracia, la ciencia de la destrucción y hasta la pedantería lingüística, el mundo se ahoga. Los sistemas opuestos padecen del mismo mal, y ninguno nos ofrece un alivio. ¿De dónde vendrá la marejada simplificadora?

34

Esta biografía de Freud por Ernest Jones hace meditar. Ignoro cuántos se habrán "curado" realmente por el método del

psicoanálisis, y me parece un rasgo de grandeza en Freud el haber dicho más o menos que eso le importaba muy poco. Sospecho que el método exige del paciente un valor y un carácter semejantes al del fundador del método, y aun no pequeña dosis de amor, sin lo cual nadie hace dejación de sí mismo en ajenas manos ni entrega a otro sus miserias.

Pero lo que sobre todo me impresiona en Freud es su tipo de mentalidad más bien histórico que científico, lo cual lo llevaba con frecuencia a desentenderse de términos técnicos y a prestar mayor atención al hecho singular que a las colecciones estadísticas. La gran revolución que él representa a mis ojos, y que lo enaltece aun sobre los posibles errores de sus teorías y su sistema (y ni siquiera estoy cierto de que él se haya percatado cabalmente de lo que hacía) está en haber concedido a los hechos psicológicos el tratamiento que corresponde, no al orden natural —que se investiga según la química o la biología—, sino al orden histórico. Postura audacísima que no sólo lo ponía contra las convenciones vulgares, sino que lo enfrentaba con su mismo Dios. Pues el mundo histórico es un lugar de abominación donde, en vez de las energías limpias y mensurables, todo anda revuelto y mezclado, sucio de lo uno con lo otro, y donde lo que se cree haber sucedido es tan real como lo realmente sucedido, para cuya descripción apenas es posible valerse de circunloquios y frágiles analogías.

Parece que Freud, al descubrir los contornos de su quimera, sintió algún pavor; y era justo, porque él lanzaba un reto contra los sabios que más admiraba y quería, acaso contra las disciplinas de su juventud, por las que siempre guardó una vaga nostalgia.

35

Hay la obra del saber y hay la obra de la sabiduría. Aquélla se hace con el oficio. Ésta —una vez vencido el oficio, *nunca antes* (no espere la ignorancia que la cortejemos y la halaguemos)—, con la corona de las disciplinas y las virtudes. Aquélla era la cuesta arriba; ésta es la cumbre. En el escalar

la cuesta hay quien tarda mucho, hay quien tarda poco. El índice de velocidad es una "invariante" de la persona. No se lo puede modificar, sobornar. No se saca la olla del fuego antes de que suelte el hervor. ¿Y si nos sorprende la muerte a medio camino? La muerte no habrá tenido razón, se habrá equivocado como algunas veces sucede: eso es todo. Y a otra cosa.

36

Acaso la moda represente una energía más honda e intensa de lo que conceden sus apasionados exegetas. Acaso no toda es superficie. Tal vez un día puedan interpretarse ciertas culturas y ciertas conquistas históricas como efectos de una fascinación o polarización de las mentes que, en suma, no es más que una moda. Hoy nos da por eso que se llama eficiencia, dinamismo, propaganda y otras groserías. Y ¿quién sabe si el llamado "milagro griego" se explica, en mucho, por una moda? A un pueblo le dio por ser inteligente. De ahí Grecia —y las consecuencias no agotadas aún.

37

Todos los mexicanos debieran conocer los fragmentos que transcribo a continuación. Proceden tales fragmentos de una carta dirigida por Georges Clemenceau, que a la sazón tenía veinticinco años, a alguna amiga suya, y la carta está fechada en Nueva York, el 6 de septiembre de 1867, meses después del fusilamiento de Maximiliano.

Por aquellos días, el joven Clemenceau, reñido con su familia, residía en los Estados Unidos. He encontrado este curioso documento en *Le Cri de Paris,* año de 1919. De él resulta que el gran Tigre, vencedor de la guerra de 1914-1918, estaba al lado de Benito Juárez.

Señora mía: ... Tenemos un pleito pendiente... ¿Qué diablos le ha dado a usted de compadecer a Maximiliano y a Carlota? Sí, por Dios, ya lo sé: estas gentes son siempre encantadoras. En eso

ya estábamos de acuerdo: hace cinco o seis mil años que lo sabemos. Ellas poseen la receta de todas las virtudes y el secreto de todas las gracias. ¿Sonríen? ¡Son deliciosas! ¿Lloran? ¡Son conmovedoras! ¿Nos dejan vivir en paz? ¡Qué exquisita bondad! ¿Nos despedazan? ¡Es culpa de la situación!

Pues bien, déjeme usted decirle una cosa: todos esos emperadores, reyes, archiduques y príncipes son grandes, sublimes, generosos y estupendos, y sus princesas serán todo lo que usted quiera; pero yo los detesto, y con un odio sin cuartel, como se odiaba allá por el año de 1793, cuando se llamaba "el execrable tirano" al imbécil de Luis XVI.

Entre nosotros y estas gentes hay un duelo a muerte. Han hecho matar, bajo incontables torturas, a millares de los nuestros, y yo apuesto a que nosotros no habremos logrado matarles arriba de dos docenas.

Cierto: la casta de los que explotan la imbecilidad humana es muy abundante, pero, puesto que esas gentes van a la cabeza, contra ellas debemos atacar. Yo no siento piedad por ellas: compadecer al lobo es cometer un crimen contra las ovejas. El tipo aquel se proponía un crimen incalificable; y aquellos a quienes quería matar le han dado muerte. De que mucho me felicito.

Su mujer se ha vuelto loca: nada más justo; esto casi me convence de que hay una Providencia. Fue la ambición de esta mujer lo que empujó al idiota del marido. Ha habido que matar a muchos hombres para que la linda Carlota sea saludada con el nombre de emperatriz; pero, por lo visto, aún quedaban vivos algunos. Mire usted: lamento que esté loca, después de todo, porque así no puede comprender que su marido ha muerto por culpa de ella, y que es un pueblo el que ha tomado legítima venganza.

Por lo demás, no acuse usted a ningún extraño: Si Maximiliano sólo fue un instrumento, su papel es todavía más vil (pues hay cierta grandeza en un magnífico crimen bien premeditado), y no por eso es menos culpable.

Ya ve usted que soy feroz; y lo que es peor, en este punto soy intratable y no cambiaré de opinión. Creo que, hablando de esto, me he extendido más de la cuenta. Pero es que no comprendo qué le ha dado a usted por andarse con miramientos para esta ralea de personas. Créame usted: todos son iguales. Sí, por imposible que parezca, hubiese un infierno, y si no hubiese allí un perol especial para hervir a estos sujetos, mi estimación por Dios bajaría de grado . . .

Y, tras los gruñidos del Tigre, recordemos las nobles palabras de la carta dirigida por Juárez a Maximiliano el 28 de mayo de 1864:

¿Es dado al hombre, señor, atacar los derechos ajenos, apoderarse de los bienes ajenos, atentar contra la vida de los que defienden su nacionalidad, hacer de sus virtudes un crimen y de los vicios propios una virtud? Pero hay una cosa que está fuera del alcance de la perversidad, y es el fallo tremendo de la Historia. Ella nos juzgará.

III

MARGINALIA

TERCERA SERIE

[1940-1959]

Las dos series anteriores de las *Marginalia* se publicaron en México, Tezontle, 1952 y 1954 y se distribuyen, como la presente (incorporada a la colección El Cerro de la Silla) por el Fondo de Cultura Económica (México, Av. Universidad, 975).

¡AL DIABLO CON LA HOMONIMIA!

ATENTAMENTE ruego al lector se sirva tomar nota de la aclaración siguiente, a fin de evitar las confusiones que han comenzado ya a perturbar a la docta opinión:

La persona que tiene la honra de escribir estas líneas, abogado por título, antiguo diplomático y representante de México en España, Francia, la Argentina y el Brasil, autor de libros en verso y en prosa que algunos han tenido la curiosidad de leer, no es la misma persona que cierto digno funcionario de igual nombre.

La homonimia me ha jugado ya algunas bromas pesadas, y no quisiera que le acontezca lo mismo a este mi homónimo. Creo que Rafael Heliodoro Valle recordaba hace poco el hecho, rigurosamente auténtico, de que una vez se me confundió con D. Alfonso XIII. Ello aconteció por 1920, con motivo de un telegrama que envié de Burdeos a Lyon, a cuyo jefe de estación pedía yo que me reservara un lugar en el coche-cama del tren para Milán. El jefe de estación, que acaso medio entendía el español (el conocimiento a medias es peligroso), creyó leer "Alfonso Rey" donde decía "Alfonso Reyes". Cuando llegué a Lyon de madrugada, me encontré formados en fila a los empleados de la estación, y vi con sorpresa que se me había reservado algo como un Tren Olivo para mí solo.*

Un par de años más tarde, siendo yo Encargado de Negocios de México en España, recibí, abierta por la Real Secretaría y acompañada de atentas disculpas, una carta que me dirigía desde Florencia el viejo poeta italiano Guido Mazzoni; quien, siguiendo la costumbre de su país, me daba en el sobre el tratamiento de "Egregio Signore". Era entonces secretario de D. Alfonso el señor Emilio María de Torres, y le contesté al instante que podía manifestar de mi parte a su Augusto Soberano que estaba disculpado, y que sólo le roga-

* Ver tomo II de mis *Obras Completas*, pp. 191-192.

ba yo, por si la equivocación se repetía y la letra no era masculina, que me guardara el secreto, ofreciéndole por mi parte hacer lo mismo con las cartas para D. Alfonso que extraviaran el rumbo y vinieran a dar a mis manos.

En otra ocasión, un agente de publicidad, que tenía una importante oficina en Madrid y llevaba mi mismo nombre —lo que también era causa de confusiones constantes, que ambos sufríamos con paciencia— me convidó campechanamente a que nos viéramos las caras. Él estaba acompañado de su hijo Alfonso, y yo del mío, que padece la misma enfermedad onomástica. Pero era de noche, se produjo en el barrio un corto circuito, se apagaron las luces, y los cuatro Alfonsos nos saludamos en la oscuridad, y nos separamos sin llegar a vernos las caras, respetando los misteriosos designios de la Providencia.

Algunos años más tarde, encontrándome ya al frente de nuestra Legación en Francia, harto de que Henri de Montherlant, el conocido escritor, se jactara de haber toreado becerros en su juventud por las poblaciones septentrionales de España, le mandé un programa de toros en que aparecía el rejoneador Alfonso Reyes, usurpando yo para mí la gloria del valiente caballero en plaza. Por aquellos días, en efecto, el rejoneador Reyes acertó a presentarse en las Arenas de Lutecia. Y por cierto que una conocida artista francesa me mandó una expresiva carta, cuyas consecuencias desconoce la historia, a la Legación de México (144, Boulevard Haussmann), felicitando a *Monsieur le Ministre et Toréador.*

Me alargaría yo demasiado si, en mi afán de identificarme, vaciara aquí toda mi biografía, que por suerte o por desgracia cubre ya una cantidad de años apreciable. Acaso mi biografía esté bien resumida en estos versos chapuceros que improvisé para un banquete de industriales y comerciantes de Monterrey, mi tierra natal, donde todos los concurrentes estábamos obligados a declarar la línea o ramo de nuestras actividades:

Soy el industrial más pobre
que vio el Cerro de la Silla:
entre tanto taller, fábrica,
fundición, cervecería,

mi alquitara Parker-Duofold
sólo palabras destila.
Mas por algo, digo yo,
suele perdurar quien fija
la veleidad de su nombre
en garabatos de tinta.

Se me ocurrió sacar partido de esta miseria, vendiéndola como reclamo a la empresa de las plumas Parker-Duofold, y explicando que yo era autor de tantos más cuantos kilómetros de palabras impresas, amén de otras que todavía me propongo imprimir si Gutenberg lo permite. Pero la adusta empresa parece que encontró el documento demasiado alegre para sus conocidos gustos dorios.

Y, sin embargo, yo creo que esta declaración de oficio tiene sus ventajas. Hay una hora en que el vecino se sienta a la puerta de su casa y se pregunta, receloso, cómo se ganará el pan cada uno de los pasantes. Y aún no se ha inventado el uniforme de escritor, aunque no ha de tardar mucho al paso que vamos, y puede que sea la mortaja. Un día me compré un traje de deporte para salir al campo.

—¿Y usted qué es, señor? —me preguntó un ranchero.

—Soy literato —dije, procurando no darle mucha importancia al término.

—¡Ah! —se me contestó—. Ese traje debe de ser muy práctico para su trabajo.

Volviendo a nuestro tema, todos estos males de la homonimia ¿se evitarán el día que los nombres se sustituyan con cifras, como se hace ya con las calles según las reglas del nuevo urbanismo, o como se hace para los agentes secretos, que hoy por hoy no escasean? Desde luego, se corre el riesgo, si no de agotar los números, sí de alcanzar incómodas cifras astronómicas y aun llegar al vertiginoso "Googol". Conviene recordar que "Googol" no es el nombre de ningún novelista ruso, sino el nombre sugerido al matemático Edward Keyser por su sobrino de nueve años de edad, para denominar el número que corresponde a la unidad seguida de cien ceros, así como sugirió el nombre de "Googolplex" para la unidad seguida de un "Googol" de ceros. Esta experiencia del gran matemático —la necesidad en que se vio de volver al nombre

propio al habérselas con un número exorbitante— demuestra el fracaso a que nos llevaría el sustituir los nombres con cifras.

Queda otro recurso, de cuya rudeza soy el primero en abominar. Consistiría en obligar compulsoriamente y por medio de la ley a cambiarse el nombre a ciertas personas, conforme al doble criterio de que el mejor derecho corresponde a la persona de mayor jerarquía o, a falta de diferencia apreciable en la jerarquía, al primer ocupante. Pero esta ley no merece nuestro aplauso porque envuelve cierta intención infamante.

Un procedimiento más expedito consistiría en que los homónimos se batan en duelo a muerte y que sobreviva el más afortunado, con lo cual de paso quedaría probado que eran dos personas distintas, para acabar con toda sospecha. Pero este recurso tiene más inconvenientes de lo que a primera vista se descubre. Y desde luego, como en la ocasión que nos ocupa, el que uno de los homónimos sienta verdadera estimación por el otro.

Tal vez se pudiera encontrar alguna fórmula de conciliación o arbitraje. Así pudiera ser, por ejemplo, la elección de "alias" o apodos por convenio mutuo. Los apodos parecen hoy denigrantes, pero son de ilustre prosapia: Platón, Cicerón, Ovidio Nasón y otros no menos gloriosos como el Sodoma, el Tintoretto o el Greco, no son nombres, sino apodos.

O bien pudiera convenirse en ejercer oficios distintos: uno, cultivar patatas, y otro, coles; o en frecuentar distintos lugares: uno, el cabaret y otro, el bar automático, etc. Pero, en los tiempos que corren, este género de pactos pacíficos está ya muy desacreditado.

En todo caso, conste que me esfuerzo por evitar que carguen con mis pecados a mi distinguido homónimo. Es la menor reparación que le debo, por ser yo la causa de que él se haya encontrado al nacer con un nombre ya a medio uso.

1940.

Letras de México, México, 16-XII-1940; *Nueva Democracia,* Nueva York, I-1941; un fragmento en *Síntesis,* México, II-1941.

PREMIO "MANUEL ÁVILA CAMACHO"

Instituto Mexicano del Libro

LA PROFUNDA gratitud y la alegría con que recibo este premio —cuyo valor, muy grande en sí mismo, aumenta todavía a mis ojos por cuanto lo alcanzo de manos del ilustre Presidente Ruiz Cortines, evoca el nombre del ilustre Presidente Ávila Camacho, me asocia a una celebración del Fondo de Cultura Económica, centro editorial de claros timbres y casa habitual de mis libros, se me otorga por gracia del Instituto Mexicano del Libro, noble colegio cuyas solas actividades son su mejor encomio, y me sitúa junto a mi sabio y querido amigo Alfonso Caso— sólo se enturbian por la angustiosa pregunta que yo mismo me hago, sobre si realmente habré sabido merecerlo.

No lo digo por obvias razones de modestia que, en mi caso, caen por su propio peso, no. Mi duda tiene mayor alcance. La calibración y medida de los méritos literarios no pueden ser exactas. Ahí está la historia de la crítica para desengañarnos. El propio Cervantes comenzó a ser apreciado en el extranjero antes de serlo en su propia patria, cuando hoy se lo tiene por el más alto representante del genio y la índole españoles; y además, nunca llegó a conocer en vida la fama de que hoy disfruta su obra. Hubo un tiempo en que el atildado historiador y mediocre poeta don Antonio de Solís y Rivadeneyra era considerado como un lírico de altos vuelos, capaz de competir con el propio Calderón de la Barca. Du Bartas, cuya *Semana* ya nadie lee ni soporta, fue admirado y comentado en sus días por protestantes y católicos, inspiró al Tasso y a Milton, y mereció ser calificado por el autor del *Fausto* como "el rey de los poetas franceses". No hace falta multiplicar ejemplos. La gloria es inestable y voluble. Cuando se celebra tal o cual centenario, el festejado pasa durante un mes por el mayor poeta del mundo y luego se lo

vuelve a olvidar durante cuarenta o cincuenta años. Hay que saber afrontar estas desdichas inherentes a la posteridad. Y si ello acontece con los grandes maestros ¿qué no sucederá con los pobres oficiales y humildes aprendices a cuya orden pertenecemos?

Entonces ¿cuál puede ser la justificación de este premio? Varias veces me he visto en el trance honroso de explicarme al respecto: acaso habéis querido compensar de algún modo la lealtad a la vocación, que pronto cumplirá, en mi caso, cincuenta años de ejercicio público. Hace mucho tiempo, y siendo estudiante de la Preparatoria, dije en un discurso a mis compañeros: "Tened un ideal, tened una aspiración y, si los vais satisfaciendo durante toda vuestra vida, ya habréis encontrado la razón de vivir." Hoy puedo repetir estas palabras sin cambiar una sola tilde. Mi ideal ha sido siempre el mismo; mi aspiración nunca ha vacilado. En varias ocasiones confesé que el escribir es para mí un modo de respiración. El inconexo espectáculo del mundo provoca en nuestro sensorio reacciones también inconexas, y parece que, para quienes padecemos esta inclinación imperiosa, toda esa maraña sólo se organiza, zurce y cobra sentido a punta de pluma. Claro es que la firmeza en la vocación puede no acompañarse de una verdadera excelencia: la intención suele ser mejor que el resultado. En todo caso, la vocación es la única virtud estable, objetiva, capaz de ser valorada y juzgada con cierta garantía de permanencia. Es la única condición literaria que se acerca a la virtud moral. Si, pues, eso es lo que habéis querido premiar, lo acepto sin empacho; y no por mí, sino por el ejemplo y estímulo que significa para las generaciones que nos siguen, tantas veces distraídas hoy por tentaciones que las alejan de los puros estudios y hasta por bastardos intereses.

La obra de las letras es consustancial con el desarrollo de los pueblos. Veamos lo que pasa entre nosotros. Examinemos el cuadro a grandes rasgos: Ruiz de Alarcón, primera voz mexicana que sale al mundo, puso de relieve esa prudencia terenciana y esa rotundez clásica, prendas las más sobresalientes en los hombres de nuestra tierra, cuando se los entrega a sí mismos, cuando no se los espolea ni arrastra en el torbe-

llino de las pasiones. La hermosa Sor Juana nos enseñó que la flor erudita, cultivada en los jardines, conserva, si la mano ha sido feliz, todos sus acres jugos silvestres y aun acentúa todavía su aroma. El Pensador Mexicano arrancó el velo de hipocresía a aquella sociedad decadente y, con las sencillas palabras del pueblo, levantó el proceso más implacable contra un régimen que se caía a pedazos y que ya no se justificaba ni siquiera en la tradición. Los grandes bronces de la Reforma —Ramírez, Altamirano— supieron cantar las victorias de la mente en medio de los terremotos sociales. Los incomparables poetas que pasaron del siglo anterior al presente conquistaron la aceptación del mundo para nuestra literatura: y no quiero omitir, aunque sea de paso, el nombre de nuestro dulce hermano mayor, cuya sombra todavía anda entre nosotros: Enrique González Martínez.

Saludo desde aquí la memoria de un gran varón, gran mexicano, gran escritor y pensador, gran educador y poeta, que tiene un altar en el corazón de todos sus conciudadanos: el Maestro Justo Sierra; y envío asimismo un saludo a mi inmediato predecesor en el "Premio Manuel Ávila Camacho", mi admirado y fraternal amigo Carlos González Peña.

La literatura, la poesía, son como una vasta investigación en busca de la conciencia nacional, encaminada a dar al ser mexicano mayor vinculación con la tierra y un apoderamiento mayor sobre las realidades del mundo. Premiar, pues, la obra de un escritor es robustecer en cierto modo el alma mexicana.

Y ahora quiero hablar con los jóvenes. Yo también lo fui; yo también luché y sufrí en el asalto a ese castillo de amor que es la poesía.

> La adusta perfección jamás se entrega,
> y el secreto ideal duerme en la sombra.

Yo también me he quebrado alguna vez la cadera contra el Ángel de Dios, a lo largo de temerosas noches de duda y desesperanza, para amanecer al día siguiente con la sensación jubilosa de que la naturaleza toda al fin me entregaba sus secretos. No me arrepiento de mi oficio, a pesar de sus contratiempos y torturas. Todo halla compensaciones en el

júbilo de la creación. Este veterano que aquí os habla os aconseja que persistáis. El don de admirar la belleza y de engendrar en la belleza es el más alto don concedido al hombre. Pronto he de recoger mi barco en la atarazana, y os dejo esta palabra de aliento: defended, contra las nuevas barbaries, la libertad del espíritu y el derecho a las insobornables disciplinas de la verdad. A mí me ha tocado llegar unos minutos antes, sólo para abriros la puerta: a vostros, bravos cachorros, alumnos inquietos de las Musas, a vosotros el porvenir y el triunfo.

10-IX-1954.

ENCUENTROS CON PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

QUE Pedro Henríquez Ureña siempre me haya parecido una reencarnación de Sócrates lo he dicho mil veces; por ciertos rasgos de su apariencia y presencia, por ajeno a las convenciones inútiles, por probo y fuerte y sabio, por ávido de análisis y goloso de conocer y entender al prójimo, por sediento de educar y educarse, por la valentía y sinceridad de su trato. Su conversación era una mayéutica constante: sacaba afuera el alma a sus interlocutores y desagradaba a los necios. Lo enfrentaba a uno consigo mismo. Y se plantaba ante el mundo con aquella visión virgínea que hacía recordar la actitud de Anacarsis Escita ante la sociedad ateniense.

Pero la mayoría de sus condiciones y cualidades más personales se quedó fuera de sus libros. Si no hubiera escrito, como Sócrates no escribió, y si como aquél sólo persistiera en el recuerdo de sus amigos, las dos siluetas se ajustarían todavía mejor, pero hubiéramos perdido la noble cosecha de sus libros. Hay, con todo, un hiato irremediable entre Pedro el hombre y Pedro el escritor. Es necesario que se diga y se sepa. De otro modo, quienes no lo conocieron de cerca no sospecharán todo su caudal. Pedro el escritor es perfecto, vive en la tradición, la gran tradición de las letras y la cultura, y ocupa un sitio único en la crítica hispanoamericana y en los fastos de la lengua española. Pero Pedro el hombre era insondable, inesperado, vertiginoso y genial; y como su originalidad y su despojo de atavíos y miramientos inútiles llegaban fácilmente a extremos temerarios, también se le pudo llamar, como al filósofo de antaño, "el Sócrates furioso".

Esta silueta corresponde sobre todo al Pedro juvenil, el que apareció por México a comienzos del siglo XX. Llegó de Cuba a Veracruz en compañía de Carricarte. De Veracruz tuvo el acierto de traerlo el doctor Luis Lara Pardo para que colaborase en *El Imparcial*. Era el Pedro en rama, el Pedro heroico.

Más tarde, ya casado y con hijas, y establecido en Buenos Aires, empezó a cuidarse, a "redibujarse" un tanto por dentro y por fuera según los hábitos mundanos; se embotó su excesivo filo en el trato y aprendió a ser algo complaciente, aunque nunca haya aprendido a mentir. Tal era el Pedro urbano, el de la última época. La transformación, si bien se explica en parte por la edad y el cambio de estado, en buena parte se explica también por la ecología: el diálogo inevitable con los respectivos ambientes, el de México y el de la Argentina.

Cuando lo encontré por primera vez en la redacción de *Savia Moderna,* se me figuró un ser aparte, y así lo era. Su privilegiada memoria para los versos —cosa tan de mi gusto y que siempre me ha parecido la prenda de la verdadera educación literaria— fue en él lo que desde luego me atrajo. Poco a poco sentí su gravitación imperiosa, y al fin me le acerqué de por vida. Algo mayor que yo, era mi hermano y a la vez mi maestro. La verdad es que los dos nos íbamos formando juntos, él siempre unos pasos adelante.

En él se daba, por aquel entonces, una curiosísima mezcolanza de adivinación y de inexperiencia: aquello, para la cultura; esto, para la vida.

Era tan ordenado por dentro como desordenado por fuera. Mientras conversaba conmigo, sacaba de su lugar mis objetos de escritorio, mis libros, mis papeles, y los regaba por todas partes. Yo acudía a ponerlo todo en su sitio.

—¡Qué manía! —exclamaba Pedro—. Parece que te hubieran educado los jesuitas.

Yo le oponía mi "teoría semántica o jeroglífica del espacio": cada sitio tiene una significación diferente. Por ejemplo: un manuscrito a la izquierda de la mesa está aún por corregir; si se encuentra a la derecha, quiere decir que sólo falta copiarlo en limpio, etcétera.

Vinieron las campañas de la juventud que he descrito en *Pasado inmediato.* Después de la revista *Savia Moderna* y la exposición organizada por el Doctor Atl, la "manifestación Gutiérrez Nájera", la Sociedad de Conferencias, la "manifestación Barreda", el segundo ciclo de conferencias en el Conservatorio, las lecciones de Antonio Caso sobre el positivismo,

el Ateneo de la Juventud, las conferencias conmemorativas de 1910, la ocupación de cátedras gratuitas en la flamante Escuela de Altos Estudios, la Universidad Popular, las conferencias en la Librería General, etcétera. La presencia y la acción de Pedro fueron eminentes. Él inventaba, él atizaba la hoguera, él participaba en todo, él marcaba rumbos. Cuando embarqué para Europa, en 1913, lo dejé ya en plena siembra. Todos los que vivieron o trabajaron a su lado llevan su huella, y mucho mentirá quien lo niegue o siquiera lo disimule.

Vivía yo en Madrid, y él radicaba ya en Minnesota, cuando, en unas vacaciones (a mediados de 1917), se me apareció vistiendo un viejo abrigo, que él, humorísticamente y no sé por qué causa, llamaba "el abrigo de José Martí". Antes de acercarse a Madrid, se detuvo un poco en Barcelona, desde donde me escribía fascinado con la luminosidad, el mar y el aire. "Goza, goza el color, la luz, el oro", le contesté yo, repitiendo para él las palabras de Góngora.

Como no podía vivir ocioso, acudió conmigo al Centro de Estudios Históricos de Madrid. Entonces confeccionó su libro, de que había soltado por ahí algunas anticipaciones, sobre *La versificación irregular en la poesía castellana,* libro que las ediciones de la *Revista de Filología Española* publicarían tres años después, con prólogo de don Ramón Menéndez Pidal. Esta publicación se preparó después del segundo viaje de Pedro a España, de diciembre de 1919 a principios de septiembre de 1920. El libro apareció cuando ya Pedro se hallaba de regreso en Minneapolis.

Volvió, pues, a los Estados Unidos ("este hombre merecería vivir en un clima menos áspero", escribía Gómez de la Serna); volvió, como queda dicho, a Madrid el año de 1920, y luego a México otra vez, donde colaboró con Vasconcelos y después se alejó de él, como también lo hizo entonces Antonio Caso, y donde lo encontré a mi regreso, el año de 1924. Pero ya su mayéutica había sufrido una suerte de corregimiento por la cicuta. Le habían amargado un poco la existencia. Estaba dispuesto a alejarse, aunque siempre pensaría y trabajaría por y para México. Se casó y se fue a la Argentina, adonde lo llamaban el destino y Arnaldo Orfila Reynal.

Viví en Buenos Aires dos temporadas, mis dos Embajadas partidas por la larga estancia en el Brasil: de 1927 a 1930, y de 1936 a 1937. Naturalmente, nuestra frecuentación era constante. Entonces me pareció que Pedro trabajaba con exceso, y había adquirido el mal hábito de hacerlo a toda hora. Ello puede haber precipitado su muerte.

En *Grata compañía,* al evocarlo, dije, entre otras cosas, algo que me decido a copiar aquí, con leves retoques aclaratorios:

> Estaba dotado de una laboriosidad que le era naturaleza, y ella poseía dos fases: la ostensible y la oculta. Leía, escribía y tomaba apuntes junto a la sopa, entre plato y plato, en mitad de la conversación, delante de las visitas, jugando al *bridge,* mientras corregía deberes escolares —¡el cuitado vivió siempre uncido al pesado carro pedagógico!—, de una cátedra a otra, en el tren que lo llevaba y traía de La Plata a Buenos Aires y viceversa. A veces llegué a preguntarme si seguiría trabajando durante el sueño. Y es que, en efecto, bajo aquella actividad visible corría, como río subterráneo, la actividad invisible, sin duda la más sorprendente. Su pensamiento no descansaba nunca. Mientras seguía el hilo de la charla, iba construyendo, para sí, otra interior figura mental. Y, al revés, dejaba correr su charla sin percatarse aparentemente de las cosas que lo rodeaban.

Esta impresión era engañosa: no contaba uno con su ubicuidad psíquica. Cierta vez, por ejemplo, cuando se hallaba en España, José Moreno Villa lo llevó a ver el Escorial. Lo detuvo, en el Museo, frente al *San Mauricio* del Greco. Pedro habló todo el tiempo de Minnesota —el clima, la Universidad, el catedrático de literatura francesa, una profesora que estudiaba la *Divina Comedia,* las reuniones dominicales en la casa de algún colega— y no parecía prestar atención a lo que tenía delante. Moreno Villa volvió decepcionado. Pero después, al regreso, en un misterioso desperezo retrospectivo, Pedro dejó pasmado a Moreno Villa con un estupendo análisis del cuadro.

En apariencia, padecía las pintorescas abstracciones del sabio. En México, Caso y yo solíamos decirle que para él no existían el tiempo ni el espacio, sólo la causa. Y se hubiera creído que pasaba junto a las frivolidades sin verlas. Pero he aquí que, de pronto, le oía yo explicar, en un corro de

damas porteñas, el nuevo modelo de los sombreros femeninos. Y lo que hacía para las pinturas y las modas, lo hacía también para la música o los deportes, con igual facilidad que para las letras, y siempre con delicadeza y elegancia. Sólo ante el cine lo vimos retroceder francamente, desencantado de las historias y no compensado por el deleite fotográfico. A menos que algunos filmes aparecidos en los últimos años hayan logrado convencerlo.

Y lo que es mejor todavía: el mismo proceso de elaboración sonambúlica parecía operarse en su mente con respecto a los más recibidos rasgos de las costumbres y a los más arduos conflictos de la ética o de la política. ¡Ay, si se hubiera decidido a escribir todo lo que pensaba y decía!

En el entreacto de mis dos residencias platenses, todavía nos encontramos un par de ocasiones. En diciembre de 1930, él vino a pasar conmigo una temporada en Río de Janeiro, acompañado de su familia, y allí se le reunió por algunos días su cuñado Vicente Lombardo Toledano, de paso para alguna reunión obrera en Buenos Aires. Poco después, Pedro regresó a su tierra, Santo Domingo, para encargarse oficialmente de la educación pública; pero no duró en ello dos años, y de nuevo se instaló en la Argentina. En 1933, hice, en comisión diplomática, un viaje redondo entre Río y Santiago de Chile. A la ida, Pedro estaba ausente de Buenos Aires: creo entender que andaba por Córdoba; a mi retorno de Santiago, pudimos hablar unas horas. Yo iba muy de carrera y tenía que ocupar mi sitio en el Brasil para la visita del Presidente Justo.

Durante mi seguda temporada porteña, en 1936, nuestros caminos se juntaron nuevamente por menos de dos años, y disfrutamos un tiempo la compañía del llorado Enrique Díez-Canedo, entonces Embajador de España. Regresé a México el año de 1938, y aunque él, al terminar cierto curso en Harvard, se acercó hasta Cuba, Daniel Cosío Villegas y yo intentamos en vano que pasara unos días en México. Y no lo vi más, tras ocho bien contados lustros de humano comercio y comunicación.

Pero lo tengo ya junto a mí para siempre, desde aquel día de mayo, 1946, en que se derrumbó repentinamente durante

uno de sus diarios viajes de Buenos Aires a La Plata. Desde ese día, no se me aleja. Hablo con él y lo interrogo. Y cuando quiero quejarme del mundo, le dirijo mensajes, como esa *Carta a una Sombra* que distribuí entre mis amigos hace hoy precisamente un año.

IX-1954.

Gaceta del Fondo de Cultura Económica, México, 15-XI-1954; *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura,* París, 1-II-1955.

CARTA A UNA SOMBRA *

MI INOLVIDABLE Pedro Henríquez Ureña: A ti que pasaste en la Argentina tus últimos años y allá fuiste a morir, tras de marcar en México la imborrable huella de tu paso, a ti quiero dirigir mis quejas, yo que también fui, durante algún tiempo y en dos diferentes ocasiones, vecino de las riberas del Plata, donde tuve la suerte y la honra de representar a mi país, de conocer de cerca a aquel pueblo generoso y soberbio, de amistarme para siempre con sus escritores, sus poetas y sus artistas.

Llegan de Buenos Aires muy tristes noticias. Varios mexicanos eminentes acaban de hacer circular un manifiesto en que protestan contra los incendios insidiosos de bibliotecas y galerías de arte, contra las cortapisas a la cátedra, al libro, a la prensa, a la libertad del pensamiento en todas sus formas, y —¿será posible?— delatan la prisión de altos y respetables representantes de nuestra cultura continental. Entre ellos se cita a Palacios, el mosquetero romántico de la política argentina, cuya honradez y probidad son harto conocidas; a Roberto Giusti, en quien la bondad y la inteligencia se confunden por tal manera que a ti mismo —tan dotado de ambas virtudes— solía sorprenderte; a Fatone, a Gollán, a Solari, a Aguirre Cámara, a otros más que no cito por no alargarme, sin que por eso olvide sus títulos y sus prendas; y, finalmente, a Francisco Romero el filósofo, una de las más claras luminarias de la mente hispanoamericana y sin duda uno de los hombres más puros.

¡Nuestro hermano Francisco Romero! ¿Lo recuerdas, Pedro? ¿Recuerdas las largas y gustosas veladas de apacible trabajo, por 1936, de que salieron esas notas que he incorporado entre las publicaciones de mi *Archivo* bajo el título de *La Constelación Americana*? Este cabal representante de

* Distribuida por Alfonso Reyes, en septiembre de 1953, dentro de la serie "Los Cien Amigos".

la normalidad filosófica se ha definido a sí mismo cuando, contra los que abren tienda para suministrar la verdad en inyecciones y pretenden vender sus apresuradas profecías de "merolicos", decía sobriamente: "No hay otra revelación (en filosofía) que la que integran veinticinco siglos de indagación en torno a un puñado de temas capitales." Y, en estos meses pasados, acaba de publicar un libro, *Teoría del Hombre,* que está llamado a perdurar. A él le decía yo en cierta carta sobre "el sentido de América" (*Última Tule,* pp. 25 y *ss.*): "Los que siguen concibiendo a América como un posible teatro de mejores experiencias humanas son nuestros amigos. Los que nos niegan esta esperanza son los enemigos de América."

Si aún vivieras entre nosotros, Sombra de mis desvelos, no serías feliz. Tú viste el comienzo del mal que nos aflige, pero acaso moriste en la creencia de que ese mal iba a remediarse. Al contrario, el mal ha asumido formas cada día más sutiles y, en cierto modo, la virulencia de esos gérmenes filtrables que ya no es fácil detener. No sé qué general nazi dijo por ahí: —A pesar de todo, ya hemos triunfado.

Y así es. Se planteó la lucha del individuo contra el Estado (para recordar las palabras del olvidado Spencer). Se echó sobre cada uno de nosotros el Leviatán de Hobbes, revestido de uno u otro disfraz. Y al modo como es fuerza armarse si queremos prevenir la guerra (a menos que todos nos desarmemos a un tiempo), así también las mismas democracias adoptaron a veces los métodos de la tiranía estatal para defendernos de ella. No sé si hallaremos la salida a este círculo vicioso, verdadero laberinto cretense, como no sea por extremo de dolor y fatiga, dentro de algunos lustros, o por alguna explosión mística que las bases religiosas actuales ni siquiera dejan prever, si es que antes la nueva física aplicada a la guerra no destruye el planeta.

Entre tanto, el pensamiento padece. Se cumple la profecía de Renan, a propósito de la libertad histórica, expuesta en el prólogo de su *Historia del pueblo de Israel.* —Apresurémonos —venía a decir Renan— a disfrutar de esta hora de libertad. Esta libertad es una flor demasiado aristocrática y delicada; no puede durar mucho. Sin duda en alguna par-

lo todo por sí mismo: descubrir la cantera, amontonar y acarrear los materiales de construcción, usar la cuchara y la plomada del albañil y, por último, trazar las líneas del monumento y gobernar su soberbia arquitectura.

Le asistían para ello el ardor de su sentimiento hispánico y un tesoro de facultades innatas, lo mismo el tacto y la adivinación del gusto infalible que el poder de síntesis, la resistencia al estudio, la memoria casi fabulosa, la pluma de estilo y aliento magistrales, el arte —cuyos secretos no pueden enseñarse ni tampoco aprenderse— de trasfundir y asimilar la erudición en pulso y latido del pensamiento propio, comunicándole a la vez los encantos de un cuento árabe; paciencia de hormiga y visión de águila; generosa y libre comprensión que cada día se fue abriendo como abrazo inmenso, para cada día abarcar un mundo más rico y anchuroso.

Y por si todo ello fuere poco, los hispanoamericanos le debemos todavía la atención para nuestra poesía y nuestras letras, que él supo incorporar con un oportuno lance de timón en la gran corriente de la poesía y las letras hispánicas, devolviendo a la familia de nuestra lengua los fueros de su unidad, cuando todavía muchos peninsulares nos veían con desconfianza, punto menos que como a contrabandistas y a matuteros no autorizados por las aduanas oficiales.

Sean para él nuestra gratitud imborrable, nuestra admiración y nuestro devoto rendimiento.

LOS CUENTOS DE ROJAS GONZÁLEZ EN EL CINE

MÉXICO es a la vez mundo de misterio y de claridad: claridad en su naturaleza; misterio en el alma de sus hijos. La luz —cegadora— desnuda, acerca y ofrece los objetos como tentaciones para los ojos. En el fondo tiemblan las montañas, centellea la nieve de los volcanes entre tintes de rosa y plata; en el profundo azul, las serenas águilas se incrustan "como clavos que se hunden lentamente", según dijo Manuel José Othón, nuestro poeta de los desiertos. No hay niebla, sino nubes, de nítidos perfiles y de volumen casi tangible; y más que medias tintas, el claroscuro, que parece una norma de sinceridad y de valientes contrastes.

Pero también hay contraste en los corazones, donde la timidez y la violencia parecen alternar en los impulsos de un pueblo que no ha gastado todavía sus resortes, a pesar de tanto siglo de historia y una densidad de sufrimiento que equivale a otros tantos siglos de jornada terrestre.

Si existe una edad indefinida, donde la juventud y la vejez se confunden, donde el tiempo se hace todo presente, trayendo consigo un vaho del pasado y una brisa del porvenir, tal será la edad de esta gente, en cuya conciencia parece que todavía luchan, como en una larga pesadilla, las bravas huestes de Cuauhtémoc, el último emperador azteca, y los férreos escuadrones de Cortés, el conquistador español; a la vez que se configuran las estructuras audaces de una sociedad aún en gestación.

Portentosas ruinas indígenas, que más parecen brotes naturales del suelo; templos y pirámides envueltos en el manto espinoso de las cactáceas, vegetación arisca y heráldica, que enreda, como en el caduceo, la serpiente simbólica; graves y sobrios monumentos coloniales, con aire de petos, corazas y guanteletes de guerra; o cabriolas y fantasías del indomable churrigueresco mexicano en que la piedra emula al fuego;

dulzura de las rancherías y las iglesitas rústicas ... El México campestre es ya de todos conocido, y corresponde a la "España de pandereta": largo gemido de las guitarras y de los cantos en falsete; peleas de gallos, charrerías y suertes del lazo, caballadas, jinetes recamados de plata, sombrero faldón, machete y pistola; valientes desbordados a temerarios; ladinos de refinada astucia; mujeres que se esconden en el rebozo y apenas asoman la artillería de los ojos negros y tristes. Y todo esto es una parte de la verdad, pero bajo este escenario de colorines, en estas figuras vistosas, se esconden sentimientos, pasiones, virtudes que no se reducen a meras cosas pintorescas.

Francisco Rojas González, prematuramente arrebatado a nuestro cariño y a nuestra admiración cuando aún era joven para el arte, evoca ante nosotros algunas imágenes de México. No encontramos aquí todo el espectáculo de México. El autor ha querido darnos aspectos de la vida indígena, lo más típico y popular solamente, perfiles que naturalmente se borran conforme se asciende hasta el plano superior de los pueblos, en que todo se uniforma ya y se parece. Además, dominado por su ardiente anhelo apostólico, Rojas González nos invita de propósito a visitar esa humanidad postrada que se retuerce entre la pobreza, el despojo, el dolor y la superstición; humanidad por cuya redención luchan día a día nuestros escritores, nuestros artistas, nuestros abnegados maestros rurales, nuestros hombres de ciencia. En todas las latitudes, en todos los países hay, como aquí, zonas indecisas por donde la vida se deshace. Para mejor enfocar sus cuadros, Rojas González lo reduce todo a un claro dibujo en torno a una anécdota y, a veces, en torno a una frase epigramática.

1956.

Para presentar en Europa la película *Raíces* (M. Barbachano, dirección de B. Alazraki, Teleproducciones, S. A., México, 1954).

LA GRAN CRUZ DE NÚÑEZ DE BALBOA, DE PANAMÁ

EXCELENTÍSIMOS señores representantes de la República de Panamá: Permítanme VV. EE. que no me detenga en las palabras, tan generosas y encomiásticas, de D. José Isaac Fábrega, ni siquiera para protestar de su exceso en nombre de la austera justicia. Este patricio panameño, lo mismo que su ilustre primo D. Octavio, el Secretario de Relaciones Exteriores, está acostumbrado a ver las realidades a través de la magnitud de su alma, y proyecta sobre las cosas, por humildes y opacas que sean, algo de su propia virtud.

La gracia que han querido hacerme el Excmo. Sr. Presidente Arias Espinosa y sus nobles colaboradores tiene por cualidad el ser de veras una gracia: un don que se otorga sin más provocación, estímulo ni merecimiento que el gozo mismo de otorgarlo. Y es de veras envidiable un acto así, de generosidad desbordada, que reaviva en quien lo ejecuta el sentimiento de su riqueza y, como toda aventura de creación, lleva consigo cierto resplandor de capricho y de libertad.

Pero quien recibe la gracia no puede menos de sentir su alegría algo enturbiada por la duda. Desde que el hombre se levantó de la tierra sabe que es fuerza merecerla y ganarla, que hasta el aire mismo que se respira ha de ser por él configurado, mediante ese empeño racional que ha hecho decir al filósofo: "Hasta el aire es arquitectura." O, de lo contrario, si el hombre se abandona a la gratuidad y se cree de veras dueño del universo, entonces no hace más que encaminarse de nuevo hacia las cenagosidades zoológicas. ¿Por qué, pues, esta gracia, y cómo recibir un tesoro que nuestros brazos no son poderosos a levantar? Busquemos un sentido, una explicación, una ley a lo que parecía fortuito.

No es difícil, en nuestro caso: Unos buenos hijos de Panamá, al extremar sus expresiones cordiales para con el pueblo mexicano, me han designado como símbolo en quien descar-

gar la electricidad de su simpatía. Y a mí ¿por qué? Lo explicaré como lo entiendo. Se me asegura que, en aquel país hermano, hace algunos lustros y a la hora en que se descubren las vocaciones, hubo un grupo de jóvenes, hoy maestros de aquella cultura, a quienes el azar puso entre las manos algunos de mis modestos libros. No es, pues, a mí a quien se celebra: es al nombre que la casualidad escribió en lo que aún era una página blanca. Bajo el pretexto de mi persona, se festeja y se recuerda esa hora en que la mocedad alarga las manos a la vida. ¿O me engaño acaso, señor Embajador? ¿No estoy diciendo la verdad? Pues ¿no es revelador de la intención panameña, de la generalidad que se quiere dar a este presente, el hecho de que el otorgamiento coincida con el obsequio que se nos hace de la efigie más inspiradora, la más elocuente que en esta ocasión pudo haberse escogido: la de aquel profeta político que convirtió en sentimiento nacional las inspiraciones de la sola realidad geográfica y pudo decir —convirtiendo el apotegma a que acabo de referirme— "también la geografía es arquitectura y debe tener perfil humano"?

Traéis, señores, como prenda mágica, como talismán de amistad, la estatua de Arosemena, y de paso dejáis caer en mi escudilla una moneda de oro que lleva grabado el rostro de Balboa. Yo la recibo por todos mis compañeros mexicanos: una simple economía onomástica ha querido concederme este privilegio. Lo agradezco en nombre de todos y me inclino reverentemente al peso de semejante honor. ¡Que viva feliz la República de Panamá! Prosperen sus hijos, acierten siempre sus gobernantes, sea próvido su suelo y sea benéfico su cielo.

28-II-1955.

JOSÉ GOROSTIZA EN LA ACADEMIA

EXIGENTE para consigo mismo, según ha sido cortés con los demás, José Gorostiza pudo conformarse —y no lo hizo— con seguir practicando la dulce música de sus *Canciones para cantar en las barcas*: melodías al contrapunto de los trovadores galaicos, aquellos hijos de los provenzales que hoy resultan nietos de los árabes españoles. Pudo conformarse con los compases paralelísticos, las rimas "de amigo": fruta, aura, trino, mar y amor, coqueteos del agua en la orilla. Junto a esto, unas diminutas acuarelas: la cachimba del anciano, la melancolía del enfermo (¡qué Rodenbach, el de *Les malades aux fenêtres*!), el pescador de luna, la nocturna soledad misteriosa, las mujeres de la provincia, Córdoba aromática, la borrasca o la mansa luz, la sal de la elegía, el otoño. Todo esto —que en manera alguna es ingenuo, sino transparente a fuerza de sabiduría inmediata— le hubiera bastado (pero él no lo quiso) para asegurarle un fácil renombre. Todo esto le daba ya un sitio estable en las antologías de la lengua... Si no fuera por esa inquietud de transfiguración que ardía ya debajo de sus imágenes, de sus objetos poéticos, de su audaz dicción: augurios de un crecimiento interior, si vale decirlo, que ya se dejaba presentir. Pero, si hablamos de evolución o transformación, midamos antes las palabras, pues tales conceptos resultan groseros para interpretar la "atemporalidad" de este poeta, esa su postura "fuera del tiempo" que ha comentado Octavio Paz. La negativa fotográfica, al ser revelada, deja ver más claramente su contenido, pero su contenido y no otro, el que ya encerraba en sí misma.

Y así, tras la jornada de tres lustros, llegamos a la maravilla de la *Muerte sin fin* —nuestro *Cementerio aldeano* o, mejor, nuestro *Cementerio marino*—, diamante en la corona de la poesía mexicana. Aquí, como una coagulación y una evaporación, las inspiraciones bajan y suben entre el cielo y la tierra. El rocío se lleva consigo algo como los espectros

de las corolas, y las corolas se beben otra vez el rocío. Retorno eterno. El espíritu se materializa. La materia quiere "eterealizarse", como hoy se dice. Y allende la magia y la poesía, se va configurando una segunda naturaleza, tejida de interrogaciones y respuestas, de respuestas e interrogaciones, que se muerden la cola como la serpiente del símbolo. No se la palpa, no se la contempla a través del barro, de las manos o los ojos mortales. Última apuración de las especies platónicas, sólo cede al rayo de la inteligencia —segura, cruel y hermosa. Gira sobre sí misma la rueda del suceder, que ya fascinó a los presocráticos: del fuego al agua, del agua al fuego; y el hombre —haz de temblorosos sentidos— se levanta y quema como una callada llamarada inmortal. Ah, pero para merecer el premio definitivo, convertido ahora en algo como una estatua de cristal de roca, cuya luminosidad misma ciega y perturba por instantes. La vida se hace muerte sin fin. La sustancia, sutilizada, se asfixia y perece en la eternidad de la Forma.

Un ejemplo:

Pero en las zonas ínfimas del ojo,
no ocurre nada, no, sólo esta luz
—ay, hermano Francisco,
esta alegría,
única, riente claridad del alma.
Un disfrutar en corro de presencias,
de todos los pronombres —antes turbios
por la gruesa efusión de su egoísmo—
de mí y de Él y de nosotros tres
¡siempre tres!
mientras nos recreamos hondamente
en este buen candor que todo ignora,
en esta aguda ingenuidad del ánimo
que se pone a soñar a pleno sol
y sueña los pretéritos del moho,
la antigua rosa ausente
y el prometido fruto de mañana,
como un espejo del revés, opaco,
que al consultar la hondura de la imagen
le arrancara otro espejo por respuesta.
Mirad con qué pueril austeridad graciosa
distribuye los mundos en el caos,
los echa a andar acordes como autómatas;

al impulso didáctico del índice
oscuramente
¡HOP!
los apostrofa
y saca de ellos cintas de sorpresas
que en un juego sinfónico articula,
mezclando en la insistencia de los ritmos
¡planta-semilla-planta!
¡planta-semilla-planta!
su tierna brisa, sus follajes tiernos,
su luna azul, descalza, entre la nieve,
sus mares plácidos de cobre
y mil y un encantadores gorgoritos.
Después, en un crescendo insostenible,
mirad cómo dispara cielo arriba,
desde el mar,
el tiro prodigioso de la carne
que aún a la alta nube menoscaba
con el vuelo del pájaro,
estalla en él como un cohete herido
y en sonoras estrellas precipita
su desbandada pólvora de plumas.

Así sabe construir su torre de luces este poeta para quien, como lo ha confesado él mismo, el idioma es presencia viva, sensible, delicada: hilozoísmo que lo hace penetrar en el reino de las voces articuladas "temblando de deseo y fiebre santa", como quien pisara el seno de una diosa dormida. El escritor persigue hasta la exasperación la palabra precisa, y en la misma creación poética hay un acecho, una pugna como de combate o de cacería. Por mi parte, dije alguna vez que es una lucha de Jacob con el Ángel esta guerra para "crear un lenguaje dentro del lenguaje", duelo en que el poema nos mata o nosotros lo sometemos —"le damos mate"—: y en metáfora más humilde, como se ha escrito, un cortar hilo por hilo todas las amarras del aeróstato, para que el poema se eleve solo, y solo se defienda entre los acosos del viento.

Nos ha dicho con razón José Gorostiza que el poeta no debe usurpar el puesto del filósofo, y que algo de ceguera divina conviene a sus exploraciones en el campo de la teoría. En este punto yo lo acompaño, y creo que Sócrates —furibundo racionalista— exageró un poco cuando pidió a los poetas que explicaran sus versos. Si alguno, en nuestros días, ha sido

dotado de un instrumental poderoso para la teoría poética es sin duda Paul Valéry. Y considérase, sin embargo, la diferencia que va del análisis que él hizo respecto a su máximo poema y el que le ofrecieron sus exegetas; ante los cuales él se detenía asombrado y como preguntándose con rubor: "¿De suerte que yo he dicho todo eso? ¿De suerte que yo, la gallina, empollé ese pato?" Y esto no se entienda contra los exegetas, porque la virtud de la poesía también está en ese equívoco fecundo mediante el cual provoca otra flor distinta en cada suelo.

Respecto a la noción "gorostiana" —y pido licencia, oh Academia de mis respetos, para el neologismo que se me ha escapado de repente—, respecto a la "gorostiana" noción de la poesía como atmósfera, cosa que vive por sí y exteriormente, ya sabemos bien los discípulos de Platón —todavía los hay, por suerte— que no es desatentado soñar con algo como un paraíso de versos perfectos, los cuales, una que otra vez, llegan como brisa y orean la frente del poeta. "Anagnórisis de Orestes y Electra", viene a decir José Gorostiza. Feliz encuentro sin el cual el sandio de Tínico nunca hubiera podido escribir el himno que mereció la admiración de su tiempo.

Más adelante, discurre José Gorostiza sobre la poesía-emoción y la poesía-palabra, y nada se puede objetar contra su sentimiento de que la palabra llama a la palabra, alarga tentáculos y fabrica, así, una nueva estructura de la realidad —discúlpeseme la cita propia—, "hija pura y radiosa del humano deseo".

Seguramente que José Gorostiza toca un punto sensible cuando nos habla de las relaciones entre la poesía y la música. Él habla más precisamente del canto. Yo conservo el término general, música, para recordar los orígenes. "¡Música ante todo!", decía Verlaine. Y Gutiérrez Nájera, oyendo la *Serenata* de Schubert: "Así hablara mi alma, si pudiera." Ha habido, y desde los tiempos clásicos, la funesta tendencia a emparentar la poesía con la pintura. Las consecuencias nunca fueron felices. Ahora bien, si dentro de la música misma hay niveles, y una es la calidad elemental y bailable, y otra la música profunda, propia expresión de la conciencia cuando se despoja de todo lo anecdótico y discursivo, así

también lo que se ha llamado musicalidad en la poesía no ha de entenderse necesariamente como un juego fonético, aunque esto tampoco sea necesariamente desdeñable, dada la íntima trabazón de los reflejos. Y cuando la nueva poesía reacciona contra los fáciles recursos de rimas, aliteraciones y otras sonajas de a centavo —*articles de Paris,* dijo un contemporáneo—, no por eso deja de ser música. Pero en las comparaciones de la poesía y las bellas artes hay que irse siempre con cautela. La poesía, hecha de palabras, lleva y conlleva a pesar suyo un sentido intelectual directo que le es exclusivo, y que la poesía nunca podrá abandonar, a riesgo de despeñarse en los balbuceos o en las travesuras de la jitanjáfora. Precisamente el esfuerzo del poeta consiste en pasar de ese primer plano intelectual, que ha sido ya modelado por las aplicaciones prácticas del lenguaje, por la operación de las manos, al otro plano de realidades donde ya no se pide nada que no pueda ser proporcionado más que por las palabras mismas (y su contenido, claro está). Porque si en la expresión discursiva, por mucho que valga la expresión, ésta es una mera referencia a significados que están fuera de ella, en la expresión poética el significante y el significado se confunden, como dirían hoy los semánticos.

¿Que la prosa sólo pide los ojos, y la poesía, además, la voz? Temo que sea una declaración algo sumaria, y por sumaria, un poco equívoca. ¡Oh, no! Ambas piden, en primer término, la voz y el oído; y la mano y los ojos en segundo término, puesto que la notación gráfica es un accidente, y escribir —como decía Goethe— un abuso de la palabra. La prosa existe también virtualmente, antes que la escritura y, en todo caso, el valor acústico de la prosa es reconocido desde los orígenes del arte y ciertamente desde Gorgias, en el siglo V a.C., para sólo hablar de las culturas occidentales. Ya se queja un historiador griego de los que escriben sus relatos "para el oído", sin verificar sus afirmaciones. La prosa, como género literario, dista mucho de ser el simple coloquio en que hablaba Monsieur Jourdain. Y en tal sentido, no hay peor consejo que aquel "escribo como hablo", declaración del maestro Valdés en su *Diálogo de la lengua,* declaración que él mismo rectificaba con su ejemplo y que ha

causado por ahí algunos estragos. Porque el escribir como se habla apenas vale (y ya es mucho conceder) para el monólogo o diálogo de imitación costumbrista, grado elemental de primaria en materia de creación verbal, y para el teatro que provisionalmente podemos llamar realista. La tradición secular de todas las literaturas y de todas las teorías literarias confirma lo que vengo diciendo. La frontera entre la poesía y la prosa es una investigación de mucho más difícil acceso, e impropia de este sitio. Dejémoslo así por ahora.

He escuchado con vivo interés lo que nos dice José Gorostiza sobre el crecimiento y tamaño del poema. La intención es la norma única, y el secreto está en saber cumplir con ella plenamente. Por cuanto a la reducción creciente de la poesía total a la sola lírica (y hasta de estímulo autobiográfico) —espectáculo que ciertamente estamos presenciando—, la historia literaria nos dice que éstos son fenómenos de vaivén, y nada es más peligroso que considerar todos los procesos anteriores como caminos destinados a rematar definitivamente en este punto, en esta casualidad que nosotros representamos. ¿Sabemos, acaso, lo que puede suceder mañana?

Es muy profundo y muy cierto cuanto acabamos de escuchar respecto a los ambientes poéticos que la poesía engendra artificialmente, como escenarios mágicos donde desarrollar sus evoluciones y sus danzas: la fingida Arcadia pastoril, el salón turco lleno de aromas orientales, etc. Es cierto también que hoy se buscan otros escenarios: a una parte, el social, el político (para usar la ruda palabra); a otra parte —poeta amigo— el neumático, el del alma en su soledad, soledad tan absoluta que ya ni se deja escuchar el grito del Señor nombrando a Abraham. La poesía no es nada de eso, no. Tampoco el hombre está en los pies. Pero está en dos pies, sin los cuales no podría andar ni sostenerse. Igualmente la poesía necesita de recursos que le son ajenos: fatalidades inherentes a la flaqueza de las realidades que palpamos, imperfectas copias del arquetipo, según cierta metafísica que nos es ya muy conocida. "Nadie busca el error por el error —dice Gorostiza con impecable frase—, . . . caemos en él accidentalmente, en nuestra prisa por llegar a lo cierto." Yo diría más: no sólo *prisa,* palabra descriptiva pero no inter-

pretativa: *afán.* Y no sólo *afán,* interpretación, pero no disculpa: *imposibilidad* filosófica de abarcar nunca el absoluto. Esto sea dicho para la poesía como idea. Que, en cuanto a la poesía como función de palabras, como poema, puede estar casi en todas partes, y en alguna tiene que estar. No es un delito poético tener asunto, ¡no faltaría más! Se tiene asunto aunque no se quiera.

Y ¿por qué llorar si la poesía está destinada a absorberse en la vida como uno de sus alimentos naturales, y si un día el hombre más humilde repite, como cosa propia, la sentencia de Shakespeare; y si "los narradores de historias buscan el arte poética en los labios de la nodriza", según se ha dicho por ahí? La poesía acompañará al hombre mientras el hombre exista, y mejor aún mientras más de cerca lo acompañe. Entre la vida y la poesía se establece una circulación constante, como en el ciclo del ázoe.

Permítanos José Gorostiza —aunque ello lastime un poco su elegancia— que hablemos de él directamente. Pocas veces se habrá dado entre nosotros un caso de mayor autenticidad, de mayor seriedad. El diplomático, el servidor del Estado, cuya exactitud, cuya lucidez, diligencia y abnegación llegan al sacrificio, nada ha pedido para sí. No se ostenta: se transparenta. A fuerza de nitidez en sus actos y en su conducta, logra que la mirada no tropiece nunca con él, y él deja correr por sus brazos la masa de las labores públicas sin que se le oiga jadear. Se despersonaliza en la acción, se entrega entero, mata el obstáculo del yo, del odioso yo que dijo el filósofo. ¿Y el poeta? El poeta es un solitario: *Deus et anima mea.* Sin propaganda y sin tertulia, desnudo y sin armas. No hay postizos, no hay siquiera fraude sentimental. Se arroja entre sus fantasmas resuelto a vencer o morir. Se sumerge, como el buzo, sin darnos cuenta de sus fatigas subacuáticas, para resurgir trayendo la perla en la palma de la mano. Prescinde de todo lo inútil, aprieta la esencia. De aquí que su obra sea tan pequeña como tan grande. Hasta se nos ocurre que no le importa ser oído. Su poesía parece una oración. Diré más: una oración en silencio y al silencio.

Hace años, hallándome en el Brasil, revolvía con mi colega francés unos papeles de su Embajada. Dimos inesperadamen-

te con ciertos informes comerciales, secos y justos. Las cifras, exactas; la lengua, neutra. Y —"Vea usted —me dijo mi colega— ¿quién se figuraría que estos documentos están firmados por Paul Claudel? ¿Puede darse una expresión más corriente y moliente, más administrativa, más ceñida a su objeto práctico? ¿Y no prueba esto que toda esa poesía recóndita es una gran falsificación?" —"Al contrario —le contesté—: esto prueba la asepsia mental del poeta, que no se deja enturbiar por el funcionario, y la honradez del funcionario que cumple sus menesteres oficiales con perfecta humildad, sin falsearlos un punto bajo el pretexto de ser poeta. ¡No me dé usted 'literato-diplomatoides' como alguno que, para comunicarme en nota oficial el haberse hecho cargo de su embajada en Río, acaba de ponerme una nota hablándome de *las vencedoras carabelas que antaño surcaron el Océano llevando por mascarón de proa el rostro de Jesucristo!* Verdad es que aquí no había literatura, sino mala literatura. En todo caso, lamentable confusión entre las especies." —Medítese en esta sencilla lección, y luego, aplíquesela por contraste a la persona de nuestro José Gorostiza.

Pero ¿será lícito consumir a este hombre y dejarlo que se consuma entre los despachos oficiales? ¿Para cuándo reservamos, entonces, el premio que se debe al espíritu? ¡Ay, la burocracia! ¡Ay, los papeles del Gobierno! (Todos en ellos pusimos nuestras manos.) Ayer fue conquista lo que ha comenzado a ser estorbo. "Hoy la luz nos viene del Norte", cantaba Voltaire —exagerando un poco— cuando Federico el Grande comprometía su voluntad por escrito y sujetaba así —según quieren ciertos tratadistas, también exagerando un poco— sus caprichos de soberano al pacto y a la promesa de su firma. Pero hoy suspiramos ya por las administraciones orales, y ojalá entre radiodifusión y dictáfono acaben de emancipar la pluma y la dejen sólo consagrada a su alto oficio literario. En todo hay su más y su menos. Tiene razón José Gorostiza al hablarnos de las enfermedades del "profesionalismo literario" y la conveniencia de que el escritor cree en libertad, sin tener que someterse a los antojos del público. Es, pues, deseable que de veras se le ponga en condiciones de libertad y no que se le someta a otras cadenas acaso más

pesadas, si es que algo saben de ellas mis hombros. Además, en nuestro medio, la verdad sea dicha, esa tal demanda del público es tan leve y escasa que yo no sé si se la siente. Casi me atrevo a decir que no existe, no hay razón alguna para temerla. Pero si de veras la vulgaridad de las masas ahogara necesariamente la producción de calidad, entonces, sencillamente, no habría grandes escritores en el mundo, o habría muchísimos menos, puesto que, en su inmensa mayoría, ellos proceden de la clase profesional de las letras. No, poeta y amigo, no nos resignemos tan fácilmente, no aceptemos engañosos consuelos.

Nuestra Academia se honra hoy en recibir a un noble poeta mexicano. Yo no he pretendido levantar la reseña de sus libros, sus datos. Me parecía impropio de la ocasión. ¿O queríais que hablara del poeta contando sus pasos por metros, midiendo por kilos sus palabras, fijando —otra vez— la fecha en que nació, asegurando que no habrá de morir del todo? ¡Pero esto último ya lo sabemos de sobra! Yo no he querido más que alargarle la mano en público y ofrecerle, no sólo mi cordialidad, nunca escatimada, sino mi admiración también, que no suele brindarse a ciegas. Sea muy bienvenido entre nosotros José Gorostiza el poeta y el hombre.

22-III-1955.

Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua, México, XV, 1956.

A VUELA PLUMA

Reconstrucción aproximada de las palabras con que recibí en México el título de Doctor Honoris Causa por la Universidad de La Habana.

El año de 1946, la Universidad de La Habana me otorgó el Doctorado Honoris Causa en Filosofía y Letras, cuyas insignias nunca pude ir a recoger como es la costumbre, por ciertos achaques y contratiempos, o "por malos de mis pecados" como hubiera dicho Sancho Panza. El título, realzado con las ilustres firmas del Rector D. Clemente Inclán y del Decano D. Salvador Massip, llega hoy hasta mí por gracia singularísima de aquella Casa de Estudios que, en un desborde cordial, ha dispuesto así romper con los ritos de la imposición del grado, dando una muestra de los términos que puede alcanzar la amistad cubana, pues no puedo darle otro nombre.

La designación vale ya mucho en sí misma, por venir de aquella tierra, por venir de aquella Universidad donde desarrollaron y desarrollan sus labores tantos maestros de cultura con quienes no me atrevo a hombrearme y a quienes no quiero enumerar en estas palabras improvisadas, para no incurrir en involuntarias omisiones y para no hacer incansable esta breve manifestación de agradecimiento. Pero todavía este alto honor crece a mis ojos por la forma y manera en que el grado me es conferido; y voy a explicarme al respecto.

Me honra y conmueve el que se haya confiado el encargo a tan magníficos mensajeros y amigos tan queridos como D. Luis A. Baralt, D. Roberto Agramonte, D. Calixto Massó y D. Raúl Roa, y el que se haya accedido a entregarme el título en una reunión privada, aquí entre mis libros, aquí mismo donde yo trabajo.

A esta embajada, para más obligarme, se ha unido la señora bibliotecaria Dña. Lelia Castro de Morales, quien acaba de leer las gentilísimas palabras de Félix Lizaso, el amigo

alerta, el escritor cubano que dio a la prensa hispanoamericana el aviso de mis Bodas de Oro con la pluma. Ella, a su vez, ha sido portadora del Álbum conmemorativo que me envía el Instituto Nacional de Cultura de Cuba, firmado por eminentes escritores y personalidades de mi mayor afecto, y acaba de ofrecerme también el excelente número inaugural de la revista que empieza a publicar aquel Instituto y a la que deseo larga historia.

Finalmente, mi hermano en la vida y en las letras, el gran poeta Mariano Brull, también ha querido visitarme: voz de oro que vengo escuchando con deleite desde sus primeros vagidos poéticos, amigo que siempre me acompañó en mis jornadas con impagable solicitud, y con quien me une un afecto que el tiempo robustece y afirma. Ojalá no tarde en entregarme el poema que acaba de recitarnos. No es la primera vez que, señorialmente, arranca una perla de su sarta para más vencer mi cariño y más aumentar mi admiración.

Sean todos ellos bienvenidos a este recinto, que el inolvidable Enrique Díez-Canedo bautizó como "la Capilla Alfonsina", que hoy, con helénico neologismo, decimos "biblioteca" y que el licenciado Tomé de Burguillos se contentaba con llamar "librería".

El rasgo de la Universidad de La Habana no puede sorprenderme. El entendimiento entre cubanos y mexicanos es cosa tan obvia, que el subrayarlo resulta ocioso. Hasta nos hemos prestado ministros y poetas, testigo el grande nombre de Heredia, que ahora me acude de repente. Y ese rasgo, por ser un desborde cordial como lo he dicho, resulta característico de una amistad inteligente, y característico también de nuestros pueblos americanos.

La amistad inteligente se revela en el hecho de haberme concedido el título en una reunión sin solemnidad ni aparato, como yo lo deseaba. No soy enemigo del sentido ceremonial: a él debemos las civilizaciones. Pero, tras tantos años consagrados a la representación diplomática, cuando naturalmente yo no podía rehusarme a las celebraciones oficiales, ha sobrevenido en mi ánimo una suerte de saturación y un decidido anhelo de optar, siempre que ello sea dable, por el camino más sencillo. Además si, como lo he confesado, con-

sidero que la ceremonia es motor de civilizaciones, también creo que ciertos grupos humanos, llegados a lo que suele llamarse "estado de civilización", bien pueden dejar las andaderas y reducir sus actos a la expresión más simple y desnuda.

Y si digo que la cordialidad de que en este caso ha dado ejemplo la Universidad de La Habana es un rasgo característico de nuestros pueblos americanos, es porque se me ocurre pensar —completando así las palabras que, hace años, y con ocasión de un Congreso Internacional de Escritores, reunido precisamente en La Habana, oí en labios de Mariano Brull— que, si cada nación y época tienden a crear un tipo de hombre representativo (el "magnánimo" de los griegos, el *vir bonus* de los romanos, el paladín medieval, el caballero español, el *gentleman* inglés, el *honnête-homme* francés . . . el *Junker* germánico), también los "cien cachorros sueltos del león español", entre vaivenes y a testerazos, van definiendo un tipo inconfundible y propio: el *hombre cordial,* el hombre que pone los estímulos del afecto y la simpatía en la base de la conducta y para quien el prójimo realmente existe, y el "prójimo" —perdónese el juego de palabras— es realmente "próximo".

Al cumplir cincuenta años de ejercicio público en mi vocación, al recibir a los amigos cubanos que llegan cargados de presentes, formulo un voto:

Cuando ellos vuelvan a su tierra, digan a sus compañeros de la Universidad, a sus compañeros de letras; digan a todos los cubanos, que aquí queda un viejo escritor a quien pueden confiadamente aplicar la frase de Martí: "Tengo en México un amigo."

26-I-1955.

TRENO PARA JOSÉ ORTEGA Y GASSET

CUANDO, a fines de 1914, yo llegué a Madrid, dejándome atrás, como Eneas, el incendio de mi tierra y el derrumbe de mi familia, mis buenos hermanos de España, sin interrogarme siquiera ni examinar mis credenciales, me abrieron un sitio en las filas del periodismo y las letras y me consideraron, desde el primer momento, como uno de los suyos. Yo no tuve que solicitar nada, ni se me pidieron explicaciones. Pudieron no haberme hecho caso; mi bagaje era todavía muy ligero: un libro único en mi haber.

Y, para colmo, el mutuo desconocimiento entre la antigua y las nuevas Españas era por aquellos días cosa increíble. Si hoy comparamos las épocas, apenas podemos entenderlo. Y sentimos que, verdaderamente, de entonces acá se ha derruido una barrera histórica. Creo que por aquellos días —fuera de don Francisco A. de Icaza, ya familiar en aquel ambiente—, sólo dos mexicanos, sólo Rodolfo Gaona y yo figurábamos en los carteles de Madrid.

La confianza que se me dispensó era, pues, una pura confianza humana, gratuita, una creencia espontánea y natural en la buena condición y en los merecimientos del prójimo, por el hecho solo de serlo. Nunca vi un ejemplo mayor de fraternidad sencilla, sobria, sin aspavientos ni extremos; hasta, si se quiere, un tanto bronca para mis hábitos sociales de "indiano", medio cauteloso a lo Alarcón e imbuido de urbanidad.

En el nuevo firmamento de España —la España posterior al Noventa y Ocho y a los desengaños de la grandeza colonial—, José Ortega y Gasset, aunque muy joven todavía, era una estrella radiante, en torno a la cual giraba toda una ronda de planetas. Él me aproximó a su tertulia y a sus dominios, me dio el marchamo, junto con otros amigos cuya benevolencia no me canso nunca de admirar. Me reclutó

para las revistas y periódicos en que de algún modo intervenía, me embarcó en sus empresas.

No siempre estuvimos de acuerdo, porque la vida del espíritu es vida de arisca independencia, y el dios que nos posee no nos deja fácilmente salirnos de nuestra órbita propia. Pero hubo siempre, entre los dos, horas de perfecta cordialidad, de cabal comprensión, de intimidad afectuosa que dudo se haya consentido con quienes más de cerca parecían acompañarlo. Dudo si concedió a otros la íntima cercanía que llegó a concederme a mí. No lo digo para equiparar las magnitudes: la diferencia aquí no importa. Él en su gran desborde magnético y yo desde mi escasa esfera, ambos, más de una vez, nos sentimos atraídos y uncidos por alguna energía que nos enlazaba, asignándonos cierta jurisdicción común en el campo de los estudiosos desvelos. Hasta los chisporroteos del mal humor son, entonces, una prenda de afinidad cósmica. Una frase cruel, una queja, valen entonces lo mismo que vale un saludo, lo mismo que vale un abrazo. Y, a la hora de las cuentas finales, el inmenso saldo positivo hace todavía más lamentable la desaparición de aquel polo que, acaso de lejos, nos equilibraba y nos sostenía.

Perdemos en José Ortega y Gasset a un escritor que ha dejado un rastro de fuego en la lengua y en la mente de nuestro siglo; a un filósofo imperial, no por la coherencia sistemática de un Kant o de un Hegel —a que él nunca quiso sujetarse—, sino por el altivo señorío de sus concepciones, la actitud orgullosa y la varonil trascendencia; a un pensador que de mil modos llegó a superar a sus maestros y hasta dio al mundo la expresión auténtica de algunas nociones que aún latían en la nebulosa; a un artista en quien jamás desmayó la soberbia voluntad de forma. Era hombre de ánimo solemne que luchó siempre contra las travesuras de la ironía y del humorismo, sus dos verdaderos adversarios; de una sensibilidad tan aguda que solía herirse con su propio aguijón o, mejor, que acabó atravesándose con su espada; de una honda capacidad moral que, por ser tan honda, se desgarraba entre los ideales teóricos y los apremios del deber cívico, por manera que iba y venía como el péndulo electrizado de saúco, sin poder resignarse nunca a lo que hay de transacción en la

acción. En su temperamento se combatían patéticamente la mundanidad y la austeridad. Codiciado por todas las Musas a un tiempo, cada una de sus virtudes o excelencias parecía celosa de las demás. Cuando hayan corrido los años, operando su justicia de larga vista sobre las desigualdades y accidentes y demás miserias del acontecer cotidiano, esta imagen se levantará entre las más altas de España, no lo dudo.

El caballero de la inteligencia, montado en su pluma de oro como una figura mitológica, escapa ya a nuestra dimensión y se aleja de nosotros con la velocidad de la luz. Pronto será un nombre el que fue nuestro camarada de trinchera y con quien alguna vez cambiamos los pases honrosos del acero. Él quiso extrañárseme un día. Pero sabía bien a qué atenerse, y cuando su España padeció y yo me apresuré a ofrecerle mi casa, me escribió así: "Agradecí muy vivamente su cariñosa carta, que me trae su vieja amistad. Siempre en lo recóndito contaba con ella." Yo quiero evocar sobre su tumba las palabras de Horacio a Hamlet, envolviendo así en cortesías poéticas las asperidades de la desgracia: "Buenas noches, dulce príncipe: los coros de ángeles arrullen tu sueño."

18-X-1955.

Cuadernos Americanos, México, 1-II-1956.

DIVAGACIÓN DE OTOÑO EN CUERNAVACA

Repitiendo un poco lo que tengo dicho por ahí, voy a contar una breve historia: la historia del mundo, desde los orígenes hasta nuestros días. Cuando hayamos llegado al Nuevo Mundo, nos detendremos algunos instantes para averiguar lo que nos conviene hacer con América, este pedazo de planeta que nos ha tocado.

Dios creó el mundo en seis días y descansó el séptimo, de modo que inventó la semana. Para pasar el *week-end* no sabemos cómo se las arregló. Ahora, según dicen, pasa el *week-end* en Cuernavaca, que posee un clima privilegiado. Algunos habitantes de México y algunos visitantes del país vecino son de la misma opinión que Dios. Llegan a esta ciudad el viernes o el sábado de mañana, y el lunes ya están de regreso en su casa, entregados a sus habituales ocupaciones y aburrimientos.

Una vez lanzada la Creación, en las seculares evoluciones de la materia cósmica, la masa solar se dejó un día barrer por alguna fuerza misteriosa y desprendió de sí, como esas burbujas de jabón que se echan a volar con el soplo, una ronda de planetas. El nuestro, la Tierra, dicen que ha estado girando y buscándose a sí mismo desde hace varios miles de millones de años. Entre los animales que lo iban poblando, porque ya se sabe que todo edificio abandonado a sus propias fuerzas cría animales, hubo —hace acaso un millón de años— un lemúrido que se descolgó de la cola, se bajó de un árbol y decidió enderezarse, sentándose y al fin parándose sobre sus patas traseras. A partir de ese instante, comenzó a contemplarlo todo a su alrededor, a mirar de lejos y a orientarse (origen de la conducta moral), y entonces el sentido del olfato, que antes le servía de brújula por los caminos de la vida, vino a ser sustituido por otro sentido más precioso y de mayor dignidad: el de la vista. Se desarrollaron las manos, el pulgar se volvió oponible; así se hizo el hombre.

Pero la Biblia nos cuenta la historia en una síntesis poética que muchos prefieren a las explicaciones de la ciencia evolucionista. Dios —nos dice— creó al hombre directamente, amasando el barro del suelo. Después, fabricó a la mujer con una de las costillas del hombre, reducida a oficio de plastilina. Cuando la pareja, por su desobediencia (desobediencia de que nació todo el destino humano) fue expulsada del Paraíso, entonces empezó la Historia. Pues en el Paraíso todo se daba gratis y no había necesidades. La Historia es hija de la Necesidad. El primer paso de la pareja humana tuvo que ser una doble obra de persuasión o domesticación. A espaldas de la pareja, se hallaba el iracundo Arcángel con la espada de fuego; frente a ella, la naturaleza feroz, las bestias, el lobo. Había que combatir en dos frentes, y la pareja humana comenzó por convertir al terrible Arcángel vengador en el dulce conductor de Tobías, y al lobo en ese sumiso y fiel amigo del hombre que es el perro. Aquí empezó la Historia.

Las etapas de la Historia bien pueden resumirse así: la edad del fuego, la edad de la agricultura, la edad de las ciudades y, por último, la edad de la ciencia, en que ahora vivimos. Aunque la edad de la ciencia venía preparándose desde antes de los griegos, pues su origen se confunde con los albores de la curiosidad intelectual, de cierto modo esquemático podemos decir que la edad de la ciencia asume su carácter ya inconfundible hacia el siglo XVII, cuando se establecen los métodos capaces de conducir sistemáticamente a la invención y al descubrimiento. Hace poco más de siglo y medio, esa aceleración de los hechos que podemos considerar como el síntoma de la Historia —pues en la Prehistoria nada pasaba o siempre pasaba la misma cosa— se resuelve en un ensanche de todos los órdenes de la acción y del pensamiento humanos. Hoy por hoy, en estos últimos años, las fronteras, en todos los sentidos —o mejor, los orígenes de las cosas— parece que se van alejando. Jean Rostand lo ha explicado muy claramente. El universo es más vasto de lo que un tiempo se pensaba; la Tierra, más vieja; el hombre, más antiguo. El ensanche no sólo afecta al tiempo y al espacio. Hay también un ensanche cada vez que aparece una nueva noción, cada

vez que surge un poder nuevo. La matemática se ensancha con la anexión del transfinito; nuestro ser espiritual, con la exploración de la subconsciencia; la técnica, mediante la cibernética o pensamiento mecánico y mediante la física nuclear. El hombre mismo empieza a aumentar el dominio de su propia configuración: se mudan los sexos; se prestan de uno a otro hombre elementos del cuerpo humano mediante injertos apropiados, como si se tratara de muebles, autos o alhajas, a tal extremo que la idea de la persona parece perder su integridad natural, lo que tanto comienza a inquietar a los teólogos como a los juristas. Se pretende aumentar algún día la eficacia intelectual provocando cierta leve asimetría en los hemisferios cerebrales. Todas las disciplinas parecen volverse más profundas y más complejas. A tal punto, que algunos tienen ya miedo ante el desarrollo de la ciencia, pues como observó hace mucho Francis Bacon, en fórmula imperecedera que debiéramos recordar constantemente, "la ciencia, si se la absorbe sin el antídoto de la caridad, no deja de ser un tanto maligna y venenosa para el espíritu". Y hoy piensan algunos, en efecto, que como decía Paul Langevin la justicia se halla en retardo con respecto a la ciencia.

No sabemos lo que nos prepara el porvenir. Sabemos, sí, que los progresos pueden ser previsibles hasta cierto punto, si consideramos con humildad nuestros principios científicos, no bajo la perspectiva de los sueños y las ambiciones, sino por el revés del anteojo, bajo la perspectiva de los límites con que tropezamos, al menos hasta ahora. Pues los principios científicos son frecuentemente principios de impotencia, barreras.

Pero no nos perdamos en consideraciones técnicas que nos llevarían muy lejos. Volvamos al concepto de los ensanches, y apliquémoslo a un fenómeno mucho más tangible y de bulto: los ensanches geográficos. Ninguno más trascendental, sin duda, que el Descubrimiento de América, cuyas consecuencias todavía no se han agotado, porque todavía estamos "haciendo a América".

Los antiguos siempre sospecharon que hacia el Occidente, la región de la noche, la Tierra escondía algunos secretos. Los poetas soñaban con el reinado feliz del viejo Cronos, con

estrellas nuevas, con escenarios maravillosos, como el de las Islas Bienaventuradas, donde todo se daría gratis; de modo que el sueño de la Edad de Oro, que Hesíodo situaba en el pasado, parecía situarse en el porvenir. Atisbos y adivinaciones, el furor humanístico del Renacimiento y los apremios comerciales parecían ya exigir el descubrimiento del Nuevo Mundo antes de que éste aconteciera. Un buen día los turcos se apoderan de Constantinopla, cortan el camino de las mercaderías asiáticas rumbo a Europa; y entre otras cosas reducen la dieta europea, privándola momentáneamente de las especias. Sobreviene la conspiración de las cocinas y, por buscar un nuevo camino hacia el país de los condimentos, se da inesperadamente con América.

Ya hemos, pues, descubierto a América. ¿Qué haremos ahora con América? La mente humana, incansable en sus empeños hacia la conquista del bien social, empieza entonces a imaginar, en el orden teórico, utopías y repúblicas perfectas, a las que pudieran servir de asilo las nuevas regiones llenas de promesas; y en el orden práctico, a plantear empresas de ensanche político y religioso que no cabían ya en los límites de la vieja Europa. El alma humana se asusta a veces de su misma fuerza de idealidad, busca pretextos prácticos. Cuando Alejandro el Grande abandona sus empresas helénicas y panegeas y se alarga hasta las riberas del Ganges, no sabe ya bien lo que quiere: es un poeta de la conquista, está loco. Para no enloquecer de misticismo y de anhelos abstractos, los descubridores, los conquistadores, los colonos de América se dedican a la explotación —a veces inicua— de las colonias, y los domina el afán de enriquecimiento inmediato. Pero, por encima de todo ello, el ideal se ha puesto en marcha.

A partir de ese instante, entre las vicisitudes históricas, las vacilaciones, las contradicciones y los errores —pues la vida no procede nunca en línea recta—, América va apareciendo, a los ojos de los filósofos europeos y de los capitanes espirituales del Nuevo Mundo, como un escenario posible para los intentos de felicidad humana, para las nuevas aventuras del bien (aventuras que, de paso, confesémoslo, el mal aprovecha con frecuencia). Lo mismo los misioneros religiosos de Ibe-

roamérica que los padres peregrinos del Norte sueñan con modelar en nuestro Continente un mundo social sin compromisos con las equivocaciones hereditarias que el Viejo Continente se ve obligado a arrastrar consigo. Y ya en nuestros días, ante los desastres de Europa, América cobra el valor de una reserva de esperanzas. Su mismo origen colonial, que la obligaba a buscar fuera de sí misma las razones de su acción y de su cultura, la ha dotado precozmente de un sentido internacional, de una elasticidad envidiable para concebir como cosa propia el vasto panorama terrestre en especie de unidad y conjunto. Entre la vasta homogeneidad del orbe ibérico y el orbe sajón americano —los dos personajes de nuestro drama— la sinceridad democrática puede y debe oficiar de nivelador, rumbo a la concordia u *homónoia* que decían los griegos. Las naciones americanas no son entre sí tan extranjeras como las naciones de otros continentes. Hace más de medio siglo que hemos aprendido a juntarnos para discutir y resolver cuestiones que a todos nos afectan, con una naturalidad y facilidad que nunca se han dado en Europa. Y las diversidades lingüísticas entre el español, el portugués, el inglés y el francés (las lenguas de nuestro Continente) no son una muralla infranqueable, sino unas redes permeables, dados los recursos actuales de la cultura y la enseñanza.

Cuernavaca, 14-IX-1956.

American Literary Agency de Nueva York (Cadena A. L. A.), X-1956.

CARTA A LOS AMIGOS DE LAS PALMAS

México, D. F., 9 de mayo de 1957.

Sr. D. Alfonso Armas Ayala,
Sagasta 54,
Las Palmas (Canarias).

AMIGO mío: Contesto con involuntario retardo su gratísima carta del 26 de marzo. Nada hay más confortante para un hombre de mis años y que amanece todos los días examinando cuidadosamente todos los "rincones de su espíritu", con miedo de sorprender ya los primeros síntomas de decadencia y fatiga, que el sentirse apreciado y acompañado, de cerca o de lejos, por la juventud. Algo como un sentimiento abstracto de paternidad compensa entonces la melancolía de los años, la soledad a que el paso del tiempo nos va obligando, tanto porque nos arrebata a los amigos de nuestra edad, como porque cada vez nos empuja más por esos caminos últimos, donde ya no hay desvíos ni veredas de conexión con las sendas de los demás. En la capacidad de sentir como realidad viviente las cosas abstractas —esa manera de paternidad difusa, social— es acaso en lo único que nos adelantamos un poco a las mujeres.

La juventud, a vueltas de una que otra acritud de fruta verde —todo eso que decía Gracián en *El hombre en su punto*— es depositaria de los sentimientos más nobles, de los ideales más estimulantes. Ustedes, amigos lejanos y cercanos de *Telde*, la representan para mí, y me figuro verlos (perdónenme que me los apropie por un instante y sólo para explicarme más claramente), "renovando el fulgor de mi Psique abolida", para decirlo en aquel lenguaje de Rubén Darío que sólo nos parece bien en su pluma, en sus labios.

Los jóvenes, suele decirse, deben ser considerados con tolerancia. Pero nosotros, los viejos que todavía somos jóvenes

—tremendo equilibrio inestable, a unos palmos del despeñadero— tenemos que pedir también una poca de tolerancia, pues ya comenzamos a dar uno que otro paso en el vacío. Tengo un hijo médico y doctor en anatomía patológica. Le he hablado así:

—"Hijo mío, para mientes" (como dijo el de Santillana). Los primitivos instituyeron, con la "occisión del rey viejo", una saludable práctica social. El viejo ya no posee el *mana* suficiente para sostener a la tribu. Hay que sustituirlo por un joven dotado de nuevas virtudes. De aquí el aniquilamiento ritual del viejo. Cuando veas que empiezo a escribir sonetos "capicúas" o que se leen lo mismo de izquierda a derecha o al revés, de arriba a abajo o a la inversa; cuando veas (aunque haya sido moda socorrida en nuestros días), que el *tour de force* comienza a gustarme más que la belleza, y ensartar agujas con los pies me atrae ya más que escuchar el canto pitagórico de las esferas, aplícame una inyeccioncita oportuna, échame fuera de este mundo y no dejes que me ponga en ridículo y arrastre por ahí un cadáver viviente.

Yo no dudo que ha de llegar el día —a menos que la Huéspeda se atraviese a medio camino— en que mis amigos jóvenes empiecen a sentir que estorbo el horizonte. Ya, con motivo de mi cincuentenario de letras, he escuchado por aquí en mi México algunas voces impacientes. ¿A qué tanta impaciencia, si a todos nos llegará la hora? Lo único que quiero, cuando sea el momento en que ya se juzgue oportuno decapitarme, es merecer, como el rey Carlos que, antes de levantar el hacha, el verdugo me pida perdón piadosamente.

Pues ¿saben ustedes lo que es el viejo, a quien ya voy comenzando a conocer? ¿O al menos, lo que, en mi experiencia, creo que es el viejo? Se lo pinta como gruñón, egoísta, retraído, insensible. No: la sensibilidad va en aumento, el ánimo recoge cada vez más ecos de todos los puntos del horizonte, y la resistencia al creciente embate de la vida es, por fuerza, cada vez menor. El viejo se retrae entonces y parece cerrar los oídos por exceso de vulnerabilidad, como una defensa indispensable. Es la hora en que se lo puede matar hasta de una guiñada.

Y hay otro síntoma, éste de carácter menos noble: el viejo comienza a desconocer su cuerpo. Las reacciones van por donde quieren, un poco inesperadamente. En el lenguaje tradicional (y sin comprometernos por eso en credos filosóficos), podríamos decir, para entendernos, que el cuerpo comienza a irse por un lado y el alma por otro, tal vez aspirando ya a su verdadera patria definitiva. Victor Hugo, que acaso supo hallar inspiraciones en la historia de Booz y Ruth por haber sido un viejo galanteador, se consolaba diciendo: *Car le jeune homme est beau, mais le vieillard est grand*...

Pero yo no sé qué me ha dado y qué mal duende se ha apoderado de mí, dictándome estas consideraciones funestas cuando todavía no me hacen falta. Acaso al pensar en ustedes, que son la juventud, he abierto mi pequeño receptor de señales a los secretos avisos, como para ponerme en guardia, para irme acostumbrando a lo que no tarda en venir, para aguerrirme.

Dejemos eso. Reciban ustedes mi saludo y mi gratitud. Me aflige tenerlos tan lejos, quisiera verlos y hablarles. A veces —por lo mismo que lo ya histórico sólo nos ha llegado en especie histórica, es decir, con las inevitables mutilaciones de lo pretérito—, y por lo mismo que siento muy cerca de mí el pasado propio —de suerte que, a veces, resucita en mí el muchacho de quince años con asombrosa naturalidad— se me figura que el tiempo nos separa menos que el espacio. Ya sé que los nuevos medios de comunicación abrevian las distancias. Pero, en mi recuerdo personal, más las quiebran y descoyuntan que no las abrevian realmente. Antes del 1951, cuando, por no haber sufrido un grave ataque de trombosis coronaria, aún me permitían viajar en avión, me convencí de que el viaje rápido (más rápido que natura, diríamos exagerando un poco), no es viaje humano, ni da lugar a la acomodación de las impresiones sucesivas. Es viaje de fardo postal. El cuerpo llega antes que el alma y hay que dormir o vivir en estado de larva un par de horas, antes de que el doble se nos junte y entre nuevamente en nosotros. ¿No declara por ahí Unamuno que sólo es viaje el viaje a pie? ¡Lástima, etcétera! En todo caso, me desespera la distancia. Quisiera

acercarme a ustedes en persona, aparecérmeles por allá de repente, montado en la flecha de oro como Abaris el Hiperbóreo.

¡Gracias! Soy todo suyo.

A. R.

Telde, órgano del Colegio "Labor", Las Palmas de Gran Canaria, XII-1957.

HOMBRES DEL SIGLO XIX

UN BRILLANTÍSIMO filósofo nos dijo que todo siglo tiene obligación de oponerse al que le precede. Concedemos que esta fórmula puede parecer muy halagüeña a los muchachos (para quienes acaso sea saludable enamorarse de "la hermosa inquietud contemporánea" y otros ídolos), pero no la hallamos justificada, aun prescindiendo de lo que hay de convencional y arbitrario en la denominación del "siglo". El XIX, por ejemplo, acaba en 1918; y los siglos de la Edad Media, en muchos aspectos, llegan hasta comienzos del XIX.

Algunos creen engrandecerse denostando al siglo pasado. "El estúpido siglo XIX", decía León Daudet, pero por odio al liberalismo, y nada más. El creer que puede adelantarse en cualquier orden de la actividad humana sin contar con las riquezas acumuladas por la tradición más es presunción que clarividencia, y síntoma casi siempre de una oculta deficiencia mental (o acaso temperamental), llámese como se llame el que la padece.

Por su parte, otro filósofo no menos brillante, Bertrand Russell, y autor además —con su maestro Whitehead— del libro sin duda más verdadera y hondamente revolucionario publicado en nuestra época (a saber, los *Principia Mathematica,* inaccesible por desgracia a los no familiarizados con estos símbolos, pero tan preñado de gérmenes y consecuencias filosóficas como el *Parménides* de Platón), al cumplir los ochenta años en 1952, hizo circular por las revistas un artículo en que levanta el balance de lo que le ha tocado presenciar en sus días, que se confunden prácticamente con la última mitad del zarandeado siglo XIX. Y comienza diciendo: "Los ochenta años de mi vida cuentan entre los más ricos de acontecimientos que registra la historia humana. Sólo se los podría comparar con los ochenta años que van de la conversión de Constantino al saco de Roma, o los ochenta años

que siguieron a la Hégira." Y luego pasa en revista las transformaciones acontecidas, a partir de la severidad maternal con que la Reina Victoria pesaba sobre los soberanos europeos: su nieto, el Kaiser; su nieta, la Zarina.

Digamos de una vez que, amén de esto, en aquellos días hasta las grandes capitales del mundo poseían ese cierto encanto provinciano que se reduce a ofrecer un dibujo coherente, un aspecto fácilmente abarcable para la inteligencia humana. Pues hoy sucede que no se las puede reducir a especie asimilable, como a esos animales enormes que soñaba Aristóteles y que, por ser gigantescos, escaparían a la pupila humana y no podríamos saber si son, en conjunto, bellos o feos. Y por supuesto, lo que se dice del solo concepto de la magnitud puede aplicarse a la complejidad y contradicción íntima de motivos.

Los principales cambios a que se refiere Russell —la escuela obligatoria, el progreso del estatuto femenino, las reformas obreras, el rápido advenimiento de ciertas repúblicas, la sustitución de los conceptos biológicos por conceptos económicos y políticos en punto a herencia y otros derechos y materias jurídicas, y demás transformaciones históricas y sociales de orden extenso y general— pueden haber causado, aquí, adelantos, y más allá, retrocesos. "La primera mitad de mi vida —dice Russell— transcurrió en el optimismo característico del siglo XIX; la segunda es la edad de las grandes guerras, provocadas, en último análisis, por la competencia económica entre las naciones."

No sigamos a Russell en sus predicciones para el porvenir. Detengámonos en la contemplación —siquiera instantánea— de aquel "optimismo siglo XIX", evocado en rápida frase. Ni Russell pretende pasar en revista el bien conocido espíritu inventivo de aquella centuria —que en eso no hace sino preludiar nuestra época— ni yo tampoco me lo propongo. Sólo quiero observar esa íntima relación que llegó a establecerse entre la fe en la libertad, la fe en el progreso y la fe en la persona humana. Que si en esto hubo ilusiones y engaños, yo estoy por creer, con los antiguos, que el augurio no sólo es augurio, sino, en mucha parte, causa del

buen suceso que anuncia, y que los profetas del bien, con sólo augurarlo, lo preparan.

Quisiera dar una fácil muestra, a todos comprensible, de la estimación que merece el siglo XIX en uno de sus rasgos más salientes y propios, que fue seguramente el respeto al prójimo y a sus opiniones. (¡Ay, qué pronto se dice! ¡Ay, cuánto costó asegurar estas conquistas! ¡Ay, qué de prisa se van perdiendo!)

Cuando todavía las teorías evolucionistas asociadas al gran nombre de Darwin eran objeto de campañas científicas y hasta políticas, de que las campañas actuales no son más que ecos evanescentes, el hoy algo olvidado filósofo Herbert Spencer, con un entusiasmo casi místico que recuerda el que, en sus respectivos campos, se adueñó del biólogo marino Thomas Henry Huxley y, poco después del zoólogo Ernest Haeckel, se dio por entero a la empresa de transportar a las ciencias sociales aquellas revolucionarias nociones, renunciando para ello a toda otra tarea, como la dirección de *The Economist* y ganándose trabajosamente la vida.

La aparición de sus *Primeros Principios,* en que fue ayudado por los sabios evolucionistas de la época, produjo una verdadera tempestad. Se lo acusaba de materialista y ateo, ante su afán de explicar la sociedad y el desarrollo del espíritu humano mediante interpretaciones puramente biológicas. En el fondo de todo ello, la gente de la época creía ver el propósito de sustituir la grotesca imagen de un pitecántropo a la venerable imagen del bíblico Adán, barro animado por un soplo de Dios.

Los suscriptores de su obra se arrepintieron. Spencer se vio de pronto sin recursos para continuarla en todos los órdenes que se proponía abarcar. Lyell, Hackel, Huxley, en vano llamaban a todas las puertas para obtener ayuda. Spencer, desalentado, anunció que se sometía ante la ofensiva de sus adversarios y que no continuaría ya con los volúmenes proyectados sobre biología, sociología y ética.

En el campo de los antidarwinianos, sus opositores científicos —no los opositores ignorantes y necios— militaba nada menos que el filósofo positivista John Stuart Mill, diestro en múltiples disciplinas, y cuya precocidad había asombrado

en sus días a sus preceptores. Era socialista radical, y Gladstone se enorgullecía de su presencia en la Casa de los Comunes. Por su parte, Spencer temía que el socialismo parase —aun sin proponérselo— en despotismo militar. Mill era creyente y puritano maniqueo, para quien los procesos naturales resultaban de dos principios encontrados. Spencer, agnóstico, se limitaba a respetar a distancia los indescifrables decretos de la divinidad, y creía que un solo principio —la evolución— gobernaba la naturaleza.

Y he aquí —oh siglo XIX— que una buena mañana, cuando Spencer se sentía más abrumado, le llegó una extensa carta de Mill. Spencer frunció el ceño. Sólo eso faltaba: la gran lanzada al moro muerto . . . Se armó de paciencia; empezó a leer. No: Mill no lo atacaba ni lo injuriaba. Mill seguía considerando sus puntos de vista incompatibles con los de Spencer, pero lamentaba profundamente que Spencer suspendiese su obra. Él, Mill, se hallaba en situación de ejercer alguna influencia favorable en ciertos ambientes y ofrecía usar esta influencia para que Spencer continuara sus publicaciones, no como un favor a su adversario teórico, sino como un servicio humano de orden general y superior, puesto que el debate entre ambos estaba muy por encima de sus personas e interesaba al progreso del pensamiento. En América, Mill contaba con amigos millonarios que, a petición suya, accederían seguramente a proveer fondos; y, por lo pronto, ponía a disposición de Spencer la suma de siete mil dólares.

Tras algunas corteses vacilaciones, Spencer se dejó persuadir, y durante unos cuarenta años pudo continuar su tarea, que tanto y tan hondamente ayudó a derramar las nociones del darwinismo en campos ajenos a la pura y simple biología.

Pero no menos contribuyó la gallarda actitud de Mill para ennoblecer el ambiente de la discusión, abrir las aulas al estudio de nuevas nociones que se tenían por nefandas, y callar a los que pretendían salir del paso con burlas de baja estofa y sin tomar seriamente en cuenta lo que tan seriamente se presentaba a sus objeciones y a su examen.

¿Podrá nuestro siglo enorgullecerse de haber dado ejemplos semejantes? Pues ¿qué ejemplos de libertad mental y respeto a las opiniones y a las personas nos ha dado hasta hoy nuestra "dichosa y dorada" media centuria?

Pero he citado a Darwin y, por arrastre, me veo llevado a recordar otro caso tan conmovedor como el de Spencer y Mill, pues la época abunda en altos aleccionamientos. Darwin era hombre cauteloso y, según la frase vulgar, "se iba con pies de plomo". Había pasado unos veinte años tratando de edificar silenciosamente su teoría evolucionista y, cuando se decidía a publicar sus conclusiones (junio de 1857), recibió una carta de Alfred Russel Wallace con una memoria anexa que contenía las mismas conclusiones de Darwin. Era Wallace un aficionado genial, un viajero, y se encontraba en las Célebes (octubre de 1856) cuando escribió su carta. Darwin, a pesar del equívoco que ello podía producir sobre la prioridad entre ambos, se consideró obligado —puesto que así se lo pedía su corresponsal, sin figurarse siquiera el sacrificio que ello significaba— a comunicar al mundo científico los descubrimientos del distante viajero, que tan fácilmente hubiera podido escamotear o callar. La Linnean Society de Londres, a cuyo respetado presidente, Lyell, Darwin sometió el asunto, resolvió "publicar los descubrimientos del señor Wallace, a condición de que no por eso se abstuviera el señor Darwin de publicar su propia obra sobre idéntica materia, por un extremado deseo de favorecer al señor Wallace".

La decisión no pudo ser más caballerosa, y honra a "todos los personajes del drama". Wallace, sin saber lo que acontecía, estaba enfermo de malaria en una de las Molucas cuando recibió, casi un año después, la respuesta de Darwin, en que éste lo invitaba a presentar por su conducto, ante la Sociedad Linneana, un desarrollo detenido y extenso de su teoría. La emoción no le dejaba entender, y al fin se echó a llorar de alegría. Quién sabe si, al leer estas líneas, haga otro tanto —y no de alegría— el *laudator temporis acti.*

El curioso puede leer por detalle ambas historias en un libro excelente, generoso y estimulante de Herbert Wendt, *In*

Search of Adam, traducido del alemán por James Cleugh (Boston, 1956).

V-1957.

American Literary Agency de Nueva York (Cadena A. L. A.), V-1957.

EN EL CREPÚSCULO MODERNISTA

A LOS HIJOS DE RAFAEL LÓPEZ

YA ERA tiempo de recoger cuidadosamente los versos de este buen poeta, y yo felicito al Gobierno de Guanajuato por haber proporcionado a ustedes la ayuda indispensable.* Tal vez, para mi gusto, exigiría yo de la piedad filial otros esfuerzos complementarios, como son el establecer poco a poco la cronología de la obra, el recoger otros poemas (por ejemplo, algunos que aún figuraban en el libro *Con los ojos abiertos,* aunque el autor los haya excluido de su última selección), el juntar también en lo posible todos los artículos, crónicas y reseñas hasta hoy dispersos en las revistas y que interesan a los anales de nuestra vida literaria.

Sé que este volumen estaba destinado a aparecer en ocasión de la Feria del Libro, y creo que, dentro del plazo apremiante, no se podía hacer más ni mejor. El volumen, tal como hoy se publicará, posee ya un valor permanente. Por mi parte, no pude leerlo con objetividad crítica. El oficio es cada vez parte más íntima de mi vida, y ya no acierto a distinguir claramente lo uno de lo otro. La emoción me perturbaba a cada página. Se me echó encima el recuerdo de mis no cumplidos veinte años, mi llegada a la Preparatoria, mi juventud, los últimos días del Modernismo, la pléyade que representó la transición entre la *Revista Moderna* (don Chucho Valenzuela, Nervo, Tablada, Urueta) y el grupo juvenil de *Savia Moderna,* donde daba yo mis primeros pasos. Por eso no he querido ofrecer a ustedes nada que aspire a la condición de un juicio o dictamen (¡horror!), sino una sencilla charla para dar salida a mis evocaciones.

En todo caso, el que ustedes me hayan permitido ojear los originales antes de enviarlos a la imprenta ha sido para mí

* El proyecto no se ha realizado aún en octubre de 1957.

un privilegio que les agradezco muy de veras: aunque he tratado de Rafael López en varios lugares, siempre tuve la impresión de que me había yo quedado en deuda con su memoria, y esta impresión se confirma ahora en la deliciosa relectura, pues declaro que cada vez hallo esta poesía más viva y perdurable.

¡Qué alegría artística, por dondequiera que pellizque las páginas! ¡Qué resuelta voluntad de hacer bien las cosas! ¡Qué garbo en las frases! ¡Qué vigor monumental! ¡Qué sentido de la unidad poemática! ¡Qué alma en constante vibración de esperanza! ¡Qué mexicanidad espontánea y no traída por los cabellos, tan por encima de los pobres recursos del costumbrismo y tan bien trabada en las preocupaciones universales! ¡Cuánto amor, cuánta luz, fiesta de palabras, cosecha de versos inolvidables, estatuario encanto parnasiano y, a la vez, honda respiración nacional! La musa de Rafael López no se avergonzaba de ser patriótica, hasta un tanto ingenua y oratoria a ratos, ni temía dejarse llevar un poco por la "inercia modernista" (demos a las cosas su nombre, sin intención aviesa), segura de salir adelante con ese firme tranco que la llevaba como por declive natural hasta el término feliz de cada poema. Aquí no hay derrota, no hay dejación ante los desafíos cotidianos. Gran lección, hoy que se intentan tantos artificios para atrapar la voz auténtica, la que se da y no se pide, la que se posee y no se busca; hoy que se confiesan tantos desalientos aun antes de entrar en la lisa. Ser poeta era por entonces —además de labrar los versos en mármol, en oro y en marfil—, sentirse valiente y superior a todas las bajas ambiciones.

En aquella secretaría particular de don Justo Sierra, bajo la dulzura epigramática de Luis G. Urbina, saltaba el ingenio —fuego fatuo— de mesa en mesa. Todos, en resumidas cuentas, se querían como hermanos a la postre bien avenidos. Cada uno —Urbina, López, Argüelles Bringas, De la Parra, Elizondo— admiraba al otro sin esfuerzo, en lo suyo y sin exigirle que diera espaldas a su propia naturaleza. Se ganaba poco, se necesitaba poco. La vocación poética (no saben lo que se pierden quienes simplemente la simulan), contribuía todo el oro de ensueños románticos que hacía falta

para ir venciendo la jornada en una bohemia feliz. Dichosos tiempos. Todo se transfiguraba tras el velo ardiente de la poesía.

Quienes conocieron aquellas horas, sentirán cómo resucitan, en los versos de Rafael, el México todavía sin rascacielos, donde siempre era dable echar un vistazo a los horizontes, a las nubes, a la luna y a las estrellas; el Zócalo, siempre algo apretujado y nervioso, aunque con tanto espacio a la vista; Plateros, sus carruajes y sus vespertinas "bolas de alcanfor"; la Alameda y sus crepúsculos de esplendor veneciano; el Bosque y sus barbas de heno, todavía un poco silvestre; los Toros atronados, Lagartijillo "el de quietos pies", el mechón de Silveti; las cortesanas demasiado vestidas como los figurines de *El Mundo Ilustrado*; las floristas callejeras; hasta "la matona" de Don Porfirio que decía *El Hijo del Ahuizote* . . . y, al fin, "el coñac de Chapultepec" (para quien lo entienda). En otro plano, las heroicas imágenes; las caras de bronce, los indios, criollos y mestizos que llenan nuestros fastos históricos; los jirones del paisaje nativo; las ciudades de la provincia envueltas en la nube de su leyenda; la Malinche, Sor Juana, Hidalgo y Morelos, Juárez y Maximiliano; cuadros que acaso hubiera firmado Darío —Darío el maestro sumo de Rafael, como también, a través de Darío, alcanzó a serlo Victor Hugo. Y un latido erótico de uno a otro cabo del desfile. Por suerte las notas "saturnales" se quedaron allá en las modas de los comienzos, y triunfó esa generosa música de cristiano pagano que agradece al sol y a la noche, al cielo y a la tierra, todo lo que han querido darnos. Dichosa edad, poetas y amigos inolvidables.

Rafael, buen hacedor de frases, solía decir que la poesía de Roberto Argüelles Bringas era el sudor de cabrío de su virilidad. Roberto, junto a él, resultaba duro, enigmático, austero. Su probidad estética le hacía recitar mal, y como opacándolos de propósito, sus propios versos, para no adornarlos con encantos postizos. Pero un día Rafael, ausente, le encargó que leyera, ante el Ateneo de la Juventud, *La Bestia de Oro;* y no fue poca sorpresa oír a Roberto recitar como un órgano, prestando al poema del amigo toda la armonía y el resuello que nunca se consentía para sí mismo. Destaco

este rasgo como me acude, como otra pincelada de época, y para de una vez encerrar en la misma orla a los Dióscuros de nuestro crepúsculo modernista.

X-1956.

Revista *Universidad de México*, 28-X-1957; prólogo al libro de Rafael López, *Obra poética*, Universidad de Guanajuato, 1957.

EL RESCATE DE LA PERSONA

MESES atrás, Aldous Huxley, que pasó por México de riguroso incógnito, conversaba conmigo sobre su novela utópica de anticipaciones *Brave New World,* publicada hace veintiocho años. Me declaró que le daba miedo asomarse a este libro, cuyas profecías han venido cumpliéndose, a veces antes de lo que él esperaba. Hablamos también del tremendo libro de George Orwell, *1984.*

—Aunque, como le confieso, siento cierta resistencia, pronto cumpliré el deber ineludible de asomarme nuevamente a mi pasada utopía —me anunció—, y verá usted que mi visión, mucho menos temerosa en apariencia que la de Orwell, no es menos patética. El cuadro de Orwell se funda todo en el castigo y en la crueldad. Pero ya los despotismos de este orden ceden el paso a otras fuerzas oscuras. Creo que nos acercamos más a mis predicciones que a las de Orwell. La sumisión mediante los premios a la conducta deseable parece ahora más efectiva que la sumisión mediante los castigos a la conducta indeseable. No le digo a usted más por ahora. Pronto verá usted mi nuevo libro.

Este nuevo libro examina los peligros que amenazan al hombre en nuestros días. Huxley deja ya de lado el consabido peligro nuclear, la bomba de hidrógeno y otras calamidades harto manifiestas, en que antes se ha detenido, y delata esta vez dos energías destructoras que amenazan la integridad del individuo, de la persona humana tal como ha existido hasta hoy. El tema es, para mí, en extremo apasionante. ¡Si ya en mis juveniles días de Madrid jugaba yo (véase *Calendario*) con las parábolas del "último individualista", es decir, que presentía el peligro a mi manera modesta y según mis limitados alcances! Y ahora, tantos años después, temo desaparecer mientras se dibujan los rasgos de otro tipo humano que no es ya mi prójimo y que también dista grandemente de lo que pudiera ser el Superhombre.

Los peligros que Huxley delata proceden todos de dos hechos principales: la sobrepoblación humana, y la consiguiente y al parecer indispensable sobreorganización, o sea el "totalitarismo" de los Estados, con apoyo en las técnicas que no son ya solamente externas y mecánicas, sino también mentales, subjetivas. De ellas comienzan ya a echar mano tanto las dictaduras como las democracias: la esclavización psicológica, el lavado de cerebro, la persuasión química,* los métodos de la propaganda, el anuncio, la enseñanza hipnótica y otros medios que obran como máquinas aplanadoras, todo lo cual "ni siquiera concierne a lo verdadero o lo falso, sino que nos lleva sencillamente hacia lo irreal", y descuenta maliciosamente el hecho de que el individuo hipoteca una parte de su energía personal cuando se incorpora en el grupo, y aun llega a perder su característica dignidad.

Todo el problema de las democracias y en general, de la política, arranca del viejo proverbio latino que reconoce la virtud de cada uno de los senadores, pero considera al Senado, en conjunto, como una mala bestia. Y esta paradoja matemática que hace de la suma un total menor que el conjunto de los sumandos —idea registrada ya por el olvidado divulgador Le Bon a propósito de la psicología de las multitudes— ha llegado hoy a sus extremos.

¿Cómo precaver al hombre antes de que sea demasiado tarde? ¿Cómo devolverlo al dominio de sí mismo, cómo frenarlo contra la tentación de la obediencia por la obediencia, suma comodidad y dejación del yo que ya Rémy de Gourmont delató hace mucho, llamándola "senda de terciopelo"? ¿Cómo defendernos de la inclinación creciente a sacar fuera de nosotros mismos el centro de gravedad de nuestro yo; cómo corregir ese miedo a la libertad y a la responsabilidad que hoy parece endémico y que, según ciertos humanistas, recuerda puntualmente la catástrofe moral en que se derrumbó la cultura clásica?

Presenciamos, en todos los órdenes de la vida, la "rebelión de las masas" anunciada por Ortega y Gasset con claro horror de las adiposidades materiales que han ensordecido nues-

* ¡Y pensar que yo no puedo usar barbitúricos, porque la sola idea de un sueño que me es impuesto desde afuera me subleva y me quita el sueño!

tra existencia. Hay demasiadas cosas, demasidades unidades repetidas, pero ya no hay la unidad. La cantidad se encarama sobre la calidad. La mole mueve ahora a la mente. La fatalidad de la pesantez domina los impulsos del vuelo. Hay que "hacer cola" para alcanzar una limosna de cosas auténticas y que se sostengan por su propio valor; y cuando nos llega el turno —frente al restaurante, frente a la casa del Seguro Social o del sindicato, etc.—, ya se agotó la mercancía y hay que conformarse con las fealdades al por mayor que nos han dejado. Había que ir más allá, mucho más allá de la Liga de los Derechos del Hombre, hasta la Liga de los Caprichos del Hombre. Yo pago a precio de oro un rasgo independiente, una acción, una postura de veras individual, y quisiera que todos y cada uno de mis semejantes, a lo largo de cada día, hicieran otro tanto. La superabundancia en la mediocridad, he aquí el enemigo. Y si el Estado adopta como recurso único este programa, el Estado será el enemigo, decía el pensador español. ¿Y la masa? La masa es lo que no actúa por sí mismo.

Cuando no se opera ya conforme a la iniciativa del cerebro, sino conforme a las meras distribuciones de jugos y gérmenes encargados a los intestinos, al páncreas, al hígado y a otros órganos semejantes en que sólo por efecto de la ignorancia primitiva se quiso alguna vez hacer radicar el pensamiento, la voluntad y aun las pasiones, entonces y en el mismo grado en que esto se admita se habrá dejado de ser persona humana. Ya sabemos bien que la inteligencia es una elaboración muy posterior a las demás energías vitales que nos gobiernan; pero la inteligencia es lo humano.

Ciertamente, la disciplina es la corona de la libertad, y en el desorden, en la anarquía, nada prospera; pero todo puede graduarse, y la extralimitación era el pecado mortal para los griegos. Ciertamente que la paz puede reinar en Varsovia sobre un campamento de cadáveres. Pero ¿es ésa la paz que anhelamos?

El punto neurálgico de la cuestión se reduce a dos términos conjugados: 1) ¿Hasta dónde la actual sobrepoblación puede encontrar sus líneas de tránsito y convivencia sin caer en la sobreorganización de las dictaduras o las dictablandas?

2) ¿Y con qué termómetro medir el instante en que la sobreorganización, al parecer inevitable, se vuelve peligrosa?

El hombre no es un animal pura y cabalmente político, y en tal sentido, su moderado gregarismo lo acerca más al lobo o al elefante que a la abeja o la hormiga. Entre estos extremos, el Sócrates de Platón prefiere discurrir en forma de diálogo, y no siempre procura llegar a una conclusión. Pero, ante peligros tamaños, ¿hay derecho a conformarse con ejercicios de agudeza académica? Parece mejor —puesto que la humanidad está condenada a vivir entre exorbitancias pendulares— atender por ahora al peligro más inmediato, dejando para las generaciones futuras el defenderse contra el peligro contrario. Sucede aquí lo que sucede con la felicidad. Hay dos maneras de felicidad: una es la felicidad a larga vista, suma de nuestros ideales definitivos, y ésa podemos dejarla dormir un poco sin querer conquistarla cabalmente todos los días. Pero hay una felicidad a corta vista, la que le basta a cada día, y ésa sí podemos esforzarnos por asegurarla constantemente. Una de sus garantías es precavernos contra la amenaza inmediata. Al fin y a la postre, los problemas sociales nunca se están quietos ni se resuelven de una vez para siempre, y a cada momento de la historia le incumbe su solución parcial. Procuremos por ahora recuperar al hombre humano, antes de que lo hayamos perdido definitivamente.

VI-1959.

American Literary Agency de Nueva York (Cadena A. L. A.), VII-1959.

ALGO MÁS SOBRE LA NOVELA DETECTIVESCA

CUANTO vamos a decir tiene sólo un valor relativo y aproximado. A veces hemos creído que pintábamos en el agua, queriendo imponer reglas a lo que se burla de las reglas. La técnica de la novela ha dado ocasión a mil estudios, siempre más afortunados los menos rigurosos y estrictos, y siempre más objetables los que pretendían sujetar con el freno de los preceptos a este potro brioso y rebelde. Sin entrar en teorías comprometedoras ni querer contribuir con un cadáver más para la fosa común de las hipótesis inútiles (*Entia non sunt multiplicanda praeter necessitatem,* nos dijo Occam hace tantos siglos), todos convendrán en que, de un modo sumario, y sobre todo hasta antes de las catástrofes —o sea antes de 1914, la primera Gran Guerra— siempre esperábamos que la novela contuviese dos elementos principales: personajes y trama.

Los críticos ingleses suelen repetir que Compton Mackenzie y Hugh Walpole trajeron, como novedad, novelas en que la atención para el personaje se abultaba hasta borrar el asunto. Acaso sin mucho esfuerzo los críticos de otros países pudieran proporcionarnos ejemplos de novelistas españoles, franceses, alemanes, italianos, etc., que hicieron lo mismo por su parte y desde mucho antes del año fatal.

Dejemos estas precisiones inútiles. Convengamos, sí, en que a nadie sorprende ya que haya novelas sin complicaciones ni desenlace, sin peripecias ni justicia poética, cuyo encanto reside en el solo retrato y la presencia del o los personajes.

Pues bien, como la naturaleza tiene horror al vacío (aceptemos provisionalmente el candoroso principio de otros días), la producción de novelas donde todo es personaje y casi no se siente la trama puede haber sido uno de los estímulos para producir asimismo novelas donde todo es asunto, argumento, trama, y el carácter del personaje pasa a la categoría de mero tornillo en la maquinaria. Desde luego, la novela detec-

tivesca cae más bien de este que de aquel lado. Hasta cierto punto al menos, pues ya sabemos que hay en los abundantes libros del género policías oficiales o privados que aspiran a la categoría de héroes épicos.

Hasta hace poco la lectura de novelas policiacas era la más vergonzante de las formas del *escapismo*. Cosa de puerta cerrada, de disimulo. Se confesaba la afición a estos libros con una sonrisa, como quien confiesa que le divierten los problemas de palabras cruzadas. Algunos rompimos lanzas por la *novela policial*. Yo exageré en 1945 hasta decir que era el género clásico de nuestro tiempo, una impopular verdad a medias, como la definiría Chesterton. Y exageré, por rabia contra la hipocresía y por algo así como una reacción saludable para justificar las inclinaciones naturales contra lo que de veras parecía ya una enfermedad o mal de escrúpulo. ("Escrúpulo —dice el Diccionario: china que se mete en el zapato y lastima el pie.") ¿Por qué, en efecto, empeñarse en hacer un pecado de lo que no es pecado? ¿Por qué avergonzarse de una afición, por lo menos, inocua? Con toda su solemnidad a cuestas ¿no ha confesado Claudel que, ante el desconcierto de las letras contemporáneas, a veces suspira por *Los tres mosqueteros*?

Innegable: la novela detectivesca es ya un género muy elaborado y que reclama el permiso de las aduanas. ¡Con decir que dentro de medio siglo hasta puede que se hable de este género en los manuales de historia literaria!

Lo característico de la novela detectivesca es presentar un enigma y acabar con una solución: "Ya lo viste seco, míralo mojado." Las demás sazones posibles —horrores, fantasías, etcétera—, o sólo son secundarias o forman un género aparte. Por ejemplo, los horrores de Wallace, Le Queux, Oppenheim, no encierran misterio, no provocan tanto la curiosidad como el atractivo morboso de lo espeluznante: tal es lo que hoy se llama *thriller*.

Un rasgo esencial de la novela detectivesca (o "el cuento", si os empeñáis) es que la acción empieza antes de la historia, aunque se use algún prolegómeno para que lleguemos al cadáver con algún interés, con alguna simpatía humana. (No siempre lo ha entendido así algún autor como Free-

man Wills Croft, cuando de buenas a primeras nos lanza a la cara el bulto de un "muerto desconocido".) * Pues aquí es realmente donde empieza el concierto, y no en la afinación previa de los instrumentos musicales, como se lo figuró aquel régulo oriental cuando oyó por primera vez una sinfonía europea. Y por eso el verdadero arte del autor se reduce aquí a mantener despierto el apetito de los lectores, a pesar de que la acción eminente se ha extinguido ya y sólo queda la tarea secundaria de desmadejar la madeja: singular paradoja.

Este enigma puede resolverse de muchos modos. Mason, entre otros, hace que su heroína desaparezca en manos de los malhechores desde el comienzo del relato, y "Hanaud" sólo la encuentra hacia el final, cuando corre el riesgo de que la asesinen. No todos los aficionados de calidad aceptan este método, pues ofrece todos los peligros de un do de pecho que se sostiene o pretende sostenerse hasta los límites del resuello, y el excesivo sobresalto hace perder de vista todos los signos y señales de la carretera, del camino hacia el desenlace.

La novela que alguna vez llamé "ortodoxa" gira en torno a la pregunta: "¿Qué va a suceder?" (A menos que el interés erótico diga más bien: "¿Cuándo va a suceder?") La novela detectivesca gira en torno a esta otra pregunta: "¿Qué ha sucedido?" Es un *hysteron proteron Homerikos,* nos diría un retórico clásico. La ortodoxa, podemos imaginar, es obra de un historiador cansado que, incapaz de resucitar todo el contenido de su asunto y de declarar su impotencia (como sucede a muchos), mueve sus muñecos como a él le conviene, aunque los desposea de toda vida y actividad propias. El primer autor detectivesco digno de estima, en cambio, puede haber sido algo como un hombre de ciencia, que se plantea un problema no sólo manejable por él, puesto que él no lo ha inventado, sino un problema ante el cual se porta como un pasivo observador. La novela ortodoxa suele proceder desde los antecedentes hacia las conclusiones. La detectivesca suele proceder al revés. (*Suele:* no es indispensable. Nada es indispensable en cuanto venimos diciendo. Andamos entre malezas de aproximaciones.)

* También pasa así en un delicioso cuento de Stevenson, pero la emoción recae sobre el que tiene que cargar con el cadáver.

Tal vez la novela detectivesca nació allá por 1840. Algunos retroceden hasta la historia de Daniel: no les hagamos caso. Cierto es que en el Libro de Daniel se nos cuenta el fraude de unos sacerdotes que por la noche, subrepticia y secretamente devoraban las ofrendas depositadas a los pies del ídolo, fraude que Daniel descubrió esparciendo unas cenizas y haciendo ver las huellas de las pisadas. (Lo mismo hizo más o menos "Sherlock Holmes" en *El misterio de las gafas.*) Pero lo cierto es que, si Daniel inventó el arte de la *detección,* no inventó la historia detectivesca. El caso es narrado según su desarrollo cronológico, natural, y no hay el propósito de mantener en suspenso la curiosidad de los lectores. Yo entiendo más bien que los remotos orígenes del género se hallan en el drama griego y especialmente en el *Edipo Rey*. Recordémoslo:

Tebas padece una epidemia, una peste. Edipo, que llegó al trono como rey consorte por haberse desposado con la viuda del monarca anterior, el cual pereció en un accidente de carretera, encarga a su cuñado Creonte que consulte al Oráculo de Delfos sobre los posibles remedios contra la epidemia. Y Creonte (que hace de "Watson") vuelve de Delfos diciendo que la cólera de los dioses sólo se aplacará cuando se descubra al matador del antiguo monarca, Layo, y se le aplique el merecido castigo, que será el destierro.

Edipo, que empezó en Tebas su carrera pública descifrando la adivinanza de la Esfinge, es ante el pueblo un especialista en enigmas, un "descifrador", un policía de Scotland Yard, como dice Knox. Pero sólo se le ocurre lanzar maldiciones contra el villano desconocido y su descendencia. Creonte, en cambio, discurre acudir a Tiresias, el adivinador; digamos: el *detective* privado. Éste, tras de dudarlo un poco, declara que el asesino es Edipo. ¿Intriga de Creonte para derrocar a su cuñado? Yocasta procura aplacar a Edipo: según la tradición, le recuerda, Layo fue muerto en una encrucijada a manos de "unos salteadores", así en plural. Pero esto sólo sirve para recordar a Edipo que él mismo, cuando se dirigía a Tebas, tuvo una riña en una encrucijada con un anciano a quien sus criados querían hacer pasar por un desfiladero antes que él, y el anciano quedó muerto en la

riña. Con todo, el Oráculo ha dejado entender que Layo había de morir a manos de su hijo, y Edipo es un extranjero, venido de lejana tierra. El testimonio de un añoso pastor aclara que Edipo, en efecto, es un hijo de Layo abandonado al nacer y recogido por forasteros. Edipo, pues, cumple su propia sentencia y se encamina al destierro. Las maldiciones que ha lanzado contra el asesino de Layo caen sobre su propia generación: sus hijos se matarán entre sí.

Saltemos de Sófocles —autor del *Edipo Rey*— a Edgar Allan Poe y —¿por qué no?— a Émile Gaboriau el olvidado: América y Francia, cunas independientes de la novela policial, pues no se ha demostrado nunca que Gaboriau haya imitado los métodos de Poe, quien lo antecede en varios años. Tampoco es cosa averiguada que Wilkie Collins *(The Moonstone)* se haya inspirado en Gaboriau. Poco después, fallece Dickens, dejando incompleto el *Edwin Drood*, incompleto como aquella aventura sin acabar que un feo enano presenta en una bandeja al caballero, según las imaginaciones de "Don Quijote". Y aquí se abre ya el camino real de la novela detectivesca. Aquí descansaremos la pluma.

VII-1959.

American Literary Agency de Nueva York (Cadena A. L. A.), VIII-1959.

UN GRAN POLICÍA DE ANTAÑO

HABLÁBAMOS días pasados de la novela "detectivesca".

—¿Por qué —me dijo Fabio— te consientes esa palabreja?

—Porque ya es inevitable —repuse— y porque no hay que temer a las palabrejas, muchas de las cuales acaban por ser palabras respetables, como Helena cuando llegó a cierta edad, en Esparta, después de sus andanzas por Troya. Además, conviene, según el consejo de aquel agudo Talleyrand, observar con atención las palabras nacientes, por cuanto revelan un cambio, un nuevo rumbo en la mentalidad de los públicos. ¡Ojalá pudieran apreciarse, día por día, las evoluciones de la vida, tendidas a lo largo de los milenios, como pueden observarse, de un instante a otro, las transformaciones del habla!

—¿Y de dónde nos vino esa palabreja o palabra?

—Si mis noticias son exactas, el vocablo apareció, en inglés, entre los años de 1843 y 1844, cuando Sir James Graham, Ministro británico del Interior, instituyó un cuerpo escogido de investigadores londinenses y le llamó "la Policía Detective" *(The Detective Police)*.

—¿De suerte que la palabra nació en la realidad y no, como yo creía, en la novela?

—Novela y realidad se cambian oficios, bien lo sabes. Y si, por ejemplo, llamamos por un instante realidad a la hisria, nada nos cuesta recordar la influencia que sobre la historia romántica ejerció la novela histórica. Sucede, igualmente, que la novela detectivesca recibió una influencia definitiva de un personaje real, el gran policía francés Eugène François Vidocq, que vivió de 1775 a 1857, y el año de 1828 publicó en París sus memorias y sensacionales proezas en las campañas contra la delincuencia y el crimen.

Vidocq trabajaba entregado a sus propias fuerzas, pues todavía no se creaban los equipos. Era él mismo un antiguo facineroso que acabó por convertirse en detective, por uno

de esos casos que los psicólogos llaman de "ambivalencia". Fundó nada menos que el Servicio de Seguridad (la *Sûreté*). Su persona y sus episodios despertaron vivo interés. El pueblo es, por una parte, siempre dado a compadecer y a admirar a los perseguidos, y por otra, tampoco negó, en el caso, su admiración al policía. Los escritores populares explotaban las aventuras de Vidocq. Balzac, que lo conoció y trató, lo tuvo presente al trazar las figuras de "Corentin", "Peyrade" y "Vautrin". Algo de esta atmósfera se respira también en *Los misterios de París,* la obra tan conocida de Sue, quien por lo demás recibió la impronta de James Fenimore Cooper. Vidocq, nativo de Arras, tras una juventud equívoca y un servicio militar hecho de mal zurcidos retazos, y entre una y otra deserción, cayó preso a los veintiún años, se escapó y volvió a ser recapturado en varias ocasiones, y al fin adquirió un conocimiento profundo, subrepticio y secreto de la vida de las cárceles, los carceleros y los encarcelados.

Un día se presentó nada menos que a M. Henry, jefe del Departamento de Policía de París, y le ofreció sus servicios como agente secreto para la investigación y persecución de los malhechores. Henry, que era hombre avisado, sin duda recordó esas sentencias de gramática parda que pertenecen al sanchopancismo universal de todas las lenguas y que por acá en México reducimos a dos proverbios: "La cuña, para que apriete, ha de ser del propio palo" y "A los toros del Jaral, los caballos de allá mesmo".

Sobre los esfuerzos de un antiguo encarcelado para rehacer su vida, queda el documento de Victor Hugo en *Los miserables* (1862). Acaso Victor Hugo recordó a Vidocq. Por lo demás, es práctica general de los "pacificadores", tanto en nuestra tormentosa América como en otras partes, el confiar a los maleantes convertidos la represión de sus antiguos camaradas de fechorías. El procedimiento es económico, y lo peor que puede suceder es, en uno y otro caso, perder a un mal sujeto, aunque sea un arrepentido teórico. Pues seguramente estas conversiones de pícaros en detectives no proceden tanto de la redención moral, como de aplicar el mismo afán de aventura y vida peligrosa al lado que ofrece, a la postre, mayores garantías prácticas de todo orden. Pero tam-

bién es corriente y conocido eso de infectar a algunos acrídidos para que ellos mismos se encarguen de contagiar a las langostas y llevarles la muerte.

Hacia el año de 1810, la policía de París operaba a través de secciones dispersas, lo que permitía escapar a su acción con relativa facilidad. Vidocq centralizó y unificó los servicios, levantó un registro de sospechosos, y al año siguiente fue nombrado Jefe de la Seguridad, posición en que se mantuvo hasta 1827, y que nuevamente ocupó de 1831 a 1843. Alguna vez quiso ser industrial y pretendió en vano fabricar un papel que impidiera la falsificación de billetes.

Naturalmente, la antigua policía rutinaria lo consideraba con recelo y con celos. Aun se lo acusaba de inventar falsos crímenes para "descubrirlos". Y la animadversión crecía conforme los éxitos de Vidocq se multiplicaban. De estos éxitos, sus *Memorias* nos dan el minucioso relato, y nos descubren el lenguaje secreto, la "telegrafía sin hilos" de las pandillas criminales. Él mismo se pinta como dotado de extraordinaria retención para las fisonomías y de singulares aptitudes para el disfraz. La repercusión de las *Memorias* las condenó a la suerte que antaño padecieron —o gozaron— los libros de Caballerías: los sucesivos editores las alargaban y complementaban con nuevos episodios. George Borrow tradujo estas *Memorias*, y en el teatro empezaron a aparecer piezas más o menos derivadas de ellas.

A los cincuenta años, dueño ya de un ejército de antiguos convictos que eran sus ayudantes, famoso en Europa, lanzado en el mundo como personaje elegante, fundó la primera agencia privada de detectives, para aconsejar a las empresas, a los negociantes, y hasta a los afligidos de cualquier temor o amenaza. En cierto modo, Vidocq inauguró el verdadero prestigio de la policía. El año de 1845, abrió una exposición en Londres, donde dio conferencias, contó interesantes sucesos en que había intervenido, y mostró sus capacidades para el disfraz. "¡Yo soy Vidocq!" era su grito de triunfo, grito que anuncia ya el orgulloso "¡Yo soy Poirot!" de Agatha Christie.

Su influencia en los detectives de las novelas es muy fácil de descubrir, y se la advierte singularmente, además de los casos ya mencionados, en el "Dupin" de Poe, que vino a ser

su retoño transcontinental. El "Flambeau" de Chesterton es también un ex convicto, y algo hay también de Vidocq en "Aristides Valentin", otro personaje que conocemos por los cuentos del *Padre Brown.*

No era Vidocq un detective científico: aún se ignoraba el laboratorio. Todo lo lograba mediante su observación, su experiencia, su intuición y su astucia. El éxito de Vidocq más bien procedía de su persona: "¡Yo soy Vidocq!"

VIII-1959.

American Literary Agency de Nueva York (Cadena A. L. A.), IX-1959.

EN TORNO AL SOFISMA

Entre los hombres de más robusta y perfecta arquitectura mental que me ha sido dable conocer y cuyo amistoso comercio he disfrutado —sin excluir a otros más difundidos y renombrados por alguna cualidad saliente, pero que cojeaban por otro lado— sitúo sin duda a mis amigos Pedro Henríquez Ureña, a cuya ausencia todavía no logro acostumbrarme, y José Gaos, el filósofo hispanomexicano a quien las vicisitudes de su país trajeron a México. Gaos ha desarrollado aquí una labor admirable en la cátedra y en el libro. A él debemos la formación de una nueva generación de jóvenes pensadores, y él representa por sí solo aquello que el brasileño Monteiro Lobato ha llamado una "importación de cerebro".

Con José Gaos recordaba yo recientemente la obra fundamental de mi maestro de la Escuela Preparatoria, don Porfirio Parra, *Nuevo sistema de Lógica deductiva e inductiva,* y reconocíamos ambos sin ambages que es una obra excelente y comparable a las mejores como exposición de la lógica positivista de su tiempo. Ya va siendo hora de reconocerlo así y de declararlo.

Y creo que una moderna biblioteca mexicana podría recoger —por supuesto con las explicaciones indispensables sobre el momento en que tales obras aparecieron y las ulteriores transformaciones de las respectivas disciplinas— además de la *Lógica* de Parra y la *Evolución política del pueblo mexicano* de Justo Sierra, para la cual ya algo se ha hecho, la *Historia Universal* del propio Sierra, la *Gramática* de Rafael Ángel de la Peña y aun la *Geografía* de Miguel Schultz, aunque no alcanzó el nivel de sus lecciones orales; y si tanto fuere posible, las notas sobre raíces griegas de Francisco Rivas y las de zoología del profesor Sánchez, ambos catedráticos de la Preparatoria en mis días.

He ojeado otra vez el texto escolar de Parra, lleno de apun-

tes y señales a lápiz, pues creo que lo leí a conciencia, ya para apropiarme su sustancia o ya para objetar algunos puntos en que las nuevas inquietudes filosóficas de aquellos días habían comenzado a producirme ciertas desazones innegables. Eran, en efecto, los días —primer decenio del siglo— en que el positivismo se cuarteaba ya a nuestros ojos y en que "yo el menor padre de todos los que hicimos este hijo" —como diría Quevedo en un rato de procacidad—, acompañado de Henríquez Ureña, de Antonio Caso, de Vasconcelos un poco después y de otros más, me había embarcado en el viaje hacia una filosofía más generosa. Pero no por eso desconocí entonces y menos desconozco ahora las excelencias de este libro.

Se me figura, así de momento, que uno de los capítulos más seductores es el consagrado por Parra a los sofismas y falacias, sobre todo cuando, antes de entrar en la clasificación académica, examina las motivaciones psicológicas que suelen inclinar al error. Parra ofrece este capítulo como un relieve cóncavo, complemento al relieve convexo que viene a ser la lógica propiamente tal: falsedad de un lado, acierto del otro. Y estudia las inclinaciones sofísticas primero en sus raíces psicológicas y luego en sus apariencias lógicas. Los impulsos, los sentimientos, los deseos, la personalidad misma se agitan en el horno genitor donde se fraguan las falacias. Todos ellos, motivos que están "más allá del pensamiento racional" como dice Rupert Crawshay-Williams.

—¿Quién es ese autor? —me pregunta Gaos.

—Pues verá usted: se me ha venido a la mente sin percatarme. Es uno de esos filósofos heterodoxos que, como suele acontecer a los cazadores furtivos y lo he dicho ya muchas veces, obtienen las mejores piezas por lo mismo que se meten en los cotos cerrados y no se cuidan de las cortapisas y las vedas.

Este autor nos ha dado un libro, hace algo más de un par de lustros, que se llamaría en español, aunque jamás se lo ha traducido, *Los deleites de la sinrazón.* (En verdad, el nombre inglés parece más sobrio: *The Comforts of Unreason.*) El libro cubre un campo que no ha sido aún bastante explorado, aunque ya observaba yo que nuestro Porfirio Parra ade-

lantó algo y aun mucho por la selva oscura. Este campo cae en verdad más cerca de nuestra vida ordinaria que la mayoría de los tratados técnicos.

Pues hay sin duda una zanja entre aquellos libros que tratan y describen la mecánica del pensamiento irracional, y los que investigan, con todo detalle y sin escabullir dificultades ni obstáculos, las más tenebrosas causas psicológicas del pensamiento llamado "anormal".

El libro no se para a describir el *cómo* de la irracionalidad, sino que se atreve con el *porqué,* aunque en términos no destinados al especialista (¡qué suerte, qué alivio!). Mientras casi todos los textos de lógica se refieren a los errores de la persona que se ha propuesto conscientemente ser racional, este libro más bien se basa en la teoría de que, para obtener determinadas satisfacciones, la mente humana, de modo activo aunque inconsciente, acepta ser irracional. El análisis sobre las posturas irracionales en que cada día incurrimos es una contribución de primer orden para el entendimiento de nuestra accidentada peregrinación intelectual.

Al final, hay un suplemento consagrado a las pruebas *(tests),* señales de peligro, trampas para el incauto, que resulta una entretenidísima tabla de artificios sobre la diagnosis de la irracionalidad inconsciente.

De paso, se esclarecen un tanto las funciones y límites del pensamiento científico y del metafísico, del escribir y el hablar según la emoción o según la información, del pensamiento fantástico y del pensamiento sobriamente realista, y de ciertos puntos éticos más o menos rigurosos o elásticos. De paso también —ya se entiende— se analizan, desde un punto de vista "psicosemántico" (según ahora se dice, y pido perdón a mis lectores), algunas falacias y trucos de zancadillas y malas artes que interesan a la lógica y la semántica modernas.

El autor es joven. Todavía llegará muy lejos. Su curiosidad y minucia no han retrocedido ante la audacia de emprender un primer examen sobre los "métodos de la irracionalidad". Pues a todos nos acontece, como a Hamlet, que hay método en nuestra locura.

La irracionalidad de que nuestro mundo está repleto

—dice el autor, que posee un estilo ágil, fácil e irónico— no puede ser el efecto de la mera pereza. La irracionalidad no sería entonces tan virulenta, no. Hay una atracción del abismo. La actitud del hombre medio ante la claridad mental no es puramente pasiva. El hombre ha asumido una verdadera guardia positiva contra la claridad mental.

Ahora lo entendemos todo, pero ahora sí que no vamos a conciliar el sueño.

VIII-1959.

American Literary Agency de Nueva York (Cadena A. L. A.), X-1959.

IV

LAS BURLAS VERAS

PRIMER CIENTO

NOTA

Se recogen, en esta primera serie de *Las burlas veras,* las notas número 1 a número 100 que, salvo indicación diferente, aparecieron en la *Revista de Revistas* (México, 30 de mayo de 1954 a 18 de diciembre de 1955) y fueron casi todas reproducidas en *Vida Universitaria* (Monterrey), *El Nacional* (Caracas) y *El Comercio* (Lima).

EPÍGRAFES DE LA BREVEDAD

Más obran quintaesencias que fárragos.

GRACIÁN

Jamais vingt volumes in-folio ne feront de révolutions; ce sont les petits livres parfaits à trente sous qui sont à craindre. Si l'Évangile avait coûté douze cents sesterces, jamais la réligion chrétienne ne se serait établie.

VOLTAIRE

1. ENTENDÁMONOS

HACE poco, dirigiéndome a la preciosa revista *Huytlale* que publican en Tlaxcala, con intención de "correo amistoso", don Miguel N. Lira y don Crisanto Cuéllar Abaroa, y para dar algún sentido a ciertas paginitas sueltas que tuve el agrado de enviar a dicha publicación bajo el nombre de *Un rato a solas*, escribí estas líneas:

> No hay como quedarse un rato a solas para comenzar a recibir avisos de todos los puntos cardinales y oír hablar a los horizontes. Además, en la beata soledad, dejados los útiles del oficio, olvidados los cotidianos apremios, aflora a la superficie del alma aquel concentrado sedimento de la vida, los trabajos y los estudios, sedimento que ya ni siquiera es literatura, o bien pudiera entenderse como una literatura de segundo grado, una literatura que se da ya el lujo de olvidar la literatura, un último termino a que la literatura corriente ha servido de mero ejercicio preparatorio. Y entonces parece que la pluma quiere hablar por su cuenta, a impulsos del hábito adquirido y, según decía Santa Teresa, entonces dejamos andar la pluma como *cosa boba.*

En ánimo parecido comienzo hoy estas colaboraciones para la *Revista de Revistas,* la cual posee a mis ojos el grato prestigio del recuerdo y donde yo publicaba ya mis artículos juveniles en 1912 cuando menos. Pero no he querido volver sobre el título *Un rato a solas,* porque en el caso sería embustero. Aquí lo que me propongo es hablar con cuantos tengan paciencia para escucharme.

Y si, transformando un poco los frecuentes usos y frases que emparejan o contraponen las "burlas" con las "veras", he querido llamar *Las burlas veras* a estas charlas, es sólo para dar a entender que ya trato en burlas o ya en veras, pero que mis retozos llevarán su grano de verdad o, inversamente, mis verdades procurarán no ser muy adustas. Conforme más se estudian las cosas, mayor es el afán de exponerlas en unas breves y sencillas palabras. Es una tentación que ya confe-

saba Pascal. Yo sé poco y he estudiado poco, pero aquí me valgan por méritos los años que llevo vividos, pues no hay como verlos pasar para sentir que se aclaran las muchas marañas y complicaciones con que hemos desembocado en la Tierra. Lo que ya explicaba así Calderón, aunque de un modo más general:

> Que, a la fácil del tiempo,
> no hay conquista difícil.

Yo creo que la sencillez y el ocio (el ocio con letras, con estudio, con reflexión) son las dos más altas conquistas de la conducta en lo privado, y de la civilización en lo social. Al ocio y a la sencillez deseo consagrar mis "burlas veras".

Por lo demás, yo no me canso de asegurar que estas cosas de la literatura a todos interesan, siempre que se las injerte en la vida, lo que es al fin y a la postre su objeto y su definitivo servicio. Y si llegare a desengañarme, creo que sin detenerme seguiría mi soliloquio, fiel a mi divisa (lo fue también de Guillermo el Taciturno), que a la letra dice: *Persistir sin esperanza* . . . Acaso porque, en el fondo, la esperanza no se ha perdido.

Mayo de 1954.

2. ÉRASE UN PERRO

Por la terraza del hotel, en Cuernavaca, como los inacabables mendigos y los insolentes muchachillos del chicle, van y vienen perros callejeros, en busca de un bocado. Uno ha logrado conmoverme.

Es un pobre perro feo, pintado de negro y blanco, legañoso y despeinado siempre. Carece de encantos y de raza definida, pero posee imaginación, lo que lo enaltece en su escala. Como el hombre en el sofista griego —fundamento del arte y condición de nuestra dignidad filosófica—, es capaz de engañarse solo.

Se acerca siempre sin pedir nada, a objeto de que la realidad no lo defraude. Se tiende y enreda por los pies de los clientes, y así se figura tener amo. ¿Algún puntapié, algún mal modo, alguien que lo quiere echar de la terraza? El perro disimula, acepta el maltrato y vuelve, fiel: nada solicita, sólo quiere sentirse en dependencia, en domesticidad humana, su segunda naturaleza.

Los amos no son siempre afables, pero él entiende; los tiempos son duros, la gente no está de buen humor, los países andan revueltos, el dinero padece inflación, o sea que el trozo de carne está por las nubes. Toynbee diría que cruzamos una "era de tribulaciones" *(age of troubles)*, algo como haberse metido en una densa polvareda. El perro entiende. Por lo pronto, ya es mucha suerte tener amos, o forjárselos a voluntad.

A veces, una mano ociosa, a fuerza de hábito, le acaricia el lomo. Esto lo compensa de sus afanes: "Sí —se dice meneando el rabo—, tengo amo, amo tengo."

Hay algo todavía más expresivo cuanto a la ilusión del pobre perro, y es que se siente guardián del hotel, y gruñe a

los demás perros y los persigue para que nadie moleste a sus señores ni mancille su propiedad.

Así, de espaldas a sus semejantes, sentado frente a su humana quimera, alza la cabeza, entra en éxtasis de adoración —y menea el rabo. (¿La "servidumbre voluntaria"?)

Novedades, *México, 27 de diciembre de 1953.*

3. LA COTORRITA

SOBRE la especulación intelectual yo tengo un cuento que referiros. Estadme atentos, que dura poco. El historiador y crítico de la escultura española don Ricardo de Orueta, a quien sus compañeros andaluces solían llamar "el Viejo", reunía a varios amigos en casa de un hermano suyo, donde también estaba presente una sobrinita de pocos años. Acababan de obsequiar a ésta una cotorrita mecánica que chillaba y movía las alas. Y mientras las personas mayores hablaban de arte y literatura, la niña se entretenía con su juguete en un rincón de la sala, y nadie la recordaba siquiera. Era el invierno de Madrid.

De pronto, con un airecillo de satisfacción y suficiencia, la niña se acercó, e interrumpiendo la charla, exclamó con aquella inimitable gracia andaluza:

—¡Bueno! ¡Ya acabamos con la cotorrita!

Y, en efecto, había desmontado minuciosamente el juguete, pieza por pieza, de modo que ya ni se conocía lo que había sido antes de la catástrofe.

—¡Pero niña! —dijo, indignado, el padre, amenazando darle un sopapo.

—No, no la toque usted, ni la riña —intervino alguno de los presentes que, por haber vivido en varios países, era ya más sabio que los otros—. No le diga nada. Ella no ha hecho más que ceder al muy humano y muy noble instinto de la curiosidad, madre de la filosofía.

—¡Es que ahora ya no podrá jugar! —se le contestó.

—Pues mire usted —dijo el otro—, lo mismo les pasa con el mundo a los filósofos, una vez que lo han desmontado. Déjela usted, que, con no poder jugar más, ya tiene castigo suficiente.

Junio de 1954.

4. LA VELEIDOSA CRÍTICA

ACABO de averiguar que, estos días, Antonio Machado es mal poeta.

—¿Por qué?

—¡No ve usted que se entiende muy bien todo lo que dice!

¡Y yo, candoroso, creí hasta ahora que la buena poesía lo mismo podía ser clara que oscura! Pero ahora recuerdo que, hace unos años, leí, para cierto llorado y joven maestro, el *Recado a Lolita Arriaga,* de Gabriela Mistral, asegurándole que era uno de los mejores poemas inspirados por la revolución mexicana, y él saltó al instante, buscó entre mis libros los versos de cierto gran mal poeta, y me dijo:

—¡Ahora voy yo con mi gallo! Esto sí que es bueno, ya verá usted: a nada le llama por su nombre.

¡Vaya con la gloria! ¡Vaya con la posteridad!

—Si no tiene usted otra cosa que ofrecerme, marchanta, quédese con su mercancía en mala hora.

Junio de 1954.

5. LA MUERTE DEL HIERRO

Los tipógrafos españoles eran una institución muy seria y perfectamente respetable. Los regentes y correctores de las imprentas eran personas, aunque humildes por su clase, de reconocida autoridad en su oficio, y a quienes se podía consultar con provecho, como consulté yo a don Pedro Sánchez, de la Imprenta Bailly-Bailliere, para esclarecer el fraude en algunos ejemplares de las *Lecciones solemnes* de Pellicer, autor gongorino del siglo XVII, asunto que traté en *Cuestiones gongorinas,* 1927, pp. 191-208. Era un secreto profesional que estos oficiales cazaban a tiempo los gazapos de los escritores descuidados: los solecismos, los nombres torcidos, etcétera. Ellos corregían siempre, por ejemplo, la ortografía de Valle-Inclán, o mejor, su cacografía.

Cuando yo redactaba, en Madrid, la página de "Historia y Geografía" (Jueves de *El Sol*), mejor que asistir, arriba, a la tertulia y mentidero de los redactores, bajaba a la imprenta y solía trabajar allí, entre los obreros, en las mesas de plomo. Me fascinaba ver cómo aquellos excelentes artífices daban su composición y equilibrio a cada plana, con un gustoso sentimiento del dibujo y la simetría, sin acudir jamás a esos viles recursos del "sigue en la pág. tantos, columna cuantos", que por lo demás pocas veces cumplen lo que prometen. No: allí todo empezaba y acababa en la misma plana, y no por eso se retardaba el periódico. Y para lograr ese milagro, los obreros no necesitaban dobles decímetros, ni compases, ni brújulas, ni teodolitos, ni astrolabios; todo lo hacían con unas cuerdecitas y a ojo de buen cubero. Al recoger mis artículos en la primera serie de *Simpatías y Diferencias* (1921), dediqué la obra a los tipógrafos y correctores de *El Sol* de Madrid, con quienes pasé tan buenos ratos, de quienes tanto aprendí y a quienes debo especiales cuidados en el atuendo y corrección de mi página. Ya he contado en alguna parte cómo me permitían desterrar de mi

sección humanística todos los anuncios de purgantes y específicos de droguería, los cuales iban invariablemente a parar a la página semanaria de Medicina, dirigida por el doctor Lafora.

Un día los encontré rodeando una pequeña rotativa, con esa mezcla de deferencia y curiosidad con que se rodea a las víctimas de los accidentes callejeros.

—Tenía que ser —murmuraban—. Esta máquina estaba trabajando ya demasiado de prisa, y no nos daba tiempo a "echarle de comer". Se tragaba en un instante todo el trabajo.

—¿Pues qué sucede? —pregunté.

—Que eso es siempre signo de agonía. Ya se sabe: cuando una máquina se pone así, la agonía no se hace esperar.

—¿La agonía?

—Sí, señor. Llega un instante en que se muere el hierro, y las máquinas ya no andan, por más que las compongan y recompongan. ¡Nada, nada, que se ha muerto el hierro!

Años después, cayó en mis manos cierta novela francesa de S. S. Held, *La muerte del hierro,* pero la realidad se había adelantado a la fantasía, y si en la realidad el hierro moría de su propia muerte, como una cosa fatal y como remate de su propia jornada, en la novela el metal padecía —valga la frase— un contagio epidémico, o mejor, episidérico, el Mal Azul que se extendía por todas partes, algo como la "viruela vítrea", de que estos días hablan los periódicos.

Por lo demás, el libro de Held (1931) anuncia ya lúgubremente los sueños mecánicos de la cibernética y lanza atisbos aventureros sobre la disgregación nuclear.

Junio de 1954.

6. DOS "TRANSTERRADOS"

COTIJA (Michoacán), tierra singular, en cuyo campo se encuentran o se encontraban labradores rubios y barbados, herederos directos de los hombres de la Conquista o de los primeros pobladores hispanos, manifestó una no encubierta simpatía por la Intervención Francesa, y, al triunfo de la República, se la castigó por eso rebajándola de categoría federativa y dando a otra población cercana el rango de cabeza municipal que antes le había correspondido.

En la desbandada, dos soldados franceses, dos hermanos, se quedaron olvidados en Cotija sin poder juntarse ya con los suyos. Temieron por su vida. ¿Cómo atravesar el territorio nacional sin ser víctimas de represalias? No se sentían iguales de Jenofonte. ¿Y qué hacer, en su desesperada situación, para ganarse el sustento?

Acudieron al cura, representante de la piedad pública. Éste los tranquilizó; en Cotija nadie los perseguiría —aseguró—, antes serían tratados con cierta caridad por el vecindario. Que no se amilanaran, que se resolvieran a quedarse en el pueblo y a volverse mexicanos.

—Y además —les dijo—, aquí están estos cinco pesos *(un capital entonces)*, con los que pueden ustedes comenzar una industria doméstica. La gente es aquí muy aficionada a la "calabaza en tacha", que se toma a la hora del desayuno. Pidan a las viejas que los aposentan la receta de la calabaza en tacha, y empiecen su negocio.

Pocos días después, muy de mañana, los dos franceses salían por la calle con sus grandes bateas de palo en lo alto de la cabeza, muy airosos y decididos. El que medio hablaba español caminaba por delante gritando:

—*La calebasse en tâche!*

Y el menor, todavía más ignorante de la lengua, le hacía coro:

—La même chose! La même chose!

Ello es que pudieron así ganarse el sustento y dejaron una célebre familia de reposteros que aún no se ha extinguido en Cotija.

Junio de 1954.

7. EL "PORFIRIATO"

Los puntos sobre las íes. El neologismo "porfiriato" ha sido últimamente empleado por don Daniel Cosío Villegas en sus estudios históricos, estudios de tan apretada erudición cuando ello conviene, y de tan fácil y suelta narración cuando hace al caso.

La palabra —destino natural de los neologismos— ha chocado a todos (y digo "chocado" a la castellana, para declarar que ha causado extrañeza); ha acabado por gustar a algunos, y ha molestado a otros —los desconfiados, los de "la guarda cuidadosa"— que han creído equivocadamente descubrir en ese término un sabor despectivo o peyorativo.

No hay tal. La palabra —construida a estilo de "triunvirato"— podrá no ser muy hermosa, pero es preferible a la palabra tradicional, "porfirismo", la cual es adecuada para referirse a la afición o inclinación a don Porfirio (el "porfirismo" de un partidario o "porfirista"), pero no para designar el régimen o la época de aquel gobierno, el "porfiriato". Y, para significar aquello que corresponde a las características generales de esa etapa, cuadra bien "porfiriano", como decimos "casa porfiriana", "costumbres porfirianas", o como llamé yo al maestro Sánchez Mármol: "un porfiriano".

Ahora bien, don Daniel Cosío Villegas, a quien corresponde el honor de haber puesto en boga esta palabra, entiendo que la encontró en alguna página mía. Yo, en efecto, la he usado cuando menos dos veces: primero, con cierta timidez, en *Los dos augures* (1927), donde digo sobre mi personaje "Carmona", "... sirvió al antiguo régimen, que él, latinizante, se complacía en llamar, entre zumbón y solemne, el porfiriato". (Ver mis libros *Verdad y mentira,* p. 283, y *La X en la frente,* p. 34.) Segundo, también entre reticencias y disculpas, he usado la tal palabra en mi ensayo *Pasado inmediato* (1939, p. 5): "El antiguo régimen, o como alguna vez

lo oí llamar con pintoresca palabra, el *porfiriato*..." Daniel Cosío Villegas ha tenido ya el acierto de conceder a la palabra plena ciudadanía y manejarla sin dar excusas.

Pero yo no pretendo, como decían los clásicos, vestirme con plumas de ajenas cornejas, yo no reclamo en manera alguna derechos de autor. Ante todo, encontrándome en París hace muchos años, oí decir "porfiriato" reiteradamente a un compatriota que andaba de viaje: me cayó en gracia, y recogí la palabra. Entre tanto, don Xavier Icaza había usado, independientemente del tema político, el nombre de "Porfiriata" para bautizar a un personaje de su *Panchito Chapopote*. Él me ha explicado que este personaje popular existió en efecto, y que la gente así lo llamaba en Veracruz. Era una mezcla de pícaro, loco y vagabundo, gordo y chaparro, que vendía billetes de lotería por el portal del Diligencias, bailaba la rumba, se recogía el pantalón hasta la rodilla, se pintaba las pantorrillas al óleo, y cambiaba el color como quien cambia de medias —gris, azul, rojo— y, entre otros vagos oficios, ejercía el de procurar amistades. Pero aquí se trata de una verdadera coincidencia onomástica, que sólo he citado a título de curiosidad.

Vuelto a México, y habiendo comentado la palabra "porfiriato" con cierto amigo, éste me advirtió (y yo, a mi vez, se lo hice saber a don Daniel) que tampoco el viajero de marras era responsable en el caso, si no es por haber llevado hasta mí el contagio; pues la tal palabra había sido ya aplicada al régimen porfiriano, desde 1910 más o menos, por el diario maderista *La Nueva Era*, que, si no me engaño, dirigía el licenciado Juan Sánchez Azcona.

Y es todo lo que sé sobre el "porfiriato", y aquí lo dejo para que conste en la historia de nuestro vocabulario político, así como en *Los dos augures* quise hacer constar la historia de cierto verbo extravagante que ya se ha olvidado del todo: "...como se decía en 1911 por alusión al barco *Ipiranga* en que Porfirio Díaz salió al destierro, Carmona resolvió *ipiranguearse*". A raíz del triunfo de la revolución, en efecto, un semanario cómico presentaba la caricatura de dos conocidos financieros que cantaban el "dúo de los patos" (según la conocida zarzuela), y uno de ellos decía:

> Para el negocio
> yo tuve un socio,
> mas por desgracia se ipirangueó.

Y conste: no concedo a este chiste más valor del que merece un chiste, y rechazo lo que hay aquí de insinuación calumniosa.

Sólo añadiré para terminar que creo, con Talleyrand, en la importancia de examinar cuidadosamente los neologismos del lenguaje político para quien quiera tomar rumbos y vivir sobre aviso; y que si, por otra parte, don Daniel me asegurase que él tenía conciencia de haber concebido la palabra "porfiriato" por su cuenta y riesgo, también se lo creería, pues estas cosas así suceden.

Yo acabo, por ejemplo, de citar mi ensayo *Pasado inmediato*, que data de quince años atrás y que ya antes andaba parcialmente elaborado entre mis papeles, donde precisamente empiezo jugando con los tecnicismos gramaticales:

> El pasado inmediato —digo—, tiempo el más modesto del verbo. Los exagerados (los años los desengañarán) le llaman a veces el pasado absoluto. Tampoco hay para qué exaltarlo como pretérito perfecto. Ojalá, entre todos, logremos presentarlo algún día como un pasado definido.

(Que es, precisamente, la tarea a que está entregado el señor Cosío Villegas.) Y bien: cuando yo escribí las líneas anteriores creí firmemente haber dado con una novedad de expresión. Y apenas ayer por la mañana me desayuno con que el escritor inglés Noël Coward (no le envidio el nombre) ha escrito, en 1937, un *Present Indicative*, y ahora acaba de publicar un *Future Indefinite*.

Junio de 1954.

8. EL "PROFESIONALISMO"

LLAMAREMOS el "profesionalismo" a este vicio moderno (olvidado por nuestro amigo Rodolfo Nervo entre los vicios aristocráticos de su revista), y diremos en qué consiste. Y consiste en que, a la hora de distribuir las coronas, para nada se toman en cuenta los libros que no llevan el marchamo de la profesión, los libros que no son obra de escritores profesionales o recibidos en tal o cual capilla.

Y es que entre nosotros —¡oh querido José Luis Martínez, por ahora distraído en otras funciones!— casi no existe aún la crítica, o mejor, si se nos permite usar el lenguaje de la Iglesia, la crítica militante.* Dejemos por ahora de lado la crítica triunfante, la que se aplica a lo monumental y ya sancionado y aprobado, a lo histórico y a lo erudito, al libro de siempre o al de ayer, género que cuenta en nuestro país con tan excelentes adeptos. Pero ahora nos referimos solamente a la producción de cada mañana, a la novedad que aún no recibe su bautizo, y éste es el campo propio de la crítica militante.

Pues bien, a falta de esta verdadera crítica militante, el compromiso de la amistad o la frecuentación usurpan el sitio del juicio o del criterio, y peor aún cuando lo usurpan la animadversión o la enemistad, ayudadas de la negligencia.

Lo cual se debe, no en modo alguno a una deficiencia espiritual, sino a circunstancias externas: se debe, por mucho, a que nuestra literatura no tiene mercado, no vive de sí propia, carece de lectores, y entre uno y otro escritor falta ese "colchón de aire" creado por la masa del público y que hace posible la objetividad del juez literario.

Donde sólo se leen entre sí los profesionales de las letras ¿cómo evitar que el espíritu de las tertulias o cenáculos con-

* Esta afirmación comenzaba ya a resultar de dudosa validez cuando esta nota, redactada de tiempo atrás, se publicó en *Revista de Revistas* (4 de julio de 1954). Hoy por hoy, peor aún.

duzcan la pluma, a la hora de reseñar y juzgar los libros? Presentar la más leve objeción resulta por fuerza un agravio contra los fueros de la amistad, y hasta un ataque contra la situación del Fulano, que a lo mejor pierde el puesto por efecto de una censura literaria; lo que no acontecería si hubiera un mercado de lectores y si el autor viviera defendido por ellos como por un muro de sustento. (Meses pasados, por poco pierde alguien el juicio porque alguien objetó su novela, ¡y todavía hubo alguien que lo atizara en su desvarío, calificándolo como bravura!) Por otro lado, escribir sobre un autor ajeno al barrio y consagrarle un elogio desinteresado, o siquiera un rato de atención, resulta —reverso de la medalla— un despilfarro, un gasto excesivo de energías; lo que no acontecería si hubiera un mercado de lectores a quienes el crítico tuviera interés en servir y en satisfacer.

Todo ello viene a reflejarse de algún modo en el silencio con que generalmente se reciben ciertos libros que son o parecen obras de aficionados, de extraños a la jurisdicción, de no recibidos en el pacto.

Acaso el crítico que más se ha ocupado en este tipo de obras, hijas de la vida mucho más que hijas del compromiso profesional, es José María González de Mendoza, sin que esto sea negar el aplauso que, por otro concepto, merecen otros críticos de justo renombre, aplicados a otros campos de nuestra producción literaria.

Y sólo citaré unos casos a guisa de muestras, los primeros que tengo a la vista, los primeros que se me ocurren; casos que, en mi sentir, dejan ver los viciosos efectos del "profesionalismo".

Uno es el del doctor Raoul Fournier, de cuyos originales y curiosos cuentos poco se nos ha dicho hasta ahora, porque el autor va por el mundo con la etiqueta de médico y no de literato y, como decía Juan de Valdés, escribe como habla. Otro, el del llamado "Diego Cañedo", que ocupa sitio único en nuestra novelística actual, pero que va por el mundo con la etiqueta de arquitecto y no de literato. Otro, el de Arturo Pani, de oficio ingeniero y no literato, cuyos dos recientes libros biográficos son ejemplo de pulcritud por dentro y por fuera, y enriquecen nuestro ambiente con un género escasísi-

mo entre nosotros y tan socorrido, por ejemplo, en el mundo de la lengua inglesa y singularmente en Europa. Yo añadiría de buena gana la novela y los cuentos militares del general Francisco L. Urquizo, pero me parece que ya también en lo literario se le conceden los entorchados.

Estos autores no son sin duda profesionales: son sin duda unos aficionados. Pero ya hemos dicho por ahí que el cazador furtivo es el que suele llevarse las mejores piezas, el que opera sin las cortapisas del oficio, fuera de las convenciones y más por necesidad vital que no por costumbre técnica.

Que aficionado significa adicto, *amateur* en francés, *dilettante* en italiano, *amador* en portugués, el enamorado, el que se deleita, el que procede por gusto y no por tarea.

Y es suerte que haya tan gustosos aficionados y que no den en profesionales, porque entonces cambiarían la alegre afición por la enojosa profesión y arruinarían sin remedio su carrera: quiero decir su carrera privada, que es la importante, la que forma parte de su sentimiento, su temperamento y el diario sabor de su existencia.

Julio de 1954.

9. LA MEDIACIÓN MÍSTICA

LA IGLESIA ROMANA se planta a medio camino entre el fiel y la Divinidad, de modo que administra la función ascendente y la función descendente. ¿No fue éste el descubrimiento de las aves en Aristófanes? Su aérea ciudad, suspendida entre la tierra y el cielo, cobra el peaje de las plegarias humanas, y —aunque no recuerdo si lo explicó el poeta— de algún modo regula el paso de las mercedes olímpicas que han de bajar hasta los hombres.

Todavía la Iglesia se desenvuelve en una serie de mediaciones y jerarquías que hacen pensar en la cadena de Zeus. La directa comunicación mística es gracia excepcional. Lo corriente es pasar por la aduana del sacerdocio. El cura es el auténtico médium. Aun la lectura de la Biblia, en principio al menos, habrá de darse sazonada y predigerida. Y entre los dos polos del Cielo y del Infierno, como esos topes y zanjas de las carreteras, se atraviesa el Purgatorio —nueva mediación— para evitar que el alma se desenfrene en su viaje sobrenatural.

De aquí que, en la antigüedad, Dióniso, el de la compenetración directa, haya tropezado con la hostilidad de Penteo, en Tebas, y de los numerosos monarcas que representaban el poder constituido, la garantía temporal. Suerte que, durante su viaje rumbo al Ática, Apolo pudo convencer a Dióniso de que, dada la flaqueza humana, es preferible irse con pies de plomo y aceptar la autoridad mediadora, triunfo propiamente eclesiástico.

*Julio de 1954.**

* El texto siguiente, 10. "Delfos", pasó a *Rescoldo de Grecia,* OC, t. XX.

11. TRANSMIGRACIÓN

El teósofo español Rosso de Luna declaró haber dado con una estrella nueva, ayudándose de sus recursos místicos y sus comunicaciones suprasensibles. Con gran sorpresa de los alegres gallineros de Madrid, el Observatorio de Greenwich, sin saber de quién se trataba, anunció por un telegrama difundido en la prensa que se confirmaba el descubrimiento del "sabio" español. Naturalmente, Rosso de Luna fue invitado a hablar en el Ateneo —inolvidable y generoso hogar donde cabían igualmente lo risueño y lo adusto— y empezó así su conferencia: "La modesta estrella que hemos tenido la honra de descubrir . . ." Lo demás de la conferencia sobraba, era ripio. (Traslado a don Guillermo Haro.)

Murió Rosso por los días de las últimas revoluciones españolas. Una mañana, el llorado amigo Enrique Díez-Canedo se encontró con el hermano de Rosso, que estaba tocado del mismo mal, al igual de toda la familia. Y vino aquello de:

—¡Hombre, Rosso! No lo había visto a usted hace tiempo. Déjeme aprovechar la ocasión para manifestarle mi pena por la muerte de su hermano que . . .

—No, no, no —le interrumpió el otro—. Nada de condolencias, no señor. Ya hemos recibido de él un mensaje místico. Todo está perfectamente bien. Es muy feliz y ahora es gallo en Madagascar.

Pasamos la historia a Jenófanes y demás risueños censores del pitagorismo palingenésico.

Julio de 1954.

12. DEL REVÉS

EN NUESTROS días, la crítica sólo cree ver escritores profundos en aquellos que están a disgusto dentro de su cuerpo o dentro de la naturaleza que les rodea y, sobre todo, en aquellos que le piden cuentas a Dios. A poco que se descubren asomos de "paranoia" o "esquizofrenia", de malas herencias, de dolencias congénitas o adquiridas, de esas que desajustan la sensación del mundo, se obtiene patente de profundidad. En cambio, los otros son superficiales: como los griegos. Hemos vuelto de revés el sentido clásico.

Julio de 1954.

13. NINFAS EN LA NIEBLA

ME LO ha contado un joven poeta potosino, y me pareció que en este sencillo relato palpitaba ya el esquema de una novela. (Las novelas suelen tener por fin premeditado y malévolo echar a perder los esquemas, ya se sabe.)

Unos muchachos estudiantes andaban de asueto por el campo. El día, nublado y frío, resollaba por entre los árboles esas volutas de niebla que ya se espesan o se despejan, que cortan de repente las perspectivas y luego las abren de nuevo como una sorpresa.

De pronto, los muchachos vieron venir un grupo de colegialas y no pudieron resistir a la tentación de los sátiros que persiguen a las ninfas silvestres. Corrieron sobre ellas dando saltos y gritos.

Las colegialas intentaron huir, pero ellos les iban dando alcance; y al fin, no teniendo dónde esconderse, se metieron en la bocanada de niebla que adelantaba por la cuneta y desaparecieron del todo a los ojos de sus perseguidores. Cuando la niebla se disipó un momento después, no quedaba rastro de las fugitivas, y los muchachos contemplaban, sin saber qué pensar, la llanura deshabitada.

Con menos se ha hecho la mitología.

Julio de 1954.

14. DISCULPAS

ENTRE los mil géneros de disculpas prefiero —por pintorescas— las levemente inverosímiles. Muchas veces la disculpa es mentira: "Estaré ausente", "estoy enfermo", "tengo un compromiso anterior ineludible", "llega mi hermano de Mazatlán", etc. Pero la disculpa inverosímil es más valerosa y, aunque no con cinismo sino con perfecta cortesía, hace entender que es un embuste. Equivale a contestar: "Déjeme usted en paz, no me da la gana", pero, por decirlo así, no lo expresa con rudeza, sino con suavidad y sonrisa.

Recordamos un caso curiosísimo de disculpa inverosímil que entra en el anecdotario de nuestras letras. El Ateneo de la Juventud se proponía hacer no sé qué celebración en un teatro. Se decidió invitar a Díaz Mirón para que recitara unos versos. Partieron en comisión a Jalapa Pedro Henríquez Ureña, Jesús Acevedo y algunos más. Iban de muy buen humor. Se acordaban de Goethe, y decían: "Todo viaje nuestro es un viaje a Italia." Y en efecto, todo viaje alivia y suelta las amarras de la rutina.

Díaz Mirón los recibió con aquella hiperbólica cortesía que le era tan característica y que a veces más parecía un cachete:

—Con la visita de ustedes me siento deslumbrado. Me ha dado el sol de frente.

Cuando supo lo que querían de él, entró en desconfianza. ("Estos jóvenes... nunca sabe uno a dónde lo quieren arrastrar...") Pero halló, al instante, la más peregrina de las respuestas:

—No puedo, hijitos, lo siento mucho. Pero háganse cargo: los versos no se pueden recitar sin un papel en la mano, porque otra cosa sería de una artificialidad intolerable. Ahora bien, yo no puedo en público leer versos empuñando un papel, porque, como ustedes saben, soy manco.

Y en eso paró el viaje.

Julio de 1954.

15. LA CENA DE BALTASAR

AHORA que el teatro mexicano crece en todos sentidos, se me ocurre comunicar un viejo proyecto. Ya me canso de ofrecerlo a varios "autores de comedias", como se llamó en otros siglos a los directores de compañías.

A ver, amigos míos: relean ustedes *La Cena* de Baltasar del Alcázar, autor de los años Mil Quinientos, poemita de suma delicadeza y de sencillo atractivo. Este Alcázar ha de haber sido un zumbón: nadie me quita que escribió su *Cena* para que se dijera: "la cena de Baltasar". He aquí el asunto: Un caballero se propone contar a su amiga Inés algún chismorreo de la ciudad de Jaén y, distraído por la comida, que va elogiando plato a plato, olvida su cuento, lo deja para mañana, y se entrega a la somnolencia del vinillo aloque. Acompañando sus últimas palabras, el reloj de la iglesia vecina da las once.

Como allí no pasa nada, el principal encanto, a mi ver, tiene que estar en la recitación de los versos: tanto más difícil cuanto que los versos no expresan emociones fuertes, sino se mantienen en el tono neutro de la diaria conversación, y aun de la conversación algo boba.

El escenario debe hacer mucho y sugerir un rinconcito burgués del siglo XVI, bien documentado en cuadros de la época: una vidriera de colores; una mesa española, de esas que se reducen a una tabla de apreciable espesor sobre un caballete de hierros torcidos; unas sillitas ligeras de alto respaldo; un candil ardiente que eche sobre la estancia una luz oblicua y amarilla; tal vez un viejo instrumento de cuerda colgado por ahí —de esos inverosímiles, como mandolinas reducidas a un corazoncito redondo y a un largo pescuezo estirado—; y los jarros de vino, sobre la mesa y en el anaquel suspendido. ¡Lástima que no tengamos aquí el Museo del Prado!

El poemita mismo describe o menciona algunos objetos: la

bota de vino, por ejemplo, el pichel, etcétera. Los trajes han de ser vistosos. La damita que haga el personaje mudo (pues aquí sólo habla el caballero) debe ser encantadora, mimosa, sonriente, prendida a los labios del galán, y siempre ha de hacer figurarse al público que en cualquier momento "va a suceder algo". Acaso conviene que se levante, acerque una fuente de frutas o una golosina cualquiera. Yo concibo esto como una escena del *Chauve-Souris,* el inolvidable teatrito rusoparisiense de los años 1920 y tantos.

A ver ustedes, con su práctica y su talento, qué más ven aquí.

¡Ah! El principal problema reside en que aquella gente no usaba generalmente el tenedor, comía con los dedos. Consúltese la monografía de Rodríguez Marín sobre el yantar de don Quijote.

Agosto de 1954.

16. EL ÉXTASIS

Yo CREO haber conocido el éxtasis de niño, aunque un éxtasis desprovisto de inspiración religiosa y que admite ser explicado al modo laico. Yo creo que mi ser aún no labraba su canal, aún no lo apretaban y encarcelaban dentro de mí mismo las experiencias del pensamiento y de la vida. Y, por decirlo así, me salía yo del cauce y percibía cosas que más tarde no volví a percibir. Yo oía una voz que pronunciaba mi nombre en voz baja, cuando jugaban en la huerta de la casa paterna, como creo haberlo contado en un poemita todavía no recogido en libro. "Es mi Ángel de la Guarda", solía yo decirme sencillamente, y seguía jugando. Estimulado por la fiebre que frecuentemente padecía —y que acaso era una fiebre palúdica— yo caía en "delirios", como solíamos llamarlos, que generalmente eran visuales. Alguna otra vez los contaré. Pero, aficionado como era a quedarme solo, yo me deslizaba, de la manera más natural, sin saber por cuáles caminos, a un estado de olvido y abstracción que me hacía perder del todo la conciencia de mi ser limitado.

De pronto me recobraba, "despertaba" por decirlo así. Entonces me sentía yo como espantado. El caer del éxtasis me asustaba, como en Plotino. Ser yo mismo, ser una cosa sujeta en un alma y en un cuerpo particulares, me causaba verdadero pavor. Corría yo a verme en el espejo para mejor lograr mi descenso desde el cielo a la tierra; corría a buscar a alguien que me hablara, que me ayudara otra vez a anudar mis lazos. Con la infancia desapareció este don envidiable. Yo estaba por aquellos días mucho más cerca de los ángeles.

Agosto de 1954.

17. UN RECUERDO

Yo ERA muy niño. Mi madre y yo estábamos asomados al balcón entresolado en mi casa de Monterrey. Un mendigo, junto al zaguán, tocaba incansablemente el organillo de boca. Mi madre dijo a una sirvienta:

—¡Que le den algo a ese pobre hombre para que se vaya!

Y yo:

—¡No, mamá! ¡Que no se vaya! ¿No ves que ese hombre soy yo?

Mi madre me contempló en silencio, y yo no sé lo que pasó por su alma.

Agosto de 1954.

18. EL RELATIVISMO HISTÓRICO

EL RELATIVISMO histórico puede definirse como aquella teoría según la cual ningún relato histórico es capaz de reproducir con apurada fidelidad los hechos del pasado, por estas diversas razones que espigamos y resumimos en varios autores contemporáneos adictos a semejante doctrina: *1)* Los acontecimientos reales son mucho más ricos que cualquier narración, y ésta nunca podría recoger todas las circunstancias del caso; *2)* la continuidad y estructura que la obra histórica imprime a los acontecimientos, por el solo hecho de narrarlos, no refleja la verdadera continuidad y estructura de los acontecimientos reales; *3)* la historia, sin remedio, emite juicios de valor que corresponden al presente, pero no al pasado. Estos tres argumentos van enderezados contra el procedimiento selectivo y sintético de toda historia, y desde luego se dejan fuera todo argumento de malicia. Son objeciones filosóficas. La respuesta no puede encontrarse, como algunos pretenden, en la supuesta o intentada identificación entre los valores del presente y los del pasado. La respuesta sólo puede resultar de un paciente examen sobre la naturaleza misma de la síntesis histórica.

Croce, Dilthey y Mannheim son tres representantes del relativismo histórico, y sus respectivas doctrinas pueden ser expuestas por sí solas, pero aparecen integradas dentro del sistema filosófico que cada uno de ellos profesa.

Así se aprecia desde luego en Croce, Néstor de las letras italianas, para cuyo recto entendimiento hay que adoptar provisionalmente sus opiniones filosóficas, que no son por cierto moneda de curso general. El sistema de Croce no es seguramente popular, ni carece por otra parte de ambigüedades y contradicciones. Una densa niebla germánica circula por sus largos párrafos ciceronianos, sólo latinos en la estructura sintáctica, cuyos lujos más bien oscurecen la clara manifestación de sus doctrinas.

Añádase a esta dificultad sistemática el hecho de que la noción de Croce sobre la historia ha vivido en desarrollo gradual, y no está cabalmente expuesta en ninguna obra determinada, aunque acaso se resuma lo esencial de ella en su volumen sobre *La historia, su teoría y su práctica* y en su *Historia como hazaña de la libertad*, libro también tardío que tradujo entre nosotros el llorado Enrique Díez-Canedo.

Si ahora bajamos de las excelsitudes científicas al terreno del sentido común, podremos recordar que Anatole France resume el extremo del relativismo histórico, cuando nos hace ver que cada testigo cuenta de modo diferente el crimen o la riña que acaba de acontecer a vuelta de la esquina.

Pero el poeta Yeats, por su lado y sin referirse a France, cree darnos la solución del enigma: en cada uno de nosotros —dice— domina una suerte de temperamento; por ejemplo, el visual, el auditivo, el olfativo, etc. Cada uno, por fuerza, "dramatiza" su testimonio conforme a su inclinación dominante. Las divergencias, pues, nada aducen contra la realidad del hecho. Pero . . . ¡cuidado! Yeats era un hombre crédulo y candoroso. ¿Y sabéis a qué testimonios se refiere su anterior alegato? ¡Pues nada menos que a los testimonios sobre las "visiones" y los aparecidos!

Agosto de 1954.

19. EXTREMOS CRÍTICOS

HAN estado apareciendo los papeles póstumos de Marcel Proust. Ellos confirman su genio crítico en las letras como en las artes, de que ya teníamos suficientes muestras por los libros que publicó en vida, sea en torno a las traducciones de Ruskin, sea en el género de la parodia, sea en el seno mismo de su extensa "novela río" *En busca del tiempo perdido*. Por cierto que, en algún pasaje de esta obra, hasta diserta sobre cuestiones de arte militar, si no como especialista, sí como oyente atento y avisado que ha sabido escuchar y entender lo que dicen los especialistas, cualidad no común.

Ahora se enfrenta con Sainte-Beuve y lo llama al tribunal y lo acusa. Contra la opinión tradicional, casi lo declara un falsificador de la crítica literaria. Sainte-Beuve, en efecto, enlaza de tal suerte el juicio sobre un autor con su biografía, que a veces ya no sabe uno si juzga y aprecia sus páginas o simplemente narra los hechos de su vida. Y —dice Proust— el hombre de la biografía, el hombre inmediato y práctico, no es el que aparece en sus libros. Allí el autor trepa a la cima de sí mismo y se construye otro yo ideal, mejor que el otorgado por la avara naturaleza. En suma, que si en ciertos pueblos exóticos la talla militar se cuenta de los hombros abajo —porque para el caso la cabeza no importa—, en punto a crítica habría que medir la talla de la frente arriba . . . hasta donde alcancen los merecimientos del autor.

Es éste un viejo, viejísimo pleito. Unos quieren que la obra sea expresión directa de la vida. Otros, que sea un desquite de la vida. La verdad —y pido perdón por asumir esta modesta postura helénica en la época de extremosidades que ahora vivimos—, la verdad está casi siempre en el medio, salvo casos excepcionales. Nadie entenderá a Goethe en sus frutos u obras si no los relaciona con el árbol que fue su vida. Y nadie se figuraría que Nietzsche, apóstol de la bestia rubia y cantor del férreo superhombre, era un pobre cega-

tón, tembloroso, inválido, que chocaba contra las mesas en las fondas de Italia y pedía disculpas a las sillas.

Tal vez en el caso de Nietzsche el método de Sainte-Beuve fracasaría (y no sabemos bien hasta dónde). No así en el caso de Goethe. Y fuerza será, si la crítica ha de ser científica, es decir (dejémonos de pedanterías), si sus asertos han de corresponder a sus documentos, que concierte la biografía con la psicología, el cuadro histórico de la época con las meras características del estilo y la estética de un autor: lo más misterioso, lo más irreducible.

Pues también nos engañan los hoy llamados "estilísticos", quienes pretenden reconstruir a un autor o a una época por un solo texto literario, y hacen como esos fotógrafos que, por los rasgos de la fisonomía, nos dicen cómo era y cómo pensaba, digamos, Victor Hugo... Sí, pero una vez que han conocido antes a Victor Hugo por sus libros y su biografía.

Hace tiempo que venimos peleando para rescatar a esta doncella del sentido común, que los partidarios de escuelas limitadas tienen encarcelada entre rejas: que la crítica lo mismo ha de tomar en cuenta las condiciones exclusivamente literarias, y además las biográficas, las históricas, las psicológicas, aun las psicopáticas en su caso. Sin querer por eso incurrir en el error de tantos *snobs* que hoy pretenden explicarnos por complejos freudianos, complejos de Edipo y otras "macanas" (para decirlo en argentinismo elocuente), los "encabalgamientos" y las consonantes de un pobrecito e irresponsable soneto.

Agosto de 1954.

20. KANT

Hace ciento cincuenta años, la ciudad prusiana de Königsberg lanzaba sus campanas a vuelo para anunciar la muerte de un hombre humilde, hijo de artesanos, que había pasado allí sus ochenta inviernos y que, en los retratos, muestra la fisonomía más fruncida y menos prometedora del mundo. Cuando se difundió la noticia, el pueblo entero invadió su casa. El día del entierro hubo que suspender todas las actividades acostumbradas. El féretro fue seguido por millares de acompañantes. Las crónicas locales aseguran que jamás se había visto cosa parecida en la comarca.

El muerto era el filósofo Immanuel Kant, nativo de Königsberg, es decir, literalmente, regiomontano. Posible es que a él se refiriera la frase "el otro regiomontano ilustre", usada a propósito de Fray Servando Teresa de Mier, nativo de "Monterrey" (en alemán, "Königsberg"), frase que causó hace años cierto revuelo en nuestro mundillo literario y que tanto estomagó al pobre de Pepito Elguero.

Pero ¿es posible que aquellos funerales casi delirantes se hayan consagrado exclusivamente al filósofo, al crítico de la Razón Pura y la Razón Práctica, al teórico de las Categorías del Pensamiento y del Imperativo Categórico, al campeón del Idealismo Trascendente?

Digamos, de paso, que esta denominación de Idealismo Trascendente no ha dejado de ser funesta. La gente ha dado en figurarse que Kant era un idealista —y para colmo, trascendente—, en el sentido de que negara la realidad de las cosas físicas y las redujese a meras ideas. Aun los filósofos Fichte y Hegel han tratado por eso de apropiarse a Kant y de erigirlo en su antecesor legítimo, por más que, en ciertas declaraciones públicas contra Fichte, el propio Kant haya dicho explícitamente: "¡Líbrenos Dios de nuestros amigos!"

Su difícil estilo contribuiría a mantener la confusión. Kant estaba condenado a que se lo venerase como el padre del

idealismo germánico, cuando Kant solamente había negado realidad empírica y objetiva a las nociones del tiempo y del espacio, pero siempre consideró reales y muy reales las cosas que existen en el espacio y en el tiempo. Y lo que Kant critica en su *Crítica* es precisamente el idealismo germánico, o sea la Razón Pura del idealismo *absoluto.*

Pero, sea de esto lo que fuere, aquellas manifestaciones del duelo popular ¿eran destinadas al filósofo? ¿De cuándo acá han demostrado las ciudades y los vecinos tan aguda sensibilidad metafísica? No, expliquémoslo: el año de 1804, bajo la monarquía absoluta de Federico Guillermo, aquellas campanas de Königsberg, al doblar por Kant, en verdad repetían o coreaban a su modo el eco de las revoluciones americana y francesa, fomentadas por las ideas de 1776 y 1789.

Kant, para sus compatriotas, había venido a ser la incorporación de estas ideas. Era un maestro de los Derechos del Hombre, de la igualdad ante la ley, de la ciudadanía mundial, de la paz en la Tierra y, tal vez más importante aún, de la emancipación por el pensamiento o la "libertad por el saber", como reza el lema de nuestro Colegio Nacional.

Kant fue el último de los grandes campeones de la Ilustración, y no el fundador de la escuela romántica que la echó abajo (Fichte, Schelling, Hegel). Él había demostrado que todo hombre es libre, no porque haya nacido libre, sino por haber nacido con el honroso fardo y la valiente responsabilidad de adoptar libres decisiones.

Agosto de 1954.

21. EL PETULANTE

(EL PETULANTE habló en estos términos:)

—O se burlaba de mí o quería decirme algo. Me miraba como nos miran los pintores. Algo mío parecía arrancarme con los ojos. Yo me sentía sorbido por ellos.

"¿Por qué me mira usted así?" —le pregunté—. "¿No me reconoces?" —contestó—. "¡Y pensar que, hace años fuimos tan felices toda una tarde en . . .!"

"¡En Montevideo!" —le atajé con súbita iluminación.

"Sí, en Montevideo. Por Carrasco, el viento y las olas andaban a cachete limpio. Y nosotros . . ." —vaciló.

"Nosotros —completé— fuimos muy felices. A ver: cierra un instante los ojos."

Y aproveché ese instante para escapar. Porque estas emociones recalentadas suelen ser indigestas. Me alejé con un resabio de ingratitud amargo y tónico. Yo creo que todavía me espera con los ojos cerrados.

(Algo más quiso decirme el petulante, pero yo ya le había dado la espalda.)

Septiembre de 1954.

22. NAPOLEÓN

NAPOLEÓN era acaso mucho más francés de lo que sospechaba él mismo. Padecía la característica dificultad para orientarse entre la naturaleza y los pueblos exóticos. Vencía en Europa, pero fracasaba en Egipto, en Rusia, aun en España; la cual, para la sensibilidad francesa, según confesaba Victor Hugo, es ya un comienzo del Oriente.

Es decir, que el exceso de la cultura racional impide entender cabalmente aquello que participa de la irracionalidad. Los germanos de Tácito no se daban cuenta de su derrota, lo que hacía difícil el triunfo de Roma. Y, al contrario, si la victoriosa antropología francesa sufrió alguna vez un descalabro fue por considerar al salvaje como un aspirante fracasado al Instituto de Francia.

Mucho más psicólogos, los españoles conquistaban a América con cuentas de vidrio y mitos del sol, del cometa, de los centauros.

Septiembre de 1954.

23. LOS "GRAFFITI"

LA ADORACIÓN popular por aquel hombre rayaba en fanatismo. La gente hasta llegó a disimular su retrato tras las imágenes de la Guadalupana, para poder orar ante él sin ser perseguida por el régimen. De él se esperaba la salvación del país por efecto de algún conjuro milagroso.

Aquel sentimiento exagerado me puso en guardia. Todo fanatismo es "ambivalente" y se desliza fácilmente del amor al rencor. Yo debo de haber sido griego en otra vida. Desconfié siempre, por instinto, de la desmesura y tuve horror a la ceguera de los humanos, a la *hybris* que los lleva a competir con los dioses.

Como tenía que ser, aquel fanatismo se volcó en odio desenfrenado, a poco que el hombre providencial se negó a sacrificar sus sentimientos de lealtad personal para atender al llamado público y levantar una sublevación que, realmente, hubiera triunfado en cinco minutos. Otros vinieron a ser sus malquerientes simplemente por esa flaqueza humana que nos hace cansarnos de lo que admiramos, cansarnos de Arístides el Justo.

Y bien, aunque —como lo he dicho— un secreto instinto me tenía ya despierto para percibir los primeros síntomas de mudanza, cuando nadie, junto a mí, quería convencerse de que se aproximaba el crepúsculo de aquel dios, yo me percaté de ello, y me percaté muy fácilmente.

¿Y saben ustedes cuáles fueron, para mí, los primeros avisos de la impopularidad que se aproximaba? Pues simplemente las inscripciones callejeras en las paredes, en los lugares reservados, en los carteles; o, para decirlo en el lenguaje de los arqueólogos, los *graffiti*. Una de estas inscripciones, en *Le Bourg régénéré*, de Jules Romains, determina la completa transformación de un villorrio. Para mí los *graffiti* tu-

vieron valor de augurios; cantaba la corneja siniestra. La oí, lo anuncié, lo denuncié. No quisieron hacerme caso. (Yo vivía en las nubes, yo era el poeta. ¿Qué entendía yo de política?) ¡Y ya ven ustedes lo que pasó!

*Septiembre de 1954.**

* El texto siguiente, 24, "De turismo en la tierra", pasará al tomo XXIV, de *Memorias*.

25. JULES VERNE

ALLÁ por los años de 1880, un funcionario francés del Ministerio de Instrucción Pública recibió la visita de un caballero pelirrojo o barbitaheño y, al leer el nombre en su tarjeta, acercó prontamente un sillón y se deshizo en ceremonias:

—¡Siéntese usted, señor Jules Verne! ¡Tras de tantos viajes y aventuras debe usted de estar fatigadísimo!

Al sedentario de la torre de Amiens, que apenas salía de su gabinete en forma de camarote, atestado de libros, mapas y esferas, el honrado funcionario le atribuía en realidad el haber dado cien veces la vuelta al mundo —cierta ocasión, en ochenta días—, el haber completado 20 000 leguas de viaje submarino, una excursión en cohete a la Luna, otra al centro de la Tierra, varias exploraciones entre los caníbales de África y los bosquimanes, a Australia, a las Indias, al Orinoco, etcétera.

Precursor de la novela científica, tan en boga por los días que vivimos, lo fue también de numerosos descubrimientos. Pues, como él solía decir, "lo que un hombre es capaz de imaginar, otro será capaz de hacerlo". Y aunque no contaba con más laboratorio que su estupenda imaginación, fue un estimulante y un inspirador directo del viaje polar (según declaración de Byrd), de la lámpara de neón (según declaración de Claude), de las aceras móviles, del clima condicionado, del rascacielos, del proyectil dirigido, del tanque, de la aerostación a lo Zeppelin y a lo Piccard, de los aeroplanos a lo Santos Dumont y Wright, de los submarinos eléctricos (según declaración de Lake), del autogiro o helicóptero (según declaración de La Cierva), de la telegrafía inalámbrica a lo Marconi, del cine, la radio y aun la televisión, que él llamaba fono-tele-foto. Así se explica que el Mariscal Lyautey haya declarado un día ante los diputados de Francia que la ciencia moderna, en sus aplicaciones, no hace más que ir rea-

lizando las visiones de Julio Verne. Para colmo, sus últimos libros se ensombrecen ya con el pavor de la tiranía y el totalitarismo futuros.

Ante tamaña fertilidad, los contemporáneos llegaron a creer que Jules Verne era un equipo, una sociedad de escritores, fábula que deshizo Amicis, enviado especialmente a Francia por los intelectuales italianos para averiguar la verdad. Verne, como tantos videntes, tuvo la desgracia de morir ciego.

Esto lo saben ya todos más o menos, y en *The Saturday Review* acaba de recordarlo George Kent, a quien sigo en las anteriores líneas. Pero lo que no todos saben ni allí se dice es que Verne resulta asimismo precursor de un gran poeta. Por las investigaciones del coronel Godchot (1936), averiguamos que el *Viaje submarino* de Verne ha inspirado —tan de cerca que a veces hay expresiones semejantes— el célebre poema de Arthur Rimbaud: *Le Bateau Ivre*. Naturalmente, no es ésta la única influencia. Consúltense sobre tan intrincado asunto las recientes obras de Etiemble y de Emilie Noulet Carner, autores ambos que hace unos años residían en México.

Septiembre de 1954.

26. THIERRY MAULNIER

No ES mi ánimo escatimar sus merecimientos al excelente escritor y dramaturgo Thierry Maulnier. Pero es una lástima que su "bien tajada pluma", como se decía en otro tiempo, rechine un poco, de repente, por falta de experiencia clásica y de conocimientos fundamentales.

Su preciosa página, que sirve de explicación y comentario a su drama *La Maison de la Nuit (La casa de la noche)*, nos arrastra y nos fascina, y es un magnífico alegato sobre el derecho —acaso del deber— que asiste a un autor para tratar los temas más angustiosos de la hora (naturalmente, los políticos), como asuntos meramente dramáticos, y aun dejando ver su simpatía, pero siempre con perfecta lealtad para la motivación de sus personajes, sin por eso admitir que haya querido hacer "obra de política". Y aquí es oportuno recordar la palabra de Synge: "El drama, como la sinfonía, ni enseña ni prueba nada."

La casa de la noche acontece en una frontera; a un lado, la república comunista; a otro, la liberal. Un grupo de fugitivos del este espera que se le abran las puertas del oeste. Entre ellos, Werner, Ministro de Estado de la República Popular que, por decirlo así, escapa de la quema, desengañado de su credo anterior, o de las aplicaciones de su credo; y asimismo, dos comunistas enviados en misión al oeste: Kraus y Hagen, quienes, al reconocer a Werner, intentan evitar su fuga. Kraus es inflexible, espartano, y vuelve a su país para obtener ayuda de la policía. Hagen, entre tanto, echa mano de un recurso poco aprovechado en la escena: la compasión, una simulación, un fraude o chantaje sentimental que acaba por enredarlo y contaminarlo a él mismo, haciéndolo fracasar en su empeño de detener a Werner, pues hay sentimientos de dos filos que no pueden esgrimirse en vano.

Y Thierry Maulnier, con innegable elocuencia, nos dice que unos espectadores se quejarán de que resucite en el teatro las

más amargas inquietudes presentes, y otros, en cambio, considerarán acaso que el teatro carece de dignidad y sentido si no ofrece a los hombres una imagen de su verdadera condición. Pues el teatro —dice— es ambiguo. Nos liberta de nuestras obsesiones, a la vez que nos habla de ellas.

Y aquí una larga tirada en que Thierry Maulnier no parece darse cuenta (¿o acaso no quiso darse cuenta, el ingrato?) de que simplemente está repitiendo la fórmula de Aristóteles, cuando éste da por función propia de la tragedia el purificar nuestras pasiones mediante un ejercicio de la piedad y el terror en cabeza o en corazón ajenos, suerte de magia homeopática que opera por simulacro y descarga la virulencia de la realidad, transportándola al espejo del arte o, si prefería, al otro lado del espejo, el reino de Alicia, la de Lewis Carroll. "Lo propio del teatro es esa emoción compleja —concluye Thierry Maulnier— en que vivimos y a la vez no vivimos las emociones representadas en la escena."

Admirable, y admirables sobre todos los dos últimos párrafos y el impecable pasaje donde leemos: "Hay algo en el hombre que escapa sin remedio al instante, a su atracción o su tortura, y vuela hacia aquel cielo de serenidad sin esperanza en que todo grito se vuelve canto. El arte se funda en aquello que de nosotros resiste a la historia."

Pero ¿por qué no citar al que trajo las gallinas, como diría el fabulista? ¿Por qué no citar a Aristóteles, tanto respecto a la función trágica como respecto a la comparación entre la poesía y la historia, ya que fue precisamente Aristóteles quien levantó la liebre, como dice la frase hecha? Las solas referencias clásicas nos hubieran ahorrado muchas explicaciones. Por lo demás, yo sé por experiencia propia que hay un auténtico placer en descubrir otra vez el Mediterráneo a nuestro modo. También Eliot nos hablaba recientemente de los tres poderes de la poesía, como haciéndose de nuevas y desentendiéndose de que siempre se les ha llamado la épica, la dramática y la lírica, sin dar un paso más allá del terreno secularmente acotado, aunque, cierto, enriqueciendo lo ya acotado con originales observaciones.

Thierry Maulnier, por lo demás, se muestra poco afortunado en este punto relativo a las fuentes de su conocimiento.

Allá, calla nada menos que a Aristóteles como acabamos de verlo; acá ¿qué se le ocurre sino atribuir a Albert Camus la definición de la tragedia como un conflicto en que todos tienen razón? Perogrullo va a ponerse celoso. Pues cualquiera sea el primero que ha acuñado esta fórmula, ella ha pasado hace mucho en autoridad de cosa juzgada. Una mujercita inculta y sencilla que aparece en la novela de Pérez de Ayala *Troteras y danzaderas* (1913) usaba ya esta fórmula hace cerca de medio siglo, con la naturalidad con que el esclavo interrogado por Sócrates descubre, sin saber geometría, no sé qué teorema del círculo. Y más quiero añadir por mi cuenta: la observación es de tal manera evidente que se comprueba por la contraria; es decir, que cuando toda la razón cae de un lado y toda la sinrazón del otro aparece inmediatamente un elemento caricaturesco, o sea, de comicidad, que enturbia la pureza trágica.

Conque Camus ¿eh? ¡Pero si el mundo comenzó mucho antes del siglo XX! ¿Qué se diría de mí si yo saliera ahora atribuyendo a un vecino mío los preceptos tradicionales del diálogo: conservar el carácter y la condición de cada personaje, etcétera, que a esto, en suma, es comparable nuestro caso? A estos deslices conduce el preocuparse más de la cuenta con las modas y las capillas literarias, el no querer asomarse más allá de las bardas. Y esto me recuerda el caso de un joven escritor que, por inercia de buen estudiante y falta de práctica literaria, escribió un día: "El maestro García Bacca ha mostrado que el sentimiento del yo se descubrió en el Renacimiento." Con lo que dejó confuso al caro y genial amigo García Bacca, y dolido a Burckhardt en su sepultura y en su olvido. O peor aún, esto me recuerda el caso de cierto jurisconsulto a quien tuvimos la mala idea de hacer miembro de nuestro Ateneo de la Juventud, allá en la dichosa edad y siglos dichosos, y que se presentó con una larga disertación (¡oh manes de Schopenhauer!), la cual comenzaba así: "Como ha dicho Alfonso Karr, el mundo es voluntad y representación." Y basta por hoy, que mañana será otro día.

Octubre de 1954.

27. LOS "DISEURS"

HA SIDO moda entre los *diseurs* de los cabarets de París el improvisar coplas con las palabras consonantes que dicta el público, lo que ha fundado verdaderas reputaciones en este arte semipopular que tanto corresponde al teatro como a la feria y cuyo natural escenario, si se lo practicara entre nosotros, sería, aquí, la "carpa" mexicana.

Las modas son viejas como el mundo. ¿Teníais noticia de Diógenes de Seleucia? No seguramente, ni yo tampoco hasta hace dos días. Los datos sobre Seleucia han sido olvidados por mucho tiempo, y aunque allí se cunó la primera helenización del Asia cuando las conquistas de Alejandro, toda aquella zona fue opacada por el brillo y el bulto documental de la obra desarrollada por los Tolomeos en Egipto. Pues bien, sucede que este Diógenes de Seleucia, un filósofo epicúreo de tiempos de Antíoco III el Grande (tal vez sea el fecundo escritor radicado en Tarso allá por el siglo segundo antes de nuestra Era), acostumbraba viajar de ciudad en ciudad, improvisando conferencias y poemas sobre el tema que le pidiera el público. Gozó de singular predicamento, según parece, en la corte de Alejandro Bala, rey sirio. Tal es el abuelo del Teatro *de Dix Heures* (o *des Diseurs)*.

Octubre de 1954.

28. CONSEJOS DE UN MAESTRO

¿La letra con sangre entra? No siempre entra con caricias, hay que confesarlo. Pero a veces entra con cierto mañoso disimulo. Cuando Gilbert Murray, el padre de los helenistas contemporáneos, estudiaba en Oxford, consultaba sus dudas, entre otros, con el profesor T. C. Snow, un sabio tartamudo de singularísimo ingenio y raro caudal de erudición:

—Profesor —le decía el joven Murray— ¿me pondré a estudiar alemán? ¡Me encuentro tantas notas en alemán en mis textos clásicos!

—No, hijo, hazte el que lo entiendes, y pronto dominarás la lengua lo bastante para traducir un comentario.

Otro consejo de oro:

—¿Qué debo leer, en punto a clásicos?

—Ve por la Union Library, busca en los estantes de clásicos algún título que te interese. Ensaya la lectura y, si deja de interesarte, abandónala.

Octubre de 1954.

29. LA POESÍA TOTAL

YA ERA tiempo (¿verdad?), ya era tiempo de prestar alguna atención a la poesía de asunto, a riesgo de morir bajo las ondas del escorbuto lírico, cuyo fantasma, a distancia, aterrorizaba al propio Goethe. Y naturalmente, en Grecia —siempre Grecia—, encontramos ya un poeta de asuntos, que no reduce su arte a meros automatismos verbales como el personaje de Jules Romains (propia caricatura de una época) y que puede hombrearse con Valéry, con Rilke, con Eliot.

Constantino Cavafis —que así se llama este poeta griego contemporáneo —ha sido abundantemente traducido en Inglaterra; pronto lo será en Estados Unidos; en Alemania existen tres diferentes versiones de sus obras escogidas. Es menos conocido todavía, aunque no desconocido, en Francia. Marguerite Yourcenar prepara un traslado completo de su poesía, al francés, para la casa Gallimard. Y Sir Maurice Bowra, en quien el humanista de temas clásicos y el crítico de las letras más avanzadas han logrado una armoniosa conciliación, no duda en considerar a Cavafis como uno de los genios poéticos más originales de nuestros días.

Desde luego que no es Cavafis el único poeta de asunto en las letras contemporáneas. Comenzamos ya a decir adiós al rigorismo del Abate Brémond, y reconocemos que no sólo es pura la que él ha llamado poesía pura por antonomasia. Eliot, desgraciadamente, exagera el tono coloquial y ramplón hasta llegar a la paradoja o "alambicamiento de la sencillez".

(¿Cómo está usted, señor? —Yo muy bien, gracias,
¡si no fuera por estas piernas lacias! Etcétera.)

Pero André Berry, en Francia, ha sabido ponerse a la noble escuela de los trovadores, de Ventadour, Béroul, Chrétien de Troyes, Thibaut de Champagne, Guillaume de Lorris, Jean de Meung, Charles d'Orléans y, singularmente, el ma-

yor de todos, François Villon. Por supuesto, la escuela pura, por boca del gran Léon-Paul Fargue, se burlaba todavía de Berry, diciendo más o menos:

—Nos ha salido un trovador de nuevo cuño capaz de poner en verso la Guía Telefónica. Pero ¿es que la poesía debe decirlo todo?

Como deber, debe; ¡oh, sin duda! Lo que pasa es que no siempre puede; ahí está el mal. Ya cuando, en 1923, presenté al público mi modesta *Ifigenia cruel,* me vi en el trance de escribir irónicamente, sabiendo bien que mi poema no podía aspirar al éxito inmediato.

"Un alto testigo del pensamiento contemporáneo, Paul Valéry, confiesa, comentando el *Adonis: Cierto es que, en los versos, todo lo que es necesario decir casi es imposible decirlo bien.* ¡Así andamos ahora!"

Pues bien, ya no debemos andar así. Frente a la exclusivamente llamada "poesía pura" (la de asunto también puede serlo, en cuanto a la calidad y excelencia), proponemos la que siempre han cultivado los hombres hasta antes del siglo XX: la poesía total.

Octubre de 1954.

30. SAAVEDRA LAMAS Y CASTILLO NÁJERA

DON CARLOS SAAVEDRA LAMAS, el exquisito "Canciller" argentino, que durante la Conferencia del Chaco asumió rasgos de Metternich sudamericano y fue Premio Nobel de la Paz, no era precisamente un humorista. Al contrario, caminaba por la vida con un fino alambicamiento, dicen que ensayaba su mímica al espejo, tenía un sirviente alquilado para ejercitar ante él su oratoria todas las noches (pues, naturalmente, hombre de su temple nervioso y su inmensa responsabilidad nunca incurría en la vulgaridad de dormir), y cargaba cuidadosamente sobre su esbelta persona una cabecita pequeña y expresiva, como si temiera que se le derrumbara del cuello, donde la llevaba atornillada: un cuello duro, estrecho y alto que más parecía un puño de camisa.

Con todo, este hombre sin humorismo tuvo un feliz rasgo de ingenio y voy a contar cómo aconteció. Corría el año de 1936. El Presidente Roosevelt provocó, en Buenos Aires, la Conferencia Internacional para la Consolidación de la Paz, y a ella concurrió, como jefe de la delegación mexicana, don Francisco Castillo Nájera, a la sazón Embajador en los Estados Unidos.

Nombrado presidente de una de las principales comisiones, pronto hizo gala de esa simpática llaneza que lo caracteriza, ese desparpajo, esa manera tajante y directa que es, en él, prenda natural del temperamento y, también, resultado de su experiencia en los congresos internacionales, y medio seguro para llegar pronto a las conclusiones deseadas sin perder tiempo en reconcomios y tiquismiquis.

Esta manera viril y un tanto despojada, junto con esa su máscara levemente feroz (algo a lo Silveti) que contrasta ciertamente con su bondad ingénita, fue causa de que nuestro Francisco asustara un poco, en el primer momento, a algunos diplomáticos sudamericanos de la vieja escuela, que

no lo conocían aún y que estaban habituados a las untuosidades ortodoxas de otros tiempos.

—Este mexicano es terrible —comentaban entornando los ojos. —¿Adónde nos va a llevar? Ha sido un error ponerlo al frente de una comisión tan importante:

Y don Carlos Saavedra Lamas, sonriendo, deslizó esta aguda observación:

—No se alarmen ustedes, queridos colegas. Este mexicano es, en el fondo, una paloma. Lo que pasa es que se despeina por orden de su Gobierno.

*Octubre de 1954.**

* El texto siguiente, 31, "El hombrecito del plato", pasó a *Vida y ficción*, en *Ficciones*, OC, t. XXIII.

32. GUIDO SPANO

CARLOS GUIDO SPANO, poeta argentino que vivió noventa y un años y cuya existencia cubre prácticamente el siglo XIX, era famoso por su aire profético, su alta estatura, su cabellera larga, su barba de Moisés.

Todos conocen, más o menos, su poema *Nenia,* siquiera por aquella estrofa:

> ¡Llora, llora, urutaú,
> en las ramas del yatay!
> Ya no existe el Paraguay
> donde nací como tú:
> ¡llora, llora, urutaú!

Poema que, para sorpresa mía, un día oí recitar al caricaturista Bagaría en algún café literario de Madrid.

Durante sus últimos años, la parálisis obligaba a Guido Spano a guardar cama, y algunos dicen que lo hacía más bien por aburrimiento y para no tratar con la gente. Como era inspector de escuelas, los escolares desfilaban de cuando en cuando junto a su cama, y a eso se reducía su función.

Antes, había sido nombrado Director de Agricultura o cosa parecida. Haciendo un esfuerzo, se presentó a tomar posesión del cargo. Convocó a sus empleados, les dirigió algunas palabras oportunas, les reiteró su confianza, y acabó diciendo:

—En cuanto a mí, ustedes me verán poco por esta oficina, porque estoy convencido de que, en materia de agricultura, lo mejor es dejar obrar a la naturaleza.

¿Hase visto un hombre más sabio?

Noviembre de 1954.

33. THOREAU

La British Broadcasting acaba de celebrar un centenario que de cierto modo nos interesa. La celebración se redujo a una charla entre Robert Frost y Reginald Cook, con introducción de J. Isaacs, en quien espigamos los datos siguientes, añadiendo algo por cuenta propia.

Hace cien años, apareció uno de los más famosos libros que se hayan escrito en la república del norte: *Walden, o la vida en los bosques,* obra de Henry David Thoreau. Con *La letra escarlata,* de Hawthorne, los *Ensayos* de Emerson, las *Yerbas (Leaves of Grass)* de Walt Whitman y *Moby Dick* de Herman Melville, ese libro contribuyó a incorporar la literatura norteamericana en la literatura mundial allá por los años de 1850.

Thoreau ha cautivado la imaginación del público. Graduado en Harvard, muy conocedor de la literatura occidental y de la filosofía oriental, hombre de singulares dotes y habilidades muy variadas, a los veintiocho años decidió alejarse del mundo y se construyó una cabaña solitaria junto al lago Walden, donde pasó un par de años en comunión con la naturaleza.

La experiencia era peligrosa y lo exponía a toda clase de apreciaciones erróneas. Se lo llamó el excéntrico de la Nueva Inglaterra, el humanista gitano, el Diógenes Yanqui y el Robinsón del Espíritu. Redujo el universo a la minúscula aldea de Concord, unas veinte millas al noroeste de Boston. Henry James dijo de él: "parroquial, más que provinciano". Pero otros lo entendieron mejor. Emerson declaraba: "Nunca hubo un americano más auténtico." Era un poeta naturalista. En cierto modo, se identificaba con las piedras, los vegetales, los animales. Solía aparecer por la aldea a hacer sus compras y a oír las novedades, y en su refugio, a unos cuantos kilómetros, recibía la visita de sus amigos.

Era una viviente protesta contra el materialismo, contra la

sed desmedida de riqueza, contra el poder absorbente de los gobiernos; contra los excesos —¡ya hace un siglo!— de la civilización industrial: "El hombre —afirmaba— se ha vuelto instrumento de sus instrumentos." Parecía decir con el proverbio: "Cuida tu casa, y deja la ajena." Pero, en ciertos casos extremos, el mundo entero se le volvía su casa. Durante la guerra con México, escribió un alegato en favor de *La desobediencia civil,* verdadero desafío del individuo contra el Estado: "Nunca —decía— habrá un Estado verdaderamente culto y libre, mientras el Estado no reconozca al individuo como un poder superior e independiente, del que derivan su propio poder y autoridad, y mientras no trate al individuo de acuerdo con este principio."

Su actitud ha ejercido una innegable influencia, tanto en la poética como en la política. *Walden* inspira los sueños de Yeats en su *Isla lacustre de Innisfree* e inspira también a algunos escritores rusos. Pocos años después, en Sudáfrica, el líder indostánico, Gandhi, lee *La desobediencia civil,* la traduce, la publica y la distribuye profusamente. De suerte que quien tanto debía a la literatura oriental, contribuyó así a modelar el destino de la India. "Las puras aguas de Walden se mezclaron con las sagradas aguas del Ganges."

Noviembre de 1954.

34. UN AUTOR CENSURADO EN EL "QUIJOTE"

Resumen de mi conferencia en la serie cervantina de la Academia Mexicana correspondiente de la Academia Española de la Lengua, el día 4 de octubre de 1947.*

En la famosa quema de los libros que habían trastornado el juicio a Don Quijote (I Parte, cap. vi), se habla de *Don Olivante de Laura,* que es desde luego condenado a las llamas; y el Cura dice que el autor, Antonio de Torquemada, escribió también un *Jardín de flores,* no menos digno del fuego por embustero y disparatado.

De Torquemada, autor de pleno siglo xvi, se conocen especialmente, y por su orden, *Los Coloquios Satíricos,* el mencionado *Don Olivante de Laura* y aquel tercer libro cuyo título completo es *Jardín de flores curiosas.*

La primera es obra de costumbrista y satírico social, bastante discreto y manso, con algunos cuentecillos incrustados en los diálogos de los personajes, donde Torquemada, antes todavía que el muy conocido Juan de Timoneda, explota la rica vena del Boccaccio, llamada a tener tanta fortuna en las letras españolas.

La segunda obra es un libro de caballería "disparatado y arrogante", según el Cura del *Quijote,* sólo digno de recordación por haberlo mencionado Cervantes.

La tercera es una miscelánea o "silva de varia lección" al modo de la que compuso Pero Mexía, en la cual se trata de todas las cosas de este mundo y del otro.

En estas obras sucesivas se percibe un claro proceso desde la discreción y la prudencia, hasta la extravagancia rayana en locura.

El primer tratado del *Jardín* se consagra a las monstruosi-

* *De un autor censurado en el "Quijote" (Antonio de Torquemada),* México, Editorial Cvltvra, 1948.

dades y curiosidades del tipo humano; el segundo, a las propiedades naturales y milagrosas de las aguas y a la ubicación del Paraíso Terrenal; el tercero, a fantasmas, duendes y demonios, brujerías y casos de espanto; el cuarto, al concepto de la fortuna, la felicidad, el hado, la estrella, el libre albedrío y la divina providencia; el quinto y el sexto a la descripción fantástica y absurda del mundo ártico y las tierras septentrionales, según la autoridad, entre otros, de Olao Magno, Obispo de Upsala.

Ahora bien, si Cervantes, por una parte, en el *Quijote* condena a Torquemada y censura como libro embustero el *Jardín de flores*, por otra parte, en la obra de su vejez, aquella a que puso prólogo "puesto ya el pie en el estribo", el *Persiles y Sigismunda,* historia septentrional, aprovecha a Torquemada ampliamente para sus noticias y descripciones de las tierras del norte, medio ignoradas todavía; y aun demuestra su familiaridad con Torquemada por cuanto lo recuerda muy de cerca en algunas consideraciones filosóficas sobre el hado, la fortuna, etcétera.

Por supuesto que no hay en estas dos actitudes distintas sino una aparente contradicción, puesto que en uno y en otro caso Cervantes se propone un fin muy distinto, y se pliega a la ley artística de dos géneros diferentes.

Es curioso advertir que, según la descripción de Olao Magno, Torquemada —acaso por primera vez en España—, habla del "ski", entre los trineos y otros medios de locomoción sobre el hielo; y que, tomándolo de estos autores, Cervantes reproduce estas noticias en el *Persiles,* dando así el marchamo en las letras españolas a este deporte septentrional.

Noviembre de 1954.

35. SOR JUANA

La Nueva España del siglo xvii dio dos grandes nombres a las letras: el comediógrafo Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, harto conocido por estar incorporado a la historia de la comedia española, y la llamada Décima Musa Mexicana, Sor Juana Inés de la Cruz, que puede considerarse, al menos, como el nombre más importante de las letras hispánicas durante el reinado de Carlos II. Su figura tiene cierta actualidad a la vez social y humanística, pues mientras por una parte se estudia activamente su obra —y hasta el alcance de su misticismo— en el mundo sabio, lo mismo en México que en los Estados Unidos o en Alemania, por otra parte puede considerársela a justo título como precursora del feminismo americano, en cuanto ella significa una rebeldía contra el estado de ignorancia que afligía generalmente a la mujer en nuestras viejas sociedades coloniales.

En su vida se aprecia una evolución desde lo mundano y cortesano hasta la más pura caridad. Su carácter propio resalta si se la compara con otro gran nombre femenino de las letras hispánicas, más excelso sin duda: el de Santa Teresa. En su vida se pueden señalar cuatro etapas: 1º la infancia, en que descuellan la precocidad casi anormal de Juana de Asbaje y su esfuerzo de autodidactismo, su desordenado afán de saber, allá en su humilde pueblecito nativo; 2º su segunda infancia y su adolescencia en México, donde pronto alcanza un saber que confunde a las academias de doctos; donde su fama hace de ella una celebridad cortesana y le atrae las importunidades de los galanteadores en la fastuosa corte virreinal, lo que la decide a entrar al claustro, para salvar su vocación de estudiosa; 3º su vida de estudiosa en el convento, y la lucha entre la vocación puramente literaria y la vocación religiosa; 4º la última etapa, en que Sor Juana sacrifica todo a la caridad, incluso sus libros y sus aficiones personales, y

muere curando a sus hermanas, contaminada de una epidemia que asolaba a la población.

Con las propias palabras de la monja, que mucho escribió sobre sí misma, y con ayuda de otros testimonios contemporáneos, se puede seguir el sesgo de esta evolución, marcando su relieve distintivo en cada una de las etapas. Lo más notable en esta vida es el afán casi heroico con que luchaba por llegar al pleno conocimiento de las cosas divinas y humanas. Fue fecunda y elegante poetisa, erudita y sensible a un tiempo, contaminada —como era de esperarse en su época— de conceptismo y de gongorismo. Es autora de aquellas célebres redondillas:

Hombres necios que acusáis
a la mujer sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis.

. . . .

¿Pues para qué os espantáis
de la culpa que tenéis?
Queredlas cual las hacéis
o hacedlas cual las buscáis.

Noviembre de 1954.

36. UN PRECURSOR OLVIDADO

El olvidado Ignacio Miguel Pusalgas publicó en Barcelona una novela en dos volúmenes, año de 1832: "*El Nigromántico Mejicano,* novela histórica de aquel imperio en el siglo XVI." El prefacio dice: "En este escrito se hallará el respeto por la religión y las costumbres, los sentimientos de humanidad y el amor hacia el orden y la virtud." El título, sin remedio, nos hace pensar en Ignacio Ramírez y su conocido seudónimo literario, y es curioso que el novelista de marras también se llamara "Ignacio". El género de la obra nos recuerda sin remedio a Riva Palacio y demás intentos de la novela colonial. Es, en todo caso, una de las primeras novelas peninsulares sobre la América hispana. Pero su propósito evidente es más bien el aprovechar los recursos de la "comedia de magia". Junto al nigromántico que da su nombre a la obra y que está representado de modo imponente en la portada, aparece una encantadora, maestra en artes funestas y diabólicos filtros, cuyas fechorías sólo acaban cuando se la encierra en un calabozo; además, aparecen una damisela que fue bella en su tiempo y ahora se nos muestra deforme y monstruosa, aunque sostiene su papel de concubina real; y finalmente, un par de enamorados románticos, jóvenes indios descritos con manifiesta delectación. "Los ojos de aquella melancólica joven —dice el autor— se humedecen de lágrimas de ternura, pero una caricia de su compañero las detiene y ambos se entregan dulcemente en los brazos de Morfeo." Ecos desvaídos de Chateaubriand.

El autor declara en su prólogo el propósito de describir la historia y costumbres de México, a lo cual consagra, en efecto, un puñado de notas explicativas al pie de las páginas. Con todo, la obra no es ilegible, y tuvo bastante éxito para que, al año siguiente, Pusalgas se animara a intentar una novela semejante: "*El Sacerdote Blanco o La familia de uno de los últimos caciques de la Isla de Cuba,* novela histórica ameri-

cana del siglo décimo quinto", también en dos volúmenes naturalmente. Aquí, en vez del "nigromántico" mexicano, trabamos conocimiento con un "agorero" cubano del siglo anterior que acostumbraba vestir "una túnica más blanca que la nieve" y predecía lo venidero, adivinaba lo pasado, descubría lo ausente, mandaba a los cielos, se hacía obedecer de las fieras, calmaba a su voz las tempestades y sometía el rayo a su voluntad. Las páginas históricas son, en esta segunda novela, todavía más abundantes que en la de asunto mexicano, y el relato empieza con un grito: "¡Oh tiempos gloriosos de nuestra antigua Iberia! Yo os quiero celebrar. ¡Oh época feliz! Los españoles se complacen en recordarte y los extranjeros te admiran. Mi débil pluma va a describirte."

Noviembre de 1954.

37. RESEÑA SOBRE DIEGO CAÑEDO

A DIEGO CAÑEDO —seudónimo literario— he consagrado ya unas breves palabras ("El profesionalismo", nota nº 8, julio de 1954). Es uno de los autores —dije— ajenos a las capillas y que no navegan con patente de escritores profesionales.

Hasta hoy nos ha dado las siguientes novelas:

1. *El réferi cuenta nueve,* 1943. Fantasía basada en una supuesta invasión de los nazis a América, fantasía que se sitúa en el futuro. Fue escrita por aquellos días en que algunos mexicanos, bajo el tradicional recelo contra los vecinos del norte, suponían de buena fe que lo mejor para México sería el triunfo del "eje". A esta novela dediqué un comentario que circuló por la prensa de la República y de Centroamérica y que he recogido en mi libro *Los trabajos y los días,* pp. 173-175.

2. *La noche anuncia el día,* escrita de 1938 a 1939, pero sólo publicada en 1947. Esta novela es también una fantasía donde el autor recoge su experiencia política en la época de Calles, de quien nos ofrece una semblanza. Diego Cañedo no quiso publicar este libro en vida de Calles, por lo mismo que fue su amigo personal y para que sus juicios no parecieran interesados. El tema es la invención de una máquina que descubre los más íntimos pensamientos, explotada en relación con la "cosa pública". Este libro es anterior a la aparición de *La machine à lire les pensées,* obra de André Maurois. Por lo demás, lleva otro rumbo.

3. *Palamás, Echevete y yo,* 1945. Fantasía sobre un catedrático —Palamás— de alguna universidad futura, que emprende un viaje a través del tiempo y se detiene en nuestro momento actual, donde se encuentra con el doctor Echevete. En compañía de éste, retrocede hasta los días de Atzayácatl, y luego pasa a los días de la Colonia. Juzgado por la Inquisición, es condenado a la hoguera. Los episodios están cruzados por sátiras de aplicación contemporánea.

Además de estas novelas, Diego Cañedo ha publicado algunos cuentos, en edición limitada:

1. *El extraño caso de una litografía mexicana,* 1948. En una vieja litografía, las figuras se animan con vida real. El caso culmina en un asesinato.

2. *La historia del pequeño fauno de Chelsea,* 1951. Un fauno de porcelana escapa a la caja de música en que Hefesto lo tenía encadenado, y se entrega a mil correrías de que son víctimas algunas personas bondadosas: un sacerdote, una solterona, una sirvienta fiel.

3. *Isolda o el misterio de las gafas verdes,* 1952, cuento que el autor tuvo la fineza de dedicarme. El héroe, casualmente, adquiere unas gafas a través de las cuales reconoce paisajes, casas y lugares de sus sueños recurrentes. En este mundo onírico, el relator se encuentra con una mujer de la que había estado perdidamente enamorado.

4. *El presente de Ariel,* aún no publicado que sepamos, donde, en el ambiente más humilde —la pensión en que vive un joven huérfano— transita y deja una estela de maravillas cierto enigmático personaje, acaso un último sacerdote de arcaicos misterios indígenas, ya olvidados.

Diego Cañedo declara siempre que sólo escribe para divertirse. Es el secreto de divertir al lector.*

Diciembre de 1954.

* Hoy debe añadirse el nuevo cuento fantástico: *Vida, expiación y muerte de Arístides Elorrio,* 1956, de tan buen metal como los anteriores.

38. EL ANÓNIMO

CON cada nuevo correo de México me llegaba un anónimo, un anónimo injurioso, claro está, que hasta hoy no se ha inventado otro estilo. Yo tenía en México un amigo del alma y me desahogaba y me quejaba con él. En mi candor, di en mandarle los infames papeles para que mejor me compadeciera, y apreciara las torturas a que me sometía algún enemigo invisible. Esto duró cerca de diez años.

Mi amigo me confirmaba en mis sospechas. "Sí —me decía—, por las trazas, el autor de todo es el tal Damián. Pero no hay que hacerle caso. Es un infeliz, es un enfermo." "En efecto —le escribí yo un día—. Debe de ser Damián. Advertirás que el último anónimo dice *alución,* con ce: ahora bien, poseo una antigua carta de Damián en que cae dos veces en igual disparate. ¡Es Damián, ya no cabe duda!"

¡Oh prodigio! El próximo anónimo traía la palabra *alusión,* pero esta vez bien escrita. Tras de reflexionar un instante, me enfrenté valientemente con la realidad y me dije: "Tengo que revisar mi opinión sobre mi amigo del alma. Ahora caigo, atando cabos como dice la gente, en que estos y los otros indicios también lo acusan a él, sino que yo nunca hice caso. ¿Será mi amigo del alma el autor de los anónimos? ¿Habrá podido más en él la vergüenza ortográfica que el deseo de ocultarse?" Y, por lo pronto, opté por lo más sencillo, que fue no escribirle más sobre los anónimos, ni hablar más del caso, como si nunca hubiera existido.

El resultado fue de una exactitud matemática. Mi amigo del alma no pudo contenerse, y me escribió a poco: "¿Y qué hay de aquella guerrilla de anónimos? Ya nunca me has vuelto a hablar de eso." Y yo le contesté al instante: "¡Parece mentira que le haya yo dado importancia a esa bobería, y que te haya incomodado tanto tiempo con semejantes miserias!"

Pues bien: a partir de ese instante, como si el amigo del alma sólo hubiera deseado curarme de una afección morbosa

y me considerara ya suficientemente inmunizado, suspendió los anónimos, que se acabaron para siempre. O tal vez sospechó que había ido demasiado lejos . . .

Este relato no tiene más valor que el fundarse en una experiencia real. Ella da lugar a algunas meditaciones, tanto respecto al verdugo como respecto a su víctima.

Dejando fuera todo lo que puede haber de "útil" o "práctico" —por ilícito y abominable que sea— en el cobarde uso de los anónimos, y ateniéndonos al solo sentido filosófico del anónimo (si vale juntar estas palabras que no están acostumbradas a verse juntas), diríamos que, en el verdugo, fuera del apetito malsano, hay algo como el gusto de jugar al juego de las sorpresas. Cuando el atolondrado arroja al aire la pistola amartillada para ver a quién le da el tiro, seguramente la emoción es inversa, aunque parecida. En el caso del anónimo, el verdugo conoce el blanco, y más bien juega a convertirse en algo como un poder invisible, como un pequeño Zeus que lanza el rayo desde el seno de lo desconocido, lo cual exalta su sentimiento del yo y parece aumentar su talla. En cuanto a la víctima, no sólo se siente inclinada, por una parte, a buscar en el anónimo ese perfil, esa apariencia que ofrecemos a los ojos ajenos y que no nos es dable apreciar por nosotros mismos, sino que, además, queda como atada al anónimo por un interés, por una curiosidad de investigación. Lo primero puede compararse a la tentación de hacerse psicoanalizar para ver qué monstruo traemos dentro, como un parásito escondido, o de hacerse echar las cartas para conocer nuestro carácter. Lo segundo puede compararse al gusto por resolver los rompecabezas y adivinanzas. El análisis sería inacabable. Lo entregamos a los psicólogos.

Diciembre de 1954.

39. EL PARTIDARIO

Al topar con él en la calle y ver que se me acercaba presurosamente.

—Ya sé —le dije al Partidario—. Lo que usted quiere es que me haga yo cargo de esas cartas que trae usted en la mano y las eche yo al correo; o que vaya a certificar por usted ese paquetito postal; o que haga yo alguna visita o alguna solicitud en su nombre; o que escriba un prologuito para su último mamotreto político; o que firme yo un manifiesto colectivo en favor o en contra de alguien; o que me le arrime a usted en alguna forma y pierda mi personalidad confundiéndola con la suya, dejando de ser yo para convertirme en un apéndice de usted, o de aquellos para quienes usted, a su vez, no es más que un apéndice . . . Pero, dígame: ¿no puede usted pensar y obrar por sí mismo, vivir por su cuenta y no por cuenta de un grupo, buscar dentro de sí propio y no afuera su centro de gravedad, la responsabilidad de sus actos, la conciencia de sus decisiones, y no simplemente obedecer a quienes le gobiernan hasta los reflejos automáticos? ¿No puede usted alzar su bandera propia, honor del hombre, y echarse a solas por el mar de la vida en vez de navegar siempre en conserva o en convoy? Pues siga usted haciendo de figurante en mala hora, existiendo de existencia prestada, pero no quiera apoyarse en mí para cada uno de sus movimientos y acciones. Eche usted su carta al buzón, certifique usted su paquetito, visite o solicite por sí mismo a quien quiera, redacte y firme solo cuanto desee, sin andar incomodando al prójimo . . .

Y aquí el Partidario, con una sonrisa maliciosa, me interrumpió y me dijo:

—¡Qué mal nos entiende usted! Nosotros somos una especie sutil. Pues ¿no se ha percatado usted de que los Partidarios sólo tenemos una consigna, y ella consiste en embarrar al prójimo con nuestro propio tizne para obligarlo, el día del

conflicto, a embanderarse bajo nuestras banderas? ¿A ponerlo en un callejón sin salida, y en trance de perder todo apoyo que no sea el nuestro?

—¡Yo creí que ustedes obraban por persuasión y que procuraban convencer a sus prosélitos!

—¡Qué ingenuidad! Ese procedimiento pertenece a la arqueología psicológico-política, la A. P. P. que dicen nuestros maestros. Hoy, a partir del D. L. P. (ya sabe usted que nosotros todo lo tenemos clasificado y resuelto), procedemos por A. I. O. y, a lo sumo, por B. T. C. ¿Qué me contesta usted a esto?

—¡Hombre, yo . . . ! —contesté confuso—. ¡Pues que X. Y. Z.! ¡Y que vaya usted a paseo!

*Diciembre de 1954.**

* *El Clarín,* Catamarca.

40. NUEVOS RUMBOS DE NUESTRA NOVELA

HACE medio siglo que lo sabemos, pero muy cuerdamente lo repetía hace poco Julián Marias, a propósito de la "nivola" de Unamuno: la novela se anda echando fuera de sí misma, contaminada de autobiografía y, sobre todo, de ensayo. En rigor, desde su origen, y acaso por haber nacido en la decadencia de una literatura clásica, la novela es el género más libre que existe. Con la novela no hay preceptiva. "Rompa el precepto el fatigado diente."

Empleando, pues, el término de "novela" en el sentido más lato, o —si nos asalta algún escrúpulo— sustituyéndolo por otro más general, diré que la obra de prosa literaria más importante inspirada por la revolución mexicana ha sido *El águila y la serpiente,* de Martín Luis Guzmán.

Por cierto que, durante varios años, los escritores mexicanos hemos sido víctimas de verdaderos chubascos: las inacabables consultas de estudiantes septentrionales empeñados en preparar tesis sobre las novelas de nuestra revolución. No había medio de que se interesaran por otra cosa; sin duda porque la profunda "inclinación factual" de aquel pueblo quería que sus universitarios se preocupasen, primeramente y como paso previo a todo conocimiento, por los datos palpables y casi históricos, por ese orden de documentos externos que ocupan la frontera entre la materia y el espíritu.

Pero ya va pasando esa moda, y ojalá pronto se convenza el mundo de que el mexicano, además de ser un sostén físico para el sombrerón, la canana, el rifle y el machete, es también un ser humano como los demás y tiene también su alma en su almario. En suma, que un rasgo de psicología mexicana tiene tanto derecho —y más derecho todavía— a ser considerado como asunto de arte nacional que una jícara pintada, un sarape de colorines o cualquiera de los mil y un objetos que atestan las tiendas de *Mexican Curios* para turistas.

La invención de rumbos fantásticos, puramente poéticos o psicológicos se ha desarrollado de modo apreciable en los últimos años. En nota anterior hemos reseñado la obra de Diego Cañedo (imaginaciones y "anticipaciones"); y todos, por suerte, tienen ya noticia de los dos más nuevos valores con que cuenta nuestra novelística: Juan José Arreola y Juan Rulfo. En la fantasía de aquél hay mucho sentido mexicano; en el realismo mexicano de éste, hay mucha fantasía. Sus obras: Arreola: *Varia invención,* 1951; *Confabulario,* 1953; *La fiesta,* novela en preparación. Rulfo: *Talpa,* contratada para el cine por "el Indio" Emilio Fernández; *El llano en llamas,* 1953; *Los murmullos,* en preparación, título provisional. Influencias (conscientes o inconscientes): veinte y tantos siglos de literatura.

Diciembre de 1954.

41. PARADOJA DEL TEATRO

HOMERO nunca se detuvo a explicarnos la índole de sus personajes. Él mismo se planta ante las escenas que traza como un espectador más, y deja que sus héroes se pinten solos por sus actos. Es decir, que procede con perfecta objetividad y no habla en primera persona. De este modo, aunque no fuera autor dramático, Homero ha fijado las que vendrían a ser normas características de nuestro teatro occidental.

Pero hay por ahí otros estilos, otras convenciones teatrales. Para poder hacer entrar la acción en el corto tiempo de que se dispone, hay por ahí otro método no europeo del drama, en que los personajes, conforme aparecen, dicen quiénes son y cómo son. Así Logan Pearsall Smith —autor de poemas en prosa a quien yo imagino como un Julio Torri "britanizado"— declara, a manera de prólogo para su libro *Trivia*, un libro en verdad delicioso:

"Querido lector: estos fragmentos de prosa moral han sido escritos por un gran mamífero carnívoro que pertenece al suborden de aquel reino animal al cual corresponden asimismo el orangután, el gorila prognato, el papión de reluciente trasero azul y rojo, y el muy gracioso chimpancé."

Por supuesto que no todo ha de quedarse en estas generalidades humorísticas. Alguna vez concebí yo cierta pieza teatral —y no he de morirme sin escribirla— entre cuyos personajes se destacaba la posadera Doña Remedios. Al abrirse el telón, Doña Remedios se acercaba a las candilejas y, encarándose con el público, lanzaba este breve y oportuno discurso:

—Soy la dueña de esta casa, Doña Remedios, que para todo los tengo. Es de creer que alguna vez fui casada o algo parecido, porque hablo del amor y de otras experiencias semejantes como quien sabe a qué atenerse. (Pero el punto no ha llegado a aclararse nunca.) No heredé mi oficio. Desgracias de familia me condujeron poco a poco a lo que ahora

soy. En tiempos, alterné en sociedad. Conozco a toda la gente, y en todos los medios tengo crédito y buena fama. Ni joven ni vieja, y todavía de buen ver. Aseguran que soy simpática. Me encanta ser el centro de las confidencias en esta mi casa de pensión: me encanta husmear en las vidas ajenas y derramarme en desbordes sentimentales. Todo lo que sea borrar las fronteras entre las personas y crear cierta atmósfera de comunismo moral, atmósfera llena de vagas tentaciones y complacencias, cuenta de antemano con mis votos. Por mí no se dijo: "Cuida tu casa y deja la ajena", o se dijo en otra intención.

En mi drama, había también un poeta que se presentaba al "docto senado" con estas palabras:

—Me llamo Pedro Pérez: nada, el primer nombre que encontré tirado en la calle. Soy poeta; sé juntar las palabras, y las hago decir lo que no decían por sí mismas. Procuro no sentir mucho, para no gastarme, y no me importa, por eso, decir lo que nunca he sentido. Me revienta hablar de literatura. La gente me divierte. Hago creer que vivo enamorado, para no entrar en explicaciones. Tengo conciencia de lo que ignoro, y me figuro que no me hace falta saberlo. Cuando se me ocurre algo, lo escribo al instante. De lo contrario, ya se sabe: el yodo naciente pierde, al poco rato, sus virtudes originales. Esta metáfora me lleva a confesar que he dado en leer cosas científicas, donde siempre encuentro inspiraciones. En lo personal, una naturaleza fácil, atrevida. Un mero pretexto para que se manifieste el dios por mi boca. Tal vez, en el fondo, un buen muchacho.

De modo semejante iban hablando mis demás personajes: don Desgracias, señor sin oficio conocido; Juan Manuel de la Reguera y Martínez, viajante de comercio; don Cándido el inventor; don Alberto y doña Rosa Ríos, pareja de "fuereños"; la familia del pie veterano: don Carlitos Portela, su señora doña Gertrudis, y la pareja de chicos Antonio y Antonieta; la inevitable mujer fatal, Anita Claros; Mr. Josephus Douglas, B. A., universitario turista; Micaela la criada ladrona; Emilia la sirvienta honrada, etc. Pero no quiero agobiar al lector exponiéndole con mayores detalles mi proyecto de obra maestra.

El peligro de este estilo dramático es el prestarse a la crítica ramplona que Valbuena —el de los *Ripios*— llegó a hacer de cierto poeta. Éste publicó un soneto precedido de una explicación en que se leía más o menos: "El poeta escribió este soneto una tarde, a la hora del crepúsculo, cuando su novia, al asomarse al balcón para verlo pasar, recibió en el rostro un reflejo sonrosado de las últimas luces . . ." Y el antipático censor comentaba: "Y después de esto ¿para qué nos endilgó usted el soneto, si bastaba con la explicación previa?" Pero no, seamos justos; a los personajes de mi drama, después de exponer ellos mismos su propio retrato moral, les quedaba por presentar el verdadero drama, es decir: la acción.

Diciembre de 1954.

42. LEGITIMACIÓN DE LOS MITOS

ENTRE el asignar a los huracanes nombres de mujer, por estricto orden alfabético —según ahora se acostumbra—, y el convertirlos en seres míticos de naturaleza femenina (o sea en arpías), no hay más que un paso. En cuanto la sensibilidad humana —de que la inteligencia sólo viene a ser una parte práctica y pequeña como lo es para el jarro el asa—, en cuanto nuestra sensibilidad da este paso, estamos salvados o estamos perdidos. Que este punto no parece suficientemente aclarado por los teólogos y los psicólogos. Pero, en todo caso, no podemos volver atrás por varios siglos.

Generalmente se considera el mito como un primer esfuerzo de la inteligencia hacia la explicación del mundo que nos rodea. ¿Cae un rayo? ¡Es que Zeus lo lanza! Y tal explicación perdura mientras no se llega, muy trabajosa y lentamente, a la explicación meteorológica por la electricidad atmosférica. (Lector: yo no tengo la culpa si se me amontonan los esdrújulos; es achaque de toda exposición técnica y científica. Adelante.)

Pues bien: a pesar de lo que se cree generalmente, el mito no sólo representa una primera etapa. También puede ser una etapa provisional, un descanso a medio camino. Los dragones, las quimeras que se dibujaban en los mapas antiguos eran medios transitorios y pasajeros para decir sencillamente: aquí hay una zona desconocida y, por eso mismo, peligrosa. Era una manera de "poner entre paréntesis" un fenómeno, como dice cierta filosofía contemporánea. Mitos se eran, en todo caso.

Me diréis que el cartógrafo o el maestro navegante no creían que en aquel sitio habitaran verdaderamente una quimera o un dragón. Pero ¿y el simple marinero? Pues igualmente el campesino del Ática creía a pie juntillas en los entes de la mitología, mientras Sócrates solamente los consideraba como símbolos expresivos, útiles y convenientes para

entenderse sin rodeos. La filosofía occidental, desde sus orígenes —como puede verse en Jenófanes—, se burla de los que toman el mito al pie de la letra.

Pongamos un ejemplo más claro: el ejemplo del "horror al vacío", la teoría según la cual se explicaba la extracción del agua con bomba todavía en el siglo XVII. Esta explicación, mandada retirar desde el día en que Galileo examinó el pozo del Duque de Toscana, no era más que un mito, hasta con su tinte de animismo y atribución de sentimientos e intenciones antropomórficas a las cosas de la naturaleza.

Y lo singular es que todavía empleamos mitos operantes. La matemática, al parecer la disciplina menos permeable a la fantasía, imagina círculos dotados de movimiento giratorio hacia la izquierda o hacia la derecha (los famosos "ciclos" de Laguerre). Y lo que sin duda es más fantástico: imagina círculos a los que les falta un punto (los famosos "círculos patológicos" de Keyser), lo cual hasta parece un contrasentido, puesto que no puede faltar de un sitio aquello que, como el punto, carece de toda dimensión. Mito puro todo ello, como mito es la cantidad infinitesimal que, por una ficción poética, se supone en incesante e infinito desvanecimiento; mito, como tantos otros dragones y quimeras sin los cuales resulta imposible demostrar que dos y dos son cuatro.

Diciembre de 1954.

43. TODO TIENE HISTORIA

SI ABREVIAMOS conceptos —o más bien, si los reducimos a su más simple expresión— podemos definir el espíritu filosófico en estos o parecidos términos: el que se interesa por los orígenes de las cosas. ¿Así, de las cosas en general? Sin duda, aun cuando sólo se trate, digamos, del origen del beso.

Porque el origen del beso es averiguable. Y aun cuando se ha dicho que, en asunto de besos, lo que importa no es hablar de ellos, sino sentirlos, lo cierto es que, desde Homero hasta Heine (o cualquiera otro), los poetas se han detenido siempre a cantar las preces del beso.

Los romanos distinguían tres clases de besos: los *oscula* en las mejillas del amigo; los *basia* en la boca, los que da el amor; y los *suavia*, que eran todavía otros besos más eruditos. En términos generales, el beso en la frente es un tributo de ternura; en la mano, de respeto; en el pie, de sumisión; en la mejilla, de afecto; en la boca, de amor. *Et tout le reste est littérature!*

En cierto viejísimo cuento mío —data ya de cuarenta y cuatro años— mi personaje refiere que un día cogió a su amiga por las orejas para darle un beso en la frente, como se coge un ánfora, y su amiga, sintiéndose ofendida de que la besaran al modo que se besa a los niños, rompió con él y lo abandonó para siempre.

Parece que en la India védica (2 000 años a.C.) sólo se usaba el consabido frotamiento de nariz con nariz, y que el contacto de boca a boca empezó apenas en los días del *Mahabharata*. Las autoridades dicen que, aunque el beso se propagó por los pueblos con singular fortuna, no llegó a establecerse en Egipto. Entre ciertas tribus indostánicas, como también en Borneo, el equivalente de "dame un beso" viene a ser: "huéleme". Entre las tribus malayas "dar la bienvenida" a una persona es "olerla". En el Escorial, los visitantes pueden admirar una imagen pétrea cuyos pies han sido

gastados por la erosión de los besos de los fieles, y en San Pedro de Roma sucede lo mismo con una santa imagen de bronce.

Todo tiene una historia, como dice bien el sabio Haldane. Y, puestos a averiguar filosóficamente los orígenes de las cosas, hasta los orígenes de la gramática parda pueden rastrearse. Yo, al menos, en uno de los Breviarios del Fondo de Cultura Económica *(El pensamiento prefilosófico)* he dado con un documento egipcio de Ptahotep, varios siglos anterior a nuestra Era, donde se recomienda a los funcionarios —paso a los nuestros el aviso— escuchar siempre a los solicitantes con paciencia, benevolencia y cortesía, "pues el solicitante agradece más la atención y la deferencia con que se lo escucha que el logro de sus pretensiones".

Enero de 1955.

44. PENSAR CON LAS MANOS

EN ÁGIL traducción de Eli de Gortari, el Fondo de Cultura Económica acaba de enriquecer su colección de Breviarios con un precioso libro de H. y H. A. Frankfort, J. A. Wilson y W. A. Irwin, *El pensamiento prefilosófico.* Es decir, el pensamiento en "el Oriente Clásico" según se dijo hasta ayer, o "el Próximo Oriente", como suele decirse hoy: en Egipto, en Mesopotamia y entre los hebreos. En suma: antes de Grecia; antes del verdadero punto de arranque para nuestro modo de entender e interpretar el mundo; antes de que el sujeto pensante y el objeto pensado se deslindaran cabalmente en la relación científica de un "yo" y un "ello", y cuando todavía se entremezclaban en esa relación turbia, personalizada, emocional, de un "yo" y un "tú".

Recordemos esos viejos eucaliptos que absorben la savia del suelo con excesivo vigor, de suerte que atraen al paso, por las venas del tronco, una buena dosis de tierra y de piedrecitas. De igual modo el pensamiento prefilosófico, en su primitivo impulso, absorbe, en estado bruto, los objetos de su contemplación. Mucho más que ideas, parece llevarse cosas consigo.

Pero hemos dicho "antes de Grecia", y habría que decir: antes de que Grecia superara la etapa puramente mítica de su pensamiento. Pues ¿qué es la mitología —y ninguna mitología más conocida que la mitología griega— sino un esfuerzo por entender cada objeto del mundo como un "tú" y no como un "ello", por entender los "objetos" sin "objetividad" todavía? Verdad es que en la mítica griega se advierte ya un esfuerzo de poética, de fábula, de anécdota o de representación plásticas que es como un desvío del pensar mítico, un primer intento por abandonar el magma profundo en que se revuelve la mente antes de lograr pararse en dos pies, valga la metáfora.

La canción de cuna egipcia hace decir a la nodriza: "Tú,

cosa fluida, que entras furtivamente en las tinieblas, con la nariz hacia atrás y la cara a vueltas de un lado para otro, y no logras lo que buscas ¿has venido a besar a este niño? ¡No te dejaré que lo beses! ¿Has venido a asustarlo? ¡No te dejaré que lo dañes!" Este exorcismo, este modo de "ahuyentar al Coco" llamándole "cosa fluida", nunca hubiera sido aceptado por la mente griega. La mente griega concibe ya una persona fantasmal, más o menos relacionada con Hécate; le da un nombre conocido y le aplica un rito de purificación perfectamente definido, acompañado de ciertas maldiciones mágicas. (Recuérdense las figuras tétricas de la Empusa, la Gello, la Karko, la Sybaris, la Mormo, la Onóskelis de pata de burro.)

Cuando, en la tradición hebrea, Dios se dirige a Abraham, deja oír su voz, pero no sabemos de dónde. Todo es abstracto. En cambio, en la tradición homérica, el dios aparece ya siempre como el personaje de un cuento, viste de tal modo, llega de tal parte, hace esto y lo otro. El mito ha comenzado ya —como en el caso del "Coco"— a volverse anécdota. Extremo sobre el cual puede consultarse con provecho otro libro traducido y publicado en México por la mencionada casa editorial: Erich Auerbach, *Mimesis: la realidad en la literatura.*

Pero la verdad es que el pensar filosófico ha dejado su huella en las palabras mismas. Un libro arduo y de paciente lectura (desde luego, un libro para especialistas, para gente obligada a leer ciertas cosas y no para el lector general), *Los orígenes del pensamiento europeo,* de R. B. Onians —nunca hasta hoy traducido del inglés y que seguramente nunca se trasladará a nuestra lengua— nos ilustra sobre los intrincados caminos por los cuales la inteligencia, la sensibilidad o la voluntad acaban por referirse al cerebro, al corazón, o en suma, al "alma", tras de referirse torpemente al hígado o alguna otra entraña ridícula; y resulta que las etimologías de ciertas palabras griegas llevan todavía la cicatriz de este pensar prefilosófico o prehistórico. La misma palabra *areté,* que hoy traducimos como "virtud moral", y así se entendió desde Sócrates, significó antes la aptitud general para realizar una cosa, sin la menor relación ética:

la *areté* del carpintero, la *areté* del ladrón. Pero —dijo Sócrates— la *areté* del hombre en cuanto es una persona humana tiene que ser una aptitud para el bien.

¿Para qué buscar tan lejos? Pues ¿no es todavía mítico y prefilosófico nuestro modo de hablar, cuando decimos que "el sol sale" o que "el sol se va", como si fuera un señor que anda de paseo? Y ¿no yace el pensar prefilosófico enredado aún en el fondo de nuestras más usuales palabras, como "impresión" (peso por dentro) y "expresión" (peso por fuera)? No es exagerado decir que estas palabras ofrecen aún la huella del día en que se pensaba con las manos.

Enero de 1955.

45. DE UN INVENTO FATAL

RECIENTEMENTE vi un "film" —*El hombre del traje blanco*— en que toda la fuerza de capitalistas y proletarios se moviliza contra un pobre inventor, porque éste cree haber descubierto la tela que no se gasta ni se mancha. ¡Qué trastorno para la industria textil y aun para los más humildes trabajadores, desde Paul Elle y la Tintorería Francesa hasta las últimas zurcidoras y lavanderas! De igual modo, dicen que los descubrimientos contrarios a la economía del petróleo han sido escamoteados por los capitanes de empresa: la fuerza motriz mediante la síntesis del agua, a base de temperatura y catálisis, que se atribuye a Charles Henry, o tal vez la propulsión aérea . . . No sé si dormirá ya, escondido en los archivos de los amos del mundo, el secreto de la célula fotoeléctrica —este cerebro compendiado—, aplicada al arte del automóvil. Pero yo he tenido un sueño terrible: yo he soñado que alguien lograba utilizar para la conducción de vehículos nada menos que la célula psicoeléctrica.

Me explicaré. Mediante la adaptación de un cómodo aparato (un "dispositivo", decía el personaje de mis sueños, hablando esa lengua algo parecida al castellano que emplean, a veces, los manuales científicos), todo auto, locomotora o avión podían ser directamente gobernados por el solo pensamiento del conductor, quien a su vez se ponía un casco adecuado a la transmisión de sus órdenes tácitas y no formuladas. Un proceso de transformación en cadena iba desde la vibración cerebral hasta las ruedas, el timón o las alas. Y así, mediante la simple intención, cualquiera podía conducir su máquina.

Pero esta vez no fueron el capital y el trabajo, los patrones ni los obreros, quienes se conjuraron contra la propagación del invento. Fue el inventor mismo quien acabó por destruir sus modelos y sus documentos, pues, aunque fasci-

nado ante sus primeras experiencias, pronto se manifestó horrorizado y arrepentido.

Admito que aquí mi tema recuerda hasta cierto punto el tema folklórico de los tres deseos que paran en nada, tema tan bien explotado por Valera; y, sobre todo, el tema del hacedor de milagros que acaba por anular voluntariamente sus facultades extraordinarias y que ha inspirado una estupenda historia de Wells. Pero yo voy por otro rumbo. El arrepentimiento de mi inventor se funda en razones más generales. ¿Comprendéis lo que sucedió con su invento?

Ante todo, el hombre nunca es tan dueño de sí mismo que pueda dirigir su ánimo exactamente como se lo propone. La intención se dispara muchas veces entre vacilaciones funestas o da fuera del blanco. En tales condiciones, manejar un vehículo con el pensamiento resulta incierto y peligroso. Las desgracias eran constantes. El pensamiento es menos leal y dócil que la materia. No admite reglamentos de tránsito. Las manos asidas al volante eran cosa mucho más segura. Esto, en el orden técnico, para de algún modo llamarlo.

Pero también hay que tomar en cuenta el orden ético. En un rapto de sinceridad, un niño confesaba: "Juanito estorba siempre mis juegos; si no fuera porque se quedaba muerto para siempre, yo lo mataría." ¿Y será este niño el único que piensa así, el único que quisiera *matar* un poco al que le incomoda? En un cuento de Jules Lemaître —*El primer movimiento*— el asceta Maitreya, a petición de algún devoto peregrino, obtuvo de Ormuz que se realizara siempre y en todas las ocasiones el *primer deseo* de Touriri. Era éste un hombre bueno y justo a quien toda la población veneraba. Pero, a partir de ese instante, comenzaron a acontecer toda clase de calamidades, muertes súbitas, suicidios, accidentes, pestes entre los animales, hambres, sequías, fulminación apoplética de los malos recitadores en pleno teatro. Y es que, en el alma de aquel santo varón, el *primer movimiento* era siempre algo abominable. Por eso dice la prudencia vulgar: "Desconfiemos del primer impulso." Y se atribuye al paradójico Talleyrand aquella frase cruel: "Hay que confiar en el primer impulso, es el malo."

Y, en efecto, los conductores psicoeléctricos no lograban

sujetar el impulso espontáneo de aniquilar a todo el que les obstruyera el camino. (Nuevo "complejo de Edipo", cuando éste, en la estrecha cañada, da muerte a su propio padre que le impedía el paso.) Y aunque refrenaban su deseo un instante después, la célula había ya obrado con perfecta obediencia y había tendido por el suelo un cadáver.

Y, además, ¿quién sujeta el subconsciente, ese orangután solapado que, según la nueva psicología (aunque ya antes los ingleses solían llamarlo "el viejo Adán"), todos llevamos en lo más profundo del yo? Había, por ejemplo, automóviles que derribaban muros, aplastaban familias enteras, tumbaban torres de radio y televisión, etc. Pues también el radio y la televisión se asegura que despiertan odios y anhelos de venganza entre cierta gente descontentadiza.

Finalmente, así como Valéry nos recuerda que hay el suicidio "por distracción", por malsana aproximación del revólver que —inconscientemente y montándose en el "arco reflejo" —hace que el hombre menos dispuesto a suicidarse oprima de repente el gatillo; así también hay dentro de nosotros, cierto resorte travieso que puede desatarse solo. Y si un conductor psicoeléctrico llegaba a decirse: "¿Y qué tal si me matara yo ahora mismo?", el infeliz había firmado, sin remedio, su sentencia de muerte. No le quedaba siquiera tiempo para explicar a la célula prestigiosa que aquello había sido una mera broma inevitable y no había que tomarla en serio. Como una maldición antigua —que ni los dioses eran capaces de contener—, la relojería se había echado a andar y tenía que cumplir inexorablemente su oficio, caiga el que caiga.

Enero de 1955.

46. ALBORES DEL TEATRO EN MÉXICO

El teatro aparece en la Nueva España como una forma del catequismo religioso. Lo inician los misioneros, valiéndose de las fiestas rituales que los mismos indígenas celebraban de cuando en cuando, y adaptan para el caso las representaciones bíblicas españolas, procurando expurgarlas de toda alusión a las costumbres gentiles. Otras véces, los misioneros componen piezas especiales como los sermones "ilustrados", en que un personaje, por ejemplo, predica contra los vicios, los cuales van apareciendo en escena personificados. Además, las representaciones sacramentales suelen acabar con una comunión verdadera, administrada por un sacerdote a los concurrentes. Los autos son, a veces, manifestación de la pugna entre el espíritu apostólico del misionero y el espíritu agresivo del conquistador.

En ocasiones, como sucedió con motivo del impuesto de alcabalas entre el arzobispo Moya de Contreras y el virrey Almanza, las representaciones revelan la lucha del poder eclesiástico y el civil, y se resuelven en una verdadera sátira política dentro de la catedral.

Al arrimo de la censura que el Tribunal del Santo Oficio ejercía sobre las representaciones, se introdujo la costumbre de hacer una representación previa dentro de la cárcel de la Inquisición. El inquisidor Peralta, por consideraciones de buen servicio, y por compasión a los presos que, desde sus prisiones oían las risas de las mujeres, acabó con el abuso.

Podemos imaginar una representación en el palacio de los virreyes, precedida de ceremonias y bailes. Llegan los señores del Santo Oficio. Sobreviene una riña entre un caballero y unos pajes. El caballero y uno de los pajes caen por tierra. Pero la fiesta se consagra a celebrar los años del rey, y el virrey Alburquerque decide que, por razón de Estado, la re-

presentación no puede suspenderse así como así. Adelantándose a la fantasía, la realidad dice por boca del virrey Alburquerque:

> No es nada: dos hombres muertos;
> puede el baile continuar.

Enero de 1955.

47. ALARCÓN

El otro día recordábamos a Sor Juana. Ella y Ruiz de Alarcón son los dos famosos Juanes de México. Alarcón nació a fines del siglo XVI, de familia ilustre, pero no rica. Pasó su vida de estudiante entre México, España y otra vez en México, donde al cabo se graduó en leyes. Regresó definitivamente a España, fue "pretendiente en Corte" y tuvo que esperar poco más de diez años para lograr el cargo de relator en el Consejo de Indias.

Entre tanto —virtuosos afectos de la necesidad, según él decía— se puso a escribir comedias. La suerte y hasta su desgracia física le estorbaban: era corcovado de pecho y espalda, pequeñín y muy poco airoso. No se arredraba y, desde la escena, contestaba las mofas de los desenfadados ingenios de Madrid con sentencias de corte clásico.

Fue amigo de Tirso de Molina, con quien colaboró algunas veces. Con Lope de Vega no acabó nunca de amistarse. Tuvo éxito ante el público y ante la Corte, pero, entre sus compañeros de letras, su jactancia de noble indiano y su figura contrahecha le atrajeron sangrientas burlas. Aun su extremada cortesía de mexicano, de provinciano señorial, parecían dar una nota discordante en aquel bullicioso mundo. No digamos aquel su tono mesurado, característico de su teatro. En la casa de la locura, era un revolucionario de la razón. Hace falta mucha bravura para asumir esta actitud. Hay el riesgo de quedarse solo.

Aunque escribió algunos medianos versos de ocasión, no aspiraba al lauro lírico. Su obra está en el teatro. Las comedias de Alarcón se adelantan en cierto modo a su tiempo. Salvando fronteras, influye con *La verdad sospechosa* —la más popular y aplaudida de sus obras— en el teatro de Corneille, que la parafrasea en *Le menteur:* y a través de esta pieza de Corneille, influye también en Molière. En España, aunque autor muy celebrado y famoso, no puede decirse que

haya dejado tradición. Parece la suya una voz en tono menor, en sordina. Los demás dramaturgos, del gran Lope abajo, descuellan por la invención abundante y la fuerza lírica, aunque reduzcan a veces el tratamiento psicológico de sus personajes a la mecánica elemental del honor o a las conveniencias de la intriga o "enredo". Pero Alarcón aparece más bien preocupado por los verdaderos problemas de la conducta, menos inventivo si se quiere, mucho menos lírico; y crea la comedia de costumbres.

Su diálogo alcanza una perfección no igualada; sus personajes no suelen cantar, no son "héroes", en el sentido romántico; no vuelan nunca. Hablan siempre, son hombres de este mundo, pisan la tierra. (Al menos, en las más alarconianas de sus comedias, pues por riqueza de oficio era capaz de hacer otras cosas.) Así se ha dicho que Alarcón es el más "moderno" de los dramáticos del Siglo de Oro, y anuncia de alguna manera a los "reformadores del gusto" que florecerán en los años de Setecientos, un siglo después. En su teatro no hay altas situaciones trágicas, sino casi siempre discusiones apacibles en torno a problemas morales tan discretos y poco ambiciosos que más de una vez se resuelven en casos de mera urbanidad.

El talento de observación, la serenidad íntima de ciertas conversaciones, el toque nunca exagerado para definir los caracteres, la prédica de la bondad, la fe en la razón como norma única de la conducta, el respeto a las categorías en todos los órdenes de la vida y del pensamiento: tales son sus cualidades salientes. Sus personajes son unos amables vecinos con quienes daría gusto charlar un rato por la noche, en el interior reposado, o a la puesta del sol, desde una galería abierta sobre el Manzanares.

Todo esto quiere decir que Alarcón se apartaba un poco —un poco nada más, porque él nunca fue extremoso— de las normas que Lope había impuesto al teatro de su tiempo. Donde todos eran improvisadores, él era lento, paciente, de mucha conciencia artística; donde todos salían del paso a fuerza de ingenio y aun dejando todo a medio hacer, Alarcón procuraba ceñirse a las necesidades internas de su asunto, y no daba paz a la mano hasta lograr esa tersura ma-

ravillosa que hace de sus versos —aunque no líricos o musicales— un deleite del entendimiento y un ejemplo de cabal estructura. Donde algunos escribían comedias a millares, Alarcón apenas escribió dos docenas.

En cuanto obtuvo el cargo que pretendía, desapareció de la vida literaria y se alejó filosóficamente del "gallinero de las Musas". Según dijo cierto viajero italiano, Alarcón, consagrado ya del todo a los negocios de Indias, olvidaba la ambrosía por el chocolate, la literatura por los deberes oficiales de su despacho. Cuando murió tenía ya coche y servidumbre, y acaso era relativamente feliz, aunque con la melancolía propia de las renunciaciones. Cierto memorialista de la época le consagró como epitafio estas palabras equívocas: "Murió Alarcón, célebre por su comedias como por sus corcovas." Hoy podemos decir que fue la primera voz universal brotada entre nosotros y que con él, por vez primera, México toma la palabra ante el mundo, rompiendo al fin las duras aduanas coloniales.

Enero de 1955.

48. LA HISTORIA SIN RESPLANDOR

EN *La Nueva España* (Buenos Aires, 21 de octubre de 1937), publiqué un pequeño divertimiento sobre ciertas frases hechas de la Historia: *La Chambre Introuvable, El Rey de los emigrados, Felipe-Igualdad, El Hombre Enfermo, La Familia Enferma, El Peligro Amarillo, La Pólvora Seca.* Reproduje estas notas en mi libro *Norte y Sur* (México, 1944). Entre las muchas frases hechas de la Historia, unas son auténticas, y otras, legendarias y sólo verídicas como testimonios de la opinión.

Lo propio acontece con ciertas escenas y pasajes históricos que parecen fraguados ex profeso para la llamada *peinture d'histoire:* el delirio de Bolívar en el Chimborazo, el sueño profético de San Martín en Mendoza, la Noche Triste de Cortés, Colón y las joyas de la Reina Católica, aun la abultada y exagerada Covadonga, etc. Estas coagulaciones imaginarias expresan, a veces, la realidad más pronto y mejor que los documentos, así como los discursos que Tucídides pone en boca de capitanes y aun de ciudades nos ayudan a entender en un instante la situación descrita.

Pero hay eruditos gruñones que, en su afán de poner los puntos sobre las íes, apagan ese halo de mito y fábula que tanto orienta la comprensión de los hechos o, mejor, su definitiva representación en el ánimo de los hombres. Uno de estos eruditos fue el Abate Lancelotti, en su obra *Farfalloni degli antichi historici,* Venecia, 1636. Y ha hecho escuela. Uno, por ejemplo, nos hace saber que Cécrope —arcaico e incierto rey de Atenas— no procede de Egipto, ni procede Cadmo de Fenicia. Para Diodoro Sículo, los Trescientos lacedemonios de las Termópilas fueron por lo menos siete mil; y a creer a Pausanias, doce mil. El Coloso de Rodas, según otros, nunca existió; Esopo no fue jorobado; Sófocles no fue perseguido por sus hijos; Safo no se enamoró de Faón ni se suicidó en el famoso salto de Léucade; el tirano Dionisio

nunca fue maestro de Escuela en Corintio; Filipo nunca escribió a Aristóteles la carta que le atribuyen, invitándolo a ser preceptor de su hijo; Hipócrates nunca tuvo ocasión de rehusar los presentes que le ofrecía Artajerjes; el pretendido tonel de Diógenes (urna rajada conforme a la ilustración que encuentro en cierta *Historia de hostelerías y tabernas*) es una patraña, así como la linterna de marras.

Esto, cuanto a Grecia. Por lo que atañe a Roma, Lucrecio no se dio muerte; los Horacios y los Curiacios no pasan de "tema folklórico" ya aplicado antes en Grecia a unos guerreros arcadios, como tema folklórico viene a ser la muerte de Garcilaso atravesado por una flecha "al escalar el muro enemigo"; Mucio Escévola es un cuento etimológico inventado por los Mucii para darse un abuelo noble; Bruto jamás mandó dar muerte a sus hijos; Aníbal, el héroe cartaginés, mal pudo disolver las rocas en vinagre, como tampoco pudieron disolverse así las perlas de Cleopatra; Octavio no cayó desmayado al oír en boca de Virgilio el célebre apóstrofe: *Tu Marcellus eris*; Arquímedes no ofreció levantar el mundo con una palanca si le daban un apropiado punto de apoyo; César no dijo al marinero: "Llevas a César y a su estrella"; Belisario nunca llegó a ser ciego mendicante; Escipión Africano no hacía gala de una continencia tan severa como se le atribuye; Porcia nunca se suicidó comiendo brasas; Juliano el Apóstata no tuvo tiempo de exclamar, moribundo: "¡Venciste, Galileo!", ni "¡Oh Sol, me has engañado!"; Omar nunca llegó a Alejandría y mal pudo poner fuego a la Biblioteca, que había desaparecido ya desde hacía dos siglos y medio.

Acercándonos a los tiempos modernos, se nos hace saber que Galileo ni dijo ni pudo decir aquello de "y, sin embargo, se mueve", y que el episodio de su prisión se redujo a unos cuantos días de benigna reclusión en la casa de un embajador amigo suyo y luego en las salas más confortables del Santo Oficio; se nos asegura que el huevo de Colón es embuste; que Carlos V no se dedicaba a los relojes ni ensayaba su féretro; que Guillermo Tell nunca realizó la hazaña de la manzana y la flecha; que Ricardo III no mandó asesinar a los hijos de Eduardo, ni ahogó al duque de Commines

en la barrica de malvasía; que Cromwell no mandó abrir el ataúd de Carlos I, ni Carlos II hizo profanar el cadáver de Cromwell; que el hurto de Young a los católicos de Montpellier para tener una tumba donde enterrar a su hijo no pasa de una conseja melancólica; que Milton no dictaba a sus hijas los versos del *Paraíso perdido,* puesto que, según el doctor Samuel Johnson, nunca permitió que sus hijas aprendiesen el alfabeto, esta invención del demonio.

Los mitos más pertinaces asumen forma de frases felices y dichos ingeniosos, y así se incrustan en el espíritu. Todo ello pudiera cargarse a la cuenta de las "sandeces históricas ridículamente sublimadas por los comentaristas", como decía Napoleón en su *Memorial de Santa Elena.* Y, sin embargo, Napoleón confesó que lo fascinaba Corneille porque en él los grandes hombres son más verdaderos que en la historia. Acaso Michelet ha dado el criterio para aceptar un relato legendario. "Es menester —dijo—, ya que no es real, que sea eminente y profundamente conforme al carácter del pueblo que lo ha querido hacer pasar por histórico."

Febrero de 1955.

49. EL LIBRO MEXICANO

MÉXICO ha sido la cuna del libro en América, y responde al honor de sus tradiciones con las muestras de libros que hoy ofrece a las ciudades de Europa. No sólo se desea presentar la calidad de las artes gráficas en México —bien conocida entre los especialistas y la gente del oficio— sino, además, dar a conocer, o recordar a quienes ya la conocen, la aportación de los escritores mexicanos. Ellos ocupan un sitio eminente entre las repúblicas hermanas del Nuevo Mundo. Ellos ofrecen esa integración de culturas que parece haber llegado a ser la consigna y el destino de la inteligencia iberoamericana. Y ya se sabe que donde hay integración hay también novedad; sin contar con que los elementos nativos imprimen, hasta inconscientemente, un sello propio a las producciones de nuestro país. Esta originalidad no buscada es fruto de procesos tan inevitables como lo son todos los procesos de la naturaleza. Pero a ello ha contribuido también esa conciencia vigilante de las nuevas generaciones, que busca ya el sentido, la misión y el mensaje auténticos en cada una de nuestras expresiones literarias, sin sujetarse por supuesto a doctrinas artificiosas o a normas que coarten la libre carrera del pensamiento. Quienes nos honren con su visita, fácilmente advertirán (o lo confirmarán, si ya conocían desde antes las cosas mexicanas) que las publicaciones de nuestro país, por su carácter, su asunto y su presentación, ocupan un sitio necesario en la producción literaria del mundo y contribuyen a completar felizmente la imagen de lo que puede llamarse la Ciudad de los Libros. Pues, como dice el más sabio de los proverbios: *Todo lo sabemos entre todos.*

La obra de las letras, de los libros, es consustancial en el desarrollo de los pueblos. Veamos lo que ha sucedido entre nosotros. Examinemos el cuadro a grandes rasgos: Ruiz de Alarcón, primera voz mexicana que sale ya al mundo, puso de relieve esa prudencia terenciana y esa rotundez clásica,

prendas las más sobresalientes en los hombres de nuestro suelo cuando se los entrega a sí mismos, cuando no se los espolea ni arrastra en el torbellino de las pasiones. La hermosa Sor Juana nos enseñó que la flor erudita, cultivada en jardines, conserva, si la mano ha sido feliz, todos sus acres jugos silvestres y aun acentúa todavía su aroma. Los latinistas del siglo XVIII dieron arraigo en México a la antigua lengua de Roma —Abad, Alegre—, y singularmente el guatemalteco Landívar, ese Virgilio Mexicano, que a la vez recuerda al peninsular Balbuena y anuncia al sudamericano Andrés Bello, recogió en su elegantes números todo el espectáculo y las palpitaciones de nuestro campo y de nuestra gente. El "Pensador Mexicano" arrancó el velo de la hipocresía a aquella sociedad decadente y, con las sencillas palabras del vecino, levantó el proceso más implacable contra un régimen colonial que se caía a pedazos y que ya no se justificaba ni siquiera en la tradición. Los grandes bronces de la Reforma —Ignacio Ramírez, Ignacio Altamirano— supieron cantar los triunfos de la mente en medio de los terremotos sociales. El Maestro Justo Sierra, gran varón, gran mexicano, gran escritor y pensador, educador y poeta, tiene un altar en el corazón de todos sus conciudadanos. Los incomparables poetas que van del siglo anterior al presente —Gutiérrez Nájera, Díaz Mirón, Othón, Urbina, Nervo, Tablada, sin olvidar a nuestro dulce hermano mayor, Enrique González Martínez, cuya sombra anda todavía entre nosotros, ni al meteoro López Velarde—, conquistaron la aceptación general para nuestra literatura, que hoy se destaca en el coro de los pueblos hispanos con un acento inconfundible.

Pero es imposible hablar de nuestros libros, nuestra historia, nuestro humanismo, sin recordar a los historiadores del siglo pasado: Lucas Alamán, Orozco y Berra y, especialmente, aquel filólogo solitario, Joaquín García Icazbalceta, maestro de toda erudición mexicana, autor de obras crítico-bibliográficas que cualquier país puede envidiarnos, presente como invisible numen dondequiera que se miente o se exhiba el LIBRO MEXICANO.

Para la Exposición del Libro Mexicano en París, 1955.

50. CIENCIA SOCIAL Y DEBER SOCIAL

TODO el hombre es vida social. Las actividades humanas, en cuanto pierden su integración ética en el conjunto de nuestra vida, conducen a los peores extravíos. La actual crisis es el resultado del "especialismo" que ha perdido el plan de cultura o integración. El deber de tener en cuenta esta integración es naturalmente más imperioso en las ciencias sociales que en las demás. La materia aquí es el problema mismo de la convivencia del hombre con el hombre. Singularmente en épocas como la actual, el especialista en ciencias sociales tiene el deber de hacerse escuchar como consejero de los gobiernos, pues el gobernante tiene que atender a los problemas de cada día y no puede considerarlos, como el hombre de ciencia, armonizados en los conjuntos generales.

Ante el desconcierto de Europa, es indispensable que América procure su concierto para continuar la obra de la cultura. Los antecedentes históricos y hasta las prácticas jurídicas establecidas de tiempo atrás en América hacen posible este concierto. Para ello no bastan medidas de emergencia, únicas en manos de los gobiernos. Es indispensable que la ciencia proponga soluciones más estables, que han de vincularse en métodos educativos a larga vista, y es indispensable que la ciencia procure desde ahora la preparación para el nuevo mundo que ha de surgir de la actual crisis. Hay que considerar a la vez los intereses materiales y los espirituales. La sensibilidad política de México le da un lugar de privilegio en esta obra, privilegio que, en el caso, significa empeño y esfuerzos redoblados. Un ejemplo de la coherencia internacional lo ha dado México con su proyecto del Código de la Paz (Sierra, Campos Ortiz, Reyes), que ha sido base de ulteriores acuerdos interamericanos. Otro ejemplo es el esfuerzo para crear el espíritu de concordia a través de la enseñanza de la historia, que ha sido objeto de varios arreglos internacionales, todavía dispersos. La vida social de nuestra América

padece por la falta de un lenguaje propio. La adaptación automática del lenguaje europeo no sólo equivoca las soluciones a nuestros problemas sino que empeora artificialmente la representación misma de nuestras realidades sociales. El examen de algunas cuestiones nacionales, si aquí hubiera tiempo, ejemplificaría las consideraciones anteriores. En suma: debe unirse el estudio teórico a la preocupación práctica inmediata.

Febrero de 1955.

51. NÁUFRAGO RESCATADO

A MEDIADOS de 1916, "Azorín" había sido encargado por la Casa Thomas Nelson and Sons, Ltd. (Edimburgo) de formar una colección de clásicos españoles, y a sugestión de Américo Castro, me encomendó una edición de *El peregrino en su patria,* obra de Lope de Vega que no había sido reimpresa desde el siglo XVIII y que sólo los eruditos manejaban y consultaban, más que por el texto mismo de la novela, para establecer precisiones sobre pasajes y cronología de las piezas teatrales en ella insertas o mencionadas.

Envié mi trabajo a los editores en noviembre de 1916; pero la Casa Nelson tropezó con dificultades en España para llevar a cabo su proyecto y prescindió de la colección española. A ello me referí en mi Correo Literario, *Monterrey* (Río de Janeiro, marzo de 1932, Nº 8, p. 6), en una notita titulada "Los libros náufragos", reproducida después en "El reverso de un libro" *(Pasado inmediato),* la cual, además de mencionar *El peregrino* de Lope, mencionaba también cierta antología española compuesta por Enrique Díez-Canedo, y un *Quijote* de cuyo texto se encargó el malogrado Ángel Sánchez Rivero.

Entretanto, y al paso de mi trabajo, yo, que tenía instrucciones de sólo anotar lo absolutamente indispensable y de preparar un prólogo muy breve, escribí el ensayito sobre *El peregrino* que he recogido en los *Capítulos de literatura española,* 1ª serie (México, 1939, pp. 99-110). Además, entresaqué del *Peregrino* el "cuento de espantos" que, bajo el título *Las aventuras de Pánfilo,* di a la Colección Granada de A. Jiménez Fraud —director de la Residencia de Estudiantes—, Madrid, 1920. Posible es que me resuelva a publicar otra vez separadamente este relato infantil, único fragmento de mi edición que había logrado conservar.

Días pasados, estuve examinando mi correspondencia con "Azorín", recordé el caso y se me ocurrió escribir al Emba-

jador de México en Londres, que lo es actualmente don Francisco A. de Icaza (hijo del ilustre cervantista, escritor, poeta y diplomático mexicano del mismo nombre), pidiéndole que averiguara si mi vieja copia del *Peregrino* se conservaba todavía de casualidad en los archivos de la Casa Nelson, y si ésta, en caso afirmativo, estaría dispuesta a devolverme el texto por mí preparado, en la inteligencia de que yo devolvería a mi vez la suma que había cobrado por ese trabajo.

Apenas habían pasado veinte días, cuando el señor De Icaza me contestó, enviándome la copia de la carta que le dirigiera el señor L. Murby, a nombre de la Casa Nelson. La cual no solamente manifestaba haber encontrado el texto en cuestión, debidamente guardado en su archivo y en muy buen estado, sino que asimismo rehusaba el ofrecimiento de reembolso, elegante y caballerosa actitud muy digna de señalarse.

A estas horas, el paquete con la copia de *El peregrino en su patria* ha llegado ya a mi poder. Así ha podido recobrarse un "libro náufrago" que probablemente veremos pronto publicado bajo los auspicios de El Colegio de México.

La historia es edificante, porque prueba que aún existe la civilización, a pesar de treinta y ocho años de desastres bélicos, y porque una vez más confirma la bien ganada reputación de la caballerosidad británica.

Febrero de 1955.

52. CONCILIACIÓN DE EXTREMOS

EN TORNO a una mesa redonda, se han disputado el triunfo los nacionalistas y los universalistas de la literatura mexicana. Querella inútil. ¿Acaso México no pertenece también al universo? ¿Acaso el universo no pertenece también a México?

La conciliación de ambas doctrinas se opera sola, al paso de la vida y de la cultura. He aquí:

Es mi infancia. Afueras de Monterrey; orillas del río, cauce de cascajo sin agua. Un asistente de mi padre, el cabo Mata, se detiene conmigo a ver unos muchachos que se disputan.

—Yo t'hiago.

—Tú no m'hiaces. Eres pato y te pesa el buche.

—¡Voy que te jinco un moquete!

—Si eres tan pantera . . .

Y el cabo Mata:

—No se pelién: agarren piedras.

—¡Ándale, sácate pa'l riyo!

Y la toman ambos a pedradas, como los "calle-alteros" y los "calle-bajeros" de Santander, según nos cuenta Menéndez y Pelayo en su discurso académico por Pereda. (Y aquí, el primer aleteo extra-mexicano, tímido aún, en este relato dialectal y nacionalista.)

Uno de los muchachos le acierta al otro con un gran pedrusco en la cabeza. El herido cae exánime, y el heridor echa a correr. El cabo Mata y yo nos acercamos. El caído ha cerrado los ojos.

—¿Está desmayado, cabo Mata?

—¡No, niño!

—Entonces está dormido, cabo Mata. Mira qué tranquilo se ha quedado.

—Sí, niño; pero mira ese chorro de sangre que le sale de la cabeza. ¡Vámonos, ya lo mató aquel bárbaro!

Y me arrastra a tirones.

Pasan los años. Viajo, leo. ¿Por qué, recordando esta escena, no he de permitir que acudan a mí los versos de Rimbaud ante el soldado que parecía dormido en el valle y estaba bien muerto? La muerte es igual aquí y en todas partes.

> Duerme tranquilo al sol, la mano sobre el pecho:
> dos agujeros rojos al costado derecho.

El Farolito, *Monterrey, febrero de 1955.*

53. UNAS PALABRAS DE DÍAZ MIRÓN

DE MI libro *La experiencia literaria* (1ª edición, p. 198 y 2ª ed., p. 161) entresaco las palabras siguientes:

> Dijo el humorista que si diez millones de monos teclearan durante diez millones de años en diez millones de máquinas de escribir, alguno de ellos acabaría por escribir el *Discurso del método*. Dijo el sofista que, arrojando letras al azar, acabaríamos por componer la *Ilíada*. ¡Desacatos a la policía del universo! Salvador Díaz Mirón, con mejor acuerdo, solía aventurar, entre el coro de sus admiradores, esta sugestiva semi-idea:
>
> —Si compongo en caracteres de imprenta una página del *Quijote;* si luego desordeno los tipos y los voy arrojando al suelo, encontraré millones y millones de arreglos casuales; pero nunca (¡nunca otra vez!) la casualidad podrá rehacer el trozo de Cervantes. Luego Dios existe.
>
> ...Con el azar nunca aboliremos el azar: no recompondremos el *Discurso* ni el *Quijote*, entre otras cosas porque el pasado no es reversible...

¿No decía Mallarmé, en efecto, que "un lance de dados jamás aboliría el azar"? Sobre estos extremos, recuerdo ahora la frase del matemático Émile Borel: "El espíritu humano no puede imitar a la casualidad" (*Les probabilités*, en *Encycl. française*, I, 3ª parte, 96, 4); proposición que también es válida a la inversa, porque la casualidad no puede imitar al espíritu humano. Es, en suma, el célebre problema de los signos dactilográficos. ¿Qué probabilidad hay para que los monos del cuento acaben por teclear determinado texto? En cuanto el número de letras llega a 100, lo que corresponde a unas dos líneas —explica el mismo Borel— entramos ya en las probabilidades desdeñables ante la escala cósmica.

Cicerón (tratado *Sobre la naturaleza de los dioses*, II, 35-38), dice que quien admita la doctrina de que el mundo es el resultado de un encuentro fortuito entre los millones de átomos, también tendrá que admitir el absurdo de que, arro-

jando casualmente al suelo los caracteres de las veintiún letras alfabéticas, alguna vez reconstruiremos cabalmente los *Anales* de Enio. Estas palabras nos refieren directamente a las del autor de *Lascas* y hasta nos explican más claramente el sentido de la conclusión: "Luego Dios existe"; contra el materialismo atomista de Demócrito-Epicuro-Lucrecio.

Febrero de 1955.

54. LO QUE EL TIEMPO ENCOGE

ACABO de averiguar que el gran filósofo y matemático Whitehead, maestro y colaborador de Bertrand Russell, tenía por costumbre leer, como libro de cabecera, la *Historia del Concilio de Trento* de Paolo Sarpi. ¿Quién sería hoy capaz de hacer otro tanto? ¡Hoy ya ni siquiera hay "libros de cabecera"! Ya no queda hoy tiempo para leer y apenas queda para escribir. Obras monumentales, como el *Estudio de Historia* de Arnold J. Toynbee en diez gruesos volúmenes, son la excepción.

Y todavía Toynbee ha sentido la necesidad de que Somervell abrevie en un solo volumen los seis primeros tomos de la obra, único volumen que de veras han leído nuestros críticos y comentaristas: y es lástima, porque el sistema descarnado de Toynbee, el itinerario de sus ideas, vale mucho menos que las placenteras posadas del camino, sólo apreciables en la obra extensa.

Difícilmente los actuales hombres de ciencia podrían escribir tratados como los *Principios* de Newton o *El origen de las especies* de Darwin. Además, es tal la celeridad de la época, que las verdaderas contribuciones científicas han de buscarse en las revistas periódicas; y las grandes obras de conjunto corren riesgo de quedar atrasadas y trasnochadas mientras se las escribe y publica.

Se va más de prisa conforme se va más lejos y en etapas cada vez mayores. Quiero decir que, al ensancharse el espacio humano mediante los nuevos recursos de comunicación y transporte, el tiempo humano se ha reducido en razón inversa. Y es perfectamente lícito hablar ya de "lo que el tiempo encoge", como en nuestra frase casera.

Marzo de 1955.

55. CAUTELAS DE LA "ENCICLOPEDIA"

La publicación de la famosa *Enciclopedia* o *Diccionario razonado de las ciencias, las artes y los oficios* —destinada a influir en los destinos de Francia y del mundo— ocupa de 1751 a 1772. Consta de veintiocho volúmenes, más tres suplementarios y otros tres de ilustraciones. Es obra capital sobre la filosofía del siglo XVIII y fue una máquina de guerra para provocar la Revolución. La dirigían D'Alembert y Diderot. Pero D'Alembert se alejó discretamente ante la reprobación del Abogado General del Parlamento y de la Suprema Corte de Justicia, quienes denunciaron la obra como obra de ateos, rebeldes, corruptores de la juventud (¡oh Sócrates!), y amenazaron a los editores y a los autores con severos castigos. Diderot persistió y logró seguir publicando la obra, a la sombra de cierta tolerancia tácita, aunque siempre a pique de ser preso.

En la *Enciclopedia* colaboraron, como es sabido, los más ilustres pensadores franceses o de lengua francesa. Además de los dos arriba mencionados, Voltaire, Rousseau, Montesquieu, Buffon, Helvetius, Turgot, Raynal, Necker, etcétera.

Naturalmente, la *Enciclopedia* tuvo que ser sometida a ciertas delicadas operaciones de estrategia, para poder salir a luz. Así, en los artículos "Cristianismo", "Alma", "Libertad de conducta", y otros donde más directamente podía acusarse la actitud censurada por las autoridades, no aparece una sola expresión reprobable a los ojos de la teología más ortodoxa. No: las verdaderas minas están ocultas bajo tierra: las objeciones a la Inmaculada Concepción aparecen en el artículo sobre "Juno"; bajo el rubro "Cogulla", el ataque a la vida monástica; y bajo "Águila", los argumentos contra la religión revelada.

Marzo de 1955.

56. LA CINCUENTAINA Y LAS PARODIAS

I

SEA un par de secretos que corresponden a los recuerdos de la generación del Centenario, el primero de los cuales no ha sido hasta hoy revelado, y el segundo apenas se divulgó un poco en sus días.

Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña y yo éramos jóvenes y todavía dados a burlerías. No sé cómo sucedió, pero nos fuimos acostumbrando a tararear o silbar discretamente cierta tonadita cuando nuestros interlocutores resultaban tontos o se ponían en ridículo. La tonada venía a decir: "¡Atención, alarma! ¡Ya el prójimo enseñó la oreja!" A la vez, era una atenuada venganza contra la estupidez ajena que de cuando en cuando nos hostiga. Y la verdad es que cumplía su función de higiene del ánimo, porque, en vez de irritarnos, nos llenábamos de paciencia y conservábamos el buen humor, lo que hace tanta falta para navegar estos golfos del humano existir.

Otra vez solos, procedíamos a la cabal descarga, para mejor limpiar nuestro espíritu, y cantábamos nuestra tonada a coro, a voz en cuello, donde uno hacía el corno, otro los platillos y el de más allá imitaba los trémolos de la mandolina.

Esta tonada se llamaba la *Cincuentaina,* nombre ridículo que yo había encontrado en algún programa de concierto. Ni sé de qué pieza ni de qué músico se trataba ni hace el caso. ¡Oh felices días de la *Cincuentaina*! ¡Oh suave y disimulada defensa contra el asedio de la pesadez espiritual! A nadie hacíamos daño, y a nosotros mismos nos hacíamos mucho bien.

. . .*La Cincuentaina* —por si alguno se interesa en averiguarlo— tenía un vago aire, una cierta semejanza con la "Danza de Anitra" del *Peer-Gynt,* música de Edward Grieg.

II

Esto sucedió por 1907 o 1908. Antonio, Pedro y yo nos divertimos un par de noches en hacer parodias de todos los poetas vivos mexicanos. Antonio "hizo" a Eduardo Colín y a García Naranjo; Pedro, a Urbina y a Reyes; yo, a Díaz Mirón, a Nervo, a Manuel de la Parra y a Roberto Argüelles Bringas, etcétera.

Jurándonos guardar el mayor secreto, enviamos nuestras parodias anónimamente al *Tilín-Tilín,* un semanario popular, de gran formato y pocas páginas, que dirigía por entonces el "panfletario" Ciro B. Ceballos, quien lo publicó a dos planas con un comentario rabioso en que denigraba a los poetas y decía: "Para demostrar lo poco que valen, unos colaboradores anónimos nos han enviado las siguientes parodias . . ."

Roberto Argüelles Bringas, que no entendía de bromas, cuando tuvo noticia de las parodias dijo sencillamente: "Se puede matar a los autores." Pero, cuando las hubo leído, como no era bobo, se echó a reír y exclamó: "¡Vamos, son jugarretas graciosas y bien intencionadas!"

Pero nosotros no quedamos conformes con el comentario de Ceballos, y para remediarlo enviamos al *Tilín-Tilín* unas segundas parodias, ahora de los prosistas. Creo que Caso parodió a don Justo Sierra, y yo desde luego hice un pequeño discurso de Urueta sobre Julio Ruelas. Acompañamos el nuevo envío de una esquela en que declarábamos que el propósito de los parodistas no era atacar ni denigrar a los literatos mexicanos, sino simplemente ofrecer de buena fe un juego literario, salvando el respeto que nos merecían todos los autores parodiados. Ceballos tuvo el tino de acoger también estas colaboraciones (había una parodia de su prosa) y de publicar con ellas nuestra carta, con lo que se dio por cerrado el incidente.

Yo cumplí con guardar siempre una reserva absoluta; pero Antonio y Pedro esparcieron por ahí el rumor. Todo se olvidó, naturalmente, aunque yo recuerdo mis parodias, y podría reconstruir de memoria las escritas en verso, si no las escritas en prosa.

También creo recordar que la de Colín acaba declarando sus anhelos "de ser a un mismo tiempo gladiador y poeta"; la de García Naranjo se refería a Colón:

> Padre mártir de América, el pasado te ostenta
> coronado de rayos como en una tormenta.

Después venía la conquista de México:

> ...Allá van las legiones:
> indianos taparrabos contra iberos calzones;
> las legiones que azuza el gran Cuauhtemoctzín.

La parodia de Urbina por Pedro, partía del verso: "Conozco las escenas de tu drama"; y la parodia que hizo de mí (yo no cumplía aún los veinte años), acababa diciendo: "Al fuego de mis ansias infantiles."

¿Y mis parodias, esas que me jacto de reconstruir? ¡Ah, lector curioso! No todo se ha de confesar de una vez.

Marzo de 1955.

57. VIAJES AL INFIERNO

EN ESTAS notas tenemos que confundir el Infierno con los Campos Elíseos y, en general, con la morada de ultratumba, entendida al modo pagano.

El célebre dramaturgo sueco Johan August Strindberg (*Padre, Acreedores, La señorita Julia,* etc.) fue también un hombre de ciencia. En su *Introducción a una química unitaria* prevé la unidad de la materia, antes de que los descubrimientos modernos resucitaran este sueño de los antiguos alquimistas. Pero cayó bajo la fascinación de las místicas aberrantes. No tuvo para qué hacer un viaje al Infierno: por influencia de Swedenborg, creía vivir ya en el Infierno, e *Infierno* se llama su torturada y exorbitante autobiografía.

El imaginado "Marbodio" de Anatole France *(La isla de los pingüinos)* emprendió un viaje a los Infiernos. Conversó con Virgilio, que conservaba un feo recuerdo de la espantosa jerga en que le habló Dante, un latín echado a perder, o sea el italiano. Dante se atrevió, como es sabido, al Infierno, a seguimiento de Virgilio. Y el Eneas de Virgilio, en su aventurada peregrinación al mundo de las sombras, no hizo más que seguir los pasos del Odiseo homérico.

Pero la imaginación humana ya nos cuenta, de tiempo atrás, otras aventuras semejantes. Orfeo descendió al reino de Hades (Plutón), en busca de su esposa Eurídice, muerta a deshora. Teseo y Pirítoo, en busca de la princesa Perséfone. La babilónica Istar —dice la tradición— hizo un viaje al reino de los muertos. Para poder tener acceso, se iba despojando de todas sus prendas, en cada uno de los sucesivos vestíbulos, con la idea de recobrarlas una tras otra a la salida. Durante su viaje subterráneo —como durante la permanencia de la Perséfone griega al lado de su infernal esposo Hades—, desaparece toda la vida de los campos. Y a su jubiloso retorno, reaparece la primavera.

Marzo de 1955.

58. CARTA A DANIEL COSÍO VILLEGAS

QUERIDO amigo: Usted que tan eficazmente ha sabido aprovechar los relatos de Ireneo Paz, incorporando cuanto hay en ellos de sustancia para su lúcida exposición e interpretación de la porfiriana "revuelta de la Noria"; usted que tan eficazmente promueve un renacimiento de los estudios históricos sobre el México de la era moderna, tanto con su conocida revista como con su seminario y con el estupendo primer volumen de su obra extensa, que ahora mismo acaba de aparecer y está llamado a largos destinos, dígame si no considera que es tiempo de volver los ojos hacia nuestros cronistas e historiadores locales y recoger, así, la contribución particular de tanto riachuelo y arroyo en la gran corriente de nuestra epopeya nacional. (He dicho "epopeya" por "historia". Allá se van. . . Casi no me di cuenta.)

Habría que comenzar por un inventario, por una bibliografía metódica, que usted bien pudiera encargar a los excelentes colaboradores de su revista. Algo semejante a lo ya publicado por ustedes respecto a los diez últimos años. Cada uno traería su aportación, y al cabo de poco tiempo tendríamos el catálogo completo. Después vendría el despojo temático.

Buscando estos días entre mis libros, levanto la lista de lo que yo poseo, sólo para el siglo XX. Y así enumerado en desorden, encuentro a Chavero, para Tlaxcala; a Híjar y Haro y a Pérez Verdía, para Jalisco; a Molina Solís y a Ancona, para Yucatán; a Muro y a Primo Velázquez, para San Luis; a Buelna, para Sinaloa; a Alessio Robles para Nuevo León, Coahuila, etc.; también para Nuevo León, a Gonzalitos y a Cosío; a los encantadores Eduardo Ruiz, para Michoacán, y Naredo, para Orizaba. Y pare usted de contar; la lista sería más larga, si el examen de los libros que heredé de la biblioteca paterna no hubiera sido tan sumario.

Yo creo que en estos historiadores locales están las aguas vivas, los gérmenes palpitantes. Muchos casos nacionales se

entenderían mejor procediendo a la síntesis de los conflictos y sucesos registrados en cada región. Los testigos presenciales vienen a ser los "hombres viejos", padres de la historia que ya nos decía Alfonso el Sabio...

Pero, en fin, usted sabe de esto, y yo me limito a pasarle la ocurrencia al costo, pidiendo perdón por si me equivoco al meterme en el coto ajeno. Rémy de Gourmont decía una vez, con risueña paradoja: "¿Escribir sobre lo que uno conoce? ¡Qué aburrimiento!" No llego yo a tanto; pero, aunque respeto los fueros del especialista, creo que también la inexperiencia y la osadía suelen alcanzar algún premio. Por eso, esta vez, me he atrevido... Lo saludo muy cordialmente.

Marzo de 1955.

59. DOS AMIGOS

COMO los antiguos pueblos dominados por Roma convirtieron su sentimiento de dependencia en un anhelo hacia la ciudadanía, así el animal plenamente domesticado aspira hacia el hombre. Y ninguno más cercano que el perro. Con todo, el perro mismo no logra romper la prisión animal, no puede escapar a su ámbito. Lo propio del hombre es trascender y lanzarse fuera de sí, y también atraer a incorporarse lo que está fuera de su ser. ¡Qué no daría el animal doméstico —el perro, sobre todo, que ya comienza a darse cuenta— por poseer tamaña virtud a la vez centrífuga y centrípeta!

Por eso considero con emoción el asombro, el desconcierto con que mi perrita contempla al loro y lo oye disparatar. Ella no ha estudiado a los filósofos, pero ha llegado a identificar, confusamente, la noción del "ser humano" con la noción del "lenguaje humano". ¿De modo, parece decirse, que, tras de todos mis esfuerzos, el loro se aproxima al hombre más que yo? Porque ella, exenta de malicia —como tantas multitudes fanatizadas por los "verbomotores"—, se figura que el loro verdadera y efectivamente está hablando.

En su esfuerzo por salir de sí misma y tender el puente que la avecine más al hombre, se instala junto a la jaula del loro y lanza gritos desiguales, esperando tal vez que, poco a poco, sus gritos se vuelvan palabras. (Lo contrario han dado en hacer ciertos poetas.) Por lo pronto, la perrita quiere salir de su incomunicación y desembocar en ese mar luminoso de la razón que ella adivina más allá de las expresiones verbales. ¡Si supiera la pobre que el idiota del loro, a quien tanto envidia, no pasa de: "¡Cotorrrrito, rrico, rrico, rrico!"

Abril de 1955.

60. ESQUEMA DEL POETA

EL ARTISTA procede por acumulación de obstáculos, para luego darse el gustazo de vencerlos. Pero si estos obstáculos fueren todos exteriores, impuestos por el azar del mundo, el artista no sería ni se sentiría creador, sino simplemente criatura febril, en pugna con la ecología que lo envuelve. Por eso, para ser creador, el artista se dicta obstáculos voluntarios; y, desde luego, el poeta inventa las rimas, los metros (no digamos ya la perífrasis, la repetición y la catacresis) y, en una evolución posterior, la abolición de metros y rimas, para sólo conservar algo como el espectro de ellos, que es todavía mayor obstáculo, por ser la ironía del obstáculo. No sé si me explico.

Abril de 1955.

61. DIÁLOGO ENTRE NATALIO Y PEREGRINO

Los inútiles extremos de Natalio, que en todo hallaba pretexto para hacer gala de su monomanía (él la daba por doctrina estética), tenían cansado a Peregrino, quien un día quiso aleccionarlo con algunas parábolas sobre los peligros de las falsas artes nacionales.

—Oiga usted —le dijo— la historia de la porcelana de Delft. La porcelana de Delft, cuyo apogeo anda entre los siglos XVI y XVII, se revestía entonces con los motivos ornamentales de Oriente: ese Oriente holandés que ha atraído tanto a aquellos hombres, como al que busca en un día frío un rinconcito de sol. Los dragones retorcían su larga cola de escamas y exhalaban fuego por las fauces... Pero la porcelana de Delft cayó en decadencia y se trató entonces de su renacimiento. Puesto que era de Delft, arte nacional de Delft, había que adoptar motivos de la región: figuras holandesas con pantalón bombacho, zuecos y sombreros con cuernos o gorros felpudos, molinos, barcas y lo demás. Sólo que, cuando hubieron cambiado la ornamentación exótica por la nativa, los artistas de Delft se dieron cuenta de que en el puerto franco de Hamburgo se producía una porcelana igual, aunque más barata y mejor lograda. Ésta es la historia de la porcelana de Delft.

—¿Y por qué —dijo el irritable Natalio—, por qué me cuenta usted a mí eso? ¿Se figura usted que soy uno de tantos candorosos que ... ?

—Oiga usted todavía: una vez empezaron a aparecer en Barcelona ciertas camas, ciertas consolas de un tipo especial. Sin duda aquello existía de mucho tiempo atrás y había pasado inadvertido por la incuria de nuestros mayores. Y los entusiastas declararon que aquello era, ¡al fin!, el mueble catalán, el estilo nacional catalán. Hubo al instante imitaciones (el catalán falsificando lo catalán...) que procuraban exagerar el carácter so pretexto de renacimiento. Cuando, poco

después, aparecieron en Menorca objetos semejantes, la teoría nacionalista quedó, por lo pronto, confirmada. Pero he aquí que, de repente, se descubren en Cádiz muebles de estilo igual. ¿En Cádiz? Bueno: hay alguna relación posible, el Mediterráneo está a dos pasos... Con todo, ya no nos sentimos a gusto. ¿Y qué decir cuando el famoso estilo catalán apareció en unos muebles del Ferrol? ¡Pues lo único que faltaba decir! Que eran muebles ingleses, estilo Reina Ana, y que, procedentes de las Islas Británicas, llegaban a España, claro está, por los distintos puertos: el Ferrol, Cádiz, Mahón, Barcelona.

—Bueno, pero, vamos a ver: ¿Por qué me cuenta usted eso a mí?

Y Peregrino suspiró y dijo:

—Porque hace un rato hablaba usted del cebiche peruano como de un plato acapulqueño, haciendo de ello cuestión de honra, y porque ayer me explicaba usted que en este país se da un fenómeno llamado la gravitación universal.

Abril de 1955.

62. SÁTIRA SIN DEDICATORIA

—DECIDIDAMENTE —dijo Póstumo—, nunca nos pondremos de acuerdo. Aquí de Bécquer: "Yo voy por un camino, ella por otro. —¡No pudo ser!" "Ella" no es Beatriz, ni Laura, ni Dulcinea, y ni siquiera Juana, la lavandera del Manzanares, famosa en las *Rimas* del licenciado Tomé de Burguillos. (Y, de paso: ¡qué lección, esta Juana, como la Francisca Sánchez de Rubén Darío, para los cursis que le llaman "Eudora" a la mujer de sus versos!) No: "ella" es aquí, y para cuanto dure esta increpación, la pluma estilográfica o pluma-fuente con que me he empeñado en escribir. El reclamo comercial norteamericano —se ha llegado en esto al colmo de la charlatanería, no me lo niegues— me dice y me aconseja: "Esta pluma ha sido hecha para usted, calculada al peso de su mano y a la velocidad de su escritura. Cuídela como a su reloj. Es delicadísima y exacta. Cárguela bombeando diez veces y déjela luego en el tintero contando hasta diez. No es esto una cábala numerológica; es una simple deferencia a la capilaridad." Obedezcamos pues. Y al primer... renglón, zurrapas. Y ni atrás ni adelante. Y como esta tinta seca con una rapidez afrentosa (no calculada según mi velocidad vital, mis secreciones internas, etc., aunque se me dice en el prospecto que también la tinta ha sido elaborada especialmente pensando en mí y en la forma de mi nariz), mientras, con la pluma en el aire, a la hora de hacer mis versos, espero que me caiga del cielo alguna consonante, hete que el fluido se solidifica en el pico, por su propia virtud, y hay que solicitarlo pacientemente a fuerza de restregones sobre el secante. Y nunca falta, por supuesto, cuando ya parece todo arreglado, el goterón imprevisto, que viene a caer precisamente en el puño de la camisa. ¿Cuándo inventarán la pluma perpetua, que ni se cargue o empape ni tampoco se seque nunca? Podría ser una pluma que se enchufe con el contacto eléctrico como el aparato de radio y funcione con

sólo apretar un botoncito. Y todavía, quiera Dios que no se interrumpa la corriente, porque en esta tierra hasta la corriente eléctrica y el teléfono automático tienen su temperamento personal y sus días de mal humor.

—Pero, Póstumo —le contesté—. ¿Por qué no escribes con lápiz, la tradición de Goethe?

—Porque hay que tajarlo, porque hay que afilarlo cuando se queda romo, porque se le quiebra la mina, porque se borra, porque...

—¡Basta! Escribe a máquina, la tradición de Mark Twain.

—¿Para que el cuidado del ejercicio mecánico me robe las ideas e inhiba el proceso espiritual?

—Pues escribe en tablillas de cera, la tradición de Horacio.

—Ya no las hay en el comercio.

—Pues oye un consejo todavía mejor: no escribas.

Póstumo no tenía genio para las bromas (*sense of humour* a fin de que todos me entiendan). Se me quedó mirando y dijo:

—¿Que dicte, entonces? No, la presencia del amanuense perturba el recato de las Musas. Y si es una taquígrafa, mucho peor. Suelen ser guapas, ¿sabes? Distraen el discurso. Y si son feas, espantan la inspiración.

—No escribas, Póstumo, ni dictes tampoco. Piensa que se escribe ya demasiado y nada hay nuevo bajo el sol. Ya se ha dicho todo. Piensa que nuestras veinte repúblicas hermanas, delincuentes todas de poesía, descargan a diario sobre tu mesa de cuatro a cinco volúmenes de versitos, la mayoría poco legibles, mera preparación juvenil para una futura curul de diputado. ¡Cuando hay medios mucho más discretos y más cómodos de congraciarse con la Polis! Si alguna censura merecen las campañas alfabéticas es que, según enseñan a leer, enseñan también a escribir, lo que es ya peligroso y afecta la tranquilidad del prójimo. Y el que aprende el arte de deletrear, aunque más no haya aprendido, oye al instante una vocecita secreta que le dice: "¡Macbeth, tú serás escritor! *Tu Marcellus eris!*" ¡Y en tanto, por allá a lo lejos, los campos ahogados de nopales, que se reproducen a razón de un metro por hora, los pobres campos abandonados! No escribas, Póstumo. No escribas. Piensa cuán fugaces pasan las

horas, y cuántos nopales nacen por hora, arruinando el sagrado suelo nutricio, que decía Homero. Cambia la pluma por el machete de roza y el arado. La patata, el trigo, el maíz híbrido, ¿nada dicen a tu imaginación? ¿No te tientan? Deja la pluma y sus percances para los que no pueden menos de escribir, para los que no tienen más recurso que matar el poema —expulsarlo en palabras— o dejarse matar por él; para los que viven en duelo a muerte con los invisibles demonios de la expresión. Opinan algunos doctores que el incendio de la Biblioteca de Alejandría, o su paulatina destrucción como es más propio decirlo, no fue tal desgracia, y que, si llega a conservarse íntegro el acervo de los antiguos, ni la Antigüedad nos parecería tan estimable, ni acaso nos dejaría pensar por nuestra cuenta. Ya se ha dicho todo. No escribas, Póstumo, no escribas. Toma todas esas cuartillas con que ahora mismo me amenazas. Vete el domingo al campo, échate al lado del camino, escóndete por la cuneta, amontona allí todos tus manuscritos, haz que te equivocas al encender el cigarro y piensa en la purificación por el fuego. El fuego es limpio y es hermoso, no como el agua que todo lo ablanda, mancha y pudre. No arrojes tus hojas al río, que te tomarían por sauce llorón. No escribas, Póstumo, no escribas, y quema todo lo que hayas escrito.

Póstumo ya no me escuchaba: se había puesto a escribir.

Abril de 1955.

63. ALBERT SCHWEITZER

El 14 de enero último, cumplía ochenta años el doctor Albert Schweitzer, teólogo, musicólogo y organista, médico, higienista, con mucho de apóstol y hasta redentor, una de las personalidades más nobles de nuestra época, una de las naturalezas más simpáticas y generosas, como mandadas hacer para devolvernos la fe en el hombre, la esperanza en el hombre y la caridad para el hombre, cosas todas que, entre las turbulencias de hoy en día, más de una vez parecen amenazadas y borrosas.

Cuando, en 1945, el mundo celebró los setenta años de Schweitzer, se publicó, entre otras cosas, el "Libro Jubilar" (Cambridge, Mass.) bajo la dirección de A. A. Roback y con la ayuda de J. S. Bixler y G. Sarton. Invitado por los organizadores, tuve entonces la honra de contribuir al homenaje con un estudio en inglés sobre nuestro Juan Ruiz de Alarcón, asunto que me pareció apropiado y que, según lo sospeché muy fundadamente, podía interesar a Schweitzer. Hoy que acaban de festejarse los ochenta años de este grande hombre, se me ocurre dar a la publicidad la carta (traducida del francés) que él me escribió al recibir mi ensayo. Imaginémoslo, como él mismo se pinta, montando la guardia del domingo en su Hospital de Lambarené (África Ecuatorial Francesa), atendiendo a los nativos menesterosos, consagrado a resucitar a Lázaro, y echando a volar su pensamiento hacia el sufrido y alto dramaturgo mexicano del siglo XVII, primera voz universal de la Nueva España.

Lambarené, 26 de mayo de 1946.

Muy distinguido señor mío: Mucho me conmueve la honra que usted me ha dispensado al contribuir con su interesante estudio al libro que se me ha ofrecido con motivo de mis 70 años. De todo corazón le agradezco semejante prueba de simpatía para mi pensamiento y para mi obra. Debo confesarle que ignoraba completa-

mente la personalidad de Juan Ruiz de Alarcón, y la presentación que usted hace de ella me resulta cautivadora. En un libro que se me destina, el examen de esta vida encaja perfectamente. Es Alarcón, lo mismo que yo, un aventurero del espíritu que asombró a sus contemporáneos siguiendo su camino propio y sin preocuparse de que los demás lo entendiesen o lo aprobasen. Lo que más me atrae en él es el sentimiento de humanismo —en el sentido más amplio— que usted señala. Para mí esta aspiración a la verdadera humanidad, a ser hombre en todos los sentidos, los más verdaderos y profundos, es cuanto más importa en todo lo que pensamos y hacemos. Quienes, como Alarcón, han tenido el valor de expresar este sentimiento, en época que aún no había alcanzado tal concepción, han realizado seguramente una tarea muy digna de nota y que los hace acreedores al agradecimiento de las generaciones futuras. Pues fuerza es que conquistemos un día ese humanitarismo moral que es el único fundamento de la verdadera cultura. Así pues, mi estimado señor, arrastrado por las páginas que usted consagra a este aventurero de espíritu, me dejo llevar por el anhelo de filosofar, como si con usted conversara. Estoy sentado frente a mi mesa en la sala de consulta donde me quedo de guardia los domingos por la tarde, a fin de que mis colaboradores, médicos y enfermeras, puedan pasear y descansar. Veo correr el río más allá de las palmeras, un espectáculo que nunca me canso de admirar. Pero hace un calor terrible y hay gran pesadez en el ambiente. Así sucede siempre al final de la estación lluviosa. Aunque ya ha acabado la guerra, aún no puedo regresar a Europa para reposar un poco. Fuerza es que acomode y guíe a los nuevos médicos y a las nuevas enfermeras (relevo para los que me han acompañado aquí durante toda la guerra), y esto es más difícil de lo que parece. Sólo cuando el nuevo personal se encuentre ya hecho a la tarea podré pensar en el regreso. Por si entonces va usted a Francia, aquí tiene usted mi dirección: Günsbach, por Colmar, Alsacia. Le ruego que me escriba una postal a esta dirección para saber si ya estoy allí.

Siempre habrá quien le conteste en mi nombre. Y si he llegado, me trasladaré a París para tener el gusto de conocer a usted personalmente. Gracias una vez más por su gentileza. Le mando esta carta por conducto del señor Roback por ignorar su dirección. Y quedo su devoto amigo.

Albert Schweitzer.

La carta me honra ciertamente; pero honra también al que la escribió y es, de paso, un saludo a la imperecedera memoria de Ruiz de Alarcón.

En cuanto a Schweitzer mismo, recuérdese que es internacionalmente conocido como "el hombre bueno" por antonoma-

sia; pero, eso sí, exento de bobería beata. Pues su chispeante humorismo y su inquebrantable vivacidad juvenil se armonizan graciosamente con su "sentido reverencial de la vida". Santidad alegre la suya, hasta irónica. Oigámoslo:

—¿Que persuada yo a mis africanos la conveniencia de prescindir de varias esposas y sacrificar un poco de felicidad terrena en aras de la felicidad ultraterrena? Pero ¿estamos seguros de que sea una felicidad terrena el contar con varias esposas?

O bien:

—¿Qué soy yo? He venido a ser un elefante al que no se persigue con rifles, sino con cámaras fotográficas.

Cuando este elefante de buen humor decidió instalarse en su retiro africano, no había comunicaciones aéreas, ni carreteras, ni casi barcos que aseguraran el tránsito regular. Y su hospital era el único en cientos de leguas a la redonda. Pero él sonreía, sacudía la profusa melena, se atusaba los haces de alambre gris que usa por bigotes, trabajaba pacientemente y, en medio de la soledad nocturna, arrancaba al órgano alguna fuga, alguna tocata de Bach.

Abril de 1955.

64. LAS PERSIANAS CHISMOSAS

Cuando el pobre Miguel Ángel Ossorio —que acabaría llamándose Porfirio Barba-Jacob— se llamaba todavía Ricardo Arenales, es decir, en su época de Monterrey, traía a vueltas el proyecto de una novela que, bajo un ángulo diferente, consideraba el tema de las dos solteronas (las "birrochas", hubieran dicho los bilbaínos), tema que Arnold Bennett trató a su manera, y trató muy bien, en uno de sus libros más difundidos. Las dos solteronas de Arenales se pasaban el día espiando tras de su ventana todo lo que se podía espiar —los transeúntes, los vecinos, los balcones de enfrente—, con una mezcla de curiosidad y de miedo; y a ello se reducía su existencia... El mundo, para decirlo con Lugones, "entrevisto por la íntima persiana". Tal es el tema de las mirillas, o de los espejitos o *espions* en Bélgica y los Países Bajos.

Es lástima que no se haya escrito esa novela. Yo, en mi fuero interno, la he bautizado con el nombre de *Las persianas chismosas.*

¿Quién no ha conocido esas falsas solitarias que se consumen, detrás de la celosía, esperando el regreso de la Paloma del Arca con algún mensaje en el pico? Hasta ellas llegan los rumores, las murmuraciones, los chismes de la ciudad. No se mueven de su rincón, de su mirador disimulado, y están al par de cuanto sucede. Viven de la sustancia ajena, haciendo pasar por su imaginación y su sensibilidad todos los casos y las cosas, las efemérides, los sucesos chicos y grandes, públicos y privados, la epopeya de los episodios cotidianos, la marcha "unanimista" (diría Jules Romains) de ese héroe colectivo que es una población entera.

Quien desee informarse de lo que pasa, que acuda a una de estas solitarias. Su soledad es engañosa. A veces, hasta son mutiladas, paralíticas o tulliditas, como aquella dama estrellera del *Wilhelm Meister* que padece una jaqueca constante y conoce, por mística compenetración con las energías telú-

ricas y astrales, el pasado, el presente y el porvenir. Otras hacen de su reducto una como sacristía laica, o una catacumba espiritista, o una cámara secreta donde se elaboran y traman los múltiples hilos de la intriga política. Y todo, sin moverse de su butaca, siempre detrás de su celosía. Acaban por acopiar más experiencia de la conducta y los hechos humanos que quienes andan al aire libre, azotados por los ventarrones de la aventura.

Yo he tenido ocasión de admirar a varias sacerdotisas de la persiana que gobernaban, desde su inmovilidad, ejércitos verdaderos de hombres y de mujeres. Y especialmente en ciertos lugares donde existe la práctica, el vicio, de las visitas telefónicas y los anónimos telefónicos. Se llamaban Nélida, Delia, Elina, Dora, Isolina, Zulema, Cora, Gracida, Celina; se llamaban como gustéis. Unas, solteronas de hecho; otras, de derecho, aunque casadas o divorciadas; porque el ministerio de la persiana, a la vez que les da el secreto de la ciudad, las desvincula de toda relación doméstica regular; las aísla y congela, casi las deja intactas y embalsamadas, no sé si muertas. No puedo pensar en estas esfinges sin evocar el poema del argentino González Tuñón sobre "la señorita muerta": —Afuera bulle la vida, el estrépito urbano hace temblar la araña de la sala; pero allí, en la sala, detrás de la persiana chismosa, hay una señorita muerta, inmóvil. De esta estatua humana parten hilos mágicos que enredan y comunican y amasan a toda una sociedad, como otros tantos nervios etéreos.

Abril de 1955.

65. TRES VERSIFICADORES DECÍAN:

PRIMERA VOZ.—El arte sin arte es extravío. Carducci profetizaba la muerte de la poesía ante la decadencia paulatina de las formas estróficas.

Segunda voz.—Iba demasiado lejos. El verso blanco y el poema deshecho sirven de viento saludable, por cuanto barren las rutinarias combinaciones que ya no responden a la sensibilidad de una era poética.

Tercera voz.—Además, la hipersensibilidad para el verso lleva a desgastarlo otra vez, por exceso de malicia estética. Y entonces damos con ese "innegable atractivo del verso falso" —que confesaba Mallarmé hablando de Laforgue; así como dijo del verso libre: "La reminiscencia del Verso Estricto ronda y acompaña de cerca estos juegos, comunicándoles eficacia."

Primera voz.—Pero algún día resulta forzoso construir organismos nuevos. ¿El verso ha arrojado las muletas de las contadas sílabas, el bordón de los pies rítmicos y hasta la ley de repetición que convierte cualquier agrupación de sílabas, por reiteración, en metro especial, en verso a la fuerza, como a veces se nos figura que lo hacía Píndaro? ¿Cómo distinguiremos, entonces, una serie de versos de una serie de oraciones en prosa? ¿Por el capricho tipográfico solamente; por una decisión subjetiva, de que sólo sabe el poeta responsable, pero que no se impone como necesaria al lector? Porque la teoría del verso como forma de la respiración es una patraña. Y todavía no se me han explicado bien los sustitutos contemporáneos de la rima.

Segunda voz.—Pues, entonces, ¿habrá que resucitar a Malherbe, para que entre con su doble decímetro por esta maraña de intenciones medio abortadas? ¿A manos de versilibristas padece la Musa? ¿Sólo la conquista de limitaciones libremente escogidas, fundadas en ciencia y en sentimiento, puede salvarla. . . ?

Tercera voz.—Y, cuando nos figurábamos que, después del *Tratadillo* de Théodore de Banville, los excelentes libros sobre la versificación de Maurice de Grammont (1904 y 1908) eran la última palabra de la preceptiva —cada uno en su terreno, y los de Grammont no superados hasta ahora—, el inagotable París nos da el *Tratadillo* de Jules Romains y Georges Chennevière (1923).

Primera voz.—Fuerza es reconocer que Claudel —"águila sin arte, incapaz de construir su nido"— queda fuera de los límites de este tratado. Su ritmo numeroso y de versículo hebraico va más allá de los términos que consienten Romains y Chennevière. Ellos se abstienen de citarlo (lo admiran), pero se deja entender que no conceden categoría de verso a su versículo, a esas frases largas, letanía de bárbaro, que cojean pesadamente sobre las consonancias o asonancias finales como sobre unos toscos zuecos. Consideran los nuevos tratadistas que la lengua francesa es cosa cuyo encanto sólo se mantiene al precio de las disciplinas más rigurosas.

Segunda voz.—Tal vez el español posea, por abolengo, más derecho a la rebeldía. Aquí la métrica fue siempre inclinada a la irregularidad, al capricho, al trozo arrítmico que cuelga de pronto como fleco suelto de los tejidos, o salta como pez viviente que quiere escaparse de una red. Desde los latidos del *Mio Cid* o del *Roncesvalles,* establece Menéndez Pidal la tradición de esta travesura métrica que parece algo congénito. Y lo comprueban los estudios de Pedro Henríquez Ureña que, a través de la selva espesa, logra descubrir, paciente y ágil, el proceso de los versos heterodoxos. ¡Estos prófugos de la preceptiva, vecinos sin estado civil (aunque todos los encuentran a diario, los conocen y los saludan), hijos naturales del pueblo y de la guitarra!... El verso sin permiso corre oculto aquí, ahogando el resuello, y reaparece más allá, en cuanto la Guardia Civil de las Academias se descuida un poco.

Tercera voz.—Lo que más me seduce en el trabajo de Jules Romains y Chennevière es que, según ellos confiesan, vienen aplicando sus preceptos de tiempo atrás sin que nadie se haya percatado, lo que prueba que los preceptos responden a la naturaleza.

Primera voz.—¡O que no son tales preceptos, como ya lo dijo la crítica en su momento, sino observaciones inocuas o anodinas sobre la estructura inevitable del lenguaje! Pues eso de los "acordes y ecos" *(sala-sola; deja-dijo)*, aparte de que son viejos como la poesía latina medieval, más me parecen efectos cómicos, como lo son esas "progresiones" de Quevedo en sus sonetos humorísticos *(aca-eca-ica-oca-uca*, etcétera).

Segunda voz.—De todos modos, acabamos en que la lengua española y la italiana, con el estupendo recurso de las asonancias, mucho más claras y evidentes que en el francés, posee un medio no desdeñable para las orejas cansadas de la rima perfecta. Dieta sobria que puede devolver la salud y el buen paladar. El acorde sería la masa general *(emana, tina)*; una primera diferenciación, la asonante *(deja, arrea)*; otra más, la consonante *(hablo, diablo)*; y otra más, en fin, la hiperconsonante, que se lleva de encuentro hasta lo que precede al acento: como *aplaca y placa, busto y arbusto.*

Tercera voz.—¡Ah, pero yo no puedo pasar por alto una observación sobre los "ecos o acordes"! Estos y otros puntos de vista expuestos por Jules Romains y Chennevière ofrecen curiosas coincidencias con algunas teorías de nuestro Daniel Castañeda (*Ensayos,* México, 1935), sobre las cuales entiendo que él había seguido trabajando últimamente, en compañía del llorado Alfonso Méndez Plancarte. Según ellos...

Primera voz.—Yo no entiendo nada. Me atengo a lo mandado. Es inútil explicarme más.

La segunda y tercera voz.—¡Qué vergüenza!

Mayo de 1955.

66. EL PELIGRO ATÓMICO

ESTA vez no hay burlas; esta vez la cosa va de veras. Las explosiones atómicas acumulan sus efectos sin dar tiempo a que los factores naturales ejerzan su función reparadora o reguladora. Tales efectos, sin contar los imprevisibles o los todavía no previsibles, son principalmente: *1)* formación excesiva de ácido nítrico, que perjudica la vida vegetal; *2)* aumento de la densidad del polvo atmosférico, que modifica la electricidad ambiente y obstruye la llegada del calor solar; *3)* trastorno en los climas, y *4)* ataque a los organismos vivos. En este instante, el aumento radiactivo sobre la mesa central de México rebasa la proporción normal en un cuarenta por ciento. Aún no es mortal, ni siquiera lo percibimos. Pero: *a)* ¿hasta dónde seguirá el aumento?, y *b)* ¿cuáles pueden ser, desde ahora, los resultados indirectos de esta perturbación, que trasciende al porvenir de la vida y, en especial, de la especie humana? La difusión de los elementos radiactivos es tan rápida como ingobernable. En el Japón, pocos días después de una explosión acontecida a cinco mil kilómetros, el agua resulta radiactiva. Y en Kagoshima, tras la precipitación de la lluvia, las plantas y la leche de las vacas alimentadas con ellas, también resultan radiactivas. Los errores humanos importaban menos cuando aún no habían adquirido magnitud planetaria. Un cañonazo es un mal relativo; pero el cañonazo imaginado por Verne, destinado a cambiar la postura del eje terrestre, es ya de importancia total. Por eso hoy, con los errores que afectan a la Tierra toda, todo ha cambiado. Y los efectos de los errores se mantendrán —aun cuando se vayan reduciendo, si se quiere, hasta la mitad— durante cinco o seis mil años; pues tal es el periodo de los elementos de radiocarbono liberados por las explosiones. (Y ya se sabe que el carbono es una de las bases indispensables para la vida.) Esto, en el orden de la biología, provocará cambios bruscos o *mutaciones*, que

han de afectar en lo más íntimo las estructuras hereditarias. Lo que se hacía dentro del laboratorio para la drosófila o mosca del vinagre se hace hoy para toda la especie humana en toda la vastedad del planeta. De aquí la perspectiva de una degeneración gradual y creciente. Tal vez el daño está ya hecho. Y lo peor es que el daño causado por esta liberación artificial de la energía atómica existe igualmente en las aplicaciones destructivas o en las constructivas. No es, pues, en ningún caso, una bendición. La sola utilización pacífica lleva ya un peligro en el seno, sin contar con los accidentes siempre posibles en que la energía "se sale de madre" (caso de la pila de Chalkriver). Pasteur, en 1888, veía dos tendencias contrapuestas como dos fuerzas enemigas: ésta trabaja en pro del hombre; aquélla, contra el hombre. Hoy la antítesis no es tan clara, no es tan fácil. Los civilizados de hoy pueden temblar ante las armas atómicas, y también ante las utilizaciones industriales de la desintegración atómica; lo mismo ante la ciencia que amenaza o ante la ciencia que promete servicios. ¿Podrá detenerse esta carrera funesta? No confiemos en la ceguera humana. Empezamos a comprender por qué Prometeo fue castigado.

Pero ¿quién soy yo para hablar de esto? Yo no he hecho más que repetir, cumplir el deber de repetir. Han hablado por mi boca grandes autoridades, físicos y genetistas extranjeros y nacionales a quienes ni siquiera necesito nombrar. A los demás nos toca insistir hasta la saciedad, para ver si se nos escucha.

Abril de 1955.

67. MORENO VILLA

GENERALMENTE consideramos a la persona de múltiples facetas como a un ser complicado. Pero ¡qué mentís da José Moreno Villa a esta falsedad! Pues qué, el "hombre de todas las horas", que decía Gracián, ¿no es, precisamente, el fruto en su plenitud? En su sencillez ejemplar, José Moreno Villa es dueño de variadas virtudes, de variados talentos. Y por eso, yo diría que es el hombre hecho y cabal. Ética, intelectual y estéticamente. No hay mayor pureza, mayor pulcritud, mayor acierto sin busca; tino, tacto, pulso y —siempre— benevolencia y dulzura.

De sus estudios en Alemania y su prehistoria de químico (¡todo se averigua algún día, querido José!) yo no podría decir nada. Pero mucho y muy bueno tendría que decir —si tanto abarcara— del crítico de arte y de letras, del erudito, del poeta, del pintor, del amigo. Y siempre volveríamos a la misma nota: el despojo, la asepsia, el hastío de las convenciones, los añadidos y postizos; y la estocada siempre derecha.

Lo conocí, creo yo, allá por 1914, en el Centro de Estudios Históricos de Madrid. Pronto nos acercamos. Él, Américo Castro, Antonio G. Solalinde y yo fundamos aquel Ventanillo de Toledo —gratísima recordación— que llegó a alcanzar fama y renombre. Fui también uno de los poquísimos miembros de Los Amigos de Lope de Vega, club "sin obligación ni sanción" ideado por "Azorín", y de que conservo todavía como reliquia un cenicero de Talavera. En un día, y a todo correr, José Moreno Villa, Enrique Díez-Canedo y yo creamos los Cuadernos Literarios, colección que todos los buenos catadores recuerdan. Muchos empeños, muchas empresas comunes nos unieron, pues, desde mis días de España.

Cuando volví a México, me lo encontré ya mexicano, y no sólo por la residencia deseada y aceptada o por el íntimo trato con nuestras cosas, sino porque ha sabido interpretarlas

hondamente y hasta acuñar nombres para ciertos rasgos y manifestaciones del espíritu, el habla, el arte y la artesanía de nuestro pueblo. ¡Tan andaluz, tan parecido al Góngora de Velázquez! ¡Tan mexicano, tan diestro para bucear los secretos de México!

Poeta de las evidencias, no se parece a nadie. Crítico, llega a descubrir por su cuenta, y también como sin darse cuenta, sin hinchar la voz ni acudir a extremos técnicos, flamantes recursos de la estilística... ¡Ah, pero sin perder de vista el sentido humano de la poesía! Historiador, sólo repara en los hitos esenciales y da por sabido lo sabido, como si saltara de cumbre en cumbre. Pintor personal y caprichoso, es heredero de todas las malicias del pincel y sabe decir lo que quiere. Y si, como yo creo, el pintor confiesa lo que siente de sus modelos, nunca acabaré de expresar mi emoción al enfrentarme con el retrato que me hizo —sin obligarme a "posar" siquiera, de memoria y por simple frecuentación y compenetración—, donde me vi convertido en algo como una criatura de fuego.

Sobre José Moreno Villa, a quien tanto admiro y tanto quiero, yo podría escribir inacabablemente. Es uno de mis mejores compañeros en esta jornada de la vida, es uno de mis verdaderos hermanos. Que le lleguen mis palabras hasta su lecho de enfermo como una voz de cariño y de esperanza.*

* Moreno Villa no alcanzó a leer esta página. Ya había muerto cuando ella apareció en *Novedades*. (México, 1º de mayo de 1955.)

68. LOS LIBROS ANIMADOS

CUANDO yo me resuelva a competir con Walt Disney, ¿qué asunto escogeré para mis dibujos animados? Mucho me ha seducido ese viejo tema de los muñecos que cobran vida a la medianoche, aprovechando el sueño de su fabricante o creador. Pero es un tema ya muy manoseado en el cine. Además, nos lleva a los cuentos de Hoffmann, que hasta han pasado a los *ballets;* nos lleva a la celebérrima *Petrouchka* de Stravinsky; al drama de títeres con albedrío imaginado por Chesterton *(La sorpresa);* a la fantasía de Gómez de la Serna sobre el "hortera" que se va de aventura con la muñeca del escaparate; a cierta "comedia del bulevar" en que los maniquíes de un modisto cambian de destino y fortuna como cambian de vestimenta; a la antigua y conocida historia del escultor Pigmalión y la estatua de Galatea; a mil evocaciones más que se nos atraviesan en el camino como otros tantos obstáculos u otras tantas pruebas por vencer.

Sea, mejor, sin abandonar el propósito de dar alma a lo inerte, algo más nuevo; por ejemplo, hacer que los libros —los cuales ya tienen harta personalidad de por sí— adquieran figura semihumana, hablen, conversen, disputen unos con otros, acaso se enamoren.

¡Ay, que nada hay nuevo bajo el sol! Y, sin retroceder hasta la batalla de los libros imaginada por Swift, ahora caigo en que nuestro Julio Torri ya se me ha adelantado, en una de sus primeras páginas, nunca recogida por cierto. ¿Te acuerdas, Julio? Y si no, seré yo quien te lo recuerde.

Tú publicaste y me dedicaste en *El Mundo Ilustrado,* el 13 de diciembre de 1910, un "Diálogo de los libros". Allí pones a departir —peregrinos interlocutores—, al tomo primero y al tomo séptimo de una obra incompleta: aquel *Parnaso Español* de López de Sedano, en nueve volúmenes, Madrid, último tercio del siglo XVIII, colección que tuvo su día de gloria y donde, en los albores de la juventud, tú y yo

conocimos, entre otras cosas, la *Nise lastimosa* y la *Nise laureada* de Jerónimo de Bermúdez (en verso), y *La venganza de Agamenón* y la *Hécuba triste* (en prosa) del maestro Fernán Pérez de Oliva, intentos del teatro humanístico en los días del Renacimiento. (Por más señas, Julio, los tipógrafos te hicieron decir "cocodrilo" en vez de "colodrillo".) Y quienes duermen entre los libros saben bien que un diálogo como el tuyo puede acontecer en un descuido...

Pero hay sin duda otra manera sutil de animar los libros, que es ponerlos en trato directo, corriente y moliente, con sus poseedores. Así cuando los libros, que crecen sin cesar y se meten por todas partes, amenazan echar de su casa al profesor "Teufeldsdroeck" (Carlyle, *Sartor Resartus*). Al menos, ésta sería la interpretación patética de mis dibujos. ¿Y si dijera yo que esto le pasó, casi a la letra, a nuestro sabio y llorado maestro don Ezequiel A. Chávez cuando vivía en la calle de Roma y tuvo que alquilar sucesivamente dos casas vecinas, porque la primera se la arrebataron los libros? ¿Y si confesara yo que sé de alguien a quien, de la noche a la mañana, puede sucederle otro tanto? Pero lo dejaré para el día en que yo me resuelva a competir con Walt Disney.

Mayo de 1955.

69. EL JUEGO DE LA PINTURA

CUANDO vivíamos en Madrid, las dos niñas y los dos niños del inolvidable Enrique Díez-Canedo, el pobre Eduardito Gómez —muerto hace unos meses—, Paquito Montero y mi hijo habían dado con un juego francés, el juego de los oficios: consistía en barajar y repartir un montón de tarjetas que representaban a los carpinteros, los herreros, los zapateros, los sastres y los albañiles; y después, pidiendo, "robando" y dando cartas por turno, hacer por completar un gremio o familia entera. El primero que lo lograba era el vencedor.

Frecuentábamos el Museo del Prado, lugar de reunión dominical. Los chicos se aficionaban a la pintura y aprendían a conocer los cuadros sin darse cuenta. Se me ocurrió entonces sustituir las tarjetas de los oficios por las postales —reproducciones de cuadros famosos—, que se vendían a la entrada. Formé colecciones del Greco, Velázquez, Murillo, Goya, Tiziano y Rubens. Tal vez otros más que no recuerdo.

Las reglas del juego pueden ser variables a voluntad; las combinaciones, infinitas. Lo que importa aquí es dar una idea general sobre este entretenimiento sencillo. Ejemplos, hasta donde alcanza mi memoria:

Tiziano: el Pintor; Carlos V a caballo; Carlos V y un perro; Cristo y el Cirineo; Adán y Eva; Salomé; Isabel de Portugal; la Diosa de los Amores; Santa Margarita; la Adoración de los Reyes; Entierro del Señor; la Dolorosa; Diana y Acteón; Dánae y la Lluvia de Oro, etcétera.

Goya: el Pintor; el General Palafox; Bayeu; Josefa Bayeu; María Luisa; Cristo; Carlos III; Carlos IV; el Infante Francisco; el Dos de Mayo; el Duque de Osuna; el General Urrutia; Tadea Enríquez; la Pradera de San Isidro; la Maja Vestida, etcétera.

El Greco: Un retrato; el Caballero de la Mano al pecho; Un Médico; Cristo; la Sacra Familia; la Virgen y los Apóstoles; la Anunciación; San Antonio; San Basilio; San

Bernardino; San Pablo; San Francisco; la Resurrección; Toledo; el Enterramiento del Conde de Orgaz, etcétera.

Velázquez: el Pintor; Doña Isabel de Borbón; los Borrachos; las Meninas; las Hilanderas; Vulcano; Felipe III; Felipe IV; el Conde de Benavente; Baltasar Carlos; Mariana de Austria; la Reina de Hungría; San Pedro y San Pablo; María Teresa de Austria; la Fuente de los Tritones; la Villa Médicis, etcétera.

¿A qué continuar? La gente menuda se encariñó con el juego, y esperaba ansiosamente la mañana del domingo para visitar las pinturas que ya le eran cosa propia. Esto despertó poco a poco el interés por la historia y la crítica de las artes. Uno de los niños me asombró un día con una observación curiosa: "El retrato que hizo Rubens de su mujer —me dijo— parece un cuadro de nuestro siglo." Y yo, embobado, bendije la hora en que se me ocurrió el Juego de la Pintura.

Valía la pena de contarlo. Nuestros museos y nuestro comercio de postales permiten ya formar colecciones de artistas y personajes mexicanos, ruinas y esculturas indígenas, templos coloniales y monumentos. Así se mezcla lo útil con lo ameno, precepto áureo del optimismo pedagógico que no siempre puede cumplirse por desgracia.

Mayo de 1955.

70. EL ENIGMA DE LOS ORÍGENES

LA CREACIÓN *ex nihilo,* la Creación que parte de la nada —al revés de lo que imaginaron los sistemas clásicos de la Antigüedad, para los cuales existió siempre algo inexpresable y confuso, el Caos que la divinidad simplemente organizó en Cosmos— es un supuesto de la economía mental. Pues, de no aceptársela, tenemos que retroceder infinitamente hacia un estado anterior, como lo dijeron ya muchos filósofos, y a riesgo, como lo dijo el poeta, "a riesgo de derrumbarnos a lo largo de la eternidad", en un derrumbe hacia atrás que hace ya pensar en la precipitación de Luzbel cuando cae del Cielo a los Infiernos. Los Infiernos, para las necesidades de la pobre inteligencia humana, bien pueden imaginarse, en efecto, como un túnel inacabable hacia los orígenes de las cosas, origen que huye constantemente entre nuestros ojos. "Principio quieren las cosas", dice el proloquio, y resume así en sencillos términos la filosofía ortodoxa en cuanto al tema de la Creación.

Pero bajemos a la tierra. Toda averiguación de orígenes resulta enigmática y obliga a buscar un antecedente, y éste, a su vez, nos conduce a otro. La ciencia tiene que fijarse un límite, un punto de arranque, y dibuja allí una frontera entre la naturaleza y lo sobrenatural que la preceda. La ciencia —como la historia—, comienza *in medias res,* a riesgo de precipitarse en los Infiernos.

¿Y si bajamos todavía a la historia? ¿Cómo empiezan todas las historias? Todas empiezan preguntándose de dónde vinieron los pobladores de esta o de aquella comarca. El mito de los autóctonos no pasa, pues, de ser un mito. Y la historia, o los supuestos de la prehistoria mejor dicho, se detienen respetuosamente, sin pronunciarse sobre el caso, unos minutos después del día en que Adán se alza del suelo. Todos los pueblos primitivos vinieron de Otra Parte. . .

Pero ¿no estamos, en nuestra experiencia diaria, en los

más humildes accidentes del trato humano, enfrentándonos con un enigma semejante? Y si no, yo quiero que se me diga, por ejemplo, quién inventa los chascarrillos o las anécdotas de actualidad y burla política. Todos comienzan o pudieran comenzar, si están bien contados: "¿Ya sabe usted lo que la gente anda diciendo?" O bien: "¿Ha oído usted ya lo que se cuenta de esto y de lo otro?" Si el caso, el cuento, el dicho feliz parten de la boca de un autor indentificable, inspiran una sospecha técnica, pierden la categoría anónima de chascarrillos y anécdotas populares y son ya "ocurrencias de Fulano". Por cierto, hay Fulanos que quieren adueñarse de tales chascarrillos y anécdotas y darlos por invenciones propias. Yo creo —tras las graves disquisiciones anteriores— que están en pecado mortal o están locos. ¿Qué diríamos del que se atribuyera el origen del mundo, y nos soltara de repente: "Como usted sabrá, yo hice el mundo en seis días y descansé el sábado"?

Junio de 1955.

71. ANDRÉS ELOY BLANCO

UN DÍA dijo Góngora:

> Arrímense ya las veras
> y celébrense las burlas.

Pero a mí, una que otra vez, me sucede, al contrario, en estas sencillas páginas, arrimar las burlas y hablar de veras. No es ésta la primera ocasión, no será la última. Hoy, ante la desaparición de un amigo, se me ofrecen algunas reflexiones que nada tienen de festivas.

Cada civilización crea su tipo, su ideal humano: el "héroe" aqueo; el "magnánimo" ateniense; el *Vir bonus* romano; el "paladín" medieval; el "hidalgo" y el "caballero" españoles; en Inglaterra, el *gentleman;* en Francia, el *honnête-homme;* en Prusia, el *Junker;* el "hombre *sport*" (sentido moral) en Estados Unidos; y yo creo que, en Hispanoamérica, a pesar de todos los pesares, "el hombre cordial". No aquel cuya voluntad "se ha muerto una noche de luna", sino aquel cuya alma se desborda como fuente henchida a la más leve solicitación, al menor pretexto.

Tal era Andrés Eloy Blanco, el venezolano que hasta hace pocos días vivía entre nosotros. Ministro de Relaciones Exteriores en el gobierno del insigne Rómulo Gallegos, héroe civil, claro varón, poeta auténtico. Ha caído víctima de un atroz accidente. En México soportaba su destierro con noble melancolía y convertía su dolor en canciones. Parecía, en su dulzura y en su limpieza, una acusación viviente contra todas las violencias y las injusticias del mundo. Era nítido y bravo, de fino acero y fino temple. Era el buen hispanoamericano, el hombre cordial. Su último libro se llama *Giraluna*: la novia del "girasol", dice él con inimitable gracia. No morirá del todo. Alienta en las ráfagas de sus versos.

Junio de 1955.

72. EINSTEIN

CONOCÍ a Einstein en Madrid el año de 1923. Entonces dije de él (instantánea del primer encuentro): "Con su cabellera desordenada, su sonrisa todavía juvenil, tímida y un tanto burlona, Einstein parece siempre decirle a la gente: —Señores, yo no tengo la culpa de haber descubierto esto." Tal impresión de candor, de sencillez es, para mí, la nota dominante en la apariencia de Einstein, uno de los hombres más eminentes de nuestra época. Sencillez del sabio verdadero, cuyo afán por excelencia es conocer y entender las cosas que no le afectan personalmente. Candor del sabio verdadero, que posee el don de asombrarse ante las cosas comunes y corrientes. Newton se pregunta por qué cae la manzana. Einstein manifiesta algo como una emoción de sorpresa y aun de gratitud ante el hecho de que cuatro palitos de igual tamaño formen un cuadrado, cuando en la mayoría de los universos que a él le es dable imaginar no existe el "cuadrado". Pero las cualidades morales de Einstein superan a las de sus hermanos de ayer. Por ejemplo, ignoró la rivalidad y la envidia, lo que no podría decirse de Newton ni de Leibniz. El mundo lo admira sin reservas por sus conquistas científicas; pero su sabiduría humana para la vida práctica, la conducta, la política, fue tan profunda y tan transparente que muchos no supieron verla. Hubiera sido menester, para hacerla más perceptible, que algún doctor en ciencias sociales enturbiara aquella agua clara con los tecnicismos, palabras abstrusas y el dificultoso "esperanto de las ciencias".

Junio de 1955.

73. EL ESTOICO

—¡Qué fácil es la virtud! —decía el Estoico—. Casi se reduce a un acto de renunciamiento, el cual, como cosa pasiva, es más hacedero que todos los actos positivos, supone mayor economía de esfuerzo y hasta se parece un tanto a la pereza. De suerte que un poco de inmovilidad conviene a la virtud, y mejor si se la interpreta, si se la "siente", como desgana o dejadez, y no como rigidez o coerción. Luego hay un matiz de imaginación, un saborcillo de fantasía en las decisiones virtuosas. El secreto está en decirse a sí mismo: "No, si no me obligo ni me violento; más bien me dejo llevar, o más bien me quedo donde estoy." Sentarse a la sombra de sí mismo, en vez de correr en pos de sí mismo: aquí está el secreto. ¡Oh, qué fácil es la virtud! Cultivad la imaginación, alumnos del bien. El Oriente siempre lo hizo así; pero el Occidente quiere convertir el alivio de la imaginación en la hipertensión de la voluntad. ¿Habéis advertido la diferencia? Lo que uno busca por el arduo camino de las restricciones y tiesuras, el otro lo busca por la cómoda senda, por la poética senda donde el alma, bien encaminada, se deja ir como en día de asueto.

(Y el Estoico no se daba cuenta, como acontece con todos los reformadores de la moral, de que sólo tenía razón y sólo acertaba por cuanto, tácitamente y sin saberlo, él ya era bueno de antemano, por inclinación natural y no por seguir tal o cual doctrina.)

Junio de 1955.

74. EL ESCÉPTICO

—El mundo no tiene seriedad —dijo el Escéptico—. Y la conclusión no es humorística, sino melancólica. No vemos el mundo, sino nuestra imagen del mundo, y la imagen es caprichosa y cambiante al punto de ser una ilusión, un engaño que a nosotros mismos nos proponemos. "Que nada podemos saber", escribía Francisco Sánchez. "¡Qué sé yo!", exclamaba Montaigne. Y "¿Qué es la verdad?", preguntó Pilato. Cuando nuestro maestro Pirrón fue a la India, en el séquito de Alejandro, a la sola presencia de los "gimnosofistas" o filósofos desnudos comprendió que la verdad puede ser considerada desde tan opuestos puntos de vista que, en rigor, no sabemos dónde se encuentra o si es un simple devaneo. Es decir, que las cosas son de todos modos o de ninguno. Por eso lo mejor es callar, suspender el juicio, vivir en estado de *adiaforía* o indiferencia.

—Y entonces —le replicó el hombre del pueblo— ¿los dioses son unos embaucadores?

—La inteligencia humana es muy corta, la vida humana es muy corta. No podemos demostrar que existan los dioses. Ni tenemos medios ni tiempo suficiente —contestó el Escéptico—. Y luego añadió, cerrando un ojo. —Pero si es que existen, ellos se encargarán de todo. Como algún día lo dirá un poeta: "Los dioses me perdonarán, porque perdonar es su oficio."

—¿De suerte —prosiguió el hombre del pueblo— que tu secta cuenta tácitamente con la benevolencia de los dioses, a pesar de todo, como el muchacho calavera cuenta con que su padre habrá de sacarlo de apuros?

(Y yo que los escuchaba, en sueños, tuve un recuerdo. Alguien, en un corro de amigos, observó una vez: "Ustedes, los que se dicen creyentes, no tienen confianza en Dios, puesto que todo el día se preocupan por quedar bien con

Dios. Yo hago lo que me place, y confío en Dios: confío en su suprema bondad." "Señor mío —le contestó don Víctor Andrés Belaúnde, que es un creyente—. Eso no es tener confianza en Dios, sino permitirse confianzas con Dios.")

Junio de 1955.

75. SOBRE LOS "CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA"

MI QUERIDO poeta Alfredo Cardona Peña: Muy gustosamente contesto su carta del 23 de mayo.

Con *Cantos de vida y esperanza* (1905) se inicia prácticamente la etapa en que Rubén Darío —dominada ya la linda música de las *Prosas profanas,* que atrajo a tantos "modernistas"— entra en la música discordante y adquiere aquel tono personal que nadie tratará de imitar.

El libro evoca para mí uno de los recuerdos más gratos. Por entonces yo estudiaba en la Preparatoria de México y vivía al lado de mi hermano Rodolfo. Aún no leía esta obra de Darío ni tenía noticia de su aparición. Fui de vacaciones a Monterrey. En la capital había yo dejado un ambiente de desconfianza e incomprensión para la nueva poesía. Aún no empezaba yo a frecuentar el mundo literario y sólo me llegaban opiniones de gente no responsable, que hacía sorna de cuanto no fuera Peza o Plaza, a lo sumo Flores (y Flórez). He aquí que mi padre me recibe recitando de memoria la *Salutación del optimista* y "Yo soy aquel que ayer no más decía"... Aunque siempre me había yo sentido cerca de mi padre, en muchas de mis aficiones, no esperaba yo estar tan cerca. ¡Y mi padre no era "intelectual", ni pretendía estar al tanto de las modas! Le guiaba su genio y su instinto. Aún conservo, con anotaciones de su puño y letra, el ejemplar de los *Cantos* que de él heredé. Lo conservo con la emoción y la alegría de este entendimiento cordial entre dos generaciones a cuarenta años de distancia. Mi padre conoció personalmente a Rubén Darío en París, por 1911. Éste lo menciona con gratitud en su libro autobiográfico y, cuando mi padre murió, en 1913, le consagró una expresiva página, comparándolo con los capitanes romanos de Shakespeare. Todo esto dicen para mí los *Cantos de vida y esperanza.*

Junio de 1955.

76. EL ABRIGO DE JOSÉ MARTÍ

En reciente artículo ("Encuentros con Pedro Henríquez Ureña"), me dejé decir: "Vivía yo en Madrid, y él —PHU— radicaba ya en Minnesota, cuando, en unas vacaciones, se me presentó vistiendo el abrigo de José Martí. Así como suena. Acababa, creo, de pasar por Cuba. Alguien, no sé quién, no sé cómo, había conservado el sobretodo del apóstol cubano, y se lo cedió por si le hacía falta en el viaje."

Estas palabras han provocado un oportuno comentario de la escritora cubana Loló de la Torriente (*Alerta,* La Habana, 13 de mayo de 1955). La excelente amiga argumenta así en sustancia: —Aun cuando por aquellos años el culto a Martí acaso no se había desarrollado todavía en términos que justificaran la cuidadosa custodia de una prenda personal del héroe, no es creíble que tal prenda, por buena que fuera, se conservara tanto tiempo en condiciones de ser usada.

Quiero añadir otra razón por mi parte, pues es el caso de decir: "No me duelen prendas." Martí muere en 1895. Pedro Henríquez Ureña aparece por Madrid en 1917, dato este último que escapó a la perspicacia de la escritora cubana, pero que consta en mi artículo unas líneas más adelante. Han pasado, pues, cuando menos, veintidós años. Al deterioro físico del abrigo debe sumarse el envejecimiento de la moda, lo que fácilmente podría producir un efecto extravagante.

La historia, en verdad, es poco creíble; y como dice el comentario a que me refiero, pasaría en boca de un bromista, pero no en quien pretende ofrecer una seria crónica de los sucesos. No me disculpo, no, al contrario. Bien puedo haber sido víctima de una ofuscación, como a cualquiera le acontece. Sólo deseo alegar en mi descargo que yo no he inventado esta historia: "Como me lo contaron te lo cuento." ¿Fue una broma del que cedió a Pedro el abrigo o una broma de éste, que yo tragué candorosamente, por ese desmedido afán que

todos tenemos de aceptar relatos pintorescos? ¿No habré entendido bien lo que se me dijo? ¿Habré incurrido en una confusión al resucitar los hechos? A veces la memoria traiciona, a veces los sentidos traicionan, y es así como se crean los mitos. Lo más singular es que hay otro testigo, a quien yo había consultado antes de escribir las líneas en cuestión, don Artemio de Valle-Arizpe, y él confirma puntualmente lo que yo he dicho y aun lo ha recordado mejor que yo.

El gabán de Martí se va convirtiendo, pues, a mis ojos, en un objeto de maravilla: en una hada nada menos como aquel paraguas de Anatole France que, según cuenta Jean Jacques Brousson, su dueño hacía lo posible por olvidar en las casas de sus amigos, en los cafés, en los coches, en los tranvías, pero que siempre, por uno u otro camino, volvía a sus manos. Esta hada, pues, este gabán tan misterioso, era tosco y negro, y a Pedro le quedaba muy largo: otro dato para investigar la posible adjudicación. Yo no conservo la historia ulterior del gabán. Don Artemio me asegura que yo se lo presté un día de lluvia (Pedro lo había abandonado en Madrid), y que a él se lo robaron. Esta serie de peripecias parece indicar que, en el fondo, nadie había tomado muy en serio la "atribución martiana". El hada desapareció de nuestra vista tan fantásticamente como había aparecido.

Pero los comentarios de Loló de la Torriente me han hecho ver la conveniencia de retocar mi artículo, que ahora, sobriamente, dice así: "Vivía yo en Madrid, y él radicaba ya en Minnesota, cuando, en unas vacaciones, se me apareció vistiendo un viejo abrigo que él, humorísticamente y no sé por qué causa, llamaba *el abrigo de José Martí.*" ¡La versión anterior era mucho más atractiva! Como se ve, he sacrificado a la verdad práctica todo el encanto de esa "verdad sospechosa" que llamamos literatura.

Julio de 1955.

77. ODISEO

En la *Ilíada,* Homero nos dice que Ulises —u Odiseo— era hombre de múltiples recursos, astuto y mañoso. Pero se contenta con informarnos sobre la fama de Odiseo, y casi no nos hace ver ningún hecho que la compruebe, contrariamente a su habitual norma estética que es la norma del dramaturgo: dejar que el personaje se pinte solo por sus actos. Pues recuérdese que la estratagema del Caballo de Palo, inventada por Odiseo, no acontece en la *Ilíada* y sólo sabemos de ella por testimonios posteriores. Apenas hay una vaga vislumbre sobre el carácter engañoso del héroe (el *homo duplex,* contrastado con el *homo simplex* que es Aquiles, el que declara odiar la mentira más que al Infierno), cuando Odiseo, con vaguedades, hace creer al cautivo Dolón que se le perdonará la vida si confiesa las posiciones y fuerzas de los adversarios. Pero adviértase que esto acontece en una escena excepcional, atrevida correría nocturna de Odiseo y Diomedes, que penetran hasta el campo enemigo, se juegan el todo por el todo y no están para andarse con miramientos.

En general, el Odiseo de la *Ilíada* más bien parece reservado, prudente, hasta un poquillo cauteloso y como deseoso de borrarse y rechazar toda alusión a su consabida astucia o agudeza. Así, tras la referida hazaña nocturna, rechaza de plano los elogios: "Todo lo han hecho Atenea y Diomedes", se apresura a decir. Y, en efecto, Diomedes ha sido el ejecutor, pero Odiseo ha sido el conductor intelectual. En los juegos fúnebres de Patroclo, no se le ocurre competir con el arco, en que era invencible. Apenas se atreve a competir, en la lucha, con Áyax, el hijo de Telamón; y en las carreras, con Áyax de Oileo. En el primer caso, deja que Aquiles declare el empate, por no enfurecer al irritable rival; en el segundo, deja que el rival se disculpe de haber resbalado en el último instante por artes de la diosa Atenea, siempre protectora de Odiseo; y Odiseo se abstiene de pro-

testar, admitiendo así que se desluzca el mérito de su triunfo.

Como éstos pueden presentarse otros ejemplos. La modestia de Odiseo, en todos ellos, contrasta con el ánimo vanaglorioso que es característico de los capitanes homéricos. Así en la *Ilíada.* Pero en el poema posterior, en la *Odisea,* por el contrario, Odiseo echa mano, sin empacho, de todas sus increíbles aptitudes para el engaño y la travesura. ¿Cuál puede ser la explicación? Muy sencilla. En la *Ilíada* se vive entre camaradas de armas, jefes y príncipes sujetos a un código de honor, a una etiqueta rigurosa, en que cuentan el arrojo y la lealtad a la palabra empeñada, pero no el ardid y la doblez. Odiseo, que conoce su fama y aun ha llegado a pedir a Néstor que no la propale entre los aqueos, puesto que ellos saben ya a qué atenerse, no quiere desdecir, o más bien deslucir, entre aquella compañía de varones orgullosos y altivos, que por nada se rebajarían a emplear recursos engañosos. En cambio, en la *Odisea,* el héroe tiene que habérselas con dioses y meteoros deificados, encantadoras, cíclopes, monstruos, donde no hay igualdad de armas y todo recurso es admisible. Odiseo defiende su propia vida y la de sus compañeros de naufragio a costa de todo, en constante *sálvese el que pueda.* No hay ya código de honor ni etiqueta, y Odiseo despliega sin rubor sus habilidades para el subterfugio y el fraude, que aquí vienen a ser legítimos.

Hay más. Odiseo tuvo un abuelo materno, Autólico, célebre por sus raterías y sus perjurios. Fue este abuelo quien, en recuerdo de sus peripecias y su propio renombre, bautizó al nieto y le dio el nombre de Odiseo, el "odiado". Odiseo teme a cada instante que alguien se acuerde de que pertenece a una raza equívoca, de gente experta en el hurto, al menos por la ascendencia de su madre; teme, entre todos, aparecer como un tanto intruso: principillo de una miserable isla distante, perdida allá en el occidente, es decir, por el revés de Grecia, pues que la Grecia de aquellos siglos daba el rostro al oriente. Cuando Agamemnón revista sus tropas, se le escapan algunas palabras injustas contra Odiseo, en un pasajero arrebato, y le echa en cara, precisamente, el ser "perito en malas artes". Odiseo sabe de sobra que, entre aquellos

guerreros rudos y gigantescos, labrados a hachazos y no a punta de cincel, él, por la misma agilidad de su mente, padece lo que ha llamado Hazlitt *las desventajas de la superioridad intelectual.* Antenor recuerda que, cuando Odiseo tiene que hablar en público, empieza por hacerse el bobo, como si no hallara qué decir, a reserva de arrollar a todos con su elocuencia. Hacerse el bobo; algo saben de esto nuestros tinterillos que se las arreglaban para andar de secretarios con las partidas revolucionarias. Y un diplomático sudamericano, en tiempos de no sé qué dictador, me dijo un día: "Mi situación es muy precaria. Cada vez que vuelvo a mi tierra y visito al Presidente, me parece que le oigo decir para sí: *Desconfiemos de éste, que sabe Gramática.*"

Julio de 1955.

78. LA EMANCIPACIÓN LITERARIA

El diáfano ensayo de José Luis Martínez sobre *La emancipación literaria de México,* recién publicado en la colección de Zea, no se propone medir hasta qué punto hemos logrado la originalidad, sino que nos hace ver cómo nació el deseo de lograrla y expone las primeras manifestaciones de este afán durante la mayor parte del siglo XIX. Ello se revela, no tanto en el hecho de que los escritores procuraran en aquella época ajustar su obra a una nueva estética —fuera de los elementales empeños del costumbrismo o del realismo inmediato—, cuanto en la activa discusión respecto al asunto, considerado todavía como un programa por cumplir, como un previo esclarecimiento conceptual.

La emancipación —nos explica el crítico— sólo ha de alcanzarse con el Modernismo. Es decir, cuando se acaba la discusión teórica precedente, desaparecen los que la mantenían, y se pasa de los propósitos a las realizaciones. Pero falta confesar que aquella campaña no determinó esta victoria, ni tiene íntima relación con ella. Acaso esto fue una desgracia; más bien aconteció una ruptura. El Modernismo, es innegable, aunque nos dejó regueros de joyas al toque mágico de Francia (estas contaminaciones no son ilegítimas en sí mismas, así viven y vivirán siempre todas las literaturas del mundo), tuvo algo de desvinculación. Los modernistas no discutieron ya el problema de sus mayores; lo ignoraron y echaron a andar por otra senda. Y los abuelos no agotaron nunca la discusión ni llegaron a sus últimas consecuencias. La discusión había sido tan política como literaria, cuando menos, y parece un eco tardío de la emancipación política. Se apaga el eco, los modernistas vuelven el rostro. ¿Descubrieron el buen camino? Habría que pesar con balanza de precisión a los poetas que cruzaron, en barca propia, la corriente del Modernismo; Díaz Mirón, Othón, Urbina. Y además, ¿cabe en esto una solución definitiva? ¿No encuentra

la suya cada época, de cierta manera necesaria y vital, aun cuando no se lo proponga? Los momentáneos desvíos, o que tal parecen a pocos lustros de distancia, ¿no hallarán su justificación en el conjunto y en una perspectiva más generosa? Los ejércitos de *La Farsalia* combaten, sí; pero, nos dice Lucano, vistos desde cierta altura vecina, parecen inmóviles: honda lección para la crítica.

Aplicando la regla aristotélica del conocer, que es comparar con lo semejante, José Luis Martínez advierte que, mientras los escritores sudamericanos (Argentina, Chile, el continental Andrés Bello), arrastrados por igual inquietud, consideraron la literatura como base de la integración social, entre los nuestros más bien se dejó sentir la tendencia a considerar la literatura como algo adjetivo o secundario. Tal vez ello explique el que no hayan llevado a buen término su campaña. Y añadiremos el caso de Cuba, que —si no me engaño— ofrece todavía otro matiz. En Cuba la lucha intermitente por la independencia corre como río subterráneo desde 1823 hasta 1898, y pronto la literatura y la cultura asumen forma de rebeldía política, o bien disimulan este intento con patética sutileza. La independencia sólo se obtiene pocos años después de que Martí y Casal se habían ya lanzado por el libre campo del Modernismo. Cuando sobreviene la emancipación política, ya estaba en marcha la emancipación de las letras: era un hecho, no un programa por discutir o defender.

José Luis Martínez, siguiendo a Pedro Henríquez Ureña *(Las corrientes literarias en la América Hispánica)*, toca, de pasada, el caso de los Estados Unidos. Sería muy útil ahondar en esta comparación y extenderla a otros países coloniales, ex-coloniales o simplemente "excéntricos". ¿Qué ha pasado con Canadá y Australia frente a Inglaterra? ¿Qué con Suiza o Bélgica frente a Francia? ¿Se planteó o no se planteó el problema? ¿En términos de polémica o en términos de aceptación razonable? Esta investigación nos ayudaría a entendernos más cabalmente.

Es inevitable que los argumentos literarios se mezclen aquí con los políticos; pero cada ejemplo histórico presenta alguna diferencia. No podría suceder lo mismo en pueblos que llegan a la emancipación por un mero crecimiento natural,

la separación o "fisiparidad" de los biólogos, que en pueblos donde la emancipación fue una guerra. Para unos la emancipación, más o menos deseada, casi resultó involuntario efecto de vaivenes y levigaciones del orbe que los contenía, y el proceso pudo ser lento, indeciso, suave. Para Hispanoamérica y los Estados Unidos, fue violento y patético, el periodo de las convulsiones se deja "enmarcar" en corto espacio, hay un Día de la Independencia. En aquéllos se da la convivencia de dos o más lenguas distintas; en otros, el choque del mestizaje, que deja a las puertas, como fantasmas, dos ideales étnicos. Finalmente, como entre nosotros o en la España que se sacude a los moros, la independencia pretende asumir un disfraz de "reconquista". Todo lo cual influye por fuerza en el planteamiento de la cuestión.

Respecto a la expresión de los caracteres peculiares, no quiero repetir cuanto he dicho sobre la inteligencia americana *(Última Tule)*, o en mis reflexiones ofrecidas a Pérez Martínez y en mis observaciones referentes a minucias lingüísticas que encierran secretos de energía atómica *(La X en la frente)*. No tengo para qué repetir las acertadas observaciones del llorado Moreno Villa en punto al espíritu, al habla, al arte de los mexicanos. Sólo señalaré de paso, porque en sustancia cuanto allí se dice nos es igualmente aplicable, la reciente conferencia de Jorge Luis Borges sobre *El escritor argentino y la tradición* (*Sur*, Buenos Aires, Nº 232, enero-febrero de 1955). Y he de manifestar nuevamente lo que tantas veces he declarado: que la inquina contra la tradición española es una manera de servidumbre, una confesión de inferioridad o liberación no consumada. La libertad supone igualdad en el comercio humano, trato de tú a tú, amistad sin miedo y sin rubor. Tampoco hace falta imitar una tradición para justificarla, para admirarla. Tampoco hemos de figurarnos que la emancipación de las letras es acarreada inconscientemente por la política. No bastan aquí la buena intención ni el patriotismo. La emancipación literaria es función de la calidad literaria.

Julio de 1955.

79. COHEN, EL AMIGO DE HISPANOAMÉRICA

El escritor inglés J. M. Cohen (50 Middleway, London, N. W. II), que tiene acceso a algunas de las principales revistas británicas, se interesa de modo especial por las letras de Hispanoamérica. Prepara una antología poética de la lengua española (ediciones "Penguin"), desde los orígenes hasta Calderón y, tras un salto atlético que atribuiremos al gusto personal, desde Bécquer hasta la generación mexicana de *Taller*, la guerra civil de España, Neruda y lo demás. Acompañará los poemas con versiones en prosa. Sólo conoce, de nuestras repúblicas, los países del Plata. Espera venir a México alguna vez, en compañía de su señora.

Los editores con quienes trata y que le han pedido obras de atmósfera mexicana prefieren —cosa rarísima— libros que no sean novelas. Pero él es aficionado a la nueva novelística de nuestro país y, desde luego y entre otras cosas, ha logrado ya que la buena revista *Encounter* acepte páginas de Juan Rulfo. En la antología de Castro Leal descubrió a Othón y a López Velarde, que le seducen. Le atraen la poesía y la prosa de Octavio Paz, de Juan José Arreola, y en la Argentina, me señala entre sus predilecciones a Ricardo Molinari, el hondo y cristalino poeta.

En reciente carta, me confesaba así su esperanza: "A veces se me ocurre pensar que, pues la poesía se muere en Europa, habrá de renacer en América, y no por cierto en los Estados Unidos." Y en otra carta más reciente, al comunicarme sus proyectos en marcha, añadía con cierta inquietud: "Hablaré de la decadencia presente, sí; y diré cómo los grandes temas —la épica marina, por ejemplo, comenzando por Gilgamesh y la *Odisea*, y los motivos del amor en Platón, los trovadores, Dante, Petrarca, los sonetos de Shakespeare— han dejado de interesar, salvo como aspectos de un mito privado, sólo comprensible para el poeta y su tertulia. Ello me permitirá

también expresar mucho de lo que siento respecto a las letras modernas, y señalar lo que considero perdurable.

"Mi historia de la Literatura Occidental (para los 'Penguins') arranca del *Cantar del Mio Cid* y el *Cantar de Rolando* y acabará proponiendo que volvamos con atención los ojos hacia Hispanoamérica, donde esperamos la aparición de una literatura vigorosa, puesto que allí se ha dado esa mezcla de culturas que siempre determinó el nacimiento de las mejores tradiciones literarias."

De acuerdo en cuanto a la esperanza. Yo he insistido siempre —con referencia a Grecia— en la importancia de los mestizajes culturales; y en la *Parentalia* vengo a decir que la gente de nuestras tierras es heredera universal, como también lo declaré en Buenos Aires, ante escritores de todo el mundo reunidos para la VII Conversación del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, por septiembre de 1936. (*Última Tule*, pp. 131-136.)

Pero como yo no quería dejar sin respuesta la nota pesimista que se oye sonar en la carta de mi amigo Cohen, le contesté así: "Me conmueve su fe en las literaturas hispanoamericanas. También yo paso horas amargas ante la decadencia actual del interés auténtico por la cultura. Pero me conforta pensar que la comunicación es mayor que antes entre las altas clases intelectuales del mundo (Ortega y Gasset habla en algún lado de las 'naciones horizontales', tendidas por sobre las fronteras), y que esto producirá un renacimiento, tal vez estimulado por la angustia misma de nuestra época —si la Bomba H lo permite."

Pues siempre —ay— tenemos ya que hacer esta salvedad y dejar abierta nuestra ventanilla a lo imprevisto.

Julio de 1955.

80. KEYSERLING Y MÉXICO

KEYSERLING vivía en el Hotel Plaza de Buenos Aires. Con frecuencia, por la noche, antes o después de la cena, cruzaba la Plaza San Martín y se presentaba en mi Embajada. Charlábamos hasta más allá de la medianoche, a condición de que nunca le faltara al alcance de la mano su "cáliz" o "flauta" de champaña, que unas veces era lo uno y otras lo otro, según el capricho del mayordomo o el estado de la cristalería. Sobre la apariencia y condiciones de este extraordinario gigante, descendiente de Gengis-Kan, me remito a mi artículo "Keyserling en Buenos Aires" *(Grata compañía,* pp. 166-168) y al librito de Victoria Ocampo (valiente documento humano), *El viajero y una de sus sombras: Keyserling en mis memorias.* En una de estas charlas le expuse, o improvisé para él, cierta teoría sobre la gama melancólica de Hispanoamérica, "que va desde la montañosa cólera y el patetismo mexicanos hasta el tedio de la pampa argentina" ("Epílogos de 1953", *Marginalia,* 2ª serie, pp. 193 *ss.* Allí mismo he dicho que Keyserling se apropió esta teoría en su libro sobre nuestra América. Hizo bien. Para eso son las ideas: para que vuelen y se difundan.)

—¿Por qué —le pregunté una noche— no llegó usted hasta México cuando andaba por los Estados Unidos?

—Me fue imposible —repuso—. Pero me acerqué hasta la frontera y, como soy zahorí, adiviné a México al respirar el aura que llegaba del otro lado.

—¿Absorbió usted las esencias del aire y del cielo mexicanos como el poeta de los *Trofeos,* cubano de origen, sintió venir, desde el arrecife de Bretaña, el aire embalsamado que le llegaba de su tierra natal, "la flor ayer abierta en el vergel de América"?

—Algo parecido, en efecto —continuó el gigante—. Y eso me basta para profetizar desde ahora la futura mexicanización de toda la América del Norte. Pero hubo más: en San

Antonio, me hicieron pasear por toda la ciudad. Me traían de un lado a otro mostrándome las fábricas, las instituciones del trabajo y la industria, la febril agitación de aquel pueblo. De cuando en cuando, pasábamos y volvíamos a pasar por una plaza, creo es la Plaza del Zacate. "¿Y quiénes son esos hombres, pregunté a mis huéspedes, que parecen consumir todo el día en los bancos, bajo los árboles, charlando y discutiendo?" "¡Oh, me dijeron con un gestecillo despectivo, son los mexicanos, los perezosos, que pierden el tiempo conversando!" Y yo contesté al instante: "¡Pues ésos son los que me interesan, y más que todo lo que ustedes me han mostrado! Ésos son los herederos de los filósofos atenienses, los herederos de Sócrates, de Platón, de Aristóteles; de los paseantes del Iliso y de la Academia, de los peripatéticos del Liceo."

Y, en verdad, yo pienso para mí, y lo he dejado entender algunas veces, ya en mis reflexiones sobre "la clase ociosa" —que no debe confundirse con la abominable "clase parásita"— (*Ancorajes*, pp. 58 *ss.*), o ya en el primer artículo de las Burlas Veras (*Revista de Revistas*, 30 de mayo, 1954), donde hablo del "ocio con letras, con estudio", que, como dice Ernest Rober Curtius en su ensayo sobre Virgilio, "a nuestra ética del trabajo le está haciendo falta esta contrapartida que vendría a ser un ideal de ocio". Entiéndase la palabra del modo más noble: reposo, serenidad, esparcimiento. Que esto fue el *otium* para los clásicos, y no el vicio de la pereza, en que después ha insistido una civilización más entristecida y agitada.*

Julio de 1955.

* "Una vez, en Los Ángeles, me llevaron a visitar los barrios mexicanos. Me dijeron que aquellos hombres eran unos vagabundos y perezosos; pero a mí se me figuró que ellos disfrutaban más y mejor que mis laboriosos e inquietos anfitriones de esas virtudes que hacen de la vida una bendición y no una maldición." B. Russell, *Autoridad e Individuo.*

81. UNA INSTANTÁNEA DE "DON CHUCHO"

ALGUNA vez he contado ya cómo, en torno a su lecho de enfermo, el director de la *Revista Moderna,* don Jesús E. Valenzuela —poeta más en la vida que en los versos— solía reunir a los literatos del crepúsculo modernista. No siempre asistía él a la mesa. A veces, se recobraba por unos días. Otras, creía morir. Entonces repartía algunos de sus libros y sus objetos. Así sucedió que me enviara una vez, como presente, la mascarilla de Manuel José Othón fundida en bronce por Baudelio Contreras.

Para entonces la plana mayor había comenzado a dispersarse. Urueta nunca concurría a la tertulia. Nervo estaba en París y desconcertaba a sus antiguos admiradores con unos versos en que aconsonantaba "pelo" y "Longfellow". Tablada se había alejado, porque don Chucho comentó despectivamente su poema sobre la Bella Otero —aquel que ilustró Julio Ruelas—, del cual dijo, según parece, que estaba fabricado con versos "de dientes afuera"... "A diferencia de mi cariño para usted", le escribió Tablada, resentido. Alberto Leduc sólo aparecía breves instantes. Urbina se conservaba fiel, pero se daba a desear. Manuel de la Parra recitaba, para darle gusto: "Mi princesa lejana" o "Fui paje de la corte de un glorioso rey franco". Los artistas o literatos que pasaban por México nunca dejaban de visitarlo: la Chalía, Julio Flórez, Darío Herrera...

Un día don Chucho Valenzuela se nos puso muy malo, aunque de esa vez no murió. Se pasaba el tiempo sentado en la cama, sin poder hablar. Fuimos a verlo unos instantes. Nos miraba con expresión de sorna y contemplaba incesantemente el reloj que tenía en las manos.

A la salida, Rafael López me dijo, con mucho sentido poético: —Es desesperante ver a este hombre, mudo, observando el reloj, como si esperara de un momento a otro la cruel lanzada de Longinos.

Julio de 1955.

82. VICTOR HUGO ANTE LOS ABISMOS

DIJO Victor Hugo que cuanto, después de su muerte, apareciera escrito por él debería publicarse: confianza en sí mismo y ejemplar respeto a la historia. Con el transcurso de los años se van aflojando cada vez más las censuras y empiezan a aparecer sus notas, sus cuadernos íntimos, llenos de graciosas indiscreciones y de referencias galantes, escritas, por cierto, en un español aproximado. Los biógrafos se complacen en demostrarnos que aquel hombre —demasiado humano— era todo simpatía y humorismo y no es necesario verlo bajo la apariencia monumental y solemne que, al pronto, su propia grandeza le comunica.

De tiempo atrás, sus coqueteos con "el más allá" habían impresionado a la crítica. En 1943 yo distribuí por la prensa de México un artículo, "Victor Hugo y los espíritus" (*Los trabajos y los días*, pp. 185-187). Allí hablo de las experiencias espiritistas del poeta en las islas inglesas donde pasó su destierro, singularmente a partir de la aparición de Mme de Girardin en Jersey, año de 1853. Durante tres años al menos, según los procesos verbales redactados por Adèle Hugo, los "espíritus" frecuentaron las sesiones del poeta.

En 1929, aparecieron dos libros consagrados a contarnos lo que fue el espiritismo de Hugo (C. Grillet) y lo que fue su religión (Denis Seurat). Adolfo Salazar ha tratado, en *Novedades*, sobre el misticismo errabundo de Hugo. Aunque no sé si así podemos llamar —misticismo errabundo— a eso que se ha venido llamando ocultismo y espiritismo; más tarde, con intención ya más científica, "metapsíquica", y hoy por hoy —si es que no me engaño— "parapsicología".

La última palabra, en cuanto a las veleidades seudorreligiosas del poeta, corresponde a Maurice Levaillant, miembro del Instituto, que publicó el año pasado una obra fundada en documentos inéditos sobre lo que él llama "La crisis mística de Victor Hugo", años de 1843 a 1856. No sólo apro-

vecha Levaillant las "actas" sobre las mesas parlantes sino, en general, todas las demás manifestaciones de la sed religiosa que el poeta expresó a lo largo de su existencia. La crisis comienza para Victor Hugo con la trágica muerte de Leopoldina, su hija.

Entre la política y las diversas aventuras y contingencias, por 1846 anda en lecturas de Swedenborg, Eliphas Lévi. El destierro, la soledad, el mar, la visita de Mme de Girardin, orientan aquella inquietud dispersa hacia las más vulgares prácticas del espiritismo. En casa de Victor Hugo se evoca a los muertos, a los mitos, a las ideas abstractas, hasta al espíritu de los vivos, como el de Napoleón III, que comparece —sin duda por desdoblamiento— a discutir con su adversario. Se elaboran singulares teorías, los desterrados respiran una atmósfera caliginosa. La Burra de Balaam comparece y da prueba de una gran fertilidad metafísica. Las sombras componen alejandrinos dignos de Hugo.

En 1854, parece acentuarse el recuerdo de Leopoldina, la hija perdida, y la tristeza que se revela en los versos va clarificando un poco la densa bruma acumulada por las equívocas experiencias de las mesas parlantes. Victor Hugo ha comenzado a pensar que las mesas "nos devuelven nuestra propia imagen del mundo" y que, a través de ellas, no hacemos más que monologar. Un incidente —la súbita locura de Jules Allix— aconsejó abandonar aquellos juegos. En octubre de 1855, cunde por Marine-Terrace un verdadero sentimiento de pánico. Hay que renunciar a las mesas. En Guernessey el ambiente es ya más respirable. La poesía ha logrado expulsar lentamente los efectos de la intoxicación. El cielo se aclara.

Agosto de 1955.

83. ADIÓS A CARLOS

NUESTRA amistad comenzó antes que nosotros: la heredamos de nuestros mayores. La prepararon, como en promesa, los hogares paternos, en aquella Guadalajara tardíamente romántica, por los años de la Intervención y el Imperio. Se incorporó en nosotros mismos, se fortaleció y se afianzó para siempre en los días de la generación del Centenario: las campañas de la Sociedad de Conferencias, el Ateneo de la Juventud, la Universidad Popular. Nos atacaban y nos elogiaban juntos. ¡Dichosas memorias! Era concurrente asidua a mi curso, en la flamante Escuela de Altos Estudios, la niña Parrodi, que más tarde sería su esposa y madre de sus hijos.

Varias condiciones eminentes me sedujeron siempre en este fraternal amigo. Y, desde luego, su bondad, su probidad y su sencillez sin tacha; su hermosa y sobria independencia, combativa si se daba el caso; su perfecta consagración a las letras, que hará de sus libros un verdadero registro de nuestra cultura contemporánea; la seriedad de sus empresas y su capacidad para dejar unas cuantas obras fundamentales. Novelística, crónica, crítica, historia literaria, gramática. . ., su camino puede recorrerse con confianza y sin sobresalto. Es un buen guía, una mano segura. Todo es solidez, sin subterfugios ni escamoteos, sin travesuras ni delectaciones morbosas en los juegos del propio ingenio: arte que se desnuda del yo, que se da todo como en servicio; arte que se parece a un hecho de la naturaleza; que se queda ahí como una roca y un árbol, indiferentes al nombre con que se los bautice. Su obra se reabsorbe en su vida y viceversa. Ya ocupa, desde ahora, su sitio privilegiado y único entre los edificadores de México.

Al fin dejó de sufrir —padeció mucho durante sus últimos trances—, y nos deja con el sentimiento de una inmensa deuda, entre gratitud, admiración y cariño. Para Carlos Gon-

zález Peña evoco estas líneas de Othón, que parecen un epitafio de Simónides:

Y al fin en el amor los ojos cierra.
Pues ¿dónde hay más amor que el de la muerte,
ni más materno amor que el de la tierra?

Agosto de 1955.

84. VOLTAIRE DESENGAÑADO

CUANDO alguien le dijo a Voltaire que el abuso del café lo iba a matar, él contestó: "Yo nací matado." Pudo decir: "desengañado". (Entre paréntesis, "desengañado" ¿será lo mismo que "discreto"? Porque hay traductor de Gracián al francés que ha llamado al Discreto, no "Le Discret", sino "L'Homme Désabusé", el desengañado, el desilusionado. A veces, estos ejercicios de trapecio entre dos lenguas enseñan mucho.)

Pero aun cuando Voltaire sea un desengañado nato y un profesional del desengaño, la justicia social no lo dejaba indiferente, y de seguro que una de las más hondas heridas fue la infamia que sufrió cuando andaba en los treinta y un años y que al fin determinó su traslado a Inglaterra, capítulo sobre el cual tenemos tan confusas noticias.

Por enero de 1726 el renombre de Voltaire —poeta y dramaturgo— era ya envidiable. Los salones se lo disputaban y era adorno de los saraos. Había dejado caer ya su nombre burgués de Arouet para adoptar el de Voltaire, modesta propiedad de su madre en el Poitou. El ilustre Caballero de Rohan-Chabot, cuarentón aristócrata y engreído, le dijo una noche en la ópera, con cierto malévolo retintín: "Por fin ¿cómo se llama usted? ¿El señor Arouet o el señor Voltaire?" "Cualquiera sea mi nombre —contestó Voltaire—, sé guardar su honor limpiamente." Poco después, los dos volvieron a encontrarse en la Comedia. Rohan insistió en su impertinencia, y Voltaire se conformó con decirle: "El Caballero conoce ya mi respuesta."

Los tiempos no consentían altiveces de los simples mortales, y ni siquiera excesos de ingenio ante los grandes señores. Uno de ellos convidó a una cena al gran actor Dancourt y le dijo: "Como te portes más brillante que yo a la mesa, te mando dar cien bastonazos." Rohan esta vez también levantó el bastón contra Voltaire, pero Adrienne Lecouvreur, en cuyo

camarín aconteció el caso, tuvo el talento de caer desmayada oportunamente.

Pasan, pues, otros cuantos días. Voltaire, asiduo y predilecto del Duque de Sully, divertía a la gente elegante que éste había reunido en su palacio, cuando recibió un recado, invitándolo a salir urgentemente a la calle. En cuanto salió, cayó sobre él a palos una turba de lacayos de Rohan, quien —entre los aplausos de la muchedumbre— dirigía la maniobra desde su coche y gritaba: "No le peguen en la cabeza, que todavía sirve para hacer reír al público." El pobre Voltaire, aporreado y maltrecho, se refugió prontamente en casa de Sully y contó lo que le había sucedido. En vez de simpatía, indignación o compasión, toda aquella gente, que poco antes aplaudía su ingenio, del Duque abajo, manifestó la más absoluta indiferencia y lo escuchó en medio de la mayor frialdad. Estaba de por medio un Rohan; el asunto era ya una cuestión de castas. Voltaire había caído de la gracia de los poderosos.

Se le cerraron las puertas de la alta sociedad. Tuvo que desaparecer de París por un par de meses. Según la ley contra el duelo, Rohan se había hecho acreedor a una larga prisión, si es que no a la muerte. Pero la ley cerró los ojos. No le quedaba a Voltaire más recurso que retar a su adversario. Aquí la ley abrió los ojos. Voltaire fue encerrado en la Bastilla, y luego se le conmutó el castigo por la expatriación. Voltaire se refugió unos años en Inglaterra. Un día, en sus *Cartas filosóficas* que conmovieron al mundo, compararía el régimen de los bastonazos aristocráticos con las libertades cívicas que entonces conoció en Inglaterra.

Agosto de 1955.

85. LA MADRE NATURALEZA

¡OH NATURALEZA, cuántos crímenes se cometen en tu nombre! Comenzando por Rousseau y su "retorno a la Naturaleza *in impuris naturalibus,* que decía Nietzsche. Sobre la Naturaleza se ha dicho que nunca se equivoca. No —explica Renan—, cuando se cuenta con la eternidad, siempre es posible rectificarse. Pero hoy nos consta que la Naturaleza suele andar a ciegas, se va abriendo paso entre tropiezos y procede por tanteo y error *(trial and error,* dicen los filósofos de la ciencia). Pascal comentaba ya agudamente: "Se dice que la Costumbre es una segunda Naturaleza: sospecho que la Naturaleza es una primera Costumbre." Y en la profunda parábola de Voltaire, la Naturaleza dice al Mancebo: "Hijo mío, te han engañado: te han dicho que soy la Naturaleza, y soy el Arte."

Lo cual nos lleva derechamente a otra noción de la Naturaleza, que es la Naturalidad, y que se pretende hacer pasar por regla del Arte. Pero ¿qué es la naturalidad para Pedro? ¿Es lo mismo que para Juan o Francisco? ¿No hay los "naturalmente complicados", de que hablaba Théophile Gautier, creo a propósito de Baudelaire? Y hoy, en la era del psicoanálisis ¿no sabemos que la aberración misma puede, para algunos, ser el declive natural?

Eliot se dejó decir que toda revolución literaria predica el regreso a la lengua natural, sencilla, popular. Pero olvidó a los "bizantinos de todas las épocas" (consúltese a Julien Benda, *La France Byzantine);* olvidó a los latinos de la remota Edad Media que hacían toda clase de cubileteos y prestidigitaciones con las formas gramaticales, las vocales y las consonantes; olvidó a los simbolistas extremos, cohorte de Mallarmé; a los preciosos, a los marinistas, a los culteranos, a los eufuistas; a varias escuelas contemporáneas que, aunque predican el "chorro abierto", practican, al contrario, el agua pura destilada gota a gota; olvidó. . . , etc. En suma:

olvidó más de la mitad de las revoluciones trascendentes del lenguaje poético, que precisamente predican el arte para los *happy few*. Véase el *Cortesano* de Castiglione, véase cierta carta de Góngora a Lope de Vega en que defiende los enigmas poéticos, o la *Erudición poética* de Carrillo y Sotomayor, doctrinal de exquisitos.

Sí, ya lo sabemos, también se ha dicho que el gran movimiento romántico iniciado a fines del siglo XVIII fue una reinstauración de la Naturaleza en el dominio de la Poesía. (Y hay quien entiende por Naturaleza el Paisaje, no la Condición Humana o, como decía William Blake, el "Universo Vegetal".) En Inglaterra, se escudaron con la Naturaleza Coleridge y Wodsworth, la escuela de Denham, de Dryden y de Pope; y entiendo que el propio Donne —conceptista del XVII— estaba cierto de obedecer al impulso de la reacción naturalística contra el clasicismo convencional del Renacimiento (que también fue una revolución en sus días). Y lo singular es que, en el desarrollo de casi todos los poetas (no todos, no siempre), advertimos que, frecuentemente, ellos resultan más complicados según retrocedemos a sus orígenes, y más simples mientras más se alejan del supuesto estado natural primitivo. Porque la sencillez se conquista, no se otorga gratis.

¿No será lo más sabio atenernos a la parábola de Voltaire? Importa preocuparnos de lo que hacemos (Arte) y no meramente confiarnos en lo que se nos brinda ya hecho (Naturaleza).

Agosto de 1955.

86. LAS "CAPILLAS"

TUVE un amigo que padecía de agorafobia y, más aún, de claustromanía. En su horror por el aire libre, hacía notar que en el vidrio del pisapapeles se conserva indefinidamente la mariposa, y que el insecto de una especie ya desaparecida queda incólume en el grumo de ámbar solidificado hace siglos.

—¡Qué necedad! —le decía yo—. El fósil no es la vida, el cadáver embalsamado cadáver se es. No exageremos. Si vivir a las cuatro esquinas es una buena manera de consumirse sin objeto, tampoco hay que irse al otro extremo, al de la definitiva inmovilidad, que es la muerte.

Seguramente que lo mejor es el término medio, y que todas las capacidades humanas se conservan y cultivan mejor en un ambiente moderado. Pues los excesos desequilibran, desarrollan unas condiciones a costa de otras, y el bíceps se come al cerebro.

Lo mismo en el orden de las sociedades. Ni es propiamente vida social ni es auténtica vida humana la que consume a la persona en festejos ruidosos y numerosos, donde nadie se interesa por nadie, donde nadie conversa y charla verdaderamente con nadie; suerte de gimnástica estéril que ni siquiera significa ni admite el disfrute del trato humano.

Mucho había sin duda de artificio en aquellos salones filosóficos donde se calentó teóricamente, antes de dar brotes, la semilla de la Revolución francesa. Hasta la política se tomaba allí en pellizco de rapé, y a nadie se le ocurría aplicar los principios sociales que, de puertas adentro, eran asunto de reflexiones más o menos profundas, pero no estímulos de la acción. En verdad, a aquellos filósofos libertinos les pasaba lo que a Horacio en sus odas cívicas: éste, como es sabido, predicaba las virtudes públicas, pero no podía disimular su odio al vulgo.

Hace muchos años (en *Calendario)*, me detuve ante el espectáculo de los salones dieciochescos, y se me ocurrió simbolizarlos en el Abanico-Enciclopedia, el abanico adornado con motivos de erudición amena, pero abanico al fin y a la postre. En aquellos salones se reunían sociedades limitadas, medidas a la capacidad de los nervios humanos. La pasión no se consentía, pero el culto a la amistad era respetado por todos, y el placer no encontraba obstáculos, siempre que conservara el paso medido y no llegara a desbocarse.

El recogimiento en compañía (ni claustrofobia ni agorafobia) producía espléndidos resultados intelectuales, éticos, higiénicos. Se vivía tan a gusto que el tiempo mismo parecía haberse convertido en otro contertulio más y haberse contaminado de la obligatoria cortesía. Parecía, en efecto, que todos se rehusasen a envejecer y casi, casi, que se resistiesen a morir. Voltaire, D'Argental, Moncrif, Hénault, Madame d'Egmont, Madame du Deffand eran casi de la misma edad y todos pasaron de los ochenta conservándose hasta el fin en una gozosa plenitud. Pont-de-Veyle tuvo una muerte precoz: ¡sólo llegó a los setenta y siete! Richelieu, famoso ya por sus aventuras cuando todavía Luis XIV ocupaba el trono, alcanzó hasta la época de los Estados Generales, bajo Luis XVI. Fontenelle —todos lo saben— suspiraba a los noventa años cuando veía una chica guapa, y exclamaba: "¡Quién tuviera ochenta!" Una mañana, cuando ya había completado el ciento, observó tranquilamente que comenzaba a parecerle difícil eso de existir, y entonces, más tranquilamente aún, cerró los ojos para siempre.

Sin duda el culto a la amistad —por supuesto, elástico, flexible, sin sentimentalismos morbosos— era característica de aquellos pequeños círculos o "capillas" a que se refiere Oliver Wendell Holmes, por cierto evocando el recuerdo de Shakespeare, Ben Jonson, Beaumont y Fletcher; Addison y Steele; Johnson, Goldsmith, Burke, Reynolds, Beauclerk, Boswell, "el más admirable de todos los admiradores"; etc. Estas "capillas", dice Holmes, no son más que S.M.A. (Sociedades de Admiración Mutua). "Pero —explica generosamente— cuando ellas reúnen a hombres de talentos y cualidades

superiores, no hay alianzas más respetables y provechosas, después del amor juvenil y de los afectos familiares." Tales "capillas" —asegura— corresponden a los niveles más nobles de la civilización y son la corona de las metrópolis literarias.

Septiembre de 1955.

87. AL AIRE LIBRE

DÍAS pasados me explicaba yo sobre las "capillas" o sociedades cerradas, células activas de la cultura en ciertos instantes de la historia. El extremo agudo del fenómeno serían los casos de soledad meditativa: Descartes encerrado en su estufa, Proust en su cuarto ensordecido donde no se escuchan los ruidos de la calle y cuya literatura trae un olorcillo de alcoba y salón mal ventilados, los largos monólogos de los Robinsones metafísicos, etcétera.

Pero la verdad es que cada época ofrece sus tipos preferentes. La cultura griega, por ejemplo, fuente en que aún seguimos bebiendo, se elaboró a la media calle. El griego vivía de puertas afuera, era mirón, curioso y un tanto entrometido. Desconfiaba de los bárbaros por silenciosos y tenía fama, entre éstos, de parlanchín. Su arquitectura privada no convidaba a quedarse en casa. Todo su lujo se empleaba en los edificios públicos y en los templos, que todavía nos asombran; y todavía se quedaba en el exterior de los templos, donde ofrecía sacrificios y plegarias, pues no le era dable penetrar al *sanctasanctorum.* Sus altares, por decirlo así, estaban en las terrazas exteriores. Vivía y pensaba en compañía de sus conciudadanos. Sus pensamientos se iban modelando al choque de la conversación, en las asambleas, en los mercados, en los paseos públicos.

Entonces se leía poco: más bien se hablaba y se oía. El saber era un saber oral, si vale decirlo. ¿Hay algo más aireado, más viviente, más transportado en las ráfagas mismas del trato humano que los Diálogos de Platón? Y su maestro Sócrates es ya casi un símbolo de esta cultura sostenida en la conversación y en el diálogo callejeros. En los baños, en los gimnasios, en las plazas, detenía a la gente y allí mismo le proponía sus dilucidaciones ético-filosóficas. No creía siquiera en los libros. Le interesaba la esgrima del hombre ante el hombre.

Y este echarse fuera, este sacarse de adentro cuanto trae cada uno en su almario, lo convirtió en el arte de la "mayéutica" o parteo del alma, que él decía haber heredado de Fenarete, la comadrona que le dio el ser.

El caso da mucho en qué pensar. Sócrates no se consideraba maestro, sino parteador de los espíritus, que sólo les ayudaba a expresar lo que ya traían en sí como encerrado y escondido. El desarrollo de esta paradoja sugirió a Platón la célebre doctrina de que todo conocimiento no es más que una reminiscencia, y que nacemos ya con la dotación de todas las nociones que nos hacen falta para entender el mundo, por una como memoria inconsciente de algún mundo de ideas perfectas que ha precedido a nuestra vida terrestre. Esto debe el pensamiento humano a la comadrona Fenarete.

Por uno u otro camino, todos hemos descubierto la higiene de sacar al aire libre cuanto se nos mueve y bulle adentro de la conciencia o la subconsciencia (oh Freud) y que está necesitando expresarse. Es la única manera de no tener "gatos en la barriga".

Septiembre de 1955.

88. EL ARGUMENTO DEL SUICIDIO

El suicidio del estoico no era un argumento: era una manera "racional" de abandonar la partida, como cuando el campeón de ajedrez se considera perdido y no ve el objeto de continuar el juego. A este caso puede compararse el de quien prefiere darse la muerte a recibirla inevitablemente del enemigo o como consecuencia de un accidente.

El suicidio por exasperación añade, en el caso, un tono patético, pero es también una confesión de impotencia: el quebrado, el abandonado, el arrepentido. En cambio, el suicidio según la tradición japonesa es ya una prueba de inocencia (el director de una escuela que se mata, aunque irresponsable, porque el retrato del Emperador ha sido estropeado en un incendio); o es una manera de reivindicar el honor perdido (el funcionario que se mata por haber cometido un error en la lectura pública de un documento imperial); o es un recurso para enmendar un yerro (el vecino que se mata y mata a su hijo porque, en un momento de ofuscación, cometió el desacato de dar a éste el impronunciable nombre de Hirohito, nombre sacro del Emperador).

Pero el tipo más importante del suicidio según la tradición japonesa era el del suicida que se privaba de la vida como una protesta contra su adversario, a quien por este hecho se consideraba en adelante deshonrado. A la práctica de abrirse la barriga a los ojos del ofensor, se opone la práctica —más civilizada según el Occidente—, de abrir la barriga al ofensor.

Pero el japonés repudiaba la idea cristiana del propio sacrificio, muy fácil de confundirse con el *harakiri*, y más bien consideraba éste como una muerte voluntaria en pago del *chu* u obligación debida al Emperador, del *Ko* u obligación debida a los padres, o del *giri* u obligación para con la sociedad, la clase, los abuelos, etc. Pues los japoneses objetaron siempre a los misioneros cristianos la noción del "propio

sacrificio", para ellos frustración o merma. "Cuando hacemos lo que llamáis sacrificio propio —decían— es porque nos parece bueno dar algo, porque ello nos complace, y no porque consideremos que ello nos dignifica espiritualmente o que nos hace acreedores a una recompensa." El matiz es leve, tan leve como la frontera mental y sentimental que junta y separa dos civilizaciones distintas.

La costumbre del *harakiri* —aunque con distinta interpretación— puede rastrearse hasta los recientes suicidios de candidatos a la curul en plena asamblea, o de candidatos a la presidencia o aun presidentes de la república que se declaran traicionados o víctimas de punibles maniobras. Y en Anatole France —¡quién lo diría!— se halla todavía la historia del cómico que se da la muerte a las puertas de la amada infiel *(Histoire comique)*. El caso del suicidio impuesto por los compañeros de armas al militar que huye del peligro es más bien algo como un juicio sumario, en que se confunden el sentenciado y el verdugo.

En la excelente revista *Imago Mundi* (Buenos Aires, junio de 1955), acabamos de leer el ensayo que el filósofo argentino Francisco Romero consagra al suicidio público y retórico de Peregrino Proteo en las Fiestas Olímpicas (año 165 de nuestra Era). Esto hace pensar en los suicidios míticos, legendarios o históricos de la Antigüedad, que han llegado a la noticia de todos: Héracles en la hoguera del Eta; Empédocles en el cráter del Etna, etc. Adelantándose a los psicólogos contemporáneos, que juzgan el caso de ciertos suicidios como afán de exhibicionismo, Luciano, quien no podía ver a Peregrino, atribuye su acto a un desordenado anhelo de gloria póstuma. Peregrino anunció su acto en un discurso: "Que una vida de oro sea coronada por un fin áureo. . . Quiero ser útil a los hombres, enseñándoles a despreciar la muerte." Pero esto último lo habían logrado ya Sócrates y Jesucristo.

Septiembre de 1955.

89. VIENTOS Y HURACANES

YA VIENEN otros dos ciclones, haciendo de las suyas, barriendo la tierra, encontrándose, chocando, arremolinándose. Ahora les dan nombre de mujer —mitología pura— y les rastrean todos los pasos. La ciencia no puede frenarlos, pero los conoce, los sigue, les prende una etiqueta como un cartel acusatorio.

Ayer, en ese mundo reducido a compendio que parece ser el Mediterráneo, los griegos, siempre tan observadores, habían advertido la regularidad de ciertos vaivenes atmosféricos y aun los distinguían unos de otros, no sólo por el rumbo sino también por la época, la intensidad, los efectos sobre la lluvia o la agricultura. Contaban con sus huracanes en las batallas marítimas. (Así, contra las flotas persas, aprovecharon su conocimiento del Bóreas o viento norte.) Suspendían la navegación, prácticamente, los meses de invierno. A su manera, conocían la meteorología del Egeo.

Pero el relato más vetusto sobre la ruta de los huracanes procede de una antiquísima leyenda, la leyenda de los Argonautas, que por desgracia sólo conocemos en un poema ya tardío. Cuando Jasón, en compañía de los héroes que lo secundan, parte de Yaolcos (Grecia nor-oriental) hasta Colcos, en el fondo del Mar Negro o Euxino, lleva consigo, entre otros, a Cetes y a Calaís, los hijos de Bóreas, que naturalmente tienen traza de ser dos vientos. Cuando las Arpías —vientos también: la Torbellino y la Rauda, hijas del Espanto y la ninfa Ámbar— se arrojan sobre los Argonautas al llegar al reino de Fineo, Cetes y Calais desenvainan sus espadas y se lanzan al aire para perseguir a las Arpías; es el encuentro de dos huracanes sobre las costas del Bósforo. Los Argonautas no aciertan a ver lo que sucede en las alturas; sólo oyen el rumor del combate. El ciclón arranca los árboles y los techos, haciendo encresparse montañas de olas.

Y así los vientos del Norte persiguen a los vientos del Sur

por sobre las Cícladas, la Grecia Continental, el Mar Jónico, las Equínadas, la boca del Aquelóo, donde por más de un siglo las islas se llamaron "Tormentas" o "Torbellinos".

Cetes y Calaís logran ahuyentar a las Arpías y expulsarlas, como se ve, hasta el occidente de Grecia. Puede trazarse en los mapas el derrotero de este ciclón. Pero de Cetes y Calaís nada cierto volveremos a averiguar. La leyenda es muda o indecisa. No sabemos si de veras cayeron un día bajo las flechas de Héracles, o si, en un acceso de fatiga y de insolación, se derrumbaron sobre la isla de Tenos, donde una veleta —hermoso símbolo— señalaba el sitio de su sepulcro. Se cuenta asimismo que en las islas Estrófadas (¿"islas del retorno"?), oeste de Mesenia y sur de Zante o Zacinto, algún divino mensajero, Hermes o Iris, les rogó que detuvieran su marcha, asegurándoles que Fineo nunca volvería a ser atacado por las Arpías. Lo cierto es que estas iracundas aves siguen agitando el clima del Bósforo, aunque los ingenuos creyeron que habían quedado encerradas para siempre en cierta caverna de Creta donde solían hacer su nido.

Hoy, Flora ataca sobre Puerto Rico, y Gladys por Tamaulipas. (¿O leí mal y es el contrario?) El choque se deja sentir en la alta meseta de México, hoy la más nublada región del aire (aunque me duela confesarlo).

Octubre de 1955.

90. CABELLOS Y DIENTES

ALGUNA vez, refiriéndonos a Sor Juana, hemos escrito: "Donosa respuesta a Schopenhauer, cuanto a los cabellos largos e ideas cortas de las mujeres, cuando algún estudio se le resistía, se castigaba cortándose cuatro o seis dedos del pelo... y se encerraba hasta no vencer a su Quimera." *(Letras de la Nueva España,* p. 109.)

Pero la moda femenina de los cabellos cortos, no como coerción para obligarse al encierro y al estudio, sino como verdadera moda o adorno —que un tiempo se llamó *à la Ninon* y por referencia a la novela de Margueritte, *à la garçonne*— no data de ayer por la mañana. En la curiosa revista del "país vasco" titulada *Gure Herria,* un escritor regional, H. Garel, contaba hace años que las hijas de Bayona y de Biarritz, del Larboud y de la Soule, acostumbraron cortarse los cabellos desde el siglo XV al XVII. El alemán Arnold von Harff, que, por 1499, cruza el "país vasco" en peregrinación hacia Santiago de Compostela, habla ya de las mujeres tundidas que se envolvían la cabeza en un turbante al modo pagano. Y el famoso Pierre de Lencere *(Cuadro de la inconstancia de los malos ángeles y demonios,* 1613) advierte este uso y elogia el encanto que presta a las mujeres de la región. En 1671, cuando ya la moda se había propagado a la corte de Luis XIV, que hizo muchos malos chistes al caso, Mme de Sévigné escribe a su hija, refiriéndole que Mme de Nevers se presentó con el pelo corto y rizado, una cabecita como una col y un aspecto que provocaba la burla de todos los cortesanos. Pase por Mme de Nevers, que es joven y linda, decía la maestra epistolar. Pero ¿que se atrevan a presentarse así todos los vejestorios del Boulevard Saint-Germain? El introductor de este peinado era La Martin, célebre peinador.

Mme de Sévigné se deja persuadir poco a poco y, a las dos semanas, describe cuidadosamente a su hija los nuevos usos del peinado, y el término medio, o melenita, que no

duda ya en recomendarle. No cree haberse explicado bien, y añade: "Voy a enviarte una muñeca peinada a la moda."

Pero lo más singular es que Mme de Sévigné teme que este nuevo peinado ¡perjudique la dentadura! ¿Cómo entenderlo? Porque privaba la teoría de que el "frío en la cabeza" podía dañar los dientes. Mme de la Troche, llamada "Trochanire", inclinada sobre el hombro de su amiga, le arrebata aquí la pluma y continúa la carta por su cuenta: Ahora, le dice, el corte iniciado por La Martin ha quedado a cargo de la Vienne, quien, con ayuda de Mlle de La Borde, acaba de tundir a todas las damas de la corte. No se habla de otra cosa. Pero "esta moda durará poco, pues es mortal para los dientes".

En 1803 cuando menos, nueva marejada de la moda, a juzgar por una colección del *Journal de Commerce,* de Gante, que nos informa, en el número correspondiente al 23 de octubre: "Las jóvenes han dado en cortarse los cabellos y en andar con la cabeza descubierta. Algunas entretejen las crenchas con cintajos; otras usan velos, y casi todas, pequeñas diademas." Y antes, ha informado de que las elegantes que aún no se cortan el pelo se lo estiran y levantan al modo chino, dejando la nuca al descubierto, y que no se encontraría un "moño" (o "chongo" como aquí decimos) ni a precio de oro. Y, a todo esto, los dientes sin novedad.

Octubre de 1955.

91. MÚSICA INAUDITA

EL POETA Rainer-Maria Rilke, cuando era escolar, vio fabricar a su maestro de física un rudimento de fonógrafo grabador (el invento apenas nacía) y no olvidó nunca la impresión que le produjo la línea de diminutas vibraciones inscrita por la cerda rígida en el cilindro encerado.

Catorce o quince años después, el poeta seguía un curso de estudios anatómicos en la Escuela de Bellas Artes de París. El esqueleto humano lo fascinaba y, sobre todo, el cráneo. La sutura sagital lo hacía pensar en la línea de su fonógrafo grabador. Y ¿qué sucedería —se preguntaba en sus ratos de ocio— si fuera posible inscribir en el cilindro móvil una línea que reprodujera exactamente la sutura craneana? ¿Qué si, engañando de cierto modo a la aguja vibrátil, se la obligase a recorrer esta inscripción, no inventada, no provocada por obra del hombre, sino que existe ya en la misma naturaleza? ¿Qué sones, qué música se escucharía? ¿Qué otro tipo de líneas pudiera someterse a esta prueba? ¿Y cuál sería el resultado, al volcar, así, el contenido de un mundo en el mundo de otro sentido diferente?

(Y después de todo, la ciencia aplicada ¿no transforma todos los días un género de vibraciones en otro? ¿Qué otra cosa hace nuestro modestísimo aparato de radio?)

El llorado e inolvidable amigo Alfonso Cravioto, recién desaparecido, y a quien asociamos con gratitud a las memorias de nuestra iniciación en el mundo literario (¡la revista *Savia Moderna,* allá por 1906!), pasó un día por Buenos Aires, calle Arroyo, casa de la Embajada de México, camino de Santiago de Chile, adonde iba como Embajador. Era hombre de suma agudeza y extremadas curiosidades. Aún recuerdo que, en unos minutos, mientras cenábamos juntos en algún *cabaret* porteño, pidió una hoja de papel y sacó un esquema de todos los pasos del tango que las parejas bailaban ante nuestros ojos. Antes de llegar a su destino, conocía ya la ca-

pital chilena por un plano que llevaba consigo, lleno de anotaciones.

Como también a él le atraía el asomarse a los otros mundos posibles, me contó esta singular historia:

—Poseo un catálogo de los *canuts* o tejedores de Lyon, minuciosos dibujos de las célebres corbatas que allá se fabrican. Un día se me ocurrió trasladarlos, con perforaciones, a las bandas de una pianola. No te imaginas los estupendos resultados musicales que obtuve. ¡La música de la seda... !

Sí: una suerte de "sinestesia" práctica en el paso de la línea textil a la sonoridad. Lector: aquí te dejo esta ventana abierta a tus meditaciones.

Octubre de 1955.

92. HAY CABALLOS Y CABALLOS

LECTOR: aunque hoy me veas tan poco campestre y siempre tan de infantería, yo pasé mi mocedad a caballo, galopando por los alrededores de mi ciudad natal y por las montañas del norte. Todavía me sucedió, cuando estudiante en la Escuela Preparatoria, formar en una partida de cazadores de que yo era el benjamín, pues los demás eran ya hombres hechos y derechos, y yo andaba aún en los diecisiete. El caso aconteció en una hacienda de Hidalgo. Íbamos a buscar venados, y se usaba el método que suelen llamar "de aventada". Cada cazador se planta en el puesto que se le indica y sólo tiene derecho a disparar dentro de cierto sector limitado, de tal árbol a tal peña, para evitar accidentes. Los peones de la hacienda se entran a caballo por el monte y, con cencerros y campanas y gritos, levantan las piezas. El que tiene la suerte de que le pase una corriendo dentro de la jurisdicción que le toca, dispara; y el que no, se aguanta y lo deja para otro día. Salimos, pues, a caballo, para ocupar el campo de nuestras previstas hazañas, y a mí me dieron un penco bruto, bronco, mañoso, lleno de malas intenciones. Lo primero que discurrió fue tirarme mordiscos al pie en cuanto hice por tomar el estribo; y no bien me acomodé en la montura, se soltó a respingos y corvetas con la decidida resolución de derribarme. Pude llegar sin novedad hasta la región boscosa donde íbamos a apostarnos, y allí el "innoble bruto", en un arranque, logró, al menos, que la rama de un árbol me arañara la mejilla izquierda, salvándose el ojo por fortuna. Me señalaron mi puesto y me dejaron solo en el campo, entregado a la voluntad de aquella fiera. Con gran sorpresa mía, la fiera no hizo el menor extremo cuando desmonté, y se dejó mansamente atar a un árbol. Corrían las horas. Yo, atento y preparado, no vi pasar un solo venado delante de mis ojos, aunque oí

de lejos, dos o tres veces, el ruido de la aventada. Me pareció ver un coyote, pero no me atreví a hacer fuego por si sólo se trataba de un pobre perro vagabundo. Caía la tarde. Había un gran silencio. Sospeché, como era verdad, que los cazadores me habían olvidado, y decidí —jugándome el todo por el todo— montar otra vez en mi enemigo y dirigirme a la hacienda. El animal siguió mostrando la misma mansedumbre y docilidad que mostró cuando me acomodaron en el campo. Lo conduje sin contratiempo hasta un camino —yo no era capaz de orientarme solo— donde tuve la suerte de dar con unos arrieros que se dirigían a la hacienda. El caballo seguía hecho un cordero. ¡Ah! pero no bien venteó la hacienda y pisó terreno conocido, otra vez volvió a enfurecerse y a desplegar toda su mala educación. Yo comprendí entonces: mientras el caballo se sintió perdido en la naturaleza, se acogió a la autoridad de su jinete, se sometió al hombre.

En cuanto se sintió seguro de sí, dejó otra vez en libertad todos sus instintos homicidas. Porque aquel caballo —no me cabe duda— era asesino. Desmonté de un salto y eché a correr, pues el animal me perseguía por el patio de la hacienda; y me presenté en el comedor, donde los señores cazadores merendaban pacíficamente sin acordarse de mí, y se quedaron perplejos al verme aparecer con la mejilla todavía no cicatrizada.

Entre mis ociosas lecturas he dado con una "novela de misterio" (Josephine Tey, *Come and kill me)* que describe la vida de una modesta familia inglesa dueña de cuadra y dedicada a la crianza de caballos. Allí encontré el caso de un caballo, "Timber", que se había especializado en matar a sus jinetes lanzándose por entre los árboles y procurando que se estrellaran la cabeza contra las ramas bajas o algo parecido. Me acordé entonces del monstruo que me quiso matar. Me acordé de los caballos que pisan cráneos, en las figuraciones artísticas del Apocalipsis, grabados de Durero y otras representaciones de la Muerte jineta. Me acordé de Diomedes el Tracio que, en la mitología griega, alimentaba a sus caballos con carne humana. . . Sí, pero me acordé también del caballo amigo del hombre, aquel de que hablan

Virgilio y Buffon; del caballo patriótico que, robado por los soldados invasores, "agarraba el freno", arremetía rumbo al campamento de los guerrilleros mexicanos, y traía cautivo a un adversario, allá cuando la Intervención y el Imperio.

Octubre de 1955.

93. UN INSTANTE DE REFLEXIÓN

El sentimiento de la realidad oculta bajo las apariencias sensibles o, si se prefiere, el sentimiento del hiato que existe entre lo que se ve y lo que es, domina todo el campo de las investigaciones humanas. No es patrimonio de la filosofía ni privilegio del sabio; es constitutivo de la razón humana, y en ello se distingue nuestra conducta de la conducta animal, así sea en los casos zoológicos superiores. Somos por eso, con la palabra de William James, el único animal metafísico, el que salta las bardas y va más allá del campo acotado.

En la primera etapa, el pensamiento y su objeto se confundían: contemplación estéril y estática, fascinación sin consecuencia. En la segunda o etapa propiamente humana, cuando sobreviene el análisis, y el pensamiento se aleja de su objeto para desde lejos dominarlo; en cuanto se enfrenta al objeto y lo considera trascendente; en cuanto descubre entre lo uno y lo otro una zanja, un hueco por llenar, ha nacido la investigación. Es la era de la conquista progresiva, mediante una serie de adquisiciones que se van sumando y encimando. Así se separan lo representante y lo representado, el signo y lo significado, separación que señala el arranque del ascenso humano; así se separan el *nomen* y el *numen;* digamos, la letra del espíritu. Un *recul,* un distanciamiento ceremonial hasta lleva a concebir a Dios.

¡Ah, pero este progreso mismo que radica en la letra o signo lleva también en sí la huella fatal de su origen, su peligro implícito! Abramos el *Fedro* de Platón. Éste atribuye a Theuth, dios egipcio, el invento de la escritura. Y añade: "La escritura criará en las almas el hábito del olvido, haciéndonos descuidar la memoria. Confiados en la escritura, procuraremos revivir los recuerdos, no sacándolos de nosotros mismos, sino de los caracteres y trazos exteriores. Así, habremos dado con un medio de resucitar las memorias, no de rete-

nerlas, y entonces serviremos a nuestros discípulos la presunción de la ciencia, no la ciencia misma. Pues cuando ellos se hayan hartado de leer sin aprender, se creerán muy sabios, y serán los peores ignorantes, los que ignoran serlo."

El verdadero modo de discurrir, prosigue Platón, es el discurrir vivo, animado, el que escribe e inscribe con la ciencia en el alma del que está escuchando, y de que el otro viene a ser la sombra, la imagen muda, que ni siquiera se sabe a quién se dirige o se destina. En suma, que así como la urna tiene dos asas, el libro, la escritura (el signo) que debiera ser el útil por excelencia del pensamiento humano (lo significado), lo traiciona al tiempo que lo traduce, y engendra, a manera de moho, ese "nominalismo" o fetichismo de la palabra en sí que siempre ha sido la mayor tentación y el mayor peligro de nuestra mente, según lo demuestra la historia.

Octubre de 1955.

94. DON POLIMATES

UNO de los secretos del bien escribir es la economía; dejarse llevar de la velocidad adquirida, uno de los peligros mayores. Olvidar un poco es indispensable a la historia; reducir el lastre, al libre vuelo y a la recta navegación. Al dedicarle la recopilación de *La vie littéraire*, Anatole France decía a Adrien Hébrard, entonces director de *Le Temps:* "¡Qué gran escritor sería usted, si tuviera menos ideas!" Gran sentencia clásica. Lo que importa no es tener ideas, sino cosas. El que solamente tiene ideas... ¡no tiene idea! Con razón se dice, cuando alguien nos está incomodando: "¡Qué ideas tiene usted!" como decir: "¡Vaya usted a paseo!" Aun saberlo todo es peligroso. Dijo un día el viejo Fontenelle: "Si yo tuviera en la mano todas las verdades del mundo, me guardaría mucho de abrirla." ¿Pensaba en el caso de Pandora?

Sin remontarnos más, y volviendo al terreno especial de la economía en el estilo, veamos lo que acontecía a Don Polimates, allá en los días de su senilidad, cuando se acordaba de sus estudios algo más de lo que debía acordarse, la memoria le flaqueaba por plétora y no por defecto, y había venido a ser uno de aquellos sacos de harina de que habla el nuevo Zaratustra, que no se los puede tocar sin que suelten una polvareda y nos corten la respiración.

Un día que quiso defenderse de algún ataque injusto y se propuso contestarlo, el triste Don Polimates escribió:

"Jesús hijo de Hanam —a quien no hay que confundir con Jesús de Nazaret, el hijo de José o Jesucristo, puesto que éste resucitó al tercer día entre los muertos y el otro no (y ya se sabe que sobre el milagro de la resurrección habría mucho que decir aquí, dadas las inconciliables variantes de los Sinópticos, y puesto que el descubrimiento de la tumba vacía no se entiende, tratándose, como se trata, de un ajusticiado público cuyo cadáver los soldados romanos debieron

de arrojar a la fosa común)—; Jesús, repetimos, el hijo de Hanam, y no Jesús de Nazaret —véase al fin de esta monografía el apéndice número 60 bis, en que se establece claramente lo falso de esta atribución gentilicia (pues se ha declarado que Jesús es de Nazaret para que se cumpla la supuesta predicción de Isaías, pero es el caso que Isaías sólo ha hablado de un hijo o vástago, que en hebreo se dice *natser*, de donde "Nazaret")—; ese Jesús, pues, y no otro —por más que hay también, entre mil, Jesús el Justo, el Judío de Tesalónica, etc.—, recorrió, hacia el año 62 —al menos, conforme a una de las cronologías (la más aceptada)— las calles de Jerusalén, llamando a los cuatro vientos del cielo para que la destruyesen; y a pesar de que lo azotaban hasta sangrarlo seguía gritando: *¡Voz del Oriente! ¡Voz del Poniente!*, y otras increpaciones de estilo. Pues bien: así digo yo a los que se burlan de mí y no hacen caso de las graves razones con que he sostenido, desde hace más de cuarenta años —si mal no recuerdo (a veces, recordamos mal)— que las manzanas nombradas en las canciones de cuna —"Vamos a la huerta, cortaremos dos"— no son más que las manzanas de las Hespérides, ilustres por el mito de Héracles—: ¡Azotadme, descarnadme! ¡Yo persistiré! Yo. . .

Y aquí su joven amanuense; exasperado ante semejante estilo de cajas japonesas —la una dentro de la otra, y las frases laberínticamente envueltas y revueltas dentro de sí mismas— le propuso tímidamente: "Maestro, ¿y si simplemente, en vez de todo ese fárrago, pusiéramos: *Yo digo lo que creo, a pesar del mundo?*"

Pero Don Polimates no quiso escucharlo. Siguió por su fatal pendiente y ya nadie pudo detenerlo. Antes de morir, todavía escribió dos libros: el uno para explicar no sé qué, y el otro para explicar cada una de las palabras usadas en el libro anterior.

Noviembre de 1955.

95. EL HOMBRE BUENO

EL HOMBRE BUENO de la República, con su sola conversación suave y moderada, lograba crear en torno a sí un ambiente de conciliación y avenencia. Tenía la voz terapéutica, una voz que pudiera registrarse entre lo que alguien llamó "remedios contra las pasiones". El escritor venezolano Pedro Emilio Coll solía decirme en Madrid: "Compañero, hay un peligro en la voz. No alce el tono en las discusiones, porque luego tiene que seguir su voz, y nunca sabe uno hasta dónde puede arrebatarse." Así, también, hay en la sola manera de hablar y de plantarse ante el prójimo, un comienzo de arreglo. La bondad de aquel hombre trascendía a su manera de hablar, a su aire de placidez serena. Se sentía uno a gusto. Se daba cuenta, a su lado, de que todo tiene compostura y remiendo con un poco de voluntad.

El valor de la benevolencia y la mansedumbre acaso no es bastante apreciado en épocas de sobresaltado desconcierto. Pero, vamos a cuentas, ¿no sabemos bien que aquel hombre bueno era, por dulzura y no por autoridad, por sencillez y no por aparatoso alarde, una de las influencias más poderosas en el ejército, en el generalato, la oficialidad y la tropa? De modo que aun en la clase armada, la voz de persuasión puede tener más alcance que la voz de mando. Porque todos, ante todo, somos humanos: la bondad nos da en el corazón. No hay proyectil más certero ni de más plausibles efectos.

Antes de ocupar su alto encargo, el Hombre Bueno de la República había ya sufrido un primero y grave accidente, de que lo salvó nuestro Cardiólogo, como envolviéndolo en un encantamiento que, al menos, le permitiera vivir lo bastante para cumplir con la nación. El encantamiento se prolongó todavía algunos años, pero el corazón ya estaba muy afectado. Acabó de desbaratarse entre las emociones de la piedad y el salvamento, ahora cuando las inundaciones recientes.

Me sucedió un día caer también con un infarto que estuvo a punto de aniquilarme, y el Hombre Bueno de la República, con su manso acento, me dijo entonces:

—No se preocupe, no se asuste. Usted y yo estamos bien garantizados. Somos los platos rajados de la vajilla.

—¿Cómo es eso? —le pregunté.

—Pues va de cuento —me dijo—. Ésta era una familia que se compró en Inglaterra una valiosísima vajilla de lujo. Al deshacer cuidadosamente los paquetes, se encontraron con que un plato venía rajado. "Mucho cuidado con éste, dijo la señora, que está rajado, y estos platos valen mucho." Resultado: al cabo de dos años, toda la vajilla había desaparecido, con excepción del plato rajado. La moraleja, para los cardíacos, cae de su propio peso.

¡Ah, pero un día funesto de octubre "la que a nadie no perdona" llamó temerosamente a su puerta! ¡Se nos ha ido el plato rajado! Evocamos la noble imagen y —sintiéndonos personalmente aludidos como tiene que ser por fuerza— murmuramos en voz baja aquella palabra del conmovedor Gutiérrez Nájera:

Ha de volver la pálida enlutada...
¿Quién de nosotros marchará primero?

Noviembre de 1955.

96. UNA PREOCUPACIÓN GEOMÉTRICA

De un viejo cuaderno de notas que yo llevaba en España por los años de 1918, desgajo esta página olvidada:

Los vestidos triangulares o de campana suelen adaptarse en algunos pueblos a las imágenes de la Virgen, aun cuando éstas sean, ya de por sí, imágenes vestidas. Parece, en efecto, que un apego bárbaro y ritual a la figura geométrica impulsara a reproducir ese tipo arcaico de imágenes, de que es una imitación moderna la Virgen de la Almudena. El efecto estético de este vestido primitivo ya lo definía Quevedo en aquel soneto a una mujer "puntiauguda con enaguas", preguntándose si sería campana, pirámide de Egipto, peonza al revés o pan de azúcar.

Lo peor es que esta costumbre no sólo ha dado origen a una falsa escultura, en que todo lo hace el vestido, y la imagen queda reducida a una cabeza ajustada en un soporte tosco, sino que también ha provocado, por quién sabe qué supersticiosa geometría, una verdadera mutilación de las imágenes de la Virgen. Veamos: en un cerro de Montseny se le amputaron los brazos al Niño Jesús de la Virgen de Tagamanent, porque eran estorbo para la dichosa túnica triangular. Lo propio se hizo con el Niño y la Virgen de Santa María de Llusá, joya antigua y respetable, con la agravante de ponerle después brazos desproporcionados y feos. A Santa María la Antigua, de Torelló, le cortaron las rodillas, le añadieron unos largos soportes, y, de sentada que está la hacen aparecer de pie. Lo propio acontece con la extremeña Guadalupe, la española. Añádase el caso de la Virgen del Canto, Patrona de Toro, escultura en piedra, imagen sentada, a la que, mediante el cucurucho cónico y una cabeza artificial que le sobreponen, hacen aparecer de pie. A otras efigies se las ha destrozado para adaptar la cabeza y las manos en unos caballetes informes y poder vestirlas al capricho.

Contra esta costumbre se han levantado algunas protestas particulares. En 1734, el arquitecto Ventura Rodríguez obtuvo, a título de transacción, que a la Virgen de Zaragoza sólo se la vistiera de medio cuerpo abajo, dejando al Niño descubierto. Fr. Luis Amigó, antiguo administrador apostólico de Solsona, logró quitar los vestidos a la Virgen del Patrocinio (Cardona), y a la famosa Virgen del Claustro. El Sínodo Vicense de 1748 prohibía asimismo todos esos abusos, y recomendaba las imágenes de bulto, obras de talla en que la Virgen se nos presenta ya vestida.

Noviembre de 1955.

97. UN RECUERDO DE POMBO

MADRID y verano de 1917, cuando Pedro Henríquez Ureña, por entonces catedrático en la Universidad de Minnesota, fue a pasar sus vacaciones en "la del Oso y el Madroño", y yo deseando cuanto antes hacerlo palpar uno de los pulsos vivos de la nueva literatura, lo llevé por la noche a la calle de Carretas, Antiguo Café y Botillería de Pombo: la Sagrada Cripta de Pombo, donde oficiaba el genial Ramón Gómez de la Serna, cuyos contertulios tenían todos cierto aire de conspiradores estrafalarios y esgrimían las ideas audaces como se esgrimen las espadas.

En torno a la alargada mesa de mármol —imagen de ataúd— en un ángulo, a la pálida iluminación de aquellos candiles antiguos, sentados en el sofá forrado de felpa roja, ya desteñido, como suspendidos en un éxtasis de contemplación y expectación, según cierta vez los pintó Solana, allí estaban el gran Ramón, los dibujantes Bartolozzi y Romero Calvet, el propio Solana y su hermano (dos hermanos siempre juntos, y siempre en perpetua rivalidad por los cafés —"Camarero, para mí, un chocolate", "Pues, para mí, dos", "Pues, entonces para mí, tres", etc.—; Bergamín, Abril, Borrás, Bacarisse, Cabrero, hasta el venezolano Pedro Emilio Coll, que espantaba a todos explicándoles la fabricación del queso y haciéndoles percatarse de que habían ingurgitado una incalculable cantidad de cera, a lo largo de su vida, por su desmedida afición a comerse siempre la corteza. Allí me presenté con Pedro, quien al instante produjo un efecto de verdadera fascinación en uno de los contertulios que lo había leído y lo admiraba.

Era el tal un escritor desorbitado, traductor del *Pitágoras* de Dacier. Se llamaba Rafael Urbano y era el mayor de todos. Había leído en el Ateneo una conferencia sobre "La bola de cristal, ensayo de psicología", en que examinaba la historia y efectos en el público de esas magníficas esferas

azules, verdes, rojas, lujo de las farmacias de antaño que nunca se dispensaban de lucirlas en sus escaparates. Era un raro, un Ros de Olano, un Silverio Lanza de nuevo cuño. Comparable, aunque sin la autoridad de éste, al viejo Macedonio Fernández ante la generación argentina del *Martín Fierro*. Había escrito el *Manual del perfecto enfermo*. Nos anunciaba para pronto la lectura, allí, en el café, de una monografía sobre "la mujer cochero". Y era, como él mismo dijo de Pitágoras, un representante de la "filosofía molesta".

Aquello sucedió una noche. Pero el cuadro se ha quedado vivo eternamente, como en el lienzo de Solana (sinfonía en negro y en café) y, sorbido por un haz de luz a trescientos mil kilómetros por segundo, sin duda viaja ahora por los espacios interplanetarios, desde donde algún ojo sobrehumano podría todavía verlo como si ahora aconteciera. Aquí está Ramón, aquí está Pedro, aquí —para siempre— están todos los fantasmas de Pombo.

Noviembre de 1955.

98. UN PROYECTO

YA NO tendré ocasión de llevar a término todos los planes que se me ocurren. Las tareas en marcha son numerosas. El arte es largo y la vida breve. Tengo que cortar las alas a mi esperanza. Mejor será distribuir entre los amigos jóvenes lo que llamó el humorista francés mis "proyectos de obras maestras", o tirar mis cartas sobre el tapiz para que cada uno escoja la suya. ¡A ver, muchachos! "Pasen a regalarse", como gritaba el charamusquero de mi tierra, allá por los días de mi niñez. Y luego —sacudiendo sobre su bandeja de golosinas la cola de caballo que le hacía veces de plumero y aunque nadie se acercara a comprarle— añadía: "¡No se amontonen, no se *hagan bola!*"

De modo, muchachos, que no se *hagan bola,* pero escuchen lo que les propongo y ofrezco.

¿Por qué no hacer una breve, sucinta *Geografía de la Literatura Mexicana?* El libro de Auguste Dupouy, *Géographie des Lettres Françaises* (París, Colin, 1942) puede servir hasta cierto punto de modelo. Pero sólo hasta cierto punto.

Mi proposición es menos ambiciosa. En la literatura francesa hay tradiciones seculares para cada región, lo que no sucede en nuestro caso. El libro que yo concibo pudiera ser algo como una "guía turística", pero para el turista de cierta categoría superior, para el viajero con letras. De paso, interesaría también al estudiante y al lector general. Una serie de menciones condensadas y amenas, unos planos diáfanos y bien dibujados, un índice de itinerarios, carreteras, medios de comunicación, buenas posadas, etc. Las referencias se limitarían a los autores principales por sí, o a los más representativos respecto a la localidad en cuestión: lugar de su nacimiento; lugar de algún hecho eminente en su vida o en su obra; lugar de su defunción; juicio o calificación somera, que procurara señalar solamente sus rasgos más característicos. Se seguiría la marcha por zonas y regiones geográficas

o por vías de comunicación. Un índice cuidadoso de nombres y obras citadas, puesto al fin del volumen, permitiría abarcar fácilmente las citas dispersas referentes a un mismo autor. Habría que cuidarse de no caer en esa fácil tentación de sustituir la crítica concreta por la enumeración de las condiciones regionales, aun cuando un trazo general de estas condiciones no debería faltar al comienzo de cada zona. No parezca que el carácter del lugar determina siempre y necesariamente al carácter de la vida o la obra: no incurrir en las exageraciones de la vieja tríada "tainiana": raza, medio, momento. Tampoco meterse en honduras: no querer emprender demasiadas investigaciones nuevas, que harían inacabable la obra y la convertirían en una suerte de historia literaria expuesta por el revés, sino atenerse, por lo pronto, a lo averiguado, "atenerse a lo mandado". Hasta creo que puede ser negocio, hasta creo que para un librito semejante pudiera contarse con la ayuda oficial.

Diciembre de 1955.

99. LA INQUIETUD CÓSMICA

SI LA prehistoria —dice James Jeans con una imagen pintoresca— fuera como un alto obelisco, entonces la historia vendría a llenar el espesor de un centavo que hubiéramos colocado en la punta.

Pero entre la prehistoria y la historia hay un tránsito, la protohistoria, que puede situarse en el milenio anterior a Cristo, cuyos últimos siglos merecen ya llamarse historia.

Del tiempo aún no organizado, de la lentitud incalculable con que se echa a andar la prehistoria, hasta nuestros agitadísimos días, hay una aceleración manifiesta.

De aquí el interés —y la virulencia— de la historia. Desde fines del siglo XVIII hasta fines del XIX sobrevienen cambios mayores que los acontecidos entre los días de Ciro el Grande y los del rey Luis XVI. Pero hay algo más hondo aún que las meras innovaciones mecánicas; y el último cambio de ritmo corresponde seguramente al día en que Roentgen descubrió las extrañas radiaciones de ciertas sustancias. De entonces acá, la aceleración es tan vertiginosa que parece verdaderamente alterar la marcha del tiempo, en su íntima contextura, y algunos temen que pronto vaya a agotar la cuerda de nuestro aparato.

Un día antes, por 1863, aunque ya se notaban signos inquietadores (la "explosión", la electricidad), todavía Renan podía escribir a Berthelot:

> La historia del mundo *(entiéndase: de nuestro mundo)* viene a ser la historia del sol. Esta partícula desprendida de la gran masa central en redor de la cual gravita, apenas merece tomarse en cuenta. Usted me ha demostrado, en forma que hizo enmudecer todas mis objeciones, que, en verdad, la vida de nuestro planeta tiene por fuente el sol; que toda fuerza es una transformación del sol; que la planta que alimenta nuestros hogares no es más que sol almacenado; que la locomotora se mueve por efecto del sol dormido desde hace siglos en las capas subterráneas del carbón de la tierra; que el caballo saca sus fuerzas de los vegetales, pro-

ductos a su vez del sol; que todo otro trabajo en la superficie de nuestro planeta se reduce a la elevación del agua, fenómeno causado directamente por el sol. No sigamos, pues, hablando, de ese inmenso cuerpo situado en cierta región del espacio y en torno al cual gravitan los pequeños satélites que se le han arrancado... El sol es nuestra madre patria, es el dios particular de nuestro planeta.

¡Ah! Pero de pronto aparece la ruptura del átomo, y aquí empieza la nueva era, la era de afrontar una energía desproporcionada para el hombre, puesto que, como sospecha Bertrand Russell, el hombre no parece hecho para disponer de tamañas fuerzas. En cierto sentido, podemos decir que el extraño huésped nos viene de más allá del sol. Considérese, para mejor entender el caso, lo que son las quemaduras del fuego —elemento casero, elemento de nuestro pequeño mundo— y lo que son las quemaduras provocadas por las radiaciones atómicas —cosa ya de extramuros, elemento de invasión que, en el lenguaje de los chinos, "rompe nuestro cielo". Contra el fuego contamos con ciertas defensas naturales: nuestra conciencia nos da el aviso del dolor, y nuestro organismo reacciona mediante la cicatrización. Pero las quemaduras de las radiaciones atómicas nos encuentran desprevenidos, son pérfidas: ningún dolor nos pone alerta, nuestro cuerpo no tiene reacciones especiales que nos protejan. Se van deshaciendo los tejidos; el operador pierde los dedos, y entonces es fuerza acudir a otras defensas exteriores y artificiales, los guantes y las corazas de plomo.

Ante esto, ¿qué mucho si Bergson se atreve a pedir un "suplemento de alma" que restablezca el equilibrio? Ya en 1840 Edgar Quinet reclamaba un desarrollo del espíritu que igualase al desarrollo mecánico, pena de aniquilarnos bajo lo que nos figuramos como una conquista sobre la naturaleza. Y Goethe ha exclamado, de años atrás, con acento de tragedia antigua: "Cuanto aumenta la libertad del espíritu, si no se acompaña de un progreso en la disciplina interior, es un peligro." Así cuando el gigantesco espantajo cósmico aparece a las puertas de nuestra modesta morada humana.

Diciembre de 1955.

100. A VUELTAS CON EL INFINITO

CUANDO yo estudiaba a Gracián, me detuve, con pasmo, ante esta maravilla de estilo: "Todos te conozcan, ninguno te abarque: que, con esta treta, lo moderado parecerá mucho; y lo mucho, infinito; y lo infinito, más" *(El Héroe)*. No es poco alarde haber encontrado el modo de estirar todavía el infinito mediante una sola sílaba —*más*— que, a su vez, se alarga como un segundo infinito montado sobre el primero.

Pero, vamos a cuentas. Este acierto de estilo, este acierto artístico, ¿es también un acierto en el sentido estrictamente matemático? Si el infinito admite un aditamento, un *más*, ya no es infinito, sino sólo una enormidad indefinida, lo que no es igual. En el orden de los números infinitos, ni siquiera cabe decir que el todo es mayor que la parte: o sea, que no puede haber un todo infinito mayor que una parte también infinita. Si a una enorme colección de objetos (no digamos ya infinita), se le añade otro objeto, el resultado es prácticamente igual. ¿Quién puede distinguir entre un número escrito con millones de cifras, y otro con esos mismos millones de cifras y una unidad adicional? Ya sabemos que "uno más uno son dos"... relativamente. Porque, como decía Lebesgue, un león y un cordero no son dos animales, no: el león se come al cordero. Y eso mismo hace el infinito con algo *más* que se le añada. Lo infinito ya no puede estirarse, ya no da de sí, por lo mismo que da de sí eternamente. Pero cuando Gracián dice que lo infinito parecerá más, no hace sino invitarnos a adelantar unos pasos por un camino inacabable, lo cual es legítimo, supongo. Porque el hombre nunca percibe lo infinito, sólo puede percibir lo enorme. Lo infinito es un elemento de la matemática, pero no de la sensibilidad. De modo que, al fin y a la postre, se salva la frase de Gracián y lo dejamos en su buena opinión y fama.

Diciembre de 1955.

V

LAS BURLAS VERAS

SEGUNDO CIENTO

NOTA

El primer ciento de *Las burlas veras* se publicó en México, Tezontle, 1957.

Esta segunda serie de *Las burlas veras* recoge las notas números 101 a 200, publicadas primeramente en la *Revista de Revistas* de México, hasta el 29 de abril de 1956, y en adelante, publicadas primeramente por la *Vida Universitaria,* de Monterrey, salvo unas cuantas inéditas.

101. EL INVISIBLE

HABLABAN cinco:

El Hombre del Chascarrillo dijo: —Yo demuestro la no existencia de Dios en un abrir y cerrar de ojos: A ver, si existe Dios, que se aparezca ahora mismo. ¡Una, dos, tres! ¿Ya ven ustedes cómo no existe Dios?

Y dijo el Teólogo: —¡Mentecato! Dios se manifiesta en todo lo que existe. ¿Tú no lo ves? "Pues yo, dijo el Asno, sí lo veo." (Estoy citando a Victor Hugo, *Dios invisible para el filósofo.)*

Y dijo Jenófanes: —Por necios como éste, para quienes Dios tiene que ser algo como un señor con barbas (o "un vertebrado gaseoso" como dirá un día vuestro Haeckel), advertí yo que, si los bueyes, los caballos y los leones pintaran, figurarían a los dioses como bueyes, como caballos y como leones.

Y dijo el Mitólogo: —¡Insensato! No tientes a Dios. Semele, mal aconsejada, pidió a Zeus que se le apareciera en su verdadera presencia... y quedó fulminada.

Y dijo, por último, el Filósofo:

—Si los hombres tuviéramos un Dios visible —cosa peligrosísima— arrastraríamos una vida de perros, literalmente. Es decir, la vida emocional y subyugada que viven los perros junto al hombre, para quienes el hombre es un dios tangible y palpable.

Diciembre de 1955.

102. DIVAGACIÓN DE LA RUEDA

ENTRE los aciertos prácticos de la humanidad —todos a la cuenta de nuestros abuelos remotos— se destacan seguramente la domesticación del fuego y el descubrimiento de la rueda; algo después, la escritura y el alfabeto. Entre los aciertos teóricos, el haber dado con nociones como el uno y el cero, que dicen vienen de la India y acaso pasaron a Europa por mediación de los árabes españoles, pero a los que ya consagraban los antiguos mayas una celebración anual como a dioses benéficos. Y es muy singular que, para la notación gráfica del cero, hayamos caído en algo como una imagen espectral de la rueda, rueda olvidada y recordada, última palpitación del objeto "rueda", antes de borrarse de la conciencia. A la rueda, como al cero y como a la "O", se la conoce por lo redonda, y quien no conoce la "O" por lo redonda será que tampoco entiende el cero ni venera la rueda: no sólo imbécil, sino renegado de la humana virtud.

¡La rueda! Esta hada entró sin ruido hace ya mucho tiempo en la historia. Los constructores de las Pirámides habían usado rodillos y cilindros para acarrear sus piedras talladas, pero rodillos y cilindros no son ya la rueda, sino un elemento de la rueda. Para que la rueda llegue a ser útil es fuerza que el hombre haya sometido previamente a alguna bestia de tiro. De lo contrario, la rueda o el carro poco aprovechan. Pero los constructores egipcios no conocían más "mano de obra" que la humana. Allá en el segundo milenio antes de nuestra Era aparece el delicado conjunto del rodillo, el eje, el cubo de rueda, ajustados por algún artesano de genio, predecesor de Papin y Edison, cuyo nombre hemos perdido, y tal fue el paso hacia la rueda. Ella vino a ser la primera de nuestras invenciones mecánicas, o mejor, la primera máquina.

Antes de la rueda, ya había útiles, ciertamente. Pero entre el útil y la máquina hay harta diferencia. El útil se adapta

a los órganos del hombre, los prolonga y los refuerza: el bastón y la caña de pescar continúan el brazo; el martillo aumenta el peso del puño; el garfio o garabato no es más que un dedo encorvado; el rastrillo es un haz de dedos suplementarios. El útil sólo tiene poder cuando es manejado por el hombre, sólo tiene poder enlazado al organismo humano mediante la mano que lo sujeta. La rueda, en cambio, en vez de enlazarse al cuerpo del hombre, se le separa; y más aún, se aleja de toda la naturaleza viva para brindar así, a los humanos, como desde lejos, un progreso fantástico.

La naturaleza, decían los escolásticos, tiene horror al vacío, y la fórmula se ha quedado en nuestra memoria porque habla a la imaginación y porque responde a la experiencia. La naturaleza, en efecto —según la perciben los sentidos—, es toda ella plenitud y contacto, y así pudo decir el poeta Francis Thompson que no puede arrancarse una flor sin perturbar a una estrella. La naturaleza produce y nutre a sus criaturas siempre por acercamiento y penetración. Y el útil, como lo hemos dicho, también pertenece a este sistema. El obrero necesita y pide que el útil le acomode en la mano. Pero no la rueda. El carretero, el constructor de la rueda, se ingenia, al contrario, para reducir los frotamientos al mínimo; su ideal sería anularlos y lograr que la rueda girara a toda velocidad en el vacío. Aquel señor que pasa en coche forma un cuerpo con el asiento y la carrocería del vehículo. Pero la rueda, motriz del conjunto, no forma cuerpo con nada. Su medio favorable es, en torno al eje, una gota de grasa, gota que no sirve para alimentar sino sólo para emancipar o libertar. La vocación de la rueda es la libertad. Tiene ante sí el infinito, el infinito del número y el infinito mecánico. ¡Qué bien lo entendió el artista griego cuando imaginó a la Fortuna como una mujer sobre una rueda! El anhelo, el sueño de esa mujer es la riqueza, el gozo inacabable: sólo la rueda puede dárselo. Y nunca la mitología fue más lejos. Y toda máquina fundada en la rueda eso es lo que quiere, escapar: de aquí la rebelión de las máquinas que hoy estudia la Cibernética, espantada de sus propios engendros.

Diciembre de 1955.

103. LA PÓLVORA EN INFIERNITOS

O... EN "chimangos", como dicen los argentinos, por referencia a ese pájaro completamente inservible —el "chimango"— que no merece la atención de los cazadores.

Así pensaba yo, recordando al inventor Jacques de Vaucanson (siglo XVIII), inspector de manufacturas en Lyon, que perfeccionó el telar y discurrió un artefacto para devanar la seda, pero que no siempre empleó su ingenio en estas útiles empresas. En efecto, también desperdició su tiempo y sus fuerzas en construir un reloj de madera, mero alarde de la inventiva; un autómata, flautista mecánico que instaló en las Tullerías, que tocaba su instrumento a maravilla y nos hace pensar en el muñeco ajedrecista de Poe y la máquina de ajedrez de Torres Quevedo; y, entre otras cosas más, construyó también unos patos mecánicos que nadaban, comían, "digerían" o parecían digerir y creo que también graznaban. Si estos ensayos no paran en meros juguetes —tan laboriosos y sandios como el vestir pulgas— hubieran conducido al *robot* y, por consecuencia, a la Cibernética o arte de las máquinas que quieren ya hombrearse o competir con sus inventores.

El *robot* (la palabra viene de cierto profético drama escrito por Karel Capek, un checo de nuestros días) ha dado materia a mil invenciones fantásticas sobre el muñeco que reclama vida y escapa a las manos de su fabricante. De estas fantasías, la que más de cerca nos queda es el Hombre de Palo, invención del italiano Juanelo, el del famoso "artificio" que subía el agua del Tajo hasta la ciudad de Toledo. Todo el que ha visitado la vieja ciudad imperial recordará la calle del Hombre de Palo, por donde el autómata se fue para no reaparecer más.

Volviendo al tema de los inventos reales que no pasan de intrascendentes jugarretas, acaso por haber aparecido antes de tiempo o por alguna otra razón, recuérdense las sombras

chinescas, antecedente de la linterna mágica: frívola diversión social a que no faltaba nunca, aunque ya estaba completamente ciega, esa heroína representativa del siglo XVIII que se llamó Mme du Deffand. Las sombras chinescas, mientras llegaba la hora del cine, se desvanecieron como sombras que eran.

Pero quienes verdaderamente "gastaron la pólvora en infiernitos" fueron los chinos de otros días. Mucho antes que los europeos y por lo tanto, mucho antes de la era histórica a la que damos el nombre de era moderna, los chinos habían inventado la pólvora, ¡pero la usaban únicamente para juegos de artificio y cohetes!; habían inventado la imprenta, ¡pero sólo la utilizaban para estampar naipes!; habían inventado también la brújula, ¡pero para que sirviera de juguete a los niños! De donde podemos concluir que no siempre "inventó la pólvora" el que ha inventado la pólvora. Lo que nos invita a preguntarnos cuánto descubrimiento insignificante andará por ahí, cuyas últimas consecuencias sociales o industriales aún no percibimos. A veces dormita el *Homo faber*, y él mismo no sabe bien lo que ha hecho. A veces no descifra bien la respuesta que la naturaleza ha querido dar a sus preguntas. No desesperemos. Cuando Faraday descubrió el magnetismo y mostró sus experimentos en la Royal Institution de Londres, una señora del público le preguntó:

—Pero, profesor, aun dando por aceptados los efectos que usted acaba de explicarnos ¿qué utilidad tienen?

—Señora —le contestó él—, ¿quiere usted decirme qué utilidad tiene un recién nacido?

Y cuando, otra vez, el propio Faraday explicaba sus descubrimientos a no menor persona que el político y humanista Gladstone, éste, con ser hombre tan avisado, le dijo:

—Pero todo eso ¿para qué sirve?

—¡Ah! —exclamó el sabio sonriendo—. Es muy probable que pronto tenga usted ocasión de sacar de aquí un impuesto público.

Enero de 1956.

104. EL COLOR DE LAS CARTAS

VARIOS colegas académicos fueron consultados recientemente por una empresa de radiodifusión y dijeron cuanto había que decir sobre los diversos empleos de las palabras "carta" y "cartas", y explicaron cómo la locución "carta blanca" o "dar carta blanca" significa dar a alguien completa libertad para resolver un asunto a su albedrío o decidir su conducta por sí mismo ante un negocio determinado. También se denominó antes "carta blanca" el nombramiento "en blanco", donde no se especifica la persona agraciada.

La locución, que hoy se emplea metafóricamente para todas las circunstancias de la vida, tuvo un origen militar y se la pudo aplicar también a los negocios diplomáticos.

Por cuanto al origen militar, el punto está bien documentado para Francia, y algo semejante debió de acontecer en otros países, donde se ha empleado la misma fórmula *carte blanche:* "carta blanca". Hasta el rey Luis XI, los generales tenían siempre "carta blanca". Según Commines, fue este monarca quien comenzó a restringir las amplísimas facultades de los generales. Hasta él, se consideraba que todo jefe de ejército era dueño de aceptar o iniciar una batalla según su leal saber o entender y sin esperar permiso de la corte. Naturalmente, después de Luis XI, en varias ocasiones, fue indispensable conceder "carta blanca" a los generales, sobre todo durante las épocas atrasadas del arte militar. Pero con Gustavo Adolfo, Turenne, Montecuculli, el arte militar se va reduciendo a reglas de cálculo, y Louvois se persuade de que puede gobernar y dirigir las campañas desde su gabinete, como muchas veces lo ha hecho Richelieu. El sistema no podía menos de complacer al autócrata Luis XIV, que deseaba ser considerado como el alma de sus ejércitos. Pero, por suerte para Francia, Turenne y Condé obraron a veces por su cuenta. Feuquières se queja, al contrario, de la excesiva sumisión de Villeroy, Boufflers, d'Humières, que aunque conve-

niente al mero cortesano, fue funesta al jefe militar. Luis XI, Louvois, Luis XIV podían creerse capaces de sustituir por sus cálculos de gabinete la iniciativa de un general, mientras todo se reducía a "dragonadas", como los franceses suelen decir: a bombardear el Luxemburgo, adueñarse de Casal, incendiar el Palatinado o hacer vistosas paradas en los campos de maniobras. Pero cuando, en Flandes, hubo que enfrentarse al Duque de Lorena, al Elector de Brandeburgo, a los holandeses, a los españoles; cuando, en suma, las operaciones fueron ya difíciles y delicadas, el servilismo y la ineptitud de los cortesanos improvisados en generales ocasionaron considerables descalabros. Fue peor aún bajo Luis XV, que no concedía carta blanca a sus generales, sino a sus favoritas. Sólo ellas daban permiso para los combates allá por 1756. Ellas decidían de los ataques al enemigo, como Mme de Maintenon dirigía las campañas contra los mismos franceses cuando las guerras de religión. El general Bonaparte usó siempre con éxito de la "carta blanca" que acaso se otorgaba a sí mismo; pero el emperador Napoleón se resistía a dar carta blanca a sus generales; aparente contradicción que entenderán muy bien los que saben manejar autos cuando van como pasajeros y no pueden meter mano al volante. Después de todo, la seguridad de Napoleón dependía de esta concentración del mando supremo. Tal vez su desastre en Waterloo se deba a la "carta blanca" que Grouchy creyó poderse otorgar a sí mismo, apartándose de las instrucciones precisas de su jefe.

Por cuanto a la diplomacia, queda aún una sombra de lo que fue la "carta blanca" en la expresión corriente de "plenipotenciario" que se aplica honoríficamente a Ministros o Embajadores, cuando en verdad la plenipotencia ha dejado de ser un hecho en los asuntos fundamentales de toda negociación internacional, desde que el agente o negociador no queda, como antaño, abandonado a sus propias fuerzas, sino que se lo maneja, como al muñeco, por unos hilos más o menos visibles, gracias al correo (aéreo, sobre todo), al telégrafo y al teléfono.

El caso más singular es sin duda la falsa carta blanca, o la supuesta plenipotencia que se concede a alguien, para

que se crea muy dueño de sus actos, cuando de hecho se lo está gobernando insensiblemente, de cerca o de lejos. Cierto chusco se atrevía a decir que esto es lo que hace el Creador con sus criaturas, otorgándoles la ilusión del libre albedrío, a lo que, en sustancia, se reduce la "carta blanca".

Enero de 1956.

105. LA TEORÍA DE LA INFORMACIÓN

La Nouvelle Revue Française, bien conocida de cuantos se interesan por la vida literaria, se llama hoy, con chistosa reiteración, *La Nouvelle Nouvelle Revue Française,* como para recordarnos que lleva la cicatriz de la guerra y que hubo una interrupción en su historia. Aunque es una revista consagrada sobre todo a las letras y hecha por literatos, sigue generosamente otras novedades del pensamiento. En ella, hace muchos años, comencé yo a enterarme de que había una nueva psicología en el mundo, la que parte del psicoanálisis de Freud, gracias a una comunicación del "literato" Jules Romains (quien, además de todo lo que se sabe, es *Agrégé d'École Normale);* y me enteré también de que había ya una nueva física, la que parte del relativismo de Einstein, gracias a una comunicación del "literato" Paul Valéry (amén de gran poeta, matemático profesional y no puramente aficionado). Ahora descubro —en el número correspondiente a julio de 1955— un nuevo ensanche de la ciencia, la Teoría de la Información, esta vez gracias a una comunicación firmada por un "cientista" (ya me canso de decir "científico", adjetivadamente, y pido prestado el sustantivo a la lengua lusa); a saber, Léon Brillouin, de quien después, despierta ya mi curiosidad, he buscado y he encontrado otras páginas, de tono más técnico y recóndito, en los *Cahiers de la Pléiade* (Nº xiii, otoño de 1951 a primavera de 1952).

La Teoría de la Información data de estos últimos años y ha tenido un origen práctico. ¿Cómo medir la "cantidad" de información contenida en un mensaje? ¿Cómo definir la información transportada por las señales telegráficas de cualquier orden? ¿Cómo dar con el código preferible, con el sistema de símbolos capaces de transportar, traducir los mensajes o señales del modo más económico posible, sin perder un adarme de la información transmitida? En asunto de telefonía, radio, televisión, radar, y en cierto modo aun en las

comunicaciones escritas y orales, los problemas son análogos. Así como la llamada "crítica de los textos" busca las reglas para devolver su primitiva pureza a un texto que se ha venido corrompiendo en las copias y en las sucesivas ediciones, así la nueva estrategia de la información procura devolver su absoluta limpieza e integridad al dato primitivo, anulando la personalidad del observador, despojando y limpiando el dato de cuantos elementos parásitos hayan podido enturbiarlo "durante el viaje", para de algún modo decirlo.

Pero cuando hablamos de devolver su pureza a un mensaje no nos referimos solamente a las adulteraciones con respecto al dato primitivo, ocasionadas por la subjetividad del que recoge el dato, o a las adulteraciones por deficiencia técnica de la transmisión, no. De lo primero (adulteración por subjetivismo) tenemos un caso en el niño que dibuja tres monigotes para representar a su padre acompañado de sus dos hijos, pero aunque dibuja a su hermanito de talla menor, él se dibuja a sí propio de la misma talla que su padre, porque *cree* que ésa es su estatura. (¿Se acuerda usted, Martín Luis Guzmán, de que así lo hizo en Madrid, hace muchos años, un hijo suyo?). De lo segundo (deficiencia de la transmisión) sería un caso el juego de los mensajes a que se jugaba en las trincheras —creo que lo cuenta André Maurois— y que consistía en dar instrucciones verbales a un hombre de tropa para que pasaran por una docena de intermediarios, y comparar luego el mensaje original con su última forma, siempre estropeada en el tránsito. Pero no se trata solamente de lo uno ni de lo otro: hay otra impureza inevitable entre el dato, el mensaje y el destinatario, que es un efecto de "filtración". Por ejemplo: un periódico es un conjunto de informaciones. Pero un lector prefiere leer solamente las notas políticas; otro, las deportivas; aquél, las teatrales; y el de más allá, las financieras. De suerte que la transmisión se filtra y no deposita en el destinatario toda la sustancia de los datos originales, sino sólo una parte de ellos: parte se pierde en el camino.

Algo nos queda por decir. Lo dejamos para el próximo artículo.

Enero de 1956.

106. MÁS SOBRE LA TEORÍA DE LA INFORMACIÓN

La Teoría de la Información, de que hemos hablado en el anterior artículo, encuentra apoyo en el cálculo de probabilidades y en la estadística matemática. El problema, meramente práctico en un principio y meramente práctico en apariencia (ingeniería de las transmisiones) trasciende a la ciencia pura: ¿cuál es el valor de la información obtenida en un experimento? Y, por aquí, el problema se desborda sobre las ciencias humanas, interesa al criterio de la prueba histórica, de la prueba testimonial, a la teoría misma del conocimiento, etc. El estudio de la Información llega hasta el lindero de la filosofía y, si se procede con cordura, allí ha de detener su carrera.

No sabemos hasta dónde podrá llegarse, avanzando siempre sobre nuevos terrenos; así como no pudo preverse, a los comienzos, el hecho de que, en busca de los fundamentos, y los fundamentos de los fundamentos, había de darse al cabo con los principios de la termodinámica, tales como los formuló Carnot (aun cuando aplicados en cierto sentido metafórico), y con las nociones de la "entropía" y la "neguentropía". Pues "información vale neguentropía", dicen las autoridades, y a cada transmisión o transformación hay una pérdida de sustancia, camino de la "entropía": un desgaste, por cuanto al valor de toda información se desgasta y filtra al transmitirse; de suerte que la información recibida es siempre menor que la información enviada; lo cual afecta igualmente al enigma de la relatividad en todo mensaje humano, lo que en el caso de la expresión poética era la tortura de Mallarmé.

Todo suceso, antes de acontecer (todo dato, antes de establecerse) es una probabilidad; y una vez acontecido, siempre puede ser valorado por referencia a las posibilidades que antes existían. Problema de probabilidad y problema de logaritmo. Si se saca una carta de un juego de cincuenta y dos cartas, la información sobre la carta posible así extraída es

el logaritmo de 52, cualquiera sea el valor de la carta. Pues —recordémoslo— se eliminan los parásitos: reglas del juego, carácter del jugador, etc. Así la transmisión telegráfica no toma en cuenta el asunto del mensaje en cuestión. Así la máquina de contar suma cifras, pero no peras, manzanas, átomos ni astros.

El principio de Carnot —degradación irremediable de la energía— es una sentencia de muerte. Pero lo que se aplica rigurosamente al mundo de la materia inanimada no corta las alas al impulso de la vida y del pensamiento. Veamos cómo lo explica Bergson *(La evolución creadora):*

> El sentido en que se mueve esta realidad *(la inanimada)* nos sugiere la imagen de una cosa *que se deshace.* Y ésta es, sin duda, una de las características de la materialidad. ¿Qué concluir de aquí, sino que el proceso por el cual esta cosa *se hace* va dirigido en sentido contrario de los procesos físicos y que, por definición, tiene que ser inmaterial? Nuestra visión del mundo material es la del peso que cae. *(Aquí, dicen mis autoridades, la entropía aumenta, la neguentropía o energía decrece.)* Ninguna imagen sacada de la materia propiamente dicha nos da la idea de un peso que se eleva... Todos nuestros análisis nos muestran que hay en la vida un esfuerzo para remontar la pendiente que la materia va bajando... Si la vida fuera pura conciencia, sería pura actividad creadora. En verdad, toda vida está encerrada en un marco u organismo que la somete a las leyes generales de la materia inerte. Pero se dijera que hace lo posible por emanciparse de estas leyes. No tiene bastante poder para invertir el sentido de los cambios físicos, sentido determinado por el principio de Carnot. Pero, al menos, la vida obra como una fuerza en dirección contraria. Incapaz de *detener* la marcha de las mutaciones materiales, al menos logra *retardarlas.* La vida es posible dondequiera que la energía desciende según la pendiente trazada por la ley de Carnot, pero donde una causa de direción opuesta retarda ese descenso.

¿Y no entramos aquí en los enigmas de la mística y de la teología? ¡El vuelo del Arcángel, que combate contra la irremediable caída de Luzbel! Hace tiempo lo he comentado, a propósito de cierto estuche de marfil labrado que representa la precipitación de los espíritus rebeldes, y que descubrí en un Museo de Madrid. ("La Caída", *Ancorajes,* nota escrita en 1928.)

Enero de 1956.

107. LOS ESCOLLOS DE LA NOVELA

EN LABIOS de Jules Romains, recogí una vez este consejo:

—Lo primero, para el que pretenda escribir una novela, es emanciparse de toda preocupación histórica o biográfica, evitar que la gravitación de la realidad le impida volar a sus anchas.

No creo que sea ésta una regla de aplicación general, puesto que hay la novela histórica y la biografía novelada, etcétera, y puesto que, para muchos, el contacto con los recuerdos reales sirve de inspiración y estímulo. Pero es indudable que, puestos en trance de novelistas, la coerción de la realidad, al querernos meter imperiosamente por los carriles de lo verdaderamente acontecido, puede sernos funesta. Y, en todo caso, uno de los problemas más arduos para el escritor de novelas es el saltar del dato bruto a la creación organizada y artística.

Este salto ofrece dos graves extremos: uno es el puramente estético, y consiste en evitar que las opacidades del acontecer cotidiano desluzcan la amenidad o la hondura de la novela. El otro extremo, aunque más humilde, no deja de proponer un obstáculo difícil de sortear, y es —para de algún modo decirlo— el escrúpulo moral, el deseo de no ser indiscreto relatando en la novela intimidades de personajes verdaderos que sean fácilmente descifrables.

Hace unos treinta años, examinaba yo así en Madrid los problemas con que se enfrenta el novelista primerizo: si el autor no quiere hacer de su novela un libelo; si no quiere que se le tache de sacar a la vergüenza pública a éste o al otro, como la realidad se le mete por los ojos y está profundamente grabada en su experiencia, no podrá menos de padecer. . .

> Está acostumbrado a asociar tales o cuales sucesos con determinadas figuras humanas, y tales caracteres con determinados nom-

bres propios. Le parece que hay una mentira, una falsedad fundamental, en cambiar su nombre o su verdadera apariencia a tal personaje; teme desequilibrar así, con una superstición en el fondo determinista, el peso de las necesidades que desatan la acción. Y sin embargo, tiene que hacerlo, a riesgo de escribir una novela de clave... Es fuerza transformarlo todo, alterar los perfiles y nombres de la realidad... Y el novelista resuelve el problema barajando unos hombres con otros, y haciendo de dos o tres figuras verdaderas un solo personaje imaginario. A uno le pone las barbas de su vecino; al otro, la sonrisa de su enemigo; y al de más allá, los alrededores familiares del primero ("Problemas de un joven novelista", *Reloj de sol).*

Tras de publicar estas líneas, temí haber simplemente confesado mi impericia más que haber dado con uno de los enigmas de la novela. Pero, algunos años después, en *Los monederos falsos* (en torno a esta obra gira toda una teoría novelística), me encontré una página de André Gide que me tranquilizó al respecto. 'Eduardo', un novelista, apunta en su diario estas reflexiones (Parte I, cap. XI):

Será difícil hacer admitir que mi personaje haya podido, conservando sus buenas relaciones con su hermana, no conocer a los hijos de ésta. Siempre me ha costado mucho disfrazar la verdad. Aun cambiar el color del pelo me parece un fraude, que hace a mis ojos mucho menos verosímil la verdad misma. Todo se relaciona entre sí y, entre todos los hechos que la vida me ofrece, siento que hay sutiles trabazones que sería imposible cambiar sin modificar todo el conjunto.

Y con todo, no siempre se disimula a la persona que sirvió de modelo, ni aun envolviéndola en circunstancias fantásticas e imposibles. Pues ya he contado también ("Realismo", *A lápiz)* cómo el poeta Jules Supervielle no pudo evitar que cierto respetable señor se considerara aludido y burlescamente retratado en el personaje que, todas las noches y aprovechando el sueño de los pasajeros, sacaba a pasear un volcán sudamericano por los puentes de un barco.

Enero de 1956.

108. TIERRA HUMANA

AQUEL revolucionario, caudillo militar cuyo nombre olvido —creo que era argentino de origen—, renunció a caer sobre São Paulo, aunque casi tenía ya la plaza en sus manos. Cuando le preguntaron la causa de tan extraña decisión, contestó simplemente: "*A pedido das familias.*" Los hispanoamericanos lo hallamos ridículo. ¡Vaya un revolucionario! Y, con todo, mientras no aprendamos a respetar este acto no seremos muy superiores a los animales.

También nos extraña que una multitud carioca, amontonada junto al muelle donde el ex-presidente Washington Luis embarcó en lancha para alcanzar el vapor que había de llevarlo al destierro, se haya descubierto espontáneamente al ver aparecer, conducido entre guardias, al mismo que acababa de derrocar.

Cuando dos hombres se cruzan por una calle desierta, al anochecer, en cualquiera de nuestras ciudades hispanoamericanas, abomban el pecho, pisan fuerte, procuran asumir un aire de atletas y de valientes, por lo que pueda suceder. En el Brasil, comienzan a sonreír desde que están el uno a la vista del otro, y pasan así, sonriendo, junto al prójimo, como para tranquilizarlo e inspirarle confianza. También nos extraña... Cierta ocasión, hice un viaje entre dos "repúblicas hermanas". En las estaciones, la gente ociosa se juntaba real y positivamente a burlarse de los pasajeros, a hacer por sentirse superior, escondiendo acaso su envidia, o más bien su ansia de escapar por siempre a la provincia. Esto no pasaría en el Brasil.

Siendo Embajador de México, se me ofreció llegar al puerto de Ríojaneiro a todo correr, antes de que levara anclas un vapor, para decirle adiós a Corpus Barga, que iba de tránsito. No tuve tiempo de sacar el pase de acceso a los muelles que el Gobierno proporcionaba a los diplomáticos y, casi dándole un empellón, pasé bruscamente junto al guardia

marino gritándole: "Soy el Embajador de México, busco tal barco." El guardia me dio una lección. Hizo que tomaba mi brusquedad como una presentación, se descubrió cortésmente, corrió tras de mí y me dijo: "Mucho gusto en conocer al señor Embajador. El vapor que busca Vuestra Excelencia es el segundo de la derecha." Y yo me sentí corrido, y me extrañó. . .

Todavía nos extraña que, en algún país, los hombres sean plenamente humanos.

Febrero de 1956.

109. NO JUGUEMOS CON LA HISTORIA

A VECES, don Carlos se ponía imposible y aun iba más allá de la raya, en su afán por enseñarnos a desconfiar de las interpretaciones mandadas hacer y recibidas por la rutina. Quería que aprendiéramos la duda metódica y nos habituásemos a investigar y a juzgarlo todo por nuestra cuenta.

El mal estaba en que tomáramos demasiado en serio sus paradojas, como aquel sandio discípulo de Sócrates, en el cuento de Alas, que habiendo entendido al pie de la letra una frase de su maestro, se empeñó en sacrificar un gallo a Esculapio, en acción de gracias por haber curado al pobre filósofo de esta enfermedad que es la vida; o como el jurado popular de Austin Dobson que absolvió a un ladrón de vajillas, porque el Agente del Ministerio Público dijo: "Absolvedlo, si creéis como yo que es un inocente aficionado a las obras de arte, y entra por la noche en calcetines a las casas de los ricos para admirar sus tesoros sin molestarlos ni hacer ruido." ¡Peligros de la ironía!

A don Carlos se le ocurrió un día decirnos:

—No; doña Josefa era sin duda una mujer patriótica y bien intencionada, pero todos sabemos lo que sucede con las buenas intenciones. El Corregidor Domínguez hubiera querido dirigir él, que entendía de mando y de administración, el levantamiento de la Nueva España. Todo lo estaba preparando metódicamente y con cuidado, y se iba con pies de plomo. Pero doña Josefa, inquietísima, se le atravesaba siempre y lo importunaba con su impaciencia; quería empuñar ella la revolución y atenerse a sus "corazonadas", a su solo instinto de mujer. Al fin el Corregidor tuvo que encerrarla para poder organizar su conspiración con todas las cautelas indispensables. Ella se sintió prisionera y víctima de la causa, y dirigió a los oficiales conjurados aquella apremiante misiva. . . Y el resultado es que la revolución, por esta premura de doña Josefa, nació abortada, y al cabo costó la vida a

Hidalgo y a Morelos. Y el Corregidor de Querétaro ya no pudo hacer nada, y renunció a sus anhelos de independencia, refugiándose en el papel de ex-futuro héroe...

Y todos habíamos comenzado a poner unas caras largas, cuando don Carlos, satisfecho de habernos sacudido suficientemente la modorra histórica, nos devolvió al sentimiento de la realidad (como un magnetizador que despierta a sus sujetos), lanzando una saludable carcajada. Todos le hicimos coro, como cuando siente uno que acaba de escapar a un peligro.

Febrero de 1956.

110. LOPE Y PAVLOV

ENTRE las prácticas extrañas o anteriores a la ciencia que después la ciencia recoge y ciñe a sus métodos, todos recuerdan los mil remediajos empíricos de los herbolarios que al fin llegan a ser farmacia. Tal la historia de la quinina usada por los indios peruanos y proporcionada a la virreina, Condesa de Chinchón. En algunas zonas campestres de México, la gente emplea las tortillas de maíz enlamadas para ciertas heridas, propio tratamiento de penicilina anterior a Fleming. La telaraña para restañar la sangre de las heridas —otro uso popular— es un retículo semejante al que se produce naturalmente y que facilita la coagulación.

En otro orden, todos saben de los sueños interpretados o descifrados en los antiguos templos de Asclepio, y todos saben de la confesión religiosa en la Iglesia católica, procedimientos ambos que más tarde el psicoanálisis hará suyos, aunque transformándolos a su modo.

Ahora resulta que el profesor Jaime H. Arjona acaba de contribuir un nuevo y curiosísimo dato sobre estas anticipaciones populares, en artículo publicado por el *American Psychologist* y mencionado en el *Time* del 23 de enero, 1956. Se trata sin duda de una costumbre tradicional, descrita por Lope de Vega en su comedia *El capellán de la Virgen.* El personaje llamado 'Mendo' pone sencillamente en práctica un método que se adelanta en unos tres siglos a los célebres estudios sobre los "reflejos condicionados", cuidadosamente investigados por el sabio ruso Ivan Petrovich Pavlov (1849-1936), partiendo del fenómeno de la salivación de los perros al acercarles el alimento: si se les habitúa a oír el tintineo de una campanita cuando se les va a dar de comer, la salivación se producirá al oír la campanita, sin necesidad del alimento. He aquí el pasaje original de Lope de Vega, acto III de la comedia en cuestión, que el profesor Arjona

publica en la revista norteamericana, traduciéndolo libremente al inglés:

MENDO

Ildefonso me reñía,
mil penitencias me daba,
en el suelo me sentaba
y con los gatos comía.
  Mas eran tan socarrones,
que, en viéndome en penitencia,
me quitaban la paciencia
comiéndome las porciones;
  porque allí no hay que tratar
de decirles: "¡Zape aquí!"

ANA

¡Ay, Mendo, Mendo, que allí
no te supiste enmendar!

MENDO

  ¿Cómo piensas, madre mía,
que a los gatos castigué,
y mis comidas gocé
cuando en el suelo comía?

ANA

  Déjate de esas locuras.

MENDO

Metílos en un costal
por engaño, y a un portal
les llevé una noche a escuras.
  No hacía más que toser
y a palos los deshacía;
gruñían, que parecía
órganos de Lucifer.
  Dejábalos descansar,
y luego otra vez tosía,
con que a pegarlos volvía;
hasta que vi que, sin dar,
  sólo con verme toser,
gruñían como cochinos:
Soltélos.

ANA

¡Qué desatinos!

MENDO

Y, en mandádome comer
  en el suelo, estaba alerta.
Acercábanseme al plato,
y en tosiendo, no había gato
que no tomase la puerta.

Febrero de 1956.

111. LA CIGARRA

ASEGURAN que la cigarra no desoyó a la hormiga, antes se dejó persuadir y se propuso muy cuerdamente, a partir de ese día, hacer provisión de alimentos durante la buena estación para soportar después las privaciones del invierno. Pero el destino había dispuesto otra cosa, y nuevas sorpresas la esperaban.

Lo primero, tropezó —digamos que "de manos a boca"— con un lirón, mientras ella andaba afanosamente buscando un hueco en algún tronco o raíz donde esconder sus hojas y yerbas.

—Pero tú —le dijo el lirón— ¿no te alimentas con gusanos y moscas, según nos cuenta La Fontaine?

—No, lirón —dijo la cigarra con impaciencia—. Yo soy vegetariana. ¡Cómo se ve que no has leído al entomólogo Fabre! La Fontaine, que entendía mucho de poesía y muchísimo de pasiones humanas, pero no tanto en punto a costumbres animales, me confundió, creo, con el grillo.

—¿Y para qué juntas provisiones?

—¡Toma! Para poder soportar el invierno, cuando se seque la vida vegetal!

—¿Por qué no haces como yo? Es más cómodo. Yo procuro nutrirme bien cuando hay con qué; y cuando llega la mala estación, simplemente me echo a dormir, y así espero la primavera.

—¡Peregrina costumbre!

—Ya veo que ignoras la hibernación. Eso lo hacemos todos los animales hibernantes. Y te diré más. Hay también la costumbre de la estivación, que consiste en aletargarse durante el estío, pues ciertos estíos son insoportables. Así, yo duermo en invierno, pero el teurec de Madagascar duerme en verano.

—No sé si podré seguir tu consejo. Algo me dice que, como yo me duerma durante un invierno, ya no podré despertar más. Cada animal tiene su ley. Pero, por lo menos, de algo

me ha servido tu ejemplo; pues, como la hormiga vuelva a ponérseme respondona, yo le haré ver que no es tan sabia como se figura y que tú, sin darte tantos humos de persona entendida en la administración y el ahorro, resuelves el caso del invierno con medios mucho más sencillos.

Y siguió haciendo sus provisiones. A poco descubrió a una urraca, que acababa de recoger por ahí un trocito de papel plateado y le hacía grandes festejos:

—¿Pero eso se come? —le preguntó desconcertada.

—¡Qué sandia eres, cigarra! ¡Cualquiera diría que no eres poeta! Yo junto estos papelitos brillantes, como las joyas que se les olvidan a las señoras, por mero placer artístico. Nada de esto se come, pero no sólo de pan vive el hombre... ni las urracas. Yo soy coleccionista ¿entiendes? Me gusta convertir mi nido en un museo, y almaceno allí lo que han calificado las autoridades como *objets de vertu:* todas esas cositas lindas e inútiles que los anticuarios, a quienes en otro tiempo se llamó simplemente "aficionados a la curiosidad", se disputan a porfía: un estuche diminuto, un alfiler, un espejito, un punzón, un dedal.

—Y entonces, si das con una perla...

—La guardo, la guardo; no creas que voy a cambiarla por un grano como lo hizo el gallo, otra víctima de la fábula. Yo no me preocupo sólo en comer. Yo no vendo mi mayoridad a cambio de un plato de lentejas.

La cigarra se quedó pensando, y dijo al fin:

—Por lo visto, lo mejor es que cada uno obedezca a su naturaleza. Ya puede la hormiga guardarse para sí sus sermones. A mí me corresponde cantar, y cuando venga la muerte, sea bienvenida. Como dice la frase inglesa, "¡Providencia y mi guitarra!"

Y allí mismo se puso a templar su instrumento, abandonando todos los afanes del ahorro. Cantó varios meses, y cuando le faltó la comida, colgó la bandurria, se santiguó y cerró los ojos.

Febrero de 1956.

112. MOTIVOS DEL SUEÑO

BAJO SU concisión y sencillez aparentes, los *Comentarios* de Julio César eran un relato tendencioso, como ya lo había advertido Polión, según dice Suetonio. Además, los *Comentarios* fueron una obra improvisada, en que el gran capitán daba el último toque y uniformaba con su estilo de perfecta latinidad los documentos y noticias que le preparaban sus oficiales. No de otro modo Napoleón llegó, en Santa Elena, a reconstruir la batalla de Marengo, mediante una serie de redacciones sucesivas, partiendo de los artículos del *Moniteur*. Pero lo singular es que se le hayan escapado a César, en el apresuramiento por confeccionar la obra, ciertas especies de verdadera mitología científica, si es que casan ambas palabras. ¿Cómo pudo un hombre de tal índole dejar pasar patrañas como ésta?

> Existen asimismo [*en las Galias*] los animales llamados alces. Se parecen a las cabras y ofrecen la misma variedad de pelajes, aunque son de mayor alzada. Sus cuernos están tronchados, y carecen de articulaciones en las piernas: no pueden, pues, echarse para dormir y, si por accidente caen al suelo, no pueden ya levantarse. Los árboles les sirven de camas: se apoyan simplemente en ellos, y es así como duermen. Cuando, siguiendo sus huellas, los cazadores dan con el refugio de estos animales, talan a la altura del suelo los troncos de todos los árboles, pero dejándolos de pie sobre su base y procurando que conserven su aspecto habitual. Cuando los alces vienen a apoyarse en los troncos según su costumbre, los troncos se caen al peso, y los alces con ellos. [*Y así se los caza o atrapa.*]

Plinio el naturalista repetirá la conseja. Y respecto al elefante, del que se pensaba lo mismo entre los romanos, parece verdad que suele dormir de pie unos minutos, o a lo sumo se echa para dormir menos de tres horas.

Pero la mayor singularidad del sueño animal se da seguramente en los martinetes o garzas grises, que suelen juntarse

en bandadas por la noche, se elevan a alturas donde ya se hacen invisibles (mil quinientos a dos mil metros) y en aquellas alturas, suspensas lindamente en el aire, se duermen para sólo descender a la mañana siguiente. Así creyó descubrirlo casualmente un aviador militar durante la Guerra Europea (1914), y así creen haberlo confirmado los ornitólogos Graef y Weitnauer. (Remito, sobre esta noticia, a Maurice Mathis, *Le Figaro Littéraire,* París, 19 de noviembre de 1955.)

¿Es, pues, compatible, el ejercicio de algunas actividades propias de la vigilia con el estado de sueño? Yo he contado de cierto paseo por Valladolid, acompañado del querido escritor cubano José María Chacón y Calvo, en que me rindió el sueño andando por la calle, en términos tales que, al arrullo de los versos vallisoletanos de Góngora que yo mismo iba recitando, tuve una dulce pesadilla y me sentí transportado a un escenario y paisaje, los cuales, por lo visto, eran cosa del siglo XVII pero no de la era presente. Así, como suena y sin literatura. Es decir, que me dormí andando. ("Noche en Valladolid", *Las vísperas de España.)* Y respecto a la aparición, en sueños, de una escena histórica del pasado, me place hacerme el bobo y tomar en serio el artificio literario de Hilaire Belloc (páginas iniciales de su libro *The Eye-Witness),* donde un candoroso contemporáneo nuestro cuenta, en la taberna del Caballo Blanco, pueblito de Sorrington, cómo se quedó dormido y asistió, a bordo del *Jacobin,* al triunfo de Howe contra los franceses en el Canal. (1º de junio de 1794.)

Febrero de 1956.

113. LA DIVULGACIÓN DE NEWTON

CADA vez que oigo repetir a algún ingenuo: "Todo es relativo, como dice Einstein", figurándose de buena fe que eso dice Einstein y que ese lugar común abarca la nueva representación física del universo, surge en mi mente una serie de interrogaciones respecto a esta importante cuestión sobre la historia de las ideas: ¿Cómo alcanza la aceptación general una nueva noción científica lanzada y enunciada para uso de un círculo limitado de expertos? ¿A través de cuáles caminos y mediante cuáles etapas intermedias una alta noción técnica, esotérica, llega hasta los pueblos y los gobiernos?

La difusión del sistema de Newton, por ejemplo (capítulo anterior a Einstein), puede examinarse en cuatro niveles diferentes: *1)* el puramente académico o científico; *2)* el de la *haute vulgarisation,* que dicen los franceses; *3)* el de los salones del siglo XVIII, y *4)* el de la poesía. Naturalmente, del primer punto no nos ocuparemos aquí. Sea, pues, el segundo.

En vida de Newton, hubo varios intentos para popularizar sus ideas científicas; pero los más importantes sobrevinieron a su muerte, por 1727. En Francia, Fontenelle escribió un *Elogio* de Newton, muy leído en la Europa de aquellos días, presentado por Montesquieu al Príncipe Eugenio y luego traducido al inglés. En Inglaterra, Pemberton publicó su *View of the Philosophy of Sir Isaac Newton* (1728). Y durante la década siguiente, se multiplican los ensayos de divulgación. Recuérdese, ante todo, y tanto para Francia como para Alemania, puesto que era Presidente de la Academia de Berlín, a Maupertuis y su *Discurso sobre la diferente figura de los astros* (1732), seguido de cerca por su *Ensayo de Cosmología.* Después, a Algarotti (1734), que procura hacer para la *Óptica* newtoniana lo que Fontenelle hizo para la cosmología cartesiana: tal es el *Newtonianismo per le dame,* obra de éxito. (¿No ha escrito Shaw, en nuestros días, una exposición del socialismo "para la mujer inteligente"; Julien Benda

unas *Cartas a Melisenda,* sobre la filosofía; Ángel Ossorio unas *Cartas a una señora sobre temas de Derecho Político,* Buenos Aires, 1938?) El Marqués d'Argers, en 1737, da a luz su *Filosofía del buen sentido,* relativa a Newton, a Descartes y a Gassendi.

En 1739, el Abate Pluche, en su muy leída *Historia del cielo,* reduce la filosofía natural de Newton a tres principios: la existencia del vacío, las leyes del movimiento y la teoría de la atracción. Pero un año antes, Voltaire había publicado ya sus celebérrimos *Elementos de la filosofía de Newton,* tan trascendentes aunque acarrean algunos errores, en que se opone a la interpretación de Fontenelle y que fueron pronto vertidos al inglés y al italiano. Aun Rousseau, en el propio año de 1738, escribió una breve memoria sobre Newton para el *Mercure de France,* que de hecho no llegó a publicarse. En Alemania, 1768, Euler ataca el asunto en sus *Cartas a una princesa,* donde señala la parte que los descubrimientos newtonianos deben a la casualidad: la famosa manzana que le cayó en la cabeza... historia que el mundo debe a Voltaire.

Hasta aquí, la "alta divulgación". En cuanto a la difusión social por los salones del siglo XVIII, hay que recordar en primer término a cierta dama alemana, hecha Condesa de Darlington por el rey Jorge I, muy odiada en Inglaterra y tan enorme y voluminosa que, según Horace Walpole, se la llamaba "el Elefante del Castillo", la cual hizo mucho por interesar en Newton a las altas clases de Inglaterra y de Hannover. En Génova, hacía otro tanto la amable Clelia Grillo, después Condesa de Borromeo, admirada por Montesquieu, dama poliglota aficionada a los experimentos científicos y creadora de la Academia Clelia de los Vigilantes. En tanto, Mme du Châtelet difundía a Newton en los salones de Francia, y lo mismo la Duquesa d'Aiguillon, no suficientemente estudiada y cuya influencia cada día parece mayor en la sociedad culta de su época, sobre todo en París y en el sudoeste de Francia (región bordelesa).

El entusiasmo de estas cuatro damas por las teorías de Newton provocó naturalmente algunos epigramas por parte de aquellos que miran con ojeriza las preocupaciones intelectuales de las mujeres.

En cuanto a la penetración de Newton en el mundo de la poesía, tenemos por ahí unas notas sueltas sobre poetas más o menos conocidos. Entre ellos, el Cardenal de Polignac en su *Anti-Lucrecio,* el francés Thomas en su *Oda sobre el Tiempo,* a quien Lamartine pidió prestada la frase sobre "el océano de las edades", y hasta la oda *A la verdad* de Meléndez Valdés:

Y el gran Newton, subido
a la mansión lumbrosa,
cual genio alado tras los astros vuela.

Pero en todos estos fragmentos la intención cuenta más que la realización, y su valor es relativo. Al fin y a la postre, "todo es relativo". (Menos lo Absoluto, ya se entiende.)

Marzo de 1956.

114. LA LIBRERÍA DE GIDE

POR los años de 1925 y 1926 me tocó presenciar en París la subasta de dos notables "librerías" privadas. (Tomé de Burguillos —es decir, Lope— llama aún "librería" a lo que hoy decimos "biblioteca"): una, la de André Gide, otra, la de Mlle Adrienne Monnier. De André Gide se dijo que vendía los libros de todos aquellos con quienes había reñido tras la publicación de ese alegato heterodoxo llamado *Corydon* (reminiscencia de una égloga virgiliana: *Formosum pastor Corydon ardevat Alexin).* Y ya él se las arregló, en todo caso, para que, entre los importantes precios alcanzados por algunos otros volúmenes de su colección, el *Anti-Corydon* —libro consagrado a refutarlo— resultara apreciado solamente en unos cincuenta céntimos de entonces.

Tal era la fábula. Lo cierto es que Gide vendió sus libros para juntar algún dinero en vísperas de su viaje al Continente africano. ¡Los libros son tan fáciles de obtener en París! ¿Qué más da tenerlos en casa o en las bibliotecas circulantes? Y luego, como confiesa Gide, puede ser más agradable leer a los clásicos en ediciones universitarias o populares, baratas, que no en ediciones de lujo. Acaso sea el punto de vista más pura y exclusivamente literario, sin mezcla de "bibliofilia", espíritu de coleccionista, preocupaciones de decorador de interiores, perfumista, *snob* o *amateur.* Además, llega un día en que se lee menos, se relee más, y en que la lectura es mero pretexto o estímulo para espolear a la propia musa. Y por último, dice Gide (cuyas ideas he tratado de resumir): "los bienes no me interesan". Los bienes, a juzgar por las anécdotas bien conocidas sobre su avaricia, le interesaban mucho menos que el dinero con que se pagan. Ello es que ha vendido sus libros.

No han faltado amenidades y chascarrillos en torno al caso. Tal autor, cuyo nombre olvido, asegura que le envió su último libro con una dedicatoria en que decía: "A André Gide,

para aumentar su venta." A lo que Gide contestó con un libro suyo y esta otra dedicatoria: "A... Fulano, con la estimación —hasta donde ello es posible— de André Gide."

La subasta, como suele decirse, produjo "un buen pico". Yo vi la colección acompañado del poeta Jules Supervielle, en la Librería Champion, donde estuvo expuesta unos días antes de pasar a la "venta al martillo" del Hôtel Drouot. La damita de la librería nos instaló cómodamente en sendos sillones, frente a una mesa. Y nos sumergimos un par de horas en esa delicia de las ediciones originales dedicadas por los autores. Con frecuencia, entre las páginas de los libros, encontrábamos cartas autógrafas. Gide conservaba hasta los sobres y había calculado minuciosamente el valor comercial de todo elemento que pudiera enriquecer sus volúmenes. Había páginas inéditas de Paul Valéry, que aún usaba un doble nombre, no sé ya cuál. Había muchas cartas de Pierre Louÿs, notables por el esfuerzo para convertir la apariencia de los caracteres latinos en un remedo de letras griegas, así como en Juan Ramón Jiménez se aprecia un esfuerzo por convertirlos en letras árabes. Pero algo había que nos desazonaba, y poco a poco nos dimos cuenta: las cartas de Pierre Louÿs mostraban unas pecaminosas manchitas y todavía daban cierto aroma... Pierre Louÿs perfumaba sus cartas.

Ah! Corydon, Corydon quae te dementia cepit!

Quédese para otro día la biblioteca de Adrienne Monnier. Su reciente fallecimiento, que un grupo de amigos hemos llorado en el último número de *Mercure de France* (enero de 1956) nos obliga a suspender un lazo negro a la puerta de su morada, en la inolvidable casita de los libros, calle del Odéon.

Marzo de 1956.

115. LA LIBRERÍA DE ADRIENNE MONNIER

EN MAYO de 1926, sin duda alentada por el ejemplo de André Gide, Mlle Adrienne Monnier se decidió también a vender su biblioteca privada. La venta ocupó dos días: el 14 y el 15. Yo asistí al Hôtel Drouot la primera tarde. La segunda, mi esposa me trajo, entre otras cosas allí adquiridas, los poemas de Poe traducidos por Mallarmé, lindo volumen todavía intonso de la edición original.

Mlle Monnier quiso, con esta venta, resarcirse de las pérdidas que le ocasionó la publicación de su revista *Le Navire d'Argent,* donde todavía pude embarcarme en el número final (febrero-marzo de 1926), con mi poema *Tropique (Golfo de México)* traducción francesa de Marcelle Auclair y Jean Prevost.

Mlle Monnier, por lo demás, contaba con su biblioteca circulante *(La Maison des Amis des Livres,* calle del Odéon) y allí disponía realmente de cuantos libros podía necesitar. Esta casa era uno de los últimos salones literarios de Francia. Allí era posible encontrarse con Valéry, con Prevost, con Marcelle Auclair, con Léon-Paul Fargue o con Valery Larbaud, etc., y con los escritores venidos de Madrid o de Hispanoamérica: Díez-Canedo, Ors, Marichalar, los García Calderón y otros. No puede expresarse mejor el propósito de la venta que como ella misma lo hizo, con aquella precisión intelectual, entre voluptuosa y siglo XVIII, que le era característica, tan diferente de las sentimentalidades algo hipócritas de André Gide. En *Les Nouvelles Littéraires* (París, 15 de mayo, 1926) —página que Adrienne olvidó recoger en sus *Gacetas*— dice así, contestando a las preguntas de Charensol:

—Evidentemente, yo hubiera podido encontrar dinero para cubrir mis deudas y continuar la publicación de mi revista, pero temo que mi amor a la libertad no me hubiera permitido ese sacri-

ficio que significa el pedir socorro, y me he resuelto a separarme de mis libros para mejor salvaguardar mi absoluta independencia. Sin embargo, mis libros son lo que yo más quiero en el mundo, y nunca los he querido más que ahora. Pero ojalá todos me comprendan: precisamente por consideración para los escritores de quienes he deseado ayuda, les he pedido que me permitan vender sus obras. ¿Qué mejor testimonio puedo dar de mi consideración hacia mis amigos que el rogarles que me ayuden en esta forma a salir de apuros?

Por eso me he resuelto a esta venta. ¿Acaso cabe el menor escrúpulo en pedir ayuda a nuestra familia? En cuanto les comuniqué mi proyecto, todos mis amigos, no limitándose a aprobarme, me han ofrecido nuevas obras con dedicatoria. Paul Valéry, por ejemplo, me ha obsequiado un libro precioso especialmente destinado a esta venta, y Jacques de Lacretelle acaba de escribirme manifestándome su alegría de que sus libros figuren en ella. Aquí aparecen todos mis autores predilectos, salvo, creo, Roger Martin du Gard, cuya ausencia lamento mucho.

Y como Charensol le preguntase si no hubiera convenido que ella expusiera estas reflexiones en un prólogo al catálogo, contestó:

Ya había yo pensado en ello. No lo hice al fin, para ver qué decía la gente, para observar las reacciones del público ante esta venta, de que la prensa comienza ya a traerme algunos ecos muy curiosos. A este propósito, mucho agradeceré a usted haga saber en mi nombre que las obras comprendidas en la subasta no me han sido otorgadas "benévolamente": todas las ediciones de lujo y las ediciones originales las he comprado yo misma, y de los libros que me han sido obsequiados sólo me desprendo con permiso expreso de los autores. Por lo demás creo que estas ventas no carecen de utilidad: sirven de filtro y ayudan a fijar los valores. . .

Creo que los resultados me permitirán cubrir mis pérdidas; tal vez hasta me sea dable continuar el esfuerzo que supone la publicación de *Le Navire d'Argent*, aunque bajo otra forma. Yo quisiera hacer una revista diferente de las demás, tal vez más profesional y, en todo caso, limitada. Lo que importa es hacer obra perdurable. Finalmente, mi venta mostrará que el éxito dista de ser fácil y que, en el porvenir, vale la pena de que se me ayude más y mejor. . .

Pero Adrienne no continuó ya la revista, aunque su casa de libros siguió abierta durante todos estos años terribles.

A fines de 1955, la buena hada de los libros cerró los ojos. El *Mercure de France* enero, 1956, reúne el testimonio luctuoso de cuantos tuvimos el privilegio de frecuentarla, de admirarla y quererla.

Marzo de 1956.

116. UN GONGORINO EN MADAGASCAR

En junio de 1930, hallándome en Río de Janeiro, comencé a publicar mi Correo Literario, *Monterrey,* que cuenta sólo catorce números y, en 1936, había de trasladarse conmigo a la capital de la Argentina. Yo lo distribuía gratuita y profusamente, y ello me servía como una carta circular para mantenerme en contacto con mis amigos y con los escritores de todo el mundo. No sé por qué inesperados caminos —tal vez por los ecos de las revistas francesas— llegó hasta Madagascar la noticia de mi Correo Literario, que por lo demás circuló mucho entre la gente de letras. El caso es que un día recibí una carta en francés (Tananarive, 21 de mayo de 1932, membrete de *La Tribune de Madagascar et Dépendances)* de un joven escritor malgache, Jean-Joseph Rabearivelo, en que éste pedía el servicio regular de mi *Monterrey.* Se lo envié al instante, y también algunos de mis folletos últimos *(La Saeta, Horas de Burgos).* Mi imagen de Madagascar se reduce casi a mi recuerdo de Rabearivelo; a lo que de Madagascar he leído en el precioso volumen de André Maurois sobre Lyautey, y al nombre de Noël Martin-Deslias, autor de un sólido ensayo sobre Marcel Proust y otro no menos recomendable sobre Jules Romains y que fue, hasta octubre de 1950, profesor de filosofía en Tananarive, de donde luego ha sido transferido a un Liceo de Tolosa.

El 27 de noviembre de 1932, Rabearivelo me escribía declarándome su afición a la lengua española, y se autorizaba graciosamente en un pasaje de las *Memorias* de Casanova para confesarme su absoluta imposibilidad o impotencia ante nuestros tres fonemas heroicos: la *g* fuerte, la *j* y la *ch.* Pensaba emprender algún día un viaje a España. Me aseguraba que su malgache nativo —el hova— no dejaba de ofrecer semejanzas "musicales" con el castellano, pues poseía sus "agudos, llanos y esdrújulos" y también las construciones de verbos con pronombres enclíticos; todo lo cual se proponía

explicarlo detenidamente en una disertación que leería ante sus colegas en la Academia de Madagascar.

Mantenía relaciones con hispanistas de todo el mundo, como con Lucien-Paul Thomas, el gran gongorista de Bruselas. Por él sabía de mis trabajos sobre el "Cisne Cordobés" y deseaba conocerlos. También quería leer mis versos, sobre los cuales le había escrito desde París la poetisa Mathilde Pomès, que habla el español corrientemente. En París —me decía con complacencia— acababa de crearse un comité de amigos que se proponía publicar algunos libros de Rabearivelo en francés: *Vendanges,* poemas precedidos de unas estancias inéditas de Fernand Mazade; *Hantsana ao Anaty,* transcripciones de Valéry al hova; y *Traduit la Nuit,* versiones francesas de sus poemas en lengua hova. Por último, me rogaba que lo relacionara con Ventura García Calderón (estaba al tanto de cuanto acontecía en la vida literaria) quien, en efecto, se hallaba desde hacía poco en Río de Janeiro como Embajador del Perú.

Al año siguiente, el 15 de marzo de 1933, agradece mi fotografía y me envía la suya con esta dedicatoria en español aproximado: "Para el poeta y amigo Alfonso Reyes, esta fotografía de gran enfermo." Me anuncia que pasará su convalecencia en el campo (a procura de las "soledades" gongorinas), que ha estado muy grave, que por poco pierde a su hija menor —de dos años— y que la lucha para disputársela a la muerte ha sido terrible. Después comenta mi *Tren de ondas,* mis menciones de Mallarmé; me habla de su veneración para este poeta cuyo *Coup de dés,* sin embargo, le parece un fracaso, "una nariz fea en un rostro hermoso", según lo ha manifestado con cierta vivacidad ("único recurso de la independencia", dice sentimentalmente) en su libro *Enfants d'Orphée.* Siente que entre él y yo van creciendo las armonías y las afinidades...

> Pero ya tengo prisa —añade— de volver a mi terruño, a mis espléndidas arboledas. Ya tengo prisa de hallarme entre los míos, y sobre todo entre mis muertos, junto a las piedras silenciosas donde duerme todo el pasado de mi raza... Las suaves brisas de la aurora, esta mañana, me han traído de allá unos mensajes frescos, tan dulces, tan secretos, tan libres... En mi tierra los pájaros cantan constantemente y hay yerbas del tamaño del hombre, agua

que fluye y, en el reflejo de sus cristales, parece sin embargo inmovilizarse... Algo como una presencia ausente o como una ausencia que se niega. Allá podré dar término a mis *Guijarros*, pequeña colección de unos sesenta poemas en verso libre francés, de que le acompaño a usted las primeras páginas manuscritas. Véalas: es un canto desencantado, grave de hambre y sed de vida. De hecho, comienzo por evocar a Góngora, cuyo nombre nos es caro a los dos. En Tananarive publicaré dentro de poco mis *Presque-Songes*, transcritos del hova (programa editorial anexo). También en el reposo y la soledad, espero pulir mis *Ventanas* ("quebrados de música sorda"), que pienso dedicarle a usted.

Y luego me pide otros libros míos y me anuncia que ya encargó a un amigo madrileño mis *Cuestiones gongorinas* (de que yo no poseía ejemplares) y que ya me manda por correo ordinario sus *Sylves*, de 1927.

Su hijo Noro nació el 8 de mayo de 1933. El 25 del propio mes y año, tras otra penosa enfermedad, me escribe unas rápidas líneas para anunciarme algunos libros y me asegura que está a punto de terminar una traducción rítmica, al hova, de las *Soledades* de Góngora. No lo creí, realmente.

Y aquí acaba la correspondencia. Pero hay más. El 22 de agosto de 1937, cuando ya vivía yo en Buenos Aires, me escribió, desde París, Henri Mariol, acompañando a su carta un recorte de *Le Midi Colonial* (19 del mismo mes). En este recorte aparece un artículo de "Mirador" (Mariol), *Propos d'un Colonial: La Mort du Cygne,* donde se transcribe una carta de Rabearivelo que le fue enviada desde Tananarive el 22 de junio de 1937 y que dice así:

Mi muy querido amigo: Me voy de aquí voluntariamente, deliberadamente; paso al otro lado del telón. Ya no veo claro en esta tierra mezquina. Adiós, mi muy querido amigo, y queme usted de cuando en cuando un granito de incienso sobre la tumba de su *J.-J. Rabearivelo.*

Mariol, a su vez, me decía en su esquela:

La carta que publico traía una postdata en que me encargaba que comunicase a usted su desaparición voluntaria. Cumplo, pues, su encargo y no sé nada sobre las circunstancias de su muerte.

Once años más tarde, me llega a México una carta en francés de S. Rabearivelo, hijo mayor del poeta (Tananarive,

21 de agosto de 1948), en que recuerda la amistad que me unió a su padre y me hace saber que en 1937 estaba para publicarse en Río de Janeiro un libro de éste, traducido al español y con ilustraciones de Concha Olivares, libro que había de llamarse *Vientos de la mañana.* ¿Podríamos dar con ese libro? Los datos eran insuficientes. Mis pesquisas resultaban vanas. El joven Rabearivelo me escribe nuevamente el 24 de septiembre de 1948. No puede darme mayores informes:

> Todos los papeles de mi padre están actualmente en manos de una persona complicada en el proceso de la rebelión y que se halla prisionera, por lo que no puedo acercármele.

Continué mis buscas. Alguien me remitió a una casa editorial de México, asegurándome que aquí habían venido a parar los originales del *Cisne negro.* Todo inútil. El mismo hijo del poeta (29 de octubre de 1948) reconoce que era ya sumamente extraño el que un libro en español hubiera de publicarse en el Brasil, país donde, además, su padre sólo mantuvo correspondencia conmigo.

Me quedan del pobre poeta Rabearivelo los tomos de versos *Sylves* (1927), *Volumes* (1928); los tres primeros fragmentos de *Galets (Guijarros),* manuscritos; además, una hoja del periódico *Fandrosoam-Baovao* (Tananarive, 14 de septiembre de 1932), donde Rabearivelo publica un breve comentario de Góngora, cuya finura y tino pude apreciar en una traducción francesa adjunta, y donde compara a Góngora con el italiano Marino y los franceses Maurice Scève y Mallarmé. Al comentario —preciosa singularidad— acompaña la traducción en hova de tres sonetos de Góngora: "Descaminado, enfermo, peregrino", "Tras la bermeja aurora, el sol dorado" e "Ilustre y hermosísima María". De lo que di cuenta en *Monterrey* (Nº 10, Río, marzo de 1933, pág. 4).

Me quedan, además, tres fotos de Rabearivelo: la del "gran enfermo" (muy oscura), y una espléndida cabeza en plumero y un grupo familiar. Estas líneas sean mi granito de incienso quemado en memoria suya.

Marzo de 1956.

117. VERSOS UNGULARES

PARA pensar y para hablar hay que generalizar y abstraer. Pero ya sabemos que toda generalización, toda abstracción, se dejan fuera o ponen provisionalmente en olvido muchas especies de la realidad. No sigamos por aquí: pronto llegaríamos a la triste consecuencia de que aun para conocer es fuerza comenzar por desconocer un poco, lo que quita seriedad al mundo, a este mundo en que soñamos vivir. Y este peligroso proemio no tenía más fin que pedir excusas por la aventurada generalización que vamos a permitirnos. La arriesgamos con timidez y reservas, a sabiendas de que no cubre todos los aspectos de la verdad. Hela aquí:

Grecia gobernó las artes literarias por el oído; entendió la poesía, y aun la historia hasta cierto punto, como una función auditiva. El ideal llegó a su cumbre en los discursos ateniense de Isócrates, cuyos primores acústicos aun contaminaron al Platón de los últimos Diálogos, quien huía ya sistemáticamente del "hiato" como se huye de un error. En cambio, el Oriente manifiesta cierta tendencia a ver las artes literarias como una función de los ojos. El ideal cristaliza en las *slokas* o "poemas suspendidos" de los hindús, que se admiran como una pintura colgada al muro. El *haikai* japonés, tan conocido ya entre nosotros, parece poesía de abanico y se presta a serlo.

Por supuesto que también el Occidente se ha dejado contaminar por esta tendencia. De cuando en cuando se ha dado en escribir poemas en figura de copa, de pájaro o flor, cuyas excelencias quedan confiadas más al tipógrafo que al poeta. ¿Y los "caligramas" que en nuestros días puso a la moda Apollinaire? ¿Y las inscripciones poéticas de Mallarmé en casa de Méry Laurent, extremo de epigrafía doméstica? Detengámonos, los ejemplos abundan.

Seguramente que el caso más exacerbado lo representa la reciente y fina ocurrencia de Ahmed Rassen, gran poeta egip-

cio. Imagina éste que cierto curioso amigo suyo, un tal Oustaz Alí, le dijo un día más o menos:

—Todo poema que va más allá de los tres versos ya no es un poema: es una novela. Si basta con la palabra justa ¿para qué añadir más? Pierda su oficio la retórica, demos la poesía como en un pellizco de rapé. Las "preciosas" de China se hacían pintar en las uñas unos paisajes en miniatura. Pues bien, yo propongo poemas para las uñas: una o dos palabras por dedo, y el conjunto será un poema, un poema suficiente en sí mismo. No hace falta más. Por ejemplo: una vez, en un jardín público, vi un árbol que el viento huracanado había tendido por el suelo. Del tronco, ya agonizante, brotaba todavía uno que otro retoño. Dos niñas jugaban por ahí. Al contemplarlas, mis pensamientos se detienen. Eran las criaturas de una mujer amada que hace años me arrebató el destino. Eran hijas de otro. Entonces sentí que también había retoños en mi corazón, aunque muerto o moribundo como el tronco abatido. Y al volver a casa escribí este poema que compendia todo lo anterior: "¡Corazón mío!"

Y nosotros, acá desde el otro lado del mundo, sonreímos al imaginado Oustaz Alí y no podemos menos de contestarle:

—Señor manicuro de la poesía: también hubo en España un cierto Juan Pérez Zúñiga, a quien nadie ha tomado en serio (como que era un bromista), el cual pudo resumir así cuanto se nos cuenta en *La Divina Comedia:* "Madreselvas y padreselvos. . ."

Abril de 1956.

118. DIVAGACIÓN SOBRE EL SER Y EL EXISTIR

TODOS hemos tropezado con algún caso de "fabulación *a posteriori*", como dicen los entendidos: ese falseo, leve o burdo, ese toquecillo para solicitar la realidad con que el hombre, al contemplar sus años pasados, procura dar justificación, o mejor, coherencia y sentido a los acontecimientos de su vida y de su conducta. Y nos aseguran que Napoleón no hizo otra cosa en Santa Elena.

Pero en este intento retrospectivo puede no haber verdadero falseo ni fraude, consciente ni inconsciente; puede muy bien suceder que, real y verdaderamente, quien vuelve los ojos al espectáculo de su vida anterior vea que los hechos se alinean y ordenan como en una perspectiva moral digna de aprobación o de justificación siquiera; de suerte que, desde el remanso del sábado, halle que su obra está bien hecha, acepte los actos de sus días anteriores y los considere como un encaminamiento lógico y necesario hacia la meta a que se considera llegado.

Así pensaba yo aquella tarde, escuchando al viejo amigo Patronio relatar, en rueda de contertulios, las cosas y los acasos de su ayer. Yo conocí al viejo amigo Patronio por allá en el sur, cuando todavía éramos jóvenes. Yo presencié y vi muy de cerca muchos de los acontecimientos que él contaba; pero yo los recordaba todos como en desorden, como perlas sin sarta; y ahora, según él los refería, me parecía como que se iban tomando de la mano y formaban una cadena de necesidades y propósitos, gobernados por la voluntad del narrador. Se diría que una secreta consigna había ido suscitando y convocando cada uno de aquellos actos para que cayera en su justo sitio. La vida de mi viejo amigo Patronio, por él relatada ahora que ya peinaba canas y sabía contemplar con ecuanimidad y humorismo los episodios de la jornada, asu-

mía la unidad de un poema bien construido. Y sin embargo yo no hubiera sido capaz de descubrir un solo embuste, ni un solo disimulo de la verdad en lo que Patronio nos contaba.

Entonces, me dije, aunque yo poseía los datos, me faltaba el sistema, la organización que los hiciera expresivos y que sólo podía ser efecto de una "confesión de parte", de una declaración de propósitos por parte del mismo autor de aquella vida.

¿Del mismo autor de aquella vida? Me quedé sorprendido al considerar esta frase que se había modelado sola en el interior de mi mente. Así pues, me dije —pidiendo provisionalmente prestados los instrumentos de mi meditación a ciertas filosofías contemporáneas—, así pues el hombre se hace, se edifica a sí propio a golpes de acción y de conducta; más que un ser, es un existir, y más que una esencia es una historia. Y como somos lo que hacemos, y como llegamos a ser el producto de lo que hemos hecho, al recorrer en la vejez el panorama de nuestra existencia fácilmente desciframos, para nosotros mismos y para quien quiera escucharnos, la razón de cada hito y acaecimiento. Lo que hicimos ha sido la causa de lo que somos. Luego este hombre que yo soy ahora está —de cierta manera expresa o tácita— en el secreto de cuanto lo ha determinado, y ha visto correr y tejerse los hilos con que se ha urdido su trama, la trama que él llama su ser.

No que el ser, existente antes de su existencia, haya dejado caer sus normas y haya ido dictando sus actos como una causa dicta efectos. Sino, al revés, que el ser es un efecto múltiple, y los actos precedentes fueron las causas. No nos sorprende, pues, que este acto sea capaz de desentrañar y explicar todas las causas que han venido determinándolo.

Y así, mientras mi viejo amigo Patronio, aquella tarde relataba, en rueda de contertulios, las cosas y los acasos de su ayer, yo aprobaba con leves inclinaciones de cabeza; yo confirmaba, yo me sentía arrastrado por un viento de necesidad que hoy, pedantescamente, me atrevo a llamar "existencial".

—¿No es verdad? —concluyó dirigiéndose a mí—. Usted lo vio y lo presenció todo.

—Es verdad —repuse—. Sólo que ni yo ni usted mismo, lo sospecho, sabíamos bien entonces lo que significaba todo eso. Ahora que ya giró la rueda, desde la perspectiva del tiempo, todo ello ha cobrado sentido como una película fotográfica que revela al fin su contenido secreto.

Abril de 1956.

119. METAFÍSICA DE LA COCINERA

ALGUNA vez he escrito: "La persona es una unidad algo movediza, y como el mismo *metro-patrón,* necesita rectificarse periódicamente comparándose consigo misma." Me refería yo a la conveniencia de bañarse de cuando en cuando en el agua lustral de las propias recordaciones, y aun aludía a esas curaciones "psicoanalíticas", las cuales se reducen a permitir que el paciente expulse alguna memoria monstruosa: eso que se le había olvidado y atascado en la subconsciencia, a manera de peso muerto y de sustancia nociva. Y me preguntaba yo, en suma, si el objeto inmediato de nuestra existencia no sería, simple y sencillamente, ir creando un pozo de recuerdos, un tesoro de figuras, imágenes, palabras y espectros de acciones acumulados por la experiencia, por las "vivencias" anteriores, como ahora decimos. ¿A qué fin almacenar esta miel, para qué futuras elaboraciones en este o en el otro mundo? Detengámonos respetuosamente ante los misterios que superan nuestras escasas luces.

Pero sea de ello lo que fuere, esta teoría del apurarse y acendrarse mediante la metódica inmersión en sí mismo, ¿no es práctica común y corriente de los viticultores, que suelen rociar los jugos cosechados cada año con alguna buena reserva de los jugos cosechados en las estaciones pasadas? Así se van concentrando el carácter y el tono de cada vino, que acaba por ser más de lo que es.

Eso me ha asegurado, al menos, allá en mis días de España, uno que pudo alabarse como Sancho Panza de poseer "un instinto tan grande y tan natural en esto de conocer vinos", que al olerlos solamente, acertaba "la patria, el linaje, el sabor y la dura, y las vueltas que ha de dar, con todas las circunstancias al vino atañederas". Y cuando entré a España, precisamente, bajando de Francia, a poco de comenzada la guerra de 1914, pude disfrutar en San Sebastián de un caldo casero como nunca más lo he probado, por la suavidad de su

gusto y por ese resplandor de sabores que hacen ya indiscernibles los simples de que se hizo el compuesto. La cocinera, celosa como todas, al fin dejó escapar su secreto, que era de lo más elemental: del caldo de cada día guardaba siempre una tacita, y luego la volcaba en el caldo del día siguiente, con lo que lograba ese portento: el ir dando mayor cuerpo de realidad a la sazón diaria.

Y si, como lo pretenden hoy los graves y tristes filósofos de la angustia, esto de existir no es más que un esperarse y agrumarse de la nada sobre la cual flotamos (pues ¿no se hizo la Creación *ex nihilo?)*, entonces somos y existimos más real o verdaderamente, o más espesamos y agrumamos esa capa que nos mantiene a flote sobre el magma de la nada profunda, conforme mayor es nuestra zambullida en nosotros mismos, o nuestro bautismo diario en los recuerdos que hemos venido acumulando. Esto aprendí de la cocinera de San Sebastián y a esto podemos llamarle la metafísica de la cocinera.

Marzo de 1956.

120. LOS CARPINTEROS CANTORES

¿No me habéis oído referir el caso de la niña que cantaba el himno nacional, pero cambiándole la letra y la música? Pues es raro, porque soy muy dado a repetirlo. Y es que me parece un buen ejemplo de ciertas quimeras humanas que, con ser quimeras, producen efectos apreciables. Hay quien considere igualmente que ciertos músicos hacen canciones nacionales tomando sus motivos y sus palabras en los acervos del folklore, pero cambiándoles un poquillo la letra y la música, para que no se diga que simplemente se apropian lo que ya es atmósfera, que sería difícil apropiárselo, o acaso para que nadie suponga que ese ente anónimo a quien todos llaman el pueblo, y a quien con frecuencia atribuimos gratuitamente cuanto nos da la gana atribuirle, tiene derecho por sí y ante sí a erigirse en autoridad lírica.

Y no de otra suerte, antes cambiando tan sólo la letra y la música, proceden muchas veces ciertas influencias literarias, que pueden ser tan fecundas como lo fue la influencia de la poesía francesa "siglo XIX" en nuestro llamado Modernismo.

¿Ni qué duda cabe, además, de que por iguales caminos adelantan muchas invenciones? El inventor, de cierta manera sonambúlica o inconsciente, comienza dejándose llevar, como de un estímulo o provocación, por el recuerdo de algo que ya existe y ya conoce; lo busca, lo evoca, lo altera poco a poco en la evocación, y acaba por darnos algún nuevo fruto de su ingenio que ya es una verdadera novedad.

La diferencia entre todos estos casos de invención provocada y el caso de la niña que yo me sé consiste en que la niña, al revés de lo que acontece generalmente, no reclamaba el derecho de autor, sino que, al contrario, confesaba —exagerándola— su sumisión al modelo ajeno; más aún, pretendía cantar el mismísimo himno nacional, cuando era otra cosa lo que cantaba.

Pero ¡qué manía la de divagar, y cómo nos lleva y nos

arrastra lejos del punto de partida! Yo también doy otro ejemplo más de lo que pretendo descubrir y describir en la niña cantora, en los músicos folklóricos, en los poetas modernistas... Yo me escapé de mi asunto antes de empezar a contarlo, y me he ido por los cerros de Úbeda, cabalgando en mis divagaciones, cuando solamente me proponía referiros esta vez el caso de los carpinteros cubanos (¿se da todavía, o es cosa de otra época?), que se han hecho célebres por su pericia para "florear" las canciones. Es decir que, mientras trabajan, entonan una canción cualquiera y, llevados de su buen instinto, ayudados de su práctica, apoyados en los ritmos del movimiento a que los sujeta su oficio (cepillo, martillo, sierra, etc.), van introduciendo variaciones —"floreos"— en la tonada original, de suerte que improvisan música y lanzan chorros musicales a un lado y a otro con desperdiciada generosidad.

Quien pretendiera almacenar y poner a contribución esa energía artística —como el que almacena y aprovecha, digamos, la energía de los rayos solares—, tal vez echaría a perder el encanto, la espontaneidad de los "floreos". Pasaría entonces con los carpinteros cantores lo que pasa con esos juglares de la guitarra, a quien un mal aconsejado, admirado de su genio espontáneo y queriéndolo poner a contribución y también ponerlo a buen recaudo, se empeña en enseñarles la teoría de la música y los secretos de la escritura musical... ¡y acaba por esterilizarlos! De modo que —para usar la frase cervantina— nunca aciertan ya en adelante "a poner bien los dedos". Pero quien, de alguna manera secreta y disimulada, y sin que ellos se percatasen, instalara un aparato grabador en los talleres de los carpinteros cantores ¡qué tesoros no recogería, qué arenas de oro, a diario desperdiciadas y arrastradas en el fluir de estos ignorados Pactolos! Esto, suponiendo que aún axistan los tales carpinteros cantores; esto, suponiendo que los tales "floreos" sean una verdad comprobada; esto, suponiendo, amigos míos, que no lo haya yo inventado todo en un rato de distracción, pretendiendo ajustarme a una realidad, pero cambiándole —como la niña que yo me sé— la letra y la música.

Marzo de 1956.

121. LOS NUEVOS "CARACTERES"

TEOFRASTO, buen botánico, clasificaba a los hombres, como Linneo más tarde había de clasificar las plantas. Y así, Teofrasto y sus imitadores modernos —La Bruyère entre otros, para sólo mencionar al más conocido en Francia, o en Inglaterra, Hall, Overbury, Eearle— nos han dejado esas galerías de "caracteres" que también son como repertorios de la sátira social y del drama (ya comedia o tragedia), y que por otra parte hacen pensar en los museos de cera: el avaro, el pedigüeño, el litigante, el supersticioso, el celoso... Instantáneas fotográficas que sorprenden el gesto humano, lo atajan un instante y lo coagulan o inmovilizan para siempre: insectos de antaño —acaso ya desaparecidos— que se han quedado presos en la gota de ámbar, sorprendidos en el flagrante delito de su existir. Por lo demás, sólo así se entienden las cosas. Pues, como se dice en *La Guerra y la Paz* (mucho antes que en los libros de Henri Bergson): "Para la mente humana, la continuidad absoluta de la moción es inconcebible. Las leyes del movimiento, cualquiera que éste sea, sólo se dejan entender cuando examinamos unidades del movimiento, arbitrariamente seleccionadas." Pero al mismo tiempo —añade cuerdamente Tolstoi— "esta arbitraria división del continuo en instantes discontinuos es el origen de numerosos errores". Como fuere, en el continuo de la conducta, los "caracteres" vienen a ser estos instantes, más o menos arbitrariamente escogidos y aun exagerados, para que mejor apreciemos sus perfiles y aspectos.

Pero cambian las épocas o, como decía el chusco personaje de la zarzuela:

> *cambean* las circunstancias
> los tiempos también *cambean.*

Y nuevos caracteres van apareciendo día a día, que no alcanzaron a conocer los clásicos del género. No creamos que el

"nuevo rico", por llamarse así, es novedad. Ya lo encontramos en la decadencia latina, donde vemos que los *novi hominis* no sabían usar de su riqueza sin ofensa de la dignidad ajena o propia, como el "Trimalción" pintado por Petronio. (De paso, encuentro un feliz compendio del "nuevo rico" en el cuento del que compra dos Steinway, porque le parece humillante que sus hijas toquen una pieza "a cuatro manos".) El "buscón", pintado por Quevedo; el "pícaro" de la novela española tradicional (que evoluciona y se vuelve "la pícara" con la *Teresa de Manzanares*, "la niña de los embustes", de Castillo Solórzano, al modo como "el Robinsón" se vuelve "la Robinsona" con la *Susana y el Pacífico* de Jean Giraudoux) son, aunque sobre el común denominador de la naturaleza humana, nuevos "caracteres" para nuestro museo de cera.

En Inglaterra, donde la corriente de los "caracteres" comienza naturalmente con la edición y versión teofrastiana de Isaac Casaubon (1592), las guerras civiles ponen término a la primera etapa (1642). Tras este medio siglo, el arte de los caracteres se agria y aceda en el uso de la controversia política, y ya es un nuevo género de caracteres el que ha de venir después, con los "panfletistas", historiadores y periodistas, Butler y Dryden, Addison, Johnson el de los "clubables", Thackeray el de los "snobs".

Y más nuevos todavía lo son esos tipos creados por las sociedades de nuestros días: "el futurista" de la política; "el facilitón" (que así llamaban en el Ministerio de Estado, allá cuando yo era Encargado de Negocios de México en España, a esos diplomáticos hispanoamericanos que prometen arreglar con buenas palabras todos los conflictos internacionales); el "gorrón" que se invita donde nadie lo llama o se cuela gratis en los espectáculos, y a quien los brasileños llaman "penetra"; el de "una vela a Dios y otra al Diablo" (que hoy dicen: "Washington y Moscú"; o a la inversa, según las preferencias del que habla); "el que siempre baila con la más fea", o se arrima al peor candidato... "¡Y tantas y tantas otras cosas como yo sé!", conforme acababa todas sus enumeraciones el Profesor Villada, en mis días de la Preparatoria.

Marzo de 1956.

122. ...Y LAS VERAS EN BURLAS

EVIDENTEMENTE que el humorismo no es cosa de ayer por la mañana. "Es más viejo que *préstame un ochavo*", diría Quevedo. Pero lo que ya tiene novedad es esto de dar al humorismo una categoría respetable. Por lo cual me dejé decir cierta vez que gran parte de la estética contemporánea, para las artes como para las letras, consiste en tomar por lo serio las humoradas (*Marginalia*, segunda serie, pág. 183). Pero todavía pude añadir que el pedir al humorismo una explicación filosófica de la existencia parece ser una postura determinada por el auge de las filosofías "anti-intelectualistas", las que no se conforman ya con los recursos y los útiles de la razón; las que insisten en que la razón no es más que un pequeño coágulo transportado por la corriente de la sinrazón. Porque he aquí que hemos llegado al trance de repetir con Feliciano de Silva (consúltese el *Quijote*): "La razón de la sinrazón que a mi razón se hace...", etc. Tal es, en efecto, una de las condiciones que distinguen al siglo XX del siglo anterior. Y hoy sí que hemos llegado al "elogio de la locura", y no en el sentido que decía el cuerdo Erasmo (*Moriae Encomium* es una mera sátira contra los teólogos y los dignatarios de la Iglesia), sino en un sentido más profundo. ¡Ay! Cuando aún era cubista Diego Rivera y cuando aún había que romper lanzas por el cubismo, hará cuarenta años, ya gritaba yo pidiendo que se reconociera el derecho a la locura, y me preguntaba, entre desconcertado y burlón: —¿Qué hay, pues, en el fondo de la vida humana, que sólo se deja empuñar por el humorista? —Estamos viviendo, sin remedio, en la época de *las burlas veras*, en lo que Rodrigo Caro llamaría los *Días lúdicros*, y lo mejor que podemos hacer es resignarnos, no tomarlo con demasiada solemnidad. Pero ¿acaso no es también de siempre esta postura? Porque ya Góngora se queja:

Arrímense ya las veras
y celébrense las burlas,
pues da el mundo en niñerías,
al fin como quien caduca.

Pero no, no es eso. No es lo mismo gustar, usar y hasta abusar de las burlas que conceder a las burlas categorías de principios y de explicaciones enigmáticas y misteriosas. Precisamente el mal —o si se prefiere no calificarlo, el rasgo distintivo de nuestros tiempos— está en desvirtuar las burlas, haciéndolas sentarse en un trono que les es ajeno. Porque el bien llamado burladero fue siempre defensa contra el toro de la realidad, pero a nadie se le ocurría antes equivocar el salto al burladero con la verdadera faena de muleta y estoque. Los antiguos decían que los sueños engañosos entraban por unas puertas de marfil, y los sueños auténticamente augurales (hoy diríamos "premonitorios") por unas humildes puertas de cuerno. Pues he aquí que hemos confundido las puertas o que hoy, en mezcla y confusión, las puertas se han vuelto (en griego para mayor claridad) *keratoelefantinas*, que viene a ser "de marfil córneo" o también de "cuerno marfilino". Y aquí atajo mis divagaciones y, según los cuentos de mi niñez, "entro por una puerta y salgo por otra".

Abril de 1956.

123. EL ANTIPOETA

GRANDE alboroto y tumulto hubo en las zahúrdas de Plutón. Y ello fue que un antiguo huésped —de todo pecaba menos de discreto— la emprendió a golpes y a porradas con un poeta recién llegado de la tierra y a quien se había condenado a arder unos cuantos añitos en el círculo de los insulsos, así como hay el de los rimbombantes, el de los ripiosos, el de los ridículos acaramelados, el de los abstractos absolutos —tan puros que no dicen nada— y otros pecadores de bulto.

Los diablos mayores, a fuerza de lanzadas con las incandescentes horquillas y de latigazos con las colas eléctricas, lograron poco a poco restablecer un remedo de calma.

—Oigamos a los disputantes —dijo Minos. Pues, como el negocio era de poca monta, no pasó a manos de Luzbel, a quien nunca se le veía la cara y que gobernaba en la sombra, sino que fue confiado a este antiguo juez de los vivos, rey que había sido en la tierra, muy camarada de los dioses paganos, y que ahora seguía, en los infiernos, haciendo de juez de los difuntos.

—Hable el quejoso.

—Pues yo —dijo éste, instalándose cómodamente en el perol habitual que vino a servirle de tribuna—, digo, señor Juez, que el poeta recién llegado, éste que aquí tengo delante, me engañó en vida de la más ignominiosa manera y abusó de mi candor juvenil. Cada vez que me acuerdo de la mala pasada que me jugó, siento más fuego en las entrañas que el fuego de este aceite hirviente donde, desde hace años, vivo (o lo que sea) como el pez en el agua.

—¿Qué te hizo, pues, el poeta?

—Señor, yo amanecí al amor de las letras siendo estudiante, allá en mi provincia, gracias a los libros de este poeta. ¡Qué sensibilidad, qué pureza, qué profundidad, qué sencillez! Siempre llevaba yo conmigo sus versos. Les pedía consejo y aliento. Los repetía de memoria, los mostraba a todos

mis compañeros, los quería persuadir con ellos a que vivieran, como yo mismo deseaba vivir, según el espíritu.

—Veo que estás en deuda con el poeta.

—Un momento, por favor, señor Juez, que aún no he acabado. Fui un día a la capital, para continuar allí mi carrera. Realicé uno de mis sueños: conocer al fin al poeta que tanta influencia ejerció en mi vida juvenil. Y. . .

—¿Y. . . ?

—Y me encontré con que me había engañado. Aquel era un hombre vulgar, lleno de alcohol y cuentos soeces, y que ni siquiera tenían gracia o encanto travieso; un hombre que huía de toda conversación en cuanto ella tomara un sesgo de cultura o siquiera de inteligencia; un hombre que parecía rebajarse de propósito como para que le perdonaran el ser poeta; un hombre que halagaba y adulaba casi todas las bajas inclinaciones de su interlocutor, y nada tenía de común con aquel alto y puro consejero de la belleza y la delicadeza espiritual que yo había conocido en sus libros. ¡Qué fraude! ¡Qué engaño! ¡Qué decepción! Desde entonces ya no supe en qué creer ni en quién creer y perdí la brújula. Total, que el poeta era yo, y él era realmente el antipoeta.

—¿Y qué dice a esto el acusado?

Y el poeta, con una sonrisa:

—Pero ¿este pobre señor no sabe todavía que el hombre, en los libros, se supera o procura superarse siempre, dando sólo en ellos lo mejor de sí mismo? ¿No sabe que el arte, la poesía, pueden ser desquite de la vida? ¿No sabe que el poeta, además de labrar sus versos, acaso está labrando algo como una imagen del hombre que soñaba ser? ¿No sabe todavía que. . . ?

—¡Causa sobreseída! —declaró Minos tocando la campanilla y poniendo término a la sesión.

Abril de 1956.

124. LOS SUEÑOS PARADOS

Las fiebres y las febrículas ejercen en mí singulares efectos. No sé si ellos corresponden a la experiencia general. Recuerdo, sí, que algunos me aseguran padecer como yo, durante los accesos térmicos, la fascinación de un objeto, de un dibujo y, sobre todo, la atención dolorosa para uno de esos indecisos contornos del papel pintado con que cubrimos las paredes y que, en el estado normal, ni siquiera llegamos a percibir.

Ya he dicho otra vez que, durante mi infancia, solía yo sufrir fiebrecillas y que casi siempre me provocaban alucinaciones visuales. Esto ha pasado ya.

Lo que, en cambio, sigue siendo para mí una tortura, aun con el más leve resfriado —tres o cuatro décimas sobre mi temperatura habitual—, es lo que, a falta de mejor término, puedo llamar el "sueño parado". En vez de que la pesadilla corra, como suele, en una serie de hechos y cuadros sucesivos, sobreviene una suspensión o pasmo, un *still* en esta cinta cinematográfica; y un solo cuadro, inmóvil, fijo o reiterado, queda a la vista, como si se le hubiera acabado la cuerda al juguete de los embelecos ("noche, fabricadora de embelecos", decía Lope), que todos llevamos en la cabeza. Tengo la sensación de que el sueño congelado dura eternidades. Así es la fatiga que me produce.

Acabo de atravesar el túnel de una *grippe* primaveral, con molestias faríngeas, y naturalmente su tanto de inevitable fiebrecilla. Los cuadros inmóviles de mis sueños, que remito al psicoanalista para que haga con ellos mangas y capirotes, son éstos, que aquí confieso sin rubor. (¡Oh Freud, ridículamente mal informado sobre los antecedentes del arte de Leonardo! Y si lo dudáis, leed la reciente página de Meyer Schapiro en el *Journal of the History of Ideas*, abril de 1956.)

1) Nuestra querida Isabel, la viuda de Pedro Henríquez

Ureña, se acerca con esa su presencia en que hay algo de sueño, y se empeña en obsequiarnos a mi mujer y a mí una fotografía de sus manos; pero ha de ser secretamente y sin que nadie se percate ni lo averigüe.

2) La gran pianista Esperanza Cruz me habla largamente de las cualidades de su esposo, José Vasconcelos.

3) En auto, por las carreteras, adelanto y retrocedo para tomar los ramales que conducen, como en las vías férreas, a las estaciones de las grandes ciudades —a las cuales por lo demás, no llego nunca: ¡el cuento de Lord Dunsany sobre los que iban a Carcasona!

4) Acyr do Nascimento Paes, caro amigo y diplomático brasileño, trabaja conmigo para redactar un tratado entre México y el Brasil. Me incomoda que los plenos poderes estén escritos a lápiz en el reverso de unas hojas de calendario. Mi amigo me ayuda activamente. Ha sacrificado los festejos de Navidad con su familia y su novia para dar término al trabajo, y espera que México lo compense con la condecoración del Águila Azteca. Aquí despierto un instante. Caso rarísimo: como parezco estar seguro de que, en cuanto cierre los ojos, seguiré con el mismo sueño parado, revuelvo, en la corta vigilia, algunos argumentos para explicar a Acyr que es difícil obtener el Águila Azteca por simples méritos burocráticos. No sé lo que vino después.

Todos estos cuadros han tomado algunos elementos de la realidad y del recuerdo, cambiándolos, atenuándolos, exagerándolos o desviándolos. Pero, ¿no se nos dijo ya que estamos hechos con la tela de nuestros sueños? ¿Será que los sueños nacieron de la realidad, o a la inversa?

Abril de 1956.

125. LA CENSURA FLOJA

AL IGUAL de casi todo el mundo, yo conozco a Freud muy por encima. Quisiera saber si Freud llegó a una noción que a veces ronda mis reflexiones. Puede que sí, puede que no.

Convengamos, por economía del discurso, en todo ese voluminoso y triste argumento de la "censura", destinada a guardar las monstruosidades y las lesiones del subconsciente, censura que el psiquiatra acierta a abrir con su llave mágica, para que el yo profundo vomite lo que se había comido y lo tenía indigesto y enfermo.

Ante todo, yo no sé por qué me figuro —y me confirma en ello la candorosa y excelente biografía de Freud por Ernest Jones, donde éste entiende como gran experiencia amorosa la más aburrida y anodina historia de un noviazgo burgués— que muchos de los "complejos" reales y efectivos para la sociedad en que se crió el gran sabio vienés carecen de vigencia en países como nuestras hermanas repúblicas, donde las criaditas indias o mestizas se encargan de encaminar oportunamente al muchacho, antes de que ciertos enigmas de la vida se vuelvan quistes del subconsciente. Pero dejemos por ahora este punto, que merecería por sí amplio desarrollo.

Volvamos, pues, a la "censura", cerrojos, candado, cueva prestigiosa que sólo puede vencer el "¡sésamo, ábrete!" del psicoanálisis. Y bien, yo pregunto a los entendidos si a Freud no se le ocurrió por ahí darse cuenta de que, con los años y con el desgaste natural, se aflojan a veces los goznes y resortes de la subconsciencia —así como bajo ciertos tratamientos de interrogatorios o "escopolaminas"—, de modo que el aire empieza a abrir y cerrar las condenadas puertecillas, y deja escapar insensiblemente todo el "viboreo" o cría de ratones que traíamos escondido. ¿No es ya muy sintomático que los viejos den en hablar solos? ("Como los ciegos y como los arroyos", dijo un humorista.) Esas manías de las dos solteronas condenadas a la isla de su soledad y su trato mutuo, en

cierta novela que yo me sé, ¿no son muestras de un relajamiento natural en la "censura"? Y en llegando a semejante extremo, sí que cobra todo su vigor la frase hecha con que se condena al "chiflado": —Le falta un tornillo.— Malo cuando empiezan a caérsele los tornillos a la "censura", porque entonces pierden su oficio las armas del psicoanálisis; pero, sobre todo, porque, en general, la "censura" es una útil defensa y sólo se la debe violar en casos extremos, al modo como se abre, mediante proceso judicial, la caja fuerte de los difuntos.

Abril de 1956.

126. LOS ANTEPASADOS

EL POETA Urbina me dijo un día:

—Temo que después de los dolores del mundo nos esperen otros más allá.

—¿El Purgatorio, el Infierno quieres decir?

—No, dejémonos de esa mitología. Temo que nos espere el dolor de ver padecer en este mundo a quienes queremos, sin que nos sea dable ayudarlos. Aquí sufrimos principalmente por nosotros mismos. Allá sufriremos por los que hemos querido en vida.

—Negra idea, Luis. No he oído cosa más melancólica.

—Soy indio y soy triste. Acuérdate de mi "vieja" lágrima...

—No me resigno, no te creo, no puedo creerte. Aceptemos, como postulado de discusión académica y para mientras dure esta charla, la supervivencia personal tal como la acepta el religioso. Yo sí creo que, en este supuesto, los que se fueron sean capaces de ayudarnos; pero hay que entenderlo. No es que se aparezcan para darnos consejos, no es que nos envíen mensajes con el médium o la mesita mística, no. Pero bien pueden ayudarnos *por dentro.*

—*¿Por dentro?*

—Sí. No modifican los hechos exteriores, no cambian para nada el curso de los acontecimientos. Pero, de repente, nos bañan como en una nueva luz que transforma nuestra representación de las cosas, nos dan el valor de afrontar los obstáculos y, con el valor, la claridad de percepción que el dolor había ofuscado en nosotros; devuelven sus proporciones relativas a lo que nuestra pasión exageraba y revestía de temeroso aspecto; desarman las amenazas. Así responden a nuestra imploración, y tal es, en suma, el último efecto de las plegarias.

—¿Hay, pues, que invocarlos?

—Digamos mejor: pensar en ellos. Conozco por mí esta

experiencia. El recuerdo de mi padre me ha salvado en más de un titubeo o desánimo.

—¿Y si no hay la supervivencia personal?

—Para el efecto, me da lo mismo. Practiquemos este rito elemental de pedir ayuda al antepasado de la tribu, sin superstición y aun sin compromiso alguno de dogma o doctrina. Acaso así nos sumergimos mejor en la honda realidad de nuestra conducta. Pues ¿dónde empezamos nosotros? El chino se siente solidario de sus bisabuelos: —"Yo hice esa torre" —dice refiriéndose a una torre de hace siglo y medio. Y —"ven a levantar conmigo esta torre"— podemos decirle al bisabuelo, al abuelo, al padre.

El poeta Urbina reflexionó un instante:

—Viejecito —me contestó, usando su vocativo predilecto—, no puedo saber si tienes razón, pero me declaro derrotado, porque, entre una y otra poesía, escojo la más consoladora y la que mejor puede ayudarnos.

Mayo de 1956.

127. LOS PAVOS

YO CRIÉ, de niño, pavos reales. En mi huerta de Monterrey, me divertía ver cómo iban creciendo los pavipollos con tres estrellitas al copete, y cómo los machos iban poco a poco echando esa radiosa cola, torrente de esmaltes y fuegos, cuyas plumas me servían de juguete. Aquello fue un "pregusto" de la estética gongorina, cuando yo aún no sospechaba al gran poeta cordobés, ni menos me figuraba lo mucho que había de trabajar en torno a su obra. Mi vocación se iba encaminando oscuramente. ("Predestinación" sería mucho decir.)

Aprendí a imitar los graznidos: el largo *coeo-coeo* y otros gorjeos más discretos que suenan como a *ebr-ebr* y que tenían la virtud de convocar a los pavos; los cuales acudían a mi llamado con el pico abierto y resollando fuerte, como asombrados de que un ser tan distante de ellos encontrara el medio de violar los secretos de su lenguaje.

¡El lenguaje de los animales! ¿No fue siempre, en el folklore, en la magia, en las más remotas leyendas, el don característico de los héroes, de los inspirados, de los profetas? ¡Qué inmenso me sentía yo —diminuto rey de la Creación— en medio de mi imperio alado! ¡Quién me viera recorrer mis dominios, seguido de mis vistosos servidores! *¡Coeo-coeo!* —les decía yo, y volaban como obedeciendo a un toque de asamblea. *¡Ebr-ebr!* —les repetía, y allí estaban ya junto a mí, con el pescuezo estirado y los picos jadeantes, al parecer interrogándome y esperando mis órdenes, no sin cierto temor, no sin cierto disimulado recelo.

Entre los poemas castigados de *Huellas,* que de pronto no quise recoger en mi *Obra poética* (1952), tal vez porque me parecieron algo almibarados y cantarines, hay dos —*Los pavos de Susana* y *Los pavos de mi infancia*— que, aunque escritos en México, el año de 1913, aluden a recuerdos de mi

niñez, mezclados ya con la literatura de épocas posteriores. Ellos, como quiera, dan testimonio de mi fidelidad a la imagen del pavo, estampada profundamente en mi memoria como un maravilloso chisporroteo de colores y de tañidos.

A lo largo de mis jornadas, dos cantos de aves me han acompañado como persistentes motivos: el canto de las urracas y, menos frecuente, el canto de los pavos reales; pues en este mundo, o al menos en la América nuestra, hay muchos menos pavos que urracas. No sé si los ornitólogos han reparado en que las urracas —de que también hay menciones en mis versos— poseen un habla matizada y riquísima, quejas y halagos, arrullos, besos, retos, invitaciones, avisos, risas tal vez. . . El pavo posee un registro, aunque heroico, mucho más limitado. Tanto al oír a las urracas como al oír a los pavos, me siento personalmente aludido. "Esto va conmigo" —digo para mí, y me asomo a ver quién me llama.

Volví, pues, tras larga ausencia, a mis montañas del norte, y fui a dar a La Cola del Caballo, a menos de una hora de Monterrey, en plena sierra de mi infancia. Las urracas, fieles como de costumbre, me saludaron. Pero yo creí escuchar también los gritos de los pavos. Y a la mañana siguiente, en cuanto salté de la cama, temblando de desconfianza y como quien pide demasiado, me puse a ensayar el lenguaje que aprendí en años remotos, por ver si aún guardaba su virtud. Me rodeaba la naturaleza que me vio nacer, y mil emociones indefinidas rebullían en mi corazón. Y cuando, a mis dos o tres graznidos, empezó el desfile de los pavos que venían hacia mí, de tal modo resucitaron a mis ojos los años felices de mi niñez, que de veras me sentí transportado y el tiempo pareció anularse. ¿Por qué no llorar de emoción al pisar, otra vez, los umbrales de mi reinado? Los pavos me interrogaban alargando las graciosas ánforas de sus cuellos, me escuchaban y me contestaban a su modo, con sordos gorjeos de sorpresa y de complacencia. Habían pasado casi sesenta años desde nuestra última cita, pero todo seguía lo mismo, y el ciclo venía ahora a cerrarse, merced a la constancia de las grandes leyes naturales: la orden del hombre era la misma, idéntica la obediencia del ave.

—¿Qué pasó? —me dijo después el posadero—. Oí graznar a los pavos y vi que se juntaron en su terraza. ¿Les daba usted algo de comer?

—No —le contesté con una sonrisa orgullosa—. Les daba conversación, sencillamente.

Mayo de 1956.

128. LA NEBULOSA DEL ALMA

El pasado y el porvenir, el recuerdo y la esperanza, ofrecen, entre otros, dos servicios inapreciables, que es el operar como una segunda instancia ante este presuroso y atropellado tribunal del presente. ¿Que algo está sucediendo mal? Pues de algún alivio es el decirse: "Ayer no sucedían así las cosas", o bien: "No siempre ha de suceder así." Adviértase, con todo, que esta segunda instancia se mantiene en cierta zona de irrealidad, de idealidad: es término teórico de comparación, y de nada vale por lo pronto, pues ni el recuerdo ni la esperanza, ni el pasado ni el porvenir, modifican en nada la sentencia ni la ejecución de este juez inexorable que es el presente.

Pero es mejor no poner a prueba esas segundas instancias teóricas: podrían decepcionarnos. Es mejor no pedir al diablo que nos transporte de nuevo a los dichosos días de ayer o, de una vez, a los de mañana. La literatura abunda en fábulas condenatorias para los que incurren en esta imaginada herejía.

Y ahora recuerdo un caso sencillo que puede servirme de ejemplo, y en que se juntan a un tiempo los estímulos del recuerdo y de la esperanza. Y el caso es tanto más expresivo por cuanto no se refiere a ningún desmán, agravio o desgracias presentes, no. Nada malo, nada lamentable me sucedía; simplemente, el hábito de consolarme de lo actual con la imagen de lo pasado o lo venidero era ya en mí un hábito; es decir: que había yo dado en acudir a este remedio algo quimérico, aun cuando no hubiera queja ninguna a la vista. Acaso porque el presente es siempre un tanto doloroso por naturaleza, y siempre secretamente busca un desquite en la fantasía.

Pero vamos, pues, al caso, o nadie podrá entender mis abstracciones. Yo era estudiante en México. Apenas había cumplido los dieciséis años. Vivía en la casa de mi hermano, y

aunque era una morada feliz, yo me había dejado en mi tierra aquel paraíso que era la casa paterna. Además, por un mecanismo muy explicable, un mecanismo de referencia filial —digamos—, cualquier pequeño contratiempo me movía a decirme interiormente: "¡Ah, no importa! Allá tengo mi casa en mi tierra, allá está el país encantado del contentamiento absoluto." De modo que, entre recuerdo y esperanza, la visión de la casa paterna me daba como una garantía de que "no todo había sido así" y "no todo había de ser así".

Y he aquí que volví de vacaciones a mi tierra. Dormí en mi cama de niño la primera noche. Cuando, al día siguiente, abrí los ojos, el hábito trajo a mi espíritu la conciencia aciaga de un nuevo día cargado de enojos presentes (¡aunque yo no sabía cuáles!), de algún presente posiblemente doloroso o, en suma, demasiado sensible por lo mismo que era presente. Y la vocecita interior me dijo: "¡Ah, no importa! Allá tengo mi casa en mi tierra..." Y me detuve, presa de un sentimiento muy parecido a la desesperación y al temor. Me percaté de que ya estaba yo, actualmente, en la casa de mis sueños, en la casa de mis memorias y de mis promesas; de que ya había yo agotado los recursos de mi proceso patético, acudiendo de veras al tribunal de última instancia. Y ahora ¿qué hacer? ¿A qué otro tribunal acudir contra el nuevo presente con que el nuevo día me amenazaba? ¡El mundo sin fondo, el tonel de las Danaides! No supe, entonces, de dónde asirme, y salté presurosamente de la cama para recobrar del todo mi conciencia de hombre despierto y ahuyentar así esos pavores inconscientes, engendros mohosos del sueño, de la inacción y de la noche.

Anticlímax. Ahora, pensando en esta desazón inútil —hecha de nada, transparente—, no puedo menos de reír, evocando cierto consejo de gramática parda que, unos años después, recogí en los labios de mi profesor de Procedimientos Civiles:

—Una india —nos dijo un día en plena aula— vendía sus patos a dos pesos la pieza, y los pregonaba por la calle. Salió un cocinero de una fonda y le dijo: "Llevas ahí una docena de patos. Dámelos y toma tus veinticuatro pesos." La india no quiso aceptar el trato. "¿Por qué? —le dijo él—. La cuenta

es cabal: doce por dos son veinticuatro." "No puedo venderle todos, señor —explicó ella—. Porque, después ¿qué grito?" Tomen ustedes ejemplo, muchachos: nunca den todas sus razones en la demanda. Reserven algo para los alegatos; porque, si no, después ¿qué gritan?"

Y yo digo ahora para mí: no pongamos nunca a prueba la justicia de nuestro tribunal de segunda instancia, hecho de esperanzas y recuerdos. No agotemos todo nuestro tesoro. No vayamos a la verificación práctica. Dejémoslo en la vaguedad de la fantasía. Porque, si ese tribunal nos falla, después, ¿qué gritamos?

Mayo de 1956.

129. MÁS SOBRE LA MADRE NATURALEZA

CUANDO la naturaleza parecía una diosa apacible, no había más que echarse en sus brazos. Todo era armonía. Una suerte de buena voluntad cósmica nos llevaba necesariamente a puerto seguro, como en un barquito encantado que no necesitaba gobierno. Era un *laissez-faire, laissez-passer* más hondo que el de la economía liberal. Goethe todavía durmió este sueño, a ratos si no constantemente, y casi esperaba —entre místico y alquimista— que el sol, Midas verdadero, trocara real y positivamente en oro cuanto iluminaba.

Algo he escrito sobre esto en mis "Epílogos de 1952" (nº 6, segunda serie de *Marginalia)* y algo más, en estas *Burlas veras,* a propósito de "La Madre Naturaleza" (nº 85) y aquello de que, según Renan, si ella no se equivoca en último análisis sólo es porque cuenta con el tiempo infinito. O los procesos disparatados acaban por ajustarse y adaptarse, a tanto *trial and error,* o no es posible pedir cuentas de lo que nunca está terminado. Pero acaso lo explica mejor la postura del "existencialismo": la naturaleza, como sus seres o huéspedes, no *es,* sino que *le sucede ser;* y si ella misma, al acontecer, va creando sus normas, ¿cómo culparla? ¿De qué culparla?

Pero he dicho que Goethe sólo por momentos se entregó a este sueño bobo, beato, de la fe absoluta en la naturaleza. Lo explica muy bien Ortega y Gasset en una página poco difundida. Yo la cuento entre lo más profundo que el filósofo del Guadarrama escribió sobre el dios de Weimar. Tengo que citarla retraduciéndola del inglés, a falta del texto español:

> Siempre me he representado a Goethe como el monstruo Gerión descrito por Dante —aquella bestia cuya larga cola se sumerge en el agua, mientras el torso descansa sobre las arenas de la orilla— o como los esquifes de los pescadores, medio a flote y medio en tierra durante las mareas altas. Goethe mantiene la mitad de su ser, por decirlo así, sumergido en la concepción naturalística del

universo y del hombre propuesta por los griegos y luego resucitada por los humanistas europeos. Creía en una naturaleza dotada de alma divina, una naturaleza en que todo —minerales, plantas, animales y hombres— consta de sus partes propias y adecuadas y ocupa el sitio que generosamente le es asignado y está provisto con cuanto le es necesario. De suerte que la vida misma del hombre es análoga a la de una planta. La personalidad, pues —*persönlichkeit*— resulta como una semilla, y el destino de la persona, o sea su vida, como un proceso de evolución en que esta semilla se desarrolla orgánica y armoniosamente: *Gefrägte Form, die lebend sich entwickelt:* forma cuya impronta se desenvuelve después en el acto mismo de existir.

Esta concepción del hombre —heredada de los griegos según lo he afirmado— es naturalística o, para decirlo en modo más concreto, botánica, y quita a nuestra existencia su carácter constitucionalmente dramático. Esta concepción corresponde a lo que se ha llamado la *Naturphilosophie* de Goethe y que, en mi opinión, viene a ser lo menos significativo de su obra. Aun cuando se le ha concedido mucha atención, no ofrece un campo fértil a nuestras meditaciones. Hoy, al contrario, el hombre nos aparece como un ser que ha escapado a la naturaleza, que se ha separado del mineral y la planta y los demás animales, y se ha empeñado en empresas que, desde el punto de vista rigurosamente natural, eran imposibles... Goethe, o la mejor parte de Goethe, aquella que emerge entre las ideas de su época, lo sabía muy bien, y de aquí la conveniencia de subrayar la otra concepción que él tuvo de la vida humana, y que es completamente opuesta a la interpretación del naturalista y del botánico... La vida no nos ha sido otorgada como un don, sino que cada uno de nosotros tiene que hacerse su vida; más aún: conquistarla por sí y para sí. Nada más lejano del pacífico existir de las plantas, como que ello significa lucha, combate diario y combate rabioso, choque con la *difficulté d'être.* El hombre tiene que ganar una victoria sobre sí mismo y esta es la última palabra. ("Concerning a Bicentennial Goethe", *Goethe and the Modern Age, The International Convocation at Aspen, Colorado, 1949.)*

En este drama, donde "sólo es digno de la libertad y de la vida quien es capaz de conquistarlas cada día para sí", según dijo ya el Goethe viejo del segundo *Fausto,* a veces los hombres claman por la ilusión perdida, como esas víctimas de alguna catástrofe que, ante el terror y el dolor, vuelven a su conciencia infantil y gritan: "¡Mamá!"

¿Queréis un instante de olvido, de alivio? ¿Os acordáis de Bernardin de Saint-Pierre? El humorista Tristan Bernard,

sometido a un interrogatorio de los periódicos sobre "los libros que nuestros literatos llevan de vacaciones", contestó: "Yo llevo siempre conmigo el *Pablo y Virginia,* esta obra maestra de la literatura francesa, con la esperanza de leerla algún día." Pero Bernardin de Saint-Pierre escribió, además, unos candorosos y deleitables *Estudios sobre la Naturaleza* (1784) que respiran optimismo y confianza; son un dulce sueño en el regazo del mundo. Ya nadie los lee. He aquí, al azar, una muestra ("muestra con valor"):

> El verdor de las plantas, que tanto place a nuestros ojos, es una armonía de dos colores opuestos en su generación elemental: el amarillo, que es el color de la tierra, y el azul, el color del cielo. Si la naturaleza hubiese coloreado las plantas de amarillo, ellas se confundirían con el suelo; si los hubiese pintado de azul, se confundirían con el cielo y las aguas. En el primer caso, todo nos parecería tierra; en el segundo, todo nos parecería mar. Pero el verdor da a las plantas apacible contraste con los fondos de este grandioso cuadro, y muy agradables consonancias con el matiz leonado del suelo y el azul de los cielos. Este color posee además las ventajas de concertarse admirablemente con todos los otros, lo que nace de que él representa la armonía entre dos colores extremos. Los pintores entendidos cubren siempre de telas verdes los muros de sus gabinetes de pintura, para que los cuadros, sean del color que fueren, se destaquen sin dureza y se armonicen sin confusión.

Estas últimas palabras nos recuerdan el discurso de ingreso que el ministro liberal don Amós Salvador —padre del ministro republicano de igual nombre y nuestro fraternal amigo—, pronunció ante la Academia Española de Bellas Artes allá por los días de Alfonso XIII. ¿Cuál es el fondo ideal para un cuadro? —se preguntaba. Y concluía que el fondo ideal era un conjunto de cuadros. ¡Ah, pero don Amós pertenecía ya a ésta nuestra edad pecadora, en que el Hombre dicta sus leyes a la Naturaleza!*

Junio de 1956.

* Ver *Las burlas veras (primer ciento)*, nº 85.

130. LA BARBA

ME ESTOY dejando barba, una barbita "de candado": a cierta edad, es bueno echarse un candado en la boca. Y como la barba es hoy un lujo casi desusado, me anda por la subconsciencia una timidez, un vago sentimiento de que me propaso y caigo en la *hybris*. Y anoche he soñado que, al despertar de un sueño, me encontré con que me habían afeitado mientras dormía.

Unos hallan que me estoy pareciendo al Inocencio X de Velázquez, a Eduardo VII, o a Sir Thomas Beecham; otros, que a Monty Wolly; otros, que al Conde Sforza; y los de más allá, que al Archimandrita Kallinikos Macheriotis. El doctor Ignacio Chávez me contempla algo fascinado y acaba por declararme: "Es antes cuando andaba usted disfrazado y como aniñado artificialmente. Ésta de ahora es su verdadera cara."

Y a los que me preguntan qué me propongo, contesto:

—Escoja usted entre estas varias explicaciones: *1)* satisfacer un capricho; *2)* hallar alguna novedad cuando me miro al espejo o en las fotos, porque estoy harto de ver ya mi fisonomía de siempre; *3)* disimular una irritación de la navaja, que me obliga a dejar descansar la piel por algunos días; *4)* corregir el efecto de mi papada; *5)* prepararme para representar un film en compañía de la guapísima Sarita Montiel, cuando ella regrese de Europa. . .

Pero ni por asomo se me ocurre decir que busco algún parecido con el hermoso rostro de mi padre, porque eso jamás lo alcanzaré, por más que me esfuerce.

Por supuesto, aunque las mujeres más bien consideran con simpatía mi naciente barba, algunos hombres —ya envidiosos— han dado en censurarme. Y yo me siento en el trance de Juliano el Apóstata, dispuesto a escribir, en defensa de las barbas, un nuevo *Misopoógoon* contra los frívolos habitan-

tes de Antioquía. "Por lo visto —decía Juliano más o menos— mi perversidad y mala índole me han movido a dejarme crecer las barbas para castigar con ello la natural fealdad de mi rostro... Pero vosotros, aun en la vejez, queréis emular la dulce apariencia de vuestras hijas."

Junio de 1956.

131. TEORÍA DE LA PERSUASIÓN NATURAL

YO LEÍA para dos amigas algunas páginas del naturalista Léon Binet, donde se describen los acoplamientos de los grillos *Oecanthus niveus* y de las moscas *Panorpa,* horrores de la zoología ínfima capaces de disgustar para siempre del amor, como tantas cosas de la vida vistas muy de cerca y reducidas a sus expresiones más crudas y sencillas. Pero mis amigas se habían envuelto en algo como un velo o disfraz de antropomorfismo, y pretendían hallar en aquellos horrores todo el atractivo de las aventuras galantes: "¡Qué preciosidad! ¡Qué monería!", exclamaban a dúo, mientras yo leía aquellas descripciones casi entre náuseas, haciendo esfuerzos para no sentirme ofendido en mi decoro de hijo de la tierra. Y verdaderamente, trasladar a los grillos y a las moscas los sentimientos de la galantería humana me parece un caso atlético y hasta monstruoso de buena voluntad erótica, para no darle nombres peores.

Pero ¿qué otra cosa hacen sino incurir en errores de la misma especie esos sandios que nos dan por modelos de sociedad a los hormigueros y a los panales? ¿Pues no llegan, en su deplorable candor, a figurarse que las abejas matan a los zánganos, cuando los hay en exceso (espantosa orgía sexual, efecto de la mera exacerbación) por una heroica aplicación de las doctrinas malthusianas y a fin de que la superabundancia de criaturas ociosas no consuma las reservas de su economía más allá del grado conveniente?

Con todo, atribuir a los animales ciertos estímulos propios del hombre no siempre es errado, singularmente cuando se trata de esos animales superiores que suelen acompañarnos, que se dejan domesticar, que estiman al hombre y gustan de vivir a su lado. Bien sé, y lo he leído en las páginas del célebre maestro Henri Thétard, que hay dos maneras de domar a las bestias, una por la ferocidad, y otra por la dulzura. Pero el método de la fiereza, útil para las exhibiciones cir-

censes como más aparatoso y patético, no creo que llegue a la verdadera camaradería entre el hombre y la bestia; sólo creo yo que lo logra el método de la dulzura. En suma, que la verdadera domesticación se reduce a atribuir a la bestia algunos sentimientos humanos, a conceder a la bestia un crédito moral que, superando su actual estado, la ayude y anime a superarse. La bestia, entonces, se nos acerca con una manera de agradecimiento y quiere merecer la limosna de "humanización" que poco a poco le otorgamos. Lo comprueban hasta las amas de casa que aciertan a educar a los gatos, a los perros, a algunos pájaros. Los jinetes saben que el caballo aprende a participar del ánimo humano y comparte a veces las emociones, los miedos, los arrebatos y las alegrías de su dueño. Y hasta los que nunca han probado la cabalgadura pueden haberlo leído en ciertas sublimes páginas literarias.

Este método de domesticación se reduce, pues, a un crédito mediante el cual el hombre persuade al animal de que es capaz de acercársele y de ascender un grado en la escala. Y hay quien sueñe (así los "vitalistas" antiguos y aun los modernos a lo Hans Driesch, aunque no lo digan tan descaradamente) que esta corriente de persuasión late en el fondo de todas las cosas naturales, como una fuerza coadyuvante junto a la llamada "evolución", como una aspiración espiritual hacia arriba que se suma a la aspiración natural, en busca de una dignidad siempre en aumento; de modo que la planta persuade o domestica a la piedra; el animal, a la planta; el hombre, al animal; el ángel, al hombre. Y en este sueño pudiera fundarse, junto a la teoría de la evolución natural, una teoría de la persuasión natural, finalista y mística sin remedio.

Junio de 1956.

132. LA DOMADORA

La domadora, sudorosa todavía y agitada, despidiendo aún un olor a fiera, tira el látigo y el bonete, se quita la chaquetilla azul de galones, se queda en blusa blanca, pantalones rojos y botas fuertes, se medio sienta en la escalerilla de mano que ocupa un ángulo de su vagón, entrecierra los ojos, me pide un cigarrillo encendido, se siente poseída por el genio de la filosofía, y me dice así:

—¡Claro es que las fieras sienten el antojo de ayuntarse! ¡No faltaría más! ¿Qué se han creído estos directores de circo? Hemos bordado mil ociosas teorías morales en torno a las reacciones bioquímicas. La única moral de la vida es crear la vida; mantener la vida universal, a veces con detrimento de las vidas particulares. ¿La vida? Una serie de muertes. ¿La vida? Amor en línea desplegada. Amor y muerte siempre andan enlazados como las serpientes del Caduceo.

"La efímera nace por la noche, se desposa. La hembra pone de noche. Por la mañana, la pareja ha muerto, ignorando el sol. Su destino es amor, puro y exclusivo. Ni boca, ni vientre, ni aparato digestivo ninguno. Sólo sexo. Por el sexo, que morirá tras de haber prestado su servicio, fluye la vida eternamente. Ningún acto egoísta tuerce la línea recta de esta fatalidad amorosa. La lucha por la vida, ese principio darwiniano, es aquí la lucha para dar la vida, la lucha por el amor.

"Amor-Muerte-Vida, este ciclo de los templos hindús, donde sólo hay un dios para la muerte y para la vida, gobierna con todo su imperio el reino animal.

"Para dar la vida, y sólo para dar la vida, cierta mariposa pasa sin comer los tres días de existencia que le han sido concedidos, y vuela kilómetros y kilómetros a fin de encontrarse con la hembra de su elección.

"Para dar la vida asimismo, esos dos magníficos leones

que acabo de sujetar a latigazos pronto se matarán entre sí, vueltos todos furia celosa, fauces y garras.

"Para dar la vida, el macho abnegado se deja devorar por la manta religiosa a la hora misma en que prodiga sus más extremosas muestras de amor.

"Por la noche, el gusano luminoso (cuyo macho es un insecto alado y la hembra una hebra reptante), busca a la esposa con todos sus faros encendidos. Ella también brilla entonces con todos los vatios de sus deseos. Él es una estrellita errante, y cae vertiginosamente sobre la coqueta que quiere ser vista y admirada. Ella tiene miedo, pero está enloquecida de gozo. Resiste por "guardar las formas". Él persiste entonces, como le cumple. Magnífico incendio de dos amorosos fuegos fatuos. Ella ha cedido. El vencedor cabalga entre destellos de piedras preciosas. Unos segundos de intenso fulgor. . .

"Todo se acabó. Se apagan las luces. Sobreviene la noche, cargada de sueño. Cumplido el amor, su razón de ser desaparece. Y la vida se va con la electricidad. . ."

Y la domadora, de un salto, abandonó el furgón para perderse entre las carpas y las jaulas donde se oían rugidos.

Junio de 1956.

133. LA MEZCALINA

Las preciosas páginas consagradas por Victoria Ocampo a Virginia Woolf me llamaron la atención sobre los experimentos de Aldous Huxley con la mezcalina mexicana. Por tradición, educación, vocación, Aldous Huxley se complace en recorrer esa frontera o tierra de nadie donde colindan la ciencia y la literatura. Con *The Door of Perception* y con *Heaven and Hell* (1954-1956), se ha situado, además, entre los poetas de la droga: Thomas de Quincey, Charles Baudelaire, Jean Cocteau, Antonin Artaud y otros más. Huxley, en el caso, no es más que el último experimentador. Los estudios de Ludwig Lewin sobre los cactos mexicanos (1886) entiendo yo que son antecedentes ilustres. El doctor Alexandre Rouhier publicó un excelente libro: *La plante qui fait les yeux émerveillés: Le Peyotl (Echinocactus Williamsii Lem.)*, París, 1927. Todavía en 1938, las droguerías mexicanas vendían la "peyotina", tónico prohibido después por la incertidumbre de sus efectos.

Por mi parte, yo no he sido indiferente al enigma de los desiertos mexicanos. En mi poema "Yerbas del Tarahumara" *(Obra poética,* págs. 99-102), poema escrito en Buenos Aires el año de 1927, me referí a la

> Yerba de los portentos,
> sinfonía lograda
> que convierte los ruidos en colores.

Y dije cómo, a mi ver, esos campeones de la carrera, los tarahumaras, transportados en su borrachera metafísica,

> llegarán los primeros con el triunfo
> el día que saltemos la muralla
> de los cinco sentidos.

Más tarde, siendo Embajador en el Brasil, ofrecí al Jardín Botánico de Río de Janeiro algunas simientes de peyote,

como lo he contado al entregar a dicho instituto una efigie del dios Xochipilli ("Ofrenda al Jardín Botánico de Río-Janeiro", 2 de octubre de 1935, *Norte y Sur*, págs. 112-116). Entonces dije:

> ...la planta mágica de los indios tarahumara, cuyas aplicaciones múltiples y portentosas apenas comienzan a estudiarse y que, produciendo un retardo biológico en el ritmo perceptivo del hombre, hace que las ondas sonoras aparezcan —por relatividad— más aceleradas que de ordinario, hasta transformarse en ondas luminosas... La planta del *peyotl*, la planta sagrada del sol —extraño regulador de este sujeto del verbo "ondular" que llamamos "éter"...

Después todavía, en México y por enero de 1944, volví sobre el tema en un artículo llamado "Interpretación del *peyotl*" (*Los trabajos y los días*, págs. 197-199):

> ...bajo el influjo del *peyotl*, los sentidos humanos reciben las vibraciones acústicas con todos los honores que, en estado normal, sólo se conceden a las luminosas... Para darnos en unos segundos el crecimiento de una planta, lo que dura varios meses, la cámara opera con lentitud exasperante. Pues de modo parecido, para que la vibración acústica media —que empieza a ser perceptible a los 200 metros por segundo— afecte nuestra biología como vibración luminosa, la que está algo más arriba de los 300 billones de metros por segundo, será que nuestra biología retarda en la misma proporción.

Por si fuere poco, en mi "Breve visita a los Infiernos" (México, noviembre de 1944, recogida en *Ancorajes*, páginas 40-46), describí los efectos de otras drogas mexicanas parecidas, pero más peligrosas sin duda, como la famosa marihuana, grata a Valle-Inclán.

En los dos libritos de Aldous Huxley consta que, bajo la droga, los objetos visuales acrecen aún su condición colorida, asumen una densidad de existencia —digámoslo así— multiplicada, espesa y enorme. ¿Y no será esto, también, efecto del retardo biológico? El inolvidable y querido poeta chileno Pedro Prado me contaba que, al salir de los hipnóticos a que lo sujetaron para cierta intervención quirúrgica, mientras vivía aún en retardo, en semisueño, se sentía fascinado por una perilla de la cama: la perilla existía en un grado más que

natural, por lo mismo que su espectador existía en un grado menos que natural: efecto análogo al del peyote o mezcalina. Y luego vino el alejarse del objeto para ir entrando en el sujeto, el irse dando cuenta otra vez de su ser individual, de su yo, lo que le pareció al enfermo una contracción tan inexplicable y tan ridícula —tras de haber estado perdido en el universo de la perilla— que se apoderó de él una verdadera crisis de risa.

Julio de 1956.

134. ¿FILOSOFÍA DE LA NUTRICIÓN?

EL MEXICANO Francisco Bulnes hablaba de los pueblos del maíz y los pueblos del trigo, para dividir a los americanos de los europeos, pero yo no creo que él haya inventado este distingo de ambiciosa sociología bromatológica. El argentino Lazcano Tegui, autor de los libros *La sombra de la Empusa* y *De la elegancia mientras se duerme*, se me presentó un día en México esgrimiendo cierta teoría sobre los alimentos y la literatura. Me aseguró que estaba entregado a una verdadera y paciente investigación sobre estos extremos.

Hoy, Aldous Huxley *(Heaven and Hell)* va más allá, y piensa que las visiones místicas han desaparecido en nuestro mundo moderno, por razones que no dependen puramente del clima mental, sino también de lo que él llama "nuestro medio químico", medio sumamente distinto de aquel en que tocó vivir a nuestros mayores. Pues —explica— el cerebro está sujeto al gobierno de la química, y los experimentos demuestran que es permeable a los efectos de las sustancias que el cuerpo absorbe y lanza por el torrente de la sangre. Casi durante medio año, los abuelos (sin duda se refiere a Europa) no podían comer fruta ni verdura y, como sólo les era dable alimentar a unas cuantas reses, cerdos y gallinas durante los meses de invierno, disponían también de poca mantequilla, no mucho de carne fresca, y escasa provisión de huevos. Al comienzo de la primavera —continúa este literato impregnado de curiosidades científicas—, la mayoría había comenzado a padecer, en forma leve si se quiere, una manera de escorbuto, por falta de vitamina C, y aun un tantico de pelagra, por la ausencia del complejo B. De aquí ciertos síntomas que se resuelven —según A. Keys en sus estudios sobre *La biología de la desnutrición* y según los casos observados por el doctor Georges Watson en la California del sur— en una debilidad singular del sistema nervioso, siempre el más vulnerable entre todos los elementos corpó-

reos. Y de aquí ansiedades, depresiones, hipocondría y otros estados propicios a la alucinación visual. La válvula reductora del cerebro pierde eficacia, y deja entrar muchos estímulos superfluos o no aprovechables en la vida normal. Lo cuento por lo que valga.

Pero aún no hemos llegado aquí a la suma extremosidad. El colmo se da en la obra de cierto doctor Laumonier, *Terapéutica de los pecados capitales,* 1922. Allí se propone el empleo de la leche para curar los celos, de la fruta contra la cólera, de las legumbres como antídoto del orgullo, de los laxantes para alivio de la vanidad, y de la nuez vómica a modo de panacea para la avaricia.

Dejémonos de exageraciones y fantasías. Volvamos a la palabra de Nietzsche en el *Gay saber:* "¿Conocemos acaso los efectos morales de los alimentos? ¿Acaso hay una filosofía de la nutrición?"

*Julio de 1956.**

* El texto siguiente, 135, "Los médicos en la *Ilíada*", pasó a *Los poemas homéricos,* OC, t. XIX.

136. SUPERVIELLE

JULES SUPERVIELLE y yo, en los días de París, por 1925, solíamos pasar las tardes juntos, en la Adega do Porto, recitándonos uno a otro nuestros versos, prueba que sólo resiste la verdadera cordialidad. Más tarde, Supervielle se me apareció en el Brasil. Entonces sucedió lo que cuento en la siguiente carta, escrita originalmente en francés:

Río de Janeiro, 11 de julio de 1930.
M. Francis de Miomandre.
París.

Mi querido y admirado Francis de Miomandre: No resisto a la tentación de contarle este caso, que tal vez interese al "Enfant Terrible" de *Les Nouvelles Littéraires.*

Jules Supervielle, esta jirafa de la poesía francesa, descansa por unos días en Río de Janeiro, a su vuelta de la Argentina y antes de emprender el regreso a Francia. Debo confesarle a usted que, por la ley del contraste, le tengo singular afición, como en Victor Hugo, *par sa grande bravoure et par sa haute taille.*

Días pasados, recorriendo juntos la Rua Paysandú —la calle más hermosa del mundo, calle flanqueada de palmeras reales que va derechamente desde el palacio presidencial de Guanabara hasta la orilla del mar— Supervielle, que parecía propiamente una Torre Eiffel en marcha, una Torre Eiffel de vacaciones, dejó caer de repente desde su eminencia, con simpática simplicidad y como si fuera la cosa más natural del mundo, esta exclamación:

—¡Qué agradable es sentirse acariciar el rostro por las hojas de las palmeras!

Desconcertado, le contesté desde mi piso inferior:

—¡Ay! es un placer que me está vedado.

Y él, protector y afable, me contestó:

—¡Pero también ha de ser encantador sentirse acariciado por los helechos!

Aunque sea a expensas de mi amor propio, me encanta esta historia, y por eso se la he querido contar.

Lo saluda cordialmente,
A. R.

Miomandre, en efecto, publicó esta historia en *Les Nouvelles Littéraires,* en su columna de entonces: "Propos de l'Enfant Terrible." Pero el recorte (y la fecha) no aparecen ya en mis archivos.

Julio de 1956.

137. ¿LA MUJER MÁS BELLA?

—PREFIERO no hacer enumeraciones nominales. Es muy peligroso hacerlo en declaraciones improvisadas. Siempre olvida uno alguna estrella de primera magnitud. Pero, de un modo general, diré que hay dos o tres mujeres de belleza universalmente reconocida y admirada. Yo no puedo opinar sobre ellas, porque sólo las conozco en fotografía o en el cine: es decir, en una apariencia momentánea o bajo un verdadero disfraz de afeites. La mujer es un ser tan dinámico que cambia enormemente de un día a otro, de un momento a otro. Las mayores bellezas tienen días de intolerable fealdad. Las feas, de repente, resultan fascinadoras, y son entonces las más peligrosas porque su atracción se multiplica por el coeficiente de la sorpresa. Así pues, permítame usted que no le conteste en términos precisos.

"Ya pasaron los tiempos heroicos de mi juventud en que, viviendo yo en España, declaraba con todo candor y certeza que las tres mujeres más hermosas eran la Reina (por retórica ceremonial), la planchadora de la calle del Marqués de Villamagna, en Madrid (cerca de mi Legación), y la mujer del cambia-agujas en la estación de Villodrigo (Palencia). Decididamente, lo mejor es seguir el ejemplo de Homero, que nunca llegó a describir a Helena."

Agosto de 1956.

138. TAUROPATÍA

Hace poco, los estudiantes universitarios de los Estados Unidos contrajeron una psicosis colectiva, al inaugurarse los cursos. Se lanzaban en masa sobre los colegios de señoritas para robarles los paños menores, esperemos que con fines desinteresados de coleccionistas. Algunas muchachas, a objeto de evitar sobresaltos, se adelantaban a colgar sus calzones y "sostenes" * en los alrededores del *campus* y así evitaban las violencias.

—¡Efectos de la primavera en la sangre juvenil! —dijo el otro.

—No hay tal —contesté—. Cuando yo vivía en Buenos Aires tuve noticia de que, al iniciarse el año académico, se produjo en la ciudad de la Plata algo como una epidemia dionisiaca. Los faunillos entraron en furor y persiguieron y acosaron a las inocentes ninfas del bachillerato. Esto se explica como efecto juvenil de la primavera, ciertamente. Pero si, en el caso de los Estados Unidos, hubiera sucedido otro tanto, a estas horas la vecina república contaría con unos cuantos soldados más, o futuros soldados y futuros contribuyentes. No: el caso de los Estados Unidos es un caso de "tauropatía", la enfermedad congénita de los toros. ¿No es usted aficionado a la lidia? Pues allí habrá usted visto constantemente que el toro, como esos adolescentes desviados, ataca siempre al trapo, no al bulto.

Agosto de 1956.

* En París se los llama ahora *lollos,* por alusión a la estrella del cine italiano Gina Lollobrigida.

139. EL OTRO DARWIN

PERO, en aquellos días, siglo VI, a.C., todavía el mundo hacía caso de los filósofos que escriben en verso. Jenófanes, una de las lumbreras de la ilustración jonia —desterrado de su nativa Colofón por la conquista persa— derramó su saber por las islas griegas de Italia —Zante, Catana, acaso la corte de Siracusa—; y aunque falsamente se ha pretendido hacer partir de él la doctrina eléata, y aunque no era un sistemático sino un pensador crítico, su influencia como teólogo deja una honda huella en la filosofía religiosa de Grecia. Se indigna ante los poetas que, como Homero y Hesíodo, pintan dioses con pasiones humanas, propone una imagen espiritual y suprema de la Divinidad; e intelectual "de tomo y lomo", niega superioridad a las proezas atléticas y militares sobre las proezas de la inteligencia. Pero, en aquellos días, todavía el mundo hacía caso de los filósofos que escriben en verso, sobre todo si, como Jenófanes, dejan buenos versos.

En cambio, ¿quién se acuerda del otro Darwin? El otro Darwin es Erasmo, el abuelo, autor de un tedioso poema llamado *El Jardín Botánico,* donde, tedioso y todo, acierta a recoger los más avanzados principios de las ciencias naturales contemporáneas y todavía adelanta unos pasos. Verdad es que también escribió un tratado en prosa, *Zoonomía,* cuyas adivinaciones influirán más tarde en su nieto. Cuando el mundo se preocupaba más bien por seguir apurando las clasificaciones estáticas de Linneo, Erasmo Darwin ha absorbido ya los atisbos pre-evolucionistas de Buffon, Herder, Goethe —otros poetas filósofos, a los que debe añadirse el nombre de Kant—, y le atraen los mil enigmas movedizos del reino animal que dejaban indiferente a la mayoría de los sabios: la adaptación de las plantas y los animales a su medio (la palabra "medio" ha tenido suerte, aunque la propuso la pluma opaca de Auguste Comte); los insectos ponzoñosos, los reptiles armados, el "camuflaje" de las aves, el mimetismo

defensivo, los pájaros-liras de Australia, los pingüinos antárticos, las trasmisiones hereditarias, el desarrollo de los instintos sociales y el milagro mismo de todo "instinto", los animales gregarios del trópico, las plantas comedoras de insectos, la simbiosis y mil fenómenos más que venían a ser la extrema izquierda y la herejía científica del saber.

Sus libros de cabecera fueron el *Ensayo sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones*, del economista Adam Smith —de donde trasladó al estudio de los seres naturales el concepto de la libre competencia como factor del adelanto biológico— y la obra filosófica de David Hume —donde aprendió la doctrina sensualista y asociacionista, y también la noción de que el universo tuvo un humilde origen y evolucionó gradualmente hasta su actual estructura, lo que aún rechazaban muchos. Tanto él como su glorioso nieto consideraban que la naturaleza no podía dar un paso atrás: tal fue el optimismo que dominó el pensamiento del pasado siglo. Erasmo está hoy olvidado, porque los saldos positivos de su obra pasaron a manos de Charles Darwin; pero en su época, aunque sus doctrinas eran tan revolucionarias, ni siquiera merecieron el honor de ser combatidas, porque el poema del *Jardín Botánico* quitaba crédito al tratado de la *Zoonomía*, y porque el poema era una sarta de versos lánguidos que no parecían tener consecuencias:

Que el benéfico cielo lo proteja
y lo alimente la materna tierra,
y el germen, superado en su progenie,
subirá de hora en hora por la escala,
desafiará los climas y estaciones,
y así sucederá que la naturaleza
se alza cada vez más en las alas del tiempo.

Agosto de 1956.

140. LA SERPIENTE

Yo TENGO mis dudas. Lo digo con respeto y pido perdón. La tentación del Árbol, la viciosa ostentación de los Frutos, eran ya, en sí, incentivo bastante para precipitar los destinos. ¿Pero la Serpiente? ¡No, la Serpiente no pudo aconsejar el amor, esta bendición de las bendiciones! El amor no puede ser condenado en el plan de la Creación. La Serpiente aconsejó el rencor; quiso dividir a Eva de Adán: le contó historias sobre su esposo. Algo les dijo para sembrar entre ellos la desconfianza y el desamor. Ése fue el pecado mortal; ésa, la pérdida del Paraíso. Es el caso de la primera intriga para entristecer a los que se aman. La Serpiente anuncia a Yago, no a Celestina, la calumniada.

Agosto de 1956.

141. QUIÉN SOY YO

CUANDO José Ortega y Gasset define: "Yo soy yo y mi circunstancia", viene a repetir en nueva forma lo que ya Sancho Panza nos ha hecho saber: "Cada uno es como Dios lo hizo, y un poco peor." —El catecismo nos enseñó que, por las facultades del alma, somos un racimo, más o menos bien ajustado, de memoria, entendimiento y voluntad. Yo me veo a mí mismo como un carruaje con un cochero y un ocupante. El carruaje, este cuerpo que me lleva por los caminos de la tierra, es cosa mediocre, y aunque a veces rueda con ligereza, otras rechina y se cimbra de mala gana: no es un Rolls Royce. El cochero es la voluntad, un cochero algo gruñón, algo descontento con su suerte, algo desmañado también y que de repente suelta las riendas y olvida adónde iba. ¿Y el ocupante? Ése sí que soy yo mismo, no le pongamos nombre. El ocupante se deja llevar por todas partes, con curiosidad y agradecimiento. Ver y conocer, he aquí lo que sobre todo le importa, y fuera de eso pide poco al mundo (en suma, le pide todo y nada), salvo eso, eso que ya sabemos y a lo que de veras sería una ingratitud negarse.

Pero hay ahora quien nos asegure que yo no soy yo en todos los instantes de mi jornada, y que la memoria y la conciencia —sastres remendones— zurcen como pueden los retazos dispersos para hacerme creer que soy una persona, y que esa túnica de Arlequín en que se resuelven mis "yoes" diseminados es una verdadera tela unida y compacta. Y aun sobran herejes para quienes la memoria y la conciencia no son tales sastres remendones, sino unas especies de exudaciones ilusorias producidas espontánea e involuntariamente por la acumulación misma de los retazos. Tal es el mal de buscar a las cosas su humilde y a veces inconfesable origen. Dejemos que esas larvas se retuerzan en su oscura ciénaga; volvamos al señor que yo me soy ahora, tal como me veo en el espejo actual de mí mismo. Soy el ocupante del carruaje,

con sus privilegios y sus cortapisas. A veces me encamino por donde quiero, a veces no. Pero siempre puedo disfrutar del paisaje y aun me embriaga el dulce engaño de figurarme que voy a algún sitio definido, como cuando Sarah Bernhardt tocó por primera vez tierra americana, pidió un coche y dijo:

—Cochero, lléveme usted a la Selva Virgen.

Septiembre de 1956.

142. CUVIER

En un delicioso libro de Herbert Wendt, acabo de encontrar dos tesoros.

Mary Anning, una muchachita de doce años, hija de un vendedor de conchas marinas que se ganaba la vida por las posadas meridionales de Inglaterra, fue quien descubrió, para Cuvier, los despojos fósiles del ictiosaurio, desenterrados de las capas jurásicas. La ciencia no ha sido ingrata con ella. Aún la recuerdan los tratados; pero la recuerda, sobre todo, una tonada de trabalenguas que cantan los niños bailando en corro: *Mary Anning she sells seashells.*

No es éste el único rasgo anecdótico que pone un toque de gracia en la carrera científica del "Papa de la Osteología", el infalible clasificador de fantasmones zoológicos. Uno de sus principios fundamentales era, como se sabe, la Teoría de las Catástrofes. El otro, la famosa Ley de Correlación, que le permitió reconstruir el esqueleto de animales desaparecidos a partir de algún resto aislado. Según esta ley, el desarrollo de un órgano en cierto sentido exige la presencia de otros determinados desarrollos en otros órganos. Los animales con garras y tobillos deben poseer también dentadura propia de carnívoros. Los dotados de pesuñas y cornamenta, dentadura propia para la alimentación vegetal. Pues bien, Cuvier vivía ya en plena gloria cuando algunos estudiantes traviesos decidieron gastarle una broma. Uno de ellos se disfrazó de diablo, con cuernos y cascos, y se metió de noche a las habitaciones del sabio, mientras los demás compañeros espiaban desde las ventanas del Jardín Zoológico.

—¡Despierta, soy el diablo y vengo a devorarte! —le dijo.

El sabio entreabrió los ojos y contestó:

—¿A devorarme? Lo dudo: posees cuernos y pesuñas. Según la Ley de Correlación, mi querido diablo, tienes que ser vegetariano.

Y se volvió de otro lado y siguió durmiendo, entre las ovaciones de los muchachos.

Septiembre de 1956.

143. VISITA A LOS PUMAS

Hacia octubre de 1926, siendo yo Ministro en Francia, hubo un canje de animales entre los parques zoológicos de México y de París. Entiendo que la colección francesa llegó a su destino sin obstáculo. No así los envíos mexicanos. El barco sufrió una furiosa tempestad y serias averías en el viaje. Estuvo a pique de naufragar. Se rompieron las jaulas. Los ofidios desaparecieron, arrastrados por el embate de las olas. Una osa, espantada, cayó al mar. Su macho, aturdido, se lanzó tras ella, sin duda queriendo rescatarla. Pero algo pudo llegar a buen término y, entre otras cosas, unos pumas que fueron recibidos con todos los honores en el Jardín de Plantas.

El 20 de noviembre hice una visita oficial para saludar a los huéspedes mexicanos, en compañía del Senador Honnorat, tan amigo de México y tan relacionado con nuestro país. El propio Director del Museo, M. Mangin, el hermano del Mariscal, sabio conocido, me mostró todo y me hizo admirar ciertos documentos que son hitos en la historia de la ciencia humana. Pero, con ser sabio, no pudo escapar al fatal flaqueo geográfico, a veces característico de sus compatriotas. Mostrándome el esqueleto reconstruido de algún monstruo antediluviano, catoblepas o megaterio, me dijo:

—Esto, señor Ministro, es ya un vecino de Vuestra Excelencia, porque ha venido de las mesetas bolivianas.

—¡Maestro! —exclamó el Senador Honnorat— Bolivia y México no son precisamente vecinos.

—¡Ah, en todo caso, están más cerca entre sí que de China! —dijo el sabio sin inmutarse.

Yo callé. Seguimos el paseo. Fuimos a la jaula de los pumas, que era el objeto de mi visita. Mientras los contemplaba yo atentamente, como queriendo pedirles noticias de mi tierra, hubo disparos fotográficos. Los periódicos ilustrados del día siguiente, *Excelsior* por ejemplo (el de París), publicaron instantáneas y crónicas. Uno, yo no sé cuál, dio la nota

más pintoresca. Acompañó la escena con este singular comentario, que fue durante varios días la comidilla de los hispanoamericanos residentes en París: "El Ministro de México, señor Alfonso Reyes, visita el Jardín de Plantas y, según las artes de los hechiceros aztecas, se detiene ante la jaula de los leones mexicanos para magnetizarlos con la mirada."

Septiembre de 1956.

144. LÍMITE DE LA CIENCIA FÍSICA

¿Los límites dentro de los cuales opera la física actual? Hasta donde ello es dable, creo que podemos enumerarlos así: imposibilidad de superar o siquiera alcanzar la velocidad de la luz; imposibilidad de escapar a la ecuación energía-masa, o a la acción-reacción; imposibilidad de crear una carga eléctrica, un polo magnético, sin crear, en el mismo acto, su contrario; imposibilidad de observar con exactitud una partícula o grupo de partículas de dimensiones atómicas o subatómicas (pues aquí la observación misma modifica el fenómeno), "principio de incertidumbre" (Heisenberg), que trasciende a la noción de causa y efecto, lo que se explica pintorescamente diciendo que la naturaleza está algo deshilachada por las orillas, y no cortada con nitidez según lo creyó el siglo XIX; imposibilidad de violar las reglas del tránsito entre ciertas partículas de la misma especie, que nunca serán obligadas a encontrarse, según "el principio de exclusión" de Pauli, y que sería muy conveniente en los autos para evitar los choques, si es que las cosas microscópicas pudieran directamente aplicarse al meso y al macrocosmos; imposibilidad de violar la "ley de la entropía", aplicable a grandes colecciones de objetos (¡y considérese que ya la célula biológica es una colección de millones de átomos y moléculas!), ley en virtud de la cual todo orden entregado a sí mismo y sin una fuerza exterior que lo mantenga tiende a desaparecer y a refundirse en el caos, aunque un caos que, paradójicamente, se deja captar por las matemáticas, como las partículas locas de los gases en el experimento de Maxwell; finalmente, algo que siquiera de modo provisional me atrevo a llamar "el principio de producción en masa", o sea la inclinación de la naturaleza a repetir lo más posible sus tipos, inclinación desde luego más manifiesta en lo diminuto. Por ejemplo, en una sola de estas letras que escribo hay una provisión de átomos de tinta que no sólo corresponde al nú-

mero de habitantes terrestres, sino que superaría con mucho, en proporción semejante, a toda la posible población de nuestro sistema astronómico. Y con todo, se calcula que en nuestro universo no habrá más que un centenar de tipos atómicos, los cuales a su vez están constituidos por dos o tres elementos semejantes: electrones, protones, neutrones, si es que concedemos a éstos una entidad aparte. En suma: identidad práctica de los individuos en las multitudes. Lo que interesa a la teoría de los cuantos... y a la psicología de las masas.

Septiembre de 1956.

145. YO, MAGO

Sólo en una novela policial —*The Tooth and the Nail,* de Bill S. Ballinger— he visto descrita la emoción con que un niño descubre que hay "cajas de magia" —artículos de prestidigitación e ilusionismo—; el entusiasmo con que obliga a su madre a comprarle una; el ansia de la espera que le produce una noche de insomnio, y la constancia con que se aplica a dominar las maniobras del "empalme" y otros trucos por el estilo, con moneditas y naipes, para lograr por fin que "sus manos y dedos trabajasen independientemente de su cerebro". Pero el niño del caso —Luis Montana o Lew Austrian, o como se llame, porque vivió también haciendo suertes de ilusionismo con su persona— tuvo éxito desde la primera salida al público. Yo fui mucho menos afortunado.

Todo me interesaba, por ahí en redor de los quince años, y todo esperaba irlo descubriendo por mi cuenta: las matemáticas, la astronomía (aún revuelta de astrología, naturalmente), el Oráculo de Cagliostro, el Alfabeto de los Magos y la Rueda Adivinatoria, la escritura mediumnímica o automática (en que jamás avancé un paso), el magnetismo animal (sin éxito), el camino del Sol relacionado con los puntos terrestres; los cuentos, los versos, la prosa poética (de que guardo horrendos testimonios); finalmente, la magia blanca o teoría y práctica de la prestidigitación y el ilusionismo, sobre lo cual redacté un comienzo de tratado en que describía los útiles indispensables: cubiletes sencillos y de doble fondo; Vara de Jacob; pañuelos de seda; bolas y bolitas de corcho y saúco, sencillas o de resorte oculto; la mesa de escamoteo, con la tablita llamada *servante* por Houdin y los tratadistas franceses; el traje con muchos bolsillos; y junto a esto, los principios fundamentales: naturalidad en los movimientos, aprovechamiento del tiempo sin dejar compases perdidos, explicaciones engañosas, habilidad, retórica de ademanes misteriosos, etc. Para todo lo cual hace falta ensayarse

ante el espejo, como hacen los oradores ridículos y poco seguros de sí mismos.

Durante un descanso veraniego en el Mirador (Cerro de la Silla, al sur de Monterrey), resolví ponerme en prueba y puse a prueba la paciencia de mi familia y los amigos que nos acompañaban en aquellos días de vacaciones. Arreglé un escenario adecuado, con telón que se abría y cerraba; dispuse mi mesa y objetos cómplices, un sillón de trampa, y me presenté vestido de mago. Todos me veían, hablaban a media voz y aplaudían un poco de cuando en cuando. Acabé la jornada como quien escala a pie el Popocatépetl. Di las gracias y...

Con una incalificable crueldad, mis dos hermanitas mayores —que no habían estudiado magia a lo largo de tantos meses como yo— irrumpieron en el escenario, me hicieron a un lado de un empellón, y repitieron una a una todas mis suertes, entre las carcajadas del auditorio.

Aquí puse término a mi carrera de mago y volví a las letras consoladoras, que ya desde entonces me fascinaban.

Noviembre de 1956.

146. LEYENDO NOVELAS POLICIALES

Es CIERTO que leo novelas policiales. Pero no lo disimulo ni me avergüenzo de ello. En el último artículo de *Los trabajos y los días* he dado mis razones. Las huellas de estas lecturas creo yo que pueden descubrirse en varias páginas de mis libros. No sólo en la sección de Cine (el Cine de aquellos años remotos) que consta en la segunda serie de mis *Simpatías y diferencias* o en otros lugares dispersos sino, por ejemplo, en estas *Burlas veras* a propósito de las cuadras entre las familias inglesas ("Hay caballos y caballos": Josephine Tey, *Come and kill me*), sobre la magia blanca ("Yo, mago", Bill S. Ballinger, *The Tooth and the Nail*); o en las *Memorias de cocina y bodega*, a propósito de la cocina norteamericana (Rex Stout, *Too many cooks*).

A este respecto, debo completar mis noticias gastronómicas con esta receta del "fricassé a la Raoul":

> Se corta en pedazos un conejo tierno, y se doran los pedazos al fuego, embarrados de mantequilla. Se bañan en una copita de coñac y se prende fuego. Al apagarse las llamas azules, espolvoréese todo de harina, sal y pimienta. Después, media botella del mejor vino blanco, una taza de caldo de pollo, una ramita de tomillo, dos hojas de laurel, unos pellizcos de perejil, unas cuantas aceitunas verdes bien picadas, una docena de cebollitas blancas (Cambray), un diente de ajo y jamón en cubitos. Cuézase una hora y añádanse algunos hongos. Lo mejor será acompañarlo con blanco, por ejemplo: *Folle Blanche.*—Lawrence G. Blochman, *Recipe for Homicide.*

Y, en efecto, después de esto, es fácil morir. Aunque, como dice José Vasconcelos, la civilización comienza con los guisos y salsas.

Algunas curiosidades más suelo espigar en estas novelas. Cuando yo era niño, por toda la calle de Hidalgo, en Monte-

rrey, yendo de mi casa hacia el centro, me divertía mucho leer las grandes letras de la fotografía Lagrange que cruzaban la calle; pero yo las leía al revés: AIFARGOTOF. Lo que desde luego me recuerda ahora al muchacho, en el *David Copperfield*, que lee al revés el letrero de la vidriera de un café: EFAC. Y también encuentro el tema en mis clásicos: en Carter Dickson, *Mis mujeres muertas*, hay un sujeto que escribió un libro sobre bebidas bajo el nombre RAB NOLAS. (Léase, al revés: "Bar-Salón".)

A veces, los asuntos son tan objetables y escabrosos que prefiero dejar este pasaje en inglés:

> ...for all women-kind are more or less prone to hysteria; but whereas the normal woman tends to laugh and cry, the weaker vessels develop inexplicables diseases, with a tendency to social reform and emancipation.—R. Austin Freeman, *The Silent Witness.*

En ocasiones, damos con toques de estilo dignos de nota, como éste que parece recordar los dibujos animados de "Pluto":

> ...ojos tan acariciadores como la lengua de un perro.—John Dickson Carr, *The Corpse in the Wax-Works.*

Y éste, de la misma procedencia, que me hace pensar en cierto pasaje de Empédocles:

> No hay ojo más aterrador que el ojo sin cerebro.

Lo que me viene a explicar por qué mi hijo, de muy pequeño, sentía horror por los ojos de los muñecos, e invariablemente los alejaba con las manitas.

Realmente, este autor es una mina. He aquí otra pepita de oro:

> ...¿Sabe usted cuál es el secreto del poeta? Comienza usted con cualquier idea que se le haya ocurrido, y luego las exigencias de la rima lo fuerzan a decir algo muy distinto, y siempre mejor que lo discurrido por usted. Y a esto se llama inspiración.—John Dickson Carr, *The Lost Gallows.*

Lo cual, sin remedio, nos hace pensar en los versos automáticos que fabrica cierto personaje de Jules Romains *(Los hombres de buena voluntad)*, a fuerza de léxico y diccionario de la rima; y aun parece una caricatura de ciertas discusiones en torno a Paul Valéry.

Noviembre de 1956.

147. BAROJA

El 'Cyrano' de Rostand podía burlarse de su nariz, pero no dejaba que los demás lo hicieran. No hubo mucho ruido cuando nuestro Salvador Novo, con ingeniosa paradoja, volvió de un viaje por Sudamérica y escribió *El Continente vacío*. En cambio, alguna agitación se dejó sentir, años antes, cuando Pío Baroja llamó a América "el Continente estúpido". Un rato de mal humor casi no es objetable. Y además, Ortega y Gasset, por aquellos días, deseoso de mostrar a un español en rama, tenía ya cansado a Baroja, arrastrándolo por los saraos de los potentados platenses en Madrid, cosa tan poco acomodada a los gustos del novelista.

Pero —confesémoslo— no logramos nunca que este hombre a todas luces extraordinario se interesara por América o se trasladase *in mente* a América, a pesar de que tiraba de él hacia acá su "hombre de acción", su tío el aventurero, Eugenio de Aviraneta e Ibargoyen; el que antes había asomado la cara por las novelas de Galdós, y cuyos papeles publicó en México Luis García Pimentel, descendiente de García Icazbalceta. Quiero decir que América fue, prácticamente, zona muerta dentro del campo visual de Baroja, y creo con toda lealtad que no llegó a sentir simpatía por este nuestro Nuevo Mundo.

Y acaso a esto debemos una de sus páginas más conmovedoras, aquella precisamente en que América no cuenta, o sólo cuenta como valor negativo: la historia, en suma, del vascongado que no consiguió "hacer América" y que volvió a España tan pobre como de allá había salido, "con una mano adelante y otra atrás". Yo releo el cuento de *Elizabide el vagabundo* con singular deleite: ¡lo más vasco del vasco! Temblorosa música de acordeón, chorro de sidra centelleante, un cuento alojado en una lágrima. Este "hombre humilde y errante" —tanto como Baroja, a quien complacía llamarse así—, este 'Elizabide el vagabundo', me parece que nos des-

cubre ciertas intimidades, ciertos rincones sensibles en el alma de este escritor no muy dado a las efusiones. Él se salvará por esta lágrima, como el caballero del tonelito en la leyenda medieval.

Fui amigo de Baroja, aunque algunas veces lo discutí. Era germanófilo durante la primera guerra. Para exaltar a los alemanes, hablaba —a tino— de la ciencia y del binomio de Newton, cosa en él chistosísima. Sus ideas eran elementales y sumarias. Su naturaleza, más bien bronca. Cuando atacaba, se tiraba entero como ariete. No creyó en América. Pero era honrado, independiente, sobrio, sincero hasta la impertinencia, y poseía como pocos el genio para meterse por esos callejones sin salida, por esas exploraciones de vidas ajenas (que son a la vez latentes vidas propias), por esos sueños despiertos de la novela.

Y esto a tal punto que hacía poco caso de sí mismo, perdido en sus creaciones, y apenas necesitaba de nada ni de nadie. Raras veces me he sentido más transportado, más "engañado" por los relatos novelescos que en los libros de Pío Baroja. Por algo será, digo yo. Su estilo —no hagamos caso de repulgos— es de una desnudez ejemplar, y así sucede que se adelante a muchos, tanto en España como fuera de España. Su psicología, a tajos secos y duros, es certera como el hachazo en el *aizcolari* de su tierra. Cabalgando su lectura, se va de prisa, y se va en suspenso, como acarreado por el río de la vida.

España respira por todas sus palabras como un vaho de animal humano. Pío Baroja está muy cerca de la realidad, de esa realidad que palpan los sentidos, y pegado a España con un contacto de veras físico. No puede quererse a España sin querer a Baroja. Y yo quiero a España.

Noviembre de 1956.

148. DIEGO RIVERA CUMPLE LOS SETENTA

YO VI nacer con entusiasmo la pintura de Diego Rivera, allá por los días de *Savia Moderna,* revista donde hice mis primeras armas, como lo he contado en *Pasado inmediato.* Desde entonces lo he acompañado asiduamente. Ayudé con otros amigos de mi generación a obtener para él la beca del gobernador Dehesa (Veracruz), que le permitió trasladarse a Europa. Primero fue a París; no pudo resistir el choque (caso frecuente) y entonces se refugió en España por algún tiempo, para acostumbrarse poco a poco al cambio de ambiente. Durante su primera etapa europea, Ángel Zárraga lo ayudó un poco a orientarse, por derecho de primer ocupante. Cuando llegué a París en 1913, alcancé a conocer sus cuadros anteriores, los de la etapa madrileña —había sido discípulo de Chicharro—, cuadros que él no ha querido exhibir después, pero que quedan por ahí y son muy importantes para apreciar sus orígenes. Asistí a su primera exposición cubista en París (abril a mayo de 1914), y aún recuerdo la desazón que le causó el prólogo escrito para su catálogo por Mlle Weill, dueña de la galería de la calle Victor-Massé, prólogo que atacaba a Picasso. Éste no le dio importancia al incidente, al fin como hombre ya fogueado, y él mismo disipó los escrúpulos de nuestro Diego. Poco después, estábamos ambos en Madrid, donde lo defendí ante la incomprensión de algunos criticastros, cuando Diego y María Gutiérrez Blanchard abrieron aquella inolvidable exposición a que me refiero en "El derecho a la locura" *(Cartones de Madrid),* después recogido en *Las vísperas de España.*

María, pintora de extraordinario vigor, siempre denostada, "incomprendida" en su familia y en su mundo, perseguida por inicuas burlas en razón de sus defectos físicos, como siglos atrás Juan Ruiz de Alarcón, emigró definitivamente a Francia, cambió de lengua y se llamó en adelante Marie Blanchard. Diego se firmaba Diego M. Rivera, y su nombre

cabal era Diego María Rivera Barrientos, pues su madre, por singular coincidencia, se llamaba María Barrientos, como la célebre cantante española del "fa sobreagudo". De aquella época conservo dos cuadros de Diego: *La plaza de toros de Madrid* (la plaza en la soledad, como creada por el torbellino de tierra gris, rosa y plomiza que la circundaba, asunto inspirado a Diego por Jesús Acevedo, que llegó a escribir sobre esto) y *El mar de Mallorca* (en que el ácido verde-azul del agua parece haber corroído y haber dejado en carne viva las rocas de todos colores). Éramos allá muy camaradas; nos unían la lucha y la pobreza. Diego tuvo que hacer un rápido viaje a París, y entretanto, su excelente Angelina Beloff, muy buena pintora, se quedó con nosotros. Al sobrevenir, en México, los cambios políticos que permitieron el retorno de José Vasconcelos, hasta entonces desterrado en el sur de los Estados Unidos, dirigí a éste un telegrama —por sugestión de Artemio de Valle-Arizpe, que se encontraba, como yo, en España—, recordándole el abandono de Diego Rivera en París. Ignoro el resultado. Pero Diego, entretanto, pudo realizar el que fue sueño de todo pintor (y no exceptúo a Goethe) que es visitar a Italia. Conservo de esa época algunos rasguños y dibujos que Diego trazó paseando por las calles de Italia.

Cuando yo mismo volví a México, tras once años de ausencia, en mis vacaciones diplomáticas de 1924, conocí la nueva y pujante obra de Diego, ya muralista, obra que desde entonces he seguido con deslumbramiento y vivo interés. A las vacaciones siguientes, tuve ocasión de contemplar los nuevos muros de Diego. Siempre lo he juzgado como un estupendo pintor, implacable en las disciplinas de su arte, y un hombre de genio, con las explosiones de los genios románticos, explosiones que acaban de emparentarlo con su hermanos de ayer, los artistas del Renacimiento. Deja una obra imperecedera y ha llamado la atención del mundo sobre México.

Diciembre de 1956.

149. LA EVANESCENCIA DEL LIBRO

La relación del hombre con el libro es varia y complicada, no se confunde necesariamente con la relación entre el lector y la lectura. Desde luego, hay quien compra libros como parte del mueble, para adorno de su salón; hay quien compra libros por metros, eso ya se sabe y todos lo han dicho. Y aun hay empresas editoriales dedicadas especialmente a satisfacer esos fines paradójicos, o desviados, del libro. Hay quien colecciona obras raras, ediciones valiosas, por ilegibles que sean o por muy poco que le preocupe el leerlas y estudiarlas. No nos detengamos en estos casos tan conocidos.

Pero hay otros casos más sutiles. El Club del Libro, la Sociedad del Mejor Libro, El Libro del Año o del Mes y otras instituciones semejantes envían a sus suscriptores, periódicamente, el ejemplar por ellos escogido dentro de la lista que les someten, o escogido por la institución misma y sin tomar para nada en cuenta al comprador. Éste considera su adquisición con complacencia y orgullo. La obra recién recibida le confiere un título de honor, lo instala en la categoría de la gente culta. Nuestro hombre pasea el libro por la calle, por los cafés, en el tranvía. Tal vez hasta le pone una señalita para hacer creer que lo está leyendo. Pero no lo lee ni lo leerá nunca, no: sería demasiado pedirle. Lo posee y lo muestra, eso basta.

Por último, hay el que compra un libro, y al instante se desvive por prestarlo o hasta obsequiarlo al primer amigo que encuentra. En ello funda su orgullo, y en recomendar el libro sin haberlo leído. Y el empeño que este hombre pone en dejarnos el libro en las manos, aunque sea contra nuestra voluntad, hasta nos haría creer que se trata de un hurto y que el libro, como dice la frase, "le quema los dedos". Le explicamos en vano que andamos en otras lecturas, en otros estudios, que nos quedan muchos libros por leer en casa. . .

No nos escucha: nos presta o nos obsequia el libro recién comprado, y se despide tan satisfecho.

Todo esto nos dice que el libro ha empezado a ser una metáfora, en un sentido mucho más general que el antiguo. Ya no se está aquí ante el ostentoso o ante el bibliófilo coleccionista. Ahora el libro pasa a la categoría de tarjeta de visita, ramito de flores, o —no sé si lo digo bien— de cosa desinteresada y arrancada de su raíz y propósito: el libro como apretón de manos, el libro como mero utensilio de comunicación social. Mucho más abstracto que un cigarrillo o un puro, porque éstos, al menos, nos los fumamos; y como decía Kipling, una mujer no es más que una mujer, en tanto que un cigarro... ¡un cigarro es una fumada!

Enero de 1957.

150. TRES VICIOS MAYORES

HOY pretendo hablar de tres vicios, los peores a mi ver, los que más daño hacen al espíritu: la vanidad, la envidia y los celos.

Cierto que la vanidad disimula su virulencia, como una droga. Aduerme a su víctima en un sentimiento de felicidad, en un mareo de la propia grandeza que con razón se llama engreimiento. El vanidoso, el engreído, "el que se lo ha creído", como dicen en España, vive satisfecho de su grandeza, y acude con mil subterfugios a resanar cualquier cuarteadura que se produzca en los muros que lo rodean y lo aíslan de la realidad. Francisco era feliz: creía sinceramente ser el hombre más inteligente del mundo, con tal convicción y candor que rayaba en la inocencia. Marcos, en cambio, otro engreído, ofendía a todos como si les arañara el rostro con su cola abierta de pavo real. Pero el mayor daño del vanidoso es que nos vuelve vanidosos por contagio y por fluorescencia, en cuanto nos acercamos a él. Pues qué, lector *(Hypocrite lecteur, mon semblable, mon frère,* como decía el poeta de *Las flores del mal), ¿*no te ha sucedido llenarte de jactancia y oírte a ti mismo, con verdadero asombro, entregarte a mil baladronadas, como si otro estuviera hablando por tu boca, sólo por no dejarte humillar del vanidoso, sólo por "matarle el gallo", según la expresión de nuestro pueblo? ¿Y no te has quedado después confuso y corrido de tu propia puerilidad? Es que el efecto de la vanidad —esta droga— se comunica por la respiración misma, de uno a otro interlocutor.

Ahora bien, la envidia duele como una muela enferma. No me refiero a la "noble envidia" de los clásicos, que es una emulación honorable, sino a la mala, a la "tristeza del bien ajeno" que decía el Ripalda, en su "librillo odioso" como lo llamaba Altamirano, y donde, si hemos de creer al padre Alfonso Méndez Plancarte *(Dos textos catequísticos: El Ripalda*

frente al Gasparri, 1951), abundan las deficiencias y las oscuridades. (Pues este maestro Jerónimo de Ripalda, autor del *Catecismo,* no alcanzaba las excelencias de Juan Martínez de Ripalda, su casi homónimo, con quien muchas veces se lo confunde, y que era, ese sí, un teólogo celebérrimo.) Pero vamos a nuestro asunto y conformémonos con la definición del Ripalda tradicional. Esta "tristeza del bien ajeno", amén de lo mucho que daña al que la lleva a cuestas, parece del todo irremediable, lo que aún es peor. Inútil, si Pérez me tiene envidia, que le proponga yo el "tuteo" y le preste algunos servicios para demostrarle mi buena disposición y mi deseo de tenerlo por amigo. Inútil que le recuerde: "Mira, Pérez, nuestros caminos no pueden encontrarse. Yo no puedo ser un obstáculo par ti. Andamos en mundos diferentes." Inútil: morirá abrazado a su envidia, sin querer soltarla y echando espumarajos verdes de maledicencia por la boca. Un director de periódico le decía al joven Léon Daudet: "Yo odiaba al padre de usted, porque era bello. ¿Nunca ha conocido usted la envidia? Es una cosa que duele mucho."

Y en fin, los celos, para no alargar este sermón; los celos, que nos fijan en un solo punto del espacio como si sólo eso existiera, y nos rebajan de modo inesperado e incalculable. Aquél espía por el ojo de la llave... ¡y era antes una buena persona! El otro se pone a escribir anónimos... ¡y era todo un hombre! ¿Para qué insistir *(Hypocrite lecteur,* etc.) en lo que todos sabemos y muchos conocen por amarga experiencia?

Sólo recuerdo un elogio de los celos que de veras me haya impresionado. Tenía que ser confesión de una mujer, porque las mujeres llevan el alma pegada al cuerpo de modo diferente a los hombres. Mucho tiempo he creído que tal elogio de los celos aparecía en *Le Livre de ma vie,* de la Condesa de Noailles. Tras un rápido examen, ahora me parece que más bien consta en alguna obra de Colette. Para el caso, lo mismo da. Allí —donde fuere— se dice que los celos multiplican el poder de nuestros sentidos, nos comunican cierta facultad adivinatoria, nos mantienen como en estado de levitación y embriaguez, desasidos del suelo... ¡Diabólico placer, dolorosa conformidad con las maldiciones de la pasión, que los

griegos no dudaban en atribuir a sus mismos dioses! ¿Qué pensar de todo esto?

Al llegar aquí, me dicen que me he olvidado de la avaricia. No: la avaricia, la codicia, la lascivia —todo lo repugnantes que se quiera— son más bien pecados del cuerpo que no del alma. Son pecados del Hombre. Y los otros son pecados del Ángel. Consúltese la biografía de Luzbel, página tantos.

Enero de 1957.

151. A UN RECITADOR

DECÍA el Libertador Simón Bolívar que la poesía viene a ser la danza de las palabras. De aquí que, al recitar, necesariamente nos inclinemos a esa sustentación de la danza que es el canto. Unos han pretendido recitar hacia arriba, subiendo del habla al canto, como lo hacía admirablemente Luis G. Urbina. Otros pretenden recitar hacia abajo, descendiendo del canto al habla, como Berta Singerman o como madame Groiza en los ensayos de Paul Valéry. Lo uno y lo otro son cosas arduas. Arte difícil el arte de la recitación. "Arte imposible", me dijo un día Ortega y Gasset.

Pero, como en el proceso platónico, hay quienes se acercan todo lo posible a este arte imposible. Y Ricardo Fuentes, excelentemente dotado, cuenta para ello con la presencia, la mirada, el ademán y la voz. Tan ricos son sus recursos, que —me figuro— su verdadero esfuerzo está en no dejarse arrastrar por sus recursos, está en frenar a Pegaso. Y cuenta, además, con otra virtud que yo llamaría la lealtad del recitador. Hay quienes recitan con brío y encanto, pero, por así decirlo, se comen el poema, lo absorben y lo digieren a su modo. No así Ricardo Fuentes, que se pone siempre al servicio de lo que recita, como el paje que sigue fielmente los pasos de su princesa y le lleva con ambas manos la cauda. Tal es su lealtad. Por ella será premiado y por ella alcanzará muchos triunfos.

Enero de 1957.

152. EUROPA Y AMÉRICA

Días pasados advertí un gran desconcierto en el rostro de la escritora soviética Vera Kuteischikova, cuando le dije, como lo he escrito varias veces: el hombre hispanoamericano está mejor preparado que el hombre europeo para la futura etapa cosmopolita, por lo mismo que nuestros pueblos, de formación colonial, están tradicionalmente habituados a buscar su representación del mundo echándose fuera de sus fronteras, y hasta de su lengua muchas veces, y arrebatando su tesoro donde lo encuentran, como unos herederos universales.

Yo no me refería a la Europa sabia, que ha sido capaz de abarcar el mundo, sino al europeíllo de la media calle; por ejemplo, ese señor francés que no sabe ni quiere viajar, que recorre todos los días la misma calle de París, que encuentra difícil aceptar por civilizado a quien no nació hablando su lengua ni ha pasado por sus liceos, que jamás necesitó salvar las murallas chinas de su cultura nacional —por lo mismo que ésta es tan intensa y extensa— para construirse una imagen suficiente de la tierra, de las ciencias, de las artes, de la humanidad.

Yo, por ejemplo, estudiaba física en el texto francés de Chassagny, y derecho civil (a pesar de las diferencias entre nuestras respectivas legislaciones), en el texto francés de Planiol. Era todavía un síntoma de inmadurez, no cabe duda; hoy ya no sucede así y acaso es mejor que no suceda. Pero lo cito como ejemplo de la naturalidad con que un estudiante de mi tierra y de mis días paseaba por los libros escolares de Europa. ¿Imagináis a un joven de Europa enterándose de algunos extremos relativos a la filosofía en los libros de Caso o de Vasconcelos? ¿O de la teoría literaria en mi *Deslinde?* Si ya es un portento dar con nombres españoles en las bibliografías de las obras científicas inglesas o francesas, es casi quimérico buscar la cita de un libro hispanoamericano. Yo no digo que ello sea injusto: es perfectamente explicable,

aunque triste. A nosotros no nos importa saber si un descubrimiento procede de allá o de más allá, porque no vamos a disputarle a nadie la primacía. Pero queda el hecho de que el hispanoamericano común y corriente salta mejor sus fronteras que no el europeo común y corriente.

Y aquí unas anécdotas expresivas:

Victoria Ocampo muestra al gran Paul Valéry unas fotos de cactáceas americanas. Valéry, educado en "la arquitectura de los Luises de Francia", tuerce el cuello ante nuestra naturaleza no académica, y exclama: —¡Qué horrible debe de ser eso!

Cuando vino a México cierto admirado escritor europeo, cuyas extraordinarias condiciones de cultura y de inteligencia nadie puede poner en duda, se manifestó muy interesado con el costumbrismo ramplón de los aguaduchos y puestos dominicales en el Desierto de los Leones, cosas que son iguales en todo el mundo y con cuyas descripciones nos ha hastiado ya la novela naturalista. Quise someter a prueba su receptividad estética y, sin explicaciones, lo trasladé de repente a la Plaza de la Corregidora y lo hice dar ahí unos pasos. Esperé su reacción ante esa arquitectura de nuestros siglos virreinales, grave y profunda. No dijo nada, no vio nada. No estaba educado para ver cosas tan distantes de las suyas. ¡Ay, si el propio Paul Morand, que tan deliciosamente parece alargar a toda la tierra su generoso abrazo, prefiere a veces conocer la tierra en relatos de terceras personas, y aun se escabulle a la experiencia directa! De pronto, el habitante de las capitales del mundo deja sentir, en cuanto sale de casa, una extraña desazón de provinciano asustadizo.

*Enero de 1957.**

* Los textos siguientes, 153, "Sócrates (conversación improvisada)", y 154, "¿Jinetes junto al mar?", pasaron a *Rescoldo de Grecia*, OC, t. XX.

155. CORTESÍA GRAMATICAL

Era yo todavía estudiante preparatoriano cuando mi fortuna me condujo a una hacienda del Estado de Hidalgo que tenía por nombre Taximai o Tachimai ("¿Piedras Negras?"). Era propiedad de Pérez, a quien consagré dos sonetos que constan en mi *Obra poética* ("A un campesino", diciembre de 1910). Yo acompañaba, en calidad de modesta escopeta para los patos y otra caza menor, a mi hermano el gran cazador Rodolfo. (Ya se sabe: abogado, jurisconsulto, constitucionalista, político; pero esta vez, sobre todo, gran cazador.)

—Esa india —me dijo Pérez— habla a maravilla su lengua indígena, haz la prueba.

—Buenos días, mujer —le dije—. A ver, ¿cómo se dice en tu lengua "buenos días, mujer"?

Y me contestó una retahíla de sonidos para mí incomprensibles.

—Pero —le pregunté— ¿así se dice en tu lengua "buenos días, mujer"?

—Sí, señor.

—¿Y por qué me parece tan largo? Pues ¿qué es lo que has dicho?

—He dicho: "Buenos días, mujer. ¿Cómo está tu marido? Me alegraré de que tus hijos se encuentren bien."

—¡Ah! —le objeté—. Pero yo sólo quiero decirte "buenos días, mujer".

—Es que en mi lengua —me contestó con una sonrisa superior— no se le puede decir solamente eso a una esposa y madre como yo lo soy.

Y como los especialistas lo saben bien, en efecto hay lenguas que aún no han aislado la idea general del agua, y tienen palabras distintas para el agua quieta, el agua de río, el agua de mar, etc. ¿Sucederá algo parecido para la soltera, la casada, la madre, aunque las tres sean mujeres? Pero aquí más bien parece que nos encontramos con un caso de corte-

sía o de consideración humana implícita en las normas de la gramática. Ello puede relacionarse en cierto modo con el antropomorfismo o animalismo idiomático de que todavía dan rastros los géneros masculino y femenino (sin ir más lejos), aplicables a objetos asexuados, y aun a abstracciones.

Marzo de 1957.

156. EL OCIO

Hablo de mi España, la que yo conocí. ¿Se pierde el tiempo o se perdía el tiempo en España? No: el tiempo se distribuía muy sabiamente entre el trabajo y el ocio. Hasta cierta hora, trabajo intenso; después, ocio: desde la caída de la tarde hasta la alta madrugada, tertulia del café, cambio de conversaciones, vida ateniense.

En México perdemos el tiempo a toda hora, y luego lo compensamos trabajando a horas inverosímiles. Los políticos almuerzan en Prendes (o comen, como aquí decimos) a las cinco de la tarde, y luego se los encuentra en los ministerios despachando los negocios a medianoche. Esta mala distribución perjudica el rendimiento, a la vez, del trabajo y del ocio.

Pues el ocio también puede ponerse cuerdamente a contribución, como la energía del calor solar o el movimiento de las mareas, si se emplean métodos adecuados. El ocio engendra la filosofía y las letras, estimula el ánimo, fertiliza el trato humano en la charla franca y abierta, civiliza.

El ocio de España estaba canalizado y daba por fruto una intensa condensación de ingenio. A tal punto, que muchos españoles mediocres, por el hábito de la tertulia, daban la impresión de tener genio a los hispanoamericanos de París, por ejemplo; a tal punto que algunos jóvenes de "contextura peninsular" y de tradición tertuliana (acaso por herencia casera, por ser hijos de españoles o qué sé yo, por el largo hábito de charlar, de expresarse ante el prójimo, de discutir con gracia, de contar con amenidad) han dejado entre sus contemporáneos de nuestro país el recuerdo de haber sido hombres extraordinarios, aunque no fueran más que unos charlatanes bien dotados y bien ejercitados. Y es que entre nosotros el ocio se esparce y se resume en la tierra, se desperdicia. Hay que canalizarlo, hay que racionalizar el ocio.

Marzo de 1957.

157. LA VEJEZ

Ph. S. Miller, en el *Classical Weekly* (Nueva York, Fordham University, año de 1955), publica unas eruditas noticias sobre lo que han dicho respecto a la edad provecta los poetas griegos. La conclusión es melancólica: la poesía griega abunda en reflexiones al caso, pero sin proponer el menor alivio a los que, como en el fragmento de Homero traducido por Leopoldo Lugones, han cruzado ya "el funesto portal de la vejez" (Imploraciones de Príamo a Aquiles, pidiéndole que le devuelva los restos de Héctor, la escena más llorosa que hay en la *Ilíada*).

El tema preocupa a la ciencia. En México acaba de reunirse un congreso de Geriatría; y el 14 de mayo de 1956, me escribió desde Harrisburg, Pa., el periodista Roy Jansen:



> Señor mío: Durante tres años hemos presentado al público, bajo los auspicios de The Medical Society de Pennsylvania, una columna periódica titulada *Over 65* ("De 65 arriba") con las manifestaciones de los que han pasado ya esta edad. —¿Tiene usted alguna filosofía o régimen de vida para sacar la mejor ventaja de sus ya cumplidos sesenta y cinco años?

Yo le contesté al instante (aunque nunca me acusó recibo ni sé si aprovechó mi respuesta):

> Señor mío: Mi filosofía de vivir es muy sencilla. Yo no vivo por mí mismo. La naturaleza vive en mí. Sigo dos principios elementales: trabajo constante y *meeden ágan* ("nada en exceso").

Algo hemos ganado, cuando es ya dable sostener una información permanente sobre gente conocida en el limitado mundo de la cultura que supera los sesenta y cinco, si se recuerda que el promedio de la vida en la Europa renacentista seguramente no alcanzaba a los cincuenta, y que, según la estadística de García Bellido sobre las inscripciones fúnebres

(*Archivo Español de Arqueología*, 1954), el promedio en la España romana no pasaba de los cuarenta.

Aquel regocijado Doctor Besançon que tanto nos gustaba leer a los viejos, procuraba convencernos de que la edad muy avanzada era la verdadera flor de la vida; y yo sólo perdí fe en sus libros porque cometió dos graves errores: escribir contra la práctica del baño diario y morirse. Esto último parecía contrario a su doctrina.

Y nuestro inolvidable general Riva Palacio, el combatiente contra la Intervención y el Imperio, el historiador, el novelista histórico, el cuentista, el ameno crítico satírico, dejó, entre sus mejores notas poéticas, aquel soneto a la vejez, paliativo al pesimismo griego, que acaba con el hermoso terceto:

> Que tiene la vejez horas tan bellas,
> como tiene la tarde sus celajes,
> como tiene la noche sus estrellas.

Abril de 1957.

158. LOS ROSTROS ALECCIONADORES

LAS conferencias del *Port-Royal* nacían al fuego de los ojos del público, dice más o menos Sainte-Beuve. Así veo yo, a veces, cuando escribo, la imagen de mis amigos vivos o muertos. Y, al modo como Marco Aurelio empieza el libro de sus pensamientos reconociendo lo que debe a este y al otro en el orden de la virtud, yo puedo decir lo que debo a esas etéreas imágenes, aunque no siempre acierte a aprovechar sus consejos.

Cuando temo haberme documentado imperfectamente y con demasiada ligereza, se me aparece como un reproche la cara de don Ramón Menéndez Pidal, mi inolvidable maestro. Cuando no logro expresarme con diafanidad y precisión, creo ver el rostro de Pedro Henríquez Ureña, que me reconviene. Cuando me pongo algo pedante, se me aparece como en protesta ese gran maestro de sencillez que fue Enrique Díez-Canedo. Cuando deseo más sensibilidad y gracia ¿a quién invocar sino a "Azorín"? Cuando me pongo algo "cursi", aparece Jorge Luis Borges y me lo reprocha en silencio. ¡Cuánto les debo a todos!

Y lo más singular del caso: hace poco he averiguado que, a su vez, dos escritores sudamericanos leen en voz alta las frases o trozos que les parecen mal construidos, imitando mi voz y el ritmo de mi lectura, como quien se somete a prueba. De modo que habemos varios que nos ayudamos desde lejos. Con razón los siento a pesar de todo tan cerca de mí que, en ocasiones, me entra la tentación de hablarles.

*Abril de 1957.**

* El texto siguiente, 159, "Los enigmas de Creta", pasó a *Rescoldo de Grecia*, OC, t. XX.

160. PELANDO LA PAVA

Yo VIVÍA en Madrid, calle de Torrijos, ya muy cerca del Paseo de Ronda. Solía encaminarme a pie hasta el centro, desde los términos más lejanos de la calle de Alcalá. Varias veces vi a la gente agrupada, no en torno, pero sí a cierta distancia de un muchacho que, a su manera, se las arreglaba para "pelar la pava" con su novia, él desde la calle y ella en lo alto de algún balcón, en alguna casa de muchos pisos.

Pero ¿cómo pelar la pava a semejante distancia? Muy sencillo: el enamorado se explicaba con los signos manuales de los sordomudos, y así su mensaje (que tal vez la novia descifraba allá arriba, provista de unos buenos "prismáticos") subía, inefable, silencioso, por sobre el ruido atronador de la calle.

Aquí en secreto, ahora que recuerdo el caso, es fuerza que confiese mis dudas. ¿Sería verdad, habría la tal novia allá en su empinado balcón? Porque yo nunca acerté a descubrirla, y me temo mucho que el galán no pasara de ser un extravagante de esos que la gente llama exhibicionistas.

Junio de 1957.

161. LA ANGUSTIA DE LA PROVINCIA

¡La angustia de la provincia! Alguna vez he usado esta frase —larva de novela— para designar esa asfixia que consume a tantos muchachos de pueblo, privados de campo propicio para desenvolverse según lo hubiera exigido su naturaleza.

Desde muy niño vino a cuajarse esta frase allá en las recónditas salas de mi conciencia, y voy a deciros cómo fue.

Yo veraneaba en el mineral de San Pedro y San Pablo, por las cumbres de la Sierra Madre del Norte. Los domingos, la mocedad del pueblo se daba al alcohol, al billar, a veces a la rayuela en plena calle. Pero los que más me impresionaban eran aquellos desheredados, carentes de todo esparcimiento, que jugaban a darse toques eléctricos en los contactos de las bombillas colgantes, allá en una tiendecita apartada. Se tomaban varios de la mano, hacían cola. Uno tocaba el contacto, y todo el cordón humano se sacudía, gritaba, aullaba de risa.

En aquellos días la electricidad del alumbrado era pobre, y más en la montaña, y las bombillas de fibrilla al carbón apenas alumbraban más que un cigarro.

¡La angustia de la provincia!

Junio de 1957.

162. UN SALUDO A BORDEAUX

(En grabación mecánica)

La cultura mexicana hace acto de presencia ante la Universidad de Bordeaux. Mucho me honra, y me colma de emoción y contento, el que se me haya querido confiar este saludo. Con él se inicia nuestra plática, precisamente en el Anfiteatro Montaigne donde, hace casi cuarenta años, tuve oportunidad de leer dos conferencias —una sobre la pintura de Goya y otra sobre la literatura española contemporánea—, cuando acompañé en su viaje oficial al entonces Subsecretario de Instrucción Pública de España, el gran escritor "Azorín". El 28 de junio de 1919, me tocó asistir, en la hermosa tierra bordelesa, a los regocijos de la paz.

No era ésa, por cierto, mi primera visita a Bordeaux. El año de 1914, cuando el Gobierno Francés se trasladó a esta ciudad, poco después de iniciada la primera guerra europea y siendo yo Segundo Secretario de nuestra Legación en Francia, pasé allí unos días para instalar simbólicamente la representación mexicana en las oficinas consulares. Luego, empujado por fatalidades de la época, seguí mi camino rumbo a España, a objeto de consagrarme allá por algunos años a tareas ajenas a mi carrera oficial, pero más provechosas aún para mi carrera de escritor. Años después me encuentro como Ministro de México en París, de 1924 a 1927, y más de una ocasión hallo el modo de pasear otra vez por Bordeaux, en simples viajes de esparcimiento que han dejado como una dulce quemadura en mi ánimo.

Acuden a mí estas vivas memorias, ya angustiosas o plácidas —puesto que unas se mezclan con las imágenes de la guerra y otras con las de la paz recobrada—, y al cerrarse el ciclo, me pregunto si no hay un oculto aviso en el hecho de que ahora se me haya invitado para dirigiros unas palabras. Los espesos viñedos y las frescas rosas bordelesas que ha can-

tado el poeta Ausonio visitan siempre mi fantasía. Resulta, a la hora de sacar los saldos de mi vida, que soy más vuestro de lo que yo mismo me figuraba. Perdonadme, pues, si me fue inevitable descender a algunas intimidades, acaso para solicitar de vosotros que no me consideréis como un extraño.

Las manifestaciones de la cultura mexicana, al paso de su historia, pueden dividirse en tres grandes eras: la indígena o precortesiana, que abarca desde los orígenes conocidos y se desenvuelve en varios horizontes hasta el día de la conquista española, y cuyo verdadero sentido es arqueológico; la colonial, desde los comienzos de la hispanización y cristianización de México hasta los albores del siglo XIX; y por último el México independiente, desde ese momento hasta el actual.

Los siglos XVI y XVII comprenden la entrañable elaboración de la verdadera nación mexicana, bajo la hispánica tutela, en mezcla de razas y oscuro encaminamiento hacia sus destinos; el siglo XVIII, en su primera parte, continúa la obra anterior, y en su segunda parte, se asoma y abre a las auras de la nueva mente europea, a la vez que empieza a cosechar los frutos del humanismo mexicano, ya sólido y seguro. Del siglo XIX hasta nuestros días, podemos registrar sucesivamente la etapa de la anarquía y las luchas internacionales; la paz porfiriana y la sorda incubación de los ideales democráticos; y, al cabo, las conquistas de la revolución que, entre turbulencias y vicisitudes, nos conducen hasta la integración en que hoy descansamos.

Pueblo joven en su formación definitiva, la densidad de dolor nos otorga algo como una cuarta dimensión en la experiencia y en la conducta. Pueblo viejo en sus vetustas e insondables tradiciones étnicas, el mestizaje hace entre nosotros la función de una juventud reverdecida, así como el habernos acercado sólo desde hace pocos siglos al banquete de la civilización occidental. Y, con todo, en el continente americano hemos venido a representar aquella "ciencia encanecida" que el Egipto representaba para el Oriente clásico. Sobre la cimentación inquebrantable, el suelo indígena y la base hispánica, llovieron las influencias fertilizadoras de Francia y de los Estados Unidos, de gran trascendencia en nuestras orientaciones políticas. Y cada vez que Francia ha enviado

hasta nuestros jardines sus brisas cargadas de pólenes, ha acontecido en México, y lo mismo en toda Iberoamérica, una primavera de la inteligencia y de la poesía.

A Francia vayan nuestros votos, y a Bordeaux muy singularmente, refugio un día de los liberales españoles, y asilo de Fray Servando Teresa de Mier, precursor de la autonomía mexicana, y donde hubo un alcalde que supo ver, en la aparición del Nuevo Mundo, una lección de prudencia para el Viejo Mundo, y cuyo generoso espíritu parece que se levantaba más alto, en sus reflexiones sobre la naturaleza humana, conforme América —esta Nereida— iba sacando la cabeza por entre el vaivén de los océanos.

Julio de 1957.

163. EN UN LUGAR DE LA MANCHA

TODO eso del morrión, la celada, el salpicón, los duelos y quebrantos y demás lugares léxicos, leedlo en las notas de cualquiera buena edición, que no he de repetirlo aquí. Lo que importa —¿nadie os lo ha dicho, por imposible que parezca?— es percatarse de que, en el solo primer capítulo, se opera la metamorfosis, y el pobre hidalgo sarmentoso y seguramente mal zurcido va como cubriéndose bajo sucesivas capas de mito. La imaginación lo envuelve y transfigura, la fantasía lo va digiriendo, lo saca de la avara y gris realidad y lo vuelca al fin sobre el mundo de la quimera. Ya es nada menos que "Don Quijote de la Mancha". Todo objeto o motivo se irisa como con una ceja de luz, y el caballero va trocando en oro cuanto palpa, cuanto nombra siquiera. Henos ya en la locura, en la heroicidad:

Per me si va tra la perduta gente.

Octubre de 1957.

164. TEATRO FILOSÓFICO

La escala que va de la confianza ingenua al escepticismo, en cuanto a nuestra captación de la verdad, puede describirse así:

Éste es el teatro. Los filósofos se acomodan en primera fila y empiezan a hablar:

—He aquí la realidad, en ese escenario. (Positivismo de Comte.)

—He aquí, más bien, lo único cognoscible o razón teórica, tras de lo cual se esconde, entre bambalinas, la cosa en sí que a la postre es la razón práctica. (Criticismo de Kant.)

—He aquí simplemente la representación, y entre bambalinas se adivina agitarse la voluntad. (Schopenhauer.)

—He aquí un espectáculo. No me meto a averiguar si me ha sido o no propuesto en serio, ni lo que hay más allá de telones y bambalinas. Pienso disfrutarlo plenamente, dándome cuenta de todas y cada una de sus circunstancias, describiéndomelo a mí mismo cabalmente (Fenomenología de Husserl.)

—¡A mí, plin! (El filósofo Desconocido, con quien todos suelen codearse.)

Cuando se insiste más de lo justo en que, por ser diferente para cada persona humana su pequeño mundo particular, no es posible definir un mundo general del hombre, se cae en el relativismo subjetivo o psicológico y se vislumbra, a lo lejos, como una boca del Infierno, la amenaza del solipsismo, para el cual cada hombre es un ave presa en una jaula impermeable. De esta cárcel no podemos salir, a pesar de las embriagueces transitorias del "entusiasmo", que es textualmente un echarse fuera o un dejarse penetrar del no-yo. Así la fabulosa Ío, convertida en vaca por artimañas de Hera, no podía —al revés del torete bravo del cuento— salirse de su pellejo, aunque se espantaba de sus propios mugidos.

Octubre de 1957.

165. LA CAMPAÑA DEL GARBANZO

YA LO he contado en las *Memorias de cocina y bodega*, pero me falló el recuerdo y lo conté mal. Ahora lo voy a contar tal y como sucedió de veras, para que una vez más se aprecien las grandezas y pequeñeces del trato diplomático, y para que se reflexione una vez más en aquello de las diminutas causas y los efectos trascendentes.

El garbanzo mexicano pagaba, en el Brasil, los más altos derechos, primera columna de las tarifas. Como Embajador de México, yo tenía encargo de procurar una mejora en la situación y, a ser posible, la libre entrada del garbanzo mexicano en la ilustre tierra del Tiradentes. Nuestro garbanzo no compite con ningún producto brasileño. Allá el garbanzo ni siquiera tiene nombre propio, se le llama "grano de pico": más que bautizo, descripción (como eso de "Estados Unidos de la América del Norte"). Los muchos españoles que residen en el Brasil —singularmente en la Paulistea— consumían un garbanzo importado de Chile, pequeño y raquítico, que mal soportaba la comparación con el mexicano.

Discutí, argumenté. La negociación se prolongaba. Las cosas de palacio van despacio. No hay que impacientarse. Pero, entretanto que llegábamos a un acuerdo, se me ocurrió ofrecerle un plato de garbanzo mexicano al Excmo. Señor Afranio de Mello Franco, Ministro de Relaciones Exteriores del Brasil, insigne estadista, amigo llorado y querido, flor de brasileños, oriundo de aquella región minera donde se dan los mejores diplomáticos que en el mundo han sido, tierra castiza y de tradiciones elegantes. Lo convidé, pues, a mi mesa, y. . .

Y sucede que yo tenía una de esas cocineras negras, gordas, característico ejemplar de la raza, que alternaba el buen humor y las carcajadas con las por suerte no muy frecuentes crisis histéricas. Se llamaba Dulce, y cuando había huéspedes yo la hacía venir al comedor para que le dieran las gracias por la buena comida, porque ella lo merecía en efecto. ¡Ha-

bía que ver, había que oír sus risotadas de alegría y sus graciosos aspavientos!

Pues bien, Dulce, que sin saberlo había adquirido —no sé si en la escuela primaria o en la conversación diaria y las noticias de los periódicos— algunas nociones sobre la historia del Brasil y su antigua dinastía imperial, bautizó el garbanzo a su manera, según pronto voy a explicarlo.

Mello Franco apreció el plato de mis garbanzos mexicanos y reconoció su buena calidad, pues era hombre de paladar fino y gusto exquisito.

—Y ahora —le dije— va usted a averiguar cuál es el verdadero nombre que debe darse en el Brasil al "grano de pico". ¡A ver, que me llamen a Dulce!

Y cuando ella se presentó, llena de sonrisas y de hoyuelos, le pregunté:

—Dulce ¿cómo se llama esto en el Brasil?

Y ella contestó, en medio del general regocijo:

—Esos granitos de pico se llaman en el Brasil "los Braganzos".

¿Lo creerás, curioso lector? Al día siguiente había yo logrado una rebaja en los derechos de importación para el garbanzo mexicano.

Octubre de 1957.

166. ENTRE EL HOMBRE Y EL ÁNGEL

ALGUNA vez hemos interpretado el peso —sombra de la materia— como metáfora o más bien como ejemplo de la Caída, la Caída en el sentido teológico; y creo que, bajo la maldición del peso, hemos querido explicar hasta fenómenos de la métrica en la poesía, de la conducta en la ética. Lo mismo diríamos que el proceso del pensamiento humano, o discurso, es efecto de la pesantez, cuerda a la que vivimos atados. Pues los ángeles —según Santo Tomás—, por lo mismo que no tienen materia, no tienen peso, no se trasladan o pasan de un espacio a otro (ni el tiempo ni el espacio humanos los atan), sino que están cada vez donde se proponen estar, sin tránsito alguno, y tampoco necesitan encadenar los pensamientos ni recorrer el rosario del sorites —flaqueza humana—, sino que lo entienden y saben todo en relámpagos de intuición. Carecen de sentidos. ¿Para qué estas puertas al mundo, si no están presos entre los muros de un cuerpo? Ver, oír, oler, gustar y tocar —delicias o angustias del hombre— son cosas de nuestra pesantez material. Como somos cuerpos, poseemos un mundo, estamos en un mundo: no así los ángeles. Como somos cuerpos, poseemos y necesitamos ciencias demostrativas, o sea que nuestro conocimiento avanza por series o deducciones. Como somos cuerpos, somos una multitud de individuos pertenecientes a una especie. Pues los ángeles representan una especie única cada uno. Etcétera.

Y aun cuando entre el hombre-materia y el ángel-espíritu no pueda haber estados intermedios o gradaciones, la ciencia, que también se permite a veces soñar, ha soñado así, por boca o por pluma del mayor astrónomo contemporáneo, Fred Hoyle, en la novela que acaba apenas de publicar:

Imagina el sabio que un ente nebuloso (algo que sería un intermediario entre el hombre y el ángel), un ente en estado de materia estelar, se acerca a la tierra, causándonos de paso horrendas catástrofes, y logra entablar un diálogo,

mediante cierta clase de señales eléctricas, con un grupo de físicos.

—Vuestra primera transmisión —dice la Nube a los sabios— fue una verdadera sorpresa, pues es más que desusado el dar con animales o seres dotados de aptitudes técnicas en un planeta como éste, que es como el barrio más apartado y humilde del universo.

Los sabios piden a la Nube que se explique, y aquí es donde averiguamos algunas enfermedades o deficiencias inherentes a la materia organizada que somos: deficiencias ya no teológicas, sino científicas. Dice, pues, la Nube:

—En primer lugar, por vivir en la superficie de un cuerpo sólido, vosotros, animales humanos, estáis sometidos a una intensa fuerza de gravitación. *(Y aquí de mis teorías sobre el peso.)* Esto limita considerablemente el tamaño de los animales y, por consecuencia, el cuadro de sus actividades neurológicas. Esto, además, os obliga a poseer estructuras musculares que hagan posible el movimiento y os obliga asimismo a poseer armaduras protectoras contra los golpes externos: así, pongo por caso, el cráneo protege vuestra masa cerebral. El peso adicional de músculo y armadura todavía viene a reducir más el alcance de vuestras capacidades nerviosas. Y, en efecto, vuestros animales de mayor talla han sido sobre todo huesos y músculos, acompañados por un cerebro diminuto. Todas estas deficiencias provienen del intenso campo gravitacional a que estáis sujetos. Por eso, en general, sólo se espera encontrar vida inteligente en los medios constituidos por gases difusos, pero no en los planetas como es vuestro caso. En segundo lugar, es nuevo factor desfavorable vuestra suma escasez de alimentos químicos esenciales. Pues, para la elaboración de alimentos químicos en grande escala, la luz estelar es indispensable. Y vuestro planeta apenas absorbe una mínima porción de la luz y energía solares. En estos mismos momentos, por ejemplo, yo estoy elaborando para mi uso bases químicas que son diez mil millones de veces superiores a las que puede elaborar toda la superficie terrestre. Esta escasez de alimentos químicos obliga a vivir de garras y fauces; y resulta difícil para los chisporroteos de vuestro intelecto el lograr un sustento que compita con el hueso y el

músculo. Claro es que la inteligencia, una vez sólidamente establecida, puede competir con huesos y músculos, pero los primeros pasos son muy difíciles, al punto que vuestra condición es una verdadera singularidad entre los planetas.

Tales son, pues, la grandeza y la servidumbre de poseer cuerpo material.

Octubre de 1957.

167. DEL RELATIVISMO

LA EXAGERACIÓN del relativismo tiene dos aspectos principales: el lógico o de procedimiento racional, y el axiológico o de valoración, según que se nos niegue la posibilidad de adquirir verdades, o la posibilidad de distinguir lo bueno de lo malo, lo feo de lo bello. Así pensaron los filósofos de Megara, los pirrónicos, los escépticos en general y los sofistas algunas veces.

Éstos comenzaron prestando eminentes servicios a la educación social y política, pero acabaron por enseñar con perfecta indiferencia a defender el pro y el contra, sin importarles el bien o el mal, la verdad o la mentira: precursores de los leguleyos.

Contra tales sofistas se levantó, como es bien sabido, el genio moral de Sócrates, simbólico creador de la ética. Y Platón, su discípulo, contestó a la "homo-mensura" de Protágoras diciendo que la medida de todas las cosas no es el Hombre, sino el Bien.

En cuanto a los filósofos cínicos, concedámosles que no dudaban tanto de la verdad cuanto de las convenciones sociales, desdeñables por inútiles. No tenían razón del todo: la ceremonia ha sido en todas partes el origen de las civilizaciones.

En todo caso, se ve que, entre los antiguos, la exageración del relativismo axiológico se detuvo en la ética y no llegó a la estética. El pueblo griego estaba singularmente dotado para la creación estética —¡hasta la crítica tardó en nacer allá, como una función aislada y explícita!—, y sólo después o en otra parte encontramos pueblos *capaces* de confundir lo bello y lo feo. Pedro Henríquez Ureña cree que la insensibilidad a la belleza es inhumana, pero no la insensibilidad a la fealdad misma. Hay —dice— quienes consideran tan bello un *dachshund* como un galgo. Tal vez cabe una excusa posible: no gustamos del monstruo, pero sí del monstruo que ha

pintado Velázquez. Tal vez el perro extravagante, por lo mismo que no se halla en el plano del hombre, permite que lo contemplemos con la ironía con que se contempla un cuadro. Todos los tipos gallináceos que desfilan por el *Chantecler* de Rostand deleitarían a cualquier avicultor o coleccionista; pero al auténtico gallo galo, que los considera en su mismo plano de existencia, lo llenan de horror como verdaderas pesadillas.

Noviembre de 1957.

168. RAZAS

La teoría de las razas, descripción intrascendente de ciertas superficialidades físicas que ocupaba ya su lugar debajo de la mesa, recobró cierto valimiento durante los años de las guerras. Según las conveniencias de la política, la purísima raza blanca aceptaba en su seno a los mongoloides del Norte, a los amarillos del Oriente, a los moros de África —y expulsaba a los verdaderos arios.

Con intachable criterio de pintor, nuestro Diego Rivera sostenía que la raza blanca no es más que un desteñimiento o merma biológica, acontecidos sobre la recia y vigorosa tela que vienen a ser los pueblos de color. Pero faltaba saber por qué estos pueblos han quedado más o menos sometidos al hombre exangüe. De todas suertes, no es mala tesis para oponerla al mito de la "bestia blonda". Y tanto monta.

Noviembre de 1957.

169. BALBUCEO SOBRE LA ESENCIA Y LA EXISTENCIA

En cuanto al problema de la esencia, la existencia y sus relaciones, la lengua castellana posee peldaños que permiten escalar cómodamente estas ideas abstractas:

a) "Estar" es un hito pasajero.

b) "Ser", una permanencia.

c) "Existir", el movimiento a través de esta permanencia.

"Ser" es la persona que anda; "existir", su andar; "estar", la huella de su planta. Todos los hispanohablantes comprenden: —*Soy* un hombre feliz, aunque haya algunos contratiempos en mi *existencia* y, a veces, *esté* afligido.

De manera que de la esencia a la existencia va lo mismo que de la bala al disparo. Pero hoy los existencialistas sostienen que bala y disparo son idéntica cosa, y que esta cosa es la persona humana, única que existe, aunque no en una configuración definitiva. De suerte que el hombre se dispara solo en mitad de la nada: un punto más que las "pistolas de pelo". Así en Kierkegaard, en Heidegger, en Jaspers. Así en...

Noviembre de 1957.

170. ...Y LOS SUEÑOS SUEÑOS SON

En mi divagación "Antonio duerme" (del libro *Quince presencias)*, he ajustado a la cabeza de mi personaje algunas opiniones de Dunne. Sobre los sueños premonitorios, por ejemplo, Dunne ha construido su avenida estática del tiempo, donde los sucesos futuros están ya presentes de toda eternidad, y a través de los cuales simplemente vamos viajando y tropezando con ellos como con otros tantos obstáculos: así corre un auto por entre los árboles inmóviles de una carretera también inmóvil. Y por eso, puesto que en los bostezos del sueño se aflojan los resortes, hay a veces una anticipación, una vislumbre del próximo árbol, del próximo obstáculo. El mañana manda hasta nosotros un hálito. Pero ¿daremos crédito a Dunne, a este ingeniero militar que simplemente entretenía en tierras coloniales los ocios de la guarnición, resolviendo, con escuadra, compás y transportador, los enigmas del universo?

¡Si pudiéramos, fuera de las terapéuticas del psicoanálisis, sacar provecho efectivo de los sueños, adelantar el número de la lotería y otras cosas! La contextura del tiempo, singularmente, parece que deja ver en los sueños algunos hilos ocultos de su trama. (Aquello de la velocidad en las pesadillas cualquiera puede comprobarlo, contando lo que ha visto durante un breve cabeceo.) Y el tiempo, nadie lo ignora, es función de la libertad en su sentido más profundo. El peligro está en que un buen día sueño y vigilia se vuelvan reversibles. ¡Otra vez el pobre Segismundo! Hay miedo de irse para siempre por el túnel de una pesadilla.

Noviembre de 1957.

171. QUE TODO EXISTE

El debate sobre la existencia de Dios y la existencia de la Isla Encantada aconteció en la Edad Media, entre San Anselmo y el monje Gaunilón, llamado "el Kant medieval", según lo he contado en cierto libro. San Anselmo daba como prueba de la existencia de Dios, entre otras cosas, el que se lo puede pensar. Gaunilón le contestaba que, en tal caso, también existe la Isla Encantada, puesto que podemos pensarla. San Anselmo le hacía notar que su prueba sólo adquiría valor en las cosas absolutas, y no en las contingentes o limitadas; y que, mientras la existencia era una necesidad implícita en la esencia de Dios, tal como lo pensamos, no lo era en la Isla Encantada, pues a ésta la pensamos sabiendo y admitiendo ya que no existe. ¿Y si dijéramos, echándonos fuera de la metafísica seria, que para nosotros cada cosa existe a su modo? Demócrito sostenía que cuanto podemos expresar con palabras existe de *cierta manera*. Vamos más allá: existe de alguna manera cuanto nos pasa por la sensibilidad o por la mente, aunque no llegue a la formulación verbal, aun cuando tal formulación resulte imposible por lo indeciso de nuestras impresiones, lo vago de nuestras imágenes, lo oscuro de nuestros atisbos mentales, lo espeso de nuestro lenguaje. Tal sucede con ciertas larvas poéticas como el *Igitur* de Mallarmé —una cara que se nos borra en la sombra— y sin duda con otros muchos poemas posibles (o precisamente imposibles). El propio maestro simbolista, ante la indecisión de muchos bosquejos que nunca acertó a definir, prefirió un día quemar sus notas en Valvins, a presencia de Valéry. Existe de alguna manera (atrevámonos a decirlo) el mismo disparate, así sea la cuadratura del círculo; y la prueba (el árbol, por sus frutos) es que produce efectos: muchos enloquecen en su busca. Lo mismo diremos del "ente inútil" y el "agua enjuta" con que juega mi soneto *Enigma.*

Noviembre de 1957.

172. VOCES EN LA SOLEDAD

¿El solipsismo? No es más que una triste pesadilla. No puede siquiera demostrárselo. Tal vez sea cosa de mala digestión. ¿Y puede intuírselo? En el duermevela, no en la vigilia. ¿El yo se estremece? Sin duda cuchichea a su oído la Serpiente. El Ángel acude a su angustia:

—Tú no estás solo. Ni aun cuando, más hundido en ti mismo, exclamas acaso *anima mea!* Porque entonces te confiesas con Dios. Y si lograras entonces, a fuerza de arrobo y contemplación, echarte fuera de ti mismo, poseerías el rarísimo don del éxtasis, sólo concedido a unos cuantos (pues conviene que la mayoría se ocupe en menesteres terrestres), y para el cual hacen falta fuerzas singulares: ya notó Plotino que el éxtasis causa pavor y ahuyenta al mismo que transporta. ¿No eres creyente? Tranquilízate: en el Cielo también salvamos a los descreídos de buena fe.

Noviembre de 1957.

173. DEL VUELO HUMANO

ALGUNA vez he explicado cómo el español Fuente la Peña demostró, en pleno siglo XVII, la posibilidad lógica de la navegación aérea, y se convenció a la vez de la imposibilidad experimental o física de tal hazaña, ¡porque no se había descubierto aún el motor de explosión! Ejemplo de una obstrucción provisional, pero provisionalidad que duró unos siglos. También dije entonces cómo un pensador mexicano de nuestros días cree que el hombre puede llegar a volar por su propio impulso y sin ayuda de máquinas: suerte de levitación o don de anular la pesantez, que algunos tratados de mística conceden a los santos y que los fakires de la India pretenden adquirir mediante ciertas disciplinas. Además de mi ensayo ("Un precursor teórico de la aviación en el siglo XVII", *Capítulos de literatura española,* 2ª serie, tomo VI de mis *Obras completas),* consúltese sobre estos extremos el curioso libro de Olivier Leroy, *La Lévitation.*

Uno de los testimonios más desconcertantes es el de San José de Copertino, de quien se asegura que volaba con sólo lanzar un trino como las aves. Por desgracia su historia no inspira la menor confianza y es una humareda indecisa.

La actitud más generosa en la materia parece ser la de Pascal. Estamos —viene a decir— ante un encuentro entre dos órdenes distintos, "cuyo efecto excede la fuerza natural de los medios que lo producen". El mismo desajuste entre el orden material y el espiritual haría, pues, posible el milagro... Y estamos también, para decirlo claro y en "prosa fregona" (oh Quevedo), ante una manifiesta zancadilla a cierta ley misteriosa llamada "el principio de razón suficiente", violación que los simples mortales, los que no se tengan por inspirados, no deben admitir. Y si no, al psiquiatra.

A pesar de cuanto se haya dicho sobre el caso, considero con mente de occidental los misterios, "ilusionismos" y prestidigitaciones orientales, sin acertar a concederles categoría

filosófica o mística. Sigo pensando que no puede pedirse al individuo la evolución instantánea, por efecto de una intensa concentración mental, de la especie a que pertenece.

Me explicaré: sé, por ejemplo, que hay mariposas cuyas manchas de color imitan los ojos animales, dicen que para ahuyentar a los lechuzones. Posible es que así sea. Pero este prodigio de mimetismo, si es voluntario o cosa que se parezca a lo voluntario, se me antoja que se habrá logrado mediante un esfuerzo de la materia mantenido por varios siglos. (Y ya me temo que estoy concediendo demasiada alma a la materia.)

Pero ¿hacerme creer que un hombre, reconcentrando su voluntad, se eche a volar de pronto? ¡Oh, no! A lo sumo, si yo lograra dictar este ejercicio voluntario como herencia a mis descendientes, posible es que dentro de millares de años apareciera un hombre volátil. Verdad es que —como decía González Martínez— "todos queremos alas". Pero no es lo mismo querer de un modo vago, que sentarse a pensar intensamente en que nuestro querer se realice. Quizá cuando acertemos a tragar pastillas de tiempo comprimido acertaremos también a volar de la noche a la mañana. . .

Y al llegar aquí le ruego a mi pluma que despierte de su pesadilla y retorne a la realidad palpable. En suma, me caigo del vuelo en que me arrastraba la fantasía.

Noviembre de 1957.

174. SATÉLITES HECHIZOS

Los dos héroes se escurrieron, no sabemos cómo, por entre las páginas del *Criticón* de Gracián, y solapadamente salieron al mundo. Y hablaban así, en voz baja, para que nadie los escuchara. (Pero yo, durante mis insomnios, tengo unas orejas muy finas.)

Andrenio (el hombre).—Quisiera entender qué significa esa lunita artificial de tres meses y qué se propusieron, al inventarla, los ingenios de la Moscovia.

Critilo (el criterio).—Desde luego, sondear las capas superiores de nuestra atmósfera y lo que pueda haber más allá...

Andrenio.—¿No se habían ya empleado cohetes a este propósito?

Critilo.—Pero los cohetes no permanecen por mucho tiempo a semejantes alturas. Y los satélites artificiales vienen a ser como unos cohetes duraderos. Lo discurrió así, hace tres años, cierta conferencia científica de La Haya. Los Estados Unidos y Rusia acogieron con entusiasmo la idea. Rusia ganó el turno en la ejecución, acertando la primera, con singular pericia, a alojar un objeto voluminoso en una órbita ya libre de la atracción terrestre.

Andrenio.—¿Y qué sucederá después? ¿Será verdad que vamos camino de la Luna, como lo soñaron Verne y Wells?

Critilo.—No nos apresuremos. Todavía nos falta mucho. Aunque desde ahora, y en virtud de consideraciones "einsteinianas" de que me dispenso, ha llegado ya el momento para que los teóricos se pregunten si un posible tripulante, en viaje redondo entre la Tierra y la Luna, será, a su regreso, más viejo o más joven que si se hubiera quedado en casa.

Andrenio.—Y entonces ¿qué vamos a buscar por aquellas lejanías del espacio, cuando aquí, a vuelta de la esquina, hay tantos conflictos apremiantes?

Critilo.—Hijo Andrenio, si la ciencia no viera algo más

allá de su narices, adelantaría mucho más despacio. Sucede que por aquellas vertiginosas lejanías deseamos averiguar lo que sea "la población del espacio", para de algún modo llamarla. Es decir, la cantidad o proporción de electrones y átomos que lo pueblan, digamos por centímetro cúbico. Deseamos medir ciertos elementos que desde allá bajan a bombardear nuestra atmósfera, y medirlos en su estado primero, antes de que nuestra atmósfera los haya filtrado, partido o descompuesto: así los rayos X del Sol, los rayos cósmicos, los meteoritos más tenues, etc. Aquí el progreso inmediato no será ese cacareado viaje a la Luna, sino el lograr un satélite de inmensa altura que sea capaz de completar el giro en torno a la Tierra exactamente en veinticuatro horas. Este satélite, girando al paso de la rotación terrestre, parecerá fijo en el cielo, lo que permitirá concertar mejor nuestras medidas y observaciones.

Andrenio.—¿Y para qué ese pobre perro lanzado en el segundo satélite? ¿Es un adorno, es una gracia?

Critilo.—Muy lejos de eso, la presencia de un animal permitirá más o menos ir esclareciendo las contingencias que encuentra en los altos espacios, y poco a poco calcular los daños para el viaje humano y los remedios posibles.

Andrenio.—Empiezo a entenderlo. Y me figuro que por aquí anda también la posible averiguación de los daños que ofrecerá el viaje de regreso, puesto que a nada conduciría el viaje de "irás y no volverás".

Critilo.—Bien pensado; y no queremos pensar, hoy por hoy, en lo que puedan tardar estos descubrimientos, y en las novedades que, entre tanto, puedan venir a apresurarlos o a retardarlos. Pero hay dos puntos oscuros: es lástima, lástima grande, que esta exploración del espacio, por una parte, resulte tan enormemente costosa; y, por otra parte, que ella aparezca como un accidente en el camino de las preparaciones bélicas y las luchas internacionales. Cuando por primera vez se habló en términos científicos de satélites artificiales, se pensó más bien en la cooperación entre todos los hombres de buena voluntad, a quienes se deseaba la paz así en la Tierra como en el Cielo.

Diciembre de 1957.

175. CISNES

En su libro *Recuerdos y confidencias de un escritor* —todavía tinta fresca— Jules Romains resume sus experiencias juveniles en un tono honrado y sencillo y con seductora sinceridad. En cuanto al Simbolismo en verso (de la prosa simbolista no hace el menor caso), su generación —confiesa— se quedaba con los maestros y con los tránsfugas. Los maestros: Paul Verlaine, la gran familia de Villon, más allá de las escuelas; Stéphane Mallarmé, maravilla barroca, precioso accidente, insólita coleccioncita de obras maestras, remate y no iniciación de un camino, por más que lo llamaron profeta; Arthur Rimbaud, verdadero precursor, pero no mensajero de Dios —¡qué mensajero de Dios más bien disfrazado!— a pesar de algunos y, entre otros, Paul Claudel, a quien Jules Romains prefiere no nombrar por respeto. Los tránsfugas —de quienes no hablaremos—: Régnier, Maeterlinck, Moréas.

La requisitoria de Jules Romains es clara y directa. El Simbolismo —dice— fue un cisma, una separación. A la hora en que la mayoría desarrollaba un esfuerzo conmovedor para alcanzar la cultura, el simbolista sólo quiso tratos con las minorías y, a veces, llegó a declarar insolentemente que sólo hablaba consigo mismo. Y cuando el simbolista se refiere a su época —época llena de vigor, novedad, esperanza, y hasta amenazada ya del mal que hoy padecemos, o sea perder el gobierno de sus propias innovaciones— la declara época estancada o decadente, corroída de podredumbre bizantina. ¡El error de interpretación más enorme en que haya incurrido la literatura! Divorciado del hombre moderno, el simbolista se harta de manejar accesorios poéticos de pacotilla: esfinges, centauros, quimeras, urnas, ánforas, liras, y "de todos los seres vivientes del mundo actual, sólo admite en su bazar el cisne".

También nuestro Modernismo padeció un mal parecido,

por suerte sólo hasta cierto punto, pues la atmósfera de nuestra América es recia y penetrante y, como decía Valle-Inclán, por acá hasta los escritores son hombres de acción. También acá nos quedamos sólo con los maestros y con los tránsfugas. Como fuere, Rubén Darío, sumo y venerado poeta, se trajo consigo los cisnes. Acabó con ellos un búho, secundado por una epidemia divina de tortícolis poética. Hoy cisnes y búhos se concilian en nuestra admiración sin reservas.

Abril de 1958.

176. DE LA RECITACIÓN Y LA COPIA

CUANDO la unidad sintáctica de la frase no coincide con la unidad métrica, sino que la parte final o sobrante pasa de un verso al verso siguiente, los franceses dicen que hay *enjambement* y llaman *rejet* al sobrante mismo. Fernando Lázaro Carreter nos da este ejemplo de Leandro Fernández de Moratín:

Sé que negais vuestro favor divino
a la cansada senectud, y en vano
fuera implorarle; pero en tanto, bellas
ninfas del verde Pindo habitadoras...

Donde hay tres *enjambements* y tres *rejets*. Pedro Henríquez Ureña propuso llamar "compensación" al *enjambement*, pero al fin se ha generalizado el término "encabalgadura", usado por Dámaso Alonso. El *rejet* puede llamarse simplemente "sobrante".

Uno de los más frecuentes defectos de la recitación está en querer leer las frases de encabalgadura conforme a la lógica y no a la métrica, como si fueran prosa, sin hacer la leve pausa al final del verso que debe conservarse siempre si es que se ha de conservar la musicalidad métrica. Los versos de Moratín, mal recitados, ya no son versos, sino prosa:

Sé que negais vuestro favor divino a la cansada senectud,
y en vano fuera implorarle;
pero, en tanto,
bellas ninfas del verde Pindo habitadoras...

Cierto humorista francés copia un fragmento de versos clásicos en forma de prosa, y luego nos hace ver que, en efecto, debido a la encabalgadura, causan el efecto de la prosa. Para convertirlos en verso no basta el artificio mágico de la escritura. También hace falta la discretísima pausa de la re-

citación. Por supuesto, no ha de exagerarse esta pausa, pues como decía Maese Pedro, toda afectación es mala.

Una compañía de aficionados acaba de darnos, en México, una representación del auto calderoniano *La Cena de Baltasar*. Aunque eran buenos los actores, echaron a perder la obra por no haber respetado las pausas métricas, por recitar los versos en prosa.

Y lo peor es que estos y otros peligros semejantes no sólo acechan a los recitadores, sino asimismo a los copistas. Por supuesto, ello acontecía sobre todo antes de las depuraciones de la escritura a que estamos acostumbrados y antes de la imprenta. Sería inacabable el describir todas las trampas en que han podido caer los copistas medievales al reproducir los textos antiguos. Uno de los escribas del *De nuncio sagaci,* por ejemplo, como le faltó sitio al fin de una copia, escribió la terminación del poema a dos columnas, pero copiando en la de la izquierda un verso, y el verso siguiente a la derecha. Un copista ulterior, fundándose en él, no entendió bien el procedimiento y, reproduciendo su modelo columna a columna, transcribió primero los versos nones de la izquierda y luego los pares de la derecha, que es como si en el conocido monólogo de "Segismundo" dijéramos:

Apurar cielos pretendo
qué delito cometí.
Pero si nací ya entiendo,
bastante causa ha tenido
pues el delito mayor,
ya que me tratais así,
contra vosotros naciendo.
Qué delito he cometido:
vuestra justicia y rigor,
del hombre es haber nacido.

La cosa no hace sentido, pero el copista se quedó tan contento con su galimatías.

El prototipo de la segunda familia de manuscritos relativos a las *Argonáuticas* de Apolonio de Rodas nos muestra también un texto a dos columnas: el impar a la izquierda y, en la misma línea, el par a la derecha. Pero como a menudo ambas columnas se tocan, y como en griego no había ma-

yúsculas al principio de cada verso, la separación entre los dos versos seguidos no es muy clara. Lo cual explica las equivocaciones de cierto copista posterior, a quien le acontece dividir arbitrariamente los versos, como si en el citado monólogo de 'Segismundo' hubiéramos escrito así:

Apurar cielos pretendo ya
que me tratais así,
qué delito
cometí contra vosotros
naciendo. Pero, etcétera.

Para estos accidentes de las copias medievales no inventaremos neologismos. Les llamaremos lisa y llanamente "diabluras".

Abril de 1958.

177. LAS DIMENSIONES DEL ESPACIO

Los viajes del autor de estas notas, aunque mucho más modestos que los de Odiseo, Telémaco, Eneas, Simbad o los caballeros andantes, han sido ya poderosos a perderle libros y a revolver sus fichas y documentos. En la obra de cierto autor inglés cuyo nombre hemos olvidado (¿será W. Rouse Ball, *Mathematical Recreations*?, ¿será Augustus de Morgan, *Budget of Paradoxes*?), se describe un mundo de dos dimensiones y la posible existencia en un universo plano que careciese de esa magnitud en profundidad, orgullo del sentido común geométrico.

El conocimiento de esta dimensión en profundidad, se nos asegura, lo debemos a las experiencias del tacto y del movimiento, la manipulación y la marcha, y luego, al incorporarse ya en el orden visual, al doble esfuerzo de acomodación y de convergencia binocular. Como este esfuerzo binocular procede a su vez de dos "variables" (convexidad del cristalino y angulación de los ejes de puntería), y estas variables no son independientes una de otra, resulta que sólo percibimos una dimensión en profundidad. (Leamos lo que nos dice al respecto E. Le Roy, *Lo que la microfísica trae o sugiere a la filosofía* y olvidemos a los que voluntariamente "hacen el bizco".)

Figurémonos, pues, un mundo de dos dimensiones, como el que también imagina Poincaré *(La ciencia y la hipótesis)* para echar a andar sus explicaciones sobre las geometrías no euclidianas: Riemann, Lobatchevsky... En un mundo así, dos hombres se encuentran por la calle, andando en sentido contrario. Necesariamente, en un mundo así, uno de los dos tiene que pasar por encima del otro, a riesgo de quedarse los dos frente a frente y refunfuñando, como aquellas dos carrozas de la Nueva España que se encontraron en el callejón de la Condesa, sin que ninguna quisiera humillarse dando paso a la otra. (Es también la historia de Edipo y su padre

Layo en el desfiladero fatal.) Si a estos hombres se les hablara de un mundo de tres dimensiones, donde, en los encuentros callejeros, cabe hacer lo que el torero hace con el toro, donde hay la comodidad de "sacarle la vuelta" al prójimo, echarse a un lado y dejar pasar, no nos entenderían. Tampoco entienden nuestros sentidos (no digo que nuestra inteligencia) esas otras dimensiones que sólo vislumbramos a través de las matemáticas. Así los peces de las profundidades oceánicas se las arreglan como pueden en su universo sin luz, unos engendrándola por sí mismos, y otros, sencillamente, prescindiendo de la luz y los ojos que no necesitan para nada. Así los hombres nos resignamos a no oír ciertos silbatos que oyen los perros, o a componer los matices del mundo entre el rojo y el violeta, lo que alcanza la retina humana, aun cuando la física nos permita operar con otros colores más extremados y que nos son del todo invisibles.

Pero, volviendo al argumento, ¿acaso poseemos de veras una clara percepción de las tres dimensiones? Por lo pronto, el geómetra nos confesará que es mucho más sencillo tratar con problemas de sólo dos dimensiones y no de tres, problemas que, además, es fácil representar o proyectar sobre los planos de los arquitectos o los ingenieros. No es fácil apreciar distancias y medidas sobre la superficie de la Tierra con relativa aproximación, pero nuestro sentido de la dimensión hacia arriba o hacia abajo es muy impreciso. La "altura" de un paisaje nos parece corresponder a las magnitudes que percibimos en el suelo, y así la atmósfera nos parece extensísima hacia arriba, cuando no es más que una "cascarilla gaseosa" y equivale, con relación al globo terráqueo, a lo que sería una envoltura de papel para una bola de billar. Acaso —dice Hoyle— los volátiles posean una percepción del espacio superior a la nuestra. Nosotros —concluye— a lo sumo percibimos dos dimensiones y media. Conformémonos.

Abril de 1958.

178. EL DELANTAL

Thérèse Levasseur, vecina carnal de Rousseau por más de 30 años, dice Anatole de Monzie en *Les veuves abusives*, crea un nuevo personaje de la Comedia Humana: la sirvienta con caricias, de que pudiera buscarse el rastro y la influencia en las letras francesas (¿y en otras?), porque los amores ancilares han sido benéficos a los literatos por cuanto los libertaban de las Ninfas Egerias, de las inspiradoras absorbentes al modo de aquella Louise Colet de quien en vano huía Flaubert, cerrando las cortinillas de su coche cuando aparecía por París. Nuestro desconocimiento de las hadas en delantal —dice de Monzie— procede de una excusable carencia de documentación. El amante de la cocinera generalmente no se jacta de su conquista, sobre todo si vive entre mujeres galantes y sabias. Descartes, que frecuentó a las reinas, ocultaba sus amores con la chica que le arreglaba la cama antes de compartirla con él. La Fontaine mismo disimulaba entre burlas y mitologías sus galanteos de antecámara. Más tarde, la acompañante trágica, transformada en criadita de comedia, alcanzará éxitos menos clandestinos, pero pasajeros siempre o en calidad de mero recurso de campaña. El encanallamiento regular data de Rousseau. Y todavía olvida de Monzie el caso heroico del seductor famulario, Victor Hugo, cuyo gusto por la carne del pueblo Léon Daudet ha tenido el coraje de alabar.

Mayo de 1958.

179. APÓLOGO DE LOS TELEMITAS

ERAN tiempos aciagos. Por todas partes estallaban guerras y motines. Todas las místicas celestes y todas las vanidades terrestres pugnaban entre sí. Se vivía en continuo sobresalto. Pero nunca falta donde esconderse. Aquella discreta sociedad se había refugiado en una casona campestre que fue bautizada bajo el nombre de Abadía de Telema. Los telemitas adoptaron la palabra de Rabelais por enseña: "Haz lo que te plazca."

Pero eran gente de corazón y de refinada cultura. Y en vez de aprovechar aquel olvido en que los dejó la confusión del mundo, entregándose a los excesos y revolviendo las costumbres —como tantas veces sucede en ocasiones semejantes— decidieron distraer su mal aplacado sobresalto y esperar tranquilamente el fin contándose casos curiosos, recuerdos sacados de los libros o de la experiencia, decamerones y heptamerones de que todos, sin saberlo, llevamos colgado al cuello un rosario. Y a lo largo de cada día, se iban desensartando las cuentas.

Así lograron sobrevivir, y cuando la inercia de las cosas remansó de nuevo las aguas, no pudieron separarse más. Habían descubierto que el cambiarse narraciones y conversaciones es el uso más placentero de la existencia. Allá se recluyeron, pues, de por vida. Allá murieron, uno a uno, y los sobrevivientes iban enterrando a sus compañeros en el parque ya ensilvecido. El último no hizo más que esperar su hora, tendido bajo un árbol.

Hombres casi convertidos en árboles ellos mismos, estos monjes de la amena conversación hablaban según soplaba el viento. La orden parlante de los telemitas merece nuestro respeto y nuestra envidia.

Mayo de 1958.

180. LA ALQUERÍA

ESTO aconteció alguna vez: no me preguntéis dónde. O esto lo he soñado yo: no me preguntéis cuándo.

Era una preciosa casa de campo que, a los encantos silvestres, sumaba las comodidades domésticas. Era un grupo de veraneantes que el azar y la amistad juntaron un día en aquel recinto. ¿Quiénes eran, cuántos? Ahora lo vamos a saber.

¡Con qué dulzura, con qué sencillez de alma salubre, proveía la graciosa Amaranta a los menesteres materiales, al atuendo de la casa, a la cocina de la comunidad! Criada en finos pañales, la nueva vida que ahora llevaba la redimió pronto de aquellos resabios de señora ocupada en organizar fiestas de caridad, guarderías infantiles y otros tanteos mundanos en que su vocación había andado como buscándose. Cobró el vigor y el aplomo de una verdadera diosa campesina. Salía por la carretera a tratar con los arrieros que traían el bastimento, y volvía cargada de cestos, tarea en que la acompañaba la gente moza, coro de ninfas y silvanos. Las ninfas: Lucía y Raquel, bustos de limón real, caras de rosa; ojos apacibles, aquélla; ésta, apicarados. Los silvanos: Anselmo y Sancho, unos mellizos, unos Dióscuros de claras frentes, piernas ágiles y puños de hierro, que se distinguían sólo porque uno se ponía un clavel sobre la oreja y el otro un hacecillo de hojas.

El indumento, reducido a las modas más simples, que son también las más hermosas, corría a cargo de Sagrario y Rosario, la castaña y la rubia, y también del caballeroso Matías, que pretendía poseer el don ingénito del corte y de la costura.

La guerra —o mejor, la centinela y el acecho, pues la paz nunca llegó a ser perturbada— era incumbencia de dos apuestos dragones, buenos con el rifle y con la espada, el ex capitán Ricardo y el ex capitán Roberto, cuya engañosa suavidad de maneras escondía unos ánimos bravíos.

Todo el adorno, la decoración y moblaje ocupaban a la es-

piritada Melisendra, dama algo "evaporada" como suelen decir los franceses, y un sí es no es artificiosa; pero de muy seguro instinto para hacer confortables los interiores y acomodarlos a los gustos y hábitos de los huéspedes.

El patriarca, el viejo, el que gobernaba por la presencia como un mandarín de la buena época, allá encerrado en la biblioteca, y por paradoja el más alegre y vivaz de la partida, era Eleuterio, hombre de suma probidad, todo él comprensión, todo aceptación, rico en provechosas iniciativas y sostén moral de la diminuta sociedad.

—¿Y cómo acaba, al fin, tu cuento? —me grita una voz impaciente.

—Como tenía que acabar, como todo acaba. ¡Qué pena! Los veraneantes se dispersaron, casi no volvieron a encontrarse y hasta tenían miedo a sus recuerdos. Estas cosas no se viven dos veces. Así pensaba el viejo Eleuterio, sentado todavía en su biblioteca, de donde ya no acierta a moverse. Es el único vestigio de aquel raudo sueño de felicidad.

Mayo de 1958.

181. EL IMPERIALISTA Y LAS GALLINAS

No siempre las sociedades humanas son tan viles como se pretende. No siempre persigue la desgracia al que ha fracasado. Y hasta se dan casos singulares de hombres que deben, por decirlo así, su éxito a su fracaso, y cuya importancia social se funda toda en haber servido a la mala causa y haber salido derrotados. Tal era, en Tepic, don Agustín Bazán, un vejete que sirvió al Imperio y conservaba las modas de Maximiliano con una tenacidad atildada, entre amor de coleccionista y orgullo de conservador reacio. Procurador de Justicia en aquellos felices tiempos, convirtió en provecho propio todos sus talentos jurídicos al venirse abajo el teatro de colorines de su sueño político. Y era renombrado y famoso como enredador de leyes y procesos, hábil como ninguno para convertirse poco a poco —por una tutoría derivada en usucapión— en dueño y señor de los intereses cuya defensa le encomendaban, un arte en que descollaron muchos abogados de la curia.

Todos miraban a don Agustín con un sentimiento parecido al respeto. En suma, era un imperialista que tenía el valor de no ocultarse, y de que quedaban ya tan pocos ejemplos. Objeto de museo y curiosidad de la comarca. Además de que el talento —cualquiera que sea su tinte moral— provoca la admiración de la gente. Tal es la compensación de los valores humanos, conforme a una balanza cuyas conmensuraciones siempre acatamos, aunque no logramos definirlas.

Una vez don Agustín Bazán tuvo a su cargo cierto juicio sobre la célebre hacienda de Miravalle, antiguo marquesado. Y como se las arregló para quedarse con la hacienda y demostrar que era suya, siempre persiguiendo sus quimeras de cortesano sin corte y noble sin grandeza, quiso llamarse, para en adelante, don Agustín de Bazán, marqués de Miravalle. Tan creído como todos los profanos en que esa partícu-

la *de* —simple asidero gramatical en español— es signo de jerarquía, según lo es en otras lenguas de Europa.

Pero le entregaron la hacienda —después de tres años de disputas— con sólo las doscientas gallinas que constaban en los títulos, y él no pudo quedar conforme. Porque —alegaba— tantas gallinas, por término medio, ponen tantos huevos al día, tantos al mes, tantos al año. Y, según estadísticas de avicultores de la región, la bondad del clima y la mortalidad media permite que, de estos huevos, se logren tantos más cuantos. Con que, a tres años, según cómputos cabales, le debieran entregar no menos de cinco mil gallinas.

Su contrincante tuvo entonces una ocurrencia digna de Sancho.

—Señor marqués —repuso—, si la escritura dice que hace tres años había doscientas gallinas, en ninguna parte dice que hubiera gallo. Los huevos no fecundados no dan pollos. De modo que confórmese con las doscientas gallinas, que harto hago en entregárselas vivas, cuando, según la mortalidad media y esas estadísticas en que usted es maestro, debieran haberse muerto todas en tres años.

Y esta vez don Agustín de Bazán se dio por vencido.

Me lo contó hace años Enrique Freyman en París, pero ignoro si lo sacaba de la tradición oral o de algún relato ya publicado.

*Mayo de 1958.**

* El texto siguiente, 182, "Las disyuntivas de Goethe", pasará al tomo XXV, junto a otros estudios goetheanos.

183. ANALFABETISMO

Si Dios alimenta al gavilán, también protege a los inocentes. El Cine ha dado boga recientemente a aquel cuentecito de Somerset Maugham sobre el millonario analfabeto. Y Balzac *(Las ilusiones perdidas)* nos pinta, en aquellos tiempos, a cierto impresor de Angulema que no conocía ni la *o* por lo redonda, e hizo, sin embargo, una fortunilla. Es más: aunque se esforzó para que su hijo estudiara en París junto al célebre Didot, se atrevió a decirle: "¡Cuidado! Un impresor que lee libros no sabrá imprimirlos nunca."

El analfabetismo admite grados. Hay el analfabetismo absoluto, en rama, y es el más honesto de todos, el que merece bien del cielo. Hay el analfabetismo sin disculpa, el odioso analfabetismo de la joven María Antonieta. Hay, entre otros, el analfabetismo a medias, el de los empleados y sirvientes de hotel que van a los Estados Unidos y aprenden a hablar inglés, pero no a escribirlo. Hay cierto analfabetismo paradójico, que admite el conocimiento del leer y del escribir, pero que, por algún defecto en la ósmosis o permeabilidad psicológica, no deja del todo que la letra entre en la intuición, con sangre ni sin sangre. Gente conozco yo, y la conoces tú, disimulado lector, que cuando se le ofrece leer suda y tartamudea aunque propiamente sepa leer; y cuando se le ofrece escribir, aunque no lo ignore, padece verdaderas angustias, y la pluma le pesa mucho más que un remo de galera. Sé de alguien que prefiere las molestias del teléfono internacional antes que decidirse a borronear una tarjeta o telegrama.

Todos estos "caracteres" me parecen todavía candorosos y amables ante el más abominable de todos: el desalfabetizado voluntario, el que pasó por los libros y aun se graduó en alguna profesión liberal, y luego, dedicado a otra cosa, cerró los libros para siempre y los consideró en adelante con asco

y disgusto, y hasta le importuna el periódico cuando da con él de casualidad.

¿Que este personaje no existe, que lo he inventado yo? Lector, yo no me atrevo a citarte nombres propios, no quiero disputas. Si tú no me crees bajo palabra, mejor será que no me leas; con lo cual, al fin y a la postre, pierdes poco, pero empezarás también, por tu cuenta, un lamentable proceso de "desalfabetización".

Junio de 1958.

184. IBN-JALDÚN

A COMIENZOS del siglo XV, Damasco cayó en poder del conquistador tártaro Tamerlán. Entre los negociadores y jurisconsultos árabes que fueron descolgados con cuerdas desde lo alto de los muros para arreglar los términos de la rendición, encontramos al filósofo de la historia Ibn-Jaldún, a quien Toynbee ha comparado con Tucídides, Maquiavelo y Clarendon, haciendo notar todavía que éstos son representantes de épocas esplendorosas, en tanto que el teórico tunecino (*vivevat* 1332-1406 de nuestra Era) es como un astro único en medio de una región desolada. Sarton lo compara también con Bodin, Vico, Comte y Cournot entre los modernos, y entre los medievales, con Otto von Freising y Juan de Salisbury; y todavía Flint añade al cortejo los nombres de Platón, Aristóteles y San Agustín que, a su ver, no lo igualan como teóricos de la historia. Hoy se lo considera, en efecto, como un eminente precursor, y Rosenthal, en reciente conferencia de Londres, lo pone sobre los cuernos de la Luna.

Su obra abarca las cuestiones del método, la geografía, la económica y las finanzas públicas, los problemas de la población, la investigación sobre orígenes y evoluciones de la sociedad y el Estado, la religión, la política, la cultura, y por último ciertas consideraciones metafisicorreligiosas: Dios, el ser, el conocimiento, las operaciones mentales de la lógica.

Sus principios sociológicos —fundamento de su actual renombre y su título de iniciador— pueden resumirse de este modo:

1) Los fenómenos sociales parecen obedecer a leyes, no tan absolutas como las que rigen los fenómenos naturales, pero lo bastante regulares para reconocer en ellas secuencia y consecuencia.

2) Estas leyes operan en las masas, y no se las podría percibir en los casos individuales. Se advierte que Ibn-Jaldún no

se detiene mucho en la posible influencia de los héroes, los providenciales, los grandes hombres, a quienes concede escaso crédito.

3) Las leyes sociales sólo pueden trazarse mediante la observación de numerosísimos casos, ya del pasado o del presente.

4) Leyes semejantes operan en estructuras sociales semejantes, aunque las separen enormemente el tiempo y la distancia. Las apreciaciones de Ibn-Jaldún sobre el nomadismo valen igualmente para los árabes beduinos (preislámicos y contemporáneos), los bereberes, los turcomanos y los kurdos.

5) Las sociedades no son estáticas. Cambian y evolucionan. El único factor de este cambio expresamente nombrado por Ibn-Jaldún es el contacto entre diferentes pueblos y clases, sus mezclas y cambios. Esta limitación es acaso el punto débil de su sistema.

6) Las dichas leyes sociales no son meros reflejos de los impulsos biológicos o de los factores naturales, aunque reciben influencia de los ambientes, climas, alimentos, pero mucho más se gobiernan por las circunstancias de cohesión, trabajo, riqueza, etc. El carácter levantisco del beduino o la astucia de los judíos no derivan de motivos étnicos, sino de las condiciones de su vida y de su historia.

Bajo su tienda de campaña, Tamerlán (el poder) escucha asombrado a Ibn-Jaldún (el teórico del poder), que le dice en su admirable lenguaje de poeta filósofo: "Sabed que el pasado se parece al futuro como el agua se parece al agua."

Junio de 1958.

185. EL ESCÁNDALO DEL CARAVAGGIO

De cuando en cuando, los esfuerzos de los artistas por pintar de nueva cuenta y según interpretaciones personales, no basadas en las tradicionales rutinas, las escenas de las Escrituras chocan contra la opinión vulgar, que considera irrespetuoso o herético cuanto le parece real y vivo.

Hacia 1593, el revolucionario Caravaggio causó un escándalo con el San Mateo que le pidieron para una iglesia de Roma. El santo aparece allí escribiendo su Evangelio. Naturalmente, como en toda obra de inspiración, un ángel lo ayuda en la tarea. El santo es un pobre publicano, regordete, calvo, rústico —tal vez así era San Mateo—, que está mal vestido y mal sentado, y no disimula el esfuerzo que le cuesta trazar las letras. Tal vez gesticulaba al garrapatear sus renglones, como suelen todos los ignorantes. El joven espíritu angélico que lo asiste contrasta con la humana pobreza del evangelista y le lleva la mano como se hace con los niños. La gente no pudo tolerar la sinceridad del pintor. El cuadro, rechazado, puede aún verse en el Museo Federico de Berlín.

Caravaggio recomenzó la tarea, y esta vez se sometió a la mentira convencional. Inútil, casi, describir la obra, que se halla en el Convento de San Luis de los Franceses, Roma. El santo es un anciano venerable, con una preciosa barba de nieve, envuelto en un manto, nimbado por un halo de luz, reclinado graciosamente en el pupitre. Sobre su cabeza vuela un angelito y le dicta cosas al oído. Junto al otro ángel dulce y paciente que llevaba la mano al evangelista y pisaba el suelo como él, este angelito "angelicado" vale muy poco. Junto al Mateo terrestre, este Mateo "angelicado" nos resulta del todo insípido. Es un buen cuadro, sí, pero carece de sinceri-

dad y no logra, como el anterior, "morder" en el ánimo del que lo contempla.

Imaginemos lo que serían las narraciones de Bernal Díaz del Castillo corregidas por mano de don Antonio de Solís.

Junio de 1958.

186. EL DISCO

CIERTO director de deportes explicaba minuciosamente las posturas y movimientos con que se ha de lanzar el disco, y casi ejecutaba para nosotros una suerte de danza gimnástica, torciendo la cintura y dando la vuelta como resorte que se desenrolla, para que mejor lo entendiéramos.

—Cada uno a lo suyo —le dijo el profesor Gombrich, gran conocedor de historia del arte—. Yo no niego que esas actitudes y volteretas sean las más adecuadas para el lanzamiento del disco. Lo que quisiera advertirle a usted es que ese deporte, practicado en la Antigüedad, cayó en desuso, y luego, no sé cuándo, se lo resucitó según documentos de la escultura, según reliquias del arte greco-romano. El escultor Mirón, más o menos contemporáneo de Fidias, hacia 450 a.C., nos ha legado la célebre figura de su Discóbolo o lanzador del disco. No conservamos el original, sino varias copias fidedignas. La más notable es un mármol romano que se custodia en la Gliptoteca de Munich. Representa al atleta en la actitud de lanzar su disco. La actitud es tan convincente que los deportistas modernos han tomado como modelo esta escultura, y procuran, conforme a ella, reconstruir el juego de antaño. Esto es ya mucho menos convincente de lo que a primera vista parece. Se ha olvidado que la obra de Mirón no procede de la "instantánea" o el *still*, sino que es una obra de arte, mucho más que un documento. Si la observamos cuidadosamente, advertimos que Mirón ha logrado esta pasmosa ilusión de movimiento mediante una simple y acertada adaptación de métodos artísticos muy antiguos y tradicionales. La escultura procede, nada menos, de los venerables cánones egipcios. Como los artistas del Nilo, Mirón presenta el tronco de frente, y las extremidades (piernas y brazos) de lado, para dar la visión más característica de todas las partes del cuerpo. Mirón pensaba en satisfacer este principio estético: ofrecer, como el egipcio, la mayor cantidad de realidad al bulto del

cuerpo humano. Sólo que, griego al fin, hizo circular la animación de la vida por el rígido armazón del egipcio. Que esto sirva o no al verdadero deporte, es asunto ya de los atletas: a mí no me importa.

—Pero, señor profesor, ello es que así se lanza el disco en la forma mejor y más eficaz.

—Lo cual corrobora una vez más —repuso el profesor— que el arte y la vida...

Pero ya no hay para qué seguir el cuento.

*Junio de 1958.**

* Los textos siguientes, 187, "De Lucrecio", y 188, "Más sobre Lucrecio", pasaron a *Rescoldos de Grecia,* OC, t. XX.

189. EL ENIGMA DE 'DON QUIJOTE'

LA MEJOR novela del mundo —acaba de decir Mark Van Doren refiriéndose al *Quijote*— posee esta singularidad: no hay dos lectores que, al leerla, lean el mismo libro. La infinidad de interpretaciones es garantía de la vitalidad de la obra. Y todavía no hemos agotado sus muchos sentidos posibles. Lo único inadmisible es entender el *Quijote* —según se hizo alguna vez— como una alegoría sistemática. No: en el *Quijote* no hay sistema, y su vastedad y complejidad son tan enormes, que —sin paradoja puede decirse— se sale de la literatura y es un fragmento más de la vida.

Ahora Van Doren confiesa que, a su sentir, 'Don Quijote' no es un caballero errante, sino un histrión. Un histrión a lo sublime, se entiende; un histrión que mantiene y exalta sus simulaciones hasta la heroicidad, y aun se juega la vida en ello si hace falta. Pero ¿dónde está la frontera entre la cordura y la locura, entre la simulación y la sinceridad candorosa?

Por esta indecisa frontera anduvo vagando muchas veces el pensamiento de Cervantes, y no sólo en la historia que sirve de nervio al *Quijote,* sino en varias *Novelas ejemplares* y en episodios y anécdotas que sirven de cortejo a las peripecias del Caballero de la Triste Figura.

Lástima que Van Doren no haya citado el ensayo de Papini que acaso le ha servido de inspiración: *Don Chisciotte dell'Inganno* (Florencia, *La Voce,* 1916). Hace muchos años, al reseñar esta página ingeniosa y brillante —algo arbitraria, claro está, puesto que lleva la firma de Papini— recordaba yo que, en tono más discreto, había sostenido ya la misma tesis el escritor argentino Alberto Gerchunoff *(Nuestro Señor Don Quijote,* Convivio, San José de Costa Rica, 1916: ver mi reseña en *Entre libros)*. 'Don Quijote' imita a los caballeros

andantes para salirse con la suya. Necesita errar a su sabor (en los dos sentidos de "errar") y éste es privilegio que sólo se concede a los locos. Los hombres creen burlarse de él, y en verdad le sirven de bufones.*

Julio de 1958.

* Ver mi *Marginalia*, 2ª serie, "Epílogos" de 1953, nº 19.

190. DE SPINOZA Y DE HOBBES

La historia de la filosofía registra en sus fastos ciertas obras, como la *Antropología* o *La religión dentro de los límites de la razón pura,* de Kant, que todos declaran considerar con respeto aunque casi todos las ignoran. Las obras políticas de Spinoza, sólo frecuentadas por el especialista, merecen la consideración general concedida al nombre del autor, y asimismo, se las estima porque se sabe más o menos que Spinoza es más leal en sus conclusiones y más favorable al gobierno democrático.

La comparación con Hobbes no es inoportuna. Nos hace ver la fuerza y la debilidad del naturalismo en la teoría política. Tanto Hobbes como Spinoza escribían en épocas de honda turbulencia civil y teológica, y la filosofía era para ellos un medio de procurar prontas y urgentes conclusiones no sujetas a las pasiones que por todas partes los rodeaban. Ambos estaban asqueados de las supersticiones en que los reyes se apoyaban y que justificaban los alzamientos y rebeldías. Estaban hartos de persecuciones e intolerancias, y de eso que hoy llamaríamos el estilo "ideológico" de la política. (Aunque la palabra "ideología" ha sufrido tantos trastornos, desde los días en que Napoleón la usaba despectivamente para los filósofos, que hoy nadie sabe ya lo que significa.)

Nuestros dos teóricos querían estudiar los impulsos del hombre como Galileo había estudiado el rodar de una esfera en un plano inclinado o el movimiento del péndulo en situación de desequilibrio. Su propósito no era planear o predicar, sino demostrar a sus descarriados contemporáneos los rectos fundamentos de la república o, en las palabras de Spinoza, "establecer, mediante razonamientos sanos y concluyentes, y deducir de la verdadera naturaleza humana tan sólo los principios e instituciones, que mejor convienen a la prácti-

ca. . . , con la misma objetividad de las investigaciones matemáticas. . ." Sí, sí, política ideológica o política naturalista: sigue hablando, que yo te conozco, mascarita, aunque uses todos los disfraces.

Julio de 1958.

191. ORLOWSKY

Boni de Castellane *(Comment j'ai découvert l'Amérique)* cuenta que se batió con el Conde Orlowsky con motivo de la "cuestión Dreyfus". ¡Lo que hacen los años! No compagino yo fácilmente a este joven Orlowsky, apasionado por una causa social, con el *vieux beau* que conocí años más tarde en España. Orlowsky era Ministro de Polonia y se presentaba en las ceremonias públicas con su espléndido uniforme de Caballero de Malta, parecido al traje de los mosqueteros: capa roja, bota fuerte, espada, sombrero de blanco airón que "hacía juego" con su espeso bigote blanco. Bajo aquella capa roja se escondía un buen bebedor, o mejor un humorista escéptico, un mundano que ya había vencido los fanatismos y las pasiones.

—A mí —decía— me mantienen dos mujeres: mi esposa, una rica chilena, y la República de Polonia.

Del representante de Grecia, el joven Láskaris, me dijo un día:

—Es un muchacho simpático. Yo, en mi fuero interno, siempre lo llamo "Clítoris".

Sentado Orlowsky a la bigotera de un coche, el coche paró de repente, y un señor amigo suyo que iba en la testera cayó sobre él, dándole una cabezada en el vientre. La cosa no tuvo consecuencias, pero Orlowsky se arrodilló ante la mujer de su amigo y le besó las manos, dándole las gracias por su virtud.

—¿Cómo así?

—¡Evidente, señora! Si su esposo llega a tener cuernos, me vacía la barriga.

El rey Alfonso XIII solía hacer chistes —como si tuviera ya un claro presentimiento de lo que después había de sucederle— sobre la profesión que él escogería en caso de abandonar el trono.

—*Votre Majesté ne sera plus roi, mais Votre Majesté sera toujours "Alphonse".*

El chiste no le hizo gracia al monarca, y Orlowsky se fue de Madrid.

Más tarde, en México, en la Legación de Polonia, encontré como Secretario a un mozalbete Orlowsky. Me apenó darme cuenta de que ignoraba lo que había sido su tío, el león de las cortes europeas.

Agosto de 1958.

192. MIS GATOS

...Y va de recuerdos. Sin que pretenda yo rivalizar con Théophile Gautier *(Ménagerie intime)*, hoy quiero contar de mis gatos.

En mi Monterrey natal, la autoridad paterna sólo admitía en casa animales útiles. Es decir que —los caballos aparte, a los cuales no hay que defender porque el caballo, más que un animal de por sí, es la mitad del centauro, y sin contar los pavos reales, con quienes el trato es algo distante, que más bien son arbustos movibles y asuntos del paisaje—, mi infancia sólo tuvo verdadera familiaridad con el perro ratonero. Los gatos eran mis enemigos: se les perseguía en huertas y corrales cuando venían a robarse las gallinas, se organizaban campañas contra ellos, unas veces con pequeños rifles del "veintidós" y, en último caso, a estacazo vil y a pedradas. Se refugiaban, echando fuego por los ojos, en la oscuridad de algún desván, y allí esperaban la noche propicia para venir a forzar los alambrados del gallinero o las jaulas de los canarios. Eran decididamente seres malignos. Como el oso hormiguero en *El colmenero divino* de Fray Gabriel Téllez, formaban parte de la mitología satánica.

Las cosas cambiaron. Cuando acepté el primer felino doméstico ya vivía yo en México, y ya la literatura y Baudelaire me habían aficionado a la idea del gato. Una gatita famélica llamó a mi puerta un día de invierno, pues la cosa fue como en las fábulas; una gatita niña que no supo decir quién era ni de dónde venía. Para molestar a la gente, la bauticé con un nombre tomado del *Cancionero de Baena:* Juan Álvarez Gato.

—Juana —me rectificaba la gente— puesto que es gata.

Pero ella sólo entendía por Juan. Tenía un invariable buenhumor; daba las gracias de algún modo después de tomar su plato de leche; sostenía diálogos, contestando a maullidos; se enfurecía contra el espejo y buscaba, detrás, al invisible adversario; saltaba a mi mesa y casi usaba de mi pluma. En

cuanto yo empezaba a escribir, el rasgueo la ponía fuera de sí, y tiraba zarpazos contra la pluma, contra el hilo de tinta que iba saliendo de la pluma. Ella me enseñó a rasgar los manuscritos: gran lección.

Poco después entró en casa un precioso gato de Angora, Salmerón, de pelo esponjado, blanco y sedoso, la cola hecha girón de nube. Tenía un ojo rojo y el otro verde, y movía la carita de un modo extraño y, a mi ver, enfermizo, como para hacer bailar y cambiar a voluntad los colores del mundo. Era bello y estúpido y no se podía contar con él para nada, de modo que la plebeya Juan Álvarez ni siquiera se sintió celosa. El angora tenía la costumbre de imprimir su sello en todos los objetos. Si me llegaba un libro nuevo, el angora se daba cuenta al instante de que ése no había sufrido aún su censura. Entonces se alejaba un poco, disimulando, y de lejos, con una puntería infalible, lanzaba sobre el libro un saetazo líquido, pestilente como el del zorrillo. Se le veía agitar la cola, presa de una nerviosa vibración, y había un breve brillo por el aire. Era todo: ya había hecho lo suyo el animalito. Alguien lo acabó de echar a perder enseñándole a comer sardinas y a beber vino blanco. Fue a morir entre otros aristócratas imbéciles de su casta.

A la misma época pertenece Onfalia, la gata gigantesca y hercúlea, la de pelo blanco, duro y corto, la gata de ancas de mujer y de hocico prognato, cuya raza nunca descubrimos. Un misterio la rodeó siempre y su historia es trágica. Consintió en vivir a mi lado, pero sin plegarse a mis gustos. Cuando comía, peleaba con los trozos de carne, los asaltaba y rugía, y entonces era peligroso acercársele. Tenía una majestad de reina. No hablaba nunca. No le gustaba pisar el suelo: saltaba de uno en otro mueble con vertiginosa acrobacia. Ocupaba siempre el fondo de mi sillón, y de allí no la podía yo sacar. Aunque le diera empellones, aunque me sentara encima de ella como en una yegua poderosa, Onfalia no se daba por entendida.

Un día, entre el cañoneo de la decena trágica, entró en furor. Corrió por toda la casa como enloquecida, y se la vio desaparecer, volando casi, por el balcón de un segundo piso. ¿Onfalia convertida en astro? No: la historia es más miste-

riosa. Poco después, al subir a un tranvía acompañado de Pedro Henríquez Ureña, tropecé con una mujer que bajaba y que, visiblemente, quiso esconder el rostro. La duda no era posible: la misma mirada, la misma corpulencia musculosa, el mismo andar, el mismo hocico.

—¿Has visto? —le dije a mi amigo.

—Sí. Calla. No digas nada. Puede ser peligroso. Uno no sabe nunca lo que hay en estas cosas. Evidentemente, esa mujer es Onfalia.

(Pedro ha escrito después cierta historia de los "nahuales.")

Y aquí acaba la primera época, porque embarqué entonces para Francia, dejando a la fiel Álvarez Gato en manos de un amigo.

Y viene la segunda época, los gatos de Europa. Allá comprobé que estos animales poseen instintos suicidas. En París la siamesa Zizitte del escritor peruano Francisco García Calderón, experta en rasguñar las pantorrillas y desgarrar las medias de las señoras, se tiró varias veces a la calle desde un balcón alto, y se fue rompiendo a pedazos como "el prometido de Aurelia", en aquella historia de Mark Twain. En Madrid, el gato de mi hermano acabó también con su vida mediante una heroica "defenestración", parece que por huir de las diablura que le hacían mis sobrinos. "¡Qué envidia le tengo!", me decía mi hermano. En Madrid también, entró a casa Pepe Bufa I, magnífico aunque de casta plebeya, que durante la estación invernal me hacía de abrigo al cuello, que era sociable y muy parrandero (desaparecía por las noches y volvía de madrugada), que padeció bajo las pedreas de unos albañiles cuando me lo ataron en cruz colgado a una barda, y que se alejó para siempre porque (a diferencia del duende de Heine) no quiso mudarse de casa con nosotros. A la nueva casa vino Pepe Bufa II, cruzado de Angora y gato de los tejados, presente de Luis G. Urbina a mi hijo. Luis me lo envió un día con ese lindo soneto reproducido en mi *Pasado inmediato* y en mi volumen de versos propios y ajenos llamado *Cortesía:* "Te envío, hermano Alfonso, la traviesa criatura. . ."

No quiero olvidar al noble gato de la Embajada de España

ante la Santa Sede (Roma, 1924), que siempre usaba el ascensor.

Y luego, en París, allá por 1925, compramos en diez francos de entonces una ridícula gatita que no los valía, y tan insignificante que el perro Boby —un *fox terrier* de noble alcurnia— ni siquiera se molestó en molestarla. Su única gracia era llamarse Kikí, como la inmortal y llorada modelo de Montparnasse, de quien algo he dicho en mi *Calendario*.*

Agosto de 1958.

* Ver en esta 2ª serie de *Burlas veras*, "Los pavos", nº 127.

193. NOTA SOBRE MI ODA "EL DESCASTADO"

POR mi cuenta, instintivamente, cuando, en el Guadarrama y el año de 1916, escribí la oda "El descastado", se me ocurrió hablar así de la Necesidad:

...como la cintura de Saturno, ciñe al mundo la Necesidad:
la Necesidad, maestra de herreros,
madre de las rejas carcelarias y de los barrotes de las puertas...

Con sorpresa he descubierto después que, en una oda de intensa inspiración griega (libro I, nº 35 "A la Fortuna de Ancio"), Horacio nos muestra, precediendo el paso de la Fortuna, "a la dura Necesidad, que lleva en su mano de bronce los clavos, las cuñas, el terrible gancho, el plomo derretido".

Lo que el colombiano Ismael Enrique Arciniegas traduce así:

Va la crüel Necesidad delante
de ti, llevando entre su puño fuerte
clavos enormes y terribles cuñas
e instrumentos de horror y plomo hirviente.

Tal es el arcaico tema de los dioses que ligan, atan o desatan, propiamente representado en el herrero Hefesto (Vulcano entre los latinos), el que inmoviliza a Hera en un trono mágico y aprisiona en una artificiosa trampa a Ares y a Afrodita, dioses adúlteros.

El tema aparece en mil lugares de la antigua mitología; y del poder místico, que encanta o paraliza a los seres, evoluciona, racionalizándose, hacia el poder material de las ataduras o cadenas, los clavos, las soldaduras metálicas.

En las mitologías hindú, céltica, germánica, latina y griega —explica Georges Dumézil—, se opone radicalmente el dios combatiente, provisto de armas ofensivas, al dios que domina mediante poderes invisibles: Indra somete a Varuna; Thor,

a Odín; Marte a Júpiter; Zeus a Urano. Hermes, el de las mil mañas, no debe olvidarse en este desfile. Ni Tifón, el gigante que un día aprisionará al propio Zeus.

Jesús da a Pedro el poder de atar y desatar. Esta promesa se esclarece a la luz de un vasto contexto de creencias relativas a las puertas y llaves, así como a los objetos mágicos que abren cerrojos y rompen las cadenas. Las referencias son algo escasas en las regiones superiores del pensamiento griego, pero fáciles de encontrar por ser eminentes. Homero y Esquilo describen "la red de la Necesidad". Píndaro dice de la benévola Tranquilidad, hija de la Justicia, que ella posee "las llaves supremas de las guerras y de los consejos". Aristófanes recuerda que Hera guarda las llaves del matrimonio. Plutarco llama a la Moira, hija de Ananque, porta-llaves de todo encierro (solución de toda atadura). Hefesto, que comienza su carrera como dios mago, capaz de inmovilizar a la criatura animada y de animar al muñeco, resulta, en la era histórica, el dios artesano, maestro de los herreros. A ojos de los griegos, que no son acentuadamente místicos, las ataduras de bronce forjado a martillazos sobre los yunques interesan más que las marañas de fuerzas invisibles, misteriosas causas del estupor. Alejandro —según la leyenda, aunque una leyenda poco autorizada— no rompe el Nudo Gordiano con sortilegios, sino de un machetazo.

Septiembre de 1958.

194. EL BÁLSAMO UNIVERSAL

REFIÉRESE en el Franco Condado un cuento tan singular que no sé si acertaré a repetirlo. Sin embargo, helo aquí.

Un alquimista de Besanzón, a fuerza de trabajo y pesquisas, había descubierto la piedra filosofal, el elixir de larga vida y el llamado bálsamo universal. El primer descubrimiento le aseguraba la riqueza; el elixir, la longevidad y casi la inmortalidad; pero no se sabe por qué su virtud no podía transmitirse a nadie, fuera de su afortunado inventor. En cuanto al bálsamo —antecedente de la ampolla de Fierabrás que Don Quijote traía consigo— curaba todas las heridas en un santiamén y sin dejar cicatriz alguna.

Pero la gente era descreída, y el sabio, para demostrar la eficacia de su bálsamo, se cortó diez veces la mano y aun la cabeza, si hemos de dar crédito a las crónicas, y luego al instante volvió las cosas a su estado primero, sin pena ni dificultad. Ni así logró disipar la desconfianza de los vecinos. Pues los ignorantes decían: "es un mágico que nos alucina"; los médicos: "es un charlatán"; los devotos: "un endemoniado"; los frailes: "un diablo en persona".

El alquimista ofreció importantes sumas a quienes aceptasen someterse a la prueba, respondiendo del éxito nada menos que con su vida. Al fin hubo tres saboyanos que se prestaron a ser "operados sin dolor". A éste le cortó el alquimista la mano izquierda; a aquél le sacó los ojos (¡válgame Dios!), y al otro le arrancó nada menos que los intestinos.

Para mejor mostrar el milagro, alguien pidió que se dejase un intervalo entre el mal y el remedio. "Esperemos hasta mañana", dijo el alquimista sonriendo. Y se llevó a casa miembros y entrañas, y encargó a su ama que lo pusiese todo en salmuera y lo guardase con cuidado. Descuidóse el ama, y el gato se llevó la mano, y el perro se comió lo demás. El ama, por no descubrirse, mató al gato y le sacó los ojos, com-

pró las tripas de un cerdo, y cortó la mano de un ratero ahorcado aquella misma mañana.

Al otro día, ante el vecindario de Besanzón, el sabio puso al manco la falsa mano, sin hacer caso de que el paciente resultó ahora con dos manos derechas; al ciego le ajustó los ojos del gato, y al destripado, los intestinos del cerdo. Todo resultó a maravilla, y el pueblo aclamó entusiasmado. Los saboyanos desaparecieron, muy contentos de su recompensa. La Inquisición, que ya comenzaba a hacer de las suyas en el Franco Condado, amenazó al mágico, el cual prefirió mudar de aires.

Un año después, los tres operados se encontraron de casualidad. "Yo —confesó el primero— con esta mano que era izquierda y se me ha vuelto derecha no puedo menos de robar cuanto encuentro." "Yo —dijo el segundo— veo ahora más claro de noche que de día." "Pues yo —declaró el tercero— he adquirido gustos insospechados, y me da por comer siempre en compañía de los cerdos."

Quédese para mañana la moraleja, y todo en paz.

Septiembre de 1958.

195. LOS PRINCIPIOS HISTÓRICOS

CUANDO el profesor anunció haber descubierto aquella mañana los principios número trece y catorce de la filosofía de la historia, como estábamos en una Universidad alemana, hubo un estrepitoso pataleo, que era la manera de aplaudir.

—El principio número trece, señores míos, puede llamarse la ley de las exorbitancias, y dice que los pueblos como los hombres pasan siempre de un extremo a otro, cuando se cansan o rectifican, sin acertar a detenerse nunca en el justo medio, pues es mucho más fácil dejarse arrastrar a los excesos que mantenerse en el áureo punto aristotélico. Y aquí obra el principio número tres o de la economía de esfuerzo que ya nos es bien conocido. Pues el camino medio, lejos de ser una zona estática y neutra, es el centro explosivo de las electricidades contrarias y resulta tan difícil de mantener como lo es el equilibrio en la cuerda floja del acróbata.

Nuevo y largo pataleo. Cuando sobreviene el silencio, el profesor continúa:

—El principio número catorce, señores míos, puede llamarse la ley de la simplificación. Cuando una cultura llega al límite de su desarrollo, sigue produciendo, en modo de superfetación, complejidades inútiles y estériles. Sobreviene entonces la fatiga de las sociedades. Se aspira a la simplificación. Grecia sonríe ante las multiseculares solemnidades de las teocracias asiáticas; suelta la carcajada; hace hasta cuentos picarescos con sus propias divinidades; asoma, entre los enigmas pavorosos del Oriente clásico, con las insolencias de la razón, que es una simplificación de la mente. Mahoma, ante las complejidades de la filosofía religiosa que va cundiendo por el mundo, lanza un hálito simplificador, un ventarrón de monoteísmo abstracto y sin ídolos, que casi barre con toda Europa. Así pues, no quiere esto decir que la simplificación triunfe necesariamente, pues la última palabra es del armamento, fuerza de la pesantez material o sea

del Demonio. Cuando una nueva doctrina religiosa o social (da lo mismo en el fondo) proponen simplificaciones hay en todo caso probabilidades de que domine al mundo. Pero cuando esta nueva doctrina revolucionaria, como en nuestros días, se llena de neologismos y alambicamientos conceptuales, le costará mucho más trabajo triunfar, porque se ha embarazado con obstáculos inútiles.

Aquí el pataleo fue más largo.

—Con los principios que hasta aquí llevamos enunciados —añadió el profesor— podemos rectificar, reforzar o ilustrar la idea de Vico y la de Comte sobre los estados o etapas en las evoluciones sociales.

El pataleo se hizo ensordecedor. Escapé del aula, buscando la simplificación del silencio.

*Septiembre de 1958.**

* El texto siguiente, 196, "Encuentro con un diablo", pasó a *Vida y ficción*, en *Ficciones*, OC, t. XXIII.

197. DE SOCIOLOGÍA LITERARIA

RUDYARD KIPLING dejó de ser el cantor del Imperio Británico hacia la mitad de su larga existencia. Aunque lo leía el público, lo leían los críticos, lo leían hasta los niños de las escuelas en sus nuevas páginas llenas de saludables advertencias contra los errores, vanidades y peligros de una grandeza política que empezaba ya a bambolearse, todo fue inútil.

Él se quejaba en vano. Seguía siendo el turiferario imperial. La opinión, en torno a él y a su obra, era sorda, era impermeable.

Robert Escarpit, maestro en Burdeos, gran hispanista y mexicanista que acaba de visitarnos por segunda vez, es también un autorizado crítico de Kipling y ha publicado, además, un volumen profundo y sugestivo sobre la sociología de la literatura y las vicisitudes de la posteridad, de mayor alcance sin duda que la obra de Schücking, *Sociología del gusto literario,* cuya traducción aparecerá pronto en México.*

—¿Cómo explica usted —le pregunto— estos desvíos, esta pereza de la crítica?

—Por un fenómeno singular que yo llamo la "fijación literaria". Entre los treinta y cinco y los cuarenta años (la *acmé* de los griegos), el escritor parece que da una imagen ya persistente de su obra. El mito la fija. Ya no varía más; ya podrá seguir escribiendo de otro modo, y aun rectificar cuanto haya dicho. Salvo casos excepcionales, la cristalización queda inalterable. Usted mismo, que ya ha vivido en las letras lo bastante para apreciar estos estragos, ¿no ha sufrido un poco de una mitificación semejante?

—Sí —le confieso—. Ciertos críticos, para de algún modo llamarlos, comienzan por suponer que yo sólo debo escribir sobre lo que a ellos les parezca, y luego me reclaman por-

* *El gusto literario,* Breviario, 24, Fondo de Cultura Económica, 1954. [Ed.]

que yo no cumplo su antojo. Lo singular es que aun mis camaradas del Ateneo de la Juventud incurren ahora, sin darse cuenta, en la ligereza de juzgarme por mi primera aparición en las letras, cosa de mis veinte años, cuando sólo había yo publicado un libro (¡y llevo más de ciento cincuenta!) y apenas iniciaba mi verdadera vida de escritor, que se desarrolló después en varios países extranjeros de Europa y América. Y en vano he intentado rectificar este error, enviando a mis compañeros de la adolescencia algunas obras posteriores; no las leen, ya no tienen tiempo; pero, entonces ¿por qué se lanzan a juzgarme? Tras la mitificación "ateneísta", ha venido la mitificación o fijación helenista.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que mis obligaciones académicas en México me han llevado a publicar algunos libros y papeles referentes a mis aficiones y estudios helénicos, resultado de cursos y conferencias, en que de propósito escogí este camino, al regresar a mi país en 1939, para no atravesarme en las sendas que ya recorrían mis amigos. En vez de agradecérmelo, me lo han echado en cara. La prisa crítica hace decir a los cronistas que sólo me ocupo de Grecia. Yo no me ocupo de México, aunque le haya dedicado volúmenes enteros y muchos ensayos sueltos, y aunque mis frases se hayan convertido a veces en frases hechas. Yo no me ocupo de lo actual, aunque digan otra cosa mis vastas colecciones de artículos y mis libros históricos, y aunque esté yo publicando en cierta revista unas notas quincenales sobre la "historia reciente", que alcanzan ya hasta el primer movimiento "degaulista". Yo no sé nada de mi padre, aunque haya diseminado por ahí mis recordaciones, que ahora voy a reunir y completar en el primer tomo de mis memorias. Es increíble la osadía, con ribetes de verdadera calumnia, a que puede conducir esto que usted llama la "fijación literaria", sobre todo cuando la malevolencia la estimula.

—¿Puedo ofrecerle a usted un consuelo? —me dice con dulzura Escarpit—. Se da también otro fenómeno compensador, y es el de la "traición creadora". Un día los lectores descubren en un escritor encantos y atractivos que él no sos-

pechaba poseer. Así, Swift, amargo, pesimista, escéptico, escondía bajo la fea estatua del Sileno (como Sócrates según Alcibíades), una preciosa Minerva: una naturaleza secreta de candorosa amenidad, que hoy lo ha convertido en autor para los niños.

Septiembre de 1958.

198. EN EL CENTENARIO DARWINIANO

El mundo, en su fábrica secreta, viene acumulando y encimando éxitos y fracasos *(trial and error)*, y cada figura inmensa o humilde —sea estrella o sea flor— es un resumen de mil operaciones pacientes. Góngora dice que una linda muchacha junta en sí "muchos siglos de hermosura en pocos años de edad", como si, por intuición poética, hubiera adivinado en sus días lo que la ciencia evolucionista apenas descifró en el siglo pasado.

Hay todavía gente reacia que tiene por imposible la evolución en los seres de la naturaleza, ora por un prejuicio seudorreligioso que hace considerar el principio evolucionista como contrario a las creencias, ora por ese sadismo mental que pone a algunos en trance de lastimar y herir cuando ya la mayoría comienza a aceptar con agrado.

El verdadero secreto, la dificultad verdadera está en que la evolución, tendida a través de los milenios, sólo se reconstruye trabajosamente por sus huellas: es, aunque reciba mil comprobaciones por todos lados, una hipótesis. Y mientras se diga "hipótesis" se dice "derecho a dudar".

Si allá, en los comienzos, un ser privilegiado y más duradero que Matusalén hubiera discurrido el modo de registrar fotográficamente algunos procesos de transformaciones animales, hoy podría el Cine, concentrando y abreviando etapas, hacernos ver la modificación de formas que remata en el hombre actual o bien en el caballo o el elefante hoy conocidos, así como nos da, en breves minutos, el crecimiento de una planta desde la semilla a la flor.

Pero ¿acaso no nos ha dejado la naturaleza algunas muestras convincentes, como para persuadir a los más descontentadizos? Y no hablamos ahora de esas moscas del vinagre y otras criaturas del laboratorio que la mayoría sólo conocemos de oídas y por lo que nos cuentan los sabios. Hablamos de casos que todos tenemos a la vista y acontecen constantemente

ante nuestros ojos con toda la libertad de lo espontáneo y lo cotidiano. ¿Pues no podemos apreciar todos, con sólo asomarnos a la ventana y observar cuidadosamente ese castillo o habitación de lujo que viene a ser la fronda de un árbol para los humildes insectos, el paso del gusano reptante a la volátil mariposa?

El insecto ha cambiado de medio y parece —en dimensión diminuta— recordarnos que así pudo ser el paso del reptil al ave. No de otro modo nuestra "palomita de San Juan" (el *cupim* de los brasileños), ese gusanito de cuatro alas, helicóptero en miniatura, se quita las alas en cuanto cae sobre el suelo o lo que le sirve de suelo, como quien se quita la chaqueta y se queda en mangas de camisa, para mejor darse a su tarea: su tarea, que es comerse cuanto encuentra al paso.

En cuanto a la "mutación súbita" (parangón formal, para la biología, del "salto cuántico" en el interior de los átomos), entendida hoy como el motor por excelencia de los transformismos naturales, acontece en zonas muy hondas del organismo, afecta algún resorte o mecanismo minúsculo, y sólo en el crecimiento del ser acaba por manifestarse a nuestros ojos. La mutación súbita, si es afortunada, será adoptada por la vida, y así creo yo a veces que Nietzsche esperaba que brotara un día el Superhombre, incubado en la modesta carne del Hombre. No hallo fácil ofrecer ejemplos a la vista (aunque ya nuestro nacimiento mismo es una suerte de mutación súbita, y también la aparición del genio). En cambio, los monstruos nos dan muestras visibles de lo que son las mutaciones desafortunadas: el niño que nace con seis dedos, etcétera. ¿A qué multiplicar las referencias horribles? ¿Y más ahora que, según parece, estamos amenazados de ver, cualquier día, generaciones de monstruos, causadas por las disgregaciones atómicas de los "genes", resultado de nuestros "progresos"? (Pues hay que distinguir, y no todos se han dado cuenta, el peligro somático o de presente, que puede ser mínimo, y el peligro genético o de futuro, que es sencillamente imprevisible.)

Octubre de 1958.

199. CARTAS DE VOLTAIRE

LA ABRUMADORA correspondencia de Voltaire es para mí un mar de delicias. Desde luego, por ser literatura pegada a la vida (y conste que yo no niego el derecho a la otra, yo pecador); pero, además, por ese tono viril y aséptico que nos alivia de las blanduras, las cosas manidas, la turbia sentimentalidad sin objeto, aunque siempre conserva la cordialidad más perfecta. Es un viento reconfortante —"viento perseverante", en la preciosa palabra de Darío—, como el que buscamos a la proa del barco para disipar las amenazas del mareo. Es una lección que trasciende del orden mental al orden ético. Nada mejor que encaminarlo todo a la idea para redimirlo en lo posible: tarea humana por excelencia, en que nuestros hermanos inferiores no participan. ¿Que pensar es causa de melancolía y por eso es envidiable la bestia? —No —dice Voltaire—, sólo pensar mal—. Trocando las frases acuñadas, como lo proponía Quevedo, podemos decir: "Piensa mal —y te entristecerás." Pero alza la mano cabalística y empieza a trazar los signos de las ideas: hombres, animales, plantas y rocas se congregarán a tu conjuro, como a los acordes de Orfeo. Y si al cabo mueres al igual del viejo cantor de la fábula, y si acaso estás como él condenado a que un día te decapiten y tu cabeza llegue, cantando sobre las aguas, hasta las playas de Delfos, habrás muerto al menos de tu muerte, habrás muerto de tu destino humano: víctima —como no podía menos de ser— de "los que no saben lo que hacen". (Esta palabra, dejando fuera lo de "perdónalos", que no nos incumbe, es la más profunda del Evangelio.) A Voltaire podemos aplicar las palabras que él dirige al Conde de Alleurs: "Si el don de pensar bien nos hace felices, os declaro, señor, el más dichoso de los hombres."

De aquella pluma, que no sabía escribir mal, caen de cuando en cuando algunas sentencias diamantinas, como dictadas por las musas mismas de la libertad y la civilización.

Pero hoy quiero más bien referirme a una curiosidad que me salta a los ojos en aquella carta de 1727, a nadie y a todos dirigida, la primera de las *Cartas inglesas* por su contenido y su intención, imagen todavía superficial de Londres, escenario o fachada del edificio cuyo interior trazarán después las *Cartas filosóficas*. Habiendo Voltaire observado que, de un día a otro, el humor y el continente de los ingleses se había enturbiado de modo que nadie le contestaba o todos lo hacían de mala gana y con cara de pocos amigos,

—¿Qué sucede? —preguntó a alguno.

—Sucede —le contestaron— que hoy sopla el viento Este.

—Molly —contó otro— se degolló esta mañana. La encontraron muerta con la navaja ensangrentada a su lado.

Nadie pestañeó, aunque todos aquellos señores conocían a la linda Molly, una criatura rica y joven que estaba ya para casarse.

—¿Y el novio? ¿Qué hizo?

—El novio compró la navaja —explicó, impertérrito, el interlocutor.

Voltaire no sabía qué pensar: "¿Se habrán vuelto locos de repente?"

—¿Y por qué se suicidó la muchacha? —se atrevió a preguntar.

—Es el viento Este, ¿comprende usted?

Por fin, un famoso médico de la corte, a quien confesó su desconcierto, le dijo que no había razón para sorprenderse, que peores cosas se veían siempre por noviembre y por marzo, cuando los vecinos de Londres solían colgarse por docenas; que durante estas estaciones todos caían en extraña postración melancólica, a causa del viento oriental.

—Es la ruina de nuestra isla —añadió—. Aun los animales padecen y andan abatidos. Los hombres que logran resistir los efectos de estas ráfagas funestas pierden el ánimo y el buen trato. Se les ve con aire severo, se les adivina al borde de la desesperación. Sin exageración puede afirmarse que el viento Este hizo que cortasen la cabeza a Carlos I e hizo destronar a Jacobo II. Por cierto —explicó discretamente a su oído—, que si se propone usted solicitar algún favor de Pa-

lacio, le aconsejo que lo deje para cuando el viento sople del Poniente o del Sur.

Pero ¿no recordamos ahora a aquel personaje de Dickens *(Bleak House)*, en general muy comedido y caballeroso, que solía perder un poco los estribos en cuanto soplaba el viento Este? ¿Y quién no sabe de los estragos ocasionados por el viento Sur, el terrible Simún del África? Y el propio Voltaire dice en otra carta, dirigida al Conde de Argental, que los hombres, si fueran cuerdos, "huirían siempre del viento Norte como de su peor enemigo". Si es frío, nos atacará por ser frío; y si es caluroso, por caluroso, como en esos campos argentinos donde causa los trastornos emocionales que nos cuenta el general Mansilla en su *Excursión a los indios ranqueles*. Y aunque el Céfiro o viento Oeste pasa por "blando" en los versos de Villegas y es tenido por primaveral y apacible, los griegos aseguran que andaba en amores con las arpías —el muy disimulado, el muy "mátalas callando"—, lo cual no lo recomienda como viento de refinados gustos.

Desconfiemos, pues, desconfiemos de estos enemigos invisibles; de estos *ligeros demonios,* como decía graciosamente La Fontaine.

Octubre de 1958.

200. LA "PARIDAD" COJEA

Aproximadamente, puede decirse que los hombres de mi generación hemos tenido que informarnos dos veces sobre la representación física del universo. *Grosso modo:* antes de Einstein y después de Einstein. En cifras redondas, de 1905 a 1915 acontece la revolución de la relatividad; de 1920 a 1930, la de la teoría cuántica; y en 1957 ha comenzado otra etapa.

Las novedades se amontonan y precipitan ahora de suerte que cada día recibimos nuevas sorpresas. La última de consideración es, sin duda, la rectificación del llamado "principio de paridad", rectificación que hizo ganar el Premio Nobel a los sabios chinos Lee y Yang. La noción clásica de que el espacio presenta las mismas características visto desde un sistema izquierdo o desde un sistema derecho, o sea su reflexión, queda retirada, lo que sin remedio tiene que modificar las concepciones del espacio.

Por supuesto que estas modificaciones, como tantas otras hoy traídas a la física por el estudio más apurado de lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, no trascienden a los usos prácticos, al mundo de dimensiones medias en que nos movemos; en suma, al mundo newtoniano. Dado el éxito de la mecánica tradicional para la descripción de numerosos fenómenos, se explica que las viejas nociones sobre el espacio, hoy llamadas a dar cuentas cabales de su comportamiento hacia una o hacia la otra mano, hayan llegado a parecer obvias.

El enigma se reduce así: ¿Hay fenómenos físicos cuyas leyes no son invariantes frente a la reflexión en el espacio? El concepto ya conquistado del espacio-tiempo —fusión que significó un adelanto trascendente *— ¿debe adicionarse aún

* Varios lustros antes de los relativistas, Bergson llamó al tiempo físico "una cuarta dimensión del espacio" (*Essai sur les données immédiates de la conscience*, p. 83).

con otro concepto de orden distinto, relacionado con la dinámica íntima de la materia o "carga de las partículas"? ¿O es que el espacio, allá en sus senos íntimos y diminutos, no tiene sentido, no tiene "cara y cruz", por antinatural que parezca? La física, al llegar aquí, se ha quedado con el pie en el aire.

No soy físico. Aun a riesgo de incomodar un poco a los verdaderos hombres de ciencia (en español los llamamos con el adjetivo "científicos", cuando para designarlos bien pudiéramos adoptar el lusismo "cientistas"), tengo, pues, que valerme de metáforas literarias, que me ayuden a alcanzar el medio inaccesible, a modo de cañas de pescar. Lo mejor que se me ocurre es referirme a esta página de Étiemble que resumo más que traduzco y que, de cierto modo, sitúa al hombre, desconcertado, frente al actual desconcierto de la paridad:

> Los laboratorios contaban con la fe, la esperanza y la paridad. Ya sólo les han quedado la fe y la esperanza. Los nuevos sabios nos proponen una anti-materia. Como ella no puede existir ni en nuestro planeta ni en nuestro sistema solar, ni siquiera en nuestra galaxia (pura materia y anti-materia se anonadarían entre sí), no se me diga que hay por ahí un anti-hombre que, en vez de asimilar glucosa, asimila una imagen sin espejo de la glucosa, o sea levulosa. Cuando se me haya demostrado que, a miles de millones de años-luz, en una anti-galaxia de anti-materia, imagen refleja de nuestra galaxia de materia, anti-existirá, anti-respirará, anti-excretará un anti-yo, ¡qué más me da! Cuando tanto me cuesta conocerme, gobernarme, construirme ¿voy a preocuparme por un anti-yo, para cuya concepción, alguna anti-noche, mi anti-padre y mi anti-madre han mezclado sus anti-cuerpos? Puesto que el encuentro entre mi yo y mi anti-yo sólo podría acontecer bajo una forma fulminante que de una vez anularía cuantas dificultades me opone mi yo o me opondría mi anti-yo, vale más que siga yo viviendo en modesta complicidad con la única materia que palpo y que me palpa: ésta que, transformada en vida, asimila de preferencia glucosa, y no levulosa *(Higiene de las letras,* III: *Sabor y gusto).*

Tal es el enigma. Cuando, en Lewis Carroll, Alicia, de un salto, se sumergió, como en una alberca, en el mundo del espejo, no sólo se encontró, pues, con que los costados del espacio estaban invertidos, sino con algunas novedades más a que la ciencia apenas da nombre de fantasmas: anti-proto-

nes, anti-neutrones, anti-mesones; pero que tienen aire de diablos amenazadores y que esperaban a la pobre Alicia con sus tridentes en ristre (los famosos *antis),* para recibirla como a una víctima propiciatoria e inmolarla acaso en el altar donde se descuartiza a los que pretenden romper la bóveda celeste con la cabeza.

Y ahora sí se podrá decir que tu mano izquierda no sabe lo que hace tu mano derecha.

Octubre de 1958.

VI

LAS BURLAS VERAS

27 DEL TERCER CIENTO

Alfonso Reyes continuó escribiendo *Burlas veras* hasta su muerte. De las 30 existentes y no coleccionadas, pasarán a *Ficciones,* tomo XXIII, "De algunos posibles progresos", "La égloga de los ciegos" (introducción) y "El hombre a medias". Las 27 restantes se publican aquí.

EL FUEGO

AUNQUE la Faisana procura desengañarlo, el gallo Chantecler sigue convencido de que es él quien, con su canto, despierta y hace salir el Sol todos los días. Aquí la Faisana representa el orden racional, y Chantecler el mítico. En todas las primitivas creencias, al contrario, el orden masculino, el patriarcado, ha significado siempre el triunfo de la nitidez intelectual, solar, y el orden femenino, el matriarcado, la turbia fantasía del ensueño y del capricho, el reino lunar. ¿A cuál de los dos nos inclinamos? ¿O no aceptamos tan elementales generalizaciones? ¿Pues no hemos encontrado en la vida, mil veces, hombres perdidos en las nubes, ensimismados, y mujeres prácticas, activas, que sacan adelante las crías, manejan los negocios, gobiernan domésticamente a sus poetas?

Acaso es más justo atribuir al hombre la dolencia de caer extremosamente en la opaca grosería o en la delicadeza irreal. Acaso es más justo admitir que la mujer conserva más fácilmente el equilibrio entre las materialidades y las "eterealidades". Es fantástica, sí, pero a la vez eficaz y útil. En eso se parece al fuego.

—Y ahora que lo pienso —dice una vocecita a mi oído— ¿no será una mujer, o no será una sociedad matriarcal la primera que inventó el aprovechamiento del fuego? Lo hallo más propio, lo hallo más acomodado a las artes "muliebres" (como decía Gracián) que a las varoniles. Imagino fácilmente al peludo cazador primitivo, de regreso a su cueva o choza, al anochecer, "pisando la dudosa luz del día" (como dice Góngora), espantado ante la mujer que, en cuclillas, se las ha arreglado para cautivar una mariposita de lumbre. "¡Deja eso, estúpida, que hace daño!" Y ella, sonriendo: "Paciencia, Cromañón, paciencia. Ya verás las sorpresas que te he preparado para la cena. Vosotros, los hombres, sois unos niños. Nunca entenderéis lo que os conviene."

Y así pudo empezar el fuego, que es realidad útil, aunque parece fantasía desorbitante, que es comodidad y es peligro, que es recurso doméstico y elemento mágico, arma y defensa, sangre y alma, cielo e infierno, mitología e historia.

31-X-1958.

EL ASTRÓNOMO Y EL SARGENTO

Aristarco de Samos, discípulo de Estratón en el siglo II a.C., fue un precursor de la geografía matemática, a que luego dará el molde Eratóstenes. Su teoría planetaria colocaba primitivamente la Tierra en el centro del sistema. Después rectificó: —El centro no es la Tierra —se dijo—, ni tampoco lo es el fuego inefable de algunos filósofos, sino el Sol—. Doctrina acaso anunciada por Heráclides Póntico, aunque el texto que le da este crédito es confuso. A la rotación, añadió Aristarco la traslación. Procuró explicar las apariencias admitiendo un cielo fijo y una rotación oblicua de la Tierra en torno a su eje, la cual, según su inclinación y su movimiento, ya entra y ya sale de la sombra. Sólo Seleuco, un siglo después, parece haber reparado en este notable atisbo. Los geómetras astrónomos de su tiempo más bien le fueron hostiles: así Arquímedes y acaso Hiparco. En cuanto a la traslación, Aristarco tuvo la mala ocurrencia de trazar las órbitas planetarias en figura de círculo y no de elipse, lo que resultaba incompatible con los datos de la observación. En cuanto a la teoría heliocéntrica, Cleantes acusó de sacrílego al que pretendía prescindir de la hoguera del universo: no el Sol, sino la mística hoguera de los estoicos. Y es que, como lo dirá Lord Balfour a propósito de Copérnico, el hombre se resistía a abandonar el centro del universo y pasar a la categoría de un episodio secundario, acontecido en uno de los menores planetas. Todo lo cual hizo olvidar aquellas geniales anticipaciones, y hubo que esperar dieciocho siglos, a que Copérnico les devolviera su vigencia, salvo la indispensable rectificación respecto a las supuestas órbitas circulares, que sin ningún motivo se consideraron inseparables de la teoría propuesta por Aristarco.

Algo más sabemos de Aristarco: perfeccionó el *gnomón* o reloj de sol que Anaxímenes había aprendido de los caldeos, y uno de sus primeros opúsculos (que todavía se conserva y

pertenecía aún a la era geocéntrica) procura establecer una distancia fija entre la Tierra y la Luna.

Pero lo más curioso es considerar la principal objeción científica que le oponían sus contemporáneos: —Si es cierto que la Tierra se mueve —argumentaban—, entonces ¿cómo es que la distancia angular de una estrella fija siempre es la misma? (Entiéndase que con los instrumentos de entonces, pues la diminuta paralaje sólo pudo medirse en 1832-1838.) Aristarco respondía en vano que la enorme distancia anulaba la minúscula diferencia. Es de creer que sus opositores pensaban como el sargento instructor del chascarrillo:

El sargento instruía a su pelotón sobre la manera de orientarse durante una marcha nocturna:

—Tú que eres campesino —dijo a uno de sus reclutas— indica a los muchachos cuál es la estrella que debe guiarlos.

—Ésta, mi sargento.

—¡Qué barbaridad! Se van a torcer el pescuezo. A ver: ¡diez pasos atrás todo el mundo!

Diciembre, 1958.

CONCLUSIONES CONTEMPORÁNEAS

Afirmaba Ortega y Gasset que la edad de nuestra época era la juventud. Lo afirmaba por coquetería y halago. A la luz de ciertas observaciones de Curtius, y visto aquello del "hombre en su punto", que nos explica Gracián, más bien parece una censura. La juventud tiene todavía muchos extremos y salientes de irritable esterilidad. Sólo el que ha llegado a cierto clima puede crear en torno a sí un ambiente grato y confortable. (Sin exagerar, ¿eh? Nada de *gerontocracia,* que eso tiene que curarse al instante con el admirable recurso prehistórico de la "occisión del Rey viejo", pues hay que acabar con aquel que ya no posee *maná* suficiente para sostener a la tribu.) La desorbitada adoración de lo juvenil —no en el orden de los encantos naturales, se entiende, que allí está muy en su lugar, sino como mística política—, conduce al desconcierto social y acaba en la hoy tan aplaudida delincuencia infantil.

También afirmó Ortega y Gasset que veía venir la rebelión de las masas. Fue su más certera profecía. Se reduce al predominio de la cantidad sobre la calidad. Pero no la cantidad sujeta al noble número pitagórico, al orden, sino la cantidad no numerada, hecha masacote, bulto, estorbo y náusea. (Entiendo que los escolásticos hablaban de las multitudes o colecciones de entes indefinidos.) He aquí, pues, otro rasgo de nuestra época. El "principio de individuación" se ofusca, se diluye, y va como a ser digerido en un vientre material donde pierde su virtud propia. La conducta busca su centro de gravedad fuera del yo, aunque no en el cielo ciertamente, sino por ahí en un reglamento, en las órdenes de un liderato, en algo que aleje los peligros de sentirnos libres y responsables.

Keyserling, por su parte, anunció la era del *chauffeur.* Y está probado. La desmedida sed de dominio físico, que empezó en la magia endemoniada y ha llegado a las armas

de la aniquilación atómica, echando a la ciencia fuera de su recinto ayer intocable, ya está haciendo estragos en el mundo.

Otro rasgo de nuestra dichosa edad es el desconcierto causado por la absorción del veneno nazi; pues aun para vencer al Estado nazi los Estados deben nazificarse. Y así aconteció, por lo que dijo con mucha verdad aquel general de Hitler: "Que me fusilen si quieren, ya hemos triunfado." Las dos grandes tendencias que hoy perturban, con su rivalidad, el buen sueño del justo, por lo pronto amargan la existencia y nos echan a perder todos los deleites de la vida. Tal vez quede un saldo positivo; tal vez haya un día de gloria a la salida del túnel, salida que aún no vislumbramos. Pues también la Revolución Francesa decapitó las Gracias, y dejó, sin embargo, la conquista de que más puede ufanarse el siglo XIX: el respeto a la persona, siquiera en doctrina y en teoría, que ya es algo, pero algo más que en doctrina.

Otra de las insensateces que padecemos es eso de "la admirable inquietud contemporánea", con que se llenan la boca algunos pavipollos. A mí que me den tranquilidad por fuera, para atizar a mi gusto los volcanes que traigo adentro. Para fuego, escojo el del espíritu; pero que no me quemen la casa. Ni acepto que pase por danza una convulsión, un mero ataque epiléptico.

Y a todo esto ¿qué hace nuestra América? ¿Se quedará eternamente de rodillas ante esos monstruos exóticos? Pues ¿no decíamos que era menester expresar la propia sensibilidad y dejar ya de ser colonias? ¿Pues no era ésta la hora de América? ¿Y cuándo nos dieron peores ejemplos los tutores de las viejas culturas? ¿Cuándo fue más justo emanciparse? ¿Y no habíamos convenido ya, más o menos, en que, contra la agresividad y la codicia, los pueblos de nuestra América traían consigo ciertas auras de cordialidad y cortesía, cierto alivio, cierta esperanza? ¿O es que sólo el mal sirve para oponerse al mal? ¿O es que no hay victorias por superación, más arriba de los combates mismos?

1958.

DOS O TRES SIGLOS DE CRÍTICA LITERARIA

A VECES importa reducir las perspectivas, en escala, a unos cuantos centímetros. Pues, decía Aristóteles, más o menos nunca sabríamos cómo es un animal que midiese varias leguas, porque escapa al compás de nuestra visión. Examinar en unos instantes las direcciones que adoptó el método de la crítica literaria, ¿no será un esfuerzo excesivo, acaso inútil? ¿No nos objetarán los espíritus analíticos que, a fuerza de comprimir, hacemos desaparecer algunos rasgos esenciales? ¿Será verdad que *compendia sunt dispendia?* No quiero perder el tiempo en discutirlo. Cierto instinto me guía; cierta voz me dice al oído que, de cuando en cuando, estos ensayos de síntesis, aun siendo excesivos, son tan provechosos como una ojeada a la brújula para el que teme extraviarse en mitad de un bosque. Y, en última instancia ¿no aceptaremos este breve ejercicio, aunque sea como un juego de sociedad? Los hay peores en nuestros días, todos lo sabemos.

Limitémonos, por hoy, a la historia moderna del problema. Dejemos fuera la Antigüedad y la Edad Media; pasemos de prisa por la fase retórica y preceptista del Renacimiento, en que se juzga según doctrinas y aún no se descubre la pureza de la postura objetiva ante la obra.

1º Del Renacimiento al siglo XVIII, la crítica se orienta en dos sentidos:

a) Teorías literarias, códigos de principios, artes poéticas, tratados, comentarios o manifiestos con carácter de alegatos en pro de una escuela o doctrina, donde la obra considerada es mera muestra ilustrativa. El dantesco *De Vulgari Eloquio* abre una era; su grande ejemplo no fue seguido en toda pureza. De momento, Italia tiende a la crítica indirecta o accidental. Boccaccio sobresale. Hay una floración de humanistas que comentan las doctrinas clásicas: las *Silvas* de Poliziano; las *Poéticas* de Vida y Trissino; de Escalígero, Castelvetro y Patrizzi; los mismos *Discursos* del Tasso. Alegatos o mani-

fiestos de escuela: en Francia, la *Defensa*, de Du Bellay y el *Arte poética* de Vauquelin de la Fresnaye o la de Boileau, y también la *Práctica del teatro*, de D'Aubignac; el "legislador" Malherbe y sus sostenedores, incluso Corneille; Rapin y los jesuitas Le Bossu y Bouhours. En Inglaterra, el *Arte de retórica* de Wilson; la *Instrucción* del abuelo de la prosodia, Gascoigne, y los que le siguen; las *Artes* o *Defensas* de los isabelinos, como Webbe, hasta llegar a Ben Jonson.

Sobre España —además del reflejo de las anteriores corrientes— hay que advertir que en los prólogos de las antologías pueden seguirse la gestación de la historia literaria y sus direcciones principales. En las antologías españolas hay dos grandes épocas: 1) desde los orígenes hasta el siglo XVIII; 2) del siglo XVIII hasta nuestros días. En la primera época, la recopilación tiene algo de fortuito y domina el gusto personal del antologista acaso más de lo conveniente. Hasta el siglo XVII, España crea su literatura nacional. El XVIII (naturalmente sin que deje de crear) recuerda y organiza, como en espera de la fiebre romántica del siglo XIX; pero esta revisión no está exenta de estrecheces doctrinales y preocupaciones didácticas. En cuanto a las historias literarias, operación crítica que desanda el camino, no podrían buscarse en los orígenes. Para la literatura española, también aquí hay que comenzar —salvo anticipaciones como la del Marqués de Santillana en el siglo XV— por la obra crítica del siglo XVIII, aun con los yerros que ella pudo haber cometido.

La historia literaria como hoy la entendemos es, para toda Europa, creación del siglo XIX, y se caracteriza por la armonía entre la erudición y la estética. Hitos principales: Bouterweck, Sismondi, Gil y Zárate, Ticknor, Amador de los Ríos, los colaboradores de la Rivadeneyra, Menéndez y Pelayo —a quien debe América la incorporación de su poesía dentro del orbe hispánico—, Menéndez Pidal, Dámaso Alonso.

b) Examen de obras nuevas, en apologías y censuras, esto último sobre todo. En España, la polémica entre los metros viejos de Castillejo y el endecasílabo italianizante de Boscán y de Garcilaso; las *Anotaciones*, de Herrera; la disputa de la nueva Comedia, en torno a Lope; el debate de las escuelas

revolucionarias, la cultista y la conceptista; la corte de admiradores de Góngora, en que se espiga poca crítica y sobresale el peruano "Lunarejo"; la reacción de Quevedo, etc. En Francia, las *Observaciones*, de Scudéry, y los *Sentimientos* de la Academia sobre el *Cid* de Corneille; las *Sátiras*, de Boileau, etc. El siglo XVII ve aparecer en Francia aquellas gacetas de novedades literarias a las que va unido el nombre de Bayle.

2º *a)* El siglo XVIII deja sentir, en España como en Francia, en las academias y en las tertulias, mayor permeabilidad internacional; pero el dogmatismo llega al extremo, ya fundado en las pretendidas reglas clásicas, ya en los principios del gusto, tan teñidos de impresionismo, ya en teorías sociales sobre las costumbres o la idea del progreso, ya en la estética naturalista a lo Diderot o en aproximaciones de la Literatura a las Bellas Artes.

b) En punto a historia literaria, en España como en Francia aparecen "vidas" o "noticias", aisladas o en colecciones, monografías sobre instituciones, incluso el Teatro, inventarios bibliográficos (Nicolás Antonio y sus continuadores del XVIII, Mayans y Siscar), todo ello no de mucha sustancia.

Por contraste, Alemania ofrece una verdadera tempestad filosófica, en que la estética se va modelando como en un Génesis: Leibniz, Baumgarten y su escuela, Herder y su espíritu del lenguaje, Winckelmann y las artes, Lessing con su *Dramaturgia* y su *Laocoonte,* Goethe a la manera dispersa de una atmósfera, Kant y su sistema, Richter y su visión oblicua, la filología y la ciencia de hechos en los hermanos Humboldt; y luego, los idealistas Schiller, Fichte, Schlegel, Schelling, el imperialismo mental de Hegel, transportan el problema a un plano superior que escapa del todo a la metodología crítica. De igual modo se nos escapan Vico, en Italia y, por otro rumbo distinto, los estéticos ingleses como Hogarth, Burke, Home.

3º El siglo XIX trae el consorcio de la crítica, la erudición, la historia, la filosofía, en diversas mezclas y aleaciones. El Romanticismo estudia la Literatura a la luz de instituciones y creencias, se interesa por el fundamento y por el servicio sociológico de las Letras. A la noción del progreso, sucede

la del determinismo. La crítica se deja invadir de ambiciones científicas. Aun tantea, en este sentido, técnicas que le son extrañas. El apogeo se produce en Francia, entre los relámpagos de Stendhal y de Hugo. Se destaca la diferencia entre la crítica histórica y la filosófica: Sainte-Beuve y Taine. Sainte-Beuve quiere hacer la "historia natural de los espíritus": ahonda en los temperamentos, los ve desarrollarse en su ambiente mental y social. Su procedimiento, en cuanto a la precisión histórica, es una enseñanza perenne; en cuanto al genio con que transmuta la biografía en interpretación, no puede enseñarse. Taine procede con sus famosas tríadas de raza, medio y momento histórico; en vano pretende con estas tres coordenadas fijar un punto en el espacio, y pasa frente a lo individual, ante lo específicamente literario, que se va de las redes. La fecundidad de su sistema puede decirse que está en las inmediatas reacciones que produjo, y que por sí solas determinan la historia del método científico. Pero aquí entraríamos ya en el mundo contemporáneo, y el resumen resultaría costoso y prematuro.

México, I-1959.

UNA NUEVA PRECEPTIVA

La Preceptiva literaria es una coqueta envejecida de quien nadie quiere hacer caso. Digámosle un último piropo: dio su nombre a ciertas formas, a ciertos fenómenos, y eso no fue tarea perdida. Mientras se mantuvo en la clasificación y la denominación, íbamos por buen camino. El desvío sobrevino en aquello que la Preceptiva tiene de verdaderamente tal: en aquello de querer convertir en principios esenciales lo que sólo eran hábitos o rutinas; en pretender —con manifiesto abuso— dictar reglas a la poesía.

Pero, en todo caso, la Preceptiva quedó incompleta, pues se aplicó al creador solamente. Y la literatura, además de su función activa, se completa, como el comercio, con una función contraria: oferta y demanda, obra y lector, u obra y público, si se prefiere; productor y consumidor. Falta, pues, la Preceptiva del consumidor literario. Ahora bien, hay el que consume la literatura oral, y hay el que consume la literatura escrita: hay el auditor y el lector. Nos referimos singularmente al primero, pues sobre la lectura (el ABC de la crítica, como decía Sainte-Beuve), sí que se ha escrito ya lo bastante: recomendaciones, cautelas, disposición general del ánimo, etcétera.

Cuando alguien se atreva a escribir una Preceptiva de los públicos —como se ha escrito la de los autores— habrá que recordar al espectador de teatro que la verdadera función está en la escena y no en las localidades; que es mejor llegar a la sala antes de que se levante el telón, para no incomodar al prójimo; que no debe hablar durante la representación, ni toser, ni estornudar siquiera; que deje para después los comentarios, y para el entreacto los saludos; que no se agite en el asiento haciendo temblar toda la fila; que no toque el tambor con los dedos en el respaldo de enfrente, y otras urbanas nimiedades por el estilo. Temas, todos, para un nuevo Teofrasto o para unas nuevas "premáticas" de Quevedo.

Y si de recitación poética se trata, habrá que recomendar al espectador que ejercite la caridad ante el arte más difícil que existe, ante el arte que está a medio camino entre el habla natural y el canto. El oyente no debe olvidar que la declamación es un problema terrible, y el declamador, como el Sócrates de *Las nubes*, está "haciendo circo", suspendido en una cesta entre cielo y tierra. (Ver lo dicho en mi ensayo "Hermes o de la comunicación humana", IV.*) Fuera de estas vagas consideraciones, lo que se puede decir para la recepción oral de la literatura —hoy que hasta el teatro se lee— se dice mejor para la lectura.

I-1959.

* En *La experiencia literaria, Obras completas*, t. XIV. [E.]

DON JOAQUÍN *

No conozco un caso de mayor nobleza en la América de nuestros días. Todo era probidad y cordura, todo era solicitud y difícil facilidad. Trajo al mundo la predestinación del acierto. Sus virtudes intelectuales eran un reflejo de su pulcritud moral, o viceversa. Montaba la guardia vigilante en esa combatida frontera donde el bien se aparta del mal, y ni siquiera su cortesía —que era mucha— lo hizo vacilar un instante. Las fuerzas oscuras de la sociedad, que nunca faltan, jamás lograron sobornarlo. Era fuerte sin aspereza, era sabio con sencillez y su honda seriedad nos llegaba envuelta en sonrisas. Y así realizó don Joaquín ese modelo del Hombre Cordial, que varias veces he descrito como el ideal de nuestros pueblos. Y ojalá mis hermanos de Iberoamérica me tomen de veras la palabra y acepten la imagen que les propongo; que ya en los tronos de la política estamos cansados de soportar a ese otro tipo de hombres, al que los ingleses llaman el Viejo Adán.

Comenzó la jornada con aquellas edicioncitas, preciosas joyas literarias, que distribuía por todo el mundo entre sus amigos y entre los que adivinaba como amigos posibles. ¿Y quién no lo era de don Joaquín? Los "Arieles", los "Convivios", nos buscaban por todas partes, a través de todas nuestras andanzas, y siempre daban con nosotros. Era el caso de la mariposa que, en su frágil orientación, sabe irse derecha, como la propagación de la luz, al término de varias leguas, donde se la desea y se la espera. Porque don Joaquín parecía saber lo que anhelábamos y parecía adivinarnos desde antes de conocernos. Rara, singular imantación la suya, no sé qué brújula le llevaba y traía señales de los hombres que, de cerca o lejos, habíamos de acompañarlo en la vida. Era una evidencia en nuestros afectos, un interlocutor con quien no

* Joaquín García Monge, Costa Rica, 1881-1958. [E.]

hacían falta explicaciones ni aclaraciones sobre ninguno de los Mil y un Enigmas del trato humano. Era una constante compañía, una gratísima sorpresa en cada correo. Su *Repertorio,* esa montaña que él levantó con su brazos como un Atlas, no nos dejaba nunca solos, no nos permitía olvidar los deberes del intelectual americano. A don Joaquín se lo encontraba uno siempre a vuelta de la esquina, como para darnos las señales del tránsito e indicarnos "la derecha vía". ¡Qué agente de la circulación espiritual entre todas nuestras repúblicas! ¡Qué guía y consejero, sin la apariencia de serlo nunca! Era tanta su discreción que muchas veces me he preguntado si él mismo llegó a darse cuenta de lo que valía. Anda por ahí una comedia española del siglo XVII, donde un ángel rapta a un monarca que encuentra dormido en un jardín y se pone a gobernar bajo su figura y su nombre. La historia, varias veces, me ha hecho pensar en don Joaquín, acaso habitado por un mensajero de alguna otra región más alta.

Cuando se habla de la obra de un escritor, siempre se lo ve amurallado entre torres de papel y de libros y, aunque él no lo quiera, un poco recluido dentro de su propia sustancia. Pero la obra de don Joaquín —con ser tanto el papel que consumió en ella— parece hecha a la intemperie, sin aparatos o con útiles transparentes; y desde luego, en esa límpida pobreza —la fiel compañera de los griegos, según Herodoto— que ya va siendo, en nuestra América, la característica de tantas empresas inolvidables. Yo no sé cómo se las arreglaba este hombre para construir, a solas y con sus solas manos, lo que siempre, en los más encumbrados centros de la cultura contemporánea, se construye mediante numerosos equipos, inmensas dotaciones de elementos económicos y bibliográficos, colaboración de universidades e institutos, ayuda de gobiernos propios y extraños. Pero don Joaquín sólo contaba consigo mismo: don Joaquín buceaba sin escafandra. Su obra parecía la obra de las hadas, algún encantamiento o prodigio que muy pocos han poseído y que es, en rigor, una gracia.

Don Joaquín no estorbaba a nadie con el bulto de su trabajo: abría paso a todos. Apenas dejaba ver una que otra

página propia, porque estaba, más bien, al servicio de los demás. Y ahora, merced a la piedad de sus herederos literarios, henos aquí ante una novela cuya existencia ni siquiera habíamos sospechado, aunque ésta es la tercera edición y aunque la novela suscitó una polémica allá en el año 1900.

Después de lo que llevamos dicho, ¿no preferirías, lector paciente, leer la novela a tu modo sin que yo te estorbe hablándote de ella? Algo hay que hablar antes, sin embargo, aunque sea a modo de sumaria presentación, por no defraudar al hermano que me dejó este encargo póstumo.

Hubo un tiempo en que Unamuno pudo decir que a nuestra América no le hacía falta la novela; que le bastaban la emoción y la fantasía de su historia. Lo uno para nada impide lo otro. La novela en nuestros países se ha desarrollado ya en términos tales que el enumerar sus géneros y tendencias resulta largo y nada cómodo. *El moto* es obra de adolescencia, y veo que don Joaquín, inclinado al bando de la novela casera y propia, la fue corrigiendo para alejarse de los postizos términos peredianos y acercarse cada vez más al habla que habló. Las pocas páginas de don Joaquín (poquísimas, para mi gusto) que me había sido dable leer ya me lo habían recomendado como escritor de buena ley, aséptico y atinado. Los frutos no podían desdecir del árbol. Ahora, el leerlo largo y tendido ha sido para mí una fiesta. *El moto* inicia ya con firme calidad estética el género realista costarricense. Su estilo, aunque suena como buen metal, se depurará todavía en libros posteriores. El lenguaje local cobra autoridad y verdadera "carta de naturaleza". No es rebuscado en vista de tal o cual efecto, sino que parece manar solo. Los asuntos también parece que quieren contarse solos. Hay por esas páginas un ambiente de suave alucinación. Los personajes son finas miniaturas, dibujadas en rasgo continuo y sin levantar el lápiz. De repente, la amargura, la melancolía, que nunca lograron sobreponerse a sus empeños de gran creador de la cultura, de generoso pastor de pueblos. Condición propia del que persiste sin esperanza. Condición de almas superiores.

Don Joaquín se olvidaba un poco de sí mismo para mejor acordarse de lo ajeno. Dicen muy graves maestros que éste

es el secreto de la felicidad. Yo no sé bien si él fue feliz durante su tránsito terrestre, por donde pasó hablando a media voz y cediendo a todos la palabra. Pero hoy su nombre, llevando consigo el de su ateniense Costa Rica, queda para siempre asociado al nombre de nuestras Américas.

México, febrero de 1959.

LA INEFABLE VERDAD BIOGRÁFICA

¿Dónde está la verdad biográfica? Hace muchos años, ante cierta excelente "Vida" de Maquiavelo, observábamos que, en la silueta dibujada por el autor —nada menos que Prezzolini— no cabía el genio de Maquiavelo, no parecía siquiera caber la obra de Maquiavelo; que hay un elemento imponderable —más allá de todos los datos, los episodios, las experiencias—, y sólo él explica la verdadera grandeza de un hombre, no digamos ya de un escritor.

¿Dónde está la verdad biográfica? Hechos y fechas quedan como untados en el papel. Necesitamos pensar, y un poco inventar y crear otra vez por cuenta propia, el poema que ha sido un hombre, para ofrecer de este hombre una imagen algo aproximada. La realidad sólo se deja asir en las redes de la fantasía (suponiendo que las alas sean redes). Pues ¿a qué nos llevan los enigmas del movimiento, si sólo atendemos a la raya que el movimiento traza en la tierra? Nos llevan a la aporía de Aquiles y la Tortuga, a la absurda declaración del filósofo eléata: Aquiles no alcanzará nunca a la tortuga. Igual pasa con la biografía: lo que queda aquí en la tierra no es la verdadera biografía de un hombre, sino sólo su rastro. La biografía es una evaporación, una emanación, un aroma, una llamarada de la antorcha que se consume.

¿Dónde está la verdad biográfica? El tremendo Nietzsche era un pobre inválido que iba a trompicones por la vida. El inmenso genio literario de Sainte-Beuve (¡cuánto hemos lamentado conocer de cerca al señor Sainte-Beuve, en quien nuestra adolescencia fundó tan justas admiraciones abstractas!) pasó por el mundo encerrado, cautivo en una apariencia ridícula de Tartufo con psicología de impotente. En el reciente anecdotario de Othón, debido a la primorosa pluma de Valle-Arizpe, no faltarán mentecatos que pretendan encontrar razones para burlarse del gran poeta. Y no porque Artemio de Valle-Arizpe haya querido burlarse de él (nos consta que

lo admira y venera, nos consta la honesta voluntad con que ha recogido todas su noticias), sino porque así es eso que se llama la realidad. El monumento del gran Rubén Darío se alza también sobre un montículo de chuscadas y miserias, y él mismo parece que quiso a tiempo precaverse contra ellas con aquel grito valeroso: "¡Gloria al laboratorio de Canidia!" ¿Dónde está, pues, la verdad biográfica? ¿Dónde el secreto del conocer? Tal vez sólo se conozca amando, y lo dice ya el uso lingüístico: Adán *conoció* a Eva. "Amada en el Amado transformada"...

23-III-1959.

OLFATO Y GUSTO

Entre todas las sensaciones, las del olfato y el gusto —los sentidos químicos— son las más reacias a las interpretaciones de la ciencia moderna. En el espectro de las vibraciones del éter, la visión y el sonido se dejan ya reducir a ondas de determinada velocidad o frecuencia; y el mundo de las sensaciones táctiles, que dice Katz, se describe por los encuentros de esos resplandores de energía, suerte de campos eléctricos que rodean a los objetos materiales, pues el verdadero contacto absoluto nunca llega a darse, aunque otra cosa nos parezca. Visión, audición y tacto se sujetan ya a la escala atómica. Pero los olores y los sabores todavía se entienden según la vetusta ciencia griega, como bombardeos de moléculas que hieren los órganos respectivos del olfato y del gusto.

Olfato y gusto son, además, los sentidos hedonísticos por excelencia, pues en ellos la sensación viene simultáneamente acompañada de una impresión inequívoca de placer o desagrado, que no es tan inmediata, tan necesaria, tan general o tan intensa en las sensaciones de los otros sentidos. Olfato y gusto se mezclan diversamente en las experiencias palatales. Pero todavía parece que el olfato está más en guardia para aceptar o rechazar; por lo cual —con intuición a la vez científica y artística— decía la novelista Colette que es el más aristocrático entre nuestros cinco sentidos.

En la mitología, Afrodita solía imponer como uno de sus mayores castigos la *cacosmia* o mal olor a quienes caían en su desgracia, como lo hizo para las mujeres de la isla de Lemnos. Y es muy apropiado llamar "buen olfato" a ese instinto, tan característico de la femineidad, que consiste en percatarse al instante de las cualidades o defectos de una persona. Los hombres —como más contemplativos a pesar de lo que se diga— solemos distraernos y desviarnos con las apariencias visuales, auditivas o táctiles. Tal vez un perdiguero pudiera darnos consejos —a los humanos en general,

pero sobre todo a los varones— respecto al modo de orientar nuestra conducta entre este escenario de olores que nos rodea y de que no siempre nos percatamos. El rey, antes de lanzar un decreto; el juez, antes de dictar una sentencia, olfatearían, "ventearían" un rato en todos sentidos, en todos los rumbos.

Así como, en otro tiempo, apareció y desapareció la moda de aplicar a la terapéutica ciertas sensaciones palatales, sobre todo en asunto de jaleas, dulces y confituras, así ha habido también la moda de la osmoterapia o curación por los olores. Y es lástima que hasta hoy no haya progresado, para sustituir tal vez esos brutales procedimientos de las inyecciones curativas, que no dejan de ser una verdadera falta de respeto a la libre soberanía de nuestro cuerpo y de nuestros órganos, una ilegítima intervención comparable a las invasiones militares por parte de una potencia extraña.

El curioso puede remitirse, al respecto, al reciente texto americano *Flavor Research and Food Acceptance* (Reinhold, 1958), donde el profesor Carl Pfaffman (Universidad de Brown, en Rhode Island), publica un importante capítulo sobre el estado actual de las investigaciones psicológicas, fisiológicas y químicas referentes al olfato y al gusto. Verdad es que la interpretación de estas sensaciones conforme a cambios eléctricos del sistema nervioso ya se considera anticuada (las ciencias caminan y cambian muy de prisa, son tan versátiles cual la pluma al viento). También es útil recordar *The Psychology of Pleasantness and Unpleasantness* (Beeber Center, 1932), y el simposio *Taste, Appetite and the Selection of Food* de la Sociedad de Estudios Superiores de Sheffield (1956), donde Roland Harper presenta una revista sobre las "escalas del gusto" y los aspectos psicológicos de la aceptación de alimentos.

Y como ya es mucho citar literatura extranjera, déjame lector recordarte las virtudes del catador según el *Quijote*, para que te convenzas (aunque en esta exageración humorística) de que el gusto y el olfato son una balanza de precisión. Dice Sancho:

> ...tuve en mi linaje los dos más excelentes mojones *(catadores)* que en luengos años conoció la Mancha... Diéronles a los dos a probar del vino de una cuba... El uno lo probó con la punta de

la lengua; el otro no hizo más de llegarlo a las narices. El primero dijo que aquel vino sabía a hierro; el segundo dijo que más sabía a cordobán... Anduvo el tiempo, vendióse el vino, y al limpiar de la cuba hallaron en ella una llave pequeña, pendiente de una correa de cordobán. (*Quijote*, II, XIII.)

25-IV-1959.

COSMOS Y ANTICOSMOS

—SEÑORA marquesa (así la seguiremos llamando anónimamente, señora de la Mésangère, puesto que usted así lo prefiere): acomódese usted a su gusto bajo el emparrado. Se acerca la noche. Ya empiezan sus guiños, tímidamente, el lucero de la tarde y la vanguardia de estrellas. Aquí el señor de Fontenelle solía conversar con usted sobre la pluralidad de los mundos habitados. Pero nuestro insigne filósofo ya se nos ha ido, por desgracia, sorbido en un rayo de luz como dicen que se van los muertos. Yo no pretendo sustituirlo, ¡qué disparate! Pero, en fin, tengo algo curioso que contarle a usted sobre lo que pasa en el universo, en los universos, según el lúcido resumen de Vladimir Tarr.

—¿En los universos ha dicho usted?

—Sí, señora marquesa. Pues concederá usted, con Metrodoro de Quíos, que "una sola espiga de trigo en una llanura inmensa no sería más extraordinaria que un solo Cosmos en la infinidad de los espacios". Los pitagóricos, sin vacilación alguna, nos hablan ya de la pluralidad de universos. Hay, además, una suerte de maniqueísmo cósmico que distingue, como por simetría, el principio bueno del malo, Dios y Luzbel, la Discordia y el Amor de Empédocles. Como en los espejos conjugados, ese irredimible maniqueísmo desdobla las dimensiones del espacio y del tiempo: adelante y atrás, derecha e izquierda, arriba y abajo, antes y después; reparte a los seres en imágenes complementarias y opuestas: machos y hembras, Adán y Eva; y a todos nos dota de las dos orejas del alma, una para las voces gozosas y otra para los acentos del llanto. Pues bien, ese maniqueísmo innato de la naturaleza parece haber inspirado en todo tiempo la sospecha de que Alicia está ante el espejo; o sea que nuestro Cosmos debe de tener por ahí, en la profundidad de los cielos, algún hermano enemigo, un Anticosmos. Veo que levanta usted la vista y...

—Creí que al Cosmos se oponía el Caos.

—Sí, se opone el Caos; pero el Cosmos (y esta es una historia diferente) se completa con el Anticosmos.

—¿Y la resultante puede ser cero, como cuando en las matemáticas se juntan dos cifras idénticas de signos encontrados, uno positivo y otro negativo?

—No me pida usted que desentrañe tan a fondo los enigmas de la Creación. Permítame caminar más despacio y con la modestia que a mis cortas luces corresponde.

—Pues usted dirá, porque me tiene usted perpleja.

—No menos lo estoy yo mismo ante las consecuencias que ha sacado la ciencia actual, interrogándose valientemente sobre cierta vieja hipótesis de Dirac, un físico inglés que vivió hace un cuarto de siglo. Según él, hay en la materia una estructura simétrica, de suerte que la existencia de cada partícula elemental supone la existencia de una antipartícula, masa idéntica de carga eléctrica contraria. El número de partículas que integran cada átomo puede reducirse a tres principales: los protones de electricidad positiva; los electrones de masa distinta y carga negativa, y los neutrones desprovistos de toda carga. En 1932 se descubrió el anti-electrón o positrón (digamos, electrón de carga positiva); y veinte años más tarde, el anti-protón o protón de carga negativa; y todavía los físicos de Berkeley han dado después con los antineutrones en el flujo de las partículas nucleares producido por el bevatrón. Si protones y positrones, electrones y anti-electrones se contraponen según la masa, la carga eléctrica y el *spin* o momento cinético, el neutrón y el anti-neutrón se contraponen por las propiedades magnéticas, de suerte que los polos de estos diminutos imanes están situados de modo inverso: las cabezas juntas, las colas separadas.

—No entiendo nada.

—Yo tampoco. Todo conocimiento nuevo comienza por no ser entendido, como aquellos impuestos de la antigua Roma que, según el tratado clásico, "empezaron por no existir". Pero hay en la comprensión un elemento de hábito. Quizá, tras de pensarlo un mes, usted y yo volveremos a conversar sobre esto y ya lo entendamos mejor. Por lo pronto, hemos llegado a la idea (vacía, hueca, insípida para nuestra mente

si usted quiere) de que hay átomos y antiátomos, puesto que los tres elementos de aquéllos encuentran su correspondencia o reflejo zurdo en los tres elementos de éstos. Según el doctor Goldhaber, de aquí concluimos que hay, al lado nuestro, un Anti-cosmos, compuesto de anti-materia. El *Sphairos,* la Esfera democriteana, se partió en dos originalmente para dar lugar a nuestro universo, y también al universo contrario, como en dos gemelos que tuvieran la derecha y la izquierda conjugadas inversamente. Y cada gemelo se alejó del otro y emprendió la ruta por su cuenta. Si creemos a ciertos atomistas, las misteriosas ondas de radio que nos llegan desde los abismos nos comunican noticias de ciertas colisiones que aún se producen por ahí, y donde se aniquilan mutuamente estrellas y aun galaxias enteras de los dos ejércitos adversos.

—¡Señor, que no podemos escapar de la guerra! Pero ¿hay alguna frontera entre el Cosmos y el Anticosmos? ¿Y por dónde *cae* ese universo invisible?

—Lo que yo sé, señora marquesa, es que sopla ya un vientecillo frío y, como se decía en otro tiempo, nos *va a caer* el sereno. Interrumpiremos nuestro coloquio.

UN DESLIZ DE NAPOLEÓN

NAPOLEÓN no nos tiene acostumbrados a oírle decir insensateces. Al contrario, muchas de sus sentencias aún parecen revelarnos ciertas honduras insospechadas cuando las cita nada menos que Paul Valéry en sus ensayos tan asépticos, tan "intelectuales" en el más adamantino concepto.

Pero acaba de cumplirse el primer centenario de la muerte de Humboldt (6 de mayo de 1859). Hemos examinado viejos documentos, viejas memorias. Y por desgracia hemos dado con un desliz de Napoleón, que no parece justificarse siquiera por el hecho de que Humboldt fuera un prusiano, porque, en todo caso y por paradójico que parezca, Humboldt fue un prusiano francés. París era su ciudad predilecta, de donde costaba mucho arrancarlo. Centro de la cultura mundial, París era su centro. Napoleón no podía ignorarlo, no podía ignorar quién era Humboldt que, habiendo regresado ya de sus gloriosos viajes americanos, atraía la atención de todos.

Pero he aquí lo que sucedió. Se aproximaban las fiestas de la coronación. El 25 de noviembre de 1804, Napoleón recibió en una de las puertas de la ciudad a Pío VII. El 2 de diciembre, en solemne ceremonia de Notre Dame, el papa le otorgó la corona a Carlomagno. Napoleón y Josefina ofrecieron una solemne fiesta en las Tullerías. Humboldt fue presentado al emperador. Y éste ¿qué le dijo? Pues sencillamente le dijo:

—Entiendo, señor, que usted se ocupa en coleccionar plantas.

Humboldt asintió. Y Napoleón, encogiéndose de hombros:

—¡Ajá! También mi mujer se divierte en eso.

Y, sin embargo, Napoleón, miembro del Instituto, había recibido plenos informes sobre los trabajos de Humboldt. ¿Cómo pudo no percatarse de que hablaba con una contrafigura de Goethe, a quien declaró "todo un hombre"?

7-V-1959.

LOS ESPECIALISTAS Y LA ESFINGE

RECIÉN llegado yo a la zona porteña, el Chusco Argentino me dijo:

—Todavía está usted, como Adán, poniendo nombres a los animales y a las cosas. Voy a explicarle a usted en dos palabras los defectos del argentino, que también los tiene, aunque afortunadamente bien compensados con sus virtudes. El argentino es aquel que le dice a usted, sin pestañear: "Verá usted, en Buenos Aires tenemos una cosa que se llama la Gravitación Universal, y. . ."

Y lo mismo siento cuando cualquier especialista se empeña, desde su punto de vista (matemática, física, biología, psicología), en explicarme la Creación, el Libre Albedrío, el Tiempo.

Y perdone el muy sabio Hans Reichenbach, cuya obra póstuma sobre *La dirección del tiempo,* en inglés, no tardará en ser traducida (ya México, ya Buenos Aires) en alguna lengua muy parecida al castellano.

—El Tiempo —oh manes de Bergson— es aquella melodía hueca y sin voz que se va encendiendo o creando en el Futuro, que aún no existe, que arde apenas en el Presente y pronto se apaga definitivamente en el Pasado. No hay que "espacializarlo", oh físicos, no hay que untarlo en el espacio, porque entonces caemos en el enigma de Aquiles y la Tortuga o en el enigma de la Flecha de aquel "cruel Zenón de Elea", como lo ha llamado Valéry.

—Patrañas, patrañas —contesta el otro—. El Tiempo está ahí, todo dado ya de una vez, y somos nosotros quienes lo vamos recorriendo. Por eso no podemos modificarlo ni poseemos Libre Albedrío. Pero si nos diéramos cuenta de ello, al instante dejaríamos metafísicamente de existir.

—Existir ¿es, pues, estar engañado? ¿La vida es sueño, y lo demás?

—Claro está. Y aquí de un cuento provechoso:

La concepción determinista del Tiempo puede ilustrarse con el movimiento de un *film* cinematográfico. Mientras contemplamos una escena fascinadora, su desarrollo futuro está ya grabado en la cinta. El "devenir" o llegar a ser es una ilusión, y es indiferente el punto del proceso con que nos enfrentamos. Lo que nos parece un "devenir" no es más que nuestra posible adquisición gradual del conocimiento futuro, pero para nada afecta la verdadera marcha de los acontecimientos. Sea el *film* de *Romeo y Julieta.* He aquí el instante en que Julieta, aparentemente muerta, yace en la tumba. Romeo se aproxima, la cree muerta en efecto, y acerca el veneno a sus labios, deseando morir él también. Y los espectadores gritan: "¡No te envenenes, que no está muerta!" Y nosotros soltamos la carcajada. Los espectadores, arrastrados por su emoción o experiencia y moción subjetiva, han olvidado que el movimiento del *film* es irreal y no es más que el desarrollo o revolución de un carrete ya impreso. ¿Tenemos derecho a suponer que otra cosa pasa con nuestro existir en el Tiempo?

De aquí que hayamos hablado alguna vez de las "cosas del Tiempo" como de otras tantas travesuras, con ser cosa tan patética el tiempo *(Marginalia,* 1ª serie); de aquí que el Ingeniero Carreras de nuestro cuento ("Los estudios y los juegos", *Quince presencias)* haga y deshaga, lleno de perplejidad, sus castillos de barajas entre Bergson y Einstein sin saber por fin a qué atenerse. ¡Señor, el tiempo que habremos perdido pensando en el Tiempo!

México, 3-VI-1959.

PARA MI SANTIGUADA

(Con permiso, un instante de desahogo)

—PARA mi santiguada... —comenzó Sancho, y no nos importa lo que viene después, porque vale más la puntería que el disparo. ¡Y a quemar palabras se ha dicho!

1. En el nombre del Padre *(Por allá, arriba del entrecejo)*...
2. Del Hijo *(Sobre la boca del estómago)*...
3. Y del Espíritu *(Sobre el corazón de la izquierda)*...
4. Santo *(Sobre el anticorazón de la derecha)*...
5. Amén *(Besito tronado a la cruz manual)*.

¡Y a quemar palabras se ha dicho!

¡Cuidado con el pobre Bécquer!

> Cuando me lo contaron sentí el frío
> de una hoja de acero en las entrañas.

Sí: hay que darle al corazón una nalgadita de coramina. Los locos, o son locos de la razón, o son unos tristes sentimentales. Como hoy en día mis mentadas Jitanjáforas, antaño ("otrora", prefieren decir los cursis) se usaban los Versos de Loco para los bostezos de la poesía. En la "selva de varia invención" del *Peregrino*, el Loco Raciocinante de Lope exclama así:

> Todas las cosas que ocupan,
> muestran estar ocupando:
> imperfectamente, es cuando
> el cuerpo ocupa lugar.

Pues véanse los versos de loco que acaba de traerme el correo de Montevideo, que casi los veo y no los creo:

> La verdad platense
> le dijo al engaño:
> ¡Ay fenomenito,
> cómo me hacés daño!

(Voces: ¡Comentario, comentario!— Allá va)

1. La *verdad* es la cosa en sí, el nóumeno, que siempre aparece garapiñado en mentira, en el fenómeno, en el engaño de la inteligencia y de los sentidos, andaderas kantianas.

2. *Platense,* porque el mensaje viene del Río de la Plata, y por eso dice *hacés* y no *haces.*

3. *Engaño* es, pues, el fenómeno, disimulo de la realidad o verdad.

4. *Fenomenito,* diminutivo cariñoso, para que nadie pretenda que la lógica es fría y la metafísica gélida.

5. *¡Cómo me hacés daño!* Claro, puesto que es un telón que nos obstruye la visión auténtica.

Por donde se ve que aun el más sabio de los comentarios no puede dar garantía del valor poético, porque la estrofa es pecadora, a qué disimularlo.

En cambio, si Eurípides dice, sin comentario: *Pótnia nyx,* Augusta Noche, ya tenemos el calosfrío poético de que habla Victor Hugo en su estética nunca bien dibujada, en sus comentarios privados a Baudelaire *(le frisson nouveau).* Y no hace falta más comentario, porque allí está, ante nuestros ojos, la Augusta Noche, que es para mirarla y admirarla, y nunca para instalarse en ella o tomar asiento en ella. ¿Quién va a instalarse en la Augusta Noche, hombre de Dios? La Augusta Noche... Se la ve pasar con sus lucecitas encendidas, como en un desfile a un carro alegórico.

(Por lo menos, observó el mentecato, no me parezco a nadie, y los versos no autorizados con la siguiente firma son meras falsificaciones.)

3-VI-1959.

ADIÓS A VASCONCELOS

Hace más de cuarenta años, cuando él andaba por el sur de los Estados Unidos y yo vivía en Madrid, José Vasconcelos me escribió: "Alfonso, a juzgar por lo que vivimos, sentimos y pensamos, tú y yo moriremos con el corazón reventado."

La profecía ha comenzado a cumplirse, y creo que se cumplirá hasta el fin. Me llevaba siete años, y se me ha adelantado un poco, eso es todo. Si hubiéramos podido charlar un momento antes, yo le hubiera dicho: "Espérame allá", y él me hubiera contestado: "Allá te espero."

La vida nos llevó y nos trajo de un lado a otro. En los días de mayor alejamiento, nos confesábamos siempre secretamente unidos por esa suerte de magnetismo cósmico que hacía hablar a Nietzsche de su "amistad estelar" entre él y Wagner. *(Toutes proportions gardées.* No se intenta aquí engrandecerse por la comparación, sino explicarse con la metáfora.)

A estos inevitables vaivenes de la existencia me he referido, siempre con profundo cariño, en la *Historia documental de mis libros (Universidad de México,* 5 de enero de 1956),* donde reiteré la fe en nuestra amistad inquebrantable, palabras que antes de ser publicadas le comuniqué por teléfono y que él acogió con viva emoción.

En 1953, al enviarle mi tomo *Obra poética,* le dije en mi dedicatoria: "Nada, ni tú mismo ni nadie, podrá separarnos nunca." Y me contestó en carta del 7 de enero de ese año: "Te agradezco tu fraternal dedicatoria, con la que estoy completamente de acuerdo, y me agrada conservarla como testimonio de nuestra amistad para mis hijos."

Pero, sobre todo, poco antes de morir (el mes pasado), envió a la Cadena García Valseca un par de artículos sobre mi último libro, artículos que yo considero como el testa-

* Se recogerá en el tomo XXIV, de *Memorias.* [E.]

mento de nuestra amistad. Allí su generosidad se desborda, y su cariño para el hermano de su juventud rompe los diques.

Siempre varonil y arrebatado, lleno de cumbres y abismos, este hombre extraordinario, tan parecido a la tierra mexicana, deja en la conciencia nacional algo como una cicatriz de fuego, y deja en mi ánimo el sentimiento de una presencia imperiosa, ardiente, que ni la muerte puede borrar. Lo tengo aquí, a mi lado. Nuestro diálogo no se interrumpe.

México, 1º-julio, 1959.

MITO

A VECES los poetas jóvenes creen que deben abrirse paso a codazos. Si son poetas auténticos, no les hace falta. Pero es éste uno de los errores más frecuentes de la juventud: dolencia —dice el amargo epigrama— de que se cura uno con los años. Así pues, uno de estos jóvenes poetas quiso zaherir a un veterano y le lanzó esta pulla: "Es un ejemplo de dedicación. Está dedicado a construir su mito." A lo que contestó el veterano: "¿Hércules? No me hablen de ese embaucador. ¡Figúrense ustedes que está dedicado a construir su mito! —Y eso ¿qué significa? —Pues, sencillamente, que está llevando a cabo los Doce Trabajos." Porque esto es construir un mito: realizar proezas y actos sobresalientes. Y, en el caso, había una proporción entre el joven y el veterano de 150 libros contra un folleto y tres cuartos. Pero el objeto de esta rápida reflexión no es rebajar al joven, que sería injusto, sino recordarle que no vale la pena ser descortés cuando se poseen prendas legítimas.

El mito deja caer lo adventicio, lo insignificante, y edifica en torno al personaje una antología de hazañas. Por eso el mito no acepta todo, ni tampoco a todos acepta. En cuanto a confundir "mito" con "embuste", como ahora suele hacerse, es una forma de padecimiento mental. La historia pretende contar la verdad: ¿la cuenta toda? Sería imposible. Construye mitos, traza avenidas de mitos; es decir: escoge lo mejor y lo recoge en la mejor forma. (Aquí "mejor" significa "trascendente".)

México, 23-VII-1959.

DISPARATES SEDUCTORES

HACE tiempo, mucho tiempo, di con un libro cómico publicado por la *Nouvelle Revue Française.* Comenzaba con el relato de una exploración por algún país selvático y ruinoso. Se usaban las palabras de la manera más caprichosa y absurda, y en esto residía el encanto humorístico de la obra. (Entonces, pasaba por cómica; hoy sería sublime, según el vuelco o catástrofe acontecidos en la estética.)

Aquello rayaba en la imbecilidad, y sin embargo confieso que me divertía y me descubría no sé qué ignoradas relaciones entre las palabras, más allá sin duda de la razón: "Caminábamos a trompicones —decía el autor— porque se enredaban en nuestras piernas las lianas y las sífilis, y de cuando en cuando aparecían los basamentos, zócalos y pederastas de algún templo desaparecido."

De repente vino a mi memoria la traducción del *Zaratustra* de Nietzsche (La España Moderna), firmada por "el eminente escritor que se oculta bajo el seudónimo de Juan Fernández" —dice la advertencia editorial— y hecha, según me aseguraron, por José de Caso, un viejo "institucionista" español que dejó muy pronto la partida y se alejó, como el propio Zaratustra, para recluirse en su soledad. Aunque después me encuentro con esta traducción firmada por Pedro González-Blanco en la Biblioteca Sempere. No sé cuál será el dato verídico.

A pocas líneas, la traducción *luce* un disparate garrafal. Zaratustra se dirige al sol y dice: "Te esperábamos todas las mañanas, te tomábamos lo *superfluo* y te bendecíamos." Evidentemente se quiso decir *lo indispensable.* Con todo, la frase se me pegó como una enfermedad gustosa y atractiva. "¡Qué lástima —decía yo para mí— que *superfluo* no signifique eso! El uso, aunque equivocado, es tan agradable. *Tomar lo superfluo* parece aquí algo como disfrutar apenas un flujo

de superficie, un líquido que se espuma ligeramente sin entrar mucho la cuchara."

Pero hay que cuidarse de estas tentaciones y morbosidades. Así empieza el cáncer lingüístico. Yo no sé si Freud habrá estudiado los casos de esos hombres dados a inventarse un lenguaje o unas expresiones arbitrarias, hijas de su antojo. Nuestro Vate Frías acostumbraba hablar así: "Pasó una biruta a toda melena." Quería decir: "Pasó corriendo una muchacha." En sus días, infestó el barrio de Montparnasse con este misterioso dialecto, entre los hispanoamericanos de París, naturalmente. Posible es que algunos lo recuerden. ¿No se hallaba entre ellos Miguel Ángel Asturias, que escribía poco después su *Émulo Lipolidón (Fantomima jitanjáfora)** antes de dar con su verdadero camino?

Ya he hablado de todo esto en mi ensayito *Las jitanjáforas*.** No quiero repetir lo que dije, no quiero saber lo que dije.

26-VII-1959.

* Miguel Ángel Asturias, *Émulo Lipolidón: fantomima,* Guatemala, Tipografía América, 1935. Edición de 200 ejemplares, fuera de comercio. Suscrito en París, 1931-1932. [E.]

** En *La experiencia literaria. Obras completas,* t. XIV. [E.]

LA "MORCILLA"

AUNQUE los antiguos recitadores homéricos se permitían algunas interpolaciones para halagar a los príncipes en cuyas cortes eran recibidos por unos días, entiendo que lo hacían con prudencia y hasta con cierto disimulo. No les hubiera convenido declarar descaradamente que ponían sus manos pecadoras en textos ya consagrados y que hasta se alegaban como testimonios jurídicos y como títulos —a falta de cosa mejor— en ciertas controversias sobre derechos territoriales de estos o los otros Estados, sobre ambiciones imperialistas, sobre pretensiones al gobierno de tales o cuales santuarios.

Cuando, bajo los Pisistrátidas, se decidió poner orden y concierto en los poemas homéricos, cuya validez oficial era ya generalmente reconocida, aun se castigó a alguno de los recopiladores por habérselo descubierto en flagrante delito de interpolación. Quiere decir que el recitador o rapsoda —en aquellas sesiones que venían a ser escenas de un actor único— no tenía real y verdaderamente derecho a introducir "morcillas" (como se dice en la jerga teatral moderna), y que sólo se consentía estas licencias de modo muy cauteloso y subrepticio.

La frontera entre el autor y el actor no siempre fue trazada con una absoluta nitidez. Y ya se comprende que en actos eminentemente populares y que apenas obedecían aún a las convenciones y compromisos del teatro, la "morcilla" era práctica general y hasta indispensable, como un elemento de sorpresa y una diversión enteramente legítima. El *komos* o celebración popular de las aldeas áticas, larva de la comedia, era algo como un desfile y danza de disfraces, festejo a la vez religioso y lleno de procacidades y crudezas —carácter propio del paganismo rural—, consagrado sobre todo a Dióniso y a otras divinidades de manga ancha, y que, por cuanto al texto o recitación, apenas puede decirse que fuera sino un tejido de morcillas, generalmente burletas o pullas que los

ejecutantes se lanzaban entre sí o contra los espectadores casuales. Algo parecido sucedía en la vetusta Esparta, en Taras o Tarento (colonia de la Magna Grecia), en Megara, en la Tebas griega, antes de que se llegara a la configuración regular de la Comedia.

En cierta modalidad del teatro chino el actor colabora con el autor y tiene el derecho y aun el deber de introducir por su cuenta pasajes más o menos extensos. En la antigua Commedia dell'Arte italiana (transportada a Francia en la *Comédie à l'impromptu)*, abuela del teatro de títeres y que nos ha legado los tipos inmortales de Arlequín, Polichinela, etc., sucedía otro tanto y mucho más, pues fuera del escenario y las situaciones generales todo el elemento oral es una continua improvisación, naturalmente apoyada en ciertos lugares ya estratificados por la rutina, según la ley económica de todas las improvisaciones.

En nuestra actual concepción del teatro, la "morcilla" es un pecado, más venial que mortal y más o menos censurable según el temperamento de los públicos y las modas siempre cambiantes; pero, desde luego, sólo tolerable en los escenarios cómicos. El Género Chico español ha acarreado ese vicio durante toda su corta y agitada existencia, y todavía se recuerda a un actor famoso, Antonio Riquelme —auténtico siglo XIX y representativo de esa era de optimismo *malgré tout* que fue la suya— el cual, como dice de él Deleito y Piñuela, "no era actor de estudio, sino de intuición. Tenía a gala no saber los papeles. No estudiaba nunca, y al salir al procenio no se limitaba a *morcillear*, sino que inventaba por su parte, diciendo lo que le venía en gana, gracias a la indulgencia del público y de los autores. Pero rescataba tales culpas con su gracia superlativa y de buena ley".

Y ¿acaso le extraña a alguien que nuestro Cantinflas (Commedia dell'Arte al modo mexicano, héroe cómico educado en la Carpa) haga otro tanto si se le antoja, o interpele de repente a una persona del público, como también sucede en los teatritos de *diseurs* de París?

En todos estos casos, la tela invisible que separa al mundo ideal del escenario y al mundo real de los espectadores se desgarra por un instante, y hay una ósmosis entre los dos

orbes separados. Otras veces, muy contadas veces, la desgarradura parte del espectador hacia el proscenio. Hace años, en Montevideo, se representaba una comedia donde uno de los actores, supuesto empresario o director teatral, convidaba a una de sus actrices a dirigirse al público en guaraní. Y una noche, repentinamente, sucedió que una hembrita del partido le contestó también en guaraní, desde un palco, y luego, dirigiéndose al público explicó:

—Ustedes me perdonarán, señores, pero acabo de poner en su lugar a esta artista. Ella, aprovechándose de que ustedes no hablan en guaraní, que es mi lengua nativa, ha soltado una retahíla de imprudencias y palabras irrespetuosas para el público. (Traslado a *La putain respectueuse.)*

LA BASURA

Los Caballeros de la Basura, escoba en ristre, desfilan al son de una campanita, como el Viático en España, acompañando ese monumento, ese carro alegórico donde van juntando los desperdicios de la ciudad. La muchedumbre famularia —mujeres con aire de códice azteca— sale por todas partes, acarreando su tributo en cestas y en botes. Hay un alboroto, un rumor de charla desordenada y hasta un aire carnavalesco. Todos, parece, están alegres; tal vez por la hora matinal, fresca y prometedora; tal vez por el afán del aseo, que comunica a los ánimos el contento de la virtud.

Por la basura se deshace el mundo y se vuelve a hacer. La inmensa Penélope teje y desteje su velo de átomos, polvo de la Creación. Un barrendero se detiene, extático. Lo ha entendido todo, o de repente se han apoderado de él los ángeles y, sin que él lo sepa, sin que nadie se percate más que yo, abre la boca irresponsable como el mascarón de la fuente, y se le sale por la boca, a chorro continuo, algo como un poema de Lucrecio sobre la naturaleza de las cosas, de las cosas hechas con la basura, con el desperdicio y el polvo de sí mismas. El mundo se muerde la cola y empieza donde acaba.

Allá va, calle arriba, el carro alegórico de la mañana, juntando las reliquias del mundo para comenzar otro día. Allá, escoba en ristre, van los Caballeros de la Basura. Suena la campanita del Viático. Debiéramos arrodillarnos todos.

14-VIII-1959.

EL CABALLERO DE LA MANO AL PECHO

VOY a confesar una herejía, y que los inquisidores se hagan desentendidos. He pasado muchos años de mi vida admirando sin reservas a los varones que pinta el Greco. No hablo ahora de mi admiración por esos cuadros inmortales, no, porque ésa se mantiene incólume, sino de mi admiración por lo que pudieron ser los hombres que han servido al pintor de modelos y que figuran toda una familia grave, sensible, profunda y decorosa.

Esas caras nobles y largas, esas barbas honestas, esos ojos entornados con arrobo y reverencia en el famoso *Enterramiento,* esas líneas secas y duras que poseen algo de lealtad y de dignidad más que humanas —a todos los retratos puede servir como de paradigma y suma realización el *Caballero de la mano al pecho*— parecen representar una nación de héroes callados, de justicieros sin tacha, de grandes señores limpios en su voluntad y en su persona; un pueblo, casi, de talla moral y corporal superior a la talla media; de seres ya camino del ángel, aunque sea por la hermosura sin dulcedumbre empalagosa y por el acerado destello ético que parecen emanar de sí mismos.

Pero, ay de mí, que he conocido a un varón propiamente arrancado de los lienzos del Greco —supervivencia de aquella raza desaparecida—, en el cual se han conservado a un punto increíble los perfiles y las expresiones de aquella magna galería ibérica. Era, es, un sujeto por todo concepto respetable y dotado de raras prendas, cortés y urbano en grado sumo. No puedo escatimarle los muchos elogios que merece. Pero, junto a sus manifiestas virtudes ¡qué pesadez, qué aburrimiento, qué trato alambicado, qué habla enredada y perifrástica, qué rodeos en las maneras y en las palabras, qué incapacidad de acercarse y despedirse con facilidad y soltura, qué manera de echar a perder el encanto de su pre-

sencia con yo no sé bien qué irradiación de tedio, de inutilidad, de adiposidad mental disfrazada de ceremonia!

No sé si me explico, pero este pobre figurón me ha hecho odiar decididamente a los caballeros de Theotocopuli. Me los ha estropeado para siempre. Ahora no puedo menos de pensar que eran unos vecinos insoportables y untuosos, y que el encontrarse con ellos resultaba siempre un mal suceso y una irreparable pérdida de tiempo y de buen humor.

Para que mejor se me entienda, contaré que mi *Caballero* redivivo es un gran erudito, pero de esos que Nietzsche compara con los sacos de harina, que si se les pasa la mano sueltan un polvillo irrespirable. Contaré, además, que en cierta ocasión daba unas conferencias públicas sobre los maestros del Renacimiento, conferencias, naturalmente, de dos horas cada una; que un día me sucedió asomarme a una de aquellas conferencias y llegué atrasado cinco minutos, y que ya no me fue posible en las dos horas averiguar de quién se trataba, porque todo era circunloquios, reverencias, fórmulas de acatamiento indirecto: "El sabio en quien ahora nos ocupamos, el discretísimo humanista con quien esta tarde nos atrevemos, el noble hijo de los estudios que tanto prestigio ha dado a nuestra cultura", etcétera.

Que me perdone el Greco, que los inquisidores se hagan desentendidos.

16-VIII-1959.

LOS ARQUEROS

¿QUÉ me pasa? Ya he hablado de cierta catástrofe cósmica que nos amenaza desde el fondo del universo ("La catástrofe", *Ancorajes,* fragmento de 1937). Pues sucede que alguna distante e ignorada catástrofe repercute en este cofrecito vibratorio del corazón. Muchas veces no sabemos lo que nos sucede, no sabemos qué rara inquietud nos atraviesa de parte a parte, como un dolor inesperado o un malestar que llega a ser físico y corpóreo. A lo mejor es que ha reventado un cometa, que ha estallado una nebulosa, que un viento de energías etéreas se ha desatado a varios millones de años-luz, y ahora está llegando a nuestra casa, como esas nubes radiantes que nos visitan. No puede extinguirse una estrella sin que lo paguemos, aun sin merecerlo. Vivimos y morimos asaeteados de oscuras flechas. Hay unos arqueros en la sombra, que nos tienen sitiados.

30-VIII-1959.

LA INDEFENSIÓN DEL NIÑO

SEA, pues: la perfección de la criatura humana es función de la lentitud con que se elabora y desarrolla nuestro organismo. Pero la vida va tan de prisa que, más de una vez, en nuestra impaciencia, hemos gritado: ¡O ser precoces, o no ser; o haberlo leído todo antes de abandonar el claustro materno, o renunciar a la cultura; conocerlo todo mediante el rayo intuitivo, y olvidar por estorbosas y lentas estas andaderas de la razón que sólo nos llevan por sus pasos medidos y con cachaza desesperante!

Y lo cierto es que la criatura humana paga su pretendida superioridad sobre los demás animales a costa de incontables padecimientos. Me remito a mi breve ensayo sobre "El enigma de Segismundo" *(Sirtes)*. Lo cierto es que yo podría escribir sin término sobre la valoración natural del hombre y hay pocos órdenes de la investigación que más me preocupen o me fascinen. Cuando doy en tocar el tema padezco la tentación de no acabar nunca. Y lo mejor será que corte aquí con un "golletazo", como se dice en el coloquio literario de España, refiriendo una anécdota que viene a punto sobre la indefensión en que se hallan siempre los niños, rodeados de fuerzas desconocidas, de necesidades que no pueden satisfacer por sí solos, de oscuras y vagas acechanzas.

Era aún muy niña una hermana mía. Cierta noche, mi padre la encontró llorando, sola, en un rincón de la "asistencia", la salita de familia, no la sala de respeto que se consagraba a las visitas.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

Y luego, no sin cierto dolor, sonreía repitiendo la respuesta de mi hermanita, que era una síntesis de la condición del niño, en medio de esta feroz naturaleza:

—Tengo frío, sueño, hambre y miedo.

4 de septiembre de 1959.

LOS DOS ÓRDENES DE SOCIEDADES

DURANTE mi último viaje al Monterrey de mi infancia, me encontré, en el barrio de San Luisito, con un simpático vejete, que me dijo con mucha solemnidad:

—Señor, yo presido el Sindicato de Aves Canoras y de Adorno (!).

Mi desconcierto, desconcierto gustoso, me llevó al instante a reflexionar, como me han habituado a hacerlo todos los poetas que en el mundo han sido.

La paradoja, en el caso —me dije tratando de analizar mi desconcierto—, resulta del choque entre dos órdenes de estructura social a primera vista incompatible. Nuestra actual estructura es jurídica, cívica, económica ("sindicato"), y la referencia a las aves canoras y de adorno más bien parece pertenecer a las estructuras, casi abolidas, que se fundaban en principios más bien poéticos: allá cuando los Estados, tribus o lo que fueren, tenían, por ejemplo, un Jefe Metafísico (Papa en miniatura) y un Dispensador de los Perfumes Secretos, el cual ya anuncia en cierto modo a los comisarios *des menus plaisirs*, que aún se hallan en las cortes de hace unos cuatro siglos. Yo mismo, cuando era estudiante universitario, llegué a fundar —sólo que nadie me hizo caso— una Sociedad para el Fomento de la Lluvia con Sol.

Por supuesto, las "utopías", positivas o negativas, las novelas sobre los mundos posibles, aprovechan estos contrastes, siempre seductores y hasta patéticos: ya, como en Butler, nos cuentan de ciertos Bancos Musicales, instituciones públicas de funcionamiento nada claro; ya, como en el libro feroz de Orwell, describen un Ministerio Público del Amor, destinado, naturalmente, a fomentar y mantener los odios políticos. En nuestras actuales organizaciones, los Ministerios de Bellas Artes y de Educación Pública aún parecen cabalgar en el caballete del tejado, y por un lado miran a la concepción

moderna mientras por el otro todavía evocan las concepciones poéticas de antaño. (Y a mucha honra.)

Ante el Presidente del Sindicato de San Luisito, no pude menos de soñar en lo que sería una Institución para el Estímulo de la Coquetería y la Belleza o una Sociedad Protectora de la Amena Conversación. . .

(¡Ay! Un catedrático de los Estados Unidos, que vino recientemente por México, me confesó:

—Ya nuestra vida no nos permite siquiera conversar. En mi país, el que siente necesidad de conversar tiene que pedirle una audiencia al médico psicoanalista.)

4-IV-1959.

PARRITA

MANUELITO DE LA PARRA, "Parrita", delicadísimo poeta siempre estaba un poco mareado ("a medios chiles", en lenguaje popular de México), achaque de su época literaria que no perdonó a los mayores ni a los menores. Se presentaba con los ojos vidriosos y, al recitar, hacía el ademán de llevar en la mano una copita invisible.

Convidado a alguno de los pueblos del Distrito Federal para decir unos versos en el templete público del 16 de septiembre (fiesta de nuestra Independencia), se presentó como si anduviera ya en las nubes y acompañado de otro excelente poeta de nuestro crepúsculo "modernista", Rafael López, quien se había impuesto la tarea de cuidarlo.

Subió Parrita a la tribuna y empezó un poema sobre el Cura Hidalgo con su vocecita meliflua:

—¡Blanco anciano de Dolores!

Y aquí se saboreó, satisfecho, según solía hacerlo, como si acabara de echar un trago. La invocación no podía ser más feliz para quien conoce la figura de Hidalgo, y lo cierto es que valía por sí sola todo un poema. (Referencia a los "Versos ungulares", segundo ciento de estas *Burlas veras.*) Y luego Parrita continuó:

—¡Blanco anciano de Dolores!

El público se desconcertó un poco ante la reiteración, pero en fin —se dijo— ¡estos "modernistas" son tan extravagantes!

Tras otro saboreo de satisfacción, Manuelito volvió a decir:

—¡Blanco anciano de Dolores!

Era demasiado. La gente comenzó a gruñir. Rafael López, previendo la inminente catástrofe, tiró de la manga a Manuelito y le dijo:

—¡Bájate, Parrita!

Y, entre los gritos de protesta, Parrita bajó de la tribuna

dando las gracias, saludando y convencido de que había recitado ya todo su poema.

Por no haber participado yo nunca en esta suerte de hazañas poéticas, alguien, al despedirme yo para Europa el año de 1913, se dejó decir que tal vez yo exclamaría más tarde, como Rubén Darío: "¿Fue juventud la mía?" Sí, sí fue juventud la mía, pero divagaba por otras sendas.

4-IX-1959.

LA MAGIA DE LAS CARTAS

Cuenta una tradición que un indio dominicano llevaba, de parte de un español a otro, unas hutías asadas (suerte de conejos pequeños). El indio, durante el trayecto, se comió tres. El que recibió el obsequio contestó por escrito diciendo cuántas hutías le habían llegado. El remitente le dijo a su mensajero: "¿De modo que te comiste tres?" "¿Quién lo afirma?" —preguntó el indio asombrado. "Este papel" —le contestó su amo. Y así, entre los nativos de América pudo crearse la superstición de que las cartas eran instrumentos mágicos, que hablaban por sí y revelaban los actos del mensajero.

Emma Susana Speratti Piñero resucita esta tradición en las páginas de Pedro Mártir de Anglería, y sigue la trayectoria del cuentecito en otros cronistas de América y en el teatro español del Siglo de Oro, hasta llegar a un ejemplo literario moderno y a una supervivencia folklórica. "El arco —nos dice— que comenzó con la mención de un hecho ocurrido en Santo Domingo (Pedro Mártir), después de un zigzagueo por Tierra Firme, una isla bárbara, un retorno a Haití y un desplazamiento hacia el Perú, se cierra casi en el punto de partida: en Cuba *(Revista de la Facultad de Humanidades,* Universidad de San Luis Potosí, I, 1, 1959).

El cuento de Ricardo Palma, "Carta canta", destinado a explicar el origen de una frase popular *(Tradiciones peruanas)*, pudiera también aplicarse a la disparatada frase mexicana: *Papelitos hablan.*

11-IX-1959.

DISPARATES

LO MUCHO que apoya el hispanoamericano en la *d* de las terminaciones *ado, ada* (que el español tiende generalmente a atenuar un poco y, si es plebeyo, a convertirlas en *ao, aa),* hace que en España se le burlen, e imiten su habla suponiendo que inserta una *d* donde no la hay; por ejemplo: "bacala*d*o de Bilba*d*o".

El maestro Ernest Mérimée tomaba muy al pie de la letra los vulgarismos peninsulares, y enseñaba a sus discípulos del Instituto Francés de Madrid (Sección Toulouse) a decir: "Me ha *dejao*", etc. A veces hasta se exageraba el vicio, y yo oí a algunos candorosos decir: "deo" en lugar de "dedo", lo que ya no corresponde siquiera al habla vulgar, sino que es un puro disparate.

Pero, al revés, por falso cultismo, hay los que insertan la *d* donde no la hay. En alguno de mis viejos versos he dicho: "voy de *estampía*", y un pobre escritor creía que era una afectación para simular el habla popular. No se había percatado de que la palabra culta y correcta, en el caso, es "estampía" y no "estampida".

Pero mi sorpresa es grande cuando, en la obra de un especialista (Cesáreo Sanz Egaña, *Historia y bravura del toro de lidia),* veo que se usa el término equivocado "estampida" por "estampía", para hablar de la huida en masa de los rebaños, del pánico gregario de bovinos, rebecos, corzos, cabras monteses ante la presencia del hombre. Es una lástima que se pierda esta sabrosa palabra por un alambicamiento y melindre de los que quieren hablar en "fisno" (en "fino") y que también pronuncian "peano" y "peojo".

Allá cuando la primera guerra, hacia 1915, asombrado de la ferocidad humana, el gran caricaturista Bagaría dibujó para la revista *España* de Madrid una expresiva portada: en la selva virgen, aparece de pronto el Hombre con aire de doctor universitario, chaparrón, de sombrero hongo, de abul-

tada cartera, gafas y paraguas. Y todas las fieras y animales silvestres —leones, tigres, jirafas, elefantes, ardillas, y hasta los insectos y orugas— huyen gritando: "¡Que viene el Hombre!" Esto, señores míos, es lo que debe llamarse una "estampía", y les ruego especialmente que tomen nota de ello a los del "bacalado de Bilbado", o los del "cacado del Callado", a los del "sarado de Curazado", a los de "Wenceslado, Protesilado y Menelado" y demás charamuscas.

11-IX-1959.

MARTÍ A LA LUZ DE LA NUEVA FÍSICA

La nueva física nos ayuda a entenderlo mucho mejor de lo que pudieron entenderlo sus contemporáneos. Martí era un ser en estado radiante. Aun cuando no hubiera muerto en Dos Ríos, tenía que desaparecer pronto, por una como disgregación atómica. Por eso su vida es apresurada: todas las simpatías y los amores, todos los estímulos del mundo se dieron cita en su corazón, atropellándose por entrar. Una existencia así no se puede soportar mucho tiempo, a menos de enloquecer o huir a la gloria y apagarse como lo hizo el pobre Rimbaud.

Que en tan corta vida haya podido hacer cuanto hizo —ser ese escritor que parece llenar un siglo o más de literatura, ser ese amigo de todos y ese hombre único que fue, ser el político, el combatiente, el héroe— raya en milagro, de veras que raya en milagro.

Entre otros afanes implacables, lo consumía la sed de escribir, de dar a los instantes forma durable —como en el prólogo del *Fausto* dice el Señor—; y cada día descubrimos nuevos yacimientos de su obra, hasta verdaderas minucias (pero nunca insignificancias), hebrillas de oro que andan flotando por ahí: tal esa antología de curiosidades periodísticas ha poco aparecidas en Caracas *(Sección constante,* 1955).

A la velocidad externa de su vida corresponde con perfecta adecuación la velocidad interna de su pensamiento. ¡Iba tan de prisa! No tenía más remedio que escribir a las volandas, todos los días, todas las horas, todos los instantes: traía este encargo del Creador, y no quería irse sin cumplirlo. Se puede escribir a las volandas y escribir, como él, muy bien y con singular donosura, siempre que haya liebre para el guiso, porque donde naturaleza no da, ni siquiera Salamanca aprovecha. Y de aquí su estilo, sólo explicable por esta singular condición: estilo de continuos disparos, de ondas cor-

tas, ultracortas, que son las más rígidas y penetrantes; de aquí su estilo de ametralladora.

En el *Misántropo*, 'Alcestes' ha dicho a 'Orontes': "El tiempo no hace al caso." Se engaña: el tiempo hace al caso en ciertos casos, y a propósito de Martí es mejor decir el *tempo*, en el lenguaje de los músicos.

Por su ardor sin desmayo —fuego al rojo azul— y por su buena puntería de arquero, él realizó esta paradoja: dar ejemplo de lo que puede llegar a ser la *precisión tropical*, aunque bufen los que nos ignoran. Cuando pasa Martí a caballo (o "a pegaso"), todo a su alrededor, parece dormido e indeciso. La belleza martiana no teme siquiera el movimiento *qui déplace les lignes*, porque el suyo no es un movimiento ordinario, sino una vibración cósmica que escapa a los ojos normales: es la danza browniana, es la zarabanda atómica. Los electrones se agitan a 2 200 kilómetros por segundo, y no nos percatamos de ello. Las pirámides de Egipto allí están contemplándonos desde el fondo de todos los siglos que quiera el general Bonaparte y, sin embargo, no hacen más que temblar por dentro.*

24-XI-1958.

* Ver "El amor de los libertadores" en la 2ª serie de mis *Marginalia*.

LA MALICIA DEL MUEBLE

¡Oh gustosa continuidad! Cuando se vive en trato constante con la pluma, la sola armonía de la vida comunica al trabajo del escritor una coherencia más legítima que la de los sistemas artificialmente buscados y —sin remedio— siempre algo "traídos de los cabellos". Hace muchos años yo hablaba de la insistencia con que ciertos humildes objetos —los cuellos viejos, las navajitas de afeitar— parecen pegarse a nuestra vida. Les llamé los objetos moscas.*

He aquí: ahora se me ofrece delatar otro mal de las materialidades que nos rodean. He aquí que los muebles, testigos mudos de nuestro existir, adquieren poco a poco, a fuerza de vernos y de palparnos o de sentirse palpados por nosotros, una manera de muda y sigilosa conciencia. Animales estáticos y, al parecer, enteramente pasivos, nos acechan, y nos van envolviendo en una baba invisible de intenciones. Como al fin son nuestros esclavos, las intenciones son vengativas: hay en los muebles una rebeldía expectante, una paz armada, una actitud de guerra fría, para decirlo en la lengua de nuestro tiempo. Y en ocasiones, allá cada vez que se atreven y confían en no ser descubiertos, nos lanzan un zarpazo oscuro.

Si se cae el lápiz, ya se sabe, es inevitable: la comodita se las arregla para hacerlo rodar, atraerlo, metérselo atrás o debajo (guardárselo en el seno, al modo de las cortesanas), de forma que no podamos encontrarlo. Los plúteos dejan caer los papeles hasta el fondo del escritorio. Al Fulgencio Tapiro de Anatole France se le derraman las papeletas por toda la estancia como una cascada de primavera. El libro que nos está haciendo falta se esconde, subrepticio, entre sus semejantes, que "juegan de codos" para disimularlo. Cuando la señora busca una aguja, pide al destino un alfiler, y al contrario, porque el destino nunca da exactamen-

* "Los objetos moscas", en *Tren de ondas, Obras completas.* t. VIII. [E.]

te lo que de él se espera. No hay pata de la mesa que pueda atreverse a decir (o es una descarada embustera): "Nunca te he pegado en las espinillas." ¡Qué pocos sillones podrán jactarse de no habernos estorbado el paso! ¡Qué pocos cajones, qué pocos agarraderos, de no habérsenos enganchado en el bolsillo cada vez que les es posible, con el manifiesto propósito de rasgarnos la prenda! Y ya he contado *(Los siete sobre Deva)** de las butacas que se tragan las tijeritas y los dedales y los aprisionan en los forros. La tinta de la estilográfica se agota precisamente a la hora de la inspiración. O sobreviene el corto circuito al tiempo de hundir el bisturí. La portezuela del auto nos agarra los dedos. El velo prendido al vehículo y que estranguló a Isadora Duncan lo hizo de propósito, según las últimas investigaciones. Al conde de Esteban Collantes se le saltó la botonadura de los pantalones —y fue de intento—, cuando pronunciaba un ardoroso discurso en la Cámara de los Diputados de Madrid, de donde la gente dio en llamarlo "estaban colgantes" (así como a sus hijas, que vestían a la moda vieja, "estaban como antes"). La tetera se desfonda de pronto, y siempre a la hora crítica de servir el té a los amigos. El estoque salta en el descabello, y clava de arriba abajo al más inocente de los espectadores. Don Quijote —sabio entre todos— prefirió la fe a la comprobación y, advertido por el ensayo anterior, no quiso pulsar por segunda vez la resistencia de la celada que tan trabajosamente se fabricó, así como el que cierra los ojos a los posibles desmanes de su amada y sigue entregándole su confianza. Y no hace otra cosa el que compra una vajilla irrompible y, conocedor de la ironía de estos enseres, prefiere recomendar que nadie los toque. El cilindrero se queda con el manubrio en la mano a la hora más sentimental de Agustín Lara; y al galanteador le suena el teléfono a deshora. El ratero tal vez se dejó la protectora alpargata —el pie de gato del ladrón que decía el inmortal don Benito—, y sucede que los zapatos le rechinan, porque tampoco se acordó de pagarlos. El ascensor (vulgo "elevador") se desploma cuando lo acaban de aceitar. La máquina de escribir se atranca

* *Los siete sobre Deva,* en *Obras completas,* t. XXI. [E.]

como mula en lo más florido del cuento. Aquella mecedora nos tiene locos: ha dado en balancearse sola...

Y así, en inacabable desfile, la imperceptible rechifla, la quieta burla, la malicia de los muebles que fingen —sin embargo— ser nuestros más fieles amigos.

13-XII-1959.

EL FÉRREO GENARO

CONOCÍ a Genaro Fernández MacGregor cuando él era ya estudiante de Derecho o no sé si joven abogado y trabajaba en el despacho de su tío don Luis Méndez. Yo estudiaba en la Preparatoria y mi compañero Luis MacGregor Cevallos, primo de Genaro e hijastro de don Luis, hoy arquitecto y autorizado historiador del arte mexicano, me relacionó con él.

Genaro tenía un trato algo seco y preciso, a lo escocés por antecedentes familiares, y fue siempre un gran caballero. Impresionaban en él la seguridad mental, la brava sinceridad que habría de revelarse después en su crítica literaria, y su viril elegancia, como inspirada en la *Epístola moral* y que ya desde los primeros años nos impresionaba.

Su personalidad de internacionalista y aun de crítico literario, pues en aquella remota juventud más bien se empeñaba en hacer versos, fue desarrollándose durante mi larga ausencia de México, en que siempre se mantuvo entre nosotros el cambio de libros y de cartas.

Supe entonces que Genaro era un gran defensor de todos los puntos de vista mexicanos ante los demás países, lleno de fertilidad y recursos. Su fe lo hizo asegurarme un día que la Cancillería Mexicana siempre había batido en los conflictos internacionales a las Cancillerías extranjeras.

No podré olvidar su hermosa cabeza de plata, su duro perfil romano, su voz algo más acre que la de Martín Luis Guzmán, pero también de metálica articulación. "Se fue con los muchos", como hubieran dicho los antiguos. Pero se ha quedado aquí, en la imborrable memoria de sus muchos amigos.

22 de diciembre, 1959.

TRIBUTO EN MEMORIA DE MENÉNDEZ Y PELAYO *

IMPOSIBLE inaugurar esta vez los Cursos de Verano en la Universidad de Nuevo León sin comenzar por unas palabras de emocionado recuerdo para el maestro Francisco Zertuche, que por tanto tiempo fue su animador y supo comunicarles la virtud y el calor de su saber y su simpatía.

Durante los últimos lustros, la Universidad de Nuevo León ha venido desarrollando un esfuerzo que al fin la ha puesto en la primera fila de nuestras empresas culturales. Y junto a la obra meritoria y abnegada de algunos otros regiomontanos que han contribuido a ello con su tesón y sus fatigas, su bien inspirado entusiasmo y su constancia a veces heroica, junto a la obra fraternal de algunos catedráticos españoles, quienes propiamente han representado esa *importación de cerebro* que decía el brasileño Monteiro Lobato; la obra del maestro Zertuche se destaca y distingue por algo como un don de acierto natural y por aquel tino y aquella facilidad que parecen disimularse entre la sencillez, la prudencia, la modestia y la gracia.

Este año, nuestra Universidad ofrece sus Cursos de Verano como un tributo a la memoria de don Marcelino Menéndez y Pelayo, uno de esos Atlas españoles que, de siglo en siglo, levantan el país por su cuenta y parecen tomar a su cargo la tarea de hacer que la cultura hispánica sobrenade y siga su curso.

Su nombre queda para siempre entre los más altos nombres de la crítica y entre los orientadores del pensamiento universal. Pero, a diferencia de lo que acontece en ambientes más propicios o en épocas más venturosas, él tuvo que hacerlo todo por sí mismo: descubrir la cantera, amontonar y acarrear los materiales de construcción, usar la cuchara y la

* Texto escrito por Alfonso Reyes para leerse en el Programa Radiofónico (la Hora Nacional) con el que se inauguró la XI Anualidad de la Escuela de Verano de la Universidad de Nuevo León, Monterrey, N. L., domingo 1º de julio de 1956. Inédito, cortesía de Alfonso Rangel Guerra.

plomada del albañil y, por último trazar las líneas del monumento y gobernar su soberbia arquitectura.

Le asistían para ello el ardor de su sentimiento hispánico y un tesoro de facultades innatas, lo mismo el tacto y la adivinación del gusto infalible que el poder de síntesis, la resistencia al estudio, la memoria casi fabulosa, la pluma de estilo y aliento magistrales, el arte —cuyos secretos no pueden enseñarse ni tampoco aprenderse— de trasfundir y asimilar la erudición en pulso y latido del pensamiento propio, comunicándole a la vez los encantos de un cuento árabe: paciencia de hormiga y visión de águila; generosa y libre comprensión que cada día se fue abriendo como abrazo inmenso, para cada día abarcar un mundo más rico y anchuroso.

Y por si todo ello fuere poco, los hispanoamericanos le debemos todavía la atención para nuestra poesía y nuestras letras, que él supo incorporar con un oportuno lance de timón en la gran corriente de la poesía y las letras hispánicas, devolviendo a la familia de nuestra lengua los fueros de su unidad, cuando todavía muchos peninsulares nos veían con desconfianza, punto menos que como a contrabandistas y a matuteros no autorizados por las aduanas oficiales.

Sean para él nuestra gratitud imborrable, nuestra admiración y nuestro devoto rendimiento.

ÍNDICES

ÍNDICE DE NOMBRES

Abad, Diego José, 512
Abad Queipo, Manuel, 294
Abril, Manuel, 605
Acevedo, Jesús, 47, 171, 447, 716
Adam, Paul, 322, 323
Addison, Joseph, 582, 662
Agoult, Condesa de (Daniel Stern), 83
Agramonte, Roberto, 383
Agripina, 209
Aguirre Cámara, 365
Agustín, San, 212
Aiguillon, Duque d', 641
Alamán, Lucas, 512
Alarcón, Juan Ruiz de, 356, 386, 478, 505-507, 511, 536, 537, 715
Alazraki, Benito, 371
Alberto Magno, 10, 180-182.
Alburquerque, Francisco Fernández de la Cueva, Duque de, 504
Alcázar, Baltasar de, 84, 168, 448
Alderotti, Tadeo, 180
Alegre, Francisco Javier, 512
Aleijadinho, el (Lisboa, Antonio F.), 71
Alejandro, 55, 392, 557
Alembar, 180
Alembert, Jean le Rond d', 522
Alessio Robles, Miguel, 527
Alexander *(Space, Time and Deity)*, 339
Alfarabi, 180
Alfaro, Ricardo, 94
Alfonso X el Sabio, 125, 205, 528
Alfonso XIII, 202, 351, 352, 681
Algarotti, 640
Algazel, 180
Alkendi (Abu Yusuf Ibn Isaac), 180
Almanza, Virrey Martín Enríquez de, 503
Almaraz, Andrés, 42
Alonso, Dámaso, 756
Altamirano, Ignacio, 357, 512, 719
Alvarado Lang, Carlos, 96
Álvarez Quintero, Joaquín y Serafín, 339
Amasis, Rey, 55
Amicis, Edmundo de, 463
Amigó, Luis, 604
Ampère, André Marie, 242
Ancona, Eligio, 527
Andersen, Hans Christian, 203
Anderson Imbert, Enrique, 122
Androcles, 72
Aníbal, 509
Anning, Mary, 702
Annunzio, Gabriele d', 277
Anselmo, San, 748
Antíoco III el Grande, 647
Apolonio de Rodas, 757
Apolonio de Tiana, 259
Apollinaire, Guillaume, 307, 652
Aragon, Louis, 308
Arato de Soles, 117
Arche, Jorge, 23-24
Arderíus, Francisco, 81
Arenales, Ricardo (*ver* Barba-Jacob, Porfirio)
Argental, d', 582
Argers, Conde d', 641
Argüelles Bringas, Roberto, 405, 406, 524
Arias Espinoza, Ricardo, 372
Arístides el Justo, 460

Arnoux *(Paris sur Seine)*, 308
Arosemena, Juan Demóstenes, 373
Arquímedes, 509
Arreola, Juan José, 13, 489, 568
Artajerjes, 509
Artaud, Antonin, 688
Ashby, William Ross, 242
Avellaneda, Alonso Fernández de, 155
Avempace, 123
Averroes, 180
Avicena, 180, 182
Ávila Camacho, Manuel, 355
Avinareta e Ibargoyen, Eugenio de, 713
Aristófanes, 268, 443
Aristóteles, 80, 85, 175, 180, 181, 182, 214, 315, 399, 465, 466, 509, 571
Arjona, Jaime H., 633
Armas Ayala, Alfonso, 394
Arnaiz y Freg, Arturo, 134
Atenaide de Michelet, 247
Atzayácatl, 482
Aub, Max, 14
Auclair, Marcelle, 645
Auerbach, Erich, 498
Ausonio, 734
Austrian, Lew, 708
Azaña, Manuel, 87
Azorín (José Martínez Ruiz), 14, 102, 103, 105, 515, 730, 733

Bacarisse, Mauricio, 605
Bacci, Antonio, 322
Bacon, Francis, 391
Bach, J. S., 340, 538
Bagaría, Luis, 473
Bainville, Jacques, 181
Bala, Alejandro, 467
Balboa, Vasco Núñez de, 97, 373
Balbuena, Bernardo de, 512
Baldesperger, Fernand, 324
Balzac, Honoré de, 158, 274, 324, 448, 767
Ball, W. Rouse, 759
Ballinger, Bill S., 708, 710
Banville, Théodore de, 542
Baralt, Luis A., 383
Barante, 287
Barba Jacob, Porfirio, 269, 539, 641
Barbachano, Manuel, 371
Barbier *(Revue des Deux Mondes)*, 84
Barillot *(Ícaro vengado por Pétin)*, 277
Baroja, Pío, 10, 713-714
Barreda, Gabino, 360
Barrès, Maurice, 342
Bartas, Guillaume Du, 355
Bartolozzi, 605
Bashkirtseff, María, 274
Basilio, San, 65
Baudelaire, Charles, 126, 153, 167, 249, 579, 688
Bayet, Ch., 277
Bazaine, Jean, 137
Bazán, Agustín, 765-766
Beardsley, Aubrey, 193, 262
Beauclerk, Tiphan, 582
Beaumont, Francis, 582
Becerro de Bengala, 127
Bécquer, Gustavo Adolfo, 533, 568
Beda el Venerable, 128
Bédier, Joseph, 210
Beecham, Thomas, 682
Beerbohm, Max, 261, 262
Belaúnde, Víctor Andrés, 558
Belisario, 509
Beloff, Angelina, 716
Belt, Guillermo, 94
Bello, Andrés, 512, 566
Belloc, Hilaire, 166, 211, 320, 639
Benda, Julien, 213, 249, 579, 640
Bennet, Arnold, 262
Bentham, Jeremy, 340

Berçot, 137
Bergamín, José, 605
Bergeret, M., 284
Bergson, Henri, 25, 63, 65, 126, 127, 256, 310, 610, 661
Bermúdez, Jerónimo de, 549
Bernadotte, Folke, 94
Bernard, Claude, 247
Bernard, Georgette Jean-Jacques, 248
Bernard, P., 83
Bernard, Tristan, 322, 680
Bernhardt, Sarah, 701
Béroul, 469
Berry, André, 469, 470
Berthelot, Marcelin, 609
Besançon, Doctor, 729
Binet, Léon, 648
Bixler, J. S., 536
Blake, William, 580
Blanco, Andrés Eloy, 554-555
Blanco, Eusebio, 81
Bolchman, Lawrence G., 710
Bloy, Léon, 325
Blum, Léon, 222, 323
Boccaccio, Giovanni, 476
Bolívar, Simón, 322, 508, 722
Bonaparte, Luis-Napoleón, 277
Bonaparte, Marie, 283
Bonnard, Pierre, 137
Bonpland (viajero), 109
Bony, 137
Boodtle, Milord, 343
Booth, John Wilkes, 212
Borde, Madame de La, 591
Borel, Émile, 519
Borges, Jorge Luis, 14, 227, 310, 567, 730
Borrás, Tomás, 605
Borromeo, Condesa de, 641
Borrow, George, 419
Bossuet, Jacques Bénigne, 212, 268
Boswell, James, 582
Boufflers, Louis François, 620
Bordeloue, Louis, 268
Bowra, C. M., 469
Brillouin, Léon, 623
Brousson, Jean Jacques, 561
Boylesve, René, 61, 62
Bracho, Carlos, 303
Brandes, Georg, 283-285
Branly (físico), 44
Bremond, Abate, 158, 469
Broca, Paul, 181
Brooks, Van Wyck, 158
Brull, Mariano, 384, 385
Bruto, 509
Buck, Pearl, 94
Buckle, H. T., 213
Buelna, Rafael, 527
Buffon, Conde de, 180, 522, 596, 697
Bulnes, Francisco, 691
Burckhardt, J., 79, 86, 213, 320, 466
Burke, Thomas, 582
Butler, E. M., 80
Butler, Samuel, 662, 847
Byrd, Richard Evelyn, 462
Byron, Lord, 212, 312

Cabrero, 605
Cadamosto, Aloísio, 259
Cagliostro (Giuseppe Balsamo), 708
Cahan, A., 197
Caillavet, Madame de, 283
Calas, Jean, 287
Calder, Alexander, 273
Calderón de la Barca, Pedro, 124, 219, 263, 355, 428, 568
Calles, Plutarco Elías, 428
Campoamor, Ramón de, 241
Campos Ortiz, Pablo, 95, 513
Campuzano, Rosita, 312
Amis, Albert, 466
Cañedo, Diego, 441, 482-483, 489
Capek, Karel, 618
Cardona Peña, Alfredo, 559
Carducci, Giacomo, 541
Carlos I, 510
Carlos II, 478, 510

Carlos V, 509
Carlota de Habsburgo, 16, 346
Carlyle, Thomas, 213, 549
Carner, José, 307, 463
Carnot, Lazare, 625, 626
Caro, Rodrigo, 663
Carolina de Comte, 247
Carr, John Dickson, 711
Carrel, Axel, 127
Carreter, Fernando Lázaro, 756
Carricarte, Arturo R. de, 359
Carrillo y Sotomayor, Luis, 580
Carroll, Lewis, 465
Carvajales, capitanes, 21
Casal, Julián del, 566
Casanova de Seingalt, Giovanni, 321, 648
Casaubon, Isaac, 662
Caso, Alfonso, 355
Caso, Antonio, 140, 361, 362, 422, 523, 524
Cassou, Jean, 202
Castañeda, Manuel, 543
Castiglione, Baltasar, 580
Castillo Nájera, Francisco, 471-472
Castillo Solórzano, Alonso de, 662
Castro, Américo, 78, 515, 546
Castro de Morales, Lelia, 383
Castro Leal, Antonio, 568
Cavafis, Constantin, 13, 469
Cavia, Mariano de, 310
Cécrope, Rey de Atenas, 508
Cervantes Saavedra, Miguel de, 61, 149, 155, 338, 355, 477
César, Julio, 216, 283, 509, 638
Cevallos, Ciro B., 524
Cicerón, 222, 354
Cid (Rodrigo Díaz de Vivar), 35
Ciro el Joven, 209
Ciro el Grande, 609
Clairon (Claire Josèphe Léris de La Tude), 82
Clarín (Leopoldo Alas), 114
Claude, Georges, 462
Claudel, Paul, 50, 70, 71, 268, 283, 380, 413, 542
Clemenceau, Georges, 16, 275, 284, 346
Cleopatra, 211, 509
Clermont-Tonnerre, Mme., 274
Cleugh, James, 403
Clibert, Jean-Paul, 308
Cocteau, Jean, 267, 688
Cohen, J. M., 568-569
Coleridge, Samuel Taylor, 580
Colet, Louise, 761
Colette (Sidonie Gabrielle), 720
Colín, Eduardo, 524, 525
Colón, Cristóbal, 91, 97, 109, 110, 508, 509, 525
Coll, Pedro Emilio, 601
Collantes, Esteban, Conde de, 587
Collins, Wilkie, 416
Commines, Duque de, 509, 620
Commons, J. R., 174-179
Compton, Mackenzie, 412
Comte, Auguste, 213, 324, 697, 737
Constant, Alphonse Louis, 79
Constant, Benjamin, 286
Constantino, 398
Contreras, Jesús F., 71
Cook, Reginald, 474
Coolus, Romain, 322
Copeau, Jacques, 283
Copérnico, Nicolás, 255
Coquet, Benito, 189
Corax, 51
Corradino de Hohenstaufen, 330
Corneille, Pierre, 505, 510
Corpus Barga (Andrés García de la Barga), 629
Cortázar, Julio, 13
Cortés, Hernán, 21, 97, 212, 370
Cosío Villegas, Daniel, 363, 437-439, 527
Costa, Joaquín (León de Graus), 89
Corbin, François, 322

Couturier, Padre, 137, 138
Covarrubias, Miguel, 50
Coward, Noël, 439
Craig, Gordon, 262
Crawshay-Williams, Rupert, 422
Cravioto, Alfonso, 592
Croce, Benedetto, 132, 208, 213, 215, 233, 262, 452, 453
Croft, Wills, 414
Crommelynk, Fernand, 338
Cromwell, Oliver, 510
Cruz, Esperanza, 668
Cruz, Sor Juana Inés de la, 97, 202, 357, 406, 478-479, 505, 512
Cuauhtémoc, 78, 96, 370
Cuéllar Abaroa, Crisanto, 427
Curiacio, 509
Curros Enríquez, Manuel, 267
Curtius, Ernst Robert, 209, 571
Cuvier, Georges, 180, 702

Chacón y Calvo, José María, 639
Chagall, Marc, 137
Champagne, Thibaut de, 469
Charensol (periodista), 645, 646
Chassagny, 723
Chateaubriand, F. R., 85, 108, 214, 286, 480
Châtelet, Madame du, 641
Chavero, Alfredo, 527
Chávez, Ezequiel A., 140, 549
Chávez, Ignacio, 12
Chennevière, Georges, 542-543
Chesterton, G. K., 12, 104, 172, 211, 262, 291-293, 336, 413, 420, 548
Chicharro, Eduardo, 715
Chinard, Gilbert, 106
Chinchón, Condesa de, 633
Chrétien de Troyes, 469
Christie, Agatha, 419
Churchill, Winston, 212
Churruca, Cosme Damián, 248

Dacier, André, 605
Daireaux, Max, 313
Dante Alighieri, 249, 266, 526, 568, 679
Darío, Rubén, 148, 157, 200, 248, 249, 266, 394, 406, 533, 559, 755, 850
Darlington, Condesa de, 641
Darwin (*The Next Million Years*), 292
Darwin, Charles, 35, 402, 521, 697, 698
Daudet, Léon, 323, 398, 720, 761
Dauvillier, 243
David, Gérard, 274
Deffand, Madame de, 582, 619
Dehesa, Germán, 715
Delamain, Jacques, 14, 297-299
Delgado, Francisco, 61
Demócrito, 520
Denham, John, 580
Derème, Tristan, 274
Descartes, René, 63, 105, 176, 568, 641, 761
Desguin, 243
Díaz, Porfirio, 22, 406, 437, 438
Díaz Mirón, Salvador, 447, 519-520, 524, 565
Dickens, Charles, 307, 343, 416
Dickinson, Ana, 260
Dickson, Carter, 711
Diderot, Denis, 278, 522
Didot, Firmin, 767
Diego, Gerardo, 167
Díez-Canedo, Enrique, 14, 39, 52, 152, 363, 384, 444, 453, 515, 546, 550, 645, 730
Dilthey, Wilhelm, 452
Diódoro Sículo, 508
Diógenes, 509
Diógenes de Seleucia, 467
Diomedes de Tracia, 595
Dionisio, 508
Disney, Walt, 548, 549
Doctor Atl, 360
Domínguez, Miguel, 631, 632
Donne, John, 580

Driesch, Hans, 685
Drouet, Jean-Baptiste, 211
Dryden, John, 580, 662
Dulce (cocinera), 738, 739
Dumas, Alexandre, 288
Duncan, Isadora, 857
Dunne (ingeniero militar), 747
Dunne, J. W., 127
Dunsany, Lord, 668
Dupouy, Auguste, 607
Durero, Albert, 595

Edison, Thomas, 616
Eduardo VII, 509, 682
Eearle (botánico), 661
Egmont, Madame d', 582
Einstein, Albert, 125, 254, 256, 640
Elector de Brandeburgo, 621
Elguero, Francisco, 112
Eliot, T. S., 102, 465, 469
Elizondo, José, 405
Elle, Paul, 500
Emerson, Ralph W., 213, 474
Empédocles, 191, 711
Ennio, Quinto, 521
Epicuro, 520
Erasmo de Rotterdam, 41, 155, 663, 597, 698
Escévola, Cayo Mucio, 509
Escipión el Africano, 509
Escita, Anacarsis, 359
Esopo, 508
Esquilo, 229, 307
Etchart, 268
Étiemble, René, 463
Euclides, 212
Eugenio, Príncipe, 640
Euler, Leonhard, 641
Eurípides, 229, 230

Fabre, Jean Henri, 636
Fábrega, José Isaac, 372
Fábrega, Octavio, 372
Faraday, Miguel, 619
Fargue, Léon-Paul, 308, 470, 645
Fatone, Vicente, 365
Federico II, 59
Federico III, 212
Fenarte (comadrona), 585
Fernández, Alfonso, 316, 318
Fernández, Emilio, 489
Fernández, Juan (José de Caso), 837
Fernández, Macedonio, 606
Fernández de Lizardi, José Joaquín, 357, 512
Fernández Mac Gregor, Genaro, 10, 18, 859
Fernando VII, 110
Feuchtwanger, L., 210
Feuquières, Isaac, 620
Fichte, J. G., 456, 457
Fichter, W. L., 186, 187
Filipo, 509
Filolao, 99
Filóstrato, 259
Fisher, H., 212
Flaubert, Gustave, 60
Fleming, Alexander, 633
Fletcher, John, 582
Flores, Manuel M., 559
Flórez, Julio, 284, 559
Fontenelle, Bernard, 235, 582, 599, 640, 641
Fortún, Fernando, 152
Fournier, Raoul, 441
Fox Morcillo, Sebastián, 123
Fragonard, J. H., 49
France, Anatole, 67, 215, 254, 283, 284, 293, 453, 526, 561, 587, 599, 856
Francen, Victor, 315
Frankfort, H., 497
Frankfort, H. A., 497
Freeman, R. Austin, 711
Freud, Sigmund, 344, 345, 348, 585, 623, 667, 669
Freund, Gisèle, 91
Freyman, Enrique, 766
Frezier (viajero), 108
Frías, José D., 838
Frobenius, L., 78

Frost, Robert, 474
Fuente de la Peña, 750
Fuentes, Ricardo, 722
Fustel de Coulanges, N. M., 209

Gabilondo Soler, Francisco, 269
Gaboriau, Émile, 416
Galdós, Benito Pérez, 158, 210, 215, 713, 857
Galeno, Claude, 181
Galileo Galilei, 495, 509
Galsworthy, John, 262
Gall, Franz Joseph, 181
Gallegos, Rómulo, 554
Gandhi, el Mahatma, 475
Gaona, Rodolfo, 386
Gaos, José, 422
Garbo, Greta, 17
García Bellido, Antonio, 728
García Bacca, Juan David, 466
García Blanco, M., 201
García Calderón, Francisco, 645
García Calderón, Ventura, 303, 645, 649
García Icazbalceta, Joaquín, 512, 713
García Monge, Joaquín, 10, 165, 192
García Naranjo, Nemesio, 524, 525
García Pimentel, Luis, 713
Garcilaso de la Vega, 148, 509
Garel, H., 590
Garstang, Walter, 268
Gauguin, Paul, 71
Gaunilón (monje), 748
Gautier, Téophile, 144, 277, 579
Gengis-Kan, 570
Germánico, 209
Gervinis (historiador), 209
Gibbon, Edward, 209
Giddings, 246
Gide, André, 48, 49, 50, 168, 169, 247, 628, 643-644, 645
Giner de los Ríos, Francisco, 87
Giraudoux, Jean, 662
Giusti, Roberto, 365
Gladstone, William E., 401, 619
Glesinger, 238, 239, 240
Glusberg, Samuel, 166
Gobineau, Joseph Arthur, Conde de, 215
Godchot, Coronel, 463
Goethe, J. W., 7, 8, 91, 140, 173, 181, 248, 250, 283, 288, 289, 290, 321, 378, 447, 454, 455, 469, 534, 610, 679, 680, 697, 716, 766
Goldsmith, Oliver, 582
Gollán, 365
Gómez, Eduardo, 550
Gómez Carrillo, viudas de, 247-248
Gómez Carrillo, Enrique, 247
Gómez de la Serna, Ramón, 171, 361, 548, 605, 606
Goncourt, Edmond de, 262, 283
Góngora, Luis de, 129, 305, 319, 361, 480, 547, 650, 651, 663
González-Blanco, Pedro, 837
González Casanova, Pablo, 106
González de Mendoza, José María, 441
González Martínez, Enrique, 261, 357, 512, 751
González Peña, Carlos, 357
González Tuñón, Raúl, 540
Gonzalitos (José Eleuterio González), doctor, 527
Gorostiza, José, 13, 374-382
Gortari, Eli de, 497
Gosse, Edmund, 262
Gourmont, Remy de, 16, 409, 528
Goya, Francisco de, 550, 733
Gracián, Baltasar, 123, 130, 220, 394, 426, 611, 752
Gracián Dantisco, Lucas, 272
Graef (ornitólogo), 639
Graham, James, 417
Grammont, Maurice de, 542
Graus, León de, 89
Graves, Robert, 262

Greco, 354, 362, 550, 843-844
Grieg, Edward, 523
Grillo, Celia, 641
Grimaldi, Francisco María, 101
Groiza, Madame, 722
Grote (historiador), 209
Grouchy, Emmanuel, 621
Guedalla (historiador), 211
Guerrero, Juan, 166
Guido Spano, Carlos, 473
Guillermo el Taciturno, 428
Guillermo II, 212
Gustavo Adolfo, 620
Gutenberg, J. G., 353
Gutiérrez Blanchard, María, 715
Gutiérrez Nájera, Manuel, 360, 377, 512, 602
Guyau, Marie-Jean, 255
Guzmán, Martín Luis, 18, 488, 624, 859

Haeckel, Ernst, 400, 615
Heisenberg, Werner, 706
Haldane, J. S., 496
Hall (botánico), 661
Hamilton, Lady, 248
Hanke, Lewis, 204, 205
Hanno (explorador), 258
Harff, Arnold von, 590
Haro, Guillermo, 444
Hasting, Warren, 209
Hawthorne, Nathaniel, 474
Hazlitt, William, 564
Hébrard, Adrien, 599
Hegel, Friedrich, 213, 328, 387, 456, 457
Heidegger, Martin, 124, 126, 273, 746
Heine, Heinrich, 121, 232, 241, 283, 288-290, 320, 328, 495
Held, S. S., 434
Helvétius, Claude Adrien, 522
Hénault, 582
Henríquez, Francisco, 140
Henríquez Ureña, Isabel, 667
Henríquez Ureña, Max, 10, 139, 140
Henríquez Ureña, Pedro, 8, 9, 11, 13, 14, 139, 140, 141, 359-364, 365-367, 421, 422, 447, 523, 524, 525, 542, 560, 561, 566, 605, 606, 667-668, 734, 756
Henry, Charles, 500
Herculano, 209
Herder, Johann Gottfried, 212, 697
Heredia, José María de, 112, 384
Hernández, Mateo, 303, 304
Herodoto, 55, 120, 132, 213, 258, 338
Hesíodo, 128, 392, 697
Hidalgo, Miguel, 78, 295-296, 312, 406, 632, 849
Hidalgo de Mobellán, 40
Híjar y Haro, Juan B., 527
Hipalo, 53
Hipócrates, 120, 509
Hirohito, 586
Hobbes, Thomas, 366
Hoche, Lazare, 57
Hochwalder, Fritz, 315
Hoffmann, E. T. W., 241, 548
Holmes, Oliver Wendell, 582
Holmes Jr., Wendell, 339
Homero, 42, 120, 490, 535, 562, 695, 697, 728
Honnorat (senador), 704
Horacio, 222, 509, 534, 581
Houdin (J. E.-Robert-Houdin), 708
Howe, general, 639
Hoyle, Fred, 740, 760
Huc, Abate, 120
Hugo, Victor, 17, 48, 153, 277, 278, 307, 311, 396, 406, 418, 455, 615, 693, 761, 833
Huizinga, J., 51
Humboldt, Wilhelm, 109
Hume, David, 698
Humières, d', 620
Husserl, Edmund, 737

Huxley, Aldous, 16, 94, 237, 408, 409, 688, 689, 691
Huxley, Thomas Henry, 400
Huysmans, Georges Charles, 307

Ibn Jaldún, 8, 14
Ibn Tofayl, 123
Icaza, Francisco A. de, 47, 71, 189, 386, 516
Icaza, Xavier, 438
Ímaz, Eugenio, 10, 150-151
Inclán, Clemente, 383
Inocencio X, 682
Iraizoz, Antonio, 313
Irwin, W. A., 497
Isaacs, J., 474
Isabel la Católica, 110, 508
Israel, Isaac, 180
Istrati, Panait, 283
Iturria, Santos, 274

Jaeger, Werner, 90
James, Henry, 262, 474
James, William, 597
Jammes, Francis, 152
Jansen, Roy, 728
Jantipa, 247
Jaspers, Karl, 746
Jean-Desthieux, 171
Jeans, James, 609
Jenaro, San, 208
Jenófanes, 444, 494, 697
Jenofonte, 209, 435
Jerónimo, San, 10, 17, 72-76
Jiménez, Guillermo, 202
Jiménez, Juan Ramón, 167, 169, 644
Jiménez Fraud, A., 515
Johnson, Samuel, 510, 582
Jones, Ernest, 344, 669
Jonson, Ben, 582
Jordan, Pascual, 125
Jorge I, 641
Jouvet, Louis, 315
Joyce, James, 169
Juan de Austria, 211
Juana (lavandera), 533
Juanelo, 241, 618
Juárez, Benito, 134, 346, 347, 406
Juliano el Apóstata, 509, 682, 683
Justo, Agustín Pedro, 363

Kahn, Gustave, 322
Kaiser (nieto de la Reina Victoria), 399
Kant, Immanuel, 174, 175, 176, 213, 328, 387, 456-457, 697, 737, 748
Kaolnai, Aurel, 123
Karr, Alphonse, 466
Kemp (asistente de Marconi), 43
Kessel, Joseph, 308
Keys, A., 691
Keyser, Edward, 353, 494
Keyserling, Hermann, 320, 570
Kierkegaard, Soren, 123, 325, 746
Kingley, Miss, 259
Kipling, Rudyard, 310, 718
Kircher, Atanasio, 180
Klages, 181
Knox, 415
Koenikswald, Von, 29, 30, 31
Krober, Luisa, 312
Kuteischikova, Vera, 723

La Bruyère, Jean de, 661
La Cierva, Juan de la, 462
Lacretelle, Jacques de, 646
Lafitau (etnógrafo), 108
Lafitte *(Ensayo sobre la filosofía de las máquinas)*, 242
La Fontaine, Jean de, 34, 83, 636, 761
Lafora, Gonzalo, 434
Laforgue, Jules, 541
Lagartijito (Emilio Ruiz), 406
La Martin (peinador), 590, 591
Lamartine, Alphonse de, 642
Lamb, Charles, 338
Lancelotti, Abate, 508

Landívar, Rafael, 512
Langeac, Caballero de, 109
Langevin, Paul, 391
Lanza, Silverio, 606
Lao-tse, 93
Lara, Agustín, 857
Lara Pardo, Luis, 359
Larbaud, Valery, 97, 102, 274, 307, 645
Larguía, Susana, 367
Laski, Harold J., 339
La Tour, Georges de, 274
Laumonier *(Terapéutica de los pecados capitales)*, 692
Lazcano Tegui, 691
Lebesgue, Henri, 611
Leblond (viajero), 108
Le Bon, Gustave, 409
Lecouvreur, Adrianne, 577
Le Corbusier, Édouard, 137
Lee, Robert Edward, 212
Léger, Fernand, 137
Leibniz, G. W., 80, 99, 101, 124, 555
Lamaître, Jules, 501
Lemkin, Raphael, 93
Lencere, Pierre de, 590
León, Fray Luis de, 219, 249
Leonardo da Vinci, 667
Leones, capitanes, 21
Le Queux, William, 413
Le Roy, E., 759
Leroy, Olivier, 750
Lessing, Theodor, 80, 212
Levasseur, Thérèse, 761
López, Rafael, 404-407, 849
López Bermúdez, José, 96, 98
López de Sedano, Juan José, 548
López Portillo, Jesús, 134
López Portillo y Rojas, José, 10, 134, 135
Lévi, Éliphas, 79
Lièvre, Pierre, 60, 61
Liliencron, Detlev von, 241
Lim, profesor, 31
Limantour, José Ives, 131
Lincoln, Benjamin, 212
Linneo, Carl von, 180, 697
Lin Yu-tang, 94
Lipchitz, Jacques, 10, 136-138
Lira, Miguel N., 427
Lizaso, Félix, 383
Lobo, Pedro, 146
Locke, John, 340
Lodge (físico), 44
Lollobrigida, Gina, 696
Lolly, general, 287
Lombardo Toledano, Vicente, 363
Loon, H. W. Van, 211
Lope de Vega, 17, 155, 248, 384, 506, 515, 533, 546, 580, 633-635, 643, 667
López Velarde, Ramón, 15, 18, 152, 154, 512, 568
Lorena, Duque de, 621
Lorris, Guillaume de, 469
Louÿs, Pierre, 644
Louvois, François Michel, 620, 621
Lucano, 566
Luciano, 587
Lucrecio, 8, 509, 520
Ludwig, Emil, 212
Lugones, Leopoldo, 334, 539, 728
Luis XI, 620, 621
Luis XIV, 582, 590, 620, 621
Luis XV, 621
Luis XVI, 211, 347, 582, 609
Luis Pereira de Sousa, Washington, 629
Lumley, Richard, 289
Luna, Rosso de, 444
Lurçat, Jean, 137
Lyautey, Louis Hubert, 462, 648
Lyell, Charles, 400
Lyly, John, 268

Macaulay, Thomas B., 59, 209
MacCulloch, 244
MacGregor Cevallos, Luis, 859
Mac Leod, 177

Machado, Antonio, 432
Macheriotis, Kallinikos, 682
Maeterlinck, Maurice, 754
Magendie, 207
Magno, Olao, 477
Maimónides, Moisés, 180
Malherbe, François de, 541
Malinche, la, 406
Malio, Teodoro, 252
Mallarmé, Stéphane, 7, 278, 519, 541, 579, 625, 649, 748, 754
Mandeville, Henry de, 180
Mangin, M., 704
Mannheim, Karl, 215, 452
Manrique, Jorge, 126, 205
Mantegazza *(Viaje por el Río de la Plata)*, 323
Mantilla, Carmen, 313
Maquiavelo, Nicolás, 209
Marco Antonio, 211
Marco Aurelio, 730
Marconi, Guglielmo, 42-46, 462
Marco Polo, 120
Martí, José, 12, 13, 23, 312, 313, 314, 361, 385, 556, 560-561, 854-855
Martin-Deslias, Noël, 648
Martin du Gard, Roger, 646
Martínez, José Luis, 18, 440, 565, 566
Martínez de Ripalda, Juan, 720
Marchand, René, 85
Margueritte, Paul, 590
María ("la niña de Guatemala"), 313
María Antonieta, 126, 767
María Luisa de Napoleón, 247
María de Escocia, 211
María Teresa de Austria, 59
Marías, Julián, 488
Marichalar, Antonio, 645
Marinetti, Filippo Tommaso, 241
Marino, Giambattista, 651
Mariol, Henri, 650
Martí, Carmen de, 313
Marx, Karl, 175, 178
Maspéro, Gaston, 209
Massip, Salvador, 383
Massó, Calixto, 383
Mata, cabo, 517
Matefelon, Madame de, 61
Matisse, Henri, 137
Maulnier, Thierry, 464-466
Maupertuis, Pierre Louis, 640
Maurois, André, 211, 310, 482, 624, 648
Maurras, Charles, 213, 291, 320, 323
Max, Sir, 262
Maximiliano de Habsburgo, 16, 17, 134, 346, 347, 406, 765
Maxwell, James Clerk, 706
Mazade, Fernand, 649
Mazzoni, Guido, 351
Médicis, Julián de, 209
Mejía Sánchez, Ernesto, 7
Meléndez Valdés, Juan, 642
Melville, Herman, 474
Mello Franco, Afranio, 738, 739
Mendelssohn, Felix, 263
Méndez, Luis, 859
Méndez Plancarte, Alfonso, 543, 719
Menéndez Pidal, Ramón, 14, 210, 361, 542, 730
Menéndez y Pelayo, Marcelino, 8, 47, 123, 210, 368, 517, 860
Menón, 63
Molinari, Enrique, 568
Meredith, George, 82
Merimée, Ernest, 852
Metternich, Klemens, 471
Meung, Jean de, 469
Mexía, Pero, 476
Meyerson, Émile, 283
Michelet, Jules, 209, 214, 510
Mier, Fray Servando Teresa de, 22, 210, 456, 735
Miguel Ángel Buonarroti, 91, 283
Milton, John, 355, 510

Mill, John Stuart, 340, 400, 401, 402
Mille, Pierre, 283
Miller, Ph. S., 728
Miomandre, Francis de, 171, 283, 693
Miranda, Francisco, 312
Mistral, Gabriela, 10, 94, 142-143, 432
Miura, Pedro de, 316, 317, 318
Moctezuma, 21, 96
Molière (Jean-Baptiste Poquelin), 505
Molina Solís, Juan Francisco, 527
Mommsen, Theodor, 209
Moncrif, François Auguste, 582
Monfort, Eugène de, 171
Monnier, Adrienne, 102, 643, 644, 645-647
Montaigne, Michel de, 12, 108, 307, 557
Montalvo, Blanca, 313
Montalvo, Juan, 254
Montana, Luis, 708
Montbailli, viuda de, 287
Montecuculli, Raimondo, 620
Monteiro Lobato, José Benito, 368, 421, 860
Montemayores, capitanes, 21
Montenegro, Roberto, 193-194
Montero, Francisco, 550
Montesquieu, Charles de Secondat, 209, 522, 640
Montherlant, Henri de, 308, 352
Montiel, Sara, 682
Monty, Wolly, 682
Monzie, Anatole de, 247, 761
Morand, Paul, 724
Moratín, Leandro Fernández de, 756
Moréas, Jean, 754
Morelos, José María, 406, 632
Moreno *(Rosa de los vientos)*, 167
Moreno Villa, José, 10, 39-41, 261, 269, 362, 546-457, 567
Morgan, Augustus de, 759
Morgenstern, Oskar, 233
Moro, Tomás, 120
Moya de Contreras, Pedro, 503
Mucci, 509
Müller, Marx, 72
Murby, L., 516
Murdoch, J., 55
Murillo, Esteban Bartolomé, 550
Muro Rocha, Manuel, 527
Murray, Gilbert, 468
Musset, Alfred de, 275

Noailles, Condesa de, 720
Napoleón Bonaparte, 57, 58, 212, 213, 459, 510, 621, 638, 654, 855
Naredo, José María, 527
Nascimento Paes, Acyr do, 668
Necker *(Enciclopedia Francesa)*, 522
Nehru, Pandit, 94
Nelson, Horatio, 248
Neruda, Pablo, 237, 568
Nerval, Gérard de, 288
Nevers, Madame de, 590
Nervo, Amado, 122, 202, 313, 404, 512, 524
Nervo, Rodolfo, 440
Neumann, Johannes von, 233
Newman, John Henry, Cardenal, 325
Newton, Isaac, 521, 555, 640-642
Nicolson (historiador), 212
Niebuhr (historiador), 209
Nietzsche, Friedrich, 178, 213, 283, 326, 331, 336, 339, 454, 455, 579, 692, 834, 837, 844
Nodier, Charles, 286
Noriega, Raúl, 95
Northrop, John Howard, 327
Noulet, Emilie, 463
Novo, Salvador, 108

Ocampo, Victoria, 367, 570, 688, 724
Occam, Guillermo de, 412
Octavio, 509
Ojeda, Alonso de, 97
Olivares, Concha, 651
Oluche, Abate, 641
Omar, 509
O'Meara, doctor, 58
Onians, R. B., 498
Oppenheim, E. Phillips, 413
Oppert (historiador), 209
Orfila Reynal, Arnaldo, 361
Orléans, Charles d', 469
Oros, Padre, 318
Orosio, Paulo, 212
Orozco, José Clemente, 111
Orozco y Berra, Fernando, 512
Ors, Eugenio d', 172, 333, 645
Ortega y Gasset, José, 77, 310, 320, 386-388, 409, 469, 679, 700, 713, 722
Ortiz, Fernando, 10, 144
Ortiz de Domínguez, Josefa, 631
Orueta, Ricardo de, 431
Orwell, George, 307, 408, 847
Osorio, Miguel Ángel (*ver* Barba Jacob, Porfirio)
Othón, Manuel José, 22, 135, 370, 512, 565, 568, 576
Oustaz Alí, 653
Overbury (botánico), 661
Ovidio, 554

Pacheco, José Emilio, 15
Padilla (actriz), 313
Padilla Nervo, Luis, 95
Pajares, Paz, 269
Palacios, Alfredo L., 365
Palencia, Ceferino, 303
Palma, Ricardo, 851
Penars, Charles-François, 268
Pani, Arturo, 441
Papin, Denis, 616
Pardo Bazán, Emilia, 172
Pareto, Wilfredo, 233
Paris, Gaston, 210
Parra, Manuel de la, 405, 524, 849-850
Parra, Porfirio, 140, 421, 422
Parrington (*El desarrollo de las ideas)*, 158
Pascal, Blaise, 92, 122, 234, 245, 428, 579, 750
Pascual Bailón, San, 125, 126
Pasteur, Louis, 545
Paul, Elliot, 307
Pauli, Wolfgang, 706
Pausanias, 508
Pavlov, Iván Petrovich, 17, 265, 633-635
Paz, Ireneo, 527
Paz, Octavio, 374, 568
Pazzi, familia, 209
Pellicer, Carlos, 309, 311
Pellicer, Juan Antonio, 433
Pemberton (*View of the Philosophy of Sir Isaac Newton)*, 640
Pende (psicólogo), 181
Pensador Mexicano, el (*ver* Fernández de Lizardi, J. J.)
Peña, Rafael Ángel de la, 421
Peña, Rosario de la, 313
Peregrino, Proteo, 587
Pereda, José María de, 517
Pérez de Ayala, Ramón, 310, 466
Pérez de Oliva, Fernán, 549
Pérez Martínez, Héctor, 567
Pérez Verdía, Luis, 527
Pérez Zúñiga, Juan, 653
Petrarca, Francesco, 167, 568
Petrie, Alexander, 215
Petronio, 662
Petrovich (profesor), 245
Peza, Juan de Dios, 559
Picasso, Pablo, 715
Piccard, Auguste, 462
Pichegru, Charles, 57-58
Pilato, 557
Pimentel y Fagoaga, Fernando, 131

Píndaro, 541
Pirandello, Luigi, 292
Pirrón, 557
Pisistrátidas, 839
Pitágoras, 255, 606
Pizarro, Nicolás, 97
Planiol, Marcel, 723
Platón, 91, 99, 207, 238, 242, 319, 331, 339, 340, 354, 377, 398, 411, 568, 571, 584, 585, 587, 589, 598, 652, 743
Plaza, Antonio, 559
Plinio, 638
Plinio el Viejo, 53, 54
Plotino, 450, 749
Plutarco, 51
Poe, Edgar Allan, 245, 416, 618
Poincaré, Raymond, 759
Poivre (etnógrafo), 109
Polibio, 209
Polignac, Cardenal de, 642
Polión, 638
Pomès, Mathilde, 649
Pont-de-Veyle, Conde de, 582
Pope, Alexander, 580
Pou, P. B., 56
Prado, Pedro, 689
Preece (físico), 44
Prévost, Jean, 167, 645
Prieto, Adolfo, 130
Prieto, Carlos, 130, 131
Primo de Rivera, Miguel, 202
Protágoras, 130
Proust, Marcel, 129, 254, 454, 648
Pruneda, Alfonso, 140
Publio Decio, 209
Pusalgas, Ignacio Manuel, 14, 480-481

Querini, Lorenzo, 317
Quevedo, Francisco de, 123, 422, 543, 662, 663, 750
Quincey, Thomas de, 688
Quinet, Edgar, 610
Quintiliano, 216

Rabearivelo, Jean-Joseph, 648-651
Rabearivelo, Noro, 650
Rabelais, François, 762
Racine, Jean, 228, 294
Ramírez, Ignacio, 295, 357, 512, 480
Ramón y Cajal, Santiago, 250
Rangel Guerra, Alfonso, 8
Ranke, Leopold von, 60, 209, 214
Rassen, Ahmed, 652
Rawlinson (historiador), 209
Raynal, Guillaume, 522
Réclus, Élisée, 210
Régnier, Henri de, 193, 754
Reinhardt, Max Goldmann, 229
Renan, Auguste, 214
Renan, Ernest, 209, 216, 283, 366, 579, 609, 679
Renard, Jules, 236, 328
Renoir, Auguste, 71
Revilla, Manuel G., 224
Reyes, Alfonso, 7-18, 86, 97, 98, 132, 134, 135, 165, 172, 188, 189, 192, 202, 351, 352, 365, 368, 397, 513, 524, 649, 693, 705, 834
Reyes, Rodolfo, 559
Reynolds, Joshua, 582
Rhizi, profesor, 44
Ricardo, David, 178
Ricardo III, 509
Richelieu, Armand Emmanuel Du Plessis, 582, 620
Richepin, Jean, 274
Riemann, Bernhard, 759
Rilke, Rainer Maria, 202, 469, 592
Rimbaud, Arthur, 463, 754, 854
Ripalda, Jerónimo, 719, 720
Riquelme, Antonio, 840
Riva Palacio, Vicente, 480, 729
Rivas, Francisco, 421
Rivera, Diego, 10, 71, 78, 111, 663, 715-716, 745
Rivière, Jacques, 325

Roa, Raúl, 383
Roback, A. A., 536, 537
Roberts (naturalista), 299
Robledillo (volatinero), 80
Rodenbach, Georges, 374
Rodin, Auguste, 60
Rodó, José Enrique, 103, 157
Rodríguez, Ventura, 604
Rodríguez Marín, Francisco, 449
Roentgen, Wilhelm Conrad, 609
Rogel (músico), 81
Rohan-Chabot, Caballero de, 577, 578
Rojas González, Francisco, 370-371
Rolland, Romain, 283
Romains, Jules, 197, 198, 307, 322, 460, 469, 539, 542, 543, 623, 627, 648, 712, 754
Romanones, Álvaro de Figueroa y Torres, Conde de, 202
Romero, Francisco, 365, 587
Romero Calvet, Rafael, 605
Roosevelt, F. L., 211, 471
Roqueplan, Nestor, 83
Ros de Olano, Antonio, 606
Rosenblueth, Arturo, 242
Rosenvasser, Abraham, 51
Rostand, Edmond, 265, 713, 744
Rostand, Jean, 390
Rouault, Georges, 137
Rouhier, Alexandre, 688
Rousseau, *el Aduanero,* 152
Rousseau, Jean-Jacques, 175, 213, 247, 267, 275, 276, 278, 286, 522, 579, 641, 761
Rouveyre, André, 283, 284
Rubens, Pedro Pablo, 550, 551
Rubruquis, Guillaume de, 120
Ruelas, Julio, 524
Ruiz, Eduardo, 527
Ruiz Cortines, Adolfo, 355
Rulfo, Juan, 13, 489, 658
Ruskin, John, 47, 454
Russell, Bertrand, 234, 262, 398, 399, 521, 571, 610

Saavedra Lamas, Carlos, 471-472
Saba, Reina de, 51
Sáenz, Manuela, 312
Safo, 508
Saint-Pierre, Bernardin de, 680, 681
Saint-Hilaire, G., 181
Sainte-Beuve, Charles Augustin, 210, 283, 286, 287, 454, 455, 730
Salazar, Toño, 10, 91-92
Salmon, André, 268
Salomón, 51
Salvador, Amós, 681
Salvatierra (pintor), 190-191
San José, Fray Jerónimo de, 209
Sánchez (zoólogo), 421
Sánchez, Francisca, 533
Sánchez, Francisco, 557
Sánchez, Pedro, 433
Sánchez Azcona, Juan, 438
Sánchez Mármol, Manuel, 437
Sánchez Reulet, Aníbal, 167
Sánchez Rivero, Ángel, 515
Sand, George (Aurore Dupin), 83
Sandoval Vallarta, Manuel, 242
Sanín Cano, Baldomero, 94
San Martín, José de, 508
San Martín, Remedios, 312
Santayana, George, 261, 262
Santillana, Marqués de, 395
Santos-Dumont, Alberto, 278, 462
Sanz, Félix, 313
Sanz Egaña, Cesáreo, 852
Sarpi, Paolo, 521
Sarton, G., 536
Sartre, Jean-Paul, 124, 273
Savigny, Friedrich Carl von, 209
Sayers, Dorothy L., 291

Scève, Maurice, 651
Scott, Clement, 262
Scott, Walter, 210
Schapiro, Meyer, 667
Scheffer (pintor), 274
Schelling, F. W. J., 457
Schiller, Friedrich von, 326
Schopenhauer, Arthur, 456, 590, 737
Schubert, Franz, 377
Schultz, Miguel, 421
Schweitzer, Albert, 536-538
Segovia, Juan de, 112
Seligman, Kurt, 80
Sénancour, Étienne Pivert de, 286
Seton *(Las bestias perseguidas)*, 298, 299
Sevigné, Madame de, 590, 591
Sforza, Conde, 682
Shakespeare, William, 149, 264, 267, 380, 559, 568, 582
Shaw, Bernard, 262, 640
Sheen, Fulton J., 324
Shelley, Mary, 241
Sierra, Justo, 134, 140, 405, 421, 512, 513, 524
Silva, Feliciano de, 663
Silva, José Asunción, 274
Silva Herzog, Jesús, 192
Silveti, Juan, 306, 471
Singerman, Berta, 722
Sirven, familia, 287
Smith, Adam, 698
Smith, Arthur H., 147
Smith, Logan Pearsall, 490
Snow, T. C., 468
Sócrates, 8, 51, 63, 141, 208, 309, 340, 359, 376, 493, 498, 499, 522, 571, 584, 585, 587, 631, 724, 743
Sofía de Lassalle, 247
Sófocles, 11, 13, 227, 228, 229, 230, 231, 411, 416, 508
Solalinde, Antonio G., 546
Solana, José Gutiérrez, 605, 606
Solari, 365
Solís, Antonio de, 215, 355
Somerset Maugham, William, 767
Somervell, D. C., 116
Spencer, Herbert, 320, 366, 400, 401, 402
Spengler, Oswald, 215
Speratti Piñero, Susana, 851
Spingarn, profesor, 207
Spinoza, Baruch, 254
Spitzer, L., 310
Spurzheim, Gaspar, 181
Staël, Madame de, 286, 288
Steele, Richard, 582
Stevenson, Robert Louis, 41, 56, 123, 172, 315, 414
Stout, Rex, 710
Strachey, John, 214
Stravinsky, Igor, 548
Strindberg, August, 247, 526
Suárez de Figueroa, Cristóbal, 220
Sue, Eugène, 418
Suetonio, 638
Sully, Duque de, 578
Supervielle, Jules de, 122, 628, 644, 693
Swedenborg, Emmanuel, 526
Swift, Jonathan, 548
Synge, John M., 464

Tablada, José Juan, 512
Tácito, 209, 459
Taggart *(The Nature of Existence)*, 339
Taine, Hippolyte, 213, 283
Talleyrand, Charles Maurice de, 93, 417, 439
Tasso, Torcuato, 355
Tell, Guillermo, 509
Teofrasto, 127, 180, 661
Teresa, Santa, 142, 321, 427, 478
Tey, Josephine, 595, 710
Thackeray, William M., 662
Thétard, Henri, 684
Thieberger, R., 315

Thierry, Augustin, 214
Thomas *(Oda sobre el Tiempo)*, 642
Thomas, Lucien-Paul, 649
Thompson, Francis, 617
Thoreau, Henry David, 474
Timoneda, Juan de, 476
Tintoretto, Jacopo Robusti, 354
Tiradentes (Joaquim José da Silva Xavier), 738
Tirso de Molina, 505
Tisias, 51
Tito Livio, 209
Tiziano (Tiziano Vecellio), 550
Tolomeo, 51
Tolstoi, Condesa, 247
Tolstoi, León, 247, 661
Tomás de Aquino, Santo, 174, 175, 176, 180, 181, 182, 324, 740
Tomé de Burguillos (*ver* Lope de Vega)
Torquemada, Antonio de, 476-477
Torre, Guillermo de, 172
Torres Quevedo, Leonardo, 618
Torri, Julio, 14, 18, 52, 490, 548, 549
Torriente, Loló de la, 560, 561
Toscana, Duque de, 494
Tournefort, Joseph Pitton de, 180
Toynbee, Arnold J., 10, 85, 116, 121, 213, 215, 429, 521
Troche, Madame de la, 591
Trend, John B., 77
Tucídides, 209, 214
Túpac Amaru, 108
Turenne, Henri, 620
Turgot, Anne Robert Jacques, 522
Twain, Mark, 534

Unamuno, Miguel de, 61, 122, 123, 200-203, 325, 488
Undecimilia, 104
Undset, Sigried, 94
Urbano, Rafael, 605
Urbina, Luis G., 313, 405, 512, 523, 525, 565, 671, 672, 722
Urquizo, Francisco L., 442
Urueta, Jesús, 404, 524

Valbuena, Antonio de, 493
Valdés, Juan de, 377, 441
Valencia, Guillermo, 312
Valenzuela, Jesús, 404
Valera, Juan, 145, 320, 501
Valéry, Paul, 377, 469, 470, 502, 623, 644, 645, 646, 649, 712, 722, 724, 748
Valle, Rafael Heliodoro, 351
Valle-Arizpe, Artemio de, 201, 561, 716
Valle-Inclán, Ramón del, 186-188, 200, 433, 689, 755
Valloton, Félix, 322
Vasconcelos, José, 10, 33, 123, 140, 220, 320, 325, 326, 361, 422, 668, 710, 716, 723, 834-835
Vaucanson, Jacques de, 618
Veber, Pierre, 322
Véch, Eugène, 322
Velázquez, Diego, 39, 547, 550, 551, 682, 744
Velázquez, Primo Feliciano, 527
Vendryes *(Vida y probabilidad)*, 233
Ventadour, 469
Verlaine, Paul, 377, 754
Verne, Jules, 462-463, 752
Vespucio, Américo, 197
Vico, Giambattista, 212
Victoria, Reina, 399
Vidock, François, 13, 417-420
Vilanova, Arnaldo de, 180
Villa, Georges, 308
Villa Michel, Primo, 95
Villada, profesor, 662
Villemain, Abel François, 85
Villegas, Esteban Manuel de, 299
Villeroy, François, 620

Villon, François, 156, 470, 754
Virgilio, 96, 97, 295, 509, 526, 571, 596
Voltaire (F. M. Arouet), 167, 209, 212, 261, 278, 283, 284, 285, 286-287, 426, 522, 577-578, 579, 580, 582, 641
Volterra, Vito, 233

Wagner, Cosima, 247
Waite, A. E., 79
Waldman, Milton, 212
Walpole, Horace, 641
Walpole, Hugh, 412
Wallace, Alfred Russell, 402
Wallace, Edgar, 413
Ward, Mary, 291
Warens, Luisa de, 275
Watson, Georges, 691
Webster, John, 229, 230
Weill, Madame, 715
Weindenreich, Franz, 29, 30
Weitnauer (ornitólogo), 639
Wells, H. G., 501, 752
Wendt, Herbert, 402, 702
Whistler, James, 262
White, S. E., 298, 299
Whitehead, Alfred North, 234, 339, 398, 521
Whitman, Walt, 474
Widman, 289
Wiener, Norbert, 11, 232, 242, 244
Wilde, Oscar, 72, 126, 193, 262
Wilson, J. A., 497
Wilson, Thomas W., 25
Winkle, Rip van, 125
Wirth (doctor), 330
Wolff, Christian, 124
Wood (biólogo), 214
Woolf, Virginia, 688
Wordsworth, William, 580
Wright, Wilbur y Orville, 462

Xenius (*ver* Ors, Eugenio d')
Xul-Solar, 310, 311

Yeats, W. B., 453, 475
Young, 510
Yourcenar, Marguerite, 13

Zaïtzeff, Serge I., 14
Zaragoza, Rosalía, 313
Zarina (nieta de la Reina Victoria), 399
Zárraga, Ángel, 715
Zavala, Silvio, 10, 106-110
Zea, Leopoldo, 185, 565
Zeppelin, Ferdinando, 462
Zertuche, Francisco, 368, 860
Zweig, Stefan, 197-199

ÍNDICE GENERAL

Introducción 7

Antecedentes y propósitos, 7; La economía del trabajo intelectual, 8; Los caminos del ensayista, 9; Resúmenes de lecturas, homenajes, anécdotas y cuentos, 10; Divagaciones, precisiones y reflexiones, 10; Las ciencias, 11; La observación de sí mismo, 11; Temas y curiosidades literarios, 12; Curiosidades menudas, 14; Reyes y López Velarde, 15; "Mi idea de la historia", 15; Los "Epílogos", 1952 y 1953, 16; Recreo sobre los animales vistos por Alfonso Reyes, 16; Dos páginas memorables, 17; Las últimas páginas, 18

I

MARGINALIA

PRIMERA SERIE [1946-1951]

Nuevo León 21
Arche 23
La UNESCO 25
Cuatro preguntas 27
Los abuelos gigantes 29
El *petit lever* del biólogo 32
José Moreno Villa en México 39
La radio naciente 42
Respeto a la materia 47
Ritmo y memoria 49
Acertijos 51
Teoría y práctica 53
Afán de lucro 55
Pichegru 57
Contagios humanos 59
Una paradoja novelística 60

Del buen sentido y su sentido 63
La muñeca 67
Pintura de viva voz 70
San Jerónimo, el león y el asno 72
Anécdota de antología 77
El justo medio y la cuerda floja 78
Criaturas de amor 81
Carta al profesor Marchand 85
Saludo para el Ateneo Español de México 87
Toño Salazar 91
Contra el "genocidio" 93
Carta a Moisés Ochoa Campos 96
En torno a la notación matemática 99
Sobre el disimulo del yo 102
América vista desde Europa 106
Respuestas a la revista *Arquitectura* 111
El nomadismo 116
De ciertas filosofías 122
Cosas del tiempo 125
Ante los Altos Hornos 130
Carta sobre López Portillo 134
La virgen de Lipchitz 136
Carta a Max Henríquez Ureña 139
Himno a Gabriela 142
Prólogo a don Fernando Ortiz 144
Una entrevista 147
Ímaz 150
Croquis en papel de fumar 152
Fragmento sobre la interpretación social de las letras iberoamericanas 155

II

MARGINALIA

SEGUNDA SERIE [1909-1954]

I. *De ayer*. Lo que hacía la gente de México los domingos por la tarde 163
Propósito 165
Notas al "propósito" 171

Las gacetas individuales 171

La doctrina de Commons 174
Alberto Magno 180

II. *La amistad*. En torno a la diplomacia . . . 183
Un libro juvenil de Valle-Inclán 186
Carta a don Benito Coquet 189
Los cartones de Salvatierra 190
Carta a don Jesús Silva Herzog 192
Dibujos de Montenegro 193
Entrevista en torno a lo mexicano 195
Palabras funestas 197
Mis relaciones con Unamuno 200

III. *A larga vista*. Mi idea de la historia 204
Reflexiones elementales sobre la lengua 218

IV. *Al correr de la pluma*. Sófocles y *La posada del mundo* 227
Del juego a la economía 232
Se anuncia un nuevo reinado 237
El hombre y sus inventos 241
Digresión sobre la compañera 247
Sistema métrico universal 252
La "bernardina" y el trueque mudo 257

Supervivientes 261
Adán y la fauna 264
El medio áureo 270
Pasos de Passy 274
Bombas de ideas 277
La asamblea de los animales 279
Georg Brandes 283
La caridad de Voltaire 286
Un *Fausto* de Heine 288
Chesterton y los títeres 291
Canto a Hidalgo 294
El filósofo de las aves 297
Entre el mar y el escoger 300
Talla directa 303
El judío errante y las ciudades 305
La pareja sustantival 309
El amor de los libertadores 312
Un extraño drama 315

V. *Epílogos*. 1952 319
1953 331

III

MARGINALIA

TERCERA SERIE [1940-1959]

¡Al diablo con la homonimia! 351
Premio "Manuel Ávila Camacho" 355
Encuentros con Pedro Henríquez Ureña 359
Carta a una sombra 365
Tributo en memoria de Menéndez y Pelayo . . . 368
Los cuentos de Rojas González en el cine 370
La Gran Cruz de Núñez de Balboa, de Panamá . . 372
José Gorostiza en la Academia 374

A vuela pluma 383
Treno para José Ortega y Gasset 386
Divagación de otoño en Cuernavaca 389
Carta a los amigos de Las Palmas 394
Hombres del siglo XIX 398
En el crepúsculo modernista 404
A los hijos de Rafael López 404
El rescate de la persona 408
Algo más sobre la novela detectivesca 412
Un gran policía de antaño 417
En torno al sofisma 421

IV

LAS BURLAS VERAS

PRIMER CIENTO

1. Entendámonos 427
2. Érase un perro 429
3. La cotorrita 431
4. La veleidosa crítica 432
5. La muerte del hierro 433
6. Dos "transterrados" 435
7. El "porfiriato" 437
8. El "profesionalismo" 440
9. La mediación mística 443
11. Transmigración 444
12. Del revés 445
13. Ninfas en la niebla 446
14. Disculpas 447
15. La cena de Baltasar 448
16. El éxtasis 450
17. Un recuerdo 451
18. El relativismo histórico 452
19. Extremos críticos 454

20. Kant 456
21. El petulante 458
22. Napoleón 459
23. Los *graffiti* 460
25. Jules Verne 462
26. Thierry Maulnier 464
27. Los *Diseurs* 467
28. Consejos de un maestro 468
29. La poesía total 469
30. Saavedra Lamas y Castillo Nájera 471
32. Guido Spano 473
33. Thoreau 474
34. Un autor censurado en el "*Quijote*" 476
35. Sor Juana 478
36. Un precursor olvidado 480
37. Reseña sobre Diego Cañedo 482
38. El anónimo 484
39. El partidario 486
40. Nuevos rumbos de nuestra novela 488
41. Paradoja del teatro 490
42. Legitimación de los mitos 493
43. Todo tiene historia 495
44. Pensar con las manos 497
45. De un invento fatal 500
46. Albores del teatro en México 503
47. Alarcón 505
48. La historia sin resplandor 508
49. El libro mexicano 511
50. Ciencia social y deber social 513
51. Naufragio rescatado 515
52. Conciliación de extremos 517
53. Unas palabras de Díaz Mirón 519
54. Lo que el tiempo encoge 521
55. Cautelas de la *Enciclopedia* 522

56. La cincuentaina y las parodias 523
57. Viajes al infierno 526
58. Carta a Daniel Cosío Villegas 527
59. Dos amigos 529
60. Esquema del poeta 530
61. Diálogo entre Natalio y Peregrino 531
62. Sátira sin dedicatoria 533
63. Albert Schweitzer 536
64. Las persianas chismosas 539
65. Tres versificadores decían:. 541
66. El peligro atómico 544
67. Moreno Villa. 546
68. Los libros animados 548
69. El juego de la pintura 550
70. El enigma de los orígenes 552
71. Andrés Eloy Blanco 554
72. Einstein 555
73. El estoico 556
74. El escéptico 557
75. Sobre los *Cantos de vida y esperanza* . . . 559
76. El abrigo de José Martí 560
77. Odiseo 562
78. La emancipación literaria 565
79. Cohen, el amigo de Hispanoamérica . . . 568
80. Keyserling y México 570
81. Una instantánea de "don Chucho" 572
82. Victor Hugo ante los abismos 573
83. Adiós a Carlos 575
84. Voltaire desengañado 577
85. La madre naturaleza 579
86. Las "capillas" 581
87. Al aire libre 584
88. El argumento del suicidio 586
89. Vientos y huracanes 588

90. Cabellos y dientes 590
91. Música inaudita 592
92. Hay caballos y caballos 594
93. Un instante de reflexión 597
94. Don Polimates 599
95. El hombre bueno 601
96. Una preocupación geométrica 603
97. Un recuerdo de Pombo 605
98. Un proyecto 607
99. La inquietud cósmica 609
100. A vueltas con el infinito 611

V

LAS BURLAS VERAS

SEGUNDO CIENTO

101. El invisible 615
102. Divagación de la rueda 616
103. La pólvora en infiernitos 618
104. El color de las cartas 620
105. La teoría de la información 623
106. Más sobre la teoría de la información . . . 625
107. Los escollos de la novela 627
108. Tierra humana 629
109. No juguemos con la historia 631
110. Lope y Pavlov 633
111. La cigarra 636
112. Motivos del sueño 638
113. La divulgación de Newton 640
114. La librería de Gide 643
115. La librería de Adrienne Monnier 645
116. Un gongorino en Madagascar 648
117. Versos ungulares 652

118. Divagación sobre el ser y el existir 654
119. Metafísica de la cocinera 657
120. Los carpinteros cantores 659
121. Los nuevos "caracteres" 661
122. . . . Y las burlas veras 663
123. El antipoeta 665
124. Los sueños parados 667
125. La censura floja 669
126. Los antepasados 671
127. Los pavos 673
128. La nebulosa del alma 676
129. Más sobre la madre naturaleza 679
130. La barba 682
131. Teoría de la persuasión natural 684
132. La domadora 686
133. La mezcalina 688
134. ¿Filosofía de la nutrición? 691
136. Supervielle 693
137. ¿La mujer más bella? 695
138. Tauropatía 696
139. El otro Darwin 697
140. La serpiente 699
141. Quién soy yo 700
142. Cuvier 702
143. Visita a los pumas 704
144. Límite de la ciencia física 706
145. Yo, mago 708
146. Leyendo novelas policiales 710
147. Baroja 713
148. Diego Rivera cumple los setenta 715
149. La evanescencia del libro 717
150. Tres vicios mayores 719
151. A un recitador 722
152. Europa y América 723

155. Cortesía gramatical 725
156. El ocio 727
157. La vejez 728
158. Los rostros aleccionadores 730
160. Pelando la pava 731
161. La angustia de la provincia 732
162. Un saludo a Bordeaux 733
163. En un lugar de la Mancha 736
164. El teatro filosófico 737
165. La campaña del garbanzo 738
166. Entre el hombre y el ángel 740
167. Del relativismo 743
168. Razas 745
169. Balbuceo sobre la esencia y la existencia . . 746
170. . . .Y los sueños sueños son 747
171. Que todo existe 748
172. Voces en la soledad 749
173. Del vuelo humano 750
174. Satélites hechizos 752
175. Cisnes 754
176. De la recitación y la copia 756
177. Las dimensiones del espacio 759
178. El delantal 761
179. Apólogo de los telemitas 762
180. La alquería 763
181. El imperialista y las gallinas 765
183. Analfabetismo 767
184. Ibn Jaldún 769
185. El escándalo del Caravaggio 771
186. El disco 773
189. El enigma de *Don Quijote* 775
190. De Spinoza y de Hobbes 777
191. Orlowsky 779
192. Mis gatos 781

193. Nota sobre mi oda "El descastado" 785
194. El bálsamo universal 787
195. Los principios históricos 789
197. De sociología literaria 791
198. En el centenario darwiniano 794
199. Cartas de Voltaire 796
200. La "paridad cojea" 799

VI

LAS BURLAS VERAS

27 DEL TERCER CIENTO

El fuego 805
El astrónomo y el sargento 807
Conclusiones contemporáneas 809
Dos o tres siglos de crítica literaria 811
Una nueva preceptiva 815
Don Joaquín 817
La inefable verdad biográfica 821
Olfato y gusto 823
Cosmos y anticosmos 826
Un desliz de Napoleón 829
Los especialistas y la esfinge 830
Para mi santiguada 832
Adiós a Vasconcelos 834
Mito 836
Disparates seductores 837
La "morcilla" 839
La basura 842
El caballero de la mano al pecho 843
Los arqueros 845
La indefensión del niño 846
Los dos órdenes de sociedades 847

Parrita 849
La magia de las cartas 851
Disparates 852
Martí a la luz de la nueva física 854
La malicia del mueble 856
El férreo Genaro 859
Tributo en memoria de Menéndez y Pelayo . . . 860

Índice de nombres 865

Obras completas de Alfonso Reyes

Este vigesimosegundo tomo se terminó de imprimir el día 19 de septiembre de 1989 en los talleres de Gráfica Panamericana, S. C. L., Parroquia 911, 03100 México, D. F. En su composición se utilizaron tipos Bodoni de 14, 12, 10 y 8 puntos. Se tiraron 3 000 ejemplares. La edición estuvo al cuidado de *José C. Vázquez.*

Nº 1752

OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES

I. CUESTIONES ESTÉTICAS / CAPÍTULOS DE LITERATURA MEXICANA / VARIA

II. VISIÓN DE ANÁHUAC / LAS VÍSPERAS DE ESPAÑA / CALENDARIO

III. EL PLANO OBLICUO / EL CAZADOR / EL SUICIDA / AQUELLOS DÍAS / RETRATOS REALES E IMAGINARIOS

IV. SIMPATÍAS Y DIFERENCIAS / LOS DOS CAMINOS / RELOJ DE SOL / PÁGINAS ADICIONALES

V. HISTORIA DE UN SIGLO / LAS MESAS DE PLOMO

VI. CAPÍTULOS DE LITERATURA ESPAÑOLA / DE UN AUTOR CENSURADO EN "EL QUIJOTE" / PÁGINAS ADICIONALES

VII. CUESTIONES GONGORINAS / TRES ALCANCES A GÓNGORA / VARIA / ENTRE LIBROS / PÁGINAS ADICIONALES

VIII. TRÁNSITO DE AMADO NERVO / DE VIVA VOZ / A LÁPIZ / TREN DE ONDAS / VARIA

IX. NORTE Y SUR / LOS TRABAJOS Y LOS DÍAS / HISTORIA NATURAL DAS LARANJEIRAS

X. CONSTANCIA POÉTICA

XI. ÚLTIMA TULE / TENTATIVAS Y ORIENTACIONES / NO HAY TAL LUGAR...

XII. GRATA COMPAÑÍA / PASADO INMEDIATO / LETRAS DE LA NUEVA ESPAÑA

XIII. LA CRÍTICA EN LA EDAD ATENIENSE / LA ANTIGUA RETÓRICA

XIV. LA EXPERIENCIA LITERARIA / TRES PUNTOS DE EXEGÉTICA LITERARIA / PÁGINAS ADICIONALES

XV. EL DESLINDE / APUNTES PARA LA TEORÍA LITERARIA

XVI. RELIGIÓN GRIEGA / MITOLOGÍA GRIEGA

XVII. LOS HÉROES / JUNTA DE SOMBRAS

XVIII. ESTUDIOS HELÉNICOS / EL TRIÁNGULO EGEO / LA JORNADA AQUEA / GEÓGRAFOS DEL MUNDO ANTIGUO / ALGO MÁS SOBRE LOS HISTORIADORES ALEJANDRINOS

XIX. LOS POEMAS HOMÉRICOS / LA ILÍADA / LA AFICIÓN DE GRECIA

XX. RESCOLDO DE GRECIA / LA FILOSOFÍA HELENÍSTICA / LIBROS Y LIBREROS EN LA ANTIGÜEDAD / ANDRENIO: PERFILES DEL HOMBRE / CARTILLA MORAL

XXI. LOS SIETE SOBRE DEVA / ANCORAJES / SIRTES / AL YUNQUE / A CAMPO TRAVIESA